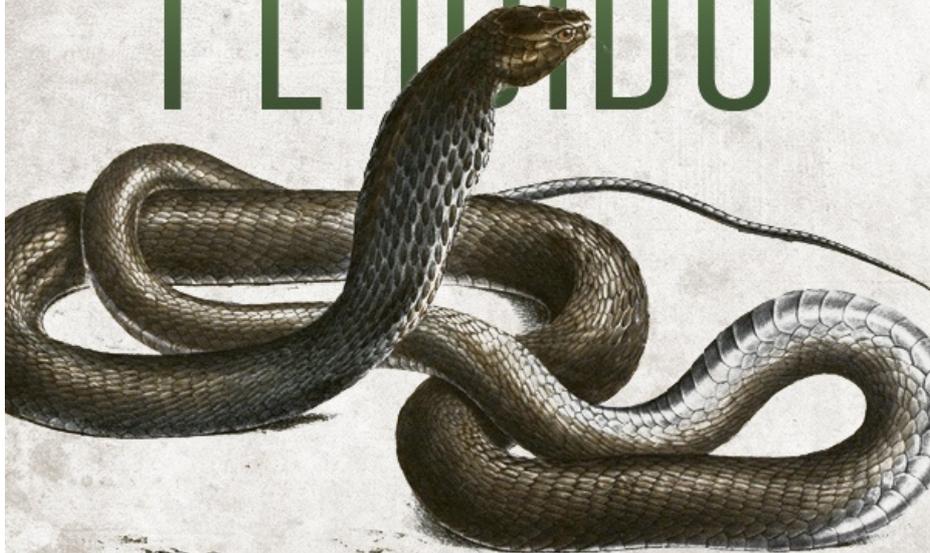


PARAÍSO
JOHN MILTON
PERDIDO



John Milton

Paraíso Perdido



BajaLibros.com

BajaLibros.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-678-472-6

Publisher: Vi-Da Global S.A.
Copyright: Vi-Da Global S.A.
Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)
CUIT: 30-70827052-7

» EMPEZÁ A ARMAR TU
BIBLIOTECA DIGITAL
CON NUESTROS EBOOKS **GRATIS**



[Encontralos acá](#)

I. Idea general de su genio y carácter.- Su familia.- Su educación.- Sus estudios.- Sus viajes.- Su vuelta a Inglaterra.

II. Efectos del carácter concentrado y solitario.- Su austeridad.- Su inexperiencia.- Su casamiento.- Sus hijos.- Sus domésticos pesares.

III. Su energía militante.- Su polémica contra los Obispos.- Su polémica contra el Rey.- Su entusiasmo y su inflexibilidad.- Sus teorías acerca del Gobierno, de la Iglesia y de la educación.- Su estoicismo y virtud.- Su vejez, sus ocupaciones, su persona.

IV. El prosista.- Cambios ocurridos desde tres siglos a esta parte en las fisonomías y en las ideas.- Pesadez de su lógica.- *Tratado sobre el divorcio* .- Sandez de sus gracias.- *Animad-versions upon the remonstrant* .- Rudeza en sus discusiones.- *Defensio populi anglicani*.- Violencia de su animosidad.- *Reasons of church Governmeant*. *Iconoclastes* .- Liberalismo de sus doctrinas.- *Of reformation*. *Areopagítica* .- Su estilo.- Amplitud de su elocuencia.- Riqueza de sus imágenes.- Lirismo y sublimidad de su dicción.

V. El poeta.- En lo que se asemeja y en lo que difiere de los poetas del Renacimiento.- De cómo impone a la poesía un fin moral.- Sus poemas profanos.- *L'Allegro y el Penseroso* .- *-El Comus* .- *Lycidas*.- Sus poemas religiosos.- *El Paraíso perdido* .- Condiciones de una verdadera epopeya.- No se encuentran ni en el siglo ni en el poeta.- Comparación de Eva y Adán con una familia inglesa.- Comparación de Dios y de los Angeles con una corte monárquica.- Lo que subsiste del poema.- Comparación de los sentimientos de Satanás con las pasiones republicanas.- Carácter lírico y moral de los paisajes.- Elevación y buen sentido de las ideas morales.- Situación del poeta y del poema entre dos edades.- Construcción de su genio y de su obra.

En los confines del desenfadado Renacimiento que termina y de la poesía culta que empieza, entre los monótonos *concetti* de Cowley y las correctas galanterías de Waller, aparece un genio potente y magnífico que la lógica y el entusiasmo predisponen para la epopeya y la elocuencia: liberal, protestante, moralista y poeta; que celebra la causa de Algernon Sidney y de Locke con la inspiración de Spencer y de Shakespeare; heredero de una edad poética; precursor de una edad austera; viviendo entre el siglo de las desinteresadas ilusiones y el siglo de la acción práctica, parece a su Adán, que al entrar por tierra hostil escucha tras sí, en el cerrado Paraíso, los espirantes conciertos del Cielo.

No era la de Juan Milton una de esas almas febriles, impotentes contra sí mismas, elocuentes por arrebatado, cuya enfermiza sensibilidad las precipita de continuo, en paroxismos de dolor o de alegría, flexibles para representar la diversidad de caracteres, condenadas a pintar, por el tumulto de sus impulsos, el delirio y las contrariedades de las pasiones. Su fondo lo forman inmensa ciencia, estricta lógica y una pasión grandiosa. Tenía Milton el talento claro y la imaginación limitada; incapaz de alucinaciones, lo es también de metamorfosis; concibe la mayor de las ideales bellezas, pero sólo concibe una. No nació para el drama, nació para la oda; no crea almas, pero construye razonamientos y hace sentir emociones.

Todas las fuerzas y todas las acciones de su alma se unen y ordenan a impulsos de un solo sentimiento, el sentimiento de lo sublime; y el ancho río de la poesía lírica se desborda impetuoso, compacto, espléndido como inmensa sábana de oro.

I.

Esta sensación dominante forma la grandeza y la firmeza de su carácter. Contra las fluctuaciones de la vida exterior encontraba refugio en sí mismo; y la ciudad ideal que había construido en su alma permanecía inexpugnable a todos los asaltos; ciudad interior, demasiado bella para abandonada, demasiado sólida para destruirla. Creía en lo sublime, con todo el vigor de su naturaleza, con toda la autoridad de su lógica, y el cultivo de la razón fortificaba con nuevas pruebas en su ánimo las sugerencias del primitivo instinto. Con esta doble armadura puede el hombre avanzar con paso firme al través de la vida; nutrido incesantemente de demostraciones, es capaz de creer, de querer y de perseverar en su creencia y en su voluntad, sin que acontecimientos ni pasiones le desvíen de su camino como a ese ser tornadizo y manejable que se llama un poeta, porque tiene por base principios fijos. Capaz de abrazar una causa y, suceda lo que quiera, permanecer unido a ella hasta el fin, ni seducción, ni accidente, ni emoción, ni cambio alguno altera la estabilidad de su convicción ni la lucidez de su entendimiento; lo mismo el primero que el último día, y en todo el intervalo, guarda intacto el sistema entero de sus claras ideas, y el vigor lógico de su cerebro sostiene el vigor viril de su corazón. Cuando esta lógica rigurosa se emplea, como aquí sucede, al servicio de nobles ideas, el entusiasmo se une a la constancia; el hombre juzga sus opiniones no sólo verdaderas, sino sagradas, y las defiende más que como soldado, como sacerdote, siendo apasionado, lleno de abnegación, religioso, heroico. Rara vez se ve este conjunto de sentimientos, pero se vio plenamente en Milton.

Nacido en una familia donde el valor, la nobleza moral y el sentimiento de las artes se habían unido para murmurar las más bellas y elocuentes palabras alrededor de su cuna, era su madre «persona ejemplar célebre en la vecindad por sus limosnas»¹. Su padre, estudiante en Christ-Church, y desheredado por ser protestante, se había formado por sí la fortuna. No le impidieron sus ocultaciones de abogado conservar la afición a la literatura, y jamás quiso «abandonar sus liberales e inteligentes inclinaciones para convertirse en esclavo del mundo.» Hacía versos y era excelente músico, figurando entre los mejores compositores de su época. Escogió a Cornelius Jansen para hacer el retrato de su hijo, a la edad de diez años, y dio a éste completa y esmeradísima educación literaria².

Figúrese el lector a este niño en una calle de comerciantes, en el seno de una familia burgués, literata, religiosa y poética, de excelentes costumbres y elevadas aspiraciones; donde se pone música a los salmos y se escriben madrigales en honor de la Reina Oriana³; donde el canto, la poesía y la pintura, toda la ornamentación del bello Renacimiento, sirven de adorno y vestidura a la gravedad constante, a la honradez laboriosa y al cristianismo profundo de la Reforma. Todo el genio de Milton nace de este medio en que se educa. Llevó la brillantez del Renacimiento a la seriedad de la Reforma, las magnificencias de Spencer a las severidades de Calvino, y encontrándose con su familia en la confluencia de dos civilizaciones, las reunió.

No había cumplido diez años, y ya tenía un preceptor sabio «y puritano, que le cortó al rape los cabellos;» además iba a la escuela de San Pablo y después a la Universidad de Cambridge para instruirse en la «literatura culta.» Desde los doce años trabajaba hasta media noche y aun más tarde, a despecho de su mala vista, y de los dolores de cabeza que padecía. «Cuando yo era niño, dice uno de los personajes que se le parece⁴, no me agradaban los juegos infantiles. Aplicaba seriamente mi espíritu a aprender y saber, para trabajar por tal medio en beneficio del bien común: créame nacido para promovedor de la verdad y de la rectitud.» En efecto, en la escuela, en Cambridge, en la casa paterna era incansable en el estudio, «libre de censuras y aprobado por todos los hombres de bien.» recorría el inmenso campo de las literaturas griega y latina, y no sólo de los grandes escritores, sino de todos, hasta de los de la Edad Media: al mismo tiempo aprendía el hebreo antiguo, el siríaco, el hebreo de los rabinos, el francés y el español, la antigua literatura inglesa, toda la literatura italiana, con tanto provecho y celo, que escribía en verso y en prosa italiana y latina como pudiera hacerlo un italiano o un latino. Y no impedían estos estudios los de la música, las matemáticas, la teología y otras artes y ciencias.

Dirigía este gran trabajo un grave proyecto. «Por intento de mis padres y de mis amigos, dice, había, sido destinado desde la infancia al servicio de la Iglesia, y concurrían a este propósito mis propias resoluciones; pero llegado a la edad madura vi la tiranía que había invadido la Iglesia; tiranía tan grande, que quien quería tomar las órdenes obligado estaba a declararse esclavo por juramento y bajo su firma, de modo que, a menos de ser la promesa a gusto de la conciencia, preciso era ser perjuro o sufrir el naufragio de la fe; creí preferible un silencio sin reproche, al oficio sagrado de la palabra, adquirido a costa de la servidumbre y el perjurio.» Negábase a ser sacerdote por la misma razón que había querido serlo, partiendo del mismo origen la esperanza y la renuncia: de la firme voluntad de obrar noblemente.

Decidido a la vida seglar, continuó instruyendo y perfeccionando su espíritu, estudiando apasionadamente y con método, pero sin pedantería ni rigorismo: muy al contrario, y a ejemplo de

Spenser, su maestro, en el *Allegro*, el *Penseroso* y el *Comus* adornaba con brillantes filigranas las riquezas de la mitología, de la naturaleza y de la fantasía.

Partió después para la tierra de la ciencia y la belleza: visitó Italia; conoció a Grotius y Galileo; entró en relaciones frecuentes con sabios, literatos y hombres de mundo; escuchó a los músicos, y contempló todas las bellezas amontonadas por el Renacimiento en Florencia y Roma. Su erudición y su bello estilo italiano y latino proporcionábanle en todas partes la amistad íntima de los humanistas; de tal suerte, que al volver a Florencia dice que «se encontraba tan bien como en su propia patria.» Adquiría libros y música, que enviaba a Inglaterra, y proyectaba recorrer Sicilia y Grecia, dos patrias de las letras y las artes de la antigüedad.

De todas las flores abiertas al calor del sol del Mediodía, y bajo la mano de dos grandes paganismos, cogía libremente las más, perfumadas y exquisitas, sin mancharse con el lodo que las rodeaba. «Tomo a Dios por testigo, escribía algún tiempo después, de que en todos estos parajes donde la vida es tan licenciosa, he vivido puro y exento de toda especie de vicio y de infamia, llevando siempre en mi alma la idea de que si podía evitar las miradas de los hombres, no podía impedir que Dios me viese»⁵

En medio de las galanterías licenciosas y de sonetos insípidos que chichisbeos y académicos prodigaban, conservó Milton su idea sublime de la poesía. Pensaba escoger un asunto heroico de la historia antigua de Inglaterra, y confirmábase en su opinión⁶ de que «quien quiere escribir de cosas dignas de alabanza, para no ver frustrada su esperanza debe ser él un verdadero poema, es decir, conjunto y modelo de las cosas más honrosas y mejores, no presumiendo de cantar grandes elogios de hombres heroicos o de famosas ciudades sin tener antes la experiencia y la práctica de cuanto es digno de ser alabado.

Amaba, entre todos, a Dante y Petrarca por su pureza, diciéndose «que si la impudicia en la mujer, a quien San Pablo llama la gloria del hombre, es tan grande escándalo y deshonor, en el hombre, que es a la vez imagen y gloria de Dios, debe ciertamente ser, aunque por lo común no se crea, vicio mucho más deshonroso e infame.» Pensaba «que todo hombre noble y libre debe ser por nacimiento, y sin necesidad de jurarlo, un campeón» para la práctica y defensa de la castidad, y conservó su virginidad hasta el día de su casamiento⁷.

Cualquiera que fuese la tentación, atractivo o temor, su firme resistencia fue siempre igual.

Por gravedad y conveniencia, evitaba siempre las disputas sobre religión; pero si atacaban la suya la defendía con rudeza hasta en Roma, frente a los jesuitas que conspiraban contra él, a dos pasos de la inquisición y del Vaticano. El deber peligroso, lejos de auyentarle, le atraía. Cuando empezó a rugir la revolución, volvió a su Patria por impulso de su conciencia, como soldado que al ruido de las armas corrió al peligro, «persuadido de que era para él vergonzoso pasar tranquilamente y por su gusto el tiempo en el extranjero, cuando, sus compatriotas luchaban por la libertad».

Empeñada la guerra, presentóse en las primeras filas como voluntario, ofreciendo su pecho a los golpes más rudos. En toda su educación y en toda su juventud, en sus lecturas profanas y en sus estudios sagrados, en sus acciones y en sus máximas, se transparenta su pensamiento dominante y permanente, la resolución de constituir y desarrollar en sí mismo el hombre ideal.

Footnotes

¹ Life by Keightley «Matre probatissima et eleemosynis per viciniam potissimum nota.» (Defensio secunda.)

² Life by Massou «My Father destined me while y et a child to the study of polite literature.»

³ La Reina Isabel.

⁴ *Paradise Regained.*

⁵ Véase también el sentimiento religioso que predomina en sus sonetos italianos.

⁶ Apology for Smectymnus.

⁷ Véase passim su *Tratado del divorcio*, donde está trasparente.

II.

Dos son las influencias que principalmente guían a los hombres: la sensación y la idea; impulsa aquélla a las almas sensitivas, descuidadas, poéticas, capaces de metamorfosis como la de Shakespeare; gobierna ésta las almas activas, resistentes, heroicas, capaces de inmutabilidad como la de Milton. Son las primeras, simpáticas y fecundas en efusiones; las segundas, concentradas y predispuestas a la reserva ⁸: aquéllas se entregan; éstas se guardan: aquéllas, por confianza y por sociabilidad, con instinto de artista y súbita comprensión imitativa, toman involuntariamente el tono y la disposición de los hombres y de las cosas que les rodean, y su vida interna pónese inmediatamente en equilibrio con la exterior; éstas, por desconfianza, por rigorismo, con instinto de combatiente y rápida mirada a la regla, se repliegan naturalmente en sí mismas, y en el recinto en que se encierran no sienten ni las solicitudes ni las contradicciones del medio en que viven. Fórmase un modelo, y, cual si fuera consigna, este modelo las detiene o las impulsa. Como todos los poderes destinados a imperar, la idea interior vegeta y absorbe en provecho propio el resto de su ser; las meditaciones la arraigan; los razonamientos la nutren; únese a ella la red de todas sus doctrinas y de todas sus experiencias, de suerte que cuando les asalta una tentación, no ataca ésta un principio aislado, sino que tropieza con todo el edificio de sus creencias, edificio infinitamente ramificado y demasiado sólido para que pueda una seducción sensible echarlo por tierra. Además, el hombre se defiende por costumbre; la actitud militante le es natural, y le mantiene firme y erguido el orgullo de su valor y la antigüedad de su reflexión.

Un alma así dispuesta es como un buzo dentro de su campana ⁹; atraviesa la vida como éste se hunde en el mar, pura, pero aislada.

De vuelta a Inglaterra, engolfóse Milton de nuevo en el estudio, y recibió en su casa algunos discípulos, a quienes obligó al mismo continuo trabajo que él se imponía, lecturas serias, régimen frugal, severa conducta, vida solitaria, casi de eclesiástico.

De repente, en un mes, después de un viaje al campo, se casó ¹⁰. Sólo habían transcurrido algunas semanas cuando su esposa volvió a la casa paterna, negándose a vivir con su marido, no haciendo caso de sus cartas y despidiendo desdeñosa al mensajero que las llevaba.

Los caracteres eran opuestos.

Nada disgusta tanto a las mujeres como las naturalezas austeras y reservadas, porque conocen que no pueden ejercer dominio sobre ellas: su dignidad las incomoda, su orgullo las retrae, sus preocupaciones las aleja; siéntense subordinadas a intereses generales o a curiosidades especulativas, como si se las juzgase de sobra o, a lo más, se las considerara con condescendencia como a ser inferior y menos racional, quedando excluidas de la igualdad que reclaman, y cuya pérdida sólo puede compensar para ellas el amor.

El carácter *sacerdotal* es propio para la soledad, porque carece de los cuidados, la solicitud, el agrado y la dulzura necesaria a toda sociedad; se le admira, pero no se le quiere al lado, y especialmente le rechazan las mujeres que, como la esposa de Milton, son vulgares ¹¹, porque a su limitada inteligencia se unen las repugnancias de su corazón.

«Tenía Milton, dicen los biógrafos, una gravedad natural y una severidad de espíritu incompatibles con las pequeñeces,» viviendo su alma a una altura y en una región que no es la de la vida casera. Acusábanle de ser «adusto y colérico,» y seguramente amaba su dignidad de hombre y su autoridad de esposo hasta el punto de no considerarse estimado, respetado y atendido como, en su concepto, merecía serlo.

Pasaba el día entre sus libros, y el resto del tiempo en un mundo abstracto y sublime que pocas mujeres comprenden, y la suya menos que ninguna. Eligió esposa, como hombre abstraído por el estudio, con la inexperiencia que originaba su vida anterior, casta y austera. De igual suerte sintió la fuga de su esposa como sabio, tanto más irritado, cuanto más desconocidos le eran los procedimientos del mundo. Sin temer el ridículo y con la rigidez de un ideólogo que tropieza de pronto con la vida real escribió tratados en favor del divorcio, los firmó con su nombre y apellido, los dedicó al Parlamento; creyóse divorciado de hecho, puesto que su mujer negábase, de derecho, a volver al domicilio conyugal y porque tenía en favor suyo cuatro pasajes de la Biblia: hasta empezó a enamorar a una joven, y de pronto, al ver a su esposa llorando a sus pies, la perdonó, la llevó consigo y recomenzó su árido y triste matrimonio, sin que le arredrase la experiencia, porque aun contrajo otras dos uniones conyugales, la última con una mujer que tenía treinta años menos que él.

Los demás sucesos de su vida doméstica no fueron ni más felices, ni mejor arreglados. Convirtió a sus hijas en secretarías, haciéndoles leer en idiomas que no comprendían, tarea repulsiva de la que amargamente se quejaban. En cambio las acusaba su padre de no ser «ni respetuosas ni buenas con él» de no cuidarle, de conspirar con la criada para sisar en las compras, de quitarle sus libros suponiéndolas descosidas de vender toda su biblioteca a los traperos.

Al saber que iba a contraer nuevo matrimonio, dijo María, su segunda hija: «Este suceso no es

una noticia; la verdadera noticia sería la de su muerte.» Frase terrible que pinta las tristezas de la vida en el interior de aquella casa.

Ni las circunstancias ni la naturaleza habían hecho a Milton para ser feliz.

Footnotes

⁸ Aunque sólo hubiese tenido superficial conocimiento del cristianismo, mi carácter naturalmente reservado y la disciplina moral enseñada por la más noble filosofía, hubieran bastado para inspirarme desprecio a las incontinencias. (Apología para Smectymnus.)

⁹ Frase de Juan Pablo Richter. Véase un excelente artículo sobre Milton, National Review, julio, 1859.

¹⁰ A los treinta y cinco años (1643).

¹¹ Mute and spiritless mate.

«The bashful muteness of the virgin may oftentimes hide all the unloveliness and natural sloth which is really unfit for conversation.

A man shall find himself bound fast to an image of earth and phlegm, with whom he looked to be the copartner of a sweet and delightful society.» (Milton, *Doctrine and Discipline of Divorce*)

Una linda mujer dirá en cambio: «Yo no amo a un hombre que lleva su cabeza como un Santo Sacramento.»

III.

Habíanle hecho para la lucha, y a ella se dedicó por completo desde su vuelta a Inglaterra, armado de lógica, ira y erudición, y acorazado por la convicción y por la conciencia. «Tan pronto, dice, como fue concedida la libertad, al menos de palabra, todas las bocas se abrieron contra los Obispos... Despertado por este clamor, y al ver que se tomaba el verdadero camino de la libertad, y que a partir de este principio disponíanse los hombres a librar de la servidumbre toda la vida humana... como desde la juventud me había dedicado con referencia a no ignorar nada de lo relacionado con las leyes divinas y humanas... resolví, a pesar de ocuparme por entonces en meditar acerca de otros asuntos, aplicar de este lado toda la fuerza y toda la actividad de mi espíritu.» Por consecuencia de esta resolución escribió su tratado *De la reforma en Inglaterra*, satirizando y combatiendo con altivez y desprecio al episcopado y a sus defensores. Refutado y atacado, redobló la acritud y destrozó a los que había derribado. Arrastrado hasta el límite de su creencia, y como jinete a escape que rompe en la carrera toda la línea de batalla, llegó hasta el Rey, defendiendo la abolición de la monarquía de igual modo que la del episcopado.

Un mes después de la muerte de Carlos I justificó la ejecución, contestó al *Eicon Basilice*, y después a la *Defensa del Rey* hecha por Saumaise, con una grandeza de estilo y un desdén incomparables, combatiendo como apóstol, como hombre que siente la superioridad de su ciencia y de su lógica, y que quiere hacerla sentir atropellando y aplastando con soberbia a sus adversarios, que calificaba de ignorantes, de espíritus inferiores y de corazones mezquinos.

«Los reyes, dice al principio del *Iconoclasta*, si son fuertes en legiones, son débiles en argumentos, porque desde la cuna están acostumbrados a servirse de su voluntad como de su mano derecha, y de su razón como de su mano izquierda. Cuando por inesperado accidente se ven obligados a este género de combate, son débiles y, pequeños adversarios.» Sin embargo, por estimación a los que se humillan ante el nombre brillante de «majestad,» consintió «en recoger el guante del Rey Carlos,» y lo abofeteó con él de forma y manera que hubieron de arrepentirse los imprudentes que lo habían arrojado. En vez de amilanarle la acusación de asesino, se valió de ella para enaltecer el regicidio.

Refirió con acento de juez «de qué modo aquel Rey perseguidor de la religión, opresor de las leyes, después de larga tiranía había sido vencido con las armas en la mano por su pueblo, encerrado después en prisión, y no ofreciendo, ni por sus palabras ni por sus actos, garantía alguna de mejorar su conducta, condenado por el soberano Consejo del Reino a pena capital, y decapitado ante las puertas de su palacio... Jamás monarca alguno sentado sobre el más poderoso trono brilló con majestad más grande que la del pueblo inglés, cuando, sacudiendo la antigua superstición, se apoderó de este rey o más bien de este enemigo, el único entre los mortales que reivindicaba para sí, como de derecho divino, la impunidad, le sujetó a sus propias leyes, le sometió a juicio, y, encontrándole culpado, no temió aplicarlo el suplicio que él había hecho aplicar, a otros.» Después de justificar la ejecución, la santificó; después de haberla autorizado por las leyes terrenales, la consagró por los decretos del cielo; puesta al abrigo del derecho, la puso también al abrigo de Dios, de ese Dios que humilla «a los reyes desenfrenados y soberbios, y que les desarraiga con toda su raza.» «Dirigidos de repente por su mano, visible para la salvación y la libertad, casi perdidas, guiados por él, venerando sus divinos vestigios impresos por todas partes ante nuestros ojos, hemos entrado no por vía oscura, sino abierta y manifiesta bajo sus auspicios ¹².» El razonamiento termina aquí con un canto de victoria, sucediendo el entusiasta al combatiente. Así aparece en todos sus actos y en todas sus doctrinas. Las sólidas filas de argumentos armados y disciplinados que disponía en batalla, cambiábanse en su corazón al llegar el triunfo en gloriosas procesiones de coronados y resplandecientes himnos. Transportado fuera de la realidad, forjábese la ilusión de vivir en compañía de lo sublime como guerrero y pontífice que, con su rígida armadura, está erguido frente a frente de la verdad.

Absorto de esta suerte en su lucha y en su sacerdocio, permanecía fuera de la realidad del mundo, tan ciego ante los hechos palpables como defendido de las seducciones sensibles, sin que hasta él llegaran ni las manchas sociales ni las lecciones de la experiencia.

Incapaz de conducir a los hombres ni de seguirles, no había en Milton nada que se pareciera a las habilidades ni a los temperamentos del hombre de Estado, astuto calculista que se detiene a mitad del camino, que tantea con la vista fija en los acontecimientos, que mide la posibilidad de las cosas y emplea la lógica para soluciones prácticas. Especulativo y quimérico, encerrado en sus ideas, ni ve ni aprende mas que de ellas.

Cuando escribe contra los Obispos, quiere que se les extirpe inmediatamente y sin excepción, exigiendo que se establezca al instante el culto presbiteriano, sin precauciones, ni respeto, ni reserva; es orden de Dios y es deber de todos los fieles, y no hay que burlarse de Dios ni contemporizar con la fe. Concordia, dulzura, libertad, piedad; ve salir del nuevo culto un enjambre de virtudes.

Nada debe temer el Rey, porque afirmará su poder; y veinte mil asambleas democráticas se guardarían muy bien de, atentar contra su derecho.

Tales ideas traen la sonrisa a los labios, y bien se reconoce al hombre de partido que, cuando la restauración era inevitable, cuando «enloquecía a la multitud el deseo de tener un rey,» publicaba «el fácil y pronto medio de constituir una república libre,» y describía detalladamente el plan, se advierte al teórico que, para pedir la institución del divorcio, recurría a las Sagradas Escrituras, pretendiendo cambiar la institución civil de un pueblo cambiando el aceptado sentido de un versículo. Con los ojos cerrados y el sagrado texto en la mano, va, de consecuencia en consecuencia, atropellando las preocupaciones, las inclinaciones, las costumbres, las necesidades de los hombres, como si el razonamiento o el espíritu religioso constituyeran por sí solos al hombre, como si la evidencia produjera siempre la creencia, como si la creencia condujera siempre a la práctica, como si, en el combate de las doctrinas, la verdad o la justicia dieran siempre a las doctrinas la victoria y el imperio.

Para colmo de su ideología hizo Milton el boceto de un tratado de educación, en el que proponía enseñar a todos los discípulos todas las ciencias, todas las artes, y, lo que es más, todas las virtudes. «El maestro, decía, que tenga el talento y la elocuencia convenientes, podrá en poco tiempo infundir a sus discípulos un ánimo, y una diligencia increíbles, llevando a sus jóvenes pechos tan noble y liberal ardor, que muchos de ellos llegarán a ser seguramente hombres famosos. »

Milton había enseñado durante muchos años en distintas ocasiones. Para abrigar tal ilusión, después de tal experiencia, es preciso ser insensible a la experiencia y predestinado a la ilusión.

Pero su rigidez era su fuerza, y la estructura interior que cerraba su espíritu a las enseñanzas, armaba su corazón contra los desfallecimientos.

Ordinariamente se seca en los hombres la fuente de abnegación al contacto de las realidades de la vida.

Poco a poco, a fuerza de vivir en el mundo se desarrolla el egoísmo. No se quiere sufrir engaño, ni privarse de las licencias que los demás se permiten; la severidad juvenil se afloja, y hasta inspira burlona sonrisa, atribuyéndola al ardor de la sangre; desdeñados los motivos de la sublimidad, se prescinde de ser sublime, acabando por ver tranquilo cómo el mundo marcha, cuidando de no tropezar y aprovechándose de los placeres cómodos.

Nada de esto se encuentra en la vida de Milton, que entero e intacto en sus convicciones hasta el fin, ni la experiencia le instruye, ni los reveses le abaten, soportándolo todo, sin arrepentirse de nada.

Voluntariamente había perdido la vista escribiendo, a pesar de estar enfermo y de la prohibición de los médicos, para justificar al pueblo inglés contra las inventivas de Saumaise. Asistió a los funerales de la república, a la proscripción de sus doctrinas, a la difamación de su honor. A su alrededor estallaba la aversión a la libertad y el entusiasmo por la servidumbre; un pueblo entero precipitábase a los pies de un joven libertino, incapaz y traidor; los gloriosos jefes de la fe puritana eran condenados, ejecutados, arrancados vivos de la horca y despanzurrados entre insultos; los que la muerte había librado del verdugo, desenterrados para ser expuestos a la vergüenza; refugiados otros en tierra extranjera, vivían bajo las amenazas y expuestos a los atentados de las espadas realistas; otros, en fin, los más desgraciados, habían vendido su causa por dinero y por títulos, y tomaban asiento entre los ejecutores de sus antiguos amigos.

Los más piadosos y austeros ciudadanos de Inglaterra llenaban las prisiones, o andaban errantes, sumidos en la indigencia y el oprobio; y el vicio grosero, desvergonzadamente sentado en el trono, reunía a su alrededor a la plebe de las avaricias y de la desbordada sensualidad.

Obligado Milton a ocultarse, sus obras fueron quemadas por mano del verdugo; aun después del acta general de perdón, fue aprisionado; puesto en libertad, no se libraba del peligro del asesinato, porque el fanatismo privado podía recoger el arma abandonada por la vindicta pública.

Otras desdichas de menor importancia ahondaban las llagas de su alma. Las confiscaciones, una quiebra y, por último, el gran incendio de Londres le privaron de las tres cuartas partes, de su fortuna ¹³; sus hijas no le tenían consideraciones ni respeto; vendían sus libros sabiendo que, muerto Milton, ninguna utilidad tendrían para su familia, y en medio de tantas desdichas públicas y privadas permanecía tranquilo. En vez de renegar de lo que había hecho, lo glorificaba; en vez de abatirse, se enardecía; en vez de desfallecer, se fortificaba.

«Cyriac, decía en tiempo de la república, tres años hace hoy (1554, soneto 22) que estos ojos puros y sin mancha, privados de luz, han dejado de ver. El sol, la luna, las estrellas que duran todo el año, el hombre, la mujer, nada aparece en sus inútiles globos; sin embargo, no murmuro contra la mano o la voluntad del Cielo, ni mi valor y mi esperanza disminuyen; en pie y con firmeza bogo derecho hacia adelante. ¿Me preguntas quién me sostiene? La conciencia, amigo, de haberlos perdido usados por la defensa de la libertad, mi noble empresa, de la que habla toda Europa. Esta única idea me conduciría a través de la vana mascarada del mundo, contento, aunque ciego, cuando no tuviera mejor guía.»

Le condujo, en efecto, «se armó a sí mismo, » y «la coraza de diamante» ¹⁴ que había protegido

al hombre adulto de las heridas en la batalla, protegió al anciano contra las tentaciones y las dudas en la derrota y en la adversidad.

Vivía Milton en una casita en Londres, o en el campo en el Condado de Buckingham, frente a una elevada y verde colina, donde escribió su *Historia de Inglaterra, su Lógica, el Tratado de la verdadera religión y de la herejía*, y meditaba su gran, *Tratado de la doctrina cristiana*.

De todos los consuelos, es el trabajo el más saludable y que más fortifica, porque alivia las penas del hombre, no llevándole consuelos, sino reclamándole esfuerzos.

Todas las mañanas se hacía leer en hebreo un capítulo de la Biblia, y permanecía después algún tiempo grave y silencioso meditando sobre lo que había oído. Nunca iba a los templos. Independiente en religión como en todo lo demás, se bastaba a sí mismo, y no encontrando en ninguna secta las señales de la verdadera Iglesia, rogaba a Dios solitario, sin necesidad de ajeno auxilio.

Estudiaba hasta el mediodía, y después de una hora de ejercicio tocaba el órgano o el violoncelo. En seguida reanudaba el estudio hasta las seis, y por la noche conversaba con los amigos.

Los que le visitaban encontrábanlo de ordinario «en una habitación revestida de vieja tapicería verde, sentado en un sillón y vestido pulcramente de negro.» «Su color era pálido, dice un visitante, pero no cadavérico;» «Padecía de gota en las manos y los pies; los oscuros cabellos, dividíanse en mitad de la frente y caían por ambos lados en largas guedejas; sus ojos grises y puros no indicaban la ceguera.» En su juventud había sido extraordinariamente bello, y sus mejillas inglesas, delicadas como las de una niña, permanecieron sonrosadas hasta el fin de su vida.

«Afable en el trato, su andar firme y viril atestiguaba la intrepidez y el valor.» En todos sus retratos nótase algo grande y altivo, y pocos hombres seguramente han honrado tanto como él la raza humana.

Apagóse esta noble vida como sol que se oculta en el ocaso, brillante y tranquila. En medio de tantas pruebas, concedióle el cielo una alegría inmensa y pura; el poeta, sepultado por el puritano, había revivido más sublime que nunca para dar al Cristianismo el segundo Homero.

Reuniéronse en su mente los brillantes ensueños de la juventud y los recuerdos de su edad madura, alrededor de los dogmas calvinistas y de las visiones de San Juan, para formar la epopeya protestante de la Condenación y de la Gracia; y la inmensidad de los horizontes primitivos, los siniestros resplandores del infierno y las magnificencias del cielo presentaron a los «ojos interiores» del alma regiones desconocidas superiores a las que los ojos de la carne habían dejado de ver.

Footnotes

¹² Esta defensa está escrita en latín: «Sois los primeros hombres emancipados por Dios de las dos mayores calamidades de la vida humana, la tiranía y la superstición: sois los primeros mortales a quienes ha inspirado bastante grandeza de alma para juzgar en ilustre juicio a vuestro Rey, vencido por vuestras armas y prisionero, para condenarle y castigarlo. Después de acción tan gloriosa, no debéis pensar ni hacer nada bajo ni pequeño, nada que no sea grande y elevado. El único camino para alcanzar esta gloria es el de demostrar que, como habéis vencido a vuestros enemigos en la guerra, podéis en la paz, con más valor que los demás hombres, abatir la ambición, la avaricia, el lujo, todos los vicios que corrompen la fortuna próspera y tienen subyugado al resto de los mortales, empleando para conservar la libertad tanta moderación, templanza y justicia, como valor tuvisteis para rechazar la servidumbre.

¹³ Un *scrivener* le hizo perder 10.000 duros.. La Restauración se negó a pagarle otros 10.000 duros que tenía colocados en el Excise Office, y le quitó una finca de 250 duros de renta, que había comprado de los bienes del cabildo de Westminster.
Su casa se quemó en el gran incendio de Londres.
Al morir dejó 7.500 duros, comprendido el valor de su biblioteca.

¹⁴ Sonetos italianos, VI, 4.

IV.

Tengo a la vista el temeroso volumen donde, poco tiempo después de la muerte de Milton, fueron reunidas sus obras en prosa ¡Qué libro! Crujen las sillas bajo su peso, y cuando se le maneja durante una hora duele tanto el brazo como la cabeza. A tal libro, tales hombres: su aspecto exterior da alguna idea de los polemistas y teólogos cuyas ideas están allí encerradas. Hay que recordar que el autor fue singularmente literato, elegante, viajero, filósofo, y para su tiempo hombre de mundo.

Involuntariamente vienen a la memoria los retratos de los teólogos del siglo; adustas figuras hundidas en el acero por el duro buril de los maestros, y cuya frente geométrica y ojos fijos sobresalen con violento relieve de la tabla de negra encina. Compáraselas a los rostros modernos, cuyas finas y complejas facciones parece que se estremecen al contacto de innumerables ideas y sensaciones. Aquellas figuras reflejan la abrumadora educación latina, los ejercicios físicos, los duros tratamientos, las ideas raras, los dogmas impuestos, que ocupaban, oprimían, fortificaban, endurecían en pasados tiempos a la juventud, y se cree ver un osario de megaterios y mastodontes reconstruidos por Cuvier.

Parece que la raza ha cambiado. Inclínase hoy nuestro espíritu ante la idea de esta grandeza y de esta barbarie; pero descubrimos que fue entonces la barbarie causa de la grandeza. De igual manera que en el fango primitivo y bajo la bóveda de colosales bosques hubo pesados monstruos que, retorciendo trabajosamente sus escamados lomos, con informes dientes se arrancaban pedazos de carne, vemos hoy a distancia, desde las alturas serenas de la civilización, las batallas de los teólogos que, acorazados de silogismos y armados de textos, se llenaban de denuestos y procuraban devorarse.

En primera fila combatió Milton, predestinado a la barbarie y a lo grandioso por su naturaleza personal y por las costumbres que le rodeaban, capaz de manifestar en alto relieve la lógica, el estilo y el espíritu del siglo.

La vida de los salones ha afinado a los hombres. Preciso ha sido la sociedad con las damas, la carencia de intereses serios, la holganza, la vanidad, la seguridad, para poner en moda la elegancia, la urbanidad; la sátira fina y ligera; para enseñar el deseo de agradar, el temor de causar enojos, la perfecta claridad, la corrección acabada, el arte de las transiciones insensibles y de las delicadas atenciones, el gusto de imágenes convenientes, de la constante y variada educación social.

Nada de esto se busque en Milton. Todavía está cerca de él la escolástica, que pesa aún sobre los mismos que la destruyen.

Bajo esta secular armadura, la discusión marcha pedantesca, a pasos contados: se empieza por fijar la tesis, y Milton escribe en gruesos caracteres al frente de *su Tratado sobre el divorcio* la siguiente proposición que va a demostrar: «Que una mala disposición, incapacidad o contrariedad de espíritu, procedente de una causa invariable por su naturaleza, impidiendo y debiendo probablemente impedir siempre los principales beneficios de la sociedad conyugal, que son el consuelo y la paz, es mayor motivo de divorcio que el de la frigidez natural, especialmente no habiendo hijos y si el mutuo consentimiento de divorciarse.» Después de la tesis viene, legión tras legión, el disciplinado ejército de los argumentos: pasan los batallones uno tras otro numerados, y forman una docena en fila, cada cual con su título en letras más visibles. Los textos sagrados ocupan lugar preferente. Son discutidos palabra por palabra el sustantivo después del adjetivo, el verbo después del sustantivo, la preposición después del verbo; cítanse las interpretaciones, las autoridades, los ejemplos, puestos en fila entre empalizadas de nuevas divisiones; y, sin embargo, falta el orden; no se reduce la cuestión a una idea única; no se advierte el camino por donde va; las pruebas se suceden, pero no se siguen, y se produce fatiga, pero no convencimiento. Conócese que el autor escribe para las gentes de Oxford, legos o eclesiásticos habituados a aparatosas disputas, capaces de obstinada atención, habituados a digerir libros indigestos; que se encuentran como el pez en el agua en medio de la espesura de espinosos matorrales escolásticos, abriéndose camino casi a ciegas, endurecidos contra los arañazos que nos repelen, y sin idea de la claridad que en todo pedimos.

Inútil es buscar el ingenio en estos razonadores macizos, porque el ingenio es la agilidad de la razón victoriosa, y entre ellos, por ser todo potente, todo es pesado. Cuando Milton quiere burlarse, parece un piquero de Crómwell que, al entrar en una sala para bailar, cae de bruces con todo el peso de su cuerpo y de su armadura. Pocas cosas hay tan estúpidas como sus Objeciones a un contradictor. Su adversario termina una refutación con este rasgo de ingenio teológico: «Reparad, hermano, que habéis pescado toda la noche sin encontrar nada.» Milton replica gloriosamente: «Si pescando con el apóstol Simón nada he podido coger, reparad lo que vois cogéis con Simón el Mágico, que os ha legado sus anzuelos y sus instrumentos de pesca.» Una salvaje carcajada acoge estas palabras, porque el auditorio advierte la gracia en esta manera de insinuar que su adversario es simoníaco.

Poco antes expresa éste el siguiente dilema: «Decidme, ¿esta liturgia es buena o mala? -Es mala. Reparad como podáis el cuerno de vuestro dilema aqueloiano para la primera carga.» Maravillanse los sabios de esta bella comparación mitológica, y se regocijan de ver al adversario delicadamente comparando a un buey, a un buey vencido, a un buey pagano.

En la siguiente página dice el adversario a manera de ingeniosa y satírica censura: «En verdad que no habéis medido bien la altura del polo. -No es extraño, responde Milton; muchos otros hay que no miden bien la altura de vuestro polo, pero que medirán mejor la declinación de vuestra altura. » Hay después tres retruécanos del mismo gusto, y todo esto parecía entonces muy gracioso.

Saumaise gritaba que jamás había visto el sol crimen comparable al asesinato del Rey. Milton le contestaba ingeniosamente, que se dirigiera de nuevo al sol, no para esclarecer los crímenes de Inglaterra, sino para calentar la frialdad de su estilo.

La extraordinaria sandez de estas agudezas demuestra que el talento estaba aún enzarzado en la erudición naciente. La Reforma es el principio de la libertad de pensar, pero sólo es el principio. La crítica aun no había nacido, y la autoridad, aunque con la mitad de su peso, pesa todavía sobre los talentos más emancipados y temerarios.

Para probar Milton que se puede matar a un Rey, cita a Orestes, las leyes de Publícola y la muerte de Nerón. Su *Historia de Inglaterra* es un conjunto de todas las tradiciones y de todas las fábulas. En todas las circunstancias ofrece, como prueba, un texto de la Biblia, y su audacia se limita a mostrarse gramático, atrevido y comentador heroico. Es tan ciegamente protestante como otros son ciegamente católicos, y deja encadenada la alta razón, madre de los principios, libertando sólo la razón subordinada, intérprete de los textos. Parecido a las enormes creaciones semiformadas, hijas de las primeras edades, todavía es mitad hombre y mitad limo.

No es en estas polémicas donde encontraremos la educación, donde hallaremos esa dignidad elegante que responde a la injuria con la tranquila ironía, y respeta al hombre al herir de muerte la doctrina. Milton aplasta groseramente a su adversario.

Un pedante, vanidoso, nacido de la cópula de un léxico griego y de una gramática siriaca, Saumaise, había vomitado contra el pueblo inglés un vocabulario de injurias en un infolio de citas. Milton le contestó en el mismo estilo, llamándolo histrión, charlatán, profesor de a cuarto ¹⁵ pillastre pagado, desalmado, tunante, malvado, imbécil, sacrílego, esclavo, digno de azotes, todo el diccionario, latino de las palabras malsonantes. «Tú, que sabes tantos idiomas, le decía, que lees tantos libros, que escribes tanto, eres un asno.» Encontrando el epiteto bonito, lo repitió. «¡Oh el más charlatán de los asnos, añadía, llegas montado por una mujer y acompañado de las cabezas curadas de los Obispos a quienes tú descalabraste, imagen en pequeño de la gran bestia del Apocalipsis!» Acabó por llamarle fiera, apóstata y diablo. «No dudo, escribía, que tendrás el mismo fin que Judas, y que arrastrado por la desesperación más que por el arrepentimiento, causándote horror, deberás algún día ahorcarte, y, como tu émulo, estallar por mitad del vientre ¹⁶.» No es, pues, esta discusión de dos hombres, es bramido de dos toros.

El debate era feroz. Milton odiaba con toda su alma, y combatía con la pluma, como los fanáticos voluntarios con la espada, paso a paso, con odio reconcentrado y fiera obstinación. Los Obispos y el Rey pagaban así once años de despotismo, porque cada cual se acordaba de los destierros, de las confiscaciones, de los suplicios, de la ley sistemáticamente y sin descanso violada, de la libertad individual a merced de un constante complot, de la idolatría episcopal impuesta a las conciencias cristianas, de los predicadores fieles arrojados a los desiertos de África o entregados al verdugo y a la picota ¹⁷. El recuerdo de aquellos hechos imprimía en las almas enérgicas odios inexpiables, y los escritos de Milton atestiguan un encarnizamiento inaudito. La impresión que deja la lectura de su *Iconoclastes* ¹⁸ es desconsoladora. Frase por frase, dura y amargamente es refutado el Rey y acusado sin piedad, sin que la acusación decaiga un sólo momento, sin conceder al acusado la menor buena intención, la menor excusa, la menor apariencia de justicia, sin que el acusador descance un sólo instante exponiendo ideas generales. Es un combate cuerpo a cuerpo, de rudos golpes, obstinado, sin tregua ni descanso, prueba de una enemistad constante e implacable y con el único intento de herir certero y causar la muerte.

El odio de Milton a los Obispos que vivían en la opulencia fue violentísimo, bastando apenas para expresarlo la acritud de las metáforas más venenosas. Presentábales «alar-deando vanidad y calentándose al sol de la riqueza y de los ascensos» como nido de impuros reptiles. «La envenenada pez de su hipocresía, mezclada en masa podrida con la agria levadura de las tradiciones humanas, es el huevo de serpiente, de donde saldrá en alguna parte un Anticristo tan deforme como el tumor que le nutre.» Estas groserías rudas y toscas eran una especie de coraza exterior, indicio y defensa de la fuerza y de la vida superabundante que tenían los miembros y pechos de aquellos atletas. Mas desligado hoy el talento, es también más débil; menos exclusivas las convicciones, son también menos fuertes; libre de la pesada escolástica y de la tiranía de la Biblia, la atención es hoy menos constante. Las creencias y las voluntades, disueltas por la tolerancia universal y por los mil encontrados choques de las múltiples ideas, han engendrado el estilo exacto y fino, instrumento de conversación y de placer, y abandonado el estilo poético y rudo, arma de guerra y de entusiasmo. Hemos arrojado de nuestras costumbres las ferocidades y las sandeces, pero también hemos

disminuido la fuerza y la grandeza de las convicciones.

La fuerza y la grandeza se reflejan en las opiniones y en el estilo de Milton, nacidos de su creencia y de su talento. Aquella magnífica razón aspiraba y pedía desplegarse sin trabas, reclamando para la humanidad lo que para sí misma deseaba, y reivindicando en todos sus escritos todas las libertades. Desde un principio, atacó a los barrigudos prelados ¹⁹, «improvisados escolásticos, perseguidores de la libre, discusión, tiranos asalariados de las conciencias cristianas.»

Sobre el clamor de la revolución protestante oíase su voz, que tronaba contra la tradición y la obediencia. Ridiculizó duramente a los teólogos pedantes, devotos adoradores de los viejos, textos que toman un enmohecido martirologio por un argumento sólido, y responden a una demostración con una cita. Declaró que la mayoría de los Padres de la Iglesia fueron intrigantes, turbulentos y charlatanes; que unidos no valían más que separados, siendo sus concilios conjuntos de sordas intrigas y vanas disputas; repudió su autoridad y su ejemplo, e instituyó la lógica como único intérprete de las Sagradas Escrituras.

Puritano contra los Obispos, independiente contra los presbiterianos, fue siempre dueño de su pensamiento o inventor de su creencia. Nadie como él ha amado jamás, ni practicado ni ensalzado el libre y atrevido uso de la razón, que ejercitó hasta la temeridad, hasta el escándalo.

Revolvióse contra la costumbre ²⁰, reina ilegítima de la creencia humana, enemiga nata y encarnizada de la verdad; puso mano en el matrimonio, y pidió el divorcio en el caso de oposición de carácter entre los contrayentes. Declaró «que el Error sostiene la Costumbre; que la Costumbre, acredita el Error, y que los dos, unidos y apoyados por el vulgar y numeroso cortejo de sus sectarios, acosan con sus gritos y con su envidia, calificándolos de fantasía y de innovación los descubrimientos de la razón libre.» Demostró que «cuando llega al mundo una verdad, llega con calificativo de bastarda, para vergüenza de quien la engendra, hasta que el Tiempo, que no es padre, sino comadrón del Conocimiento, declara al niño legítimo y derrama sobre su cabeza la sal y el agua.» No sólo sostuvo estas opiniones en tres o cuatro escritos, a pesar del desbordamiento de injurias y de anatemas, sino que se atrevió a más, atacando ante el Parlamento la censura, que era obra del Parlamento ²¹, hablando como hombre herido y oprimido, para quien la interdicción pública es un ultraje personal, que se siente encadenado al ser encadenada la nación.

No queriendo que la pluma de un censor asalariado insultase con su aprobación la primera página de su libro, y odiando esta mano ignorante e imperativa, reclamó la libertad de escribir por iguales razones y títulos que la libertad de pensar.

«¿Qué ventaja, dice, tiene un hombre sobre un niño de escuela, si sólo nos hemos librado de la férula del maestro para caer bajo la del imprimatur; si los escritos serios y meditados, cual si fueran temas de un estudiante de gramática que el pedagogo aprueba o desecha, no pueden ser publicados sin la autorización tardía de un censor distraído? Cuando un hombre escribe para el público, llama en su ayuda toda su razón, toda su reflexión; busca, medita, inquiere, y ordinariamente consulta y conferencia con sus más juiciosos amigos. Hecho esto, procura instruirse en el asunto de que va a tratar tan concienzudamente como los que lo han tratado antes que él. Si en este acto, el más consumado de su celo y de su madurez, ni la edad, ni la diligencia, ni la prueba anterior de su capacidad pueden exceptuarle de sospecha y desconfianza, a menos que lleve todas sus meditaciones investigaciones, todas sus prolongadas vigiliadas, todo su gasto de aceite y trabajo ante los presurosos ojos de un censor atareado, quizá mucho más joven que él, quizá de menos juicio, que acaso no conozca las penas de escribir un libro, de modo que, si su obra no es rechazada u olvidada, deba aparecer impresa como novicio con preceptor, con la mano de su censor sobre la espalda del título, como prueba y caución de que el autor no es idiota ni corruptor, lo que se consigue es deshonor y degradación para el autor, para el libro, para los privilegios y la dignidad de la ciencia.»

Abrid todas las puertas; que entre el día que cada cual piense y exponga a la luz sus pensamientos. Lejos de asustaros las divergencias, regocijaos por tan gran trabajo. ¿Por qué insultar a los trabajadores con el nombre de cismáticos y de sectarios?

«Cuando se construía el templo del Señor, unos aserraban los cedros, otros cortaban y labraban las piedras; ¿había hombres tan insensatos que desconociesen la necesidad de que las piedras y los maderos sufrieran mil separaciones y divisiones antes de que estuviera construida la casa del Señor? Y cuando la industria une las piedras, no pueden ser continuas, sino contiguas, al menos en este mundo. La perfección consiste, pues, en que de esas mil diversidades limitadas, de esas mil diferencias fraternales, sin desproporción notable, nazca la hermosa y agradable simetría que embellece el conjunto y todo el edificio.»

Triunfa aquí Milton por simpatía, expresándose en magníficas imágenes y desplegando en su estilo, la fuerza que advierte a su alrededor y en sí mismo. Elogia la revolución, y el elogio parece, toque de trompeta que sopla pecho de bronce. «Mirad ahora esta gran ciudad, ciudad de refugio, casa patrimonial de la libertad, ceñida y rodeada por la protección de Dios. Los arsenales de la guerra no pueden tener mas yunques y martillos trabajando en la fabricación de la coraza y de la espada de la justicia que se arma para la defensa de la verdad sitiada, no puede haber más plumas y más cabezas estudiosas velando junto a las lámparas, meditando, buscando nuevos inventos y nuevas ideas para presentarlas como tributo de homenaje y de fe a la reforma que se acerca. ¿Qué

más se le puede pedir a una nación tan manejable y tan ardiente en la investigación del conocimiento? ¿Qué falta a tierra tan fértil y sembrada de tan buena semilla, sino sabios y fieles labradores para convertirla en pueblo ilustrado, en nación de sabios, de profetas y de grandes hombres? Paréceme ver una noble y poderosa nación incorporándose como el hombre fuerte que despierta después de largo sueño, sacudiendo las guedejas de su invencible cabellera. Paréceme verla como águila que recuerda su heroica juventud, que enciende sus nunca deslumbrados ojos en puros rayos del sol, que arranca las escamas de sus pupilas, que baña su vista, largo tiempo oscurecida, en la fuente única del esplendor celeste, mientras que bandadas de miedosos y gritadores pájaros y los que aman el crepúsculo revolotean a su alrededor admirados de lo que quiere hacer, y en su envidiosa gritería procuran predecir una época de sectas y de cismas.»

Es Milton quien habla, y, sin saberlo, es Milton el descrito.

En un escritor sincero las doctrinas anuncian el estilo. Los sentimientos y las necesidades que forman y arreglan sus creencias, construyen y colorean sus frases. El mismo genio deja dos veces la misma huella, una en el pensamiento y otra en la forma. La potencia de lógica y de entusiasmo que explica las opiniones de Milton, explica también su genio. El sectario y el escritor son un solo hombre, y se encuentran las dificultades del sectario en el talento del escritor.

Cuando arraiga una idea en un espíritu lógico, vegeta en él y fructifica, produciendo multitud de ideas accesorias y explicativas que la rodean, uniéndose entre sí y formando como una espesura, como un buque. Las frases son inmensas, y necesita períodos de una página para encerrar el acompañamiento de tantas razones encadenadas, de tantas metáforas acumuladas alrededor del pensamiento dominante. En este gran alumbramiento el corazón y la razón se excitan; razonando Milton se exalta, y la frase parte como catapulta que redobla la fuerza de su impulso por la enormidad de su peso. No me atrevería a traducir ante un lector moderno los gigantescos períodos con que empieza el *Tratado de la Reforma*. Ahora no tenemos ese aliento; incapaces de sostener la atención sobre un mismo punto durante toda una página, no entendemos más que las cortas y pequeñas frases. Queremos ideas manejables, y hemos abandonado el mandoble de nuestros padres para valernos del ligero florete. Dudo, sin embargo, que la penetrante frase de Voltaire sea más mortal que el tajo de esta masa de hierro: «Si en las artes menos nobles y casi mecánicas no se considera digno del nombre de buen arquitecto o excelente pintor a quien no tiene un alma generosa, superior al cuidado servil, a la ganancia, al salario, con mayor razón debemos tratar de imperfecto e indigno sacerdote a quien, en vez de despreciar el innoble, lucro, arregla y alimenta toda su teología, con la esperanza mendicante y bestial de un obispado o de una pingüe prebenda.» Si los profetas de Miguel Ángel hablaran, emplearían este estilo, y leyendo al escritor se advierte veinte veces al escultor.

La potencia lógica que extiende los períodos sostiene las imágenes. Si Shakespeare y los poetas nerviosos; forman un cuadro en los estrechos límites de una expresión fugitiva, rompen sus metáforas con nuevas metáforas, y hacen aparecer sin cesar en la misma frase la misma idea, bajo cinco o seis distintas vestiduras, el brusco giro de las alas de su imaginación autoriza estos cambiantes colores, estos cruzamientos de relámpago. Más consecuente y más dueño de sí mismo, deshilvana Milton hasta el fin los hilos que aquellos rompen. Cada una de sus imágenes es un pequeño poema, especie de sólida alegoría, cuyas partes, unidas entre sí, concentran sus luces sobre la idea única que deben embellecer o iluminar. «Los prelados, dice, que salen de clases humildes y plebeyas, convertidos de pronto en señores de suntuosos palacios, de espléndidos mobiliarios, de succulentas mesas, con cortejo de príncipes, han juzgado que la sencilla y tosca verdad del Evangelio es indigna de permanecer por más tiempo en compañía de sus señorías, a menos que la pobre e indigente Virgen no sea vestida con mejor traje; cargan de indecentes trenzas su casto y modesto velo, rodeado de rayos celestiales, y la ponen con deslumbrador aparato todas las lujosas seducciones de una prostituta.» Los políticos responden que esta fastuosa Iglesia sostiene la monarquía.

«¿Qué mayor humillación, añade, puede haber para la dignidad real, cuya altura sólida y sublime se apoya en los inmutables fundamentos de la justicia y de la virtud heroica, como la de encadenarla para que subsista o perezca unida a las pintadas almenas, a la espléndida podredumbre de un episcopado fácil: de derrumbarse a un soplo del Rey como castillo de naipes?» [22](#) .

Sostenidas de esta suerte las metáforas, tienen una amplitud, una pompa y una majestad verdaderamente extraordinarias; desarróllanse tersas como los anchos pliegues de purpúreo manto con franjas de oro, bañado de luz.

Y no se crea que estas metáforas son raras. Milton las prodiga como pontífice que presenta todas las magnificencias de su culto y atrae los ojos para ganar los corazones. Formado con la lectura de Spencer, de Drayton, de Shakespeare, de Beaumont, de los más brillantes poetas, honra de la edad precedente, aunque en un medio empobrecido y sin émulos, se ensancha como lago, deteniéndose en su corazón.

Como Shakespeare, imagina cualquier motivo, y hasta sin motivo escandaliza a los clásicos y a los franceses. «No pudiendo los corruptores de la fe, dice, hacerse celestiales y espirituales, han hecho a Dios terrestre y carnal, trocando su esencia sagrada y divina en una forma exterior y

corporal; le han consagrado, incensado, hisopeado; le han vestido, no con trajes de pura inocencia, sino con restos de otras deformes y fantásticas vestiduras, con palios, mitras, oro y oropel, recogidos en el viejo guardarropa de Aarón o en el vestuario de los flámenes. Obligado se vio desde entonces el sacerdote a estudiar sus gestos, sus posturas, sus liturgias, hasta que el alma, amortajándose de esta suerte en el cuerpo y entregándose a las delicias sensuales, abatió sus alas hacia la tierra. Viendo las comodidades que recibía del cuerpo su visible y sensual colega, y encontrando sus alas rotas y caídas, emancipóse del trabajo de ascender en adelante a las alturas; olvidó su celeste vuelo, y dejó, al inerte y lánguido esqueleto arrastrarse por el antiguo sendero, aceptando el repulsivo oficio, de una conformidad mecánica., Si no se descubrieran aquí rastros de fatalidad teológica, parecería que leíamos un imitador de *Fedra*.

Al través de la ira del fanático se reconocen las imágenes de Platón. Frases hay que por la belleza viril y el entusiasmo recuerdan el tono de la *República*. «No puedo elogiar, dice, una virtud fugitiva y enclaustrada, inexperimentada, inanimada, que jamás sale de su retiro, ni mira de frente a su adversario, sino que esquiva la lucha en que en medio del calor y el polvo los corredores se disputan la guirnalda inmortal.»

Pero sólo es platónico por la riqueza y la exaltación; para lo demás es el hombre, del Renacimiento, pedante y grosero: ultraja al Papa que después de la donación de Pepino el Breve «no dejó de morder y de ensangrentar a los sucesores de su caro señor Constantino con maldiciones y excomuniones escandalosas.» En defensa de la prensa, apela a la mitología, demostrando que en pasados tiempos «ninguna envidiosa Juno se sentaba con las piernas cruzadas para el alumbramiento de una inteligencia.» Importa poco que estas sabias imágenes sean familiares o grandiosas; son potentes y naturales. La superabundancia y la rudeza manifiestan el vigor y el aliento lírico que el carácter de Milton había predicho.

La pasión mana de sí misma y, las imágenes la exaltan. Las audaces palabras, los excesos de estilo hacen oír la voz vibrante del hombre que sufre, que se indigna y que quiere. «Los libros, dice en su Areopagítica, no son cosas absolutamente muertas; contienen en sí un poder vivificante tan activo como el alma de quien son hijos; mejor aún, conservan como en un frasco la eficacia, y la esencia más pura de la viva inteligencia que los ha engendrado. Me atrevo a decir, que son tan animados y tan vigorosamente productivos como los dientes del dragón fabuloso, y que desparramados por todas partes, pueden hacer que salgan hombres armados. Supone casi lo mismo matar un hombre que un buen libro. Quien mata un hombre, mata una criatura racional, imagen de Dios; pero quien destruye un buen libro, mata la razón misma, mata la imagen de Dios en el ojo en que habita. Muchos de los hombres que viven son inútil carga en la tierra; pero un buen libro es preciosa sangre vital de un espíritu superior, embalsamada, y conservada religiosamente como tesoro para una vida mucho más lejana que su vida... Cuidado, pues, con la persecución que dirijamos contra los vivos trabajos de los hombres públicos; no derrochemos esta vida incorruptible guardada y amasada en los libros, pues vemos que, esta destrucción es una especie de homicidio, y a veces un martirio, y si se extiende a toda la prensa, una especie de matanza cuyos destrozos no se limitan a la pérdida de una vida, sino que llegan a la quinta esencia etérea, aliento de la razón misma, no siendo una vida lo que destruyen, sino una inmortalidad.»

Esta energía es sublime; el hombre está a la altura de la causa que defiende, y jamás se ha dicho con mayor elocuencia mayor verdad. Con expresiones terribles anonada a los opresores de los libros a los profanadores del pensamiento, a los asesinos de la libertad, «al Concilio de Trento y a la Inquisición que han engendrado y acabado esos catálogos, esos índices expurgatorios que rebuscan entre las entrañas de anti-guós y buenos autores, cometiendo, peor violación que todos los atentados contra sus tumbas.» Con idénticas frases azota a los espíritus carnales que creen sin pensar, y convierten su servilismo en su religión. Pasajes hay que por su amarga familiaridad recuerdan a Swift y aun le superan por la imaginación y por el genio.

«Un hombre, dice, de verdadera fe puede ser herético, si cree las cosas sólo porque su pastor se las dice. La verdad que cree poseer se convierte en su herejía. Un hombre rico dedicado a sus negocios y a sus placeres, encuentra que la religión es asunto tan embarazoso y lleno de enmarañadas cuentas, que no sabe cómo abrirle crédito en sus libros. ¿Qué ha de hacer sino es tomar la resolución de apartarse de esta faena y desenterrar algún agente, a cuyo cuidado y crédito confía todos sus asuntos religiosos? Este agente será algún eclesiástico estimado y notable. Confiado a él, le abandona el almacén de sus efectos religiosos con llaves y cerraduras, y, a decir verdad, hace de este hombre su religión, de modo que en adelante su religión no es él, es un ser separado y móvil que va y viene cerca de él, según la frecuencia con que el doctor visita la casa. Le aloja, le agasaja, le regala; su religión viene a su casa todas las noches, reza, come opíparamente, duerme en suntuoso lecho, se levanta por la mañana, recibe los buenos días, y después de una copa de malvasía o de cualquier otro brebaje bien saturado de especias, su religión se desayuna bien, sale a las ocho y deja en la tienda a su excelente huésped traficando todo el día sin su religión.» Veis que acaba, de burlarse con picante ironía; pues la ironía, por picante que sea, le parece débil. Escuchadle cuando vuelve a su estilo favorito, cuando emplea la invectiva abierta y seria, cuando, después del fiel carnal, ataca al prelado carnal. «La mesa de la comunión, escribe, trocada en mesa de separación, está dispuesta en plataforma, frente al coro, rodeada de un pasillo y de una

empalizada para evitar el contacto profano de los legos, mientras que el sacerdote obsceno y repleto no tiene escrúpulo en enroscar y masticar el pan sacramental con tanta familiaridad como un mazapán de su taberna.» Regocíjase pensando que todas estas profanaciones serán castigadas. La atroz doctrina de Calvino ha fijado de nuevo la vista de los hombres en el dogma de la maldición y de la condenación eterna. Milton amenaza con el infierno en la mano, y se embriaga de justicia y de venganza ante los abismos que abre y las llamas que flamea. «Serán arrojados, dice, por toda la eternidad en la más negra y profunda boca del infierno, bajo el imperio humillante, bajo los pies, bajo los desdenes de todos los demás condenados, que, en la angustia de sus torturas, tendrán por único regocijo ejercer frenética y bestial tiranía sobre ellos, sobre sus siervos y sus negros, y permanecerán siempre en tal estado los más viles, los más profundamente hundidos, los más degradados, los más pisoteados, los más aplastados de todos los esclavos de la perdición.» El furor llega aquí a lo sublime, y el Cristo de Miguel Angel no es más inexorable ni más vengador.

Colmemos la medida. Unamos, como él lo hace, las perspectivas, del cielo a las visiones de las tinieblas. El libelo se convierte en himno. «Cuando traigo a mi ánimo, dice, la idea de que al fin, después de tantos siglos durante los cuales el largo y sombrío cortejo del Error había barrido todas las estrellas fuera del firmamento de la Iglesia, la brillante y benéfica Reforma lanzó su rayo a través de la espesa y negra noche de la ignorancia y de la tiranía anticristianas, paréceme que en el pecho del que lee o del que escucha debe entrar a torrentes soberana y vivificante alegría, y que el suave olor del Evangelio devuelto baña su alma con todos los perfumes del cielo.» Sobrecargados de adornos, prolongados hasta el infinito, estos períodos son, coros triunfantes de alleluias angélicas, cantados por voces profundas al sonido de diez mil arpas de oro.

En medio de sus silogismos Milton reza, sostenido por el acento de los profetas, rodeado de los recuerdos de la Biblia, encantado por los esplendores del Apocalipsis, pero detenido por la ciencia y por la lógica a las puertas de la alucinación, en lo alto de la atmósfera serena y sublime, sin ascender a la región ardiente en que el éxtasis funde la razón, con una majestad de elocuencia y una solemne grandeza que nada sobrepuja, y cuya perfección prueba que ha entrado en su dominio, y que al través del prosista aparece el poeta.

«Tú que tienes asiento, dice, en una gloria y en una luz inaccesibles, Padre de los ángeles y de los hombres, y tú también Rey omnipotente, redentor de este resto perdido, cuya naturaleza tomaste, inefable e inmortal amor; tú, en fin, tercera sustancia de lo infinito divino, espíritu iluminador, alegría y consuelo de todo lo creado, mira esta pobre Iglesia aniquilada y casi espirando. ¡Oh! no les dejes acabar sus perniciosos designios. No permitas que nos envuelvan nuevamente en esa oscura nube de tinieblas infernales que nos oculta el sol de tu verdad, que nos priva para siempre de la esperanza y consuelo de la aurora, que nos impedirá siempre oír el canto del ave de tu mañana... ¿Quién no te ve hoy en tu brillante marcha, en medio de tu santuario, entre esos candelabros de oro largo tiempo oscurecidos para nosotros, gracias a la violencia de aquellos que los habían cogido, más por avaricia del oro, que por amor a su radiante claridad? ¡Ven, pues, oh tú, que tienes las siete estrellas en tu mano derecha, establece tus escogidos sacerdotes, según su orden y según sus antiguos ritos, para que realicen ante tus ojos su oficio de verter religiosamente el aceite consagrado en tus lámparas santas siempre ardiendo! Tú has enviado para esta obra y por todos los parajes a tus servidores un espíritu de plegaria; tú has despertado sus deseos como el ruido de multitud de aguas alrededor de tu trono. ¡Oh! acaba y realiza tus gloriosos actos. Sal de tus regias cámaras, oh príncipe de todos los reyes de la tierra; reviste los trajes visibles de tu majestad imperial, empuña el cetro universal que tu Padre te ha transmitido, porque la voz de tu prometida te llama ahora, y todas las criaturas suspiran por su renovación.»

Este cántico de súplicas y de alegría es una efusión de magnificencias, y sondando en todas las literaturas no encontraréis poetas que igualen a este prosista. ¿Pero es verdaderamente prosista? La dialéctica rigurosa, el ingenio pesado y torpe, la rusticidad fanática y feroz, la épica grandeza de las imágenes sostenidas y superabundantes, el aliento y las temeridades de la pasión implacable y omnipotente, la sublimidad de la exaltación religiosa y lírica, ninguno de estos rasgos dan a conocer un hombre nacido para explicar, persuadir y probar. La escolástica y la grosería de la época han enmohecido su lógica; la imaginación y el entusiasmo le han arrebatado y encadenado en las metáforas. Extraviado o halagado de esta suerte, no ha podido producir obra perfecta; sólo ha escoto libelos útiles, condenados por el interés práctico y el odio contemporáneo, y bellos retazos aislados, inspirados por el encuentro de una gran idea y el destello momentáneo del genio. Sin embargo, en estos abandonados restos aparece por completo el hombre. El espíritu sistemático y lírico están retratados en el libelo como en el poema. La facultad de abarcar grandes conjuntos y de entusiasmarse es igual en Milton en sus dos carreras, y veréis en el *Paraíso* y en el *Comus*, lo mismo que habéis visto en el *Tratado de la Reforma* y en las *Objeciones a un contradictor*.

Footnotes

¹⁵ Professor triobolaris.

[16](#) Saumaise decía de la muerte del Rey: «Horribilis nuntius aures nostras atroci vulnere, sed magis mentes perculit.»-Milton contestó: «Profecto nuntius iste horribilis aut gladium multo longiorem eo quem strinxit Petrus habuerit oportet, aut aures istæ auritissimæ fuerint, quas tam longinquo vulnere perculerit.»
-«Oratorem tam insipidum et insulsum ut ne ex lacrymis quidem ejus mica salis exiguisima possit exprimi.»
«Salmasius nova quadam metamorphosi salmactis factus est.»

[17](#) Transcribiré uno de estos agravios, una de estas quejas. El lector juzgará por la enormidad de los ultrajes de la grandeza de los resentimientos.

La humilde petición del doctor Alejandro Leighton, prisionero en La Flotte, dice así: «Que el 17 de febrero de 1630 fue preso al volver del sermón, por orden de la alta Comisión y arrastrado a lo largo de las calles, con hachas y palos, hasta la prisión de Londres. Que llamado el carcelero de Newgate, le puso grillos y por fuerza le condujo a una especie de perrera, infesta y medio ruinosa, llena de ratas y ratones, recibiendo luz únicamente por un agujero enrejado. El techo estaba rajado, y la lluvia y la nieve caían sobre su cuerpo. No tenía cama, ni sitio donde encender fuego, salvo las ruinas de una vieja chimenea, por donde no salía el humo. En este deplorable sitio estuvo encerrado unas quince semanas, sin que dieran a nadie permiso para verle, hasta que por fin lo obtuvo únicamente su mujer. Que al cuarto día de su prisión, el perseguidor, con una multitud de gente, fue a su casa para buscar libros de jesuitas, y trató a su mujer de un modo tan bárbaro o inhumano que avergüenza referirlo. Que registraron todas las habitaciones y desnudaron a todas las personas, apuntando una pistola al pecho de un niño de cinco años y amenazándole con matarle si no decía el sitio donde estaban los libros. Que había estado enfermo y, en opinión de cuatro médicos, envenenado, porque se le cayeron todos los cabellos de la piel. Que en lo más grave de esta enfermedad fue pronunciada la cruel sentencia contra él, y ejecutado el 26 de noviembre, recibiendo sobre la espalda treinta y seis golpes con una cuerda de tres hilos y con las manos atadas a un poste. Que a pesar del frío y de la nieve le tuvieron cerca de dos horas de pie en la picota, marcándole después el rostro con un hierro ardiendo, rajándole la nariz y cortándole las orejas. Que hecho esto le condujeron embarcado a La Flotte y le encerraron en un cuarto tan insalubre que estuvo enfermo mientras vivió en él, y al cabo de ocho años le arrojaron a la prisión común.» Tenía setenta y dos años. (Neal, *History of the Puritans, II* , 19.)

[18](#) Respuesta al *Retrato real*, obra atribuida al Rey, en favor del Rey.

[19](#) *Of Reformation in England.*

[20](#) *The Doctrine and Discipline of Divorce.*

[21](#) En su *Areopagítica* .

[22](#) Esto lo escribía Milton a principios de la guerra civil, cuando todavía no era republicano.

V.

«Milton me ha confesado, escribe Dryden, que Spenser había sido su modelo.» Y, en efecto, ambos eran hermanos por la pureza y la elevación de la moral, por la abundancia y trabazón del estilo, por los nobles y caballerescos sentimientos y por el bello orden clásico. Pero además tenía otros maestros, Beaumont, Fletcher, Burton, Drummond, Ben Jonson, Shakespeare, todo el magnífico Renacimiento inglés, y tras de éste la poesía italiana, la antigüedad latina, la hermosa literatura griega y todas las fuentes de donde había surtido el Renacimiento literario de Inglaterra.

Continuaba, pues, la gran corriente, pero la continuaba a su manera. Tomaba de ella la mitología, las alegorías, a veces los concetti²³, y encontraba en ella su rico colorido, su magnífico sentimiento de la naturaleza viviente, su inextinguible admiración a las formas y a los colores. Pero al mismo tiempo transformaba su dicción y daba a la poesía nuevo empleo.

Escribía no únicamente por el impulso o la sensación que nace del contacto de las cosas, sino como literato, como humanista, sabiamente, con ayuda de los libros, estudiando los asuntos tanto en los escritos precedentes como en sí mismos, añadiendo a sus imágenes las imágenes de otros, cogiendo y refundiendo sus invenciones, como artista que multiplica y aprieta los repujados y alicatados dispuestos y entrelazados ya en una diadema por la mano de veinte cinceladores. Formóse de esta suerte un estilo compuesto y brillante, menos natural que el de sus predecesores, menos a propósito para las efusiones, para las vivas sensaciones repentinas, pero más sólido, más regular, más capaz de concentrar en ancho manto de claridad todos sus centelleos y todos sus resplandores.

Formaba, como Esquilo, frases de «seis codos,» «engalanadas y vestidas con trajes de púrpura,» y las hacía marchar, cual regio acompañamiento, delante de su idea para anunciarla y realzarla. Presentaba las bellas ninfas, «rosas vivientes de los bosques, con sandalias de plata y vestidas de flores,» y la tarde con capuchón gris que, cual triste peregrino dentro del monástico sayal, se levanta tras de las ruedas fugitivas del sol -«las islas, con su cintura de olas, como ricos diamantes sembrados en el desnudo pecho del abismo;»- «los ardientes querubines, en filas deslumbradoras, dirigiendo al cielo sus angélicas y tonantes trompetas.» Amontonaba en espesos bosquecillos las flores esparcidas en otros poetas; «la temprana primícula, que muere abandonada; el crestado jacinto, el pálido jazmín, el jaspeado pensamiento, el blanco clavel, la ardiente violeta, la rosa perfumada, la graciosa madre selva con el cuco lánguido que inclina su pensativa cabeza, y todas las flores de melancólicos colores.» Las llamaba en derredor de la tumba de su amigo, y les decía: «al amaranto que derramase en ella toda su belleza, a los narcisos que llenasen sus copas de lágrimas.» Hablaba a los hondos valles, donde habitan los dulces murmullos en las sombras, en los fugaces venticillos, en las saltadoras fuentes, y a cuyo fresco regazo no atenta la ardiente Siria, y les decía que «alfombras todo el suelo con flores primaverales, que arrojasen sobre aquella tumba todos los esmaltes de sus radiantes ojos, que beben en el verde césped perfumados rocíos.»

Joven todavía y al salir de Cambridge, su inclinación era a lo magnífico, a lo grandioso: necesitaba el gran verso redondo, la estrofa amplia y sonora, los períodos inmensos de catorce y de veinticuatro versos. No apreciaba los objetos frente a frente y pie a tierra, como mortal, sino, desde la altura, como esos ángeles de Goethe²⁴, que de una ojeada abarcan el Océano entero, luchando contra las costas y la tierra, que rueda envuelta en la armonía de los astros fraternales. No era la vida lo que él sentía como los maestros del Renacimiento; era *lo grandioso*, a la manera de Esquilo y de los profetas hebreos²⁵; espíritus viriles y líricos como el suyo, que nutridos como él con las emociones religiosas y con el entusiasmo continuo, han mostrado, al igual que Milton, la pompa y la majestad sacerdotales.

Para expresar tal sentimiento no bastaban las imágenes, no bastaba la poesía que entra por los ojos; necesarios eran los sonidos y esa poesía más íntima que, purgada de representaciones corporales, toca al alma: era músico, y sus himnos tienen la lentitud de una melopea y la gravedad de una declamación. Parece que él mismo pinta su arte en estos versos incomparables, que se desarrollan como la armonía solemne de un motete²⁶:

En la profundidad de las noches, cuando el sopor -encadena los sentidos de los mortales, escucho -la armonía de las sirenas celestes, que sentadas sobre las nueve esferas enroscadas, -cantan para aquellas -que tienen las tijeras de la vida -y hacen girar los husos de diamante -donde se enrosca el destino de los dioses y de los hombres. -Tal es el dulce atractivo de la armonía sagrada. -Para encantar a las hijas de la Necesidad, -para mantener la naturaleza vacilante en su ley -y para conducir la medida danza de este bajo mundo -a los acentos celestes que nadie puede oír, -nadie formado de tierra humana, -mientras sus groseros oídos no sean purificados.

Al mismo tiempo que el estilo cambian los asuntos; restringía y ennoblecía, a la vez que el lenguaje, el dominio del poeta, y consagraba sus pensamientos como sus palabras. «Quien conoce la verdadera naturaleza de la poesía, decía algún tiempo después, pronto conoce también cuán despreciables criaturas son los rimadores vulgares, y qué religioso, qué glorioso, qué magnífico uso

puede hacerse de la poesía en las cosas divinas y humanas... Es un don inspirado por Dios, raramente concedido, que obtienen, sin embargo, algunos en cada nación; poder puesto al lado de la tribuna para plantar y nutrir en su gran pueblo las semillas de la virtud y de la honradez pública, para apaciguar las turbaciones del alma y restablecer el equilibrio en las emociones, para celebrar en elevados y gloriosos himnos el trono y el acompañamiento de Dios omnipotente, para cantar las victoriosas agonías de los mártires y de los santos, las acciones y los triunfos de las naciones justas y piadosas que combaten valientemente por la fe contra los enemigos de Cristo.»

En efecto, desde un principio en la escuela de San Pablo y en Cambridge había parafraseado los salmos y compuesto después odas a la Natividad, a la Circuncisión y a la pasión. Al poco tiempo aparecen los cantos tristes a la muerte de un niño, al fin de una noble dama; posteriormente graves y nobles versos sobre el Tiempo, a propósito de una música solemne, a sus veintitrés años, «tardía primavera que aun no ha mostrado capullos ni flores.»

Se traslada al campo con su padre, y las impacencias, los ensueños, los primeros encantos de la juventud surgen en su corazón como matinal perfume en día de verano. Pero ¡cuánta, distancia hay entre estas contemplaciones sonrientes y serenas y la cálida adolescencia, el voluptuoso *Adonis* de Shakespeare! Sus alegrías se limitan a pasear, ver y escuchar; son alegrías poéticas del alma. Oye «a la alondra que alza el vuelo y despierta con su canto a la macilenta noche, hasta que se levanta el alba sonrosada; al labrador que silba sobre el surco de su arado, el ingenuo canto de la lechera; al segador afilando la hoz en el valle bajo el espino.» Ve los bailes y las alegrías de mayo en la aldea; contempla las pomposas procesiones, y «el rumor afanoso de la multitud en las grandes ciudades.» Entrégase especialmente a la melodía, a los divinos arrullos de los versos suaves y a los dulces ensueños que con luz de oro hacen pasar a nuestros ojos. A esto se limita, y como si fuera demasiado lejos, para contrabalancear tal elogio dejas alegrías sensibles, llama a sí la Melancolía, «monja pensativa, piadosa y pura, envuelta en los majestuosos pliegues de su oscuro vestido, que avanza con mesura y aspecto contemplativo, y le contesta con la vista dirigida, al cielo y el alma en los ojos;» con ella va errando, preocupado con los graves pensamientos y graves espectáculos, que recuerdan al hombre su condición y le preparan a sus deberes, a veces entre altas columnas de árboles seculares, cuyas frondosas copas abrigan el silencio y el crepúsculo; a veces por dos pálidos claustros que excitan al estudio, o bajo los pesados amos, las ventanas de pintados cristales y los ricos rosetones, que sólo dejan paso a una semiclaridad religiosa;» a veces, en fin, en el recogimiento del gabinete de trabajo, donde canta el grillo, dónde luce la lámpara laboriosa, donde el espíritu, a solas con los nobles espíritus de pasados tiempos, evoca a Platón para aprender «que mundos, qué vastas regiones poseen el alma inmortal, cuando abandona su casa de carne y el estrecho rincón en que nos movemos.»

Esta elevada filosofía aparece en todas sus obras, cualquiera que fuese la lengua en que escribiera, inglés, italiano o latín; cualquiera que fuese el género de la composición, sonetos, himnos, odas, tragedias o epopeyas. Siempre elogia el amor casto, la piedad, la generosidad, la fuerza heroica, no por escrúpulos, sino porque las necesidades de su naturaleza le obligaban a estos nobles conceptos. Milton admira, como Shakespeare crea, como Swift destruye, como Byron combate, como Spenser sueña. Hasta en los poemas decorativos que servían sólo para presentar al público trajes y decoraciones, en Máscaras, como las de Ben Jonson, imprimía su carácter propio. Eran diversiones de familia, y las convertía en enseñanzas de magnanimidad y de constancia. Uno de ellos, el *Comus*, ampliamente desarrollado con gran originalidad y estilo elevadísimo, es acaso su obra maestra, y se limita a un elogio de la virtud.

En él y al primer impulso nos encontramos en los cielos. Un espíritu que ha descendido en medio de salvajes bosques, declama esta oda:

Ante la puerta estrellada del palacio de Júpiter -está mi morada entre estas formas inmortales, -espíritus etéreos que viven luminosos -en las esferas serenas del aire tranquilo y puro, -por encima de la humareda y del tumulto de este rincón oscuro -que los hombres llaman la tierra, establo vil -donde amontonados y confinados en sus bajos pensamientos -luchan para conservar una débil y febril vida, olvidando la corona que da la virtud -después de mortales vicisitudes a sus verdaderos servidores, -en medio de los dioses sentados en sus sagrados tronos.

Tales personajes no pueden hablar, cantan. El drama es una ópera antigua, formada, como *Prometeo*, de solemnes himnos; el espectador necesita transportarse fuera del mundo real, porque no son hombres sino sentimientos lo que escucha. Asiste a un concierto, como al presenciar *El sueño de una noche de verano* de Shakespeare. El *Comus* es continuación de esta obra, de igual manera que un coro viril de profundas voces continúa la ardiente y dolorosa Sinfonía de los instrumentos.

«En los entrelazados senderos de esta áspera selva, donde la luz temblorosa amenaza los pasos del viajero perdido,» yerra una noble dama, separada de sus dos hermanos, azorada por los salvajes gritos y turbulenta alegría que a lo lejos se oye. El hijo de la encantadora Circe, el sensual Comus, baila y sacude las antorchas en la espesura del bosque, en medio de los clamores de los hombres embrutecidos. Es la hora en que «los lagos y los mares, con sus escamosos rebaños, hacen alrededor de la luna sus ondulantes rondas, mientras que en las arenas y escurridizas pendientes saltan las ligeras hadas y los petulantes enanos.» Asístase la dama, se arrodilla, y entre las

nebulosas formas que ondulan en la pálida claridad de la altura ve a la Esperanza de blancas manos, a la Fe de puras miradas, y a la Castidad, guardianes misteriosos y celestes que velan por su vida y su honor.

Bien venidas seáis, Fe de puras miradas, -Esperanza de blancas manos, -ángel que vuelas sobre mi cabeza ceñido con tus alas de oro, -y tú, santa Castidad, formada sin mancha. -Os veo claramente, y ahora creo -que el Bien supremo que no sufre a los malos seres -sino para convertirlos en serviles ministros de su venganza, -enviará un ángel luminoso, si necesario fuese, -para librar mi vida y mi honor de toda especie de ataque. -Pero ¿me engaño, o envuelve a la noche con sus plateadas orillas una negra nube? -No me engaño; una negra nube ha envuelto con sus plateadas orillas a la noche -y produce un resplandor entre la espesa sombra de la hojarasca.

Llama a sus hermanos; «el dulce y solemne acento de su voz. vibrante se eleva, como vapor de ricos y destilados perfumes,» deslizándose en el aire de la noche por encima de los valles «cubiertos de violetas» hasta el Dios disoluto a quien transporta de amor y acude disfrazado de sacerdote.

¿Es posible que una mezcla perecedera de arcilla terrestre -exhale el divino encanto de tales acentos? -Algo divino habita seguramente en ese pecho. -¡Cuán dulcemente flotan sobre las alas -del silencio a través de la bóveda vacía de la noche! -He oído muchas veces a mi madre Circe, con las tres sirenas -en medio de las náyades vestidas de flores -cogiendo sus poderosas yerbas y sus venenos mortales, arrastrar con sus cantos el alma cautiva en el bienaventurado Eliseo; Seila lloraba, -las ruidosas olas callaban atentas, -y la cruel Carybdis murmuraba dulce aplauso; -pero un arrobamiento tan sagrado y profundo, - tal sensación de pura felicidad -jamás la sentí.

Llegan aquí los cantos celestes. Milton los describe y a la vez los imita, haciendo comprender la frase de Platón, su maestro, de que las melodías virtuosas enseñan la virtud.

El hijo de Circe se ha llevado engañada a la noble dama, y en un palacio suntuoso la sienta inmóvil delante de una mesa con exquisitos manjares. Ella le acusa, resiste, le insulta, y el estilo adquiere acento de indignación heroica para denigrar las ofertas del tentador.

Cuando la corrupción -por medio de miradas impuras gestos inmodestos y lenguaje procaz, -y sobre todo por el acto innoble y pródigo del pecado, -deja entrar la infamia en lo más profundo del hombre, -el alma cadavérica se infecta por contagio, -enterrada en la carne y embrutecida hasta que pierde completamente -el divino carácter de su primer ser. -Así son las pesadas y húmedas sombras fúnebres -que se ven con frecuencia bajo las bóvedas de los osarios y en los sepulcros, -sentadas junto a una nueva tumba -como pesarosas de abandonar el cuerpo que amaban.

Confuso se detiene, y en el acto los hermanos, conducidos por el Espíritu protector, se arrojan sobre él, espada en mano. Huye, llevándose su varilla mágica. Para dar libertad a la dama encantada, llaman a Sabrina, la náyade bienhechora que «sentada sobre la fría ola cristalina ata con trenzas de lirio los bucles de su cabello de ámbar.» Alzase ligera de su lecho de coral y su carro de turquesa y de esmeralda, la pone sobre los juncos de la orilla, entre «los húmedos mimbres y las cañas.» Tocada por esta mano fría y casta, la dama sale de la silla maldita que la tenía encadenada. Los hermanos y la hermana reinan tranquilamente en el palacio de su padre, y el Espíritu director de estos sucesos declama una oda en la que la poesía conduce a la filosofía, en la que la voluptuosa luz de una leyenda oriental viene a bañar el Elíseo de los sabios, en la que todas las magnificencias de la naturaleza se reúnen para añadir una seducción a la virtud.

¿Para qué hacer mención de los errores, de las rarezas, de las expresiones recargadas, herencia del Renacimiento, de una disputa filosófica entre un razonador y un platónico? Apenas se advierten estas faltas, todo desaparece ante el espectáculo del sonriente Renacimiento, transformado por la austera filosofía, y de lo sublime, adorado sobre un altar de flores.

Este, según creo, fue su último poema, profano. En el siguiente, Lycidas, cantando, a imitación de Virgilio, la muerte de un querido amigo, deja advertir las iras y las preocupaciones puritanas; censura la mala doctrina y la tiranía de los Obispos, y habla ya «del mandoble que espera a la puerta, dispuesto a herir de un golpe, para no tener que dar más que uno.» Desde su vuelta de Italia la controversia y la acción arrastran su ánimo; empieza la prosa, y la poesía se detiene. De vez en cuando rompe este largo silencio un soneto patriótico o religioso, bien para alabar a los jefes puritanos Crómwell, Vane, Fairfax; bien para honrar la muerte de una piadosa amiga, o la vida «de una virtuosa Joven;» unas veces para pedir a Dios «que vengue sus santos degollados,» los infelices protestantes del Piamonte, «cuyos huesos están esparcidos en las frías vertientes de los Alpes;» otras a propósito de su segunda esposa, muerta al cabo de un año de matrimonio, «su santa» y amadísima esposa, que se le ha aparecido en sueños «cual Alcestes sacado de la tumba con larga vestidura blanca, puro como su alma:» estos sonetos expresan leales amistades, dolores aceptados, aspiraciones generosas o estoicas, depuradas por los reveses de la fortuna.

Avanzado en edad, excluido del poder, de la acción, hasta de la esperanza, vuelve a los grandes, ensueños de la juventud. Busca lo sublime, como otras veces, fuera de este bajo mundo, porque lo real en éste es pequeño, y lo familiar parece vulgar. Hace retroceder sus nuevos personajes hasta el extremo de la antigüedad sagrada, porque la distancia aumenta su talle, y faltando la costumbre de medirla, no se les rebaja. Inmediatamente aparecen los seres fantásticos: la Alegría, hija del Céfito y de la Aurora; la Melancolía, hija de Vesta y de Saturno; el hijo de Circe, Comus, coronado

de hiedra, dios de los ruidosos bosques y de la orgía tumultuosa. En seguida Sansón, el que desprecia los gigantes, el elegido del Dios fuerte, el exterminador de los idólatras; Satanás y sus iguales, Cristo y sus ángeles se presentarán a nuestra vista como estatuas sobrehumanas, y la distancia, frustrando todo intento de nuestras manos curiosas, preservará nuestra admiración y su majestad.

Vayamos más lejos y subamos más alto, al origen de las cosas, entre los seres eternos, hasta los principios del pensamiento y de la vida, hasta los combates de Dios en ese mundo desconocido en' que los sentimientos y los seres, superiores al alcance del hombre, lo son también a su juicio y a su crítica, infundiendo en el ánimo la veneración o el terror. Cuando el canto continuo de versos solemnes proclama las acciones de estas vagas figuras, experimentamos la misma emoción que cuando en una catedral el órgano prolonga sus sonidos bajo los grandes arcos, y las nubes de incienso a través de la iluminación de los cirios, borran los contornos de los enormes pilares.

Pero si el corazón permanece igual, el genio se transforma: la virilidad ha sustituido a la juventud; la riqueza es menor y la severidad más grande. Diez y siete años de combates y de desgracias han entregado esta alma a las ideas religiosas. La mitología ha dejado el puesto a la teología; la costumbre de disertar ha amortiguado la inspiración lírica, y la erudición acrecentada abruma el genio original. No canta ya el poeta en versos sublimes, refiere o arenga en versos graves; no inventa un género personal, imita la tragedia o la epopeya antiguas. Parece Sansón una tragedia elevada y fría, el Paraíso reconquistado una epopeya fría y noble, y escribe un poema imperfecto y sublime, el *Paraíso perdido*.

Pluguiese a Dios que lo hubiera podido escribir, como lo intentó, en forma de drama, y mejor aún, como el *Prometeo* de Esquilo, en forma de ópera lírica. Hay asuntos que exigen un estilo determinado y que, de no emplearlo, queda destruida la obra, y gracias si en el deforme conjunto el acaso produce y conserva bellos retazos. Para poner en escena lo sobrenatural, preciso es abandonar el asiento ordinario, porque permaneciendo en él parece como que no se cree en lo que se hace. Siendo la visión quien crea, preciso es expresar lo creado con el estilo de la visión.

Cuando Spenser escribe, sueña; escuchamos los felices conciertos de su música aérea, y el vario acompañamiento de sus apariciones fantásticas se desarrolla como vapor ante nuestros ojos complacientes o deslumbrados. Cuando Dante escribe, está alucinado, y sus gritos de angustia, sus raptos, la apiñada sucesión de sus fantasmas infernales, o místicos, nos transportan con él al mundo invisible que describe. El éxtasis solamente hace visibles y creíbles los objetos del éxtasis. Si nos referís las empresas de Dios, como las de Crómwel, con grave y sostenida entonación, no advertiremos a Dios, y como él forma toda vuestra obra, ni advertiremos nada; cree-mos que habéis aceptado una tradición, que la adornáis con pensadas ficciones, y que sois un predicador, no un profeta, un decorador, no un poeta; descubriremos que cantáis a Dios como el vulgo le reza, conforme a una fórmula, aprendida y no por espontánea inspiración. Cambiad de estilo, y mejor aun, si podéis, cambiad de canción. Procurad descubrir en vos mismo la antigua exaltación de los psalmistas y de los apóstoles, de reconstruir la divina leyenda, de sentir la conmoción sublime por la cual el espíritu inspirado y desorganizado advierte a Dios, y en el instante sonará el gran verso lírico lleno de magnificencias.

Ilusionados de esta suerte, no investigaremos si es Adán o el Mesías quien habla; no examinaremos si son reales o contruados por mano de psicólogo; no nos cuidaremos de sus acciones pueriles o extrañas impulsados fuera de nosotros mismos, participaremos de vuestra sinrazón creadora, siendo arrastrados por la ola de imágenes temerarias o levantados por el amontonamiento de metáforas gigantescas, perturbados, en fin, como Esquilo cuando herido su Prometeo por el rayo, oye el universal concierto de ríos, mares, bosques y criaturas que lloran, como David ante Jehová, «que se lleva mil años como un torrente de agua; para quien las edades son hierba florida por la mañana y por la tarde seca.»

Pero no había llegado aún el siglo de la inspiración meta-física. A lo lejos, en lo pasado, desaparecía Dante; a lo lejos, en lo porvenir, se ocultaba Goethe. Aun no se advertía el Fausto panteísta que absorbe los seres transformables en su profundo seno; tampoco se advierten ya el paraíso místico y el amor inmortal cuya luz ideal baña las almas redimidas.

El protestantismo no había alterado ni renovado la naturaleza divina; conservador del símbolo admitido y de la anti-gua leyenda, sólo había transformado la disciplina eclesiástica y el dogma de la gracia. Sólo había hablado al cristiano de su salvación personal y de la libertad de los legos; ni había refundido al hombre, ni reformado la idea de Dios; no podía, pues, producir una epopeya divina, sino una epopeya humana; no eran los combates y las obras del Señor lo que podía cantar, sino las tendencias y la salud del alma.

En la época de Cristo brotaban los poemas cosmogónicos; en la de Milton brotaban las confesiones psicológicas. En la época de Cristo cada imaginación producía una jerarquía de seres sobrenaturales y una historia del mundo; en la de Milton cada corazón refería la serie de sus palpitations y la historia de la Gracia. La erudición y la reflexión inspiraron a Milton un poema metafísico que no era propio de su siglo, al mismo tiempo que la inspiración y la ignorancia revelaban a Bunyan la narración psicológica que a su siglo convenía, y el genio del grande hombre

resultaba más débil que la ingenuidad del calderero.

Suprimida la ilusión lírica, deja entrar el examen crítico en su poema. Libres de entusiasmo, juzgamos sus personajes y exigimos que sean vivos, reales, completos, de acuerdo con ellos mismos como los de una novela o un drama. No escuchando las odas, queremos ver objetos y almas; pedimos que Adán y Eva obren y sientan conforme a su naturaleza primitiva; que Dios, Satanás y el Mesías obren y sientan conforme a su naturaleza sobrehumana.

Para tal empresa apenas bastaría Shakespeare; Milton, lógico y razonador, sucumbe en ella. Hace discursos correctos, solemnes, pero nada más; sus personajes, mejor que personajes son arengas, y en los sentimientos que expresan apenas hay otra cosa que puerilidades y contradicciones.

Me acerco a Eva y Adán, la primera pareja, y creo encontrar la Eva y el Adán de Rafael imitados por Milton; admirables jóvenes, dicen los biógrafos, vigorosos, voluptuosos, desnudos a la luz del día, inmóviles y preocupados ante los grandes paisajes, con la mirada brillante y vaga, sin más ideas que las del toro y la yegua acostados detrás de ellos. Escucho, y oigo: una familia inglesa, dos razonadores de la época, como por ejemplo el coronel Hutchinson y su esposa. ¡Dios mío! Vestidles pronto. Personas tan cultas hubieran inventado antes que ninguna otra cosa el pudor y los pantalones. ¡Qué diálogos! Son disertaciones que terminan con graciosos rasgos; son sermones recíprocos que acaban con reverencias. ¡Y qué reverencias! ¡Qué cumplimientos filosóficos y qué sonrisas morales! «Yo cedí, dice Eva, y desde entonces conozco cuán superior es a la belleza la gracia viril y la sabiduría, única verdaderamente bella.» Querido y sabio poeta, satisfecho hubieseis quedado si cualquiera de vuestras tres esposas, buena colegiala, os dijera como conclusión esta sólida máxima teórica. Y os la han dicho, porque la siguiente escena es de vuestra vida matrimonial:

«Así habló la madre del género humano, y con miradas de halago conyugal no rechazado, se apoyó en dulce abandono, medio abrazando a nuestro primer padre. Entusiasmado éste por su belleza y sus sometidos encantos, sonrió con amor digno y oprimió con puro beso los labios de la matrona.»

Este Adán pasó por Inglaterra antes de entrar en el Paraíso terrenal; allí aprendió la *respectability*, y allí estudio el discurso moral. Oigamos a este hombre que aun no ha probado el árbol de la Ciencia: no hay bachiller alguno que en su discurso de recepción exprese mejor y con más nobleza mayor número de huecas sentencias. «Mi bella compañera, la hora de la noche y el sueño de todas las criaturas en su retiro os advierten que debemos descansar de igual modo, puesto que Dios ha establecido para los hombres el alternativo cambio del reposo y del trabajo, como la noche y el día, y puesto que el oportuno rocío del sueño con su blando y letárgico peso abate nuestros párpados. Las demás criaturas viven todo el día ociosas, sin ocupación, y necesitan menos el descanso. El hombre, por disposición del Altísimo, está obligado a trabajo diario de cuerpo y de pensamiento, que prueba su dignidad y lo que el Cielo cuida de todos sus actos, mientras que los demás seres vagan desocupados sin que Dios les pida cuenta de sus acciones.»

Utilísima y excelentísima exhortación puritana. Se ve en ella la virtud y la moral inglesas, y los padres podrán leerla por las noches a sus hijos de igual modo que la Biblia. Adán es el verdadero jefe de la familia, elector, miembro de la Cámara de los Comunes, antiguo estudiante en Oxford, consultado en caso preciso por su esposa, a la que da con prudente mano las soluciones científicas que necesita. Esta noche, por ejemplo, la infeliz ha tenido una pesadilla, y Adán, con su puntiagudo horro de dormir encasquetado, le administra esta dosis psicológica.

«Has de saber que en el alma hay muchas facultades inferiores que sirven a la Razón como soberana. Entre estas facultades, la Imaginación desempeña el cargo principal. Con todas las formas exteriores que los sentidos representan crea formas aéreas que la Razón une o separa, y con ellas compone todo lo que afirmamos o negamos. Frecuentemente, en su ausencia, la imaginación, que trata de imitarla, procura hacerlo; pero reuniendo mal sus fuerzas sólo produce una obra incoherente, sobre todo durante el sueño, por rara mezcla de palabras o acciones presentes o pasadas.» Motivo bastante hay para que la pobre Eva vuelva a dormirse, y al ver su esposo este efecto, añade cual acreditado casuista: «No estés triste; el mal puede entrar y pasar en el espíritu de Dios y del hombre sin su consentimiento y sin dejar tras sí ninguna mancha o falta.» Bien se ve al marido protestante, confesor de su esposa.

Al día siguiente llega de visita un ángel, y Adán dice a Eva que se procure las provisiones. Discute Eva un momento como mujer hacendosa la comida que ha de ofrecerle, no sin que le enorgullezca su despena. «El ángel confesará que Dios ha derramado sus riquezas sobre la tierra lo mismo que en el cielo.» Está pintado el amable celo de una lady hospitalaria.

Parte Eva apresuradamente y mirando afanosa. ¿De qué suerte escogerá lo más delicado?, ¿a qué orden, a qué industria apelará para que no haya confusión en el gusto, para que entre uno y otro sabor resulte afortunado contraste? Ella fabrica vino dulce, bebida de peras, cremas, esparce flores y hojas sobre la mesa. ¡Qué excelente mujer casera! ¡y qué bien ganará votos entre los señores de la campiña cuando Adán se presente candidato al Parlamento!

Adán es de la oposición, *whig*, puritano. Sale a recibir al ángel sin otro acompañamiento que sus propias perfecciones, llevando en sí toda su corte, más solemne que la enojosa pompa de los

Príncipes, con la larga fila de sus soberbios caballos y de sus lacayos cubiertos de bordados de oro. El poema épico se convierte en poema político, y este detalle es un epigrama contra el poder.

Los saludos y cumplimientos fueron un poco largos; pero como por fortuna los manjares eran fiambres, «no había peligro de que se enfriase la comida.»

El ángel, aunque etéreo, come al igual de un campesino de Lincolnshire, «no en apariencia ni en humo, según la vulgar glosa de los teólogos, sino con el vivo apresuramiento de hambre real y de calor digestivo para asimilar el alimento, transpirando fácilmente lo superfluo a través de su sustancia espiritual.»

En la mesa escucha Eva las historias del ángel, y se va discretamente a los postres cuando empieza la conversación sobre política. Las damas inglesas aprenderán a conocer, por este ejemplo, en la cara de sus maridos «cuándo van a expresar sus abstrusos y estudiados pensamientos.» Su sexo no les permite volar tan alto, y una mujer prudente «preferirá a las explicaciones de un extraño las de su marido.»

Adán escucha un breve discurso sobre astronomía, y, como inglés práctico, saca la conclusión «de que la primera sabiduría es la de reconocer los objetos que nos rodean en la vida diaria; que lo demás es humo vano, pura extravagancia que nos hace para las cosas que más nos importan, inexpertos, inhábiles, y siempre inciertos.»

El ángel parte. Descontenta Eva de su jardín, quiere hacer en él reformas, y propone a su marido trabajar ambos, cada cual de un lado. «Eva, dice con sonrisa de aprobación Adán, nada sienta mejor a una mujer que el pensar en los bienes de la casa, e impulsar a su marido a un buen trabajo.» Pero teme por ella, y quisiera que permaneciese a su lado. Eva, picada en su amor propio, se enfada como una joven *miss* a quien no se dejara salir sola. Triunfa en su deseo, parte, y come la manzana. Este es el momento en que los interminables discursos caen sobre el lector, tan numerosos y fríos como las duchas de lluvia en invierno. Las arengas del Parlamento, inspirado por Crómwell, no son tan pesadas. La serpiente seduce a Eva con una colección de entimemas dignos del escrupuloso Chillingworth, y el humo silogístico llena esta pobre cabeza.

«La prohibición de Dios, dice para sí Eva, recomienda este fruto, pues aquella infiere el bien que éste comunica y nuestra necesidad de poseerlo; porque un bien desconocido, seguramente no es poseído; y continúa desconocido, y si es poseído, resulta igual que si no se le posee por completo. Tales prohibiciones no obligan . » Eva sale de Oxford, donde ha estudiado leves en las aulas del Templo, y lleva tan bien como su marido el birrete de doctor.

La marea de las disertaciones no se detiene: del Paraíso sube al Empíreo; ni el cielo, ni la tierra, ni el mismo infierno bastarán a reprimirla.

Dios es el más bello de cuantos personajes pueda el hombre poner en escena. Las cosmogonías de los pueblos son poemas sublimes, y el genio de los artistas no llega a su último límite sino sostenido por tales concepciones. Los poemas sagrados de los Indios, las profecías de la Biblia, el Edda, el Olimpo de Hesiodo y de Homero, las visiones de Dante, son flores radiantes donde brilla concentrada una civilización entera, y todo desaparece ante la sensación fulminante que las ha hecho surgir de lo más profundo de nuestro corazón.

De aquí que nada sea tan triste como la degradación de estas nobles ideas cuando caen en la regularidad de las fórmulas y bajo la disciplina del culto popular; nada tan pequeño como un Dios rebajado a rey o a hombre; nada más feo que el Jehová hebreo definido por la pedantería teológica, ajustado en sus acciones conforme al último manual del dogma, petrificado por la interpretación literal, con el número puesto como venerable mueble de un museo de antigüedades.

El Jehová de Milton es un rey grave de representación conveniente, casi, casi como Carlos I. La primera vez que se lo encuentra en el libro tercero está en consejo haciendo la exposición de un asunto.

En el estilo se adivina su bello traje con pieles, su barba puntiaguda a lo Van Dyck, su sillón de terciopelo y su dorado dosel. Trátase de una ley que da malos resultados, y quiere justificar a su gobierno. Adán va a comer la manzana. ¿Por qué ha sido expuesto Adán a la tentación? El regio orador diserta y demuestra: «Adán es capaz de resistirla, pero libre para caer en ella. Así he creado todos los poderes etéreos, todos los espíritus, los que han resistido y los que han caído, obrando unos y otro; libremente. Sin esta libertad, ¿qué prueba sincera hubiesen podido dar de su verdadera obediencia, de su constante fe, de su amor, limitándose a actos forzosos y sin poder ejecutar los voluntarios? ¿A qué elogio se hubieran hecho acreedores? ¿Qué placer me proporcionaría una obediencia de tal suerte pagada, si la voluntad y la razón (la razón también es libre), inútiles y vanas, despojadas ambas de libertad, pasivas ambas, sirvieran a la necesidad y no a mí? Han sido, pues, creadas en el estado que la equidad exigía, y no pueden en justicia acusar a su creador, ni a su naturaleza, ni a su destino, corno si la predestinación dominase su voluntad, fijada por decreto absoluto o por una presciencia superior. Ellos mismos han decretado en propia rebeldía, sin intervención alguna de mi parte. Si lo he previsto, la presciencia no ha influido para nada en su falta, que, no prevista, hubiera sido igualmente cierta.» «De esta suerte, sin impulso alguno, sin la menor apariencia de fatalidad, sin que haya nada previsto por mi de un modo inmutable, pecan porque son dueños de sus acciones al juzgar y al escoger.»

No siendo el lector moderno tan paciente como los Tronos, los Serafines y las Dominaciones, suspendo en la mitad la exposición de la regia arenga. Bien se ve que el Jehová de Milton es hijo del teólogo Jacobo I, muy versado en las disputas de arminianos y gomaristas, muy hábil en el *distingo* y sobre todo incomparablemente fastidioso. Para obligarles a escuchar tan largos discursos debe dar pingües sueltos a sus consejeros de Estado. Su hijo, el Príncipe de Gales, le responde respetuosamente en igual estilo. ¡Cómo rebaja a este Dios, hombre de negocios, hombre de escuela, hombre de aparato, el Dios de Goethe, semiabstracción, semileyenda, fuente de oráculos serenos, visión entrevista sobre una pirámide de estrofas estáticas [27](#). Y honro demasiado al Dios de Milton, concediéndole tales títulos, pues merece, algunos peores cuando envía a Rafael a advertir a Adán que Satanás no le quiere bien. «Que lo sepa, dice, no sea que, transigiendo voluntariamente, tome por pretexto la sorpresa, porque no se le ha advertido.» ¿No es este Dios un maestro de escuela que, previendo el solecismo de su discípulo, le recuerda de ante-mano la regla gramatical, para tener después el placer de reñir sin discusión?

Además, como buen político, tenía otro motivo, el mismo que para sus ángeles; obraba así «por la pompa, a título de Rey supremo, para acompañar sus altos decretos y perfeccionar la debida obediencia.» La frase es baja, y por ella se ve lo que es el cielo de Milton: un Whitehall con lujosos lacayos. Los ángeles son músicos de capilla cuyo oficio consiste en cantar himnos para el Rey y por el Rey, «conservando su puesto mientras dura su obediencia,» relevándose para hacer música toda la noche alrededor de su alcoba [28](#). ¡Qué vida la de este pobre Rey! ¡Qué condición tan cruel la de escuchar durante la eternidad sus propias alabanzas!

Para distraerse, decide el Dios de Milton coronar como Rey *King-partner* si se quiere, a su hijo. Vea el lector éste pasaje, y diga si no se trata de una ceremonia de la época del poeta. Todas las tropas están sobre las armas, cada cual en su puesto, «llevando bordados en los estandartes, como blasones, actos de celo y fidelidad,» probablemente la presa de un buque holandés o la derrota de los españoles en las Dunas. El Rey presenta a su hijo, le «unge,» declara que es «su Virrey.» «Que todas las rodillas se doblen ante él; quien le desobedezca, me desobedece,» y en aquel mismo día es expulsado del palacio. «Todo el mundo parece satisfecho, pero algunos no lo están.» Sin embargo, «pasan el día cantando y danzando, y después del baile tienen un exquisito festín.» Milton describe las mesas, los manjares, el vino, las copas.

Es una fiesta popular, en la que se echan de menos los fuegos artificiales y las campanas que suenan como en Londres, y donde imagino que se brindaría a la salud del nuevo Rey.

Más adelante, Satanás se revela. Lleva sus tropas al otro extremo del país, como Lambert o Monk «a los cuarteles del Norte,» probablemente a Escocia, atravesando regiones bien administradas, «imperios» con su *scheif* y sus lores lugartenientes. El cielo está dividido como, un buen mapa. Satanás hace una disertación delante de sus oficiales contra la monarquía; lucha en torneo de arengas contra Abadiel, buen realista, que refuta «sus argumentos blasfemos» y va a unirse con su Rey en Oxford.

Bien armado, empieza el rebelde la marcha con sus pique-ros y sus artilleros, para atacar la plaza fuerte de Dios [29](#). Ambos ejércitos se destrozan a sablazos, se barren a cañonazos y se aplastan a fuerza de razonamientos políticos. Estos tristes ángeles tienen el espíritu tan disciplinado como los miembros, y se ve que han pasado su juventud en la escuela del silogismo y en la escuela de reclutas. Satanás tiene frases de predicador. «Dios se ha equivocado, dice; así, pues, aunque le hayamos juzgado omnisciente, no es infalible en el conocimiento del porvenir.» Tiene palabras de cabo instructor como estas: «Vanguardia, abrid el frente a derecha e izquierda.» Hace retruécanos tan torpes como los del carnicero Harrison, que llegó a ser oficial.

¡Qué cielo! Motivo hay para perder la afición al Paraíso. Tanto valdría entrar en el cuerpo de lacayos de Carlos I o en el cuerpo de coraceros de Crómwell. Hay en él órdenes del día, un escalafón, una sumisión rigurosa, servicios de vasallaje [30](#), disputas, ceremonias reglamentadas, etiqueta, armas prohibidas, arsenales, depósitos de carros y de municiones. ¿Vale la pena dejar la tierra para encontrar en las alturas la carretería, la albañilería, la artillería, el manual administrativo, el arte de saludar y el almanaque real? ¿Son éstas las cosas que los ojos no han visto, ni los oídos escuchado, ni soñado el corazón? ¡Cuán lejos de esta ropavejería monárquica [31](#) están las apariciones de Dante, las almas que flotan como estrellas entre los cantos, los resplandores que se confunden, las rosas místicas que irradian y desaparecen en el azulado cielo; el mundo impalpable donde todas las leyes de la vida terrestre desaparecen, el insondable abismo atravesado por visiones fugitivas parecidas a las doradas abejas que cruzan los rayos del profundo sol! ¿No es señal de que la imaginación se apaga, de que la prosa empieza, de que nace el genio práctico y reemplaza la metafísica con la moral? ¡Qué caída! Para comprenderla volved a leer un verdadero poema cristiano, el *Apocalipsis*. Copio diez líneas. Juzgad lo que ha llegado a ser en el imitador:

«Entonces me volví para ver de dónde venía la voz que me hablaba, y al volverme vi siete candelabros de oro.

«Y en medio de los siete candelabros a uno que se parecía al Hijo del hombre, vestido con larga túnica y ceñido el pecho con un cinturón de oro.

«Su cabeza y sus cabellos eran blancos como la lana blanca y como la nieve, y sus ojos eran como llama de fuego.

«Sus pies parecían al bronce más fino que ese tuviese en ardiente horno, y su voz era como el ruido de las grandes aguas.

«Tenía en su mano derecha siete estrellas, una aguda espada de doble filo salía de su boca, y su mirada resplandecía como el sol cuando brilla con toda su fuerza.

«Al verle, caí a sus pies como muerto.»

Cuando Milton ordenaba su gran parada celeste, no cayó como muerto.

Pero si la costumbre innata e inveterada de la argumentación lógica, unida a la teología literal de la época, impidieron a Milton llegar a la ilusión lírica o crear almas vivientes, la magnificencia de su grandiosa imaginación, unida a las pasiones puritanas, le han dado elementos para crear un personaje heroico, muchos himnos sublimes y paisajes por nadie superados.

Lo que hay más bello en el Paraíso es el infierno, y en esta historia de Dios el primer papel corresponde al diablo. El ridículo diablo de la Edad Media, encantador cornudo, sucio intrigante, mico trivial y perverso director de orquesta en un aquellarre de viejas, se convierte en un gigante, en un héroe. Como Crómwell, vencido y desterrado, sigue siendo objeto de admiración y obediencia de los mismos a quienes ha precipitado en el abismo.

Continúa siendo señor, porque es digno de serlo. Más constante, más emprendedor, más político que los demás, de él son los profundos consejos, los recursos inesperados, los actos de valor; él es quien inventa en el cielo las armas fulminantes y gana la victoria del segundo día; él es quien en el infierno reanima sus tropas prosternadas y concibe la perdición del hombre; él es quien, cruzando las guardadas puertas y el caos infinito a través de tantos obstáculos y peligros, ha rebelado al hombre contra Dios y ganado para el infierno el pueblo entero de los nuevos vivientes.

Derrotado, vence, porque priva al Monarca de una tercera parte de los ángeles y de casi todos los hijos de Adán; herido, triunfa, porque el rayo que destroza su cabeza deja su corazón invencible. Más débil en fuerza, es superior en nobleza, porque prefiere la independencia dolorosa a la servidumbre feliz, y acepta su derrota y sus torturas como una gloria, una libertad y una fortuna. Resaltan en esta figura las fieras y sombrías pasiones políticas de los puritanos consecuentes y abatidos; Milton las había sentido en las vicisitudes de la guerra, y los emigrantes, refugiados entre las panteras y los salvajes de América, las tenían vivas y de pie en lo más profundo del corazón.

El heroísmo sombrío del Satanás de Milton, su dura obstinación, su punzante ironía, aquellos brazos orgullosos y rígidos que abrazan al dolor como a una querida, la concentración del valor invicto que replegado en sí mismo, encuentra en sí todos los medios y recursos, el poder de la pasión y el imperio sobre la pasión son los rasgos característicos del carácter inglés y de la literatura inglesa, y se encuentran después en *Lara* y en el *Conrado* de lord Byron.

En él, y a su alrededor; todo es grande. El infierno de Dante queda reducido a un taller de torturas cuyas estancias superpuestas descenden por pisos regulares hasta el último pozo. El infierno de Milton es inmenso y vago «lugar horrible, flameando como un horno, cuyas llamas no tienen luz, sino tinieblas visibles que descubren aspectos de desolación; regiones de duelo, sombras lúgubres, mares de fuego, helados continentes que se dilatan negros y salvajes, azotados por eternos torbellinos de duro granizo que jamás se licúa y cuyos montones asemejan ruinas de antiguos edificios.» Los ángeles se reúnen en legiones innumerables parecidas «a bosques de pinos en las montañas, con las cabezas escoriadas por el rayo; imponentes, aunque despojados, permanecen de pie sobre el quemado arenal.

Milton necesita y prodiga lo grandioso lo infinito. Su vista, exige para reposar el espacio sin límites y sólo engendra colosos para poblarlo. Así es Satanás revolcándose sobre las olas del mar lívido.

Spenser ha creado figuras tan grandes como las de Milton, pero no tiene la seriedad trágica que imprime en un protestante la idea del infierno. No hay creación poética alguna que iguale en horror y en grandiosidad al espectáculo que encuentra Satanás al salir de su calabozo.

El aliente heroico del viejo campeón de las guerras civiles anima la batalla infernal, y si se me preguntara por qué crea Milton más grandes cosas que los demás poetas, respondería que porque tiene un corazón más grande.

De ello proviene la sublimidad de sus paisajes. Si no fuera por miedo a la paradoja, diría que son escuela de virtud.

Spenser es un espejo que reproduce imágenes tranquilas; Shakespeare, una luna ardiente, donde se reproducen una tras otra visiones multiplicadas que nos ciegan. Aquél nos distrae; éste nos perturba; Milton nos eleva. La fuerza de los objetos que describe se trasmite a nuestro espíritu, y somos grandes por simpatía con su grandeza.

Tal es el efecto de su pintura de la creación. El mando eficaz y sereno del Mesías impresiona al corazón que le escucha, y se siente mayor vigor y más salud moral al aspecto de esta grande obra de sabiduría y de voluntad.

Describe los paisajes primitivos, mares y montañas inmensas y desnudas, como Rafael los pinta en el fondo de sus cuadros bíblicos. Milton abraza los conjuntos y maneja las masas tan fácilmente como su Jehová.

Apartemos la vista de estos espectáculos sobrehumanos o fantásticos. Milton hará que les iguale una sencilla puesta del sol; llenándola de solemnes alegorías y de regias figuras, y haciendo lo sublime del poeta, como antes nacía del asunto.

Los cambios de la luz forman una procesión religiosa de seres vagos que llenan el alma de veneración. Santificado de esta suerte el poeta reza. De pie, junto al lecho nupcial de Eva y Adán, saluda «al amor conyugal, ley misteriosa; verdadera fuente de la raza humana, que arrojó el adúltero libertinaje lejos de los hombres, hasta los rebaños de los brutos, que funda en razón leal, justa y pura los amados parentescos y todas las ternuras del padre, del hijo, del hermano.» Lo justifica con el ejemplo de los patriarcas. Inmola ante sí el amor comprado y la loca galantería, las mujeres desordenadas y las jóvenes sin corazón. Nos encontramos a mil leguas de Shakespeare, y en esta alabanza protestante de la familia, del amor legal, de los «halagos de la vida doméstica,» de la devoción reglamentada y del hogar, bien se advierte una literatura nueva y una nueva época.

¡Qué grande hombre tan singular y qué espectáculo tan extraño! Nació Milton con el instinto de las cosas nobles, y fortificado, este instinto por la meditación, solitaria, por la acumulación del saber, por el rigorismo de la lógica, conviértese en un conjunto de máximas y creencias que ninguna tentación podrá disolver, ni destruir ninguna contrariedad. Provisto de esta suerte, atraviesa la vida combatiendo, como poeta, con actos valerosos y espléndidas ilusiones, heroico y rudo, quimérico y apasionado, generoso y sereno como todo razonador, ensimismado como todo entusiasta, insensible a la experiencia y enamorado de lo bello.

Impulsado por el acaso de una revolución hacia la política y la teología, reclama para los demás la libertad que, necesitaba su poderosa razón, y lucha contra las trabas públicas que encadenaban su personal impulso. Su potente inteligencia es más capaz que otra alguna de acumular la ciencia: el vigor de su entusiasmo le hace más capaz que a cualquier otro de sentir el odio.

Armado de esta suerte, se lanza en la controversia con toda la pesadez y toda la barbarie propias de su época; pero aquella admirable lógica presenta su razonamiento con amplitud maravillosa, y sostiene sus imágenes con majestad desconocida. Después de derramar en la prosa un torrente de magníficas figuras, esta exaltada imaginación le arrastra en un arrebató de pasión hasta la oda furiosa o sublime, especie de canto de arcángel adorador o vengador.

El acaso de un trono derribado y después restablecido le impulsa antes de la revolución a la poesía pagana y moral; después de la revolución, a la poesía cristiana y moral. En ambas busca lo sublime, e inspira admiración, porque lo sublime es obra de la razón entusiasta, y la admiración es el entusiasmo de la razón. En ambas lo consigue por el conjunto de magnificencias, por la sostenida amplitud del canto poético, por la grandeza de las alegorías, por la elevación de los sentimientos, por la pintura de los objetos infinitos y de las emociones heroicas. En la primera, lírico y filósofo, poseedor de una libertad poética más extensa y creador de una ilusión poética más poderosa, produce odas y coros casi perfectos: en la segunda, épico y protestante, encadenado por una teología estricta, privado del estilo que hace visible lo sobrenatural, desprovisto de la sensibilidad dramática que crea almas vivas y variadas, acumula frías disertaciones, hace de hombre de Dios máquinas ortodoxas y vulgares, y sólo encuentra su genio cuando presta a Satanás su alma republicana, cuando multiplica los paisajes grandiosos y las apariciones colosales, cuando consagra su poesía a la alabanza de la religión y del deber.

Colocado por la suerte entre dos edades, participa de dos naturalezas, como río que, corriendo entre dos tierras distintas, se tiñe de dos colores. Poeta y protestante, recibió de la edad que tocaba a su término la libre inspiración poética, y de la edad que comenzaba la severa religión política; puso aquella al servicio de ésta, y aplicó la inspiración antigua a los asuntos nuevos. En su obra se reconocen dos Inglaterra: la una apasionada por lo bello, entregada a las emociones de la sensibilidad desenfadada y a las fantasmagorías de la imaginación pura, sin más reglas que los sentimientos naturales, sin más religión que las creencias naturales, pagana de buen grado y con frecuencia inmoral. Así la muestran Ben Jonson, Beaumont, Fletcher, Shakespeare, Spenser y toda la magnífica cosecha de poetas que cubre aquel suelo durante cincuenta años. La otra, provista de una religión práctica y desprovista de invención metafísica, completamente política, profesando culto a la reglamentación, adherida a las opiniones justas, sensatas, útiles, estrechas, elogiando las virtudes de la familia, armada de rígida moralidad, precipitada en la prosa y elevada al mayor grado de poder, riqueza y libertad. Bajo este aspecto, el estilo y las ideas de Milton son monumentos de historia, porque concentran, recuerdan o adelantan lo pasado y lo porvenir, y en los límites de una sola obra se descubren los acontecimientos y los sentimientos de muchos siglos y de una nación.

TAINÉ

Footnotes

[23](#) Véase el himno a la Natividad, principalmente las primeras estrofas. Véase también Lycidas.

[24](#) *Fausto*. Prolog im Himmel.

[25](#) Véase en *Lycidas* la profecía contra el Arzobispo Laud:

But that two-handed engin at the door,
Stands ready to smite once and smite no more.

[26](#) But else in deep of night, when drowsiness
Hath locked up mortal sense, then listen I
To the celestial Sirens' harmony,
That sit upon the nine infolded spheres,
And sing to those that hold the vital shears.
And turn the adamantin spindle round,
On which the fate of gods and man is wound;
Such sweet compulsion doth in music lie,
To lull the daughters of Necessity,
And keep unsteady Nature to her law,
And the low world in measured motion draw
After the heavenly tune, which none can hear
Of human mold with gross unpurged ear.

[27](#) Fin de la segunda parte de Fausto. Prólogo en el Cielo.

[28](#) Esto recuerda, a Voltaire en la historia de Irax, condenado a sufrir sin tregua ni descanso los elogios de cuatro gentiles hombres y esta cantata:

¡Qué méritos tan grandes!
¡Qué gracias, qué esplendor!
¡Contento de si mismo
Debe estar monseñor!

[29](#) Tan rebajado queda Dios en su condición de Rey y de hombre, que dice (verdad es que irónicamente) versos como los siguientes:

«Lest unawary we lose
This place, our sanctuary, our hill»
Su hijo, joven caballero que va a batirse por primera vez, le responde:
If I befound the worst in heaven, etc.

[30](#) Por ejemplo, el de Rafael a las puertas del infierno. Allí se aburre mucho, y «regocijase grandemente» al volver al cielo.

[31](#) Cuando Rafael baja a la tierra, los ángeles que están de guardia alrededor del Paraíso le presentan las armas.

El rasgo más desagradable y característico de este Paraíso consiste en que el motor universal es la obediencia, mientras que en el de Dante es el amor

PARAÍSO PERDIDO.

LIBRO PRIMERO.

SUMARIO.

Propónese el objeto del poema, que es la desobediencia del primer hombre, y su castigo. Se nombra el autor del pecado, a saber, Satanás, que bajo la figura de la serpiente sedujo a nuestros primeros padres, para vengarse de Dios, cuya terrible justicia le había desterrado del cielo, precipitán-dole al abismo, con los compañeros de su rebelión. Se describe a Satanás, y a sus Ángeles, en medio de los infiernos, que no se suponen entonces en el centro del mundo, pues que el cielo y la tierra no existían aun sino en las tinieblas exteriores, a las que se da el nombre de caos. Atropellados por los rayos, se ven allí desfallecidos, y flotando desparramados en un lago de fuego. El Monarca infernal vuelve en sí; dirige la palabra a Belzebuth, y después despierta sus legiones, que se levantan de las ondas de fuego, y se van juntando en sus orillas abrasadas. Se trata de su número prodigioso, de su orden de batalla, y de sus principales jefes, bajo los nombres con que los conoció la idolatría. Satanás les habla, les anima con la esperanza de reconquistar el cielo, y les da noticia de un nuevo mundo que debía formarse, que es el nuestro, y del hombre que se debía criar en él, lo que es análogo a la opinión de algunos santos Padres, que han creído que el universo fue creado mucho tiempo antes que este mundo visible. Trata después el Monarca infernal de examinar en pleno consejo lo que pueden hacer, en consecuencia de lo que ha propuesto. Sus asociados consienten en ello, construyen en un momento el Pandemonio, o palacio de Satanás, en donde las Potestades infernales se juntan para la deliberación.

Del primer hombre la desobediencia
Canto, y la fatal fruta del vedado
Árbol, cuyo bocado,
Desterrando del mundo la inocencia,
Dio entrada a los dolores, y a la muerte,
Y nos hizo perder el paraíso;
Hasta que el hijo del Eterno quiso,
Lleno de amor, bajar a nuestro suelo,
Hacerse hombre, y volver con brazo fuerte
A abrir las puertas del cerrado cielo.
Asísteme piadosa,
Oh tú, Verdad divina, y encendida,
Unica Musa digna de mi canto,
Que de Oreb en la cima, en la escondida
Cumbre del Sinaí, la venturosa
Alma del pastor santo
Te dignaste alumbrar con tu luz pura;
A fin que a la escogida
Nación, la prodigiosa historia diera,
La narración segura,
Del modo con que el orbe, a la primera
Voz de su Criador obedeciendo,
De repente salid del caos horrendo:
O, si más de Sión la alta colina
Te deleita, a la fuente peregrina
De Síloe, cuyo curso arrebatado
De su divino templo al pie fluyendo,
Te inspire como oráculo sagrado,
Dígnate desde allí animar mi acento,
Supuesto que cantar osado intento
Cosas sublimes, nuevas, celestiales,
No cantadas aún por los mortales.
Tú, sobre todo, Espíritu fecundo,
Que de un corazón puro la morada
Prefieres a los templos más suntuosos;
Tú, que el abismo lóbrego y profundo,
Que cuando nació el orbe de la nada
Le envolvía en sus velos tenebrosos,
Con tu calor divino fomentaste,

Tus benéficas alas extendiendo
Sobre él, y a Producir le preparaste;
Pues que nada se oculta a tu alta ciencia,
Descúbreme benigno el ignorado
Orden de los sucesos que pretendo
Cantar, hasta que llegue al deseado
Fin de hacer ver la sabia providencia
De Dios, y los decretos soberanos,
Justos, con que gobierna a los humanos,
Dígnate, pues que todo está patente
A tu vista, en el cielo, y en el mismo
Centro del infernal profundo abismo,
Dígnate revelarme claramente
Qué causa fue la que hizo desgraciados
Nuestros primeros padres, que gozaban
Del divino favor cuando habitaban
Del *Edén* los pensiles encantados,
De todo bien tranquilos poseedores,
Fuera de un solo fruto, prohibido
A fin de que se hiciesen acreedores,
Tan ligero precepto exactamente
Observando, a otro bien no conocido
De los mortales, a la deliciosa
Suerte de ver a Dios eternamente,
Del cielo en la morada venturosa
Dime quién fue el cruel que los sedujo
Satanás sólo, la infernal serpiente,
Fue el que de envidia y de furor ardiendo
Contra su Eterno dueño, desde el día
En que de su soberbia y rebeldía
Le castigó arrojándole al horrendo
Abismo, con millones de otros fieros
Ángeles de su culpa compañeros,
Quiso vengar en el linaje humano,
Objeto del amor del soberano
Señor, a quien sus iras dirigía,
Lo que en su ser excelso no podía.
El miserable, de soberbia erguido,
De una multitud de Ángeles seguido
Vanos como él, se había lisonjeado,
Insano, colocar su trono al lado
De su eterno hacedor, desconociendo
Todos que a su bondad sola debían
Los dotes y el ser mismo que tenían;
Llegando a tanto el atentado horrendo,
Que contra Dios se armaron
Y a hacerle impía guerra se arrojaron.
¡Intento vano! el brazo omnipotente
Los precipitó a todos, abrasados
En vivas llamas, desde el eminente
Alcázar de los cielos, con horrible
Y vasta ruina, a aquel infernal suelo;
Sima sin fondo, en donde los malvados,
Con cadenas de bronce aherrojados,
Consumidos de un fuego inextinguible,
Sufren a un tiempo mismo, sin consuelo,
Eternamente, el frío, las mortales
Angustias y otros infinitos males.
Mientras que nueve veces mide el día,
Y otras tantas la noche tenebrosa,
Del tiempo a los humanos la carrera,
El fiero Arcángel, con su turba impía,
Aturdido rodó, en la tempestuosa
Superficie de aquellas formidables
Olas de fuego, que en la sima fiera,
Entre negros peñascos espantables,

Forman un lago inmenso y turbulento.
Al fin como inmortal restituido,
Para padecer más, a su sentido
Recorre en su agitado pensamiento,
Con amargo dolor, ya la perdida
Felicidad, ya el bárbaro tormento
A que está para siempre reducido.
Vuelve después la triste y encendida
Vista, a lo lejos, a uno y otro lado.
En sus ojos, el triste abatimiento,
El desmayo profundo está pintado,
Junto a la endurecida
Soberbia y al rencor más obstinado.
Da al contorno una fúnebre mirada,
Tan lejos como alcanzan los vivaces
Ojos de un Ángel, por la dilatada
Extensión, y a sus míseros secuaces
Ve en aquel mar ardiente amortecidos
Fluctuar entre las ondas esparcidos.
Observa a todos lados una oscura
Bóveda inmensa, que las llamas cubre
Del lago, que en lugar de una luz pura
No esparcen más que pálidos horrores
De un resplandor funesto, una palpable
Lobreguez, que descubre
Aquel vasto recinto de dolores,
Asilo de las sombras espantable,
Y visiones horribles. Desgraciada
Región, que para siempre está cerrada
Al reposo y la paz; que aun la esperanza,
Que a todas partes lleva su consuelo,
Jamás visita; en donde la venganza
Sobre el malvado agota el justo cielo
Con diluvio de fuego, alimentado
Eternamente por su soplo airado.
Tal es la prisión dura, preparada
Por la justicia del Eterno dueño,
Para siempre, a aquel Ángel insolente,
Y a la turba rebelde y obstinada
Que sus banderas sigue. Un breve sueño
Fue su felicidad. ¡Cuán diferente
Era, oh suerte, el lugar en que habitaron,
Cuando de Dios las manos los formaron!
Tres veces más que desde el eminente
Polo septentrional hasta el segundo
Polo, que a una con él sostiene el mundo,
Hay desde aquel divino
Alcázar, a su cárcel, de camino.
Mas ya el furioso Arcángel, descubriendo
Sus secuaces en medio del horrendo
Fuego de un incesante torbellino
De rayos que sobre ellos, apiñados,
Llueven aún del cielo, atolondrados
Da un profundo gemido, y distinguiendo
Al fiero Belzebuth poco distante,
Le habla con ronca voz de esta manera:
«¡Sí, eres tú aquél ...! mas ¡oh, cuán diferente,
»Cuán distinto del que era
»Hace poco una estrella tan brillante,
»Un príncipe glorioso y eminente,
»En aquellas regiones venturosas,
»Moradas de la luz y la alegría!
»¡Del que, entre mil millones de gloriosas
»Deidades, en beldad sobresalía!
»¡Sí, eres tú aquel que en la atrevida guerra,
»Conmigo unieron en estrecha alianza

»Los planes, los deseos, la esperanza,
»Como ahora la desgracia nos encierra
»Juntos en este abismo tenebroso!
»¡Sí, eres aquel Arcángel poderoso
»Igual a mí, que ruina lamentable
»Nos perdió para siempre! ¿Y quién podía
»Adivinar la fuerza formidable
»De sus ardientes rayos? ¿Quién habla
»De pensar que a un ejército sin cuento
»De espíritus tan nobles, e inmortales,
»precipitar lograra en un momento,
»Del cielo, hasta estas simas infernales?
»Pero todo el furor de ese terrible
»Enemigo, ni el mal que aun puede hacerme,
»Jamás podrán al arrepentimiento
»Ni a la menor bajeza resolverme.
»Por más que pierda el resplandor visible,
»La majestad augusta,
»Primer objeto de su envidia injusta,
»Que corresponde a mi naturaleza,
»Jamás dejará mi ánimo inflexible
»El odio, la venganza que ha jurado
»A ese Altísimo ser que me ha obligado,
»Humillando envidioso mi grandeza.
»A disputarle el cetro, sostenido
»De innumerable ejército, escogido
»Entre los inmortales
»Seres tratados con igual vileza,
»Que mis nobles banderas prefirieron
»A las de su opresor que defendieron
»Conmigo sus derechos naturales,
»Combatiendo, en los campos celestiales
»Con dudosa batalla, y conmovieron
»Su eterno trono. Es cierto que perdimos,
»El campo; mas ¿qué importa? No está todo
»Perdido si concordes retuvimos,
»El ánimo invencible,
»Y nos queda el ingenio necesario
»Para encontrar un modo,
»Por más que sea osado y temerario,
»Con que saciar, el odio inextinguible,
»La venganza, la ira
»Que ese fiero enemigo nos inspira:
»Si nos queda firmeza
»Para, repugnar siempre la bajeza
»De obedecerlo, de doblar rendidos
»El cuello al yugo, o darnos por vencidos.
»¡Antes de esto perezca mi memoria!
» Toda su rabia, toda su potencia
»Agotará, sin conseguir la gloria
»De haberme reducido a su obediencia,
»Sin lograr que le doble la rodilla
»O le pida perdón. Aunque a la silla
»Que en el cielo he perdido me volviera,
»Y al lado de su trono me pusiera,
»Bastara que viniese de su mano
»El don, para que yo lo aborreciera.
»Jamás estará ufano
»De que lo adore yo. Mayor bajeza
»Sería que esta mísera caída,
»El adorar a aquel que ha vacilado
»En su trono elevado,
» De este brazo al sentir la fortaleza.
»Y pues que ser no puede destruida
»De un hijo de los cielos la existencia,
»Pues que ha dispuesto el hado

»Que este divino ser que poseemos,
»Sea inmortal, sus iras despreciemos.
»De esta misma desgracia a la experiencia,
»Sin abatir nuestro ánimo indomable,
»Una lección preciosa deberemos
»De cautela y prudencia,
»Para hacer una guerra interminable,
»Por arte, si por fuerza no es posible,
»A ese enemigo hasta ahora tan terrible.
»Esta esperanza debe dar aliento
»A los nuestros, y más en un momento
»En que, de su victoria envanecido,
»Triunfa en el cielo solo y sin rivales,
»Desprecia nuestras fuerzas desiguales,
»Y no recela ser acometido,
»Dejándonos el tiempo suficiente
»Para adoptar el medio más prudente.»
Así habló Satanás, en la apariencia
Intrépido, mas dentro acongojado,
Maldiciendo su mísera existencia,
De su debilidad desesperado:
A lo que en tono ronco y lastimero,
Así le respondió su compañero:
«¡Oh Príncipe! ¡Oh caudillo generoso
»De tantos Tronos, tantas Potestades!
»¡Que de los Serafines ordenados
»Condujiste los fieros batallones
»Al combate más justo y peligroso
»Que ocurrir puede en todas las edades!
»¡Tú, que con tus heroicas acciones,
»Incapaz de temor, dudar hiciste
»Si debe el Criador Omnipotente
»Su autoridad suprema al contingente
»Azar, o si en su mismo ser consiste!
»¡Ah! ¡Demasiado vi la inesperada
»Confusión, la derrota desastrada
»De todo nuestro ejército valiente,
»Después de hacer temblar estremecida
»Con sus esfuerzos la extensión del cielo
»La fiera destrucción, que de la vida
»Feliz (pues que otra no puede quitarnos,
»Siendo Deidades, la enemiga suerte)
»Nos privó, y nos entrega al desconsuelo
»De otra peor o Interminable muerte,
»Que en este abismo debe atormentarnos!
»¿Qué fruto, con efecto, sacaremos
»De nuestra eterna y mísera existencia,
»Si ese Dios... (por que al fin la omnipotencia
»Confieso que negarle no podemos,
»Pues nunca a nuestro ejército glorioso
»Venciera, sino un Todopoderoso);
»Si ese, Dios quiere que entre los horrores
»De este fuego, sirviendo a sus furiosos
»De triste cebo, en indecibles penas
»Arrastremos muriendo sus cadenas;
»Si ese Dios, digo, nos conserva vivos,
»Sólo para saciar su atroz venganza
»Con tormentos eternos y excesivos?
»En este caso, puestas en balanza
»La muerte y vida, ¿cuánto mejor fuera
»Que de una sola vez nos destruyera:?»
-«Sea cual fuere», le replica osado
El infernal caudillo, «nuestra suerte,
»más o menos cruel, sólo una fuerte
»Resolución, un ánimo invencible
»Harán que sea menos desgraciado

»Nuestro destino, no una vil flaqueza.
»Hasta ahora ignoro su naturaleza;
»Pero cualquier que fuere, es imposible,
»Lo sabes Como yo, que en adelante
»Tu corazón y el mío gozar puedan
»De algún bien: incapaces de mudanza,
»La roedora envidia, la constante
»Sed insaciable de una atroz venganza,
»Son los solos placeres que nos quedan.
»Hacer mal, debe ser nuestra incumbencia
»única, por lo mismo que él no quiere
»Sino es el bien. Lo que el amare odiamos,
»Y lo que aborreciere fomentemos.
»Cuando su providencia
»Sacar bien de los males pretendiere,
»Procuremos nosotros lo contrario,
»Pues que se reservó nuestro adversario,
»Como un Dios, para sí el placer divino
»De hacer bien, nuestro lote son los males;
»Sigamos cada cual nuestro destino,
»Mas juntemos el arte a la osadía,
»Que, o yo me engaño, o llegará algún, día,
»En que, a pesar de nuestras desiguales,
»Fuerzas, el alto triunfo consigamos
»De perturbar sus planes más secretos,
»Y de humillar su odiosa tiranía,
»Burlando sus despóticos decretos;
»único, alivio que esperar podemos
»En la funesta situación que estamos.
»Mas a lo lejos hacia el cielo mira,
»Que el vencedor su ejército retira,
»Que aun aquella sulfúrea lluvia espesa
»De rayos y de piedra, que caía,
»En torrentes de fuego, y perseguía
»Constante nuestras huestes aterradas,
»Hasta aquí mismo, por momentos cesa,
»Que no retumban ya las dilatadas
»Bóvedas de este abismo con el fiero
»Huracán e incesantes estallidos
»De prolongados truenos, ni el ligero
»Resplandor de relámpagos seguidos
»Interrumpe, como antes, la palpable,
»Lobreguez de esta cárcel formidable,
»Sea, pues, que el enemigo haya agotado
»Sus armas, o que ya se haya cansado
»Su furor, o más bien, que envanecido
»De su victoria, en despreciable olvide
»Nos deje, este momento, aprovechemos
»Feliz, y nuestra ruina reparemos.
»¿Ves hacia aquella parte una llanura
»Inmensa y desolada,
»Cubierta toda do una niebla oscura,
»Apenas por los pálidos fulgores
»De este lago de fuego penetrada,
»Infecunda región, desierto suelo,
»Triste abrigo de todos los dolores?
»Hacia ella dirijamos nuestro vuelo.
»Allí, ya libres del balance horrible
»De estas ondas del lago proceloso,
»Hallaremos quizás algún reposo,
»si es ¡ay de mí! Posible
»Que habite este lugar desventurado!
»Allí nuestros guerreros esparcidos
»Por ese ardiente mar reuniremos,
» A fin de que sus pechos abatidos
»Recobren su valor acostumbrado.

»Después con madurez tratar podremos,
»Juntando de los jefes el senado,
»De acertar con el plan más ventajoso,
»Para dañar a ese enemigo odioso,
»Reparar nuestras pérdidas, y acaso
»Sacar utilidad de este fracaso,
»Pues a lo que no llega la esperanza.
»La desesperación tal vez alcanza.»
Así en el desmayado compañero,
Entre las negras llamas sumergido,
Satanás el antiguo ardor guerrero
Procura despertar, adormecido,
Y desde el pecho arriba con presteza,
La espantosa cabeza
Sobre el líquido fuego levantando,
Centellas de los ojos arrojando,
Registra ansioso la desconocida
Bóveda, para ver si halla salida.
Lo restante del cuerpo desmedido,
En las sulfúreas olas extendido,
Veinte estadios ocupa, a semejanza
De los Gigantes hijos de la tierra
Briareo, o Tiphón, cuya pujanza,
Según pinta la fábula, al potente
Júpiter hizo formidable guerra,
Hasta que en fin, armado del ardiente
Rayo, los hizo caer precipitados,
Y junto a Tarso fueron sepultados.
Tal en las hondas la Ballena inmensa,
Reina del mar, de lejos aparece,
Que cuando inmóvil duerme entre la densa
Niebla, que es tan frecuente en la apartada
Costa de la Noruega, siempre helada,
Al pescador atónito parece
Una isla, y confiado, en su piel dura
El áncora clavando, creo segura
Su débil barca, hasta que en el Oriente
La suspirada Aurora se presente.
Así el infernal Príncipe extendía
Su cuerpo enorme sobre el inflamado
Golfo en que, para siempre encadenado
Gemido hubiera, si el Omnipotente,
Que acrecentar su humillación quería
Y su castigo, no lo permitiera
Que de aquella prisión cruel saliera
Por este medio aquel endurecido
Monstruo, al forjar ansioso las ajenas
Miserias, nuevamente confundido,
Había de agravar sus propias penas,
Y ver, de eterna rabia consumido,
Que sólo había servido su malicia,
Contra el linaje humano dirigida,
A dar mayor realce a la justicia
De Dios, con su sentencia,
Por sus nuevos delitos merecida,
Y a su inmensa bondad, a su clemencia,
Con el perdón piadoso concedido
Al hombre, por su envidia seducido.
Mas ya, en el fuego líquido estribando,
De pie se pone el infernal Gigante,
A un elevado monte semejante.
Retroceden bramando,
De ambos lados, las olas inflamadas,
A impulso de los brazos separadas,
Y al paso que se alejan,
Un vasto ahumado valle entre ellas dejan

El sus enormes alas extendiendo,
Con espantoso estruendo
El aire corta, rápido, que gime
Bajo el no usado peso que le oprime,
En breve tiempo pisa la ribera
De la remota tierra, si pudiera
Así llamarse un suelo eternamente
Inflamado, y en nada diferente,
Sino en la solidez, del que fluctuaba
Dentro del lago; un calcinado suelo,
Semejante a los trozos formidables
De ardiente y dura lava
Que arranca de sus ásperas entrañas
Y escupe el abrasado Mongibelo,
O el Vesubio, agitados de espantables
Convulsiones extrañas,
Cuando el aire en su centro comprimido
Arde, y su cárcel rompe embravecido.
Con humo denso el día oscureciendo,
Estragos y terrores esparciendo.
Allí el caudillo, y su lugarteniente
Belzebuth, que de cerca le ha seguido
El vuelo paran, y concordemente
La nueva libertad de haber salido
Del lago ardiente aplauden, cual si fueran
Deidades que a sus fuerzas la debieran,
Ignorando que Dios la permitía
Para más confusión de su osadía.
«¡Es esta la región, es este clima,»
Grita el precito Príncipe, gimiendo,
«Que hemos cambiado por la excelsa cima
» Del cielo, por su estancia luminosa
»Sea así, pues que aquel cuya espantosa
»Fuerza está de la suerte disponiendo,
»Lo halla por justo. Cuanto más remotos
»De él estemos, pues somos desiguales
»A él en poder, aunque en el resto iguales,
»Tanto más consolados viviremos.
»¡Adiós, pues, dulce objeto de los votos
»De nuestro corazón! ¡Adiós, moradas
»Celestiales! ¡Mansiones deleitosas,
»Del gozo, a donde nunca volveremos,
»Por siempre adiós! ¡Salud, oh temerosas
»Regiones por las sombras habitadas!
»¡Salve principalmente, oh tú, hondo infierno!
»Tus puertas abre a tu Monarca eterno,
»Al nuevo poseedor de tus horrores,
»A aquel cuyo carácter inflexible,
»Por más que el cielo agote sus furores
»Sobre él, que corra el tiempo, o que cambiare
»De lugar o de estado, es imposible
»Que la menor mudanza experimente.
»¿Y a qué mudar? En donde me encontrare,
»Formar puede mi mente,
»Pues que en si sola existe, si es preciso,
»Aun del infierno mismo un paraíso,
»Como del propio cielo un cruel infierno.
»Nuestra dicha consiste,
»No en la naturaleza del externo,
»Lugar a que la suerte nos destina,
»Sino en la voluntad. Esta divina
»Facultad, lisonjeando nuestro triste
»Corazón, y calmando sus dolores,
»En placeres convierte los horrores.
»Guarde su cielo, pues, nuestro enemigo,
»Que a su corte servil anteponemos

»Reinar en este abismo, a cuyo abrigo
»La dulce libertad conservaremos.
»Nuestra felicidad, únicamente
»En no serle inferiores coloquemos.
»Ni hay que temer que de este Reino intento
»Privarnos. Ya su rabia lo ha criado
»Tal, que no pueda sernos envidiado.
»Mas despertemos a nuestros queridos
»Amigos, en el lago amortecidos.
»Tratemos de inspirarles nuevo aliento:
»Ya que una misma ruina nos aterra,
»Dividan el alivio que encontramos
»En esta firme, aunque funesta tierra;
»Y reunidos en noble ayuntamiento,
»Con reflexión veamos,
»Si nos conviene renovar la guerra
»Contra el déspota cruel, o interiormente
»Nuestro implacable enojo alimentando,
»Para una hora oportuna ir cautamente
»Las más sabias medidas preparando.»
-«¡Oh capitán! ¡Oh jefe valeroso,»
Responde Belcebuth, «de aquel luciente
»Ejército, al que nada resistiera,
»A no ser sólo el Todopoderoso!
»Apenas oigan nuestros atrevidos
»Guerreros los acentos conocidos
»De esa voz, con que en tantas ocasiones,
»En medio de los riesgos, inspiraste
»Nueva audacia a sus fieros batallones,
»Y las fuerzas de un Dios equilibraste,
»Esa voz que es la prenda más segura
»De su esperanza en la refriega dura;
»Está seguro de que en el momento
»Despertarán del triste abatimiento,
»Del letargo en que están en ese lago,
»Nada extraño, después del fiero estrago
»La horrible rapidez con que han caído,
»De mucho más allá del firmamento,
»A esa profunda sima del olvido.»
Sin dejarle acabar, marcha el caudillo
A la orilla del lago: el vasto escudo
De celestial materia fabricado,
Compacta, impenetrable, que desnudo
Al brazo izquierdo lleva, esparce un brillo
Cual de la luna el disco dilatado
A los curiosos ojos reflejaba
De aquel sabio toscano que, ayudado
Del telescopio, ansioso la observaba
De la cima de Fésole, advirtiéndolo,
En las que a nuestra vista parecían
Manchas, tierras y mares, distinguiendo
Aun montañas y selvas, que extendían
A lo lejos sus sombras prolongadas
En aquellas regiones ignoradas.
Lleva en la mano su espantosa lanza.
Con la cual comparado el alto pino
Que a las nubes soberbio se abalanza
En la helada Noruega, con destino
A ser palo mayor de una guerrera
Nave almiranta, un junco pareciera.
Sobre ella se sostiene, y lento avanza
Con paso incierto sobre el encendido
Desigual suelo, no con la ligera
Noble presteza con que en la llanura,
Volaba, de los cielos, algún día.
Su cuerpo, por el fuego atormentados

Y por la interior pena que le apura,
No siente ya el esfuerzo que tenía.
Llega en fin a la orilla, y esparcidos
Ve fluctuar sin sentido sus guerreros,
A fuerza de terror amortecidos,
En número mayor que en voluminosa
La muchedumbre de hojas asombrosa,
Que el suelo cubre, desde los primeros
Días de otoño, hasta que, apresurado,
El duro invierno extiende el cetro helado;
O cual los juncos secos amontona
El encendido Orión, en la ribera
Del mar Bermejo, que según menciona
Del Hebreo la historia verdadera,
Aquel pueblo, que el cielo protegía
Pasó a pie seco, y donde perseguido
Por Faraón, que con su numerosa
Hueste vio entre sus hondas sumergido,
Celebró con cantares de alegría
La súbita victoria milagrosa.
De la segura orilla contemplando
Sus carros destruidos, anegadas
Sus falanges, en medio de las fieras
Olas, de sus cadáveres sembradas,
Que hasta sus pies, bramando,
Sus despojos preciosos le trajeron,
Riquezas tales, que sus lisonjeras,
Codiciosas ideas excedieron.
Al contemplar aquella muchedumbre
De Ángeles, para siempre desdichados,
Siente el caudillo nueva pesadumbre;
Mas con tonante vos, sus aterrados
Batallones convoca repitiendo
Los infernales ecos el estruendo.
«¡Oh vosotros, les grita, flor del cielo,
»En otro tiempo vuestro, ahora perdido!
»¡Príncipes, Serafines, Potestades!
»¿Qué es de vuestro valor, de vuestro celo
»Por la causa común? ¿Unas Deidades,
»Cuales lo sois, es dable, que al olvido
»Así se entreguen? ¿Ha llegado a tanto
»Nuestra desgracia, que a un cobarde espanto
»Vuestro antiguo valor haya cedido?
»Mas cansados quizá del trabajoso
»Combate, ¿pretendéis hallar reposo
»Sobre las llamas de este lago horrible,
»Y con sueño apacible,
»Como allá en las mansiones celestiales,
»Restaurar vuestras fuerzas agotadas?
»¿O bien queréis en esa vil postura
»Postrados como súbditos leales,
»Adorar a ese vencedor altivo
»Que de las apartadas
»Bóvedas del Empíreo, en esta oscura
»Laguna os ve, con el placer más vivo,
»Hechos juguete de sus olas fieras
»Con vuestros carros, armas y banderas?
»¿Aguardáis por ventura
»Que, vuestro torpe abatimiento viendo,
»Ansiosos aprovechen sus ligeros
»Soldados tan funesto parasismo?
»¿Qué con nuevo furor acometiendo,
»Agoten en nosotros sus postreros
»Rayos, y en lo más hondo de este abismo,
»Entre sus torbellinos inflamados,
»Nos dejen para siempre encadenados?

»¡Alzaos pues, armaos con presteza,
»O doblad al vil yugo la cabeza!»
Despiertan todos al horrible acento,
Y de su torpe miedo avergonzados,
Se ponen al instante en movimiento.
Hierven las ondas, a los formidables
Impulsos de sus alas, que ya el, viento
Silbando cortan, sus innumerables
Escuadras trasladando a la ribera
Donde el fiero caudillo los espera.
Así las descuidadas centinelas,
Que el sueño vence en las nocturnas velas,
De la alarma a la voz sobresaltadas,
Los vapores letárgicos sacuden
De sus robustos cuerpos, o indignadas,
A combatir al enemigo acuden.
Como al tender la vara milagrosa,
De Amrán el hijo, sobre el obstinado
Egipcio, densa nube tenebrosa
De langostas aladas, por el viento
De Oriente conducida, volvió el día
En noche en aquel Reino dilatado
En que su muchedumbre no cabía;
Así con repentino movimiento,
Y con horrible estruendo, en un momento,
Aquel enjambre de Demonios sube,
Y el lago asombra cual inmensa nube.
No vomitó jamás el proceloso
Helado Norte, de su belicoso
Seno, un número tal de batallones,
Cuando el Rhin y el Danubio sus riberas
Vieron hervir de bárbaras banderas,
E ignoradas naciones,
Que al modo de un diluvio arrebatado
Inundaron de Europa las regiones,
De la Noruega helada, al elevado
Calpe, y aun desde allí, a los encendidos
Arenales del Africa escondidos.
En mayor multitud las infernales
Legiones, en sus alas balanceadas,
Sobre el negro horizonte, a las señales
De su Príncipe atienden,
Y por sus capitanes ordenadas,
Al suelo ardiente rápidas descienden.
Los primeros magnates ya rodean
Al temido Monarca. Su figura,
Sus armas, su estatura,
Su vigor, nada, tienen de mortales:
De resplandor vestidos centellean,
Como que sobre tronos celestiales
Algún día sentados estuvieron;
Mas, ya sus malhadados nombres fueron
Para siempre del libro de la vida
Borrados, por la culpa cometida.
Ellos en su soberbia pertinaces,
Otros nuevos después sustituyeron,
Sacados de las más viles pasiones,
Según que los juzgaron eficaces
Para engañar los míseros humanos,
Hacerse tributar adoraciones,
Tener altares, y de inciensos vanos
Saciar su orgullo, cual si Dioses fueran
Y a ellos todos los cultos se debieran:
Con efecto, a los hombres pervirtieron;
Entre ellos esparciendo mil errores.
Que de Dios se olvidasen consiguieron,

Y les prostituyesen los honores
Divinos, que al Criador sólo debían,
Bajo de extraños nombres y figuras,
Ya de astros que en el cielo relucían,
Ya de monstruos, ya de hombres, de reptiles,
Y aun de plantas, y de entes los más viles
Uniendo el culto con las más impuras
Costumbres, y delitos vergonzosos,
Gratos a aquellos Angeles odiosos;
La pompa, el esplendor y la alegría,
Que a aquel perverso culto acompañaban,
Más y más a los hombres engañaban,
Extendiendo la atroz idolatría,
Permitiéndolo así la Providencia,
Para probar al hombre envanecido,
De su corta razón la insuficiencia,
Y castigar de nuevo la insolencia
Del Diablo en su soberbia endurecido.
Dime ahora, oh Musa, por los nombres varios
Que adoptaron, los jefes principales
Que al frente de las tropas infernales
A la voz los primeros acudieron
De su Monarca, y que sus temerarios
Proyectos con sus votos sostuvieron,
Y también los que, menos arrojados,
A la paz se mostraron inclinados.
Moloch al frente está, de los primeros,
Moloch, que de los llantos lastimeros
Maternales, gozoso se apacienta,
Y de sangre de niños se alimenta,
Cuando sobre sus bárbaros altares
Los ve sacrificados a millares,
De las manos de su ídolo nefando,
A la espantosa hoguera,
A sus pies encendida, resbalando,
Mientras que sus gemidos, una fiera
Música de panderos y tambores
Cubre, volviendo en fiesta los horrores.
Este también fue el monstruo que, emulando
De Dios la gloria, en el augusto templo
De Sión introdujo temerario
Su ídolo, hasta en su mismo santuario,
Dando a sus camaradas el ejemplo
De insultarle en su trono cara a cara,
Sacrilego erigiendo, junto al ara
De Jehová, sus altares, y su silla
Frente al Arca en que estaba colocado,
Sobre los Querubines apoyado,
Y haciendo que los hombres la rodilla
En la presencia humildes le doblasen
De su mismo Criador, y le adorasen:
Audacia, de los otros imitada,
Que el santo templo convirtió en impura
Morada de desorden, de locura;
A los vicios más torpes consagrada.
A su culto redujo la regada
Llanura de Rabbá y el Ammonita
Pueblo. De allí a Basán y Argol pasando,
A las tierras que el río Arnón limita,
Fue su áspero dominio dilatando;
Y hasta Hinnón mismo propagó sus leyes.
Con el tiempo el más sabio de los Reyes
Cayó en sus lazos, y con increíble
Ceguedad. abrazando el culto horrible,
Llegó a insultar al Todopoderoso,
Erigiéndole un templo, en el famoso

Monte que del oprobio fue llamado.
Después llegaste tú, espantajo obsceno,
Por las crédulas hijas adorado
De Moab. Tú, oh Chamós, que del veneno
De tu culto a Aroer atosigaste,
Y a Nebo; que de allí lo propagaste
Hasta Hesebón, y adonde se extendía
El desierto al ardiente Mediodía,
Pasando a la llanura deleitosa
De Sibmá, por sus vinos afamada,
Desde allí a Elealé, y a la azufrada
Laguna, que aun humea tenebrosa
De los fuegos del cielo con que ardieron
De Sodoma y Gomorra las ciudades
(Triste recuerdo a todas las edades),
Que en donde están sus aguas florecieron
Peor, aquel Dios falso se nombraba
En el hebreo pueblo, cuando daba,
Junto a Setim, a su ídolo profano,
Al salir del Egipto, culto impuro,
Que la torpe lujuria presidía,
Y que atrajo un castigo largo y duro,
Sobre aquel pueblo ingrato, de la mano
De Dios, cansado de su rebeldía.
Vióse después el ídolo execrable
En el monte de oprobio ya nombrado,
Al lado de Moloch entronizado,
La lujuria reunir, y la alegría
Da sus fiestas, al eco lamentable
De las víctimas tristes, abrasadas
A los pies del sangriento compañero.
¡Contraste cruel! en que naturaleza,
Vio con horror sus leyes trastornadas,
Y que duró hasta tanto que el piadoso
Rey Josías, ardiendo en un sincero
Celo, contra tan bárbara torpeza
Las ofensas del Todopoderoso
Vengó, aquellos altares destrozando,
Y sus impuros ídolos quemando.
Después de éstos, veloces acudieron
Todos aquellos Angeles inmundos
Que del antiguo Eufrates los fecundos
Y extendidos países poseyeron,
Y a su dominio, desde allí, reunieron
Cuanto media hasta aquel pobre arroyuelo
Que del moreno Egipcio el fértil suelo
De la Siria separa.
Los más autorizados se llamaban
Astaroth y Baal, con lo que daban
A conocer su sexo diferente,
Aun más que su carácter, pues la rara
Facultad los Demonios poseían
De adoptar aquel sexo que querían,
Y aun variar prontamente
A voluntad: tal es la sutileza
De aquella superior naturaleza,
No cual la nuestra, material, pesada,
De huesos y de carne fabricada,
Carga bajo la cual nuestra alma gime
Y que su natural vigor oprime,
Sino es etérea, transparente y pura,
Que cuando quieren muda de figura,
Pequeña o grande, oscura o luminosa,
Suelta o compacta, bella o pavorosa,
Según que lo requieren sus amores,
Infames, o de su ira los furios.

Por tales monstruos, el linaje humano
Olvidó a su Hacedor, y envilecido,
A los brutos más bajos dio rendido
Adoración, creyendo que habitaban
Sus Deidades en ellos. ¡Culto insano,
Increíble, que atrajo la ruina
Aun a los Israelitas, que gozaban
Con tal favor la protección divina!
Astoreth, con escolta numerosa
Vino después, envuelta en tenebrosa
Nube: Astoreth, que fue más adelante,
Bajo el nombre de Astharte respetada,
Como Reina del cielo, del brillante
Creciente de la luna coronada,
A la que dieron culto las Sidonias
Doncellas, con nocturnas ceremonias
Y cantos amorosos.
Sión también sus ritos misteriosos.
Adoptó, y un Monarca, a quien el cielo
Colmó de beneficios sin medida,
La edificó sobre la cima erguida
De un monte, en medio de árboles frondosos,
Un magnífico templo, sin recelo
De la ira del Eterno, el culto sacro
Partiendo entre él y el torpe simulacro.
Llegó después Thamuz, por cuya herida,
Hecha por una fiera enfurecida.
Que cada año se abría, derramaban
Las hijas de Sidón amargo llanto,
Bajo el sombrío manto
Que los Cedros del Líbano formaban,
Del escondido prado en la verdura,
Donde estaba su triste sepultura.
Un día aquellas vírgenes lloraban
Su infausta muerte, mientras silencioso
El río Adonis, que se suponía
El herido Thamuz, con las sangrientas
Aguas bañaba el campo delicioso,
Y en dos brazos partido, se metía
En el mar, que de púrpura teñía,
Mezclado con sus ondas turbulentas.
Pronto corrió esta fábula amorosa
Por todas partes; y cual contagiosa
Peste, aun a Sión misma emponzoñaba,
Cuando Ezequiel, por el hendido muro,
De orden de Dios, miró lo que pasaba
En lo interior del templo, y espantado.
Los llantos vid con que se celebraba,
Delante del Señor, el culto impuro,
En su recinto sacro profanado,
Y de Judá las hijas seducidas,
Con sus infames ritos pervertidas,
A esta falsa Deidad sigue el monstruoso
Idolo que, de veras afligido,
Con llanto doloroso
Regó su altar, cuando precipitado
Cayó a los pies del Arca hecho pedazos:
Del Arca, que él contaba haber traído
A su profano templo prisionera,
Y que de su alto trono, separado
De la cabeza el tronco y de los brazos,
Le hizo rodar al suelo. Su nombre era
Dagón: su simulacro presentaba,
De medio cuerpo arriba, la figura
De un hombre; lo demás, de la cintura
Abajo, en pez disforme remataba.

Los campos de Ascalón y los hermosos
Valles de Ger el culto profesaron
De esta Deidad marina;
Temblando la adoró la Palestina;
De Gaza y Accarón los belicosos
Pueblos, a él sus inciensos tributaron,
Y el rico templo que en Azat tenía
Insultar a los cielos parecía.
Y tú, Rimmón, también allí acudiste;
Tú que el país de Damasco poseíste,
Regado por las aguas cristalinas
Del Abana y Farfar, cuyas riberas
Amenas, y de frutas peregrinas
Colmadas, fueron causa que atrajeras
Al fin la Siria toda a tu obediencia.
No contento con esto, la insolencia
También tuviste de ir con tu profano
Culto a insultar al Dios omnipotente,
En medio de su pueblo, astutamente
Al Rey Achaz venciendo,
Que fue tu vencedor, y que allí, ufano
De su triunfo, te había conducido;
A fuerza de artificios consiguiendo
Que él mismo te erigiese
Un templo en sus dominios, y un vencido
Dios al Dios verdadero antepusiese.
Llegó tras de Rimmón la numerosa
Caterva de ridículas Deidades
Que, en las variadas magníficas ciudades
Sembradas en la margen deleitosa
Del Nilo, los inciensos dividieron,
Por los crédulos pueblos adoradas,
Que el nombre del Señor prostituyeron
A Isis, Osiris, Horo, y otras brutas
Esencias, en los cuerpos alojadas
De bestias, de reptiles, plantas, frutas,
Y a cuanto objeto material encierra
El ámbito del mar y de la tierra.
Israel mismo en este abominable
Error cayó, cuando al becerro de oro,
Formando alrededor alegre coro,
Al pie del fuego y humo que espantable
El Sinaí cubría, en la presencia
De Dios, que hacía allí su residencia,
Sin temer su ira, le adoró postrado.
Poco después en Dan un Rey malvado,
Y en Bethel, introdujo aquel funesto
Veneno, hasta que el Dios omnipotente,
Irritado de ver que era pospuesto
Su nombre al de los viles animales,
De improviso se armó de sus mortales
Enojos, y tomó del insolente
Exceso la más áspera venganza,
En un solo momento exterminando,
De la funesta noche en los horrores,
Todos los primogénitos nacidos
En la extensión de Egipto, la esperanza
De sus infieles padres; y asolando,
Con las aras y Dioses bramadores,
Templos y sacerdotes confundidos.
Belial después al jefe se presenta.
Entra cuantos rebeldes malhechores.
El infierno contiene, no se cuenta
Otro más acreedor a aquel castigo:
Es de todos los vicios el amigo.
Por todas partes los propaga ardiente,

Los ama, meramente
Porque lo son. De su odio es el objeto
La virtud sola, a que jamás perdona.
Nunca de los humanos el respeto,
El culto, los inciensos lisonjeros
Apreció, cual los otros compañeros:
Este impuro demonio no blasona
Sino de que en la furia y la malicia
Le ceda toda la infernal milicia.
Su mayor complacencia
Es la de penetrar lo más interno
De el templo santo, y en el escogido
Gremio de sus ministros, la licencia
Introducir del vicio, y el olvido:
Fomentar, y el desprecio del Eterno.
Cuando de Helí los hijos ultrajaron
El templo augusto, con su atroz violencia.
Sus artificios solos lo causaron.
Este espíritu infame se complace
En los palacios, y en las cortes hace
Su mansión más frecuente; se recrea
En correr las ciudades más viciosas
Sobre sus torres plácido volando,
Se cierne, cuanto pasa examinando:
Desde allí con delicia saborea
Las risas, las canciones lujuriosas,
Las riñas, las venganzas, los gemidos
De la inocencia, y la desenfrenada
Disolución, contra ella encarnizada,
Único incienso grato a sus sentidos.
¡Sodoma impura, tu memoria ofrece
De esta verdad el testimonio claro!
¡Tú, teatro de horrores, que aborrece
El vicio mismo, mientras su torpeza
No huella audaz a la naturaleza!
¡Y tú, de la pureza vano amparo,
Santa hospitalidad, atropellada
En la ciudad de Gaba, que obligada
Te viste a tolerar que pereciera
Víctima de la fuerza una inocente
Mujer, por evitar que el insolente
Pueblo mayor delito cometiera!
Sería no acabar, si se añadiera
A esta turba de jefes distinguidos
La serie innumerable
De los Dioses Ionios, descendidos
Del antiguo Jayán, que supusieron,
Que al cielo y a la tierra precedieron,
Los Titanes, la prole abominable
De Saturno y de Rea procedente,
Que la Grecia en la cumbre formidable
Del Olimpo adoró, ya en la eminente
Cima del Ida, ya en la selva umbrosa
De Dodona; familia prodigiosa
De biznietos, de nietos y de abuelos,
Que recíprocamente
Se fueron arrojando de los cielos,
Que el oráculo Delfico fundaron,
O que el furioso Adriático pasaron,
Al Dios que Jove proscribió siguiendo,
Y su trono en la Hesperia estableciendo,
Desde donde a los Celtas trasladaron,
Y aun hasta la lejana
Thule, en el vasto mar, su ara profana
A estos guerreros Dioses, en la cumbre
Del cielo anteriormente colocados,

Se siguió la confusa muchedumbre
De los vulgares Dioses no nombrados.
Ninguno queda de la turba inmunda
En el lago. Ya están en la extendida
Ribera, pero todos, abatida
La vista del espanto y la profunda
Tristeza en sus semblantes dan señales,
En medio de las cuales,
Cual la luna entre nubes, relucía
Con todo una vislumbre de alegría,
Viendo de su caudillo en los intentos,
Que de su suerte aún no desespera.
Al notar que a pesar de su caída
Tan horrible conservan aún la vida,
Viene a esforzar de nuevo sus alientos
Un resto de esperanza lisonjera;
Satanás lo repara; sus miradas
Dudosas atestiguan los temores
Que ocupan sus potencias agitadas;
Pero al fin, recobrando su primera
Audacia, trata de animar su gente,
Y despertar de nuevo sus ardores
Guerreros: su temor disimulando,
Y una falsa confianza aparentando,
Manda que prontamente,
Con el son de clarines y timbales,
Las bóvedas retumben infernales,
Y se despliegue al viento
La bandera imperial. En el instante
El fiero Azazel, que disfrutaba
¡Ay triste! de este honor, cuando pisaba
Las bóvedas del alto firmamento,
De tan funesto trueque bien distante,
La desenvuelve al aire, tremolando
La inmensa tela, que del más brillante
Meteoro las luces eclipsando,
La vista ofusca. En ella está expresada,
De piedras preciosísimas bordada,
Por mano de la Diosa de memoria,
De aquellas huestes la pasada gloria.
A la señal de la imperial bandera,
Y del herido bronce al ronco estruendo,
Respondo aquella muchedumbre fiera,
Con guerrero clamor, que estremeciendo
La bóveda infernal, entre la densa
Oscuridad, por toda aquella inmensa
Triste región circula repetido.
Millares de estandartes al momento.
En su recinto ondeando por el viento
Dan a la sombra un vivo colorido
purpúreo, tal que en donde el claro día
Nace, el bello matiz se envidiaría.
Una selva de dardos, y morriones,
De acicaladas picas, de millones
De escudos de oro, arroja al circunstante
Campo por todas partes luz brillante.
La vista admira la magnificencia,
El número de aquellos batallones,
Y su profundidad inconcebible
A pesar de sus filas apretadas.
Mas ya a un tiempo con presta diligencia
Se ven las escuadras ordenadas,
Al compás, fiero a un tiempo y apacible,
De los célebres dóricos acentos,
De mil oboes y flautas; armonía
Majestuosa y patética, que unía

La varonil firmeza a la dulzura;
Que en el antiguo tiempo, los alientos
Se ocupó en excitar del heroísmo;
Que del cielo y la tierra es el encanto,
Como lo fue en aquella coyuntura
Del infernal abismo,
Que la cólera excita, o la modera;
El desmayo destierra, y el espanto;
Que las ideas del peligro ahuyenta,
Y da un aire tranquilo en la tormenta;
Que la furia guerrera
Transforma en un esfuerzo inexpugnable,
Para cualquier fortuna inalterable.
De esta especie el valor de aquellos fieros
Ángeles era. De él asegurados,
Marchan todos unidos y callados,
Espesa miés formando los aceros
De las picas y dardos, al sonido
De aquella orquesta, que los dolorosos
Pasos templaba sobre el encendido
Suelo, con orden tal que se diría
Que un espíritu sólo los movía.
Avanzan, y a los ojos codiciosos
Despliegan, ya su frente formidable,
Sin fin por aquel campo dilatada,
Terrores y amenazas respirando,
Revestidos de acero impenetrable
A la manera usada
Por los antiguos héroes, adornando
Sus armas mil empresas y colores
Que burlaban del arte los primores.
Hacen alto llegados a su puesto,
Aguardando las órdenes ansiosos.
El infernal Monarca su dispuesto
Ejército registra de una ojeada,
Más penetrante aún, que los fogosos
Resplandores del rayo: una mirada
De aquellas que deciden las batallas
Hasta el fin atraviesa sus murallas
Vivientes. La presencia belicosa
De su gatillo, el ardor que resplandece
En sus ojos, su próspera estatura,
Su porte, que en un todo se parece
Al de los Dioses que la fabulosa
Poesía fingió, su orden severo,
Su vivo celo, su lealtad sonora,
Más que su muchedumbre prodigiosa,
Si no lo vuelven su valor primero,
Disipando por fin su desconfianza,
Le llenan de soberbia y de esperanza.
Los ejércitos todos que la tierra
llorar vio sus campiñas devastadas,
Si reunidos a aquél se compararan,
A la risible hueste asemejaran
Con que el débil Pigmeo hace la guerra
A las grullas, contra él encarnizadas.
Júntense los Titanes, cuya audacia
Amontonó las sierras de la Tracia
Unas sobre otras, con el fiero intento
De asaltar el remoto firmamento;
Los intrépidos héroes Tebanos,
Los Capitanes Griegos y Troyanos,
Que por una mujer tal guerra hicieron;
Los Dioses que con ellos combatieron;
Cuanto los libros de caballería,
La fábula y la historia relataron

De la espantosa fuerza y valentía
De aquellos caballeros que a la gloria
Del famoso rey Artus asociaron
De sus hazañas propias la memoria;
Cuantos en los torneos Vencedores,
Del premio disfrutaron los honores;
Los famosos guerreros, ya cristianos,
Ya también musulmanes o paganos,
Que al pie de las murallas de Aspramonto
Y Alontalván hicieran sus hazañas,
O en diverso horizonte
Llenaron de su ironía las campanas
De Trebisonda, la abrasada arona
De Biserta, o tal vez la veja amena
De Damasco, las tropas que a millares
El Africa lanzó contra el valiente
Carlomagno, en el tiempo en que sus
Pares Roncesvalles fueron destrozados,
Con el más escogido de su gente;
¿Qué serían al cabo estos mortales
Poderes, comparados
Con aquellos intrépidos rivales
Del ciclo, en destruirlo conjurador,
Con paso grave Satanás recorre
Sus dóciles escuadras, y descuella
Sobre ellas todas, cual excelsa torre.
Una serenidad, aunque aparente,
Se deja ver sobre su noble frente:
Aun se notan en ella
Algunos rastros de su primitiva
Hermosura. La luz resplandeciente,
Que antes en sus facciones deslumbraba,
Mezclada con la sombra no era vivaz
Como antes; mas con todo, no dejaba
Duda, a los que sus tristes ruinas vieran.
De que las ruinas de un Arcángel eran.
Así el sol, al nacer en una oscura
Atmósfera cubierta de vapores,
Sólo despide tristes resplandores,
O alguna claridad poco segura;
Y tal también se ve descolorido
Cuando su hermana eclipsa su encendido
Inmenso disco, que penado arroja
Algún rayo de luz funesta y roja,
Anuncio de sucesos desgraciados,
Terror de los más altos potentados,
Mas con todo, a pasar de las fatales
Tinieblas con que espanta a los mortales,
Los demás astros nunca lo disputan
El Reino, y vasallaje lo tributan.
Tal el terrible Arcángel se presenta:
Su resplandor celeste, aunque eclipsado
Eclipsa a los demás. Su rostro, arado
Por el vengador rayo, está cubierto
De negros surcos, y en la macilenta
Frente se aloja el roedor cuidado;
En su ceño se muestra al descubierto
La estudiada soberbia, el indomable
Furor, que sólo anhela una implacable
Venganza; mas con todo, en sus miradas
Cruelles, al lado del remordimiento
Se ve el dolor y el arrepentimiento,
Al fijarse, en aquellas desgraciadas
Víctimas de su culpa, que caídas
Con él en el abismo, hubieran sido
Felices en no haberle conocido,

Tristes, para una eternidad, perdidas,
Desterradas de aquella venturosa
Patria: su multitud, que en el instante
Vuelve a admirar; la suerte dolorosa
En que se hallan, poco antes tan brillante
Y ahora eclipsada, sin que la mudanza
De millones de siglos y millones
Pueda dar a sus tristes corazones
El más pequeño rayo de esperanza;
Todo junto, su pecho aflige tanto,
Que apenas puede reprimir el llanto.
Aun más su dolor crece, cuando piensa
Que toda aquella muchedumbre inmensa,
Que sólo por seguirle está penando,
Fiel a su causa, y siempre generosa,
Desafiando intrépida la saña
Del cielo, en su desgracia lo acompaña,
Su honor, aunque oprimida, conservando.
Tal la encina en el monte, alta y frondosa,
O en la colina algún robusto pino
Con que tropezó el rayo en su camino,
De sus hojas y ramas despojados,
En medio de las ruinas encendidas,
Que cubren sus contornos esparcidas,
A los cielos insultan aún osados.
El Monarca infernal se para al frente
De sus tropas, que en círculo formadas,
Le cercan con las alas encorvadas:
Los Jefes, revestidos de eminente
Dignidad, en el centro le rodean;
Sus órdenes aguardan silenciosos,
Con, ansía tal, que apenas pestañean.
Él por tres veces a sus valerosos
Batallones romper a hablar intenta,
Y otras tantas lo impiden con violenta
Avenida las lágrimas, corriendo,
Sin querer, de sus ojos tenebrosos,
Su aparente firmeza desmintiendo
No lágrimas comunes, sino cuales
Derramar pueden entes celestiales:
Al fin reprimo su dolor, y a todo
Su ejército se explica de este modo:
«¡Oh vosotros, gloriosos Querubines,
»Potestades, Virtudes, Serafines,
»Ángeles todos, cuya audacia fiera
»Sólo el poder de Dios vencido hubiera,
»Que si no conseguisteis la victoria,
»Tuvisteis a lo menos la alta gloria
»De disputarla con tan gran denuedo!
»La resulta cruel negar no puedo
»Que aquel combate horrendo ha producido.
»Este abismo la muestra, en que penamos;
»Mas siquiera el honor no hemos perdido.
»Y al mirar este ejército sin cuento
»De altas Deidades que con tal aliento
»Contra el fiero enemigo disputamos
»Nuestros derechos, ¿quien pensado habría
»Por más que la experiencia el velo oscuro
»Le enseñase a correr de lo futuro.
»Por más penetración que disfrutara,
»Que aquella lucha en esto pararía?
»Mas ¿qué digo? Ahora mismo en este triste
»Estado que la suerte nos depara,
»Por más que del pasado tanto diste,
»¿Quién es el que tendrá por imposible
»Que el número, la unión y la terrible

»Fuerza de tantos seres inmortales,
»Quebrante estas prisiones infernales,
»Y vuelva a conquistar la patria amada
»Del cielo, con su ausencia despoblada?
»En cuanto a mí, lo espero, y por testigo
»Cito a todo ese ejército celeste,
»De que en los riesgos del combate fiero
»Fui, como en los consejos, el primero;
»Y que si nos venció el cruel enemigo,
»No consistió en nosotros, sino en que esto
»Que ahora allá arriba está con tal sosiego,
»Ese Dios a quien un respeto ciego,
»Fundado sobre el uso envejecido,
»La majestad, la pompa y la apariencia
»Sobre el caduco trono han sostenido,
»Sus fuerzas ocultando cauteloso,
»Para probar mejor nuestra obediencia,
»El camino allanó a la rebeldía,
»Esta es, pues, la razón porque ha caído
»Un diluvio de penas doloroso
»Sobre nosotros; pero ya en el día,
»Gracias a la lección de la experiencia,
»Hemos podido ver la diferencia
»De su fuerza a la nuestra, y por lo tanto
»Burlarnos de sus rayos no debemos.
»Mas tampoco mirarlos con espanto:
»Y ya que aunque en las fuerzas inferiores,
»En la astucia le somos superiores,
»Con una sorda guerra procuremos
»Destruir su poder. Que él mismo vea
»Que por más que abatido
»Un enemigo por la fuerza sea,
»A medias solamente está vencido.
»¿Y quién sabe también las novedades
»Que puede producir en nuestro estado
»La larga sucesión de las edades?
»Nuevos mundos quizá existir veremos,
»Y en ellos nuestro agravio vengaremos;
»Pues que en el cielo es cierto que se ha hablado
»De que, en un apartado y delicioso
»Orbe, el tirano que nos ha proscrito
»Se ha empeñado en formar nuevos vivientes
»Que compondrán su pueblo favorito,
»Y que serán, mediante el poderoso
»Decreto, de uno sólo descendientes,
»Gozando privilegios casi iguales
»A los hijos del cielo naturales,
»Como ellos de sus dotes adornados,
»Y a usurpar nuestros tronos destinados.
»Rompamos pues, rompamos las cadenas
»De esta prisión horrible, tan ajenas
»De nuestro noble ser. De este paraje
»Salgamos. Que esta hazaña la primera
»Sea; no nos hagamos el ultraje
»De pensar que, del cielo descendidos,
»Para estar siempre aquí somos nacidos.
»Volemos, pues, hacía esa nueva esfera;
»Lo que ha hecho allí el Criador examinemos.
»Y así en nuestra conducta acertaremos;
»Pero antes es preciso con gran tiento
»Tratarlo en general ayuntamiento.
»Sobre todo, jamás entre nosotros,
»Hablar se oiga de paz, de tregua, o de otros
»Medios de transigir con el tirano
»Que de nuestros sollozos se apacienta,
»Guerra, guerra sin fin la más sangrienta:

»Todo otro plan es un delirio vano.
»Tal es mi voto, a que confiado espero
»Responda el de mi ejército guerrero.
Acaba apenas, cuando mil millones
De desnudos aceros por el viento
Brillan, en los broqueles, y morriones
Sus vivos resplandores reflejando,
Y aun del Infierno en el profundo asiento,
Entre las densas sombras centelleando;
Armas con armas chocan, y el crujido
Horrible, por los ecos repetido,
La general alarma prontamente
Lleva, a todos sus senos tenebrosos.
La aumentan del ejército insolente
Las blasfemias y gritos sediciosos
Con que el delirio de su audacia impía
Al Eterno en su trono desafía.
Cerca de allí se alzaba una inflamada
Cumbre, que continuados torbellinos
De llamas y humo espeso despedía.
Toda la falda, de que está cercada,
De una costra brillante está cubierta,
Que da a entender que algunos peregrinos
Minerales oculta su terreno,
Que el azufre labró, de que está lleno.
Vuelan al punto a hacer la descubierta
De aquellos preciosísimos metales
Algunos escuadrones infernales.
Como se ve una turba numerosa.
De fuertes Zapadores, dividida
En tropas, y en los campos extendida,
Que de picos armados y azadones,
Escavan, con una ansia presurosa
Fosos, o alzan trincheras, o espaldones;
Así se esparcen todos, presididos
Por Mammón, de los Angeles caídos
Reputado el más vil, por su avaricia
Vergonzosa. Aun estando en el dichoso
Celeste Alcázar, con mayor codicia
Parecía atender al suntuoso
Adorno, a la riqueza que brillaba
En su soberbio pavimento de oro,
Que a los encantos del celeste coro:
Cuando éste al ver a Dios, en los ardores
De su divino amor se enajenaba.
Y concorde entonaba sus loores,
A él, por efecto de su villanía
Siempre al suelo mirar se lo vela.
Este espíritu inmundo
Fue el que la sed del oro en nuestro mundo
Introdujo después. El hombre ingrato,
De su madre la tierra penetrando
Los senos, sus entrañas destrozando,
En ellas fue a buscarlo. ¡Qué Insensato!
Él mismo se privó, con mano avara,
Del sólido tesoro que lo diera,
Si en lugar de seguir la lisonjera
Vana ilusión, juicioso la labrara.
Mas ya la infernal tropa ha hecho en la dura
Falda del alto monte una abertura
Ancha, a fin de extraer el escondido
Oro, en sus negras venas esparcido.
Ni es de extrañar se hallase en aquel puesto,
En el infierno, aquel metal funesto:
¿Dónde mejor hallarse debería?
¡Venid ahora vosotros que a porfía

En las antiguas hojas de la historia
Los extraños prodigios ponderasteis
De Memphis y de Thebas, y su gloria
Hasta el cielo ensalzasteis,
La veréis eclipsada en el momento
,Al lado del magnífico portentoso
Que en una ojeada sola fabricaron
Aquellos poderosos e inmortales
Espíritus! ¡Veréis cómo humillaron
La soberbia del hombre y de sus reales
Obras más afamadas;
Lo que a él le costó siglos de un constante
Empeño, a que sus artes agotadas
Llegaron, superando en un instante!
Todos trabajan, todos se apresuran:
Varios conductos, desde el lago ardiente
Practicados al pie de la eminente
Montaña, un fuego líquido conducen,
El metal bruto en él funden y apuran,
Separada la escoria, lo introducen.
Formando mil arroyos espumosos
De vivo fuego, en otros tantos fosos,
En donde hirviendo, cual requiere el arte,
Líquido y puro, toma ya la forma
Para cebarlo en los moldes, excavados
En el sólido suelo, en donde aparte
Cada porción se enfría, y mitigados
Los fuegos lentamente, se transforma
En sólidas fisuras, delicadas
Y varias, a la fábrica arregladas.
En el órgano así, tan sólo un viento,
Por todos los cañones repartido,
Por cada cual con diferente acento,
Melodioso, varía su sonido.
De un magnífico templo a la manera,
El inmenso edificio se levanta
Por grados todo, con presteza tanta,
Cual de la tierra exhalación ligera,
Al son de una agradable sinfonía;
Así como a la dulce melodía,
Y al compás de la lira, se elevaron
Las murallas que a Thebas circundaron.
La magnífica mole levantada
Deja ver una serie dilatada
De soberbias columnas, en que el oro
Con la plata compite, y en que ostentan
Los sabios arquitectos el decoro,
Con el gusto y primor; los arquitrabes
Cual los zócalos todos que sustentan
Las dóricas pilastras, y aun las naves
De relieves y adornos revestidas,
Todos, con alusiones conocidas
A los pasados hechos, tan precioso
Portento de las artes, de la ciencia,
Y la riqueza ostentan reunidas,
Que supera la humana inteligencia.
Jamás, aun cuando el Nilo caudaloso
Y el Eufrates porfiados compitieron
En fabricar con más magnificencia
Sus templos y palacios, consiguieron
Acercarse de esta obra a la grandeza,
Y menos del trabajo a la belleza.
Ya en fin aquel inmenso monumento
Completo está, sobre su firme asiento;
Soberbia, incomparable maravilla,
Digna de que establezca allí su silla

De los cielos el émulo insolente.
Mas las puertas de bronce, de repente
Sobre goznes enormes resonando,
Se abren a un lado y otro, presentando
A la vista curiosa el fondo interno,
Que se extiende sin fin, obra acabada,
Sin igual. De la bóveda elevada
Mil arañas preciosas encendidas,
Con torrentes de luces del Infierno,
Hacen un nuevo Cielo, suspendidas,
Y un resplandor esparcen indecible,
Mantenidas de asfalto inextinguible.
Entra la muchedumbre en él, ansiosa,
Admirando el magnífico edificio:
A éste sorprende el ver su portentosa
Capacidad; aquél, pasmado, alaba
Su preciosa materia; otro no acaba
De ensalzar la destreza y artificio
Del arquitecto, y todos convenían
En que la obra era digna del obrero
Celeste, cuya ciencia conocían,
Como que en el Empíreo, primero,
Los palacios había fabricado,
Los altos domos de los Serafines,
Desde los cuales, cada cual sentado
Como Rey, sobre un trono Majestuoso,
Con el cetro en la mano, gobernaba
La provincia del cielo, cuyos fines
El supremo Monarca lo confiaba.
También el arquitecto primoroso
Fue conocido del linaje humano
En la Grecia y la Ausonia; adoraciones
Recibió bajo el nombre de Vulcano,
Y si hemos de dar fe a las narraciones
De la fábula, el fue al que, el iracundo
Jove, desde el palacio cristalino
Que con arte divino
Para su uso en el ciclo, había, labrado,
De un puntapié, hasta el mundo
Que habitamos echó precipitado.
Desde la aurora hasta que el medio día
Declinó, y desde entonces hasta tanto
Que la noche extendió su oscuro manto,
El triste, sin parar volteado había
Por el éter inmenso, cual si fuera
Una estrella brillante, que cayera,
Hasta que en Lemnos, hija de los mares,
Paró, y se vio adorado en sus altares.
La fábula habla así; pero mucho antes,
Del cielo, con los Ángeles restantes
A una, cayó ¿Y qué saca el desgraciado,
De haber con tal primor edificado
Palacios, más allá del firmamento,
Pues que, en castigo de su atrevimiento.
Dios le ha arrojado a trabajar en tales
Obras en los abismos infernales?
Mas ya los reyes de armas, con pomposo
Fausto, y las trompas con sonoro acento,
De orden suprema, al pueblo belicoso
Llaman al general ayuntamiento
Que debe en aquel templo celebrarse.
Los Jefes principales a juntarse
Comienzan en el vasto Pandemonio,
Capital de su nuevo patrimonio.
Sigue después la turba, con afluencia
Tal el ancho vestíbulo llenando,

Y en lo interior cargando
De todo el templo, que aunque en competencia
Con el mayor cercado entrar podían
En que en la antigüedad lidiar solían
Con lanza en mano, o despedir ligeros
Dardos, los vigorosos caballeros,
O disputar en carros la primera
Corona de la rápida carrera,
Aun no eran ni con mucho suficientes
A contener las infernales gentes.
Su muchedumbre, que la tierra inunda
Los aires oscurece,
Y al ruido de sus alas estremece
El vasto espacio. Así en la primavera
Cuando el campo fecunda
Con su rocío la temprana aurora,
De las negras abejas la guerrera
Multitud, en enjambres dividida,
El aire y las llanuras va ocupando;
Y cuando el sol dora
Con su luz, a lo lejos extendida,
Las olorosas flores,
De sus Cálices bebe, susurrando,
Los preciosos licores,
O amontonada toda sobre un viejo
Tronco, en él colocarse solicita,
Y allí teniendo sabia su consejo,
Los intereses del estado agita.
Del mismo modo aquella innumerable
Multitud, allí dentro se apresura
Y no puede caber: mas ¡oh admirable
Prodigio! a una señal que de repente
Hace su Rey, la prócera estatura
De los soldados, que era semejante
A la de aquel gigante
Pueblo de los Titanes, prontamente
Se reduce, se encoge de tal forma,
Que cada uno en pigmeo se transforma,
Como aquellos que ocupan la ribera
Del Estrimón, que en un pequeño espacio
Cabe su multitud como pudiera
En el vasto recinto de un palacio.
Así el pastor al resplandor dudoso
De, la luna imagina, o más bien sueña,
Que ve volar en torno un numeroso
Pueblo de aéreos y pequeños entes,
Turba humilde que danza a sus lucientes
Rayos, y que el Planeta con risueña
Cara presencia aquella alegre fiesta;
Su alma al temor y a la ilusión dispuesta.
Sigue a su vista la gloriosa escena
Lejos, y se figura que a su oído
El dulce acuerdo de sus voces suena,
De placer y terror estremecido.
Como ellos, pues, se encuentran achicados
En un instante los agigantados
Ángeles infernales, y debajo
Del vasto techo caben sin trabajo;
Pero los Serafines elevados
Los Querubines, y otros principales
Jefes, conservan todos su estatura,
Su tallo y nobilísima figuras,
Sobre el Inmenso vulgo descollando;
Y en el remoto fondo, sus sitiales
Regios, de él separarlos, ocupando
Según el orden de sus divinidades,

Forman un gran senado de Deidades,
Hasta que el gran Monarca se endereza
Hacia su solio, y el consejo empieza.

LIBRO SEGUNDO.

SUMARIO.

Trata Satanás en el consejo infernal, sobre si conviene aventurar aún otra batalla por recobrar el Cielo. Algunos son de este dictamen, y otros se oponen. Determinase que es necesario, antes de todo, seguir la idea de Satanás, inquiriendo el sentido de la profecía, o tradición del cielo, acerca del nuevo mundo, destinado a una especie de criaturas poco inferiores a los ángeles y que al parecer estaba ya en tiempo de verificarse. Se refiere su embarazo para saber a quién han de enviar a descubrir aquel nuevo mundo. Satanás se encarga solo de aquella empresa, colmado de honores y de aplausos. Acabado el consejo, se separan los ángeles, y para suspender sus males, entre tanto que su jefe vuelve de la empresa, se ocupan en diferentes ejercicios. Satanás llega a las puertas del Infierno que halla cerradas, y guardadas por dos monstruos espantosos. Después de algunas explicaciones se las abren. Ya fuera de ellas ve el abismo colocado entre el Infierno y el Cielo, y lo atraviesa, aunque con mucha dificultad. El caos, que reina en él, le da señas del camino que ha de seguir para llegar al mundo que busca.

En regio trono, más resplandeciente,
Con mucho, que las bárbaras, pomposas
Riquezas de oro y perlas que el Oriente
Derrama a plenas manos
Sobre los ponderados soberanos
De Ormuz y de las Indias fabulosas,
El fiero Satanás se ve sentado,
Por todas partes de magnificencia
E indecible aparato circundado.
¡Triste gloria! ¡Funesta preeminencia
Que al mérito de ser el más culpable
Debe, y su orgullo indómito alimenta!
¿Qué es, en efecto, aquella miserable
Elevación, sino un escollo horrendo
En que debe estrellarse su esperanza,
Con los embates de la más violenta
Cruel desesperación, que se abalanza
A empeños que, sus fuerzas excediendo,
Han de dejar su ardiente sed burlada
Y aumentar la tormenta
De desgracias sobre él acumulada?
Mas su soberbia nada reflexiona,
Y ciego a sus proyectos se abandona:
En vano lo ha mostrado la experiencia,
De su débil poder la insuficiencia
Contra su Criador, que audaz se cierra
En hacerle sangrienta eterna guerra;
Y con este discurso a aquella dura
Empresa a todos animar procura:
«¡Tronos, Dominaciones, Potentados,
»Monarcas de los Cielos respetados!
»De los Cielos, repito; pues no es dable,
»Por más que la injusticia nos oprima,
»Que un pueblo de inmortales seres gima
»Siempre en esta prisión insoportable;
»Y así no doy los Cielos por perdidos
»Para nosotros; de ellos descendidos,
»Nuestra caída misma darnos debe
»Un natural impulso, que nos lleve
»Con mayor fuerza a nuestra patria amada,
»Y cuanto más la odiosa tiranía
»Vemos en abatirnos empeñada,
»Más se debe aumentar nuestra osadía.
En cuanto a mí, que la naturaleza
»Destinó de este trono a la grandeza,
»Y que vosotros mismos libremente
»Por vuestro Rey habéis reconocido,

»A estos derechos, con justicia puedo
»Decir que Otros mayores he añadido,
»Sirviéndoos con el celo más prudente
»En los consejos, y con un denuedo
»Sin igual en la guerra batallando,
»El primero los riesgos arrostrando.
»A estos títulos debo este alto puesto,
»Que nadie envidia. ¿Y quién envidiaría
»Un trono sobre el cual no conseguía
»Sino estar a los males más expuesto?
»Que tenga pretendientes no es posible
»El triste cetro de este abismo horrible:
»Sola del Cielo la feliz morada
»Merece con empeño disputarse.
»¿Mas habrá acaso quien de mi abrasada
»Corona tenga aliento de encargarse?
»Cuanto más vasta, es más desventurada:
»El bien tan sólo la ambición excita,
»Y así donde no lo hay, la paz habita:
»El mismo exceso de la desventura
»Que nos oprime, nuestra unión conserva,
»La ambición desterrando,
»Y con lazos eternos la asegura:
»La envidia para el Cielo se reserva,
»Que allí halla cebo la ambición del mando,
»Y no entre estas cadenas,
»En que éste no produce más que penas.
»Esta ventaja, pues, que al Cielo hacemos
»En concordia y firmeza, aprovechemos;
»Hagamos a lo menos lo posible
»Por recobrar nuestra primera herencia:
»La honra y el interés a competencia
»Nos lo aconsejan, y por otra parte,
»Nuestra actual situación es tan horrible,
»Que aunque en la empresa no seamos felices,
»Jamás nos podrá hacer más infelices.
»Sólo pues, queda que juzguéis si al arte
»Hemos de recurrir, o si más cierta
»Será nuestra ventaja en guerra abierta.
Satanás acabó, y en pie elevado
El Jefe que inmediato se seguía
En aquella malvada compañía,
El más feroz, más fuerte y más osado
Entre los moradores del Infierno.
Moloch, que se decía al ser eterno
Igual, y en su delirio prefería
Perder enteramente la existencia
A concederle alguna precedencia,
Terroros y amenazas despreciando,
Y el Cielo y los Infiernos olvidando,
Cediendo del despecho a la violencia,
El furioso Moloch, su horrible encono
Con voz áspera exhala en este tono:
«Venganza, guerra abierta, interminable.
»Tal es mi único voto. No me precio
»De artes ni de ficciones,
»Arma sólo adaptable
»A unos seres cobardes que desprecio:
»Úsenlas ellos, en las ocasiones
»En que las necesiten; mas que ahora
»En proyectos inútiles gastemos
»El tiempo, cuando todo ese valiente
»Ejército, del ocio ya impaciente,
»A sí mismo en silencio se devora,
»Hasta que el freno a su furor soltemos;
»Y que a tantos millones de soldados,

»Por una causa tan gloriosa armados
»A tragar sus ultrajes precisemos,
»Tranquilos en los hierros vergonzosos
»De la más detestable servidumbre,
»Y a que se tengan casi por dichosos
»En ser esclavos, mientras de la cumbre
»Del Cielo, al vernos mano sobre mano,
»Se burla de nosotros el tirano
»En medio de su corte envanecida,
»Y su gobierno injusto consolida;
»Tolerar no es posible tal vileza.
»Partamos pues, volemos con presteza;
»Esta cárcel horrible destruyamos;
»Para nuestra venganza armas hagamos
»De esas mismas cadenas inflamadas,
»De esos nuevos y crueles instrumentos,
»Que su autor destinó a nuestros tormentos
»Volvámoslos contra él. Que esos torrentes
»De fuego, que esas olas azufradas,
»Al soplo de su cólera encendidas,
»Nuestra marcha precedan, en ardientes
»Rayos por nuestra rabia convertidas.
»Si ese enemigo, de piedad ajeno,
»Se lisonjea de infundir desmayo
»En nuestros pechos con su fiero trueno,
»Trueno a trueno opongamos, rayo a rayo.
»Que nuestros fuegos rápidos, rompiendo
»A manera de horrible torbellino
»El aire, tropezando en el camino
»Con los suyos, su trono estremeciendo,
»Vayan a herirle a él mismo, entre los vanos
»Obsequios de sus viles cortesanos.
»¿Mas quién podrá, dirán, su osado vuelo
»Elevar, del profundo infernal suelo
»En que yacemos, hasta aquella altura?
»¿Y su ventaja no será segura
»Desde ella, sobre gente ya vencida,
»Falta de fuerzas, y que no podemos
»Juzgar apta a tan áspera subida?
»¡Infundado terror! ¿Pues qué, no vemos
»Que si nuestro vigor se ha amortecido
»Un momento, al beber en ese hirviente
»Lago las torpes aguas del olvido,
»El Ángel a subir naturalmente
»Por su propia energía destinado,
»Y para descender violentado,
»Es preciso recobre prontamente
»Su natural impulso? ¿Y no lo vimos
»Todos, cuando una fuerza irresistible
»Nos arrojó del cielo? ¿A qué debimos,
»Sino a este impulso sólo, la constante
»Resistencia que hicimos al pujante
»Brazo que al fondo de este abismo horribles
»Con su peso fatal nos impelía?
»A cada paso al Cielo nos volvía
»Nuestra naturaleza, batallando
»Con los rayos, y a palmos disputando
»El campo, que quizás jamás perdiera
»Nuestra guerrera, gente,
»Si conocido hubiera
»Su fuerza natural, como al presente.
»¿El éxito teméis? ¿Y por ventura,
»Acrecentar podrá ese Dios terrible
»De esta infausta morada los horrores?
»¿Podrá más, si la cólera le apura,
»Que acabar de una vez nuestros dolores,

»Privándonos del ser? ¿Y era posible,
»Si aquí hemos de existir que nos hiciese
»Una gracia que más nos conviniese?
»Sobre nosotros tiene ya perdido
»La desgracia su influjo. No podemos
»Vernos más infelices que nos vemos.
»¿Y qué podrá añadir, por irritado
»Que esté, al infierno en que nos ha metido?
»Privados de la dicha y la alegría,
»Desterrados de aquella venturosa
»Patria, de la luz misma, a este olvidado
»Asilo de la noche tenebrosa,
»Víctimas de una baja cobardía,
»A esos fuegos de pábulo sirviendo;
»Mientras que en otro abismo aun más horrendo
»Os sepulta ese bárbaro tirano,
»Cual vasallos rendidos; ¡id, prestadle
»Homenaje; aguardad que sus feroces
»Verdugos, sus tormentos más atroces
»Arrepentir os hagan, y aunque en vano,
»Que os perdone apiadado suplicadle!
»Sabéis que no lo hará, y aunque lo hiciera,
»Mil veces yo el infierno preferiera.
»Y ¿qué recelo pueden ya causaros
»Sus amenazas? ¿En la horrible suerte
»En que os halláis, acaso puede daros
»Otro tormento nuevo, que la muerte?
»¿Qué fuerza, pues, os hace un enemigo
»Que daros ya no puede otro castigo,
»Por más que le irritéis, que el de quitaros
»La vida, pena menos espantosa
»Mil veces que la suerte dolorosa
»Que teméis para siempre en adelante?
»Si es, cual lo creo, nuestro ser divino,
»Y la inmortalidad nuestro destino,
»Tan larga duración será bastante
»Para causar su furia, por constante
»Que sea, y agotados
»Sus rayos, su poder desfallecido,
»Podrá ser con ventaja acometido.
»La experiencia nos dicta que podremos
»Al fin llevar la guerra a sus estados,
»Y por más que se precie de invencible,
»Sobre su odioso trono inaccesible
»Insultarle: testigos los extremos
»A que le vimos todos reducido
»En la batalla cruel que hemos perdido;
»Y en fin, aunque vencerlo no logremos,
»Aunque caídos mil veces nos veamos,
»Otras tantas con nuevo ardor volvamos
»A hacer guerra al tirano endurecido.
»Y sean siempre el odio y la venganza»
Nuestro consuelo y bienaventuranza.
Así acaba, los dientes rechinando,
Y el entrecejo lúgubre arrugando:
Se ve en su boca una sonrisa horrible;
Sus miradas, que arrojan un funesto
Resplandor; su aire audaz y fiero gesto,
El enemigo anuncian más temible,
Para todo otro que el Omnipotente.
Más humano, más suave y cariñoso
En su trato, Belial, el más hermoso
Entre todos los Angeles perdidos,
Repugnando el dictamen precedente,
Habla después: Belial, cuyos fingidos
Rasgos de dignidad y de nobleza,

Del más vil pecho ocultan la bajeza;
Pero que en sus palabras tal dulzura
Derrama, y con tan noble gracia toca
Cualquier materia, por ingrata y dura
Que sea, que no hay alma que a su influencia
Haga, por más que quiera, resistencia:
La miel destila siempre de su boca,
A pesar de la hiel de que está lleno
Su corazón: su ingenio cauteloso
Sabe envolver, entre las delicadas
Redes de sus palabras estudiadas,
A la razón; esparce su veneno
Con lenguaje doloso
Sobre toda virtud, y su artificio
Hace que en su lugar se aplauda el vicio:
Para toda acción noble negligente,
Sólo para ruindades es ardiente;
Mas no obstante, su voz encantadora
Cautiva la atención, y así perora:
«No menos que vosotros ¡oh señores!
»Odio la esclavitud y tiranía:
»No menos de la guerra los ardores
»Mi pecho encienden; pero yo querría
»Que no se decidiese de ligero,
»Y a impulsos del furor, mal consejero;
»Sino que, consultando a la prudencia.
»Viésemos si el hacerla convenía.
»Voy, pues, a examinarlo: y lo primero
»Hallo, que el mismo Jefe generoso
»Que nos gobierna, y que en inteligencia
»Y en valor sobresale, desconfía
»De que el éxito sea ventajoso.
»La desesperación es el cimiento
»Sólo en que funda todo su ardimiento,
»Y su última esperanza está cifrada
»En vernos reducidos a la nada:
»La aniquilación es la sola mira
»A que, con tal que esté vengado, aspira:
»¡Mas qué venganza! ¿Acaso ésta es posible?
»Hueste inmensa de espíritus leales
»Está velando sin cesar, armada,
»Sobre los altos muros celestiales,
»Y hace toda sorpresa inasequible;
»A veces parte de ella, hasta en las puertas
»Del Infierno la vemos acampada,
» Y una gran multitud de sus despiertas
»Avanzadas penetran con desvelo
»Nuestro mismo horizonte, registrando
»Con negras alas todo este hondo suelo.
»Siendo, pues, imposible una sorpresa,
»¿Se podrá a fuerza abierta nuestra empresa
»Conseguir? Las tinieblas agregando
»Unas a otras, en este abismo horrendo,
»Envuelto todo nuestro innumerable
»Ejército en su lóbrega espesura,
»¿Podrá acercarse al Cielo, oscureciendo
»Con sombra prolongada y espantable
»Del éter intermedio la luz pura?
»¡Vano intento! Del trono inaccesible,
»De resplandor eterno circundado,
»Ese enemigo nuestro arrojaría
»Raudales de su luz incorruptible
»Que volviesen la noche en claro día,
»Que penetrando hasta este abismo odiado,
»Nuestros débiles ojos deslumbrasen
»Y aun más al fondo nos precipitasen.

»Ultraje sobre ultraje acumulemos,
»Dicen; así su cólera agotando,
»Su venganza quizás engañaremos,
»Y que nos haga perecer logrando,
»En la muerte hallaremos el remedio
»Unico del dolor que nos oprime.
»¿En la muerte decís? ¡Qué triste medio!
»¿Y quién, no obstante sus horribles penas
»Querrá sufrir que su funesta mano,
»A cuyo aspecto consternado gime
»El universo, rompa sus cadenas;
»Saber cuál corta la guadaña
»De ese monstruo inhumano;
»Para siempre perder esa luz pura,
»Ese espíritu activo, cuyo vuelo
»La inmensidad recorre en un momento;
»Verlo apagar bajo del torpe hielo
»Del sepulcro, y caer desde la altura
»De la inmortalidad hasta la nada;
»Eterna lobreguez que el pensamiento,
»El sentido y el ser mismo anonada?
»Y aunque fuese el perder nuestra existencia
»Algún bien y ese Dios poder tuviera
»Para hacerlo, ¿os parece que él quisiera
»Con nosotros usar tanta indulgencia?
»Dudoso es que lo pueda; pero es cierto
»Que nunca incurrirá en tal desacierto.
»No puede un Dios tan sabio de manera
»Cegarse que de su ira no sea dueño.
»Crear que no sepa aquel ser elevado
»Y omnipotente, que domina al mundo,
»Dominarse a si mismo, fuera un sueño.
»¿Por más que con nosotros está airado,
»Querrá revocar nunca una sentencia
»Dictada por el odio más profundo,
» Y a la muerte voraz dando licencia
»De penetrar en esta sima ardiente,
»A un golpe, de sus víctimas privarse,
»Y de aquel placer dulce de vengarse
»Que puede disfrutar perpetuamente?
»Si es así, me dirán, ¿por qué dudamos
»Combatirle mil veces? ¿Por fatales
»Que sean las resultas que suframos,
»Podrán crecer acaso nuestros males?
»¡Pues qué! ¿Os parece tan cruel, señores,
»La situación en que ahora nos hallamos.
»En medio del Infierno y sus horrores?
»¿Poco se os hace que se nos conceda
»Conspirar quietos, libres, reunidos,
»En este vasto templo establecidos?
»¿Juzgáis que no pudieran ser mayores
»Nuestros trabajos? Si memoria os queda,
»Acordaos de aquel terrible día
»En que de la celeste monarquía,
»Por ese mismo Dios precipitados,
»De una lluvia de rayos aterrados,
»Este abismo invocábamos gimiendo,
»Donde en tropel nos iba sumergiendo,
»Con más miedo a sus golpes espantosos
»Que a los voraces fuegos tenebrosos
»En que su ira feroz nos sepultaba.
»¿Quién de vosotros no se reputaba,
»Decídmelo, por más desventurado
»Que en el presente estado?
»¿Pues qué fuera si aquellos vengadores
»Fuegos, al soplo rápido encendidos

»De su furor, doblasen sus ardores
»De nuevo, y nuestras penas duplicaran?
»¿Qué, si de vivos rayos, despedidos
»Por su irritada mano, nubes densas,
»Cortando del vacío las inmensas
»Regiones, otra vez nos inundaran
»De un diluvio de llamas insufribles
»¿Qué en fin, si su venganza completando,
»Sobre nuestras cabezas derribase
»Esa bóveda horrenda, derramase
»El vasto mar de fuego inextinguible
»Que sostenido en ella está bramando,
»Y envueltos en la ruina, en los raudales
»De aquellas cataratas infernales,
»Para siempre en su fondo nos metiera?
»¿Y quién sabe, si mientras con sosiego
»Aquí reunidos, nuestro encono ciego.
»Sus varios planes de venganza traza,
»Ese Dios, que de lo alto considera
»Nuestros vanos proyectos, que permito
»Para hacernos escarnio, ahora en desquito
»Con nueva tempestad nos amenaza,
»Que sobre alguna de esas duras rocas
»Vivos nos clave, expuestos al embate
»De las tormentas y los torbellinos,
»O que quizá de sumergirnos trato
»En ese ardiente mar, con nuestras locas
»Tramas, al fondo de esos remolinos
»De fuego abrasador encadenados,
»Funesta habitación del negro espanto,
»Donde no se oye sino eterno llanto;
»En el que para siempre sepultados
»Sin piedad, sin remedio y sin reposo,
»Pasemos siglos nunca rematados,
»Sin otra perspectiva que un lloroso
»Teatro de dolores inmortales,
»De opresión cruel e interminables males?
»¿Y a esta suerte queremos exponernos?
»Harto mejor, creedme, es abstenernos
»De combatir. Sabemos demasiado
»Lo que es el brazo de ese Dios terrible.
»A la astucia y la fuerza inaccesible,
»Todo lo sabe y puede, y sosegado
»En su trono, al ver esta clandestina
»Junta, y cuanto se trata y determina,
»Nuestra flaqueza y nuestro orgullo necio,
»Aun más que su ira, excitan su desprecio.
»¿Pues qué, diréis, nosotros, que traemos
»Del Cielo nuestro origen, sufriremos
»Que se nos dé el Infierno por morada?
»¿La cabeza tendremos agobiada
»Bajo un vil yugo, y a los inhumanos
»Hierros presentaremos nuestras manos?
»Con razón os quejáis; y yo el más fuerte
»Impugnador de tal arbitrio fuera,
»Si una vislumbre de esperanza hubiera
»De no empeorar, peleando, nuestra suerte.
»Mas, por desgracia no nos engañemos,
»No existe, y nuestro mal agravaremos:
»Sometámonos, pues, como vencidos;
»Cual cautivos, suframos los estrechos
»Hierros, puesto que así quieren los hados
»Y de los vencedores los derechos.
»En todos los trabajos ser sufridos
»Es tan propio de pechos generosos,
»Cual lo es el ser osados

»En cualesquiera eventos peligrosos;
»Y pues para sufrir fuerza tenemos,
»Firmes los nuestros tolerar debemos.
»¿Y hay acaso razón para quejarnos?
»¿Quién en nuestras desgracias tuvo parte
»Sino nosotros mismos? ¿Por ventura,
»De otro éxito pudimos lisonjearnos,
»Cuando sin reflexión, y a la ventura,
»Desplegó nuestro orgullo el estandarte
»Contra Dios? Yo me río ciertamente,
»Al ver aquella furibunda gente,
»En los primeros lances tan osada,
»No poder sufrir ahora acobardada,
»La ignominia, el destierro y demás males
»Que eran las consecuencias naturales
»De un suceso funesto, y un castigo,
»Que era fuerza esperar del enemigo.
»¿Y quién sabe si acaso desarmado
»Ese Dios, al notar nuestra obediencia,
»Su furia aplacará, y desagraviado
»Por los tormentos que hemos padecido,
»Quietos nos dejará con negligencia
»En un rincón del Reino del olvido?
»Temamos, si insistimos, al contrario,
»En renovar el choque temerario,
»Despertar su ira y avivar el fuego.
»Si obramos con prudencia y con sosiego,
»Este al fin se enfriará, y nuestras esencias
»Puras sentirán menos las influencias
»De sus llamas mortíferas. Lo allana
»El tiempo todo, y la costumbre puede
»Esta sima pestífera hacer sana:
»Del hábito a la fuerza todo cede:
»Con ella, aunque ahora aquí nos abracemos,
»Estas llamas quizá no sentiremos:
»Aun esta sombra que nos intimida
»Veremos en luz clara convertida;
»Ya con aspecto menos espantoso
»Brillará este desierto doloroso,
»Nuestro fatal estado suavizando
»Y todas nuestras penas aliviando.
»Así lo espero. ¿Y contaréis por nada
»Las grandes novedades
»Que acostumbra a traer la continuada
»Serie de las edades,
»Ese flujo y reflujo de los varios
»Sucesos, que no pueden ser contrarios
»A nosotros, de modo miserables,
»Que han de sernos por fuerza favorables?
»Ayer felices, hoy desventurados,
»Esperémoslo todo de los hados;
»Pero nuevos esfuerzos no tentemos,
»Con que este infierno más profundicemos.»
Así Belial, fingiendo una prudencia
Falaz, aconsejaba a sus oyentes,
Con título de paz, vil indolencia;
Mammón habló después en este tono
«¡Potentados y Jefes eminentes!
»Cuando nuestro caudillo se dispone
»A nueva guerra, en ella se propone
»Precipitar a Dios de su alto trono,
»O aquellos recobrar que hemos perdido:
»Este deseo viéramos cumplido,
»Si la casualidad, favoreciendo
»Nuestro vivo interés, con su dudoso
»Influjo los decretos no minara

»Del destino, o si el caos, sumergiendo
»Otra vez en su seno tenebroso
»El orbe, esta gran causa sentenciara;
»Pero contra el Altísimo, ¿qué puede
»Nuestro loco furor? Nada esperemos
»Contra el que a todos en grandeza excede:
»Tampoco de lograr nos lisonjeemos
»Mejor suerte. ¿Y qué puesto apetecible
»Habrá para vosotros en el Cielo?
»Mientras que allí domine ese tirano,
»¿Podríaís disfrutarlo sin recelo?
»Pero un momento demos por posible
»Que nuestras tramas nos perdone humano,
»¿Iréis el abandono consagrando
»De los derechos vuestros, cual rendidos
»Vasallos, a postraros en presencia
»Suya, y darlo homenaje y obediencia?
»¿O humildes, de rodillas, disputando
»El incensario a los envilecidos
»Angeles, antes vuestros compañeros,
»Su deidad adorando,
»Vuestro encono interior disimulando,
»A adularlo con himnos lisonjeros,
»Y a celebrar forzados sus grandezas,
»A1 mismo tiempo que él vuestras cabezas
»Huelle orgulloso, desde su elevado
»Trono, en el polvo, sin honor postradas?
»Vuestros acatamientos vergonzosos
»Contará entre sus triunfos más gloriosos,
»Y de tales bajezas admirado,
»Sobre sus aras, de Angeles rodeadas
»Y de inmortales flores coronadas,
»Saboreará a su gusto la ambrosía.
»¡Id, pues; con despreciable cobardía,
»Sus despóticas leyes, obedientes
»Cumplid, y tributadle reverentes
»Los cultos en su corte regulares,
»Con eternos e insípidos cantares!
»Tal es el quehacer noble que os espera,
»¡Oh vil rebaño! en la celeste esfera.
»¡Y que siglos eternos tan penosos
»Gastaréis en dar cultos fastidiosos,
»Sin cesar, a un tirano aborrecido!
»Sea, pues, que él os llame a su celeste.
»Cárcel, sea que poco esfuerzo os cueste
»A ella volver, tened bien entendido.
»Que si habéis de vivir con tal afrenta,
»Ni aun habitar el Cielo os tiene cuenta.
»Antes que mendigar una pomposa
»Esclavitud, vivamos, cual prudentes,
»Para nosotros mismos. Poseemos
»En nuestros corazones la abundosa
»Fuente de nuestra dicha. Si sabemos
»Buscarla dentro de ellos diligentes,
»Burlar podremos, aun desde este suelo,
»La cólera del déspota del Cielo.
»Por más que esta prisión parezca horrible,
»Será para nosotros apacible,
»Si nuestra libertad, aunque penada,
»Anteponemos a una acomodada
»Esclavitud, y a la magnificencia
»De los grillos, la noble independencia
»Sacar de los sucesos más fatales
»La dicha; en bienes convertir los males;
»Formarnos una patria de este triste
»Destierro; sustituir a la pobreza

»La industria, manantial de la riqueza;
»Inventar, cultivar los ingeniosos
»Artes a lo que nada se resiste;
»Tales deben de ser en adelante
»Vuestras empresas, ¡oh hijos laboriosos
»De la activa miseria! ¿Y qué victoria
»Sería en nuestro estado más brillante?
»Cuanto menos los medios, mayor gloria.
»¿De esta región, acaso os intimida
»La oscuridad? Pues dad a la extendida
»Etérea llanura una mirada:
»Ved al Eterno con el negro manto
»De la noche cubrir su augusta frente:
»Notad esa tormenta, de repente
»De las espesas nubes fabricada:
»El mismo, precedido del espanto,
»Viene en sus seno, mientras que rugiendo
»Estremece la esfera amedrentada,
»Abrasadores rayos despidiendo,
»Al compás de horrorosos estallidos,
»Por los lejanos ecos repetidos,
»Y velado en sus sombras e invisible
»Aun es más majestuoso y más terrible.
»Supuesto, pues, que al Cielo adoptar vemos
»Del infierno los fúnebres colores,
»¿Por qué su resplandor no imitaremos,
»Y su adorno, como él nuestros horrores?
»Duerme enterrado aquí más de un tesoro;
»Nuestros pies negligentes huellan oro
»Y diamantes. ¿Y acaso la destreza
»Nos falta, para darles las labores
»Que exigen el valor y la belleza
»De estas nobles materias? ¡Qué consuelo
»Será lograr, a fuerza de desvelo,
»Que el blando lujo, que es de la riqueza
»Hijo, en este hondo Infierno se introduzca,
»Y mil comodidades nos produzca!
»Ese fuego, hasta aquí nuestro tormento
»Con el tiempo será nuestro elemento,
»Y aun hará la costumbre tolerables
»Sus llamas, que nos son insoportables,
»Sus dolorosas puntas embotando,
»Y a nuestro temple el suyo acomodando.
»Todo exige la paz. A las divinas
»Venganzas, arranquemos nuestras ruinas;
»Nuestras perdidas tristes reparemos;
»El bien aprovechemos suavizando
»Los males; nuestros votos arreglemos,
»Como nuestros proyectos, con prudente
»Juicio, al estado en que ahora nos hallamos;
»Y cautivos, de la suerte contingente
»De los combates sobre todo huyamos.
»Yo la paz voto.» Apenas ha acabado,
Cuando un sordo murmullo prolongado
De general aplauso, dulce suena
En el salón inmenso, semejante
A aquel ruido confuso de los vientos
Que en los peñascos cóncavos resuena
De la orilla del mar, cuando distante
La a tormenta, ya calma sus violentos
Impetus, entre tanto que, acogido
Al fondo de una cala más remoto,
De altas rocas rodeado, al fin rendido
De las fatigas del pasado apuro,
Anclado el barco, de temor seguro,
Duerme con sueño plácido el piloto,

Por las olas y ráfagas mecido.
Así, «¡la paz, la paz!» con alegría
Por todas partes resonar se oía:
¡Tal terror al concurso ocasionaba!
El nuevo Infierno que se le anunciaba!
Aunque en suerte tan triste, todavía
Se acuerdan del acero pavoroso
De Miguel, y del Todopoderoso
Temen los rayos. Una lisonjera
Esperanza se añade de formarse
Quizás un vasto imperio en adelante,
En donde están, que pueda a su primera
Mansión, aunque no sea tan brillante,
Al pronto de algún modo compararse,
El cual, con sabias leyes floreciendo,
Con valor y prudencia gobernado,
Por grados nuevas fuerzas adquiriendo.
Del Infierno haga un Ciclo, y envidiado
Del Cielo mismo, lo haga competencia,
En menos en poder que en opulencia.
Al ver aquel delirio bullicioso,
El grande Belzebuth después del fiero
Satanás, entro todos el primero,
A quien con preferencia, acordemente
Respeto aquel concurso numeroso,
Se levanta, y dirán que aun tiempo mismo
Consigo eleva el reino del abismo en
Profundamente impresos en su frente,
Se, ven los vastos planes, los talentos
Sublimes, los más altos pensamientos.
Aunque cuido, su semblante augusto
Conserva el majestuoso continente,
Y en su aire autorizado, y su robusto
Y gigantesco talle, semejante
En consecución al del forzado Atlante,
Se ve que sostendrá el mayor Estado
Sobre sus firmes hombros apoyado.
Comienza, y de la noche la carrera
Tranquila, o del ardiente mediodía
El inmóvil reposo,
No igualan al respeto silencioso
Que enmudece al momento a la guerrera
Junta, atendiendo a lo que así decía:
«Príncipes, Reyes de la etérea Corte,
»Hijos del Cielo, pues así algún día
»El Empíreo os nombró, ¿será posible
»Que hayáis de menester que so os exhorte
»A conservar dictados tan gloriosos
»¿Y querréis esos nombres inmortales
»Trocar por el de Reyes infernales?
»Así parece, por vuestros gozosos
»Aplausos a la idea de ese Imperio
»Nuevo, que se ha propuesto sin misterio.
»Con tal satisfacción, y que es la mira
»Única ya a que el vulgo todo aspira.
»¡Imprudentes! ¿Tan pronto se os olvida
»Ese Dios sin piedad, eso implacable
»Vencedor? ¿Desde cuándo esta espantable
»Sima veis en asilo convertida?
»¿Os lisonjeáis de hallar algún seguro
»Abrigo en este calabozo oscuro el
»Que oculto vuestras tramas un instante
»A su vista severa y penetrante?
»¿Pensáis que aquí podréis, conspiradores
»Tranquilos, otra vez contra él ligaros,
»Fuera de alcance de su brazo fiero,

»Y evitar de sus leyes los rigores?
»¿Qué daños no traería el lisonjearos
»Con este falso sueño pasajero!
»Ese Dios, no dudéis, es el primero
»Y el último, el más grande y eminente,
»Así como el más sabio y más prudente
»Todo lo puedo, todo lo contiene;
»Su excelso imperio límites no tiene:
»Aunque de estos abismos tan distante,
»Siempre cautivo s suyos, su venganza
»En su más hondo seno nos alcanza:
»Para nosotros, no es su cetro de oro
»Mas que un cetro de acero fulminante.
»¿Por qué pues, cuando aun suena a vuestro oído
»El fragor espantable de sus truenos,
»Y el hostil eco del clarín sonoro
»De su hueste, cercana a este escondido
»Abismo, cada instante nos aterra
»Expendemos el tiempo muy serenos,
»En disputar sobre la paz o guerra?
»La guerra nos perdió sin duda alguna;
»Nos perdió para siempre; y ya ninguna
»Abertura de paz juzgo posible.
»¿Qué condiciones conceder podría
»A esclavos, cual nosotros, su amo airado,
»Sino cárceles, hierros y tormentos,
»Y cuanto imponer puede más terrible,
»De vil vencedor, como él, la tiranía,
»A vencidos que así lo han agraviado?
»¿Y qué pacto, a los nobles sentimientos
»Que profesáis, conviene, o qué tratado?
»Sólo el de alimentar un implacable
»Odio, ofender sin fin la ese enemigo
»Que de todas maneras nos oprima:
»Insultar a su misma formidable
»Venganza: hacer escarnio del castigo,
»Y no abandonar nunca la esperanza,
»De que el tiempo los duros hierros limo
»Que nos sujetan, con feliz mudanza.
»Esta al fin llegará, no lo dudemos:
»Su furor, por más que haga, cansaremos.
»Con nuestra astucia su poder minando,
»Y hasta en los Ciclos su quietud turbando,
»Sus triunfos a lo menos aguaremos;
»Mas cerremos, creedme a mí, la puerta
»A todo lo que sea guerra abierta:
»¡Dejémonos de sitios y batallas;
»De asaltar no soñemos las murallas
»Del Cielo, a todo esfuerzo inaccesible,
»Y mucho más el trono luminoso
»No menos que del Todopoderoso,
»A la fuerza y al arte inasequible:
»Medios nos quedan menos arriesgados,
»Y eficaces. Si no son inventados
»Ciertos rumores que generalmente
»En el Cielo han corrido,
»En un mundo de nuevo construido,
»Muy remoto, la mano omnipotente
»Ya presto a dar el ser a unas criaturas
»Venturosas y puras,
»Que en un jardín habiten delicioso,
»Y aunque tal vez nos cedan en la ciencia
»El poder y nobleza de la esencia,
»Disfruten de los dones, y el precioso
»Afecto de su dueño poderoso:
»Añaden que del cielo en el senado

»Está ya este decreto publicado,
»Y que Dios mismo, desde el alto asiento
»Del trono eterno, con su juramento
»Sacro, esta voluntad ha confirmado,
»En presencia del Cielo estremecido.
»Siendo esto así, nuestra atención volvamos
»A ese nuevo lugar desconocido:
»Hacia él nuestra venganza dirijamos,
» Y nuestra actividad: averigüemos
»Que habitantes en ese nuevo mundo,
»Ha producido su poder fecundo:
»Cómo han salido de él investiguemos.
»Sepamos qué materia, qué elementos
»Forman sus cuerpos, cuál es su figura,
»Cuál es su duración y su estructura:
»Cuáles con sus costumbres, sus talentos:
»De su virtud la fuerza o la flaqueza:
»Si debemos armarnos de violencia
»Contra ellos, o valernos de destreza.
»En vano de altos muros circundados
»Los Cielos, invencible resistencia
»Nos opondrán: en vano los osados
»Esfuerzos nuestros burlará a su gusto,
»Seguro en ellos, su Monarca augusto:
»Si ese mundo reciente acometemos,
»Que de sus reinos forma la frontera,
»Sin resguardo quizás le encontraremos.
»Sin muros, sin soldados, y patente
»Sin más defensa que su débil gente,
»Y una empresa será la más ligera
»Meternos en su plácida morada.
»Perezca pues, perezca enteramente,
»Por el infernal fuego devorada,
»Y vea su Creador, que ha destruido a
»Nuestra justa venganza, en un momento,
»Lo que con tanto empeño ha construido;
»O mejor, conservando aquel portento,
»Gocemos de los bienes destinados
»A aquellos seres, y pues nos destierra
»Del Cielo, también ellos desterrados
»Salgan de aquella deliciosa tierra.
»Así de él a placer nos vengaremos:
»Seducir a lo menos procuremos,
»Con astucia, ese pueblo favorito;
»Rebelarlo contra él; que degradado
»Por nosotros, también sea proscrito;
»Que se vea forzado
»A aborrecer lo que antes ha querido
»Y a destruir su obra misma arrepentido.
»¿Y podéis concebir lo despedido
»Que estará? ¿Cuál será el furor sangriento
»Suyo, al ver que turbamos un momento
»El tirano placer que en nuestras penas
»Disfruta? ¿Y cuál será nuestra alegría
»En poder derramar a manos llenas,
»Sobre esos hijos suyos tan queridos,
»Los males que nos tienen afligidos,
»Y lograr que maldigan a porfía
»En este propio abismo sus bondades,
»Nuestras crueles desgracias dividiendo,
»Del mismo modo que nuestras maldades
»A ese bienhechor suyo aborreciendo;
»Y lloren con nosotros su pasada,
»Gloria, antes tan brillante, ya eclipsada
»Con befa de ese protector divina?
»Hablad, pues. ¿Elegís este destino

»Útil en todo evento, y decoroso,
»O el funesto proyecto ignominioso,
»De ese imperio soñado
»En esta infernal noche sepultado?»
Así el astuto Belzebuth procura
Persuadir que se adopte el plan maligno,
De la invención de su Monarca digno,
Que en su arenga lo había ya indicado.
¿Y quién sino él, abriéndonos la impura
Senda del mal, emponzoñar pudiera
Al humano linaje, en su primera
Fuente, asociar la tierra a los furores
Del Infierno, o intentar osadamente
Turbar la paz del Rey del universo?
¡Inútil arrogancia! los mayores
Esfuerzos de aquel ánimo perverso
No servirán sino es a hacer patente,
Más que nunca, su gloria y su potencia.
Pero los infernales moradores,
Apenas oyen esta audaz propuesta,
Cuando, de una común inteligencia,
La aprueban todos, con clamor gozoso,
Y el brillo de sus ojos manifiesta
Cuánto admiran el plan maravilloso.
Con tono entonces ya más arrogante,
Vuelve a hablar Belzebuth de esta manera:
«¡Cuánto consuelo, oh celestial senado,
»Ese concorde voto me ha causado,
»De vos tan digno! Llegará el instante
»Quizás y aun presto, en que a la envidia fiera
»De ese tirano, arranque esta gloriosa
»Revolución las víctimas, que ahora
»En este abismo fúnebre devora,
»Y libres a su patria venturosa
»Las acerque. A su vista aun más valientes,
»Tal vez volando al Cielo, lograremos
»Recobrar nuestros tronos eminentes,
»O si nos rechazare del divino
»Lugar, sin duda nos dará el destino
»Otra zona más dulce, en que podremos
»Algún rayo gozar de la apacible
»Luz de los Cielos, y de la frescura
»Del Oriente, alejados de esta horrible
»Negra prisión. Allí con su aura pura,
»Alegro, calmará la primavera,
»Cual bálsamo suave, los dolores
»De estos cuerpos, que el fuego ha marchitado.
»¿Mas quién irá a buscar, por los horrores,
»De un ignorado espacio, esa ribera
»Feliz, en que termina este abrasado Abismo?
»Quién será tan animoso
»Entre nosotros, que el arrojado tenga
»De emprender ese viaje peligroso,
»Sin que terror alguno le detenga,
»De atravesar a solas por la inmensa
»Región del infinito; entre su densa
»Oscuridad volar, bajar, subirse;
»En su sima sin fondo sumergirse;
»Con alas incansables remontarse
»Cada vez más y más, hasta encontrarse
»Victorioso en esa isla deseada,
»De la extensión del éter circundada?
»¿Y qué fuerza o qué astucia son bastantes
»Para poder burlar las vigilantes
»Guardias, las numerosas centinelas,
»Que las eternas puertas noche y día

»Custodian, evitando sus cautelas,
»O abriendo paso a fuerza de osadía?
»Cuanto es más de temor la resistencia.
»Cuanto, más peligroso es el objeto,
»Tanto debemos con mayor prudencia
»Examinar las prendas del sujeto
»Que ha de intentar la hazaña señalada
»En que nuestra esperanza está cifrada.»
Se sienta a estas palabras, y girando
Los ojos, impaciente está esperando
Ver quién se ofrece, entre la fiera turba,
Al riesgo de efectuar la audaz empresa:
Pálido espanto a todos los perturba;
Cada cual triste y en silencio pesa
El arrojo temible, y de horror lleno
Su miedo mide por el miedo ajeno.
Cierto de lo que sabe y lo que puede,
Satanás solo, que en valor excede,
Como en todo, a los otros, se adelanta,
Y así en tono de un Rey la voz levanta:
»¡De los Cielos ilustre descendencia,
»Pueblo de Serafines! visto el giro,
»Que ha tomado este asunto, no me admire
»Que el valor ahora ceda a la prudencia.
»Más que de los peligros, sorprendidos
»De las dificultades que presentan
»Las circunstancias, vuestros valerosos
»Pechos se turban, no se desalientan.
»Obstáculos se oponen nunca oídos;
»Caminos los más largos y escabrosos,
»Desde el abismo lóbrego conducen
»De la noche a los campos, en que lucen
»Del Cielo los primeros resplandores;
»Cierra un recinto casi insuperable
»Esta cárcel; un muro formidable
»De negro fuego, nueve vueltas dando,
»De nuestros calabozos los horrores
»Cerca, y aumenta, sin cesar bramando.
»Sus puertas, aun más duras que el diamante,
»Para nosotros siempre están cerradas.
»Una ley de aquel Dios, cuyo constante
» Encono en el los cierra amontonadas
»Nuestras huestes, nos tiene prohibida,
»Severa, irrevocable, la salida.
»Y aun cuando estos obstáculos sea dable
»Vencer, triunfo a mis ojos muy dudoso,
»Queda que superar el inapeable
»Abismo del vacío; ese espantoso
»Desierto, por la nada limitado,
»Donde la negación de la existencia
»Asusta nuestra corta inteligencia;
»Reino que el ser jamás ha disfrutado,
»Que amenaza quitar al atrevido
»Que en él se engolfe, el ser que allí ha traído,
»Y triunfa, envuelto en noche, de la ausencia
»De cuanto existe. Y aunque se consiga
»De este, abismo salir, vasto y profundo,
»De todo aborto origen infecundo,
»Para que al fin propuesto el viaje siga,
»¡Cuánto nos falta aún! ¡Qué de extendidas
»Regiones, hasta aquí desconocidas,
»Tendré que transitar! ¡Cuántos penosos
»Trabajos que sufrir! ¡Cuán horrorosos,
»Peligros que arrostrar a cada paso!
»No es posible contarlos. ¿Pero acaso
»Satanás digno de este cetro fuera,

»Si cuando vuestra gloria un sacrificio
»Exige, o de evitaros un perjuicio
»Se trata, un temor bajo le impidiera
»Que a cualquier pena o riesgo se arrojara?
»¿Con qué derecho Satanás gozara
»Este supremo rango? ¿Qué serían
»Este augusto diadema, este glorioso
»Cetro, sino el ornato más ocioso,
»Si olvidando el deber que le imponían,
»A su poder su celo no igualase,
»Y el público interés abandonase?
»No se hizo el trono para que de un varo
»Homenaje disfrute el soberano;
»Y el valor debe ser al eminente
»Grado de cada cual correspondiente.
»¡Idos pues, camaradas generosos
»De mis desgracias, aún terror del Cielo!
»A pesar de ellas, idos sin recelo
»A concertar el modo de abreviaros
»Las largas horas de los dolorosos
»Días que en esta lóbrega morada
»Os quedan que pasar y recrearos
»Lo mejor que podáis, mas con cautela;
»No sea que la vista penetrante
»De ese Dios, que jamás esta apartada
»Región olvida, y en su daño vela,
»Astuta se aproveche del instante.
»De mi ausencia, y pretenda acometeros.
»A vosotros os toca defenderos
»En este caso, mientras de la muerte
»Atravesando el Reino tenebroso,
»Voy a buscaros otra mejor suerte.
»Sé que el empeño es arduo y trabajoso,
»Y pues solo a los riesgos me aventuro,
»Mía sólo ha de ser también la gloria;
»Mas con vosotros de otro interés puro,
»Los frutos partirá de la victoria.»
Dice, y sin permitir se ratifique
Su propuesta, o que alguno le replique,
La señal hace de que se ha acabado
El infernal consejo, receloso
De que alguno, movido de envidioso
Orgullo, sin peligro disputarlo
Quisiese aquella gloria, asegurada
De que su oferta no se admitiría,
Y que con tal ficción su cobardía,
Del honor consiguiera defraudarlo
De ser solo, y partir villanamente
Con él el premio y fama de valiente.
Su orden la puerta a toda astucia cierra.
Sólo una seña de su majestuoso
Semblante, aquella muchedumbre aterra
Más que todos los riesgos de que ha hablado,
Y se disuelve al punto el gran senado.
El ruido del concurso bullicioso
Al salir, al del trueno se parece
Cuando lejano por el Cielo rueda
Y sus bóvedas altas estremece.
Satanás sólo fijo en pie se queda,
Los respetos de todos recibiendo,
Que la frente, al pasar, a su presencia
Inclinan con humilde reverencia;
Aquel arrojo intrépido aplaudiendo,
Lo ensalzan, y lo igualan a Dios mismo;
Cómo se sacrifica ponderando,
Su bien por el del público olvidando.

Tal es la fuerza que hasta en el abismo
La virtud tiene, que aun a la enemiga
Perversa raza a respetarla obliga.
Resuelta de este modo la importante
Y dudosa cuestión, con alabanza
De Satanás, brilló por un instante
En el Infierno un rayo de esperanza.
Así cuando del austro el denso viento,
Vencido el aquilón, con su violento
Soplo, del horizonte
Barre las nubes, y en las elevadas
Cumbres las junta de uno y otro monte,
El día en noche oscura transformando,
Descolora los campos, con un velo
Formado de sus sombras dilatadas
Cubriendo el astro que domina el Cielo,
La tierra con tormentas inundando,
Y la piedra o la nieve derramando;
Si hacia la tarde, el sol a romper llega
Con sus rayos aquella noche ciega,
Viniendo a despedirse dulcemente
De la naturaleza, los colores
Recobran de repente
Los árboles, las plantas, y las flores.
Todo renace, vuelve la alegría
A los montes, los valles, y los prados;
Sus gozosos balidos los ganados
Repiten, y las aves a porfía
Renuevan su agradable melodía:
Tales también las tenebrosas frentes
De aquellos infernales habitantes
Se abren alegres a los refulgentes
Rayos de la esperanza, aunque distantes
Un plan, un mismo voto los reúne,
Y en liga inseparable a todos uno.
Así aun aquellas fieras infernales,
Concordes viven en su abismo horrendo,
Y los hombres ¡oh exceso vergonzoso!
Solos entre los seres racionales,
Ferozes, uno al otro aborreciendo,
Cuando el Cielo piadoso
A la paz y concordia los convida
Y al dulce premio de otra feliz vida,
De odios, enemistades, discusiones
Alimentan sus negros corazones,
En incesantes guerras derramando
Su sangre, y todo el orbe devastando!
¡Infelices! ¡En tanto que engañados
Saciáis así estas bárbaras pasiones,
En lugar de estar todos hermanados,
Prestáis, necios, el flanco a las heridas
De aquellos infernales homicidas,
En vuestra perdición encarnizados!
Disuelto ya el consejo, se esparcieron
Todos, menos los Jefes principales,
Que a hacer corte a su Rey se detuvieron.
Sola, entre sus cabezas desleales,
Audaz domina su elevada frente.
Despótico, no tiene otros rivales
Que al ser omnipotente,
Al cual él solo espera hacer más guerra
Que cuantas tropas el Infierno encierra.
Su corte alrededor, con reverencia
Despliega de un real lujo la opulencia.
Un armado escuadrón de Serafines,
Cubierto de blasones inmortales,

Fiero lo guarda, y cuatro Querubines,
Desde los cuatro puntos cardinales
De la luz, de orden suya, con sonora
Trompa, publican a una misma hora
El decreto infernal. Los tenebrosos
Antros repiten el fatal sonido:
Lo oye el Cielo, y con gritos espantosos,
Por la precita turba es aplaudido.
La esperanza suspende la tristeza
De ésta, y crece su orgullo por momentos,
En valor convirtiendo su flaqueza.
Cada Angel por su parte, distraído
Con alegres o tristes pensamientos,
Va a buscar el paraje más del caso,
Según su idea o su secreto instinto,
Para que no lo canso el tardo paso
De horas tan dolorosas, y anda errante
Por la extensión del lóbrego recinto,
Esperando con ansia que, triunfante
Y feliz su Rey vuelva a consolarle,
Y de todas sus penas a librarle.
Algunos hacen justas y torneos,
Para pasar el tiempo entretenidos.
Varios de entre ellos, a la semejanza
De los Pythicos juegos, y Nemeos.
En atléticas luchas su pujanza
Despliegan; éstos por los extendidos
Campos la muestra dan de su presteza,
El espacio volando señalado.
Muchos en el vigor y la destreza
Disputan, disparando al apartado
Blanco dardos y flechas, o siguiendo
Las leyes de la Olímpica carrera,
Envueltos en nublado polvoroso,
En rápidos caballos se apresuran
A la meta, o los carros dirigiendo
A ella, raudos volando, con ligera
Vuelta evitan su encuentro peligroso.
Con más utilidad, otros apuran
Las reglas de la táctica, reuniendo
Las tropas de su mando a sus pendones
Y haciéndolas hacer evoluciones;
Como cuando en la atmósfera encendida,
Nos figuramos ver una reñida
Batalla entro diversos escuadrones
De aparentes guerreros celestiales,
Anuncio, triste de espantosos males:
Los caudillos aéreos, vestidos
De resplandor, con furia se abalanzan,
Con las picas se embisten, o se lanzan
Dardos; al fin combaten confundidos;
La tormenta prosigue, amontonando
Inmensas nubes, que entre si chocando,
El orbe atruenan, de donde la aurora
Nace, hasta el antro en que la noche mora.
Otros Demonios, aun más esforzados,
En negros torbellinos remontados,
Alborotan con juegos espantosos
De la noche los reinos silenciosos;
Con fuerza sin igual, de las entrañas
De aquel suelo, peñascos y montañas
Arrancan, y se arrojan mutuamente.
Lo mismo los Gigantes en Thesalia
Se nos cuenta que hicieron, e igualmente
Del vencedor se dice de la Oechalia,
De Hércules el membrudo,

Que delirante con la envenenada
Túnica, con su piel incorporada,
De una alta roca, de piedad desnudo,
Al triste Lycas con el brazo fiero
Lanzó en el mar, con vuelo más ligero
Que la piedra de la honda disparada,
Y que desarraigando el roble, el alto
Pino, les hizo dar el propio salto.
Otros, que eran de un genio más tranquilo,
En valles silenciosos, separados
Del ruido, buscan agradable asilo:
Allí alivian sus penas, con los suaves
Acentos del laúd, acompañados
De los tonos, ya agudos y ya graves,
De un patético canto, en que, gimiendo,
Se quejan del destino, que a la odiosa
Fuerza de un yugo bárbaro ha rendido
Como esclava su gente valerosa
Todas sus esperanzas destruyendo:
Sus gloriosas hazañas luego cantan,
Y hasta el Cielo, aun el choque que han perdido,
Cual si vencieran, con ardor levantan.
La soberbia dictaba sus canciones,
Mas con todo, tal es de la armonía
Celestial el hechizo, adormecía
Esta en aquellos tristes corazones
Las penas crueles; y su influjo tierno
Calmaba aun los tormentos del Infierno.
Fuera de sí, la turba presurosa
Se aprieta en torno, y la maravillosa
Dulzura goza con atento oído,
Echando sus desgracias en olvido.
Otros de aquellos infelices seres,
Igualmente remotos del ruido,
El tiempo en doctos raciocinios gastan.
Más noble ocupación, cuyos placeres
Sus almas grandes, a las que no bastan
A aliviar los deleites del sentido,
Encantan de manera, que suavizan
De su funesto estado la amargura,
Y calman de las llamas los ardores
Que allí hasta los instantes eternizan.
De la sublime altura,
A que su vivo ingenio los eleva
Con vuelo audaz dominan los horrores
De aquella inapeable sima oscura:
De grado en grado su razón los lleva
A discurrir sobre la eterna esencia
De Dios, sobre sus leyes inmortales,
Sus nobles atributos, y decretos.
Y sobre conciliar de su presciencia
La infalibilidad, con la absoluta
Libertad de los entes racionales.
Pasan de allí a tratar de los secretos
Caminos de su augusta providencia;
Del orden inmutable se disputa,
Y del término cierto a que el destino,
Que es de su voluntad sólo un divino
Acto, conduce todos los eventos:
De unos en otros puntos, engolfados
Se pierden en un vasto, insuperable
Laberinto de vagos pensamientos.
Por mil varios objetos extraviados
Cada instante, en su larga conferencia
Ocurren el enigma inexplicable
Del bien y el mal, los ímpetus violentos

De las pasiones, y la resistencia
Para vencer su impulso necesaria;
La libertad, la dicha, los perjuicios
Del error, las virtudes y los vicios,
La eternidad, sus penas y placeres,
Con otra multitud extraordinaria
De cuestiones abstractas que, tocando
Al infinito, son incomprensibles,
Fuera de Dios, a los restantes seres.
Entre un millón de dudas delirando
Su loca ciencia, en cosas imposibles
E inútiles esfuerzos se perdía;
Mas con todo sus penas consolaba,
Su valor y esperanzas alentaba,
Y como un triple bronce endurecía
Sus voluntades de soberbia llenas,
Por que en secreto en ellas fomentaba
El desprecio del mal y de las penas.
Muchos en escuadrones numerosos,
De viajar adoptaron el partido,
Y buscar por aquellos tenebrosos
Vastos Reinos algún desconocido
Clima más tolerable, algún paraje
Donde poder vivir con más sosiego.
Cuatro puntos distintos desde luego,
En otras tantas tropas separados,
Registrar se proponen en su viaje.
Costean cuatro ríos señalados,
Que en aquel infernal lago de fuego
Desaguan sus corrientes encendidas.
El negro Estix, cuyas aborrecidas
Ondas el odio exhalan; el horrible
Cocito, en todos tiempos insensible
A los perpetuos míseros gemidos,
A los gritos que afligen los oídos
En toda su ribera; el Aqueronte
Profundo, manantial de la amargura,
Y el rápido abrasado Flegetonte,
Cuya corriente de rabiosa y pura
Activa llama, todo lo destruye.
Muy lejos de ellos, silencioso fluye,
Con lento curso, el río del olvido,
El plácido Letheo, y al reposo
Convida a los que huellan su ribera
Tranquila. En el instante que cualquiera
Sus cristalinas aguas ha bebido,
Queda en perpetuo olvido delicioso,
De todas cuantas penas ha pasado,
Como de los placeres que ha gozado:
Del licor el efecto prodigioso
Es tal, en aquel dulce parasismo,
Que llega aun a olvidarse de sí mismo.
Más allá de este río penetrando,
Se ve un mundo glacial, por todas partes
De témpanos cubierto endurecidos
De nieves, y de hielos esparcidos
Sin orden por el suelo, figurando
Viejas ruinas de antiguos baluartes,
De torres y edificios, por el blando
Favonio soplo nunca derretidos,
Teatro de huracanes agitado
De nubes y tormentas abrumado:
Un abismo sin fondo
De eterna, y densa nieve lo termina,
Harto más espantoso que aquel hondo
Golfo arenoso, entre la celebrada

Damieta y la pendiente prolongada
Que desde el alto Casio a ella declina,
Cuyas olas tragaron en sus fieros
Remolinos, ejércitos enteros.
Abrasa todo aquel funesto suelo,
Cual lo pudiera el fuego, el frío hielo.
Por turno en ciertos tiempos, trasladadas
Se ven a aquel desierto las impías
Víctimas al Infierno condenadas.
Allí, recién salidas del ardiente
Fuego, mil crueles Furias, mil Arpías,
A su encuentro acudiendo de repente,
Las zambullen a fuerza en las heladas
Nieves, que sus tormentos acrecientan
Hasta un grado de pena inconcebible,
Con el contraste horrible
Que del calor al frío experimentan.
Así, en lugar de hacerles beneficio
Mudar de clima, aumenta su suplicio,
De extremo a extremo pasan, ahora hirviendo
En vivas llamas, ahora entorpecidos,
En inmóviles masas convertidos
De duro hielo, sin morir, muriendo:
En vano imploran, con crujir de dientes
Del éter puro el tibio y dulce aliento.
Luego que en lo posible aquel tormento,
Su fuerza con el hábito ha perdido,
Los transfieren de nuevo a las ardientes
Llamas, y de éstas al empedernido
Hielo otra vez. La variación imploran,
Mas en la variación siempre empeoran.
Para añadirles nuevas aflicciones
En estas continuadas traslaciones,
Las benéficas ondas de Letheo
Vadear les hacen, sin que les permitan
Beber de ellas. En vano su deseo
Con una sola gota se contenta,
Para echar sus angustias en olvido.
¡Sin fruto aun esta gracia solicitan!
Si al fin desesperados la sedienta
Boca bajan hacia ellas, al instante
En que las va a tocar el encendido
Labio, un destino bárbaro lo impide;
Una Furia espantosa, que despide
Centellas de la vista fulminante,
Una Gorgona horrible se adelanta,
Sus serpientes eriza, y los espanta;
Al paso que las aguas engañosas,
Al trueno de su voz obedeciendo,
De su boca se apartan presurosas,
De Tántalo el suplicio repitiendo.
Todo esto los precitos caminantes,
De una a otra playa transitando errantes,
En aquellas regiones tenebrosas,
Unica herencia suya, repararon.
Aterrados de aquellas temerosas
Perspectivas, perdidos los colores
De sus semblantes, por la vez primera
A conocer con claridad llegaron
De su infeliz morada los horrores.
No han hallado el descanso en su carrera
Pero sí en todas partes los dolores
En vano aquel desierto interminable
Penetrando, mil climas espantosos
Han registrado, con imponderable
Pena, trepando a veces encumbrados

Alpes de hielo, a veces prodigiosos
Alpes de fuego: nada han advertido
Sino antros, rocas, lagos congelados,
Breñas y precipicios escarpados,
Simas de fuego, sombras, y visiones
Horribles, precursoras de la muerte,
Por las que, prevenida de su suerte,
La desesperación la vista gira
Y no ve mas que un mundo de aflicciones,
Y de dolor, en que la vida espira,
En que la muerte vive, y su crudeza
Ejerce libremente;
Y sus mismas informes producciones
Ve con espanto la naturaleza
Seres desfigurados, embriones,
Monstruosas criaturas que la mente
No puede concebir horrorizada,
Fantasmas más terribles que lo han sido
Todas las que la fábula ha creído
O la imaginación más exaltada
Ha podido inventar: Gorgonas fieras,
Furias, Larvas, Dragones y Quimeras.
Tales son, pues, aquellas afligidas
Y malditas regiones,
Al gozo y a la paz desconocidas,
Del eterno dolor vastas prisiones,
En que ya justamente padeciendo,
Ya su rigor los cielos ejerciendo,
Todo es delitos, penas y furores,
Lamentables gemidos y terrores.
Allí el déspota mismo del Infierno,
El mal, ejecutando del eterno
Las leyes, es el que obra únicamente
Bien, castigando al mal severamente.
Mas ya de sus rebeldes planes lleno,
Satanás, en sus alas sostenido,
Rápido parte, de temor ajeno,
Cortando el aire denso y tenebroso,
A dos distintos puntos dirigido,
Por solitarias sendas silencioso,
Las puertas del Infierno va buscando,
Tan pronto al negro lago paralelo,
Bajo, hacia el horizonte lleva el vuelo,
La dirección variando,
Ya adonde mora el apartado Oriente.
Ya adonde acaba el lóbrego Poniente;
Tan pronto el fiero vuelo remontando,
A la elevada bóveda camina,
Y el vasto abismo intrépido domina.
Así cuando ha tomado el peligroso
Rumbo una nave, desde la apartada
Ribera de Bengala, o de los mares
De Tidor, conduciendo su oloroso
Y rico fruto hacia sus patrios lares,
Sigue errante su, marcha aventurada;
Al cabo que termina el africano
Suelo, en la inmensidad del Océano,
Sus espumosos surcos endereza,
Unas veces con rápida presteza
Volando por la líquida llanura,
Otras en los abismos sumergida
Que forma de sus olas la pendiente,
O en la mayor altura
De sus rizadas cumbres eminente,
Con las oscuras nubes confundida.
Día y noche su viaje continuando,

De dirección al parecer variando,
Sus extravíos mismos, con acierto
Combinados, la surgen en el puerto.
Tal Satanás su viaje dirigía,
Así con vuelo rápido surcaba,
Recto, o si era a propósito, bordeaba
Por el vacío inmenso, o se cernía
Sobre sus vastas alas, extendiendo
Su vista a todas partes, hasta tanto
Que divisó, con indecible encanto,
La extremidad de aquel abismo horrendo
Y llegó a tropezar con las fatales
Puertas de las regiones infernales.
Nueve en número son, que la salida
Una tras de otra cierran. Tres de acero,
Tres de bronce brillante,
Y tres de dura roca de diamante.
Además otro estorbo hace la huida
Más difícil a todo prisionero:
De inextinguible fuego un muro ardiente,
Y elevado, las cerca enteramente.
Dios sólo, con sus manos inmortales,
Fabricó aquellas puertas eternas,
Y a esto añadió las incesantes velas
De las más horrosas centinelas,
Dos espantables monstruos, que sentados
De la primera puerta a entrambos lados,
El paso impiden siempre vigilantes.
De medio cuerpo arriba, la figura
De mujer tiene el uno, y los brillantes
Atractivos de gracia y de hermosura;
La otra mitad, a modo de Serpiente,
Masa informe, en mil vueltas prolongada,
Arrastra por el suelo torpemente:
De un látigo la mano tiene armada:
Saliendo de su vientre, y en cadena,
De perros infernales una muta,
En fiereza disputa
Al trifauce Cerbero, y con ladridos
Horribles, sin cesar el aire atruena;
O de un súbito espanto poseídos
Los crueles perros, su feroz nidada
Redoblando medrosa sus aullidos,
El seno maternal de nuevo llena,
Entrando dentro de él atropellada
A refugiarse, y con rabiosos dientes,
Ingrata despedaza las calientes
Entrañas que la dieron a la vida.
Aun menos espantosa era la corte
De perros de que Scila era seguida,
Y la que bajo del helado norte
Pueden los aires en la noche oscura,
Escuchando a la bárbara hechicera,
Que al Infierno con pacto fiel unida,
De una inocente víctima la pura
Sangre al oler, de lejos saboreando
El horrible festín, vuela ligera
Del Lapón a las hijas, que gozosas
Sus maldades ayudan, convidando
A celebrarlo con sus bulliciosas
Danzas, al mismo tiempo que parada
La luna, en fuerza del terrible encanto,
Entre nubes oculta con espanto
Su macilenta luz amortiguada.
Con aspecto más fiero y pavoroso,
El otro monstruo al que le mira aterra,

Si acaso en dar tal nombre no se yerra
A un espectro engañoso,
Semejante a las sombras fabulosas
De que en tiempos pobló la fantasía
Poética las simas tenebrosas
Que el duro cetro de Plutón regía,
O a los vanos vapores aparentes,
Sin forma, sin materia, y existentes
Tan sólo de algún sueño en el reposo;
Mas con todo su rostro es más horrendo
Que lo es el del demonio más odioso,
Más triste que la noche que cubriendo
Está el Infierno. Al ver al extranjero,
Con un gesto feroz se alza, esgrimiendo
Un largo dardo en la derecha mano,
De ensangrentado acero.
De una corona el simulacro vano
Ciñe su altiva frente.
Al Angel va a encontrar rápidamente,
O por mejor decir a él se abalanza,
Inmensos saltos dando. Al movimiento,
Tiembla del negro Infierno el hondo asiento.
Satanás a su vista sorprendido,
Mas no turbado, hacia él también se avanza.
El fiero Satanás, cuya osadía
Dios solamente intimidar podría,
Le observa de alto a bajo, y detenido
El paso, así le dice desdeñoso:
«¿Quién eres? ¿Qué me quieres, espantoso
»Monstruo? Responde presto. ¿Por ventura
»En cerrarme te empeñas esas puertas?
»Mi brazo hará que pronto estén abiertas
»A pesar tuyo, y rota la clausura.
»¡Desaparece, pues, sombra horrorosa!
»¡Huye! Lejos de mi lleva esa odiosa
»Figura, o te haré ver con esta lanza
»Lo que de una Deidad la fuerza alcanza,
»Y que una infernal sombra ceder debe
»Al que de hijo del Cielo el nombre lleve. »
«Y tú mismo ¿quién eres?» lo responde.
Con voz horrenda la fantasma airada,
Blandiendo el dardo con la diestra armada.
«¿Acaso a mi sufrir me corresponde
»La audacia de aquel Angel temerario
»Que tuvo la ridícula osadía
»De declararse público adversario
»Del mismo Dios a quien su ser debía,
»Ingrato a su bondad, desconociendo
»Su omnipotencia, astuto seduciendo
»A tantos celestiales moradores
»A quienes su señor tierno quería,
»Y que ahora tristes lloran, dividiendo
»Con él de ese hondo abismo los horrores?
»Desde que Dios, con justa providencia,
»Airado os arrojó de su presencia,
»¿Qué sois ellos y tú, seres malvados?
»¿Qué sois, sino unos viles desertores,
»Unos cobardes, míseros proscritos,
»Para siempre al Infierno condenados,
»En que debéis pagar vuestros delitos?,
»¿Cómo te atreves, pues, a intitularte
»Hijo del Cielo, en vez de avergonzarte
»De verte con justicia en tal afrenta?
»Y para hacer tu rabia más violenta
»Contra mí, que desprecio tu odio insano,
»¿Cómo has tenido, dime, atrevimiento

»Para insultarme a mí, tu soberano,
»Y en mi corte, debiendo humildemente
»Rendirme vasallaje? Huye al momento:
»Vuelve a pagar tus culpas: diligente
»Tira con esas alas a ausentarte,
»Que bien las necesitas, pues si un punto
»¡Bajo y vil desterrado! en escaparte
»Tardas, con vivo azote de escorpiones
»Haré que echés de menos tus prisiones,
»Y veas que el Infierno todo junto,
»Con sus tormentos, es menos temible
»Que un golpe sólo de este brazo horrible.»
Así con voz tonante,
De un volcán al estruendo semejante,
Le amenaza el espectro furibundo.
Feroz, a nadie en el valor segundo,
Satanás no se inmuta, mas rabioso.
Tales injurias no oye con reposo.
Se adelanta los dientes rechinando,
Vivos rayos los ojos arrojando.
Jamás se presentó tan ominoso
El astro errante que, con su abrasada
Cabellera, de Ophicuo la apartada
Constelación enciende, y coloreando,
Del Norte helado el cerco tenebroso,
De su noche los velos despedaza,
Y cuya luz funesta y macilenta
A los pueblos pasmados amenaza
Con la peste homicida, la sangrienta
Guerra, o con otras plagas lastimosas,
Que al sacudir su horrible cabellera
Deja caer en la terrestre esfera.
Así aquellas dos furias espantosas
A combatir se aprestan; frente a frente,
Uno al otro se observan cautamente;
Blandiendo el arma, cada cual la mira
Dirige del contrario a la cabeza,
Pues segundar no quieren. Con destreza
Espían la ocasión, y nadie aun tira.
Tales dos negras nubes, impelidas
De dos opuestos puntos, a embestirse
Furiosas vuelan, con los densos senos
Preñados de tormentas y de truenos;
Tal vez con todo, un rato suspendidas,
Próximas ya, pero sin combatirse,
Aguardan el instante en que los vientos,
Con su soplo invisible,
Den la señal de la descarga horrible
Con que han de estremecer los elementos
Así ambos monstruos, con ceñudas frentes,
Añadir al Infierno parecían
Tinieblas. Como en fuerzas competían,
Eran también iguales en alientos;
Pero por más que sean tan valientes
¿Llegará al fin un día en que la suerte
Les haga conocer otro más fuerte
Vencedor que aniquile su potencia?
Ahora todo el abismo a la violencia
De sus iras se hubiera confundido
Si al instante, con gritos espantables,
El otro monstruo, que las formidables
Puertas guardaba, no hubiera acudido.
Aquel vestigio, a cuya dura mano
Sus llaves fió el eterno soberano,
Llega, entre ellos se arroja, los separa,
Y hablando así con Satanás se encara:

«¿Por qué ese furor ciego, oh padre amado,
»Contra tu único hijo? ¿Y tú, hijo mío,
»Intentarás bañar tu acero impío
»De tu padre en la sangre? ¡Oh deslumbrado!
»Ese temido Dios, cuya justicia,
»Mejor diré, cuyo furor maquina
»De los tres que aquí estamos la ruina
»Desde el cielo se está de tu impericia
»Riendo, al ver que tú mismo fomentas
»Sus proyectos. ¿Ignoras que algún día
»Hemos de ser las víctimas sangrientas
»Que ha de sacrificar?» Este discurso
De Satanás la cólera resfría,
Que así respondo al ser desconocido:
«Tus clamores y súplicas el curso
»De mis justos furoros han parado
»Y mis mortales golpes suspendido;
»Pero quiero saber en el instante
»Quién eres, el origen de tu informe
»Cuerpo en tan rara forma duplicado,
»Cómo tu padre soy, y ese disforme
»Espectro cómo es mi hijo; él, que, delante
»De mis ojos jamás se ha presentado;
»Él, cuya fealdad, cuya fiereza
»Sonroja, espanta a la naturaleza»
-«¡Cómo! responde la infernal portera;
»¿Desconoces también al caro objeto
»De tu más fino amor, a tu querida
»Hija , que ha sido de tu ser perfecto
»La producción primera,
»Que en el Cielo nacida
»En tiempos más felices fue tu encanto?
»¿Tu infeliz suerte te ha mudado tanto
»Que la época dichosa se te olvida
»En que los Serafines conjurados,
»Contigo y otros seres inmortales
»Contra Dios en el cielo se reunieron?
»¿No te acuerdas que estando congregados,
»Mientras todos urdíais los fatales
»Planes de rebelión, te sorprendieron
»Los más crueles dolores, se turbaron
»Tus ojos, tu razón oscurecida
»Te abandonó, tus fuerzas desmayaron,
»Se abrió tu frente en llamas encendida,
»Y dio a luz de repente esta criatura
»Que a tu vista parece ahora espantosa,
»Y que llena de gracias y hermosura.
»Celeste, joven, refulgente, armada,
»Semejante a una Diosa,
»Fue como tal entonces admirada
»Por toda aquella augusta concurrencia?
»La Culpa el nombre fue que me dio el Cielo.
»Todo el mundo, a pesar del dulce encanto
»De mi hermosura y gracia, a mi presencia
»Retrocedió de espanto;
»Pero pronto olvidaron su recelo:
»Ganaron mis facciones hechiceras,
»Imágenes en todo verdaderas
»De las tuyas, los ojos seduciendo,
»Gran número de aquellos corazones.
»Los mismos que con odio me miraron.
»Al hábito de verme al fin cediendo,
»Fueron después, en todas ocasiones,
»Aquellos que con más ardor me amaron;
»Y sobre todo tú, a quien inflamaron
»Mis bellos ojos, tú, que en mi figura

»Retratada adoraste tu hermosura.
»Por el placer unidos prontamente,
»A sentir comencé que palpitaba
»En mi interior de nuestro amor ardiente
»La prenda que yo ansiosa deseaba.
»La guerra que ya entonces se encendía
»En el Cielo ocupó tu valentía;
»Venció Dios. ¿Mas acaso ser pudiera
»Que el Todopoderoso no venciera?
»Arrojados del Cielo los guerreros
»Tuyos, aquí bajá entre los primeros.
»Nuestro enemigo en el instante, ufano
»De la victoria, confió a mi mano
»Los llaves de esta puerta formidable,
»Que desde entonces pende solamente,
»De mi arbitrio y que nadie, por osado
»Que haya sido, jamás ha transitado.
»En este lugar, pues, desagradable,
» Por fuerza a sus, decretos obediente,
»Solitaria viví, siempre sufriendo,
»Hasta que al fin di a luz el fruto horrendo
»De nuestro torpe amor. Yo la primera
»Me atemoriqué al ver peste tan fiera,
» Y de ese hijo del Cielo la presencia
»Al mismo Infierno estremeció de espanto
»Los dolores que yo sentí entretanto
»Mis pasados deleites excedieron,
»Apurando del todo mi paciencia,
»Y esta triste mudanza
»En mi cuerpo ya débil produjeron.
»El fruto mismo de nuestros amores
»Sólo nació para tormento mío.
»Salió blandiendo la sangrienta lanza,
»Esa lanza que causa los terrores
»De todo el universo, Me desvió
»Del mortal golpe. Corro apresurada,
»Sin volver la cabeza, y con voz fuerte,
»Toda fuera de mí, grito: ¡la Muerte!
»Esas cavernas a este nombre horrible
»Temblaron. Retumbó esa dilatada
»Bóveda. Los abismos repitieron:
»¡La Muerte! y aquel nombre aborrecible
»A su más hondas simas extendieron.
»En vano quise huir; alegué en vano
»El título de madre; el monstruo horrendo,
»Aun más que de ira de lujuria ardiendo,
»Me alcanzó, me oprimió con su profano
»Abrazo a mí, su madre desdichada.
»Este exceso inaudito, abominable,
»Dio a luz esa mortífera manada
»De monstruos, que con ansia imponderable.
»Sin cesar concebidos
»Y sin pesar de nuevo producidos,
»En mí ejercen rabiosos su venganza.
»Mi seno apenas fuera de él los lanza
»Cuando en él nuevamente recogidos
»Aullando con furor roen, devoran
»A su madre. Este seno desgraciado
»Es su cuna, y a un tiempo acomodado
»Antro, en que todos moran;
»Son de su hambre insaciable el alimento,
»Perpetuo estas entrañas destrozadas
»Por sus feroces dientes. Renovadas
»Con prodigio cruel cada momento,
»Eternizan su pasto y mi tormento
»Esa fantasma misma que me tiene

»Por víctima y por madre, a darlas viene
»Nueva rabia, y a gritos las anima
»A comerme. Por más que ansiosa gima
» Y la implora, ella propia saciaría
»Su apetito voraz en esta triste
»Madre suya si pasto la faltara,
»A no ser porque sabe que consiste
»Su existencia en la mía,
»Y que, si yo mi vida terminara
»La suya al mismo instante acabarla;
»Que conmigo triunfante, juntamente
»Perecerá conmigo. Decretado
»Lo tiene así el Monarca omnipotente.
»Pero tú, ¡oh caro padre! ten cuidado;
»No provoques su enojo formidable.
»De nada servirá tu impenetrable
»Celestial armadura. Nada puede
»Al brazo resistir de ese inhumano.
»Verdugo: a sus furiosos todo cede,
»Fuera del Rey del Cielo soberano.»
Con más dulzura, Satanás prudente
Responde entonces: «Pues que tú, hija mía.
»Reclamas en mí un padre, y de mí fino
»Afecto me haces acordar confiada;
» Pues que esa prenda del amor ardiente
»Que allá en el Cielo nos unió algún día
»Vuelves a mi cariño, y que el destino
»De aquel amor tan dulce en que cifrada
» Tuve toda mi gloria
»Tan sola me ha dejado la memoria,
»Desde que, de los Cielos desterrados
»Fuimos en el Infierno sepultados.
»No temas que yo venga conducido,
»Por el odio. El amor sólo me guía;
»¿Y qué odio nuestro amor no apagarla?
»A tu hijo, a ti y a cuantos desgraciados
»En las mismas desdichas han caído
»Que nosotros, que un mismo golpe ha envuelto
»En nuestra ruina, porque generosos
»Nuestros justos derechos reclamaron,
»De este abismo fatal vengo resuelto
»A sacaros. En él con fausto agüero
»Nuestros nobles guerreros encargaron
»A mí solo este empeño peligroso;
»Víctima voluntaria, yo no quiero
»Que nadie me acompañe en ese inmenso
»Desierto en que concluye la existencia
»Y el vacío comienza silencioso;
»Sólo en sus sombras engolfarme pienso;
»Transitaré sus vastas soledades,
»En busca de ese mundo, por la ciencia
»Profética anunciado en las edades
»Futuras tantas veces como un hecho.
»No sólo por mil cálculos sospecho,
»Sino creo que ha sido ya criado;
»Mundo de nuevos seres habitado,
»Que en él disfrutaban una paz profunda,
»Hollando con placer una fecunda
»Y deliciosa tierra, en la frontera
»Del Cielo colocada,
»O bien un nuevo Cielo en que dichosos
»No envidiarán quizá nuestra primera
»Suerte feliz, ni aquellos venturosos
»Campos de nuestra patria suspirada.
»¿Y quién sabe también si la divina
»Providencia a esos seres les destina

»A ocupar con el tiempo los brillantes
»Tronos, ¡ay tristes! que llenamos antes?
»Si el dárselos por ahora ha suspendido,
»Procederá tal vez de algún recelo
»De que la redundancia de habitantes
»Mueva nuevos disturbios en el Cielo,
»Que precaver primero haya querido,
»Con algunas medidas. Mas cualquiera,
»Que sea su proyecto, yo esa esfera
»Voy a reconocer sin más tardanza:
»Adiós pues, mientras vuelvo allá a llevaros.
»En ella trocaréis libres, gozosos,
»En placeres, con súbita mudanza,
»Éstos vuestros afanes dolorosos;
»De delicias sin término saciaros
»Podréis completamente.
»Tú, hijo mío, también como tu amada
»Madre, a todos los ojos invisibles,
»De la atmósfera pura embalsamada
»Gozaréis, de las flores de un viviente
»Universo, de todos los sensibles
»Deleites, y de víctimas lucidas
»Vuestras aras veréis abastecidas;
»De aquel orbe despóticos señores,
»Y de una inmensa presa poseedores.»
A estas palabras saltan de alegría
Sus corazones. Con sonrisa fiera
La Muerte las celebra; aguarda el día
En que su hambre voraz saciar espera,
Y ya devora con el pensamiento
Sus Víctimas futuras; mientras tanto
Que su madre se ocupa con encanto,
En ver de los delitos el aumento,
Y a Satanás responde: «El poderoso
»Rey del Cielo, a mí sola ha confiado
»Las llaves del Infierno: a él sólo debo
»De ellas dar cuenta: este amo riguroso,
»De su venganza cruel me ha amenazado,
»Si tan sacro depósito me pruebo
»A otro a fiar: la puerta formidable
»Es para los demás inexpugnable:
»Si abrirla pretendiese otro cualquiera,
»Más que esa triple valla, poderoso,
»De la invencible Muerte, el espantoso
»Dardo a su loca empresa se opusiera.
»¿Y cuál es el viviente tan osado,
»Que pueda resistir su brazo airado?
»Mas ¿qué derecho tiene a mi obediencia
»Un Dios cuya inclemencia,
»Siendo yo hija del Cielo,
»Por morada me dio este horrendo suelo,
»Y me precisó a hacer esta penosa
»Faena, tan funesta y vergonzosa:
»Metida sin cesar en los horrores
»De largas agonías y dolores,
»No oigo continuamente mas que aullidos
»De esos monstruosos hijos, que metidos
»En mis entrañas, de ellas se alimentan,
»Y a esta su madre mísera atormentan;
»Pero por más que a mí, como a enemiga,
»De estos hijos ingratos me persiga
»La rabia, yo a mi padre debo amarle,
»Y cuanto esté en mi árbitro consagrarle.
»Tú en efecto serás el que a esta hollada
»Hija, de esta prisión abominable,
»Conduzcas pronto a la feliz morada

»En que una gloria, un gozo interminable
»La aguardan, donde en paz no interrumpida,
»La dicha de sus horas sea medida;
»Donde a tu diestra en dulce ocio, sentada,
»Vuelva a ver renacer los deleitosos
»Placeres de mis días venturosos,
»Próspera un vasto imperio dominando,
»Digno de tu hija amada,
»Digno del padre que me dio su mando.»
De la negra cintura, al decir estas
Palabras, arrancando las funestas
Llaves, los instrumentos de los males
Que nos afligen, ¡miseros mortales!
Se dirige a la puerta, y con ligera
Mano, cual si una débil paja fuera,
Del rastrillo de hierro el peso horrendo
Alza, y la enorme llave introduciendo
Por la vasta abertura,
La vuelve en la acerada cerradura:
Barras, cerrojos, bronces, hierros, ceden
Al fácil juego de su diestra mano;
Para ella sola todo estorbo, es vano:
A impulso de su fuerza temerosa,
Temblando ambos batientes retroceden;
Batientes que el Infierno todo, unido,
En vano abrir hubiera pretendido.
Con presteza espantosa,
Sobre los goznes rápidos tronando
A un lado y otro vuelan, y patente
Dejan la puerta al Ángel impaciente:
Responde con bramidos el profundo
Infierno, y la ancha boca dilatando,
Se prepara a tragar del nuevo mundo
Las ruinas, sin que ya una vez abiertas,
Aun la que las ha abierto, en adelante
Volver pueda a cerrar las duras puertas.
Por su vasta extensión, cuanto se encierra
En el Infierno, de él en un instante
Puede en orden de guerra
Junto salir ejércitos enteros,
Armas, caballos, carros, con los fieros
Estandartes al aire desplegados,
Y toda su tonante artillería
De rayos y centellas, anchamente
Pueden caber en formación de frente.
Por mucho que se extiendan sus costados.
A manera de un horno, despedía
Voraces llamas, con que se abrasara
Un mundo entero, la abertura
Revueltas de humo en una nube densa.
A su funesta luz, que se extendía
Entre las negras sombras, ya se aclara
El horizonte nuevo, y el camino
Que ha de seguir el pérfido viajero,
Para poder llegar a su destino.
A su vista aparece de repente
Del espacio el desierto interminable,
Océano infinito, en que es un cero
Cualquier grandeza: abismo inapeable,
En que desaparecen totalmente
La longitud, profundidad y anchura,
El número y el tiempo. Allí la oscura,
Antigua noche, como el caos profundo,
De la naturaleza antecesores,
Tienen, como antes que naciese el mundo,
Su tirana anarquía establecida.

De la discordia eterna en los horrores,
En el ruido, en la sombra, en la reñida
Confusión, su poder está fundado.
Sin orden, sin objeto y sin reposo,
Los embriones del aire y de la tierra.
Con los del agua, en incesante guerra,
Se agitan en su Imperio alborotado.
Con estruendo no menos espantoso,
Y aun con mayor desvío,
La sequedad con la humedad, el frío
Con el calor, rivales implacables,
Dirigen al combate innumerables
Átomos vagos, bajo sus banderas
En densos batallones reunidos,
Por diferentes jefes dirigidos,
Y todos ellos, de sus armas vanos
Están sean pesadas o ligeras,
Ásperas, lisas, finas o groseras:
Unos apresurados y otros lentos,
Pero de su poder todos ufanos,
Tan numerosos como las movibles
Arenas arrancadas por los vientos
De la árida Cirene en la llanura.
Cuyo lastre de arena, colocado
Encima de sus alas invisibles
Y demasiado leves, asegura
Su vuelo, sin tal peso aventurado.
Así, el que mayor número ha juntado
De aquellos polvorosos batallones.
Es de aquellas regiones,
Que a cada paso mudan inconstantes,
Rey algunos instantes.
El caos sólo, obtiene el duradero
Cetro de aquel Imperio pasajero:
Él, de aquellos inquietos torbellinos
Dispone a gusto, rige los destinos,
Aumenta su discordia y turbulencia;
Y sobre ella asegura su potencia,
Al paso que el azar ciego reputa
Justas sus leyes, y las ejecuta.
Tales la vasta sima, el tenebroso
Hueco, que fue de la naturaleza
Cuna, y tal vez allá en la edad futura.
Será su sepultura;
Lugar donde jamás reina el reposo,
Lóbrega habitación de la tristeza,
Sin luz, sin mar, sin aire, sin orillas,
Donde continuarán siempre en pandillas,
Los diversos principios batallando,
A no ser que el Eterno sacar quiera,
Sus estériles senos fecundando,
De ellos a luz alguna nueva esfera.
Satanás pensativo y solitario,
A sus riberas en silencio para.
A tal empresa peligrosa y rara
Ningún valor vulgar fuera bastante;
Es preciso un arrojo temerario.
Ya de los huracanes el tonante
Furor, y de elementos divididos,
Los duros choques hieren sus oídos.
Tal (si a las grandes las pequeñas cosas
Se cotejaren), tal cuando invencible
Marte, soltando el freno a sus furiosas
Iras, a los asaltos se prepara,
Es de sus truenos el fragor horrible
Y de la cruel refriega la algazara;

Retumban, por los ecos repetidos,
De las bombas los fuertes estampidos,
Los crujidos y estruendos prolongados
De edificios y muros que arruinados,
Después de horrendos estremecimientos,
Al suelo vienen. Pero ¿qué sería
Todo esto al lado de lo que tenía
Detenido a la orilla al Angel fiero?
El orbe todo de sus fundamentos
Arrancado; la bóveda elevada
Del Cielo que cayese destrozada;
De cuanto existe el hálito postrero,
No hubieran suspendido su osadía
Como la suspendió lo que vela;
Pero pronto en sí vuelve: cual la nave
Sus anchas velas desenvuelve al viento,
Satanás, que impaciente ya no cabe
En sí, despliega sus agigantadas
Alas al aire, y sobre el pie estribando,
Rápido como el rayo, en un momento
Parte y desaparece, señaladas
Con surcos de luz pálida dejando
Las sendas prolongadas
Por donde corta el éter tenebroso;
Sobre los torbellinos animoso
Se remonta, al través de las tormentas,
Y subiéndose a tientas
Sobre un oscuro grupo de nublados,
Como en carro triunfal rápidamente
A la mayor altura lleva el vuelo,
Hasta que, de las nubes disipados
Los débiles vapores, de repente
Falta debajo de sus pies el suelo.
Sobre el vacío solicita en vano
Apoyarse: de nuevo hacia el lejano
Abismo, por su peso descendiendo,
Cada momento más se precipita,
Por más que sus esfuerzos repitiendo
Sus vastas alas enojado agita
En el espacio, en que estribar no pueden.
Ya éstas cansadas ceden,
Y sin duda sin fin rodado hubiera,
Si de nuevo otra nube condensada,
Con ímpetu hacia lo alto arrebatada,
Sobre su negra cumbre no lo diera
Cómico asiento en que se colocase
Y aun más que anteriormente se elevase.
Un suelo encuentra al fin sin consistencia,
Que ni es tierra ni mar, de la influencia
De un clima sin calor producto informe,
Y cede bajo de sus pies conforme
Sobre él estriba. Para sostenerse,
De sus alas también ha de valerse,
Y cual se surca el mar a remo y vela,
Los pies rápido mueve, forcejeando
A proporción del riesgo; y aleteando,
Al mismo tiempo que anda, también vuela.
Como el Grifo que avaro guarda el oro,
Cuando el diestro Arimaspio su tesoro
Le ha robado, los montes y los llanos
Con las alas y pies rápido corre
Hasta arrancarlo a sus rapaces manos;
Así el infernal Príncipe recorre
Mil caminos, mil sendas diligente;
Adopta cuantos medios a su ardiente
Ansia ocurren; la fuerza y la destreza,

Los pies, las manos, cuantas facultades
Tiene, ocupa en romper las tempestades,
Las nieblas, las tormentas y huracanes
Que se amontonan sobre su cabeza.
Soberbia la alza al fin y los domina,
Nada le para ni le descamina;
Logra también vencer con sus afanes
Los hondos valles, los erguidos montes,
Los precipicios, los desfiladeros;
La espesura del aire, los ligeros
Vapores, los torrentes, las dormidas
Aguas; y cuanto aquellos horizontes
Horrorosos le oponen, lo supera
A nado, a vuelo, a rastras o a carrera.
Sin dar jamás sus fuerzas por rendidas.
Mas presto su atención llama el estruendo
De variedad de gritos espantosos,
De sordos ruidos y ayes lastimosos,
Confusos, de mil gritos diferentes,
Que aquel vacío enorme ensordeciendo
Temblar hicieran a los más valientes.
Hacia donde se escucha el turbulento
Sonido se encamina, con intento
De averiguar a quién el raro estado
Pertenece, qué espíritu dirige,
O qué ser, aquel reino alborotado;
Que se informe también su empeño exige
Del camino que al nuevo mundo gula
Desde aquella asombrada monarquía.
Llega cerca, y divisa de repente
Al viejo Caos, que sobre eminente
Trono domina la región extraña.
De prolongados lutos revestida
Y en sí misma sumida,
La antigua y triste Noche le acompaña.
El Caos con ella su poder divide,
Y ella también, cuando éste se las pide,
Sus tinieblas lo presta. El horroroso
Orco está cerca de ellos, y el odioso
Demogorgón, cuyo temido nombre
Es suficiente para que se asombre
Aun el Infierno mismo. Están al lado
La Casualidad ciega, los errantes
Rumores y las Voces disonantes,
Por las cien fieras bocas exhaladas
De la Discordia. Tal del malhadado,
Insensato Monarca es la escogida
Corte, digna de su alma entorpecida.
«¡Príncipes, Potestades respetadas»
-Les dice Satanás con tono osado -
«De este vasto dominio; Caos oscuro;
»Y tú, Noche, que amáis con preferencia
»El desorden confuso y la anarquía,
»Ningún recelo os cause mi presencia!
»No vengo a investigar, os lo aseguro,
»Los secretos augustos que venero,
»De vuestra respetable Monarquía:
»No soy más que un viajero
»Que, perdido el camino y extraviado,
»Por casualidad pura aquí he llegado;
»Camino solo y a pedirlos vengo,
»El favor de indicarme la más corta
»Dirección que conduce a aquel dudoso
»Punto de vuestro Imperio tenebroso
»Más cercano a los Cielos, y os prevengo
»Que aun más que a mí el hacermele os importa;

»Y no es de desdeñar la recompensa
»Que os prometo por él, pues el glorioso,
»Único objeto de este osado viaje,
»Es el de ver llegando a aquel paraje,
»Lo que ese Rey del Cielo a vuestra extensa
»Antigua Monarquía inicuaente
»Ha usurpado. Yo haré que prontamente
»Todo os devuelva ese vecino injusto,
»Y otra vez quede vuestro Imperio Augusto
»Integro, que el sol pierda su luciente
»Resplandor cuando llegue a su frontera,
» Y que todo recobre la severa
»Antigua majestad que oscurecía
»Sus confines y tanto os complacía.
»Poned, pues, nuestros premios en balanza;
»Veréis que es el Imperio el que os espera
»Sin riesgo alguno, y yo, en mi empresa fuera,
»Otro no aguardo más que la venganza.»
Satanás acabó, y tartamudeando,
El anárquico anciano de este modo
Le contestó: «Extranjero, sé ya todo
»Cuanto puedes decirme; se tu historia
»Tu nombre, y que al Eterno disputando
»En abierta batalla la victoria,
»Os cubristeis de gloria tú y tu bando.
»Dios triunfó a la verdad, y tú perdiste
»Tu resplandor, pero en tu misma ruina
»Tu celestial grandeza descubriste
»Oí, vi la derrota temerosa
»En que os puso la cólera divina.
»¿Y cómo tal ejército pudiera
»Rodar desde la altura prodigiosa,
»Sin ser sentido, hasta esta negra esfera
»Vi con efecto, sí, y desde aquel día
»Mi temblor no ha cesado todavía,
»Vi caer unas sobre otras de la cumbre
»De los Cielos tus huestes apiñadas,
»Las ruinas de su horrible muchedumbre
»Confusas hasta aquí precipitadas:
»Desorden espantoso aun a mis ojos
»Encarnizadas con vuestros despojos
»En mucho mayor número os seguían
»Las huestes del Eterno vencedoras;
»Rápidas por los aires descendían
»Con furor, dando alcance a los vencidos
»Hasta las mismas puertas del Infierno.
»Yo desde entonces, viendo que por horas
»Mis antiguos dominios disminuían,
»Me ocupé en conservar estos ceñidos
»Estados. Lo que siento es que un interno,
»Principio de discordia contribuye
»Más que todo a su ruina y nos destruye.
»Aun ese abismo a donde el Cielo airado
»Vuestros guerreros ha precipitado,
»La más bella mitad formó algún día
»De mi vasta y antigua Monarquía,
»Hasta que de mi mano fue arrancado
»Para formar en él vuestras prisiones.
»El cetro de la Noche, enflaquecida
»Por la vejez, igualmente que el mío,
»Han perdido otras grandes posesiones.
»De una cadena de oro suspendida
»A nuestro trono estaba aun una esfera
»Brillante, que algún tanto este sombrío
»Espacio desde lejos aclaraba,
»Cuando ese Dios, que despojar quisiera

»A todos y que al hombre deseaba
»En ella colocar, la ha conquistado;
»Y así, en caso que el término deseado
»De tu camino sea ese orbe hermoso
»De la tierra, bien puedes animoso
»Esperar encontrarlo, pues confina
»Con ese mismo punto de los Cielos
»Por donde aquí os echó la ira divina.
»Ve así si son fundados mis recelos
»Con ese peligroso vecindario:
»Sigue, pues, ese empeño, necesario
»A todos: parte, siembra con destreza
»Por todas partes la discordia, el llanto,
»El confuso desorden, el espanto;
»Confunde Cielos, tierra, vencedores,
»Vencidos, toda la naturaleza,
»De una misma ruina en los horrores
»Que en la turbación fundo mi grandeza,
»Y en los males mi triunfo y mis honores.»
Sin contestarle, Satanás extiende
Las raudas alas, y el camino emprende:
Con la nueva esperanza,
Alegre al alto Cielo se abalanza
Cual columna de fuego luminosa,
La atmósfera cortando tenebrosa:
Del caos pasa el turbulento imperio:
Al paso mismo que el peligro aumenta,
Su intrépido valor más se acrecienta.
Con hartazgo más terror otro hemisferio,
Si hemos de creer historias fabulosas,
Y con menos esfuerzo vio arrojarse
La nave de Argos, entre las furiosas
Ondas del mar de Tracia, y asustarse
Al oír bramar las amenazadoras
Rocas de Scyla, y a sus ladradoras
Mutas, o ver venir el flujo horrendo
De tumultuosas olas, que rugiendo,
Caribdis por la boca recogía,
O con vómito fiero despedía
De Ithaca el celebrado peregrino,
Cuando le embarazaron el camino.
De todo triunfa a fuerza de trabajo,
Pues aun no existe aquel funesto atajo
Que la culpa y la muerte coligadas
Con audacia infernal después abrieron:
Un ancho inmenso puente construyeron,
Que sobre el vasto abismo suspendido
De sus negras moradas,
Firme hasta el nuevo mundo conducía
Así el Señor en su sabiduría
Justamente lo había permitido.
La tierra y el Infierno comunican
Por aquel puente mismo hasta el presente.
Por él, de los demonios que se aplican
A seducir los hombres, el perverso
Trato prosigue con nuestro universo,
Y el precito dragón, con rabia ardiente,
Seguido de ministros infernales,
Va, vuelve, engaña, y pierde a los mortales.
Ninguno de su furia se librara
Si la gracia de Dios no le esforzara,
O los Angeles buenos no velasen
Y aquellos enemigos ahuyentasen.
Mas el viajero intrépido, siguiendo
Su vuelo, al fin divisa algún dudoso
Crepúsculo, que se iba introduciendo

Por medio de las sombras dilatadas.
Así como asomando un numeroso
Ejército, se ahuyentan consternadas
Las guardias de otro menos poderoso,
Así, con las banderas ya plegadas,
Retrocede temblando silencioso
El caos, y con él huyen ligeras
De la naturaleza en las fronteras
Las tinieblas, que a toda prisa lanza
A sus cuevas oscuras
El resplandor del mundo, que se avanza.
A sus luces, aún poco seguras
Satanás, más tranquilo, va surcando
Un mar Plácido ya, que dulcemente
Le sostiene por él rápidamente,
Sus esfuerzos, más fáciles, doblando,
Como nave que llega destrozada
De las tormentas de una prolongada
Navegación, a vista ya del puerto,
Se anima, y dirigida con acierto,
Al fin consigue verse en él anclada,
Satanás, alentándose a sí mismo
Vencedor del Oscuro inmenso abismo
Llega al cabo gozoso a la ribera,
Al término deseado
De su arriesgada y rápida carrera
De allí, un rato parado,
La atmósfera cargada de vapores,
Parecidos al aire en sutileza,
Sobre sus vastas alas balanceado,
Registra; admira sobre su cabeza
Los vivos y agradables resplandores
De la alta inmensa bóveda del Cielo;
A sus ojos la forma, en su grandeza
Se pierde; sus murallas, de preciosos
Zafiros y topacios fabricadas,
Contempla ansioso, y de su desconsuelo
Renueva los recuerdos lastimosos,
Los brillantes palacios, las moradas
Felices de su patria divisando,
Por los Angeles fieles habitadas,
Se abandona al despecho sollozando.
Al fin distingue, junto a la lumbrera
Plateada que reemplaza el sol ardiente,
De una cadena de oro sostenida,
Colgada al Cielo la terrestre esfera,
Igual en el tamaño a una luciente
Estrella, de las que hay en la extendida
Región del firmamento colocadas,
Y entre las más pequeñas numeradas;
El fiero Arcángel, ya su ardid profundo
Prepara, parte. ¡Ay de él! ¡Ay de este mundo!

LIBRO TERCERO

SUMARIO.

Desde lo alto de su trono ve el Eterno a Satanás, volando hacia el mundo nuevamente criado: se lo enseña a su hijo sentado a su diestra: le anuncia que el hombre caerá en la culpa; y hace ver que no puede acusar de ella a su justicia ni a su sabiduría, pues que le ha criado libre y capaz de resistir a la tentación: sigue declarando a su hijo que la justicia divina exige una satisfacción, y que debe morir el hombre con toda su posteridad, a no ser que algún ser capaz de expiar su ofensa sufra por él el castigo. El hijo de Dios se ofrece voluntariamente a ello: el padre lo admite: consiente en su encarnación, y pronuncia que será exaltado sobre todo cuanto existe en el Cielo y en la Tierra. Manda después a los Angeles santos que le adoren: le obedecen y todos sus coros, uniendo sus voces a los ecos de sus aras, celebran la gloria del padre y del hijo. Satanás llega la superficie exterior de este universo, pasando por un paraje llamado el Limbo de la vanidad, cuyo destino se describe: desde allí se traslada a la órbita del Sol, con ánimo de hablar con Uriel, conductor de aquella esfera luminosa; pero antes de acercarse a él, se transforma en Angel de luz y pretextando que el celo le ha hecho emprender aquel viaje, para contemplar el nuevo mundo y el hombre colocado por Dios en él, se informa por este medio del paraje en que está situado. Después de haberlo sabido, parte y para su vuelo sobre la cumbre del Niphates.

¡Salve, oh tu, hija del Cielo, luz del día,
Fuente de la belleza y la alegría,
Del resplandor eterno procedente,
Emanación del mismo Omnipotente,
Fulgor inseparable de su esencia,
Que en torno de su solio derramada,
Cual pabellón augusto, su presencia
Ocultas! ¡Esplendor de su sagrada
Inteligencia! ¡De su excelsa gloria
Fecunda producción! ¡Inagotable
Manantial, fuente pura, inalterable
De la felicidad, que a la memoria
De la eternidad misma precediste.
Y escondiendo tu origen, esparciste,
Como esparces en todas las edades.
Tus benéficas dulces claridades;
Salve! Antes que una voz tan sola diera
El nacimiento al mundo,
Y la tierra arrancara del profundo
Abismo de los mares; que el luciente
Sol su trono en los aires erigiera,
Y la naturaleza diligente,
El vacío a sus leyes redujera;
Antes que el Cielo mismo recibiese
Por ella el ser, y de astros guarneciese
Brillantes, su soberbia vestidura,
Existías tú, ¡oh luz divina y pura!
Y a la voz del Eterno, en el instante
En que el orbe nació de los horrores
Del negro abismo, con tus resplandores
Formaste su envoltura rutilante.
Del tenebroso Infierno al fin salido,
En que he estado harto tiempo detenido,
Después de haber despacio registrado
Sus cavernas oscuras y profundas, sus
Volcanes, sus ríos espantables,
Sus sombrías llanuras infecundas,
Su turbulento océano abrasado,
Centro de aquellas simas inapeables,
La eterna Noche, el caos he cantado
Por otros tonos que los de la lira
De Orfeo, que no pueden en grandeza
Igualar los acentos con que inspira
La musa que me asiste, mi flaqueza.

Esta celeste musa me dio aliento
Para bajar con tanto atrevimiento
Al abismo, y subir con tal presteza.
Ahora ya fuera de él, a visitarte
Vuelvo, ¡oh luz pura! desde su espantosa
Oscuridad, y alegre a saludarte.
El Cielo vuelvo a hallar, la deliciosa
Tierra, que de magníficos colores
Vistes, y que fomentan tus ardores.
Ya poderosa y agradable, inflama
Mi pecho helado tu divina llama.
Mal ¡ay triste! Que en vano nueva vida
Me das, pues para siempre estoy privado
De ver tus resplandores, y perdida
Mi vista, en noche eterna sepultado,
No puedo ya gozar de su hermosura.
Los orbes de mis ojos extinguidos,
En vano ruedan en la sombra oscura,
Y ansiosos en la bóveda del Cielo
Buscan tu claridad, o dirigidos
A la tierra, de pena consumidos,
Procuran distinguirla. Un negro velo,
Para siempre la esconde a su porfía.
Tu resplandor, que de mis ojos huye,
Una oscura tristeza sustituye
A mi antigua alegría:
Con todo, atenta a mi incesante ruego
Aun la celeste musa la voz mía
Inspira, alienta con su sacro fuego:
Aun, con dulce delirio, sus pisadas
Sigo, bajo las bóvedas alzadas
De los antiguos bosques, por los prados
De balsámicas flores matizados,
Por el torcido o rápido camino
Que se abre el arroyuelo cristalino,
Y por los frescos valles cultivados,
Que para otros los rayos luminosos
Doran del sol, ¡ay Dios! para mí ociosos.
Mas sobre todo tú, santa montaña
De Sión, y tú, Fuente sacra y pura,
Cuya corriente baña
Su verde falda, y a sus pies murmura,
El camino entre flores ocultando,
Y sus tiernas raíces refrescando:
Vosotras, cuándo acudo en el reposo
A visitaros de la noche oscura,
Me inspiráis vuestro acento melodioso.
También, pues somos en desgracia iguales
Invoco a aquellos célebres mortales
Que entre tinieblas, como yo, cantaron,
Y cantando su nombre eternizaron.
¡Ojalá que de penas compañero,
Logre serlo también de vuestra gloria!
¡Oh Tamiris! ¡Tiresias! ¡y tú, Homero!
¡Pueda yo dividir vuestra memoria!
Como ellos; en silencio fecundando.
Mil objetos diversos, la armonía
De mis fáciles versos, emulando
La suya, fluye, y mi corazón vierte
Sus amarguras de la misma suerte
Que el triste ruiñeñor, en la sombría
Copa de un árbol, su nocturno canto,
Mezclado entona con su tierno llanto.
El tiempo vuela, y en la sombra ciega
De la noche se apaga el claro día;
Pero vuelve, conforme lo ha dispuesto

Por ley la celestial sabiduría;
Mas nunca para mí su vuelta llega,
Aunque está a todo el orbe manifiesto;
Vanamente mis ojos los colores
Disfrutar quieren de las nuevas flores:
El plateado cristal del arroyuelo,
Los matutinos rayos del Oriente,
La púrpura soberbia del Poniente,
Del pajarillo el agradable vuelo,
Del ganado los juegos divertidos,
Y el hermoso semblante,
En que, al criar al hombre, su brillante
Imagen grabó Dios, ya son perdidos
Para mí. Las desgracias me han quedado
Del ser humano; pero estoy privado
De sus placeres. Ya de aquel fecundo
Teatro de deleites y belleza,
Que presentaba la naturaleza,
De aquellas deliciosas perspectivas,
Que en mis ojos cabiendo con un mundo,
Producían imágenes tan vivas,
Nada me resta. En vano se reviste
De su vario matiz la flor o el fruto;
Para mi vista fúnebre, no existe
Mas que un sólo color, y es el del luto.
Como mi vista oscurecida niega
Todo paso a la luz, nunca a ella llega
De los objetos la menor pintura;
Todo es vago, confuso, de una oscura
Niebla siempre cubierto,
Y para mí, de la naturaleza
Jamás está el hermoso libro abierto.
¡Adiós, pues, de las artes la belleza!
¡Adiós, oh producciones primorosas,
Tesoros de la ciencia y la riqueza!
Os tragan las sombras espantosas.
¡Ven, dulce hija del Cielo, luz divina!
A falta de mis ojos, ilumina
Mi razón: con tu fuego purifica
Mi alma, y su ardor ya muerto vivifica
¡Haz que el Cielo, que oculta celestiales
Objetos, que no han visto los mortales,
En mis versos heroicos levante.
Y dignamente su grandeza cante!
Desde el trono invisible y elevado
De donde en paz profunda la divina
Incomprensible majestad domina
Las alturas de todo lo criado,
Al través del cristal azul y puro
De los Cielos, el Ser eterno había
Dirigido la vista a lo profundo
Del ser. Nada a sus ojos se escondía:
Patente estaba, así el Infierno oscuro
Como la clara esfera de este mundo,
Cual lo que amaba lo que aborrecía,
Y en todo cuanto alrededor miraba
su propia gloria impresa contemplaba
En número mil veces más crecido
Que los astros sin cuento
Que alumbran por la noche el extendido
Campo del azulado firmamento,
Los celestiales coros le rodeaban
Con la divina luz resplandecientes
Que en ellos reflejaba el encendido
Fulgor de su semblante, y en torrentes
De inexplicable gozo se anegaban:

Su hijo, su viva imagen, su traslado
Único, a su derecha está sentado.
El Padre celestial da una mirada
Hacia la tierra, y ve en un delicioso
Recinto nuestros dos progenitores
Inocentes coger de su poblada
Arboleda los frutos y las flores
Con placer, y sin mezcla de penoso
Afán: por otra parte, en lo profundo
Ve el Infierno y el tránsito espantoso
Que lo separa del viviente inundo,
Y a Satanás divisa, que callando,
Sigue su vuelo, al orbe caminando
Por él, y que aunque ya sus fuerzas cedan
Al cansancio, y no puedan
Sostenerle, ya la árida ribera
Toca, de donde la terrestre esfera
Descubre toda con la vista ansiosa,
Mientras que en su carrera presurosa
Ignora si aquel líquido elemento
En que nada, es un mar o denso viento;
Y como está rodeado de la oscura
Noche, sólo un vislumbre le asegura
De que pronto ha de ver el firmamento.
Dios, con aquella ojeada penetrante
Que junta a lo presente y lo pasado
Lo futuro, por más que está distante,
Viendo su infausto viaje terminado,
Vuelto a su hijo divino, así se explica:
«Ve con qué nueva rabia se dedica.
»A hacernos guerra ese enemigo osado.
»Contra nosotros sin cesar conjura.
»Esos tormentos, esa sima oscura
»Del Infierno, sus barras y sus puertas,
»Sus cadenas pesadas y encendidas,
»Esas regiones vastas y desiertas
»Del caos, sus tormentas repetidas,
»No han bastado a impedir de su venganza
»El ímpetu. Furioso, allá se avanza,
»Desafiando al Cielo. Su demente
»Proyecto recaerá sobre su frente;
»Pero entre tanto, rotas mis cadenas,
»De ambos abismos vencedor, buscando
»Viene ese nuevo mundo, en que mis manos
»Esos seres humanos,
»Esas criaturas de inocencia aun llenas
»Han colocado, hacerlas proyectando
»Víctimas de sus iras, empleando
»Contra ellas, ya la fuerza,
»Ya la astucia, resuelto
»A no parar un punto hasta que tuerza
»Su recta voluntad de la acertada
»Senda que yo les tengo señalada.
»En sus pérfidos lazos caerá envuelto
»El hombre; yo lo sé; y en su extraviado
»Corazón, triunfará ese temerario
»Enemigo del Dios que lo ha criado.
»He impuesto al hombre un solo mandamiento
»Suave al mismo tiempo y necesario,
»Para que pueda su agradecimiento
»Hacerme ver y humilde tributarme
»Una leve señal de dependencia,
»No tardará, con su desobediencia,
»Quebrantado el precepto, en precisarme
»A que sobre él ejerza mi justicia,
»Castigando severo aquel ultraje.

»De tan enorme culpa la malicia,
»Cual contagiosa plaga, su linaje
»Corromperá, corriendo por las venas
»Aun de sus más remotos descendientes,
»Y les acarreará las mismas penas:
»A nadie culpen de su desgraciada
»Suerte, sino a ellos mismos. Inocentes
»De mi poder salieron, adornados
»De dones celestiales, destinados
»A darme culto. Así ha sido criada
»Toda esa muchedumbre de diversos
»Espíritus, ya buenos, ya perversos:
»Hijos de un mismo Dios, un mismo aliento.
»Los anima. Cada uno de absoluta.
»Libertad de obrar bien o mal, disfruta.
»Su suerte, de su propio movimiento,
»De su elección depende únicamente:
»Así entre ellos, aquellos que pecaron
»Lo hicieron libre y voluntariamente,
»Y los que en la virtud perseveraron
»Con libertad obraron igualmente:
»Y sin ella, ¿qué mérito tuvieran
»Ni su fidelidad, ni su obediencia
»A mis ojos? ¿Qué aprecio merecieran
»Los obsequios forzados
»Que el temor tributase a la potencia;
»Los servicios de seres gobernados
»Por la necesidad, que nada hiciesen
»Por mi, aun cuando servirme pareciesen?
»Si su razón y voluntad no eligen
»El bien, ni libremente me dirigen
»Sus cultos, yo de esclavos nada quiero;
»Ni a ellos placer alguno les resulta
»De su obsequio, ni a mi la menor gloria.
»¡Los ingratos!, dirán de mí severo
»Castigo, que es injusto; pues la oculta
»Fuerza de mi decreto insuperable,
»Con precisión los liga perentoria
»Al mal; que obrar no pueden de otro modo,
»Que lo que yo preví no es evitable.
»¡Vanas excusas! Libremente en todo
»Obran, y el bien y el mal únicamente
»De su arbitrio dependen, no de ajenas
»Influencias. Cuando yo los he criado,
»Atendiendo a su clase diferente,
»Leyes equitativas les he dado,
»No grillos y cadenas.
»Aunque lo porvenir yo no previera,
»¿Dejaría por esto su futuro
»Crimen de ser igualmente seguro
»Mientras su voluntad la misma fuera?
»¿Mi previsión acaso la ha forzado?
»No, no; mi previsión, ni mi infalible
»Conocimiento de lo venidero,
»Ni la fuerza inflexible
»De mis decretos, que al poder de un hado,
»Fingido achacan, ni del orbe entero
»El influjo reunido,
»Son de oprimir la libertad capaces
»Que yo a su voluntad he concedido.
»De esta los movimientos eficaces
»Son los que determinan sus acciones.
»Ella, aunque siempre consultar debía
»A la razón, en muchas ocasiones
»Espontáneamente se desvía
»De sus consejos, y lo malo elige.

»¿Y qué otra libertad mayor exige?
»La equidad, para darlos por culpados?
»¿Acaso, en sus caprichos obstinados,
»Pretenderán que yo a estos condescienda,
»Mude a su gusto mis irrevocables
»Leyes, los seres todos trastornando,
»Los hombres y los Angeles variando,
»Que de ser yo quien soy me desentienda,
»Cual los entes mudables,
»De mi querer perdiendo la firmeza
»Y turbe toda la naturaleza?
»Tal es de sus deseos la injusticia;
»De ellos que libremente, y por malicia
»Pura, se hicieron contra mi culpables.
»Los Angeles los menos excusables
»En su desorden fueron,
»Pues que solos por sí se pervirtieron,
»Y su crimen, del todo voluntario,
»Con razón debe ser irremisible,
»Cuando al hombre al contrario,
»Con perfidia increíble,
»Por las astucias de ellos seducido,
»Y en si menos perfecto, si en olvido
»Mi bondad echa, y me desobedece,
»Aunque castigo a proporción merece,
»Perdonar quiero. Así mi generosa
»Clemencia y mi justicia en la dichosa
»Tierra, como del Cielo en las moradas,
»Juntamente serán glorificadas:
»Con todo, la clemencia la primera
»Lo será, y la justicia la postrera.
»Tal es mi voluntad irrevocable.»
Así el Eterno habló, y llenó del Cielo
Los ciudadanos de un gozo inefable,
Y nuevo, al paso que por su azul velo,
Delicioso, a lo lejos se esparcía
Un perfume divino de ambrosía.
Sobra la multitud innumerable
De los más altos inmortales seres,
Sobre los tronos todos y poderes,
Domina a una distancia imponderable
Su hijo celeste, Dios de Dios, traslado
De su gloria perfecto, y engendrado
De su misma sustancia. En sus miradas
La dulce claridad brilla adorable,
La gracia, la piedad, las inflamadas
Llamas del puro amor, y la infinita
Bondad que únicamente en Dios habita,
Y así con voz divina se dirige
A su celestial padre: «La clemencia,
»¡Oh padre mío! Con que al delincuente
»Hombre infeliz ofreces tu indulgencia,
»La admiración del Universo exige.
»Por ella, todo ser inteligente
»Te deberá alabanzas inmortales;
»Por ella, los espíritus leales
»Que habitan en tu corte, al dulce acento
»De sus liras, Virtudes, Serafines,
»Redoblando sus himnos celestiales,
»Encantarán del Cielo los confines;
»Bendiciones sin cuento
»Ensalzarán tu nombre soberano,
»Por tal piedad con el linaje humano.
»¿Y tu bondad podría, por ventura,
»Abandonar al hombre, a esa criatura
»Predilecta, y destruir tu imagen bella,

»Que en todo lo visible que has formado
»Sola dotada de razón descuella,
»Aunque a tu sacra ley desobediente,
»El infeliz delinca alucinado
»Por la perfidia cruel de ese insolente
»Angel astuto, contra ti obstinado,
»Que se sepa valer de su flaqueza?
»¿Correspondiera acaso a tu grandeza
»Castigarle por ello eternamente?
»¡Lejos de ti justicia tan severa!
»¿Cómo es dable que tu ira destruyera
»A tus hijos, y diese a ese adversario
»Suyo y nuestro la bárbara alegría
»De haber de ti triunfado, cual quería?
»Para este triunfo, indispensable fuera
»Que el Dios del bien cediese al temerario
»Y vil Angel del mal, y éste, orgulloso,
»Escarneciendo al Todopoderoso,
»De sus manos al hombre arrebatara
»Vencedor, y al abismo lo arrastrara.
»El humano linaje,
»Como víctima así sacrificado,
»Sería entre sus llamas abrasado,
»Eterno pregonero del ultraje
»Hecho a tu omnipotencia,
»Y tendría la triste complacencia
»De vengarse, con verte desairado.
»Y tu mismo, olvidado de tu gloria,
»Tranquilo en abolir consentirías
»De tus dignos favores la memoria,
»Y el hombre objeto de ellos entregando
»A su perseguidor, permitirías,
»De su empeño el suceso tolerando,
»Ya que de tus derechos se dudase,
»Y no sólo quedara sin castigo
»El crimen de ese pérfido enemigo,
»Sino que impune su intención lograse,
»Ya que, con alta cara, de su impía
»Blasfemia se jactase, y su osadía? »
-«¡Hijo mío! El Eterno responde;
»Hijo querido, amor del Cielo y mío,
»Tu, en quien yo me complazco y me glorío,
»En quien me amo y me admiro; poderoso
»Verbo mío, a quien sólo corresponde
»Ser en persona mi sabiduría;
»Lo que tu quieres, hijo generoso,
»Desde la eternidad, ya yo lo había,
»Con voluntad suprema, detectado.
»No; no está sentenciado
»El hombre ni proscrito sin recurso:
»Mi gracia tiene pronta, y en su fuente
»Perenne la hallará perpetuamente,
»Si a ella quiere acudir; pero no obstante,
»Sin mi libre concurso,
»Su fuerza, por la culpa enflaquecida,
»Para sacarla no será bastante.
»No se la negaré. Cuando lo pida,
»Mi auxilio le daré. Su paso incierto
»Por las sendas guiaré de la justicia,
»Y si me sigue fiel, podrá estar cierto
»De vencer toda la infernal milicia
»Y reparar su suerte desdichada;
»De mi suma bondad en la grandeza,
»Olvidaré su débil y malvada
»Conducta, y haré que él, desencajado
»Por la experiencia, vea sin flaqueza

»Para el bien, mientras no sea animado
»Por mi auxilio, y que nadie por si mismo
»Puede sin él libarse del abismo.
»En todo su linaje numeroso
»Tendré mis escogidos, que celoso
»Conservaré. Mis gracias especiales
»Los librarán de todos los fatales
»Esfuerzos del Infierno, de manera
»Que antes el orbe todo pereciera
»Que ellos. Tal es mi voluntad augusta.
»A los que pequen, con remordimientos
»Moveré. Los preceptos de mi justa
»Ley darán luz a sus entendimientos.
»Si se van a arrojar al precipicio,
»Los detendré a la orilla. Con mi gracia
»Los llamaré, para salir del vicio.
»Cuando tengan, siguiendo sus pasiones
»De atollarse en su cieno la desgracia,
»Mi inspiración divina, a un dolor santo
»Los atraeré, y a humildes oraciones
»De los ojos más áridos el llanto
»Hará correr, y si se arrepintieren
»De sus pasadas culpas, y volvieren
»Sinceramente a mi, hallarán abiertas
»A su favor de mi piedad las puertas.
»Sus lágrimas, sus ruegos repetidos,
»Con ternura por mí serán oídos.
»Yo Mismo los guiaré por la segura
»Senda de mis preceptos, si con pura
»Conciencia velan siempre, hasta el tranquilo
»Puerto su eterno y venturoso asilo;
»Pero si a sus pasiones se abandonan,
»Si sordos a mis tiernos llamamientos,
»De la conciencia los remordimientos
»Desprecian, si frenéticos blasonan
»De su dureza y su desobediencia,
»Y obstinados apuran mi paciencia,
»Me vengaré de sus empedernidos
»Corazones, cerrando sus oídos
»A la Verdad, corriendo un denso velo
»Sobre sus ojos, que a la luz del Cielo
»Impida penetrar. Abandonados
»Por mi gracia, en la noche tenebrosa
»De sus vicios, errantes, extraviados
»De delito en delito, en su espantosa
»Ceguedad morirán impenitentes,
»Y del profundo Infierno en las ardientes
»Simas caerán al fin precipitados.
»De estos pérfidos solos la insolencia
»No podrá hallar abrigo en mi clemencia:
»Mas no es aún el castigo suficiente
»Para satisfacer a mi ofendida
»Majestad: ya que el hombre, osadamente
»Mis leyes quebrantando, ha provocado
»Mi justicia, ha de ser sacrificado,
»Ha de sufrir la pena merecida,
»O ha de quedar mi gloria oscurecida:
»Pues que orgulloso pretendió elevarse
»A la clase de un Dios, y eternizarse
»Como tal, este arrojado temerario
»Debo pagar. Que muera es necesario
»El, y que muera todo su linaje;
»Herederó por él de su delito,
»Para siempre, como él, queda proscrito,
»Si, para compensar tamaño ultraje,
»Una víctima tal, tan inocente

»Y Augusta cual requiere mi grandeza,
»A mi justo furor proporcionada,
»No se presenta voluntariamente
»A rescatar su muerte, prodigando
»Por él su vida. ¿Y quién de la nobleza
»De esta acción de piedad tan extremada.
»Sus propios intereses olvidando,
»Será capaz, aun entre las más puras,
»Más sublimes y dignas criaturas?
»¿Qué ser se atreverá con su inocente
»Sangre a salvar al hombre delincuente?
»¿Habrá quien quiera, entre los inmortales,
»Morir por redimir a los mortales?»
Esto dijo el Señor, y todo el mundo,
En el sonado Augusto y numeroso,
De aquel terrible empeño receloso,
Se mantuvo en silencio el más profundo.
Ninguno se atrevió a ser medianero
Del hombre, ni a mostrar el más ligero
Intento de excusar su rebeldía,
Y mucho menos aún a aventurarse
Por delitos ajenos, a entregarse
Al castigo. La Muerte ya tenía
Su presa asegurada, y así hubiera
El humano linaje perecido
Sin duda alguna, por su mano fiera,
En el infernal seno sumergido,
Si un Salvador magnánimo, el glorioso
Hijo único del Todopoderoso,
En cuyo pecho están depositadas
Todas las gracias, todas las sagradas
Y puras llamas del amor divino,
Al ver del hombre el mísero destino,
No hubiera, de su eterno padre airado,
La venganza justísima aplacado.
«¡Padre mío! le dijo, tu clemencia
»Ha dictado del hombre la sentencia,
»Ya perdonado está. ¿Acaso la santa
»Gracia, precioso y dulce don del Cielo,
»Que con alas de fuego se adelanta
»A prevenir el ruego, y el rendido
»Deseo mismo, apenas ha nacido,
»Que aun al que no lo pido, da consuelo,
»Podrá encontrar estorbo que la impida
»Darle con su asistencia nueva vida?
»¡Dichoso aquel que sin esfuerzo hallarla
»Puede! ¿Mas cómo el hombre miserable,
»Que tu ley conociendo, la culpable
»Locura cometió de abandonarla,
»Muerto a la gracia, volverá a buscarla?
»¿Cuál será el rico don, o cuál la pura
»Víctima que su crimen satisfaga
»Y compre su perdón? Una criatura
»Que no puede, por más esfuerzos que haga,
»Pagar por sí la deuda inconcebible
»Que tiene a su Hacedor, ¿cómo es posible
»Que las ajenas pague? ¿Y qué sería
»El precio que a este fin ofrecería,
»Aun cuando sin reserva presentara
»Cuanto tiene, y su ser sacrificara?
»El hombre, pues, jamás podrá pagarte;
»Pero veme aquí pronto; yo he de darte
»Satisfacción por él. Tomo con gusto
»Sobre mí su delito, y su sentencia
»Yo mismo sufriré. Daré mi vida
»Porque quede la suya redimida:

»Sus ofensas son mías, y así es justo
»Que yo padezca solo la violencia
»De su infeliz y merecida suerte.
»Me separaré, pues, de tu presencia,
»Dejaré el Cielo, y salvaré muriendo
»Esa obra de mi Padre. Que la muerte,
»Toda su rabia contra mí volviendo,
»En mí la sacie. Presto de ella dueño,
»Sus fúnebres sepulcros victorioso
»Hollaré, y libre de su torpe sueño,
»Sus helados despojos arrancando
»Y sus tristes cenizas avivando,
»Acabaré con su dominio odioso.
»De ti recibo siempre eterna vida;
»La humanidad a mi persona unida.
»Es lo único que en mí podrá encontrarse
»De que pueda la muerte apoderarse:
»Dispondrá de ella; pero satisfecha
»Esta deuda, hacia ti vuelvo glorioso:
»No dejarás penar mi carne pura
»Por largo tiempo en la prisión estrecha
»Y corrompida de la sepultura.
»Después que intacto esté en su tenebroso
»Seno un momento, cual si su cautivo
»Fuese, volaré de él, brillante y vivo,
»Arrebatando de aquel antro horrible
»De una deidad el cuerpo incorruptible.
»Tú misma ¡oh Muerte! al carro encadenada
»De mi triunfo mi marcha victoriosa
»Has de seguir, tu muerte lamentando,
»Hasta que te haga caer precipitada
»Otra vez en la noche tenebrosa,
»De que lograste un tiempo libertarte
»En el mundo habitando.
»Tus banderas caerán a la gloriosa
»Vista de mi benéfico estandarte,
»Y romperé tu dardo envenenado
»En tu corazón mismo atravesado.
»Dividirá tus merecidas penas,
»Cautivo, como tú, y entre cadenas
»Arrastrado en mi triunfo, el orgulloso
»Ángel rebelde, con el numeroso
»Séquito de los seres miserables
»Que con su seducción ha hecho culpables,
»Al paso que los Cielos elevado
»Penetrare, de gloria coronado,
»Tú mismo ¡oh padre mío! con amables
»Miradas de tu trono dirigidas
»Completarás mi gloria, acompañando
»Con ellas por los aires mi triunfante
»Marcha, mientras tu Imperio dilatando
»Con mi victoria, adorarán rendidas
»Tu poder y bondad las redimidas
»Almas, y ensalzarán con incesante
»Himno gozoso el mundo reparado;
»Cantarán el horrible luto eterno
»Sobre tus enemigos derramado;
»Cuál su presa infeliz soltó el Infierno,
»Y cómo, hasta la Muerte desarmada,
»Fue en su propio sepulcro sepultada.
»Los cautivos que de él habré sacado
»Mi triunfo seguirán, y con gozosos
»Ojos, en esos tuyos tan piadosos
»El benigno perdón de su delito
»Verán con letra celestial escrito.
»Huirá el terror de tu divina frente,

»Sólo de dulce amor resplandeciente,
»De clemencia inefable
»Y de una paz eterna, inalterable.»
Acabó; pero el celo que le inspira
En su silencio mismo es elocuente.
Su rostro un inmortal amor respira
Para el hombre que sólo al amor tierno
Puede igualarse de su Padre Eterno.
Que exprese, pues, su voluntad espera
Para la obra benéfica a que aspira;
Víctima voluntaria, considera
Su sacrificio, y apresura ansioso
La época, en tanto que pasmada admira
La circunstancia corte el misterioso
Empeño. Vuelve el Padre la amorosa
Vista al hijo, y anuncia en sus divinos
Ojos, en que la dulce paz reposa,
De su hijo eterno el triunfo venturoso
Y del mundo los prósperos destinos.
«¡Oh tú, le dice, mi única delicia,
»Sacrificio el más grande, el más augusto
»De todos cuantos puedan ofrecerme,
»Capaz él sólo de satisfacerme
»Aun más allá de lo que mi justicia
»Exige del exceso más injusto!
»Tú sabes que yo aprecio a los humanos,
»Como que son una obra de mis manos;
»Juzga cuánto los amo, pues consiento,
»No obstante que mi ley han quebrantado.
»En que descendas de tu eterno asiento
»Y que a padecer vayas, ¡oh hijo amado!
»La pena que sobre ellos ha caído.
»Parte, pues: da a tu voto cumplimiento,
»Y de la forma humana revestido,
»Vuelvo al inundo la paz que antes tenía.
»Ve a ser un hombre -Dios. Llegará el día,
»Para todo viviente el más plausible,
»En que por un misterio inconcebible,
»Propio de mi bondad, el venturoso
»Seno de una mujer, que juntamente
»Será virgen y madre, a mi glorioso
»Hijo ha de dar a luz. Ve del humano
»Linaje a ser a un tiempo el Soberano
»Y el nuevo Adán. Todo él seguramente,
»A no haber tú mediado, pereciera;
»En ti renacerá. Ya que el delito
»De los primeros padres ha proscrito
»Sus descendientes hasta la postrera
»Rama, quiero que su árbol corroído.
»Incertándose en ti, restablecido
»Se vea en su verdor y en su primera
»Robustez, con ventaja conocida:
»Que el río de la vida,
»Desde su origen mismo emponzoñado,
»En fuerza de tu mérito inefable
»Quede en lo porvenir purificado.
»El hombre, por ti vuelto a su nobleza,
»Vencedor da si mismo, la bajeza
»De todo amor mundano y despreciable
»Desterrará prudente. Tú adorado,
»En el Cielo serás; pero en la tierra
»Proscrito, haz al Infierno cruda guerra
»Con tu sangrienta muerte. Que interceda
»Por los reos mortales el más digno
»De su linaje, el redentor benigno
»De ellos todos, el único que pueda

»Mediar en su favor, víctima pura,
»Cuyos tormentos voluntarios sean
»Por el Cielo admirados. Asegura
»De tu piedad a todos los humanos:
»Hombre, rescata al hombre; que te vean
»Llenos de espanto todos los vivientes
»La muerte padecer por tus hermanos.
»Dios, perdona cual Dios los delincuentes;
»Será tu muerte causa de su vida,
»Tu sangre precio de su justa pena;
»Así reparador de la perdida
»Naturaleza humana, en justo duelo
»El infierno por ti vencerá el Cielo
»Y al odio el dulce amor que te enajena.
»El hombre, de la envidia triste objeto,
»Como de compasión, ¿habrá pensado
»Jamás a tan gran precio ser comprado? ;
»Él, a quien yo doté de un sano juicio,
»Que con todo dio oídos al proyecto
»De la infernal malicia, y antepuesta
»A mi ley sacra su ilusión funesta.
»Me obliga a ese tan grande sacrificio?
»Y tú, que por bajar al mortal suelo
»El trono celestial tan generoso
»Abandonas, jamás tengas recelo
»De envilecer con esto tu divino
»Origen: cuanto más esté eclipsado
»De tu naturaleza el majestuoso
»Resplandor, tanto más será adorado.
»Lejos de mí, en la tierra peregrino
»Vivirás algún tiempo desterrado;
»Como hombre sufrirás, serás sensible;
»Como Dios, vencerás siempre impasible.
»Tu humillación magnánima bendita
»Será por todo el mundo en adelante,
»Pues que de mi hijo sólo la infinita
»Inefable bondad fuera bastante
»Para olvidar, por una criatura
»Humilde y desgraciada, su eminente
»Majestad y mostrarla tal ternura:
»Sólo de mi hijo la alma compasiva
»Puede abrigar bondad tan excesiva:
»Será prueba evidente
»Tu misma oscuridad de tu nobleza.
»Cuanto sea mayor tu abatimiento,
»Añadirá más brillo a tu grandeza,
»Y presto vuelto a tu celeste asiento,
»Tu humanidad, a tu deidad unida,
»De tus humildes Angeles rodeada,
»Con himnos inmortales aplaudida
»Se verá y a mi diestra sublimada:
»Dios y hombre, hijo de Dios y juntamente
»Del hombre, reinarás eternamente.
»Quiero que todo, hincada la rodilla.
»Te adore humilde y tiemble en tu presencia;
»Que lo que más en el Empíreo brilla,
» Y en cuanto existe, Tronos, Serafines,
»Arcángeles, Virtudes, Querubines,
»Reyes y Potestades, obediencia
» Y homenaje te presten humillados.
»Todos los pueblos han de ser juzgados
»Por ti, su juez supremo establecido:
»Para esto, el universo estremeciendo,
»Bajarás a la tierra cuando el día
»Temido llegue, al espantoso estruendo
»De truenos incesantes, precedido

»De tus Ángeles todos, que la fría
»Ceniza de los hombres reuniendo
»Con sus almas, al fúnebre sonido
»De la trompeta, harán que al formidable
»Juicio acuda su turba innumerable.
»Tú, por tus Querubines conducido
»En triunfo sobre el trono majestuoso,
»Terrible, espantarás con tus miradas
»A las naciones a tus pies postradas.
»A tu señal, con vuelo presuroso,
»Los Angeles, la atmósfera cortando,
»Hacia los cuatro términos del mundo,
»Los buenos de los malos separando,
»Colocarán los buenos a tu diestra,
»Y los malos a un tiempo a tu siniestra
»Todos, en el silencio más profundo,
»Penderán de tu vista. Congregadas
»Ante tu tribunal todas las gentes,
»Vivos y muertos, jóvenes y ancianos,
»De toda clase y sexo, soberanos
»Como vasallos, todas las pasadas
»Generaciones estarán presentes,
»Trémulas aguardando tu sentencia.
»Ninguno habrá exceptuado de la dura
»Convocación: a la señal temida,
»La Muerte soltará sin resistencia
»Su presa, y tu voz fuerte será oída
»De los sepulcros en la noche oscura.
»Decidida la causa, los malvados,
»Recobrará el Infierno, y con candados
»Sus cien puertas de bronce reforzadas
»Quedarán para siempre condenadas.
»Las llamas, todo el mundo devorando.
»Lo purificarán de las inmundas
»Heces que en él la culpa ha producido:
»Mas pronto nacerán de sus fecundas
»Cenizas otros orbes, que brillando
»Más puros que los que hayan perecido,
»Sirvan de habitación al escogido
»Pueblo que con tus penas has salvado
»Allí, bajo de un Cielo no nublado,
»Llenos de gozo, en el tranquilo puerto,
»Olvidarán las fieras tempestades,
»Los trabajos horribles del desierto
»Arido por donde han peregrinado.
»Allí, colmados de felicidades
»Eternas, cogerán los deliciosos
»Frutos de los jardines venturosos
»Del Cielo; un día de oro cada día
»Será, de dulce paz y de alegría:
»Dios será todo en todos el desmayo,
»La inquietud, ni el temor, allí morada
»No hallarán, y tu cólera aplacada,
»Hará que caiga de tu diestra el rayo.
»Vosotros pues, espíritus leales,
»Postraos a los pies de un Dios que muere
»Benigno por salvar a los mortales,
» Y cada cual se esmero
»En igualar en todas ocasiones
»El hijo al Padre en las adoraciones.»
Dijo, y retumbó el Cielo, enajenado
De gozo, con aplausos tan ruidosos
Como los movimientos tumultuosos
De las olas del mar alborotado,
Y a un tiempo dulces cual la melodía
De un concierto de voces arreglado

Con el mayor esmero a la armonía.
Las voces, los acentos, los hosannas
Resuenan por las bóvedas lejanas
De los vastos palacios celestiales:
Todos de amor deliran y alegría;
En el respeto y en el pasmo iguales,
Todos se postran con humilde frente
Ante aquel doble trono en que eminente
Reside el Padre, con el hijo al canto,
A sus pies deponiendo sus coronas,
En que el oro, con arte primoroso,
Brilla inmortal, reunido el amaranto.
¡Bello amaranto, tú, planta escogida,
Que ahora nos abandonas,
Delicia del Edén! en su frondoso
Jardín, cerca del árbol de la vida
Crecías. Eva, tus hermosas flores,
En su rostro imitando sus colores,
En el tiempo cogió de su inocencia.
La inocencia ofendida
Huyó, y con ella desapareciste.
El Cielo en que naciste
Su alto don recobró con diligencia.
Vuelto a tu cuna, con tu fresca sombra
La fuente de la vida te complaces
En ocultar, creciendo en sus riberas
Con placer también haces
Brotar tus flores en la verde alfombra
De las orillas, que con sus ligeras
Y cristalinas aguas, caudaloso
El río de delicias atraviesa;
De correr por los Cielos nunca cesa,
Con su puro cristal espirituoso,
Las éliseas flores renovando,
Y todos los contornos perfumando.
Con ellas los celestes habitantes
Tejen guirnaldas nunca marchitadas,
Con las cuales sus frentes rutilantes
Se ven de nuevos brillos hermoseadas.
También el amaranto corre el suelo
Que ocupa el vasto giro
De las soberbias bóvedas del Cielo,
Y de aquel vasto mar de oro y zafiro
Varía los colores inmortales,
Ostentando sus rosas virginales.
Mas ya, aquellos obsequios concluidos,
Vuelven los Serafines, encendidos
En vivo amor, a coronar sus frentes:
Ya las liras y cítaras, pendientes
Cual carcaj de sus hombros, descolgando,
Por las trémulas cuerdas resbalando,
Sus sabios dedos prueban, con sonoro
Dulce preludio, aquella melodía
Que enajena los Cielos de alegría.
Todos cantan; las voces e instrumentos;
Nada discorda en el celeste coro,
Las más pequeñas notas, los acentos:
Donde hay paz, allí habita la armonía.
¡A ti primero, oh Padre omnipotente.
Inmutable, infinito, inconcebible!
A ti en tus mismas luces invisible
Y eterno, de quien todo está pendiente,
Ensalza de sus himnos a la excelencia;
A ti cantan: «¡Oh autor de la existencia;
»Rey terrible, de nubes circundado!
»Los rayos de tu luz activa y pura

»Penetran, cuando quieres, su espesura,
»Y el trono de oro muestran elevado,
»En que resides, cuyos resplandores
»Nos ocultan tu rostro y nos deslumbran,
»Al paso que en las sombras nos alumbran,
»El Angel mismo con sus perspicaces
»Ojos se ciega, y lleno de terrores
»Los párpados cerrando a sus vivaces
»Rayos, no puede estar, en tal apuro,
»Sobre sus alas trémulas seguro.
»¡Hosanna al Dios inmenso, eterno y santo!»
Así concluye aquel celeste canto,
Que a ti después dirigen: «¡Oh divino
»Hijo del Padre Todopoderoso,
»Que en tu semblante brilla, hecho visible!
»A ti, por quien el orbe fue criado,
»Que terrible abatiste el ferino
»Orgullo del Infierno tenebroso,
»Con audacia increíble
»Contra tu eterno Padre conjurado.
»No ahorraste en aquel sangriento día
»Sus formidables rayos, ni su espada,
»Divina, por su cólera afilada,
»Ni sus flechas de fuego. Estremecía
»Las llanuras del Ciclo el movimiento
»Rápido de su carro fulminante,
»Que tú, sereno, desde su alto asiento
»Gobernabas al paso, que aun distante,
»El enemigo huía consternado,
»Cual niebla a impulso del furioso viento.
»¡Oh Verbo, de tu padre amor y gloria!
»¡Con qué triunfo, a tu vuelta, tu victoria
»Se celebró en el Cielo! Con tu airado
»Brazo, en el Angel fiero rebelado,
»Sus injurias vengaste,
»Y al hombre del perdón aseguraste.
»¡Tú mismo, oh Dios, oh Padre omnipotente!
»A tu amor lo volviste indulgente.
»Tu hijo, tu hijo piadoso, tu justicia
»Satisfizo, burlando la codicia
»De sangre, que al inmundo,
»Ejército infernal atrajo al mundo
»Al delito del hombre vergonzoso,
»Tu poder ofendido
»Dudó entro la piedad y la venganza;
»Hizo caer bien pronto la balanza
»A favor del culpado tu piadoso
»Hijo, hablando por él compadecido.
»Tu grandeza una víctima pedía,
»¿Y habrá otra igual a la que te ofrecía?
»¡Un Dios rescata al hombre! Con sublime
»Bondad por él ensangrentado gime,
»La tierra consolando,
»La ira del Cielo en dulce amor trocando.
»¡Oh piedad sin ejemplo, a que se inclina
»Pasmado, con respeto el más profundo,
»El universo! Sola la divina
»Naturaleza puede poseerte.
»Jamás podrá explicar el más facundo
»Espíritu celebre tu grandeza,
»Ni llegar claramente a conocerte.
»¡Salve, oh verbo de Dios, cuya terneza
»Salvó a los hombres! De las arpas de oro
»Y de las liras al compás sonoro,
»Un himno interminable cantaremos:
»En los eternos siglos que habitemos

»Este divino templo venturoso,
»Al Hijo, como al Padre, ensalzaremos.
»El Cielo todo aplaudirá gozoso,
»Y jamás vuestros nombres adorados
»Serán en nuestros cantos separados.»
Así de la luz pura en las moradas
Se pasaban las horas encantadas.
Lejos de allí, sobre la esfera inmensa
Que de bóveda sirve a nuestro mundo,
Y sus brillantes astros de la densa
Noche del caos sólida separa,
Satanás fatigado el vuelo para.
Dando de allí una ojeada a lo profundo,
Como si fuera un globo reducido,
Divisa nuestro mundo oscurecido.
Él, de una espesa atmósfera rodeado,
Se halla en un continente dilatado
Sin fin, sombrío, inculto y silencioso,
Que amenazan de cerca, así la oscura
Noche como el estruendo proceloso
Del caos. A lo lejos la ribera
Del orbe remotísimo, una pura
Luz despide, mas sólo una ligera
Vislumbre llega a aquellas apartadas
Regiones, por las sombras ocupadas.
De aquel vasto desierto, que es frontera
Del caos, en que riñen furibundos
Los vientos, y abrasados torbellinos
De negras llamas, con los remolinos
De aguas inmensas por allí esparcidas,
Registra Satanás los infecundos
Espacios. Así el buitre que ha nacido
En las rocas erguidas
De Imaüs, sierra que una impenetrable
Barrera opone al tártaro bandido
Con sus puntas de hielo endurecido,
Huyendo su aridez intolerable,
Parte voraz, buscando los ganados
Que del Hidaspes los floridos prados
Pingües habitan, o el supersticioso
Cristal beben del Ganges caudaloso;
Desfallecido de su largo vuelo,
Descansa sobre algún árido suelo,
De Sericana en la desierta arena,
En la llanura inmensa en que sin pena
El habitante diestro, el soplo fiero
Del viento aprovechando, con tendidas
Velas hace que vuele su ligero
Carro, y se dude si en el mar undoso
Va bogando, o si rueda presuroso
En movibles arenas extendidas.
Tal Satanás descansa, y al instante,
Por aquel yermo se encamina errante.
Va, viene, corre, vuela, ya bajando,
Ya subiendo, buscando
Su Presa con ojeada penetrante.
Un Inmenso vacío se despliega
Por todas partes a su vista ansiosa;
Mi un ser viviente, ni la menor cosa
Inanimada, en él a encontrar llega.
No obstante, un nuevo mundo se ha formado
En esa extensión, después de que extraviado
El hombre por su loco orgullo ha sido.
Allá, entre el aire vano despedido
De nuestra esfera, suben los deseos,
Quiméricos, los sueños engañosos,

Cual ligeros vapores, con los feos
Y raros monstruos que la fantasía
Se entretiene en formar en los ociosos
Ratos, y cuanto la naturaleza
A luz produce, cuando se extravía,
Toda obra insubsistente, todo objeto
Caprichoso, ridículo, incompleto,
Allá cual niebla leve se endereza;
Los que en la vida actual, o en la futura.
Han soñado en alguna imaginaria
Felicidad a la razón contraria;
Aquellos que, cediendo a la locura
De un falso celo, por algún famoso
Nombre engañados, ciegos abrazaron
Sus sistemas, sin ver si verdaderos
Eran, y a ejemplo suyo deliraron;
Los que, por un error menos dañoso,
De los aplausos vanos pasajeros
Se alimentaron, que el azar dispensa;
Vanos, allí su vana recompensa
Vuelven a hallar, sus necias diversiones,
Sus proyectos y locas invenciones.
También tenéis allá vuestra morada,
Vosotros orgullosos, que elevasteis
En Senaar la torre celebrada
Con que espantar al Cielo imaginasteis,
De impotente soberbia empresa osada.
Si algún ser real allí posible fuera
Yaciese, su ridícula manía
Fabricar otras mil intentaría:
También están allí los insensatos
Que, aun a falsa esperanza lisonjera
Cediendo, y agotando sus conatos
De una frívola ciencia en la quimera,
La vida consumieron,
O de un vano saber mártires fueron,
El loco entre ellos, que del Mongibelo
Se sumergió en el cráter espantoso,
De saber sus secretos deseoso,
Y murió en su abrasado y hondo suelo;
Y tú igualmente, que a Platón oyendo,
Sus Cielos a buscar fuiste corriendo,
Y la vida perdiste por curioso.
No lejos moran los que en su fecundo
Cerebro cada día un nuevo mundo
En idea construyen, más perfecto;
Llegan apenas a llevar a efecto
Las líneas primeras de aquella obra,
Cuando a un soplo del viento, es destruido
El frágil edificio, y convertido
En polvo, que la atmósfera recobra;
Pero pronto, empeñándose obstinados
En seguir el proyecto imaginario,
Su Infatigable orgullo temerario,
Sobre los planes mismos arruinados,
Otros levanta igualmente infundados.
Así el insecto, que sus redes tiende,
Para buscar su subsistencia,
De aquella frágil descompuesta trama,
Los hilos rotos, nuevamente extiende
Evanecidos con su hinchada ciencia
Los eruditos locos, por su parte,
Cuando más su saber grita la fama,
A mil esfuerzos vanos todo su arte
Ven reducido, y que de ruina en ruina,
Su corto ingenio sin cesar camina;

Mas con todo, jamás se desengañan,
Y que no los adore el mundo extrañan.
Este humo vano es digna recompensa
Del que de sí con tal orgullo piensa.
Otro, llevado de esperanza avara,
De los bienes que el Cielo le depara,
No haciendo cuenta, triste y consumido,
Al lado de un crisol, sin cesar vela,
Y de sus privaciones se consuela,
Hallar creyendo aquel desconocido
Secreto de volver el plomo en oro
Y hacerse dueño del mayor tesoro:
Mas, mientras su esperanza alegre crece,
Ve gimiendo que en humo convertido
El pérfido metal desaparece.
Hay también otros locos que allí ostentan
Un ambicioso lujo: trasladados
Con ellos sus jardines deliciosos,
Sus palacios de jaspe primorosos,
Vivir felices cuentan,
Mas les sucede que por todos lados,
Porque lo quiero así la Providencia,
De un fúnebre desierto están cercados
En que el silencio más profundo habita.
Bajo sus techos de oro la alegría,
Acompañada de la complacencia,
En vano introducirse solicita;
El desprecio y olvido, noche y día,
Hacen en el umbral guardia severa,
La Deidad de cien bocas habladora,
Para ellos solos tiene su sonora
Trompeta ociosa, y al pasar ligera
Sus ojos cierra, para no ver cosa
Que excitar pueda su atención curiosa
Bien pronto en sus magníficas moradas
Los persigue el fastidio y la tristeza;
Sin testigos, les cansa su grandeza,
Y lloran sus delicias ignoradas.
A lo menos aspiran a la gloria
De eternizar sus nombres; mas grabados
En la arena, al momento están borrados,
Y los vientos se llevan su memoria.
En registrarlo todo se embebece
El Angel infernal, cuando aparece
A su vista en las sombras el dudoso
Tímido resplandor que en la lejana
Esfera da principio a la mañana;
Hacia su claro origen vuela ansioso:
Presto a la luz de la rosada aurora,
Las infinitas y brillantes gradas
Nota de la magnífica escalera
Que sube a los palacios celestiales.
Un pórtico soberbio la decora
En lo alto, por el cual las más nombradas
Obras del regio lujo, si se hiciera
Su cotejo, a pesar que con parciales
Ojos se viesan, fueran eclipsadas.
Todo él despide llamas, con brillantes
Preciosísimas piedras adornado;
Sobresalen el oro y los diamantes;
Ningún pincel dar puede un adecuado
Bosquejo de su augusta arquitectura.
Menos luciente aún, hasta la altura
Del Cielo, a vista de Jacob subía
La escala misteriosa, que lo unía
Con nuestra tierra, en su admirable sueño,

Cuando del trono de su eterno dueño
Ir y venir las Angeles veía,
Y vuelto del letargo milagroso,
Profetizó, exclamando con gozoso
Rostro: «Al través de los mortales velos,
»Veo abiertas las puertas de los Cielos.»
Mas la escalera que el Arcángel mira,
A la bóveda eterna se retira,
Y de su alcance al fin desaparece.
Un mar de claridad de nácar puro
Y de líquida plata se le ofrece
A la vista, en vez de ella, que movable,
Ondas rueda de luz incorruptible.
Aquel mar refulgente es el seguro
Feliz asilo adonde, desde luego
Que mueren los felices escogidos,
En angélicos brazos conducidos
Son, o en un carro rápido de fuego,
A esto, con toda su magnificencia,
La escalera bajó resplandeciente
De nuevo, o por burlar al enemigo
Que asomaba, o por dar a su insolencia
Más severo castigo,
Haciéndole sentir más vivamente
De su pérdida dicha la amargura.
Del pórtico soberbio en derechura
Al risueño jardín en que vivía
En dulce paz el hombre venturoso,
Al Edén, un camino conducía,
Y desde allí del mundo a lo restante.
Excedía el camino, en lo espacioso,
A la vía sagrada
Por Dios a sus ministros preparada
Para que de su trono al fulminante
Santo monte de Sinay descendieran,
Por la que al pueblo de Israel, ligeros,
Enviaba sus alados mensajeros
A fin de que, sus órdenes le dieran:
Por ella desde el Cielo Dios miraba
Con placer, y hasta el Nilo contemplaba
Cuál por la fértil tierra se extendía
Aquel pueblo querido
Del Septentrión al Sur establecido.
Hacia otra parte no menos se abría
Aquel camino largo y luminoso,
En donde puso el Todopoderoso
Con propia mano los intransitables
Términos a las sombras tenebrosas,
Cual las costas, del mar incontrastables,
Por cotos a sus ondas procelosas.
Al pie de la escalera
Más que nunca admirado se detiene
Satanás, y subido en la primera
Grada, recorre ansioso la extendida
Soberbia escena que a la vista tiene,
Y ve en la in inmensidad la inesperada
Pompa del Universo, reunida
En sola una mirada.
Así el escucha diestro que en la oscura
Noche su oficio cumple peligroso,
Acechando camina receloso;
Llegado, al huir las sombras, a la altura
De algún monte encumbrado
Que alumbra ya el fulgor de la mañana,
Para contempla, abarca una lejana
Inmensidad de tierras admirado.

Para él desconocidas, en las cuales,
Entre varias ciudades derramadas
Cerca y lejos, dominan levantadas
De una Corte las torres imperiales.
Tal Satanás el mundo contemplaba,
Y aunque el Cielo había visto, lo envidiaba.
Devora su interior un vil despecho
Al pensar en las manos que lo han hecho.
Aun mucho más allá del alto asiento,
Por las nocturnas sombras dominado,
Descubre un firmamento
Extendido sin término, poblado
De mundos estrellados, y curioso
Los recorre uno a uno, desde el punto
Del Zodiaco remoto y luminoso
En que la justa Astrea con su libra
Los días con las noches equilibra,
Hasta aquellas esferas que el conjunto
Forman del refulgente vellocino
De Aries, que al lado opuesto la hace frente,
Y mucho más allá del peregrino
Cielo en que el mar Atlántico termina,
Cargado con Andrómeda camina.
En fin, entrambos polos totalmente
Con la vista abrazando,
Registra todo el orbe, y de repente
Se precipita rápido, volando,
Dentro de su recinto majestuoso,
Cuya belleza, al paso que lo hechiza,
Para su envidia es un objeto odioso.
Sobre las alas plácido nadando,
Por sus azules ondas se desliza
Entre esferas sin número pasando,
Que desde donde él viene, en los profundos
Aires, parecen astros y son mundos
O tal vez islas, como el deleitable
Jardín de las Hespérides, que lleno
De flores y de frutas, en el seno
Se alzaba del Océano espantable.
Quizá también aquellas aisladas
Esferas contendrán sus verdes prados,
Sus floridas llanuras cultivadas,
Sus frescos valles, sus enmarañadas
Sombrias selvas y sus cristalinas
Fuentes, que las recorran peregrinas.
Las ve, las examina; mas no excita
En él ninguna de ellas el curioso
Deseo de saber qué pueblo habita
Feliz en su recinto venturoso.
Entre tantos objetos al Sol mira,
Que en resplandor a la celeste esfera
La igualdad casi disputar pudiera.
Y su belleza, que encantado admira,
Exceder la del mundo le parece.
Hacia él vuela, de cerca deseando
Contemplar su esplendor: su pasmo crece
Cuando además de su magnificencia
Nota que varios mundos de su influencia
Penden, y en su contorno circulando
A distancias diversas, como Reyes
Vasallos de otro Rey más poderoso,
Cada uno observa sus severas leyes
Y su órbita completa respetuoso,
Años, meses y días, reduciendo
A su marcha, que exacto va siguiendo.
Al paso que aquel astro majestuoso

Desde su trono a todos los atrae
Con magnético influjo o los despide
De sí, según la utilidad lo pide,
En torrentes su luz sobre ellos cae,
Y a cada cual con un calor fecunda
¡Proporcionado a su naturaleza.
Su movimiento mismo es procedente
De su espíritu etéreo, que inunda
¡Sin cesar cada esfera dependiente
De su sistema, y cuya sutileza
Y fuerza no hallan cuerpo impenetrable
A su influjo vital y saludable.
Mas Satanás ya huella aquel brillante
Astro, y nunca una mancha semejante
Los ojos en su disco descubrieron:
Con gran placer los del Demonio vieron
Aquel inmenso globo fulminante.
La materia preciosa que formaba
Aquel cuerpo, en la tierra no se hallaba:
Si el hombre la compara a los metales
Más finos, dirá que es un mar de plata,
Un océano de oro el más luciente;
Si con las piedras más preciosas trata
De cotejarla, bien que desiguales
En la belleza, de carbunco ardiente,
De rubí y de topacio se diría
Que el encendido mar se componía,
O de las piedras todas con que tanto
De Jehová el eterno nombre santo,
Cuando encima del pecho lo llevaba
El sumo sacerdote Aarón, brillaba.
No la iguala con mucho en la hermosura,
Cuando en nuestra codicia deliramos,
La rica piedra que se nos figura
Encontrar, con la cual en oro puro
El metal se convierta más impuro;
Piedra que ansiosos sin cesar buscamos
Sin hallarla; secreto que por parte
De algún azar quizá será encontrado
En lo futuro, y en que hasta ahora el arte
En vano sus esfuerzos ha agotado;
El arte que, fijando la sustancia
Movable del mercurio, ha sujetado
A sus leyes su indócil inconstancia,
Que ha buscado del mar en las arenas
A este nuevo Proteo,
Lo ha encontrado, y conforme a su deseo,
Diestro, le ha puesto al fin en sus cadenas.
Así el hombre en las artes industrioso
Hace aún al mundo más maravilloso.
¿Admiraremos, pues, que en la carrera
Con que fecunda, el sol la vasta esfera,
Vertiendo de sus fuegos el tesoro,
Ondas de plata rueda y ríos de oro,
Cuando, aunque de él estemos tan distantes,
Su influjo en nuestro globo, del impuro
Y blando material del cieno oscuro
Sabe formar rubíes y diamantes;
En el crisol oculto de la tierra,
En que penetra y su calor encierra,
Metales producir, y de las flores
Componer los balsámicos olores?
¡Vanos tesoros, si se compararen
Con el que los produce, aun reunidos
A los que otras esferas presentaren
De las que anima con sus encendidos

Fuegos! No obstante toda la belleza
Que el arte añade a la naturaleza,
Un rayo sólo de su lumbre pura
A eclipsar bastaría su hermosura.
Satanás ve la escena prodigiosa
Sin deslumbrarse, y toda la espaciosa
Y nueva inmensidad, desde la altura
En que se halla, registra con atento
Cuidado, envuelto entre los resplandores
Del sol, entre las ondas transparentes,
Matizadas de mil vivos colores
Que va esparciendo, mientras por el viento,
Rodando diligentes
Los demás orbes, cada uno camina
Con rápida presteza
En torno de él. Así en aquel instante
El Angel de la noche, con brillante
Ajena luz, parece que domina
De una mirada la naturaleza.
Divisa en esto al Angel luminoso
Que San Juan vio después sobre el fogoso
Astro, al que entonces cerca de él parado,
Vuelto de espaldas, mira embelesado,
En él su viva imagen conociendo.
Satanás ver su rostro no podía,
Mas toda la belleza distinguiendo
De su celeste porte, conocía
Que era un ser importante. Alas hermosas,
En que compito el nácar con las rosas,
Le están sobre los aires sosteniendo.
Un diadema brillante, entretejido
De los rayos más puros que ha elegido
Del sol uno a uno, ciñe su cabeza:
Su cuerpo, al alabastro en la blancura
Excede, y acrecientan la belleza
De su celeste y plácida figura
Los cabellos en bucles descendiendo
Sobra él, y como el oro reluciendo.
Pensativo medita y silencioso
Sobre el orden del mundo milagroso,
Lleno de astucia Satanás espera
Conseguir engañarle
Con falsas apariencias, de manera
Que le dé las noticias que a guiarle
Son necesarias hasta el encantado
Jardín en que termina su arriesgado
Viaje y en que nacieron nuestros males.
Oculta cuidadoso las señales
Que pueden descubrirle, y disfrazado
Con todo el arte, a fuerza de impostura,
Toma de un Angel bueno la figura;
Pero de un Angel de segunda clase,
Para que su ocio menos extrañase.
De una celeste juventud la aurora
Brilla en sus ojos, y su cuerpo airoso
Reviste de una gracia encantadora:
Corona el oro su agradable frente:
Al arbitrio del viento, su rizado
Cabello ondea sobre el cuello hermoso:
Los colores del Iris suavemente,
De oro, de azul, de verde y encarnado
Relumbran en sus alas: el agrado
De su gesto, su porte, su belleza,
De un Angel manifiestan la pureza;
Y anuncia un caminante su vestido,
A su cuerpo con púrpura ceñido.

Lleva de plata una flexible vara,
Su andar es noble, como lo es su cara:
Llega: sin verle el Querubín le siente,
Y hacia él se vuelve majestuosamente.
Satanás reconoce en el semblante
A Uriel, al mismo que el Señor honraba
En sus tiempos, con más de un importante
Encargo, y que glorioso se contaba
Como uno de los siete Serafines
Que están siempre delante
De su alto trono, de su pensamiento
Observando el más leve movimiento,
Para volar a los remotos fines
Del Universo, cuando lo requiere
Su voluntad sagrada.
La menor seña, la menor ojeada
Basta para que sepan lo que quiere,
Y rápidos del alto firmamento,
Dejando atrás del aire las ligeras
Corrientes, o del mar las ondas fieras,
Se arrojan a este mundo en un momento,
A intimar sus decretos soberanos,
Su sacra voluntad a los humanos.
«¡Oh Querubín! le dice reverente
»Satanás; te conozco; Uriel te llamas;
»Sé que uno de los siete mensajeros
»Eres de nuestro Dios; que justamente
»Su favor logras entre los primeros
»Cortesianos celestes; que proclamas
»Sus leyes y prodigios de orden suya,
»Y aun quizá, fiado en la prudencia tuya,
»A este globo remoto y encendido,
»Como su embajador, te ha dirigido.
»Yo, por mi parte, soy sólo un curioso
»Viajero, de instruirme deseoso,
»Y saciar mis sencillas
»Ansias de ver las grandes maravillas
»De Dios, y entre ellas, la que más excita
»Mi anhelo, esto es, el hombre, esa apreciable
»Producción, su criatura favorita,
»Para quien ha formado esa admirable
»Bóveda de los Cielos azulada.
»Por esto sólo dejo la morada
»Del Empíreo, y me ves por aquí errante.
»Gula mis pasos, pues, ¡oh tú, glorioso
»Querubín! porque ignoro la carrera
»Que deberé seguir de aquí adelante
»Para acertar, entre ese numeroso
»Ejército de mundos, con la esfera
»En que habita ese ser tan venturoso.
»Para evitar cualquiera contratiempo,
»Dígnate detallármela, y a un tiempo
»Decirme si es perpetua la morada
»Del hombre en aquel orbe, o destinado
»Está a vivir alguna temporada
»En él, y a otros después ser trasladado
»Por su turno. ¡Que yo de su glorioso
»Criador los beneficios contemplando,
»Los cante, o los admire silencioso!
»¡Que su amor, en mi pecho rebosando,
»Haga que corresponda agradecido
»A tantos como yo mismo he debido
»A su bondad! ¡Que su poder eterno
»Admire yo en el hombro, como hasta ahora
»Lo he admirado en el Cielo, que le adora,
»Y aun en el hondo Infierno,

»Donde perpetuas llamas implacables
»Castigan a los Angeles culpables!
»Es de creer que esta raza delincuente,
»Del Cielo para siempre desterrada,
»Por el hombre inocente
»Y su linaje sea reemplazada.
»Para nosotros, ¡que gozo sería
»Ver que el culto de Dios así crecía!
»Lo mejor dispondrá su Providencia,
»Que uno con la justicia la clemencia.»
Del Angel falso tal es el doloso
Lenguaje. Con aquel sutil engaño,
A Uriel deslumbrar logra, y no es extraño.
Pues a excepción del Todopoderoso
Nadie puede saber lo que en la mente
De un espíritu pasa interiormente,
Y muchas veces la sabiduría
De Dios permite que la hipocresía,
A la verdad hurtando sus colores.
Astuta, enrede al mundo en sus errores
Y aun que se meta, bajo el sacro manto
De la virtud, en el lugar más santo.
¡Ah! ¡En vano La prudencia se desvela
Para impedir la entrada a sus horrores!
La sospecha, su cauta, centinela,
A veces a su puerta adormecida,
Confiada, el incesante riesgo olvida,
A la inocente sencillez entrega
Su guardia, y ésta, a quien su bondad ciega,
Juzgando lo interior por la apariencia,
En el oculto mal ve la inocencia.
Tal es su suerte, y tal fue la del bueno
Uriel, aunque de juicio y ciencia lleno;
Siendo más perspicaz que otro cualquiera,
Entro los inmortales de su esfera,
Con todo a Satanás, por su alma pura,
Midió: víctima fue de su impostura,
Y afable contestó de esta manera:
«Puesto que el noble ardor aquí te guía
»De ver y de adorar las admirables
»Obras de Dios, jamás a tus laudables
»Deseos, ¡oh Angel bello! Negaría
»Mi aprobación, ni menos las noticias deseas pareces,
»Necesarias al logro de tu intento.
»¡Y cuántas alabanzas no mereces
»Tú, que tan generoso, a las delicias
»Te has arrancado del celeste asiento,
»Sólo para venir a estos lejanos
»Parajes, a admirar los soberanos
»Atributos de Dios, en la grandeza
»Que ha prodigado a la naturaleza,
»Y por tus ojos ver las maravillas
»Que otros quizá, por no dejar sus sillas,
»Sólo sabrán por relación ajena!
»¡Y cuán grande y magnífica, cuán buena
»Es la suma deidad, que ha derramado,
»En un desierto inmenso, esos distantes
»Y nuevos mundos, esos rutilantes
»Soberbios astros! ¿Quién ha vulnerado
»Hasta ahora estos testigos de su gloria?
»¡Cuán dulce es verlos y saber su historia!
»¡Cómo resalta su sabiduría
»Incomprensible, en todos los objetos!
»La causa oculta y muestra los efectos.
»De esto fui buen testigo en aquel día
»En que la masa informe, inmensa y bruta

»Del universo todo, en su presencia
»Apareció a su voz. El caos temblando
»La oye: el abismo cumple, aunque bramando,
»Su orden: sola la noche, que aun enluta
»La masa, hace dudar de su existencia:
»¡Haya luz! dice Dios, y en el instante
»Todo queda nadando en luz flamante.
»De la confusión misma el orden sale:
»Cada elemento el puesto a él destinado
»Aguarda apenas que se lo señale,
»Y al punto va a ocuparlo apresurado:
»Según su peso, el aire, fuego, tierra
»Y agua, en el que les toca, establecidos,
»Fijos, suspenden su implacable guerra.
»Su imperio cada cual tiene y su oficio;
»Pero obedecer deben unidos
»A la constante ley, que en beneficio
»Común por el Criador se les ha Impuesto.
»Partes de ellos, ya Cerca ya distantes,
»El universo forman: las restantes
»A establecerse fueron a otro puesto,
»Remoto, y con un muro, que elevaron,
»Las bóvedas del mundo aseguraron.
»¿Ves aquellas llanuras azuladas,
»De los Suaves rayos alumbradas
»De una pálida luz, que no muy lejos
»De nosotros están? pues ve allí
»Que alrededor del Sol viene rodando,
»Y que de propia luz no disfrutando,
»Pues de su redondez nunca destierra
»Brilla a medias de este astro a los reflejos;
»Totalmente la noche, y cada día
»Mientras su media esfera está mirando
»Al Sol, la otra mitad está sombría.
»Aquel punto que ves allí luciente
»Cerca de ella, es la Luna (que este nombre
»Dan a esa esfera, tan propicia al hombre):
»La que aunque también brilla con prestada
»Luz, la parte con ella diligente,
»Y con su fulgor suave la consuela,
»Cuando de la del Sol la ve privada.
»Ella igualmente es la que se desvela
»En darla de sus meses la medida,
»Variando por tres veces inconstante
»Su cara, ya creciente, ya menguante,
»Ya llena, y ciertos días escondida
»En cada uno, hasta tanto que cobrada
»Toda su luz, de nuevo, con plateada
»Claridad, en las sombras resplandece
»Y al dormido hemisferio dulce crece.
»¿Mas ves aquel terreno reducido,
»Aunque fértil? Allí está establecido
»El hombre en un jardín, que cada día,
»Con su cultivo está más deleitoso:
»Allí la dicha goza y el reposo.
»Un camino inerrable allá te guía
»Parte: no necesitas mi asistencia,
»Otro deber exige mi presencia.»
Dice, y se va. En silencio, respetuoso,
Se inclina Satanás, guardando el fuero
Que se debe a su clase. Con esmero
Se hace en los Cielos esta diferencia
De rango; a cada cual exactamente
Se tributa el honor correspondiente;
Distinción justa y útil, que conserva
En el público el orden, y preserva

De insubordinación a todo estado
Que entre sus Sacras leyes la ha adoptado.
Mas ya Satanás rápido se aleja
Volando, y en el aire un surco deja
De opaca luz, cual fiero torbellino,
A la tierra siguiendo su camino,
Y no para con la ansia que le anima,
Hasta hollar del Nifates la alta cima.

LIBRO CUARTO.

SUMARIO.

Satanás, a la vista del jardín de Edén y del paraje en que ha proyectado ejecutar su atentado contra Dios y contra el hombre, comienza a intimidarse. Se halla agitado de opuestas pasiones, y entre ellas de envidia, de temor y desesperación, pero se confirma en el mal y se avanza hacia el Paraíso. Descripción del monte en cuya cumbre está situado. Satanás vence todos los obstáculos: se transforma en buitre, y se sienta sobre una rama del árbol de la vida. Pintura de aquel jardín delicioso. Satanás examina a Adán y Eva. La nobleza de su figura y la felicidad de su estado le llenan de admiración: persiste en la resolución de arruinarlos; espía en secreto su conversación, y por ella sabe la prohibición del fruto del árbol de la ciencia. Funda sobre esto su plan para hacérsela quebrantar, pero lo dilata a fin de enterarse aún más de su situación. Uriel, bajando del Sol, avisa a Gabriel la llegada de un espíritu infernal al Paraíso, aunque no ha podido conocer cual es. Gabriel se promete dar con él antes de la mañana inmediata. Adán y Eva se retiran al fin del día a disfrutar del sueño. Descripción del cenador en que dormían. Oración que hacen al llegar a él, antes de recogerse. Gabriel hace la ronda con los Ángeles que están de guardia, y entre ellos envía dos al cenador por si acaso ha ocurrido a aquel espíritu maligno emprender alguna cosa contra nuestros primeros padres mientras duermen. Le encuentran, con efecto, junto al oído de Eva, ocupado en tentarla con un sueño, y le traen por fuerza a la presencia de Gabriel, a quien contesta con orgullo, preparándose al combate. Espantado por una señal del Cielo, huye fuera del Paraíso.

¡Oh quién pudiera aquellas temerosas
Palabras repetir, con voz tonante,
Que el Santo Evangelista oyó inspirado,
Cuyo eco hizo temblar las espaciosas
Bóvedas de los Cielos, que al distante
Mundo gritaron, de temor helado:
«¡Ay de los habitantes de la tierra!»
Cuando segunda vez el dragón fiero,
En figuras, al tiempo venidero
Por los santos Profetas anunciado,
A los humanos vino a hacer la guerra!
Y esta voz de los Cielos, ¿no podía
Al hombre prevenir del insidioso
Lazo, cuando era tiempo todavía
De evitarlo? Con esto precavido,
Reconociendo al Angel tenebroso
Su pérfida traición, quizá burlando,
De su furor no hubiera defendido.
Mas si el hombre de cierto lo supiera,
¿En ser leal qué mérito tuviera?
Con todo, astuto, ya se va acercando
Por la primera vez el enemigo
Infernal a turbar su dulce abrigo,
Y a vengar en la frágil o inocente
Pareja sus afrentas merecidas,
La privación que sufro justamente
De su felicidad y sus perdidas
Glorias en el Infierno sepultadas.
Mas el momento llega. Ya el estruendo
De la tempestad suena: de ira ardiendo,
Satanás huella ya aquellas moradas
Felices. Gime la naturaleza
Al verlo; y a pesar de su fiereza,
Él turbado, aun en dudas sumergidos
De sus mismos furores espantado,
Retrocede así el bronce de la guerra,
Cuando la muerte, que en su seno encierra
Tronando arroja, ceja estremecido.
En vano vencedor ha quebrantado
Las puertas del abismo, y con sus artes
Al Edén delicioso ha penetrado:
El Infierno consigo a todas partes

Lleva: sus penas en su pecho moran:
Las infernales llamas lo devoran:
En una situación tan deplorable
Por huir de aquel Infierno, el miserable
A sí mismo su ser se arrancaría.
La desesperación cruel le agría
Y aviva todos sus remordimientos:
Temo la previsión y la memoria:
Ésta lo acuerda su pasada gloria,
Lo que es y lo que ha sido,
Y sin fin acrecienta sus tormentos.
La previsión, a su ánimo afligido
Anunciando la suerte venidera
Que por sus nuevos crímenes le espera
De parte de aquel Dios tan implacable
Y justo vengador, como amo amable,
Le está continuamente desolando.
Todo le asusta, oprime y desespera.
Ya de Edén al aspecto deleitoso,
De rabia se consume su envidioso
Corazón; a sus ojos presentando,
En su recinto plácido y florido,
Una imagen del Cielo, que ha perdido:
Ya el apartado empíreo contemplando,
Con la llorosa vista lo devora,
O al ver el bello Sol que el orbe dora,
Ríos de resplandores derramando,
Herido de sus luces, con rabiosa
Ira aparta su vista tenebrosa,
Y al paso que del pecho en lo hondo gime,
Así a aquel astro su dolor exprime:
«¡Brillante globo, antorcha majestuosa,
»Que pareces el Dios de ese reciente
»Mundo! ¡Tú, cuyo aspecto es suficiente
»Para que el color pierda intimidada,
»Esa turba de estrellas luminosa!
»Tú, que a la noche mandas que sus tristes
»Negros velos recoja apresurada!
»¡Tú, benéfico don de mi tirano,
»Portento de tu dueño soberano,
»Que el mundo todo de alegría vistes!
»¿Qué te hice yo, que a mí solo atormentas?
»Sí: te aborrezco ¡oh Sol! ¡Cuánto acrecientas
»Con tu hermosura misma mis dolores!
»¡Yo la tuve algún día!
»¡Rodeado de más vivos resplandores
»Que tú, a no ser mi infausta rebeldía,
»¡Triste de mí! en el Cielo, venturoso,
»Un sólo rayo mío eclipsaría
»Toda tu luz, y desde mi elevado
»Trono vería ahora el orgulloso
»Diadema tuyo por mis pies hallado!
»¡He caído! Aquel necio desacierto
»De mi soberbia, me ha precipitado
»Del Cielo a las cadenas, y me ha abierto
»El Infierno. ¡Vasallo fementido!
»Hijo ingrato! ¿Cómo he desconocido
»A un Dios en quien veía
»Que más que un amo un bienhechor tenía?
»Cuando en su corte tan felices fuimos,
»¿Nos echó nunca en cara, por ventura,
»Los altos dones que a su amor debimos?
»Himnos, adoraciones, una pura
»Gratitud, para aquel Monarca augusto,
»¿Qué homenaje más dulce ni más justo?
»No exigió de nosotros otra cosa.

»¿Y cómo pude yo graduar de dura
»Una ley tan suave y tan honrosa?
»Quise ser su rival: contra él, ingrato,
»Los dones convertí que le debía:
»Me persuadí, insensato,
»Que a un paso más, con él me igualaría:
»De sus mismos favores el exceso
»Llegué a temer, como insufrible peso
»De reconocimiento; y resentido,
»No paré ya hasta haberlo sacudido.
»¡Triste mí! ¿Ignoraba por ventura
»Que de un corazón bueno la ternura
»Jamás recibir teme, porque sabe
»Amar, y siendo el reconocimiento
»Amor, en él la ingratitud no cabe?
»¿Y qué otra cosa que mi amor pudiera,
»Lleno de lealtad y rendimiento,
»Pagar los beneficios inmortales
»De Dios y sus bondades paternas?
»¿Cuánta satisfacción para mí fuera,
»Que al paso que de bienes me llenara,
»Yo con mi tierno amor se los volviera,
»Y siempre lo debiera, aunque pagara!
»Mas ¿por qué de tu trono soberano
»Me hizo nacer mi suerte tan cercano?
»Más lejos, no me hubiera seducido.
»De mi dicha mi mal ha procedido.
»Se humilla el débil, mas el poderoso
»Siempre quiero subir: sí; el engañoso
»Poder la causa fue de mi delito:
»Aspiré al trono y perecí proscrito.
»Pero aunque riel me hubiera conservado,
»¿Quizá entre mis iguales
»Otro no hubiera habido que, embriagado
»Del poder como yo, se rebelara
»Contra Dios, y a imitarle me arrastrara?
»No por cierto. Sumisos y leales,
»A cual más firme, en pie se han sostenido,
»Y sólo yo, de todos, he caído.
»¿Acaso les dio Dios más abundantes
»Dones, más fuerzas, para que constantes
»Estuvieran? A todos igualmente
»Los repartió su mano omnipotente.
»¿De qué me quejo pues? ¿Y qué disculpa
»Puedo dar? ¿A quién he de echar la culpa?
»¿De libertad quizás carecería?
»Tampoco: nada, nada me faltaba,
»Libertad, gracias, todo lo tenía,
»Y mi corazón sólo claudicaba.
»¡Tú, corazón desventurado, fuiste
»El que los dulces vínculos, rompiste
»Del tierno afecto con que Dios te amaba!
»¡Perjudicial amor! ¿Y por qué amarme?
»Su odio prefiero. De desesperarme.
»Sólo sirve su amor. ¡Sea maldito!...
»Mas ¿qué dices, espíritu precito?
»¡Primero que él, lo seas tú mil veces,
»Vasallo infiel, de su favor no digno!
»¿Qué tienes más que lo que te mereces,
»Tú, que hiciste un uso tan indigno
»De tu albedrío, noble gracia suya,
»Y cuyo abuso sólo fue obra tuya?
»¿Adónde huiré, desventurado? ¿En dónde
»De su vista, a la cual nada se esconde,
»Podré ocultarme? De su soberano
»Poder, del duro alcance de su mano,

»¿Quién me libertará? ¡Poder terrible,
»Sin fin, igual a mi tormento horrible!
»Las infernales puertas he forzado:
»De mi prisión he hallado la salida;
»Pero de mis fatigas ¿qué he sacado?
»¡Ah! ¿el verdadero Infierno aquí se anida,
»En lo hondo de mi pecho! Es un segundo
»Infierno, que arrastrado de un insano
»Furor, he abierto por mi propia mano,
»Mil veces más voraz y más profundo
»Que el primero en que fui precipitado,
»Y tal que aquel un Cielo es a su lado.
»¡Arrepiéntete pues, oh miserable!
»Es justo, ya que has sido tan culpable.
»¿Ha de ser vano mi remordimiento?
»¿De mi llanto ese Dios no ha de hacer cuenta?
»Póstrate, pues, ante su acatamiento;
»Mas ¿qué digo? ¿Postrarme? ¿Yo postrarme?
»Sólo el decirlo es la mayor afrenta.
»Antes su encono logre aniquilarme.
»¿Qué dirían de mi los inmortales
»Guerreros que mi suerte han dividido,
»Ellos, que firmes en los más fatales
»Reveses, a Dios mismo, en el supuesto
»De mi superior clase, me han opuesto,
»Y en mi sus esperanzas han reunido?
»Cuando me oyeron insultar tan bravo
»A ese Dios, ¿por ventura han presumido
»Que pensase en volver a ser su esclavo?
»¿Y podré yo, a los pies de ese tirano
»Postrándome en su nombre bajamente,
»Llevarles, engañando su esperanza,
»Vil perdón, en lugar de la venganza?
»Me corro de un proyecto tan insano.
»Cuando como a su Rey, concordemente
»Rendidos, me prestaron obediencia,
»Sobre las ruinas de la omnipotencia
»Mis derechos fundaron, y aunque fuera
»Posible que ese Dios me perdonara
»Y que yo lo mirara sin recelo
»Tan poco tiempo su perdón durara,
»Como el dolor con que me arrepintiera.
»Bien presto Satanás se indignaría
»De verse perdonado. Vuelto al Cielo,
»En mi primera silla restaurado.
»Mis hierros en romper no tardaría.
»Y a mi interior audacia volvería.
»El natural orgullo de la dicha,
»Se burlaría al punto de mi forzado
»Juramento, arrancado a la desdicha.
»Mi furor, a ese Dios que yo detesto
»Acometiendo un golpe aun más funesto
»Me atrevería de su brazo airado.
»Y si mi honor echando yo en olvido,
»Esas paces hiciese de un momento,
»¿Qué más en mi favor resultaría
»Que doblar mi vergüenza y mi tormento?
»Nada basta a curar del ofendido
»Orgullo las heridas, Yo sabría
»Los males perdonar; mas no es posible
»Que una injuria perdone. ¡Demasiado
»Honda es la llaga que en mi triste pecho
»Ese soberbio vencedor ha hecho,
»Para que yo la olvide! Mi terrible
»Enemigo lo sabe: así, cerrado
»A toda compasión, su amor inclina

»Al hombre, que nos ha sustituido
»En, todo su favor. A éste destina
»Los tronos de que cruel los ha arrojado.
»Para él también es ese delicioso
»Mundo que liberal ha enriquecido
»Con tal afán su brazo poderoso.
»¡Adiós, pues, esperanzas y temores;
»Viles remordimientos, sin, tardanza
»Huíd de mi! ¡Ven tú, dulce venganza,
»Penétrame de todos tus furores!
»Que el imperio del mundo ese adversario
»Soberbio y yo a lo menos dividamos,
»Y en él iguales cultos consigamos!
»¡Que él sea el Dios del bien, y yo, al contrario,
»El Dios del mal! Estoy ya decidido.
»Le juro desde ahora eterna guerra.
»Ambos nuestros altares en la tierra
»Tendremos, y esos hombres que ha querido
»Anteponernos, ese Edén florido
»Serán de mi poder y de mi aliento
»El primero y glorioso monumento.»
Mientras así se explica, está pintada
La desesperación en su semblante,
Del aborrecimiento acompañada
Y la envidia rabiosa.
Su tez, que por tres veces inconstante
De color ha mudado en un instante,
Al que atento mirándole, estuviera,
De su corazón bárbaro la odiosa
Trama, el disfraz con que ocultar quería
Quién era, y el objeto a que venia,
Sin duda alguna descubierto hubiera;
Pues un rostro celeste resplandece
Siempre igual, ni una nube lo oscurece.
El mismo Satanás el riesgo advierte
De ser reconocido, y de tal suerte
Vuelve a disimular su enojo fiero,
Que no parece ya en aquel instante
Más que un Angel de paz. Él fue el primero
Que inventó el disfrazar con los colores
De la virtud, del vicio los horrores.
El dulce resplandor de su semblante
Hubiera a unos mortales deslumbrado;
Mas no pudo engañar la penetrante
Vista de Uriel: sus ojos le han seguido
Hasta la Asiria misma; hasta el erguido
Monte, en cuya alta cumbre está parado.
Satanás se cree solo; mas le observa
El Querubín de lejos vigilante;
En su inquietud, su vista fulminante,
Su turbulento andar y su proterva
Cara. su excelsa patria desconoce,
Y el yerro en que ha caído reconoce.
Satanás entre tanto, prosiguiendo
Su aventurada empresa, ya ha llegado
De Edén a las llanuras deliciosas:
Mira, y ve en suave cuesta un dilatado
Collado, que coronan, compitiendo
Con sus ramas fornidas y frondosas,
Los bosques que recorren, su ladera:
Densos entre ellos, mil entretejidos
Arbustos con su verde cabellera
Espesan más aquellos escondidos
Asilos de una sombra impenetrable,
Y su lozana y rústica abundancia
La entrada impide a la feliz estancia.

Subiendo más arriba, con ascenso
Gradual, el fresno altivo, la apreciable
Y triunfadora palma, el cedro inmenso
Y el piramidal pino, aquel oscuro
Agreste anfiteatro circundando,
Y sombra sobre sombra amontonando,
Forman un majestuoso y verde muro
Que el vasto espacio del Edén rodea;
Pero de dentro el hombre señorea
Su inmensa cerca, alegre contemplando
A lo lejos su nuevo y extendido
Imperio. En el paraje más subido
Del collado, su cumbre coronando,
Se extiende una arboleda innumerable
De fecundos frutales, escogida.
A un tiempo junta lo útil y agradable.
En sus ramas, que un soplo dulce mece,
Junto a la abierta flor, el botón crece,
Y la recién nacida
Fruta, sobre la fruta ya madura,
Nueva esperanza al apetito ofrece.
El indujo del Sol, que con dulzura
Y abundancia sus rayos las envía,
Las sazona, y varía
Con los bellos colores que el hermoso
Celeste arco a un nublado tenebroso.
Cuanto más Satanás a la encantada
Arboleda se acerca, más percibe
De un céfiro suave la pureza;
Aire divino, con el cual revive
De aquel fértil terreno la agotada
Fuerza, y conserva toda su belleza:
Puro aliento, remedio soberano
Para todos los males, exceptuada
La desesperación; ¡para ella vano!
Alrededor de Satanás respira
Balsámica la alegre primavera:
El dulce viento por las plantas gira,
O de las aguas sobre la ligera
Y clara cima plácido resbala.
Su soplo un néctar delicioso exhala,
Y de sus blandas alas al sonido,
Revive el verde campo adormecido:
Las flores inconstantes va besando,
Con su ámbar ambas alas perfumando,
Murmurando después, vuela sencillo
A contar a todo otro vientecillo
Que halla, cuál es la tierra deliciosa,
Donde su carga recogió preciosa.
Así cuando un piloto, recorriendo
Las apartadas costas africanas,
Bordeando sus desiertos arenales,
Las torres de Mozambica lejanas
Olvida ya, hacia el Norte prosiguiendo
Su viaje, entonces de las orientales
Playas siente venir los olorosos
Aromas de aquel clima deliciosos,
Que su olfato disfruta con intenso
Anhelo. Enajenado respirando
Los vapores preciosos
De aquellas tierras, en que siega errante
El Arabe la mirra y el incienso;
La vela acorta, y lento navegando
Por la costa adelante,
De aquellas sensaciones la dulzura
Más largo tiempo disfrutar procura:

Hasta el antiguo océano risueño
Celebra de él y de su nave el sueño:
Aunque a1 cabo ésta deja la ribera
Lejos, aspiran aún los marineros
Los hálitos suaves, que ligeros
La siguen largo espacio en su carrera.
Tan silencioso el Diablo, disfrutaba
Con ansia el fresco y perfumado viento
Que en aquellos contornos respiraba.
Suspense, solitario, a paso lento,
Va rodeando la cerca dilatada,
Penetrar procurando en su recinto;
Pero cien veces, sin hallar la entrada,
Se pierde en aquel denso laberinto
De plantas y de arbustos, que cerrando
Los huecos y los árboles trepando
Hasta lo alto, con tal fuerza se enlazan,
Que el paso a cada instante le embarazan,
Y le ocultan las partes interiores
De aquel jardín, y sus habitantes.
Hacia el opuesto lado, que al Oriente
Mira, es en donde existe únicamente,
Bajo de frescas sombras, una entrada;
Satanás la repara, y despreciando
Con soberbio desdén lo que no cuesta
Dificultad, de un salto en la sagrada
Mansión caer se deja, quebrantando
La ley severa por el Cielo impuesta.
Así entre sombras, cuando recogido
En el aprisco está el pastor dormido,
Creyendo su rebaño allí seguro,
Feroz, de su hambre cruel agujoneado,
El voraz lobo acude, y salta el muro;
Y el ladrón, de las sombras ayudado
De la noche, sitiando del avaro
El tesoro, que cien fuertes cerrojos
Y espesos muros guardan; abre un claro,
Por el puesto en que menos lo recela
En el tejado, por allí se cuela,
Y carga sin temor con sus despojos:
Del mismo modo aquel Arcángel fiero,
De todos los bandidos el primero,
Que desde sus principios fue homicida,
Pérfido asalta el muro, en que se encierra
El tesoro de Dios sobre la tierra:
Ya dentro, sube al árbol de la vida,
Al árbol que hacia el Cielo con su bella
Copa entre todos los demás descuella,
Y en la rama más alta y más frondosa
Se empina, transformado en la figura
De un carnicero buitre. No procura
Buscar la vida eterna en su preciosa
Fruta, antes bien horrores respirando,
Desde el árbol vital está pensando,
Con malicia profunda, de qué suerte
A cuantos viven ha de dar la muerte.
Tampoco cuenta en sus solicitudes
El recobrar, con la celeste influencia
Del árbol saludable, sus virtudes:
Sólo es una atalaya, desde donde,
Sin que pueda advertirse su presencia,
Que entro sus hojas cautamente esconde,
Consiga ver su presa deseada.
Así tan sola la divina ciencia
Conoce el precio justo, y la adecuada
Medida de los bienes y los males

De esta vida, y los otros racionales
Vivientes los pervierten, y hacen de ellos
Tal vez un uso indigno, profanando
Los dones más sagrados y más bellos
Del Cielo, y del bien mismo el mal sacando.
Silencioso el Arcángel examina,
El país delicioso que domina.
La tierra allí otro Cielo lo parece,
Que rica en bienes a su vista ofrece,
En sus claros arroyos, los verdores
De sus campos, sus frutos y sus flores,
A un breve y vivo cuadro reducida
En su recinto toda la belleza
Que extensa brilla en la naturaleza.
Es el jardín de Dios: es su escogida
Morada: de su amor es el secreto
Asilo, y de sus dones el objeto.
Dios mismo desde Aurán, que hacia el Oriente
A su extensión de término servía,
Lo había prolongado al Occidente,
Hasta el llano en que vieron los futuros
Siglos alzarse los soberbios muros
De la griega Seleucia, y allí había
Plantado con sus manos inmortales
Mil arbustos floridos, mil frutales,
Inocentes primicias
De aquella tierra, virgen todavía,
Que eran del paladar y del olfato,
Cual de la vista misma, las delicias.
Más hermoso, más grato,
O sobre todos los restantes,
Daba el árbol de vida sus brillantes
Frutos, con que los aires perfumaba
De ambrosía. Muy cerca, en la apariencia
Poco menos hermoso, se elevaba
El árbol homicida, de la ciencia
Del bien y el mal. ¡Ay Dios! ¡Planta funesta!
¡Y qué de penas a los hombres cuesta!
Por ella, los ardides infernales
Sumergieron la tierra en tantos males.
Un abundante río, al Mediodía,
Por la llanura mil rodeos dando,
De su verdor aumenta la alegría.
Encuentra con un monte, y sin ladearse
En un abierto seno, que al costado
Presenta, por la arena jugueteando,
Sus claras ondas corren a encerrarse.
Por su mano el Eterno ha atravesado
El alto monte en medio del camino,
Que recorre aquel río cristalino,
Para que se introduzcan en sus venas,
Por sus sedientos poros invisibles
Las aguas todas, y después de llenas,
En manantial de lo alto despedidas,
Y en multitud de fuentes apacibles,
Y limpios arroyuelos divididas,
Rieguen las tierras del jardín hermoso.
Regado todo, nuevamente unidas
En un lago espacioso,
De él en cascadas caen con estruendo
Todas juntas. El río apareciendo
Segunda vez, triunfante, caudaloso,
De volver a la luz se ensoberbece,
Y todos sus raudales agregando
A su corriente, rápido buscando
Nuevas tierras, de allí desaparece,

En las que, en cuatro ríos separadas
Sus aguas, a infinitas y apartadas
Regiones la frescura y la abundancia
Llevan; de cuyos nombres y distancia
Apenas conservados en la historia,
Por no alargarme, no hago aquí memoria.
Mas quisiera yo hacer una pintura
Cabal, si el arte tanto hacer pudiera,
Del modo con que el río, en su primera
Libertad, derramando su onda pura,
De la altura del monte despeñada
Con fuerte estruendo, cubre su cascada
De un paño de zafiros, cristalino,
Y cuál rueda después apresurado,
En los varios arroyos que ha formado,
Arenas de oro y perlas orientales.
Cada uno de ellos riega en su camino
Con su néctar las plantas, coloreando
Las flores, y las frutas sazonzando.
Flores y frutas todas celestiales,
Dignas de aquel divino Paraíso.
No las oprime el arte al cautiverio
De su mezquino método preciso,
Reduciendo sus libres y variadas
Familias. No conocen de su imperio
La nimiedad. No están en arregladas
Tablas y estrechos cuadros reunidas,
Sino al azar, sin orden aparente,
Por la mano magnífica esparcidas
De la naturaleza,
Sobre todas las artes eminente,
Que inimitable siempre, la belleza
Que a la esmaltada tierra ha prodigado
En el mismo desorden ha cifrado.
De aquella multitud innumerable
De plantas y de flores diferentes,
Una se abre al rocío de la aurora;
Otra ostenta la púrpura agradable
De su cáliz al sol, que la enamora,
Y tierna se matiza a los ardientes
Rayos del Mediodía;
Otras, de un verde bosque a la sombría
Solitaria espesura,
Calladas y modestas, su hermosura
Descubren, ocultando vergonzosas
Sus atractivos entre sus frondosas
Ramas del horizonte a la luz pura:
Tal era aquel jardín rústico, hermoso,
Sencillo al mismo tiempo y majestuoso.
Se realizan en él las fabulosas
Descripciones de aquel incomparable
Jardín de las Hespérides famoso.
Mil globos de oro, que entre la agradable
Verde esmeralda de las hojas penden,
Y bajo cuyo peso deleitable
Hasta el suelo descienden
Las ramas oprimidas,
Brillan en medio de sus escogidas,
Innumerales frutas, matizadas
De distintos vivísimos colores,
Con tan varios aromas perfumadas,
Como son diferentes sus sabores.
En otras partes del jardín inmenso
A porfía, las lágrimas preciosas,
Mil arbustos y plantas olorosas
Destilan, de la mirra y del incienso.

No ven allí los ojos encantados
Mas que una variedad de perspectivas,
A cual más admirable, deliciosas
Campiñas, arboledas, verdes prados,
Abundantes raudales de aguas vivas
Que esparcen la alegría y la hermosura;
Rebaños que, gozando la frescura
De las sombras, esquilan extendidos
Con Paz inalterable los floridos
Valles, al lado del león horrible,
Del voraz lobo, que con apacible
Inocencia, disfrutan el tranquilo
Fresco verdor de aquel remoto asilo,
Debajo de la copa levantada
De una palma, tendidos en la fina
Yerba, a la orilla de una clara fuente
O paciendo también tranquilamente.
Otro arroyo una vega dilatada
Baña, de hermosas flores esmaltada,
Y entre ellas de la rosa sin espina,
Digna de aquella tierra peregrina.
Algo más lejos, antros ignorados
Del sol, de fresco moho entapizados,
En la hora del calor, al dulce sueño
Convidan con su plácido beleño;
Se encarama arrastrando la ambiciosa
Hiedra sobre ellos, mientras majestuosa
La parra, a lo más alto va subiendo,
Sus vástagos robustos extendiendo,
A sus ásperos muros abrazada:
Pendientes de la bóveda elevada,
Entre las verdes hojas, resplandecen
Sus racimos purpúreos, que ofrecen,
De cada grano en el hinchado seno,
Un vaso de precioso néctar lleno.
A otro lado, de lo alto descendiendo
De las colinas, varios arroyuelos,
Sus aguas espumosas reuniendo
En un lago espacioso festoneado
De mirtos, y de flores coronado,
En su onda azul, espejo de los Cielos,
Después de haber regado la fecunda
Tierra, acaban su marcha vagabunda.
Las aguas se estremecen blandamente,
Y al sonido responden, con su acento
Dulce y variado, las canoras aves.
Murmura entre las hojas el ambiente,
Que ligero las pone en movimiento,
Uniendo a aquella orquesta su armonioso
Gemido, en tonos más o menos graves,
Los bosques ya cercanos, ya apartados,
Por los suaves vientos balanceados.
Tal es aquel concierto delicioso,
Natural, que la fábula diría
Que al coro de las Gracias, agregadas
Las estaciones, sobre las variadas
Llanuras del jardín a competencia,
Al compás de su dulce melodía,
Con los ligeros pies la yerba hollando,
Bailaban en cadencia,
Y que Pan con su flauta, acompañando
La alegre danza, sobre la pradera,
Por su parte gozoso celebraba
La fiesta de una eterna primavera.
No de la fértil Enna la abundosa
Vega, que en otros tiempos habitaba

La hija de Ceres, la triforme Diosa,
Cogiendo flores con su mano bella.
Menos hermosas que ella,
Cuando a la noche eterna del profundo
Tártaro la llevó el enamorado
Plutón, y su afligida madre el mundo
Para hallarla corrió de uno a otro lado,
No era tan verde, rica y deliciosa,
Como aquella morada venturosa.
Aun al valle de Daphne celebrado,
Que del Oronte baña la corriente
Y fertiliza la Castalia fuente,
El bello Edén avergonzado habría.
Las frescas arboledas que hermosea
El Tritón, donde no penetra el día.
En las que Baco, aun niño, fue escondido
Con la cabra Amalthea
Por Jove, ni las islas encantadas,
Bañadas por su rápida corriente
Pueden con el jardín de Edén florido
Ser por término alguno comparadas.
El monte, en fin, en donde antiguamente
Criar solían los Emperadores
Abisinos sus hijos, mientras eran
Jóvenes, en pensiles deleitosos,
Adornados de plantas y de flores,
Lo que dio causa de que supusieran
Algunos sabios que el Edén había
Existido en los climas calurosos
De la abrasada Etiopía, no podía
Sostener el cotejo más ligero
Con aquel Paraíso verdadero,
Por más que de sus rocas elevadas
La vista el vasto espacio distinguía
De su mansión supuesta recorriendo
Sus faldas dilatadas
Y valles amenísimos, en donde
Su origen ignorado el Nilo esconde.
Se está de negra envidia consumiendo
Satanás, que contempla el delicioso
Paraíso; se doblan su dolores
Sólo al ver la morada venturosa
De los deleites. Mientras que su ansiosa
Vista recorre todo su espacioso
Verde recinto entre sus moradores,
Advierte dos, cuya elevada frente
Y porte majestuoso
Le sorprenden: en ellos prontamente
Al ver sus bellos cuerpos, su presencia
Noble, llena de gracia y de inocencia
Celestial, el Monarca tenebroso
A los Reyes del mundo ha conocido.
Lo eran realmente, y serio merecían.
Imágenes de Dios, resplandecían
En su rostro sus brillos celestiales:
Dominando en su pecho agradecido
Los afectos más puros y filiales,
Como a padre le amaman,
Y como a Rey supremo le adoraban.
Queriendo siempre lo que Dios quería,
Media su poder la omnipotencia,
Y en sola la obediencia
Todos sus privilegios se fundaban;
Pero su sexo cada uno tenía
Diverso, y en sus prendas y figura
Se observaba notable diferencia.

Presenta el uno en su elevada frente
El valor junto a la sabiduría:
La gracia encantadora y la dulzura
Se ven de la otra en el resplandeciente
Semblante. Ambos del Cielo
Hijos, habitan en el mismo suelo.
Él para Dios; mas ella juntamente
Para él y para Dios criada ha sido.
En los ojos de Adán alta respira
La majestad; indican que ha nacido
Para el mando y la gloria. Su semblante
Serenos y varonil respeto inspira:
Sus poblados cabellos, de un brillante
Negro color, de la cabeza hermosa
Por el nevado cuello repartidos
En naturales rizos, caen ondeando
Hasta los hombros sólo, con graciosa
Negligencia, y los cubren esparcidos.
Como un velo densísimo fluctuando
Los de Eva, sin adorno y sin esmero.
Más poblados y largos, la hermosura
Ocultan de su talle, prolongando
Sus bucles de oro, juego del ligero
Céfiro, más allá de la cintura.
Aquellos blandos rizos se parecen
A los corvos zarcillos de la parra
Con que a los altos álamos se agarra,
A proporción que crecen
Sus vástagos, que débiles cayeran
Si aquel robusto apoyo no tuvieran.
Cabal emblema son de la flaqueza
De la mujer, que su ternura excita
El apoyo a buscar que necesita
En el amor del hombre y fortaleza;
Pero con todo, al paso que a él se inclina
Como inferior, amante le domina.
El hombre cariñoso, su entereza
Olvida, y cede voluntariamente
A su imperio. Ella gana dulcemente
Su corazón, y al paso que desea
Complacerle, modesta y reservada,
De su amor los favores le escasea,
Con lo que cada día es más preciada.
Así se unen la fuerza y la dulzura,
La bondad y el dominio, y asegura
El Pudor, del cariño la constancia.
¡No; tú, falso Pudor, hijo del crimen,
Sensación vergonzosa, con que exprimen
Los vicios un exceso de malicia,
No existías! El mundo, aun el, su infancia,
No estaba precisado a la injusticia
De cubrir, con un velo deshonesto,
La obra suma del Todopoderoso:
Con hipócrita adorno, los vestidos
Vinieron a ocultar posteriormente
Los dones que ostentaba la inocente
Naturaleza, y a ultrajarla, unidos
Con el vicio en estrecha compañía.
La vergüenza a la tierra de contado
Vino, y huyó el pudor abandonado.
Llegó, a tener vergüenza de sí mismo
El hombre, a quien su culpa sumergía
De la bajeza en el oscuro abismo;
Su honor perdió, y trocó por la decencia
Su candor primitivo y su inocencia.
No estaban en tal caso todavía

Los monarcas del mundo, que sin velo,
Sin el menor rubor se presentaban
A su Dios y a los Angeles del Cielo.
Como el delito aún no conocían,
En su desnudez santa no temían,
O por mejor decir, aun la ignoraban.
Sin el menor recelo,
Serenos sus bellezas desplegaron.
Él, de todos los hombres el modelo
Perfecto por sus prendas y figura;
Dotada ella de gracia y hermosura
Sobre todo su sexo; ambos dichosos;
Las delicias del mundo y los gloriosos
Dueños de sus restantes moradores,
Paseaban mano a mano entre las flores
De sus bellos jardines: el cultivo
Que daban en aquel feliz estado,
Sin pena, sin fatiga y sin cuidado,
Lo era para ellos más que un sucesivo
Placer, que les hacía más sabroso
Después el alimento y el reposo,
Cuando a la fresca sombra de una hermosa
Arboleda, a la orilla de una fuente
Cristalina, tendidos blandamente
Sobre la tierna yerba deleitosa,
La dulce precisión satisfacían
De comer, o el vigor disminuido
Con ligero descanso reponían.
Su alimento sencillo ministraban
Los árboles, bajando
Sus ramas a sus Reyes con rendido
Obsequio, y a su mano presentando
Mil frutas varias que las agobiaban
Con su peso, balsámicas, jugosas,
Saludables a un tiempo y deliciosas:
Calmados ya de la hambre los apuros,
Para saciar la sed, en sus cortezas
Perfumadas y huecas, recogían
De alguna fuente los cristales puros;
Superiores del lujo ¡las riquezas,
De mesa les servían
Ya un verde otero, ya un ameno prado
De tierna yerba y flores tapizado.
Venturoso festín, en que se unían
La festiva sonrisa, las delicias
De la conversación, con las caricias
Inocentes y puras, naturales
Entre aquellos esposos inmortales.
Durante la comida, numerosos
Vasallos a estos Reyes poderosos
Del mundo sus respetos tributaban;
Multitud de diversos animales,
Que entonces les servían y acataban,
Y después a los bosques, espantosas
Soledades y cuevas tenebrosas
Se refugiaron, donde montaraces
Y rebeldes, al paso que temblaron
De sus Reyes, sangrientos y voraces.
Por su parte también los asustaron;
Pero ahora, complacerles deseando,
Su festivo cariño desahogando
Delante de ellos, los entretenían
Con sus variadas luchas. Se veían
Mansos y alegres los leones fieros,
Y tigres retozar con los corderos;
Las crueles hienas y forzudos osos

Juguetear con los ciervos, y medrosos
Gamos dispersos por el vasto llano.
Aun el torpe elefante con pesados
Saltos se esmera en que su Soberano
Se divierta; ya muestra su destreza,
Ya de su horrible fuerza la grandeza,
De su ágil trompa los multiplicados
Nudos flexibles, o desenvolviendo,
O con arte admirable recogiendo,
Su habilidad agota prodigiosa.
A los pies de sus Reyes, resbalando
Por el suelo, despliega cada anillo
Por su turno, y se viene aproximando
La pérfida serpiente silenciosa,
Sin dar sospecha a su ánimo sencillo.
Otros brutos, la fina y fresca yerba
Del terreno abundoso
Siegan, o el pasto rumian con reposos,
Que tienen en sus buches de reserva.
Mas por grados la luz ya desfallece
Del Sol, que al Occidente, sumergido
En el remoto mar, desaparece,
Y el astro vespertino taciturno,
Al luto de las sombras extendido,
A prestar viene su farol nocturno.
Hasta aquel punto Satanás callado,
Desahoga al fin su pecho cancerado.
«¡Con que ésta es, oh Potencias infernales
»Exclama, aquella raza afortunada,
»Por el fiero enemigo destinada
»A ocupar nuestras sillas inmortales!
»¡Oh trueque el más horrible y lastimero!
»¡Oh rabia cruel! ¡sus nombres venturosos
» De la vida en el libro están escritos,
»Los nuestros de él borrados y proscritos!
»Pero cuanto yo más los considero,
»Más me admiro Compuestos milagrosos
»De luz y cieno; a un tiempo espirituales,
»Y terrenos; con poca diferencia,
»En prendas a los Angeles iguales,
»Pueden llegar a hacerles competencia.
»Tal gracia en ellos, tal candor respira,
»Que a pesar de mi justa y mortal ira,
»Me compadecen. ¡Oh desventurada
»Pareja! Goza, goza apresurada
»De tu felicidad. ¡Bienes, honores,
»Tranquilidad, placeres, al instante
»Desaparecerán! Sí: ¡en adelante
»Igualarán tu gozo tus dolores!
»¡Tiembra? ¡Ve a la desgracia encarnizada,
»A devorar su presa preparada!
»¿Y por qué Dios, a cuyo amor funesto
»Debéis vuestra existencia,
»Tan frágiles os ha hecho, y no ha dispuesto
»Dar a ese noble ser más consistencia?
»¡En vano os hizo un Cielo de la tierra!
»Satanás mismo os viene a hacer la guerra.
»¡Sí, yo propio! Ese Dios que ha establecido
»Vuestra vivienda aquí, hubiera debido
»Protegerla contra un desesperado
»Enemigo cual yo, con más cuidado.
»¡Vedme, pues, ya presento!
»¿Qué digo? No es el odio el que me gula,
»¡Oh pareja inocente
»Tan inferior a mí! La rabia, mía
»Contra vosotros no es. Vuestro abandono,

»Lejos de hacer que os mire con encono,
»Mueve en mi pecho un sentimiento humano
»Que para mi no tuvo mi tirano.
»Vuestra suerte a la mía a juntar vengo,
»Unos mismos derechos gozaremos,
»Y unos para otros todos viviremos.
»Yo facultad no tengo
»De daros la alegría y el reposo,
»Ni un Paraíso como éste delicioso;
»Mas mi asilo os daré, aunque desgraciado,
»Que vuestro mismo protector me ha dado
»Con él, sea cual fuere, yo os convido;
»Si no es mejor, en mi no ha consistido.
»A mi corte vendrán a conducir
»Reyes y Potentados, y a servir
»De escolta en las desiertas
»Regiones que atraviesa su camino:
»De par en par las infernales puerta
»Patentes os darán ancho pasaje:
»No será como aquí vuestro destino
»Vivir en un espacio limitado:
»Vosotros, vuestros hijos y linaje
»Cabréis con sobras en cualquier paraje
»Remoto de mi reino dilatado:
»Si en lugar de placer halláis dolores,
»Acusad a ese Dios, que a mis furores
»A vengar en vosotros ha obligado
»Los males de que él sólo autor ha sido:
»De vosotros estoy compadecido.
»Sí: siento atropellar vuestra inocencia;
»Mas lo requiere la razón de estado,
»Y ésta debe tener la preferencia.
»La conquista de un mundo, tanta dura
»Afrenta que vengar, causa bastante
»son para desterrar toda ternura
»De mi ulcerado pecho. Mi honor pida
»Que para siempre la piedad olvide:
»Esta debe callar en el instante
»Que la gloria se pone por delante.»
Así para arrojarse a aquel horrible
Delito, Satanás endurecía
Su corazón, por sí nada sensible,
Con la razón de estado y honor vano,
Excusas ya sabidas de un tirano.
.De su rama al momento con impía
Resolución desciende, y confundido
Entre los animales diferentes
Que a la sombra de aquel bosque florido
Sestean o retozan inocentes,
Tomando a cada paso la figura
De unos y otros, se oculta, y se asegura
De no ser conocido. Con tortuosos
Pasos se acerca de los dos esposos,
Y con la vista y el oído atento,
Notando el menor dicho o movimiento
Sobre su rica presa astuto vela,
Que inocente de nada se recela.
Tan pronto del león la catadura
Fiera toma, sacude la erizada
Melena, y con los ojos centellantes
Amenaza: tan pronto la figura
Del tigre cruel adopta, su barreada
Piel, de sus verdes ojos las brillantes
Malignas luces, como su postura,
Cuando, espionando de lejos los sencillos
Retrozos de dos tiernos cervatillos,

Se agacha, con cautela la cabeza
Levanta, y arrastrando se endereza
A ellos, huta esconderse tras de una alta
Peña, o maleza, desde donde salta
Sobre ambos el traidor con ligereza,
Y uno con cada zarpa atroz asiendo
Sacia en su sangre su furor horrendo.
Mientras que los acecha disfrazado
Satanás, de este modo, cariñoso,
Adán a su mujer, que tiene al lado,
Abre su corazón, y silencioso
El enemigo, que su ruina labra,
No pierde del discurso una palabra.
«¡Oh tú, la dice Adán, mi, amada prenda
»Única, sin la cual esta vivienda,
»Por más que sea hermosa,
»Me pareciera triste y fastidiosa!
»Tú, mi caro tesoro,
»Primero y noble don del Dios que adoro.
¡Sin duda a su poder imponderable
Iguala su bondad! ¿Y qué derechos
Teníamos nosotros a su amable
»Protección? ¿Qué servicios le hemos hecho?
»Necesitaba acaso nuestro vano
»Auxilio, el que del polvo, con su mano
»Poderosa nos hizo en un momento,
»Y nos dio todo cuanto poseemos?
Y qué nos pide en agradecimiento
»De tanto beneficio? Que gozando
»De todos cuantos bienes nos ofrece
»Este ameno jardín, sólo exceptuemos
»La fruta de aquel árbol de la ciencia
»Del bien y el mal, que al puesto está tocando,
»En donde el árbol de la vida crece;
»Precepto harto suave a quien disfruta,
»Con una amplia licencia,
»De tanta varia y exquisita fruta.
»Pero, ¡oh mi cara esposa, cauta advierte
»Cuán cerca de la vida está la muerte,
»Un árbol, de otro! Huyamos, pues, juiciosos
»De tocar a sus frutos venenosos;
»Contentos con la suerte
»Feliz que a Dios sin mérito debemos,
»Su cólera terrible no irriteemos;
»La muerte nos costara. ¡Sólo el nombre
»Basta, sin conocerla a que me asombre!
»¡Ah! pues que sobre todos los vivientes
»Nuestro imperio absoluto dilatamos
»Y el aire, tierra y agua dominamos
»Mediante su favor, ¿por qué imprudentes,
»Eva querida, su beneficencia
»Olvidando, tendremos la insolencia
»De quebrantar sus leyes soberanas?
»Obedezcamos, pues, a ese adorable
»Dios, que no dio un poder tan admirable:
»No perdamos jamás nuestra inocencia,
»Por ideas tan falsas como insanas.
»Ya que todos los frutos poseemos
»De este jardín hermoso y dilatado,
»A excepción de uno sólo, no lleguemos
»Siquiera a ese árbol que nos ha vedado.
»Bien merece este levé sacrificio
»El que nos ha hecho tanto beneficio.
»Rindamos, pues, a nuestro Dios augusto
»Este homenaje tan ligero y justo.
»Su bondad y grandeza bendiciendo

»Y su sagrada voluntad cumpliendo
»Sigamos divertidos las labores
»De las plantas, las frutas y las flores,
»Que aunque trabajo en su cultivo hubiera
»Siempre a tu lado una delicia fuera.
»¡Oh tú le responde Eva, tú mi guía,
»Mi dulce dueño, esposo tan querido,
»De quien y para quien formada he sido,
»Sin el cual mi existencia no sería
»Mas que un error de la naturaleza
»Agradecer, es cierto, no podemos
»A Dios tantos favores dignamente,
»Por más obsequios que lo tributemos,
»Por más que cada día su grandeza
»Aplaudamos; y yo principalmente
»A quien dándome a ti, todo lo ha dado.
»En ti ha agotado su magnificencia.
»¿Qué objeto puede serte comparado,
»Oh Caro Adán! ¡Con cuánta complacencia
»Me acuerdo de aquel día memorable
»En que empezó mi amor, como mi vida
»Estaba entre las flores ya dormida:
»Me despierto de pronto: me sorprende
»Un vivo sentimiento indubitable
»Me hace ver que yo existo. Esta admirable
»Novedad, por más que hago, no comprendo,
» Mas recorro mi ser, desconocido;
» Ni sé quién soy, ni cómo allí me encuentro,
»Ni de dónde he venido.
»A los objetos cuidadosa atiendo
»Que me cercan. En esto oigo el ruido
»Que hace, al brotar del escondido centro
»De una honda cueva, una abundosa fuente;
»Siguiendo más pausada a su destino,
»De su agua forma un paño trasparente:
»La miro, y en su seno cristalino
»Veo brillar la luz. Aventurada,
»De aquel húmedo plano a la ribera
» Llego curiosa, dándole una ojeada
»Tímida; pero ¡cuánto no me admiro
»Al ver allí a lo vivo retratada
»La inmensidad de la celeste esfera
»Y de la tierra, cuanto coge el giro
»De la vasta llanura deliciosa!
»En esto de repente en su onda pura
»Otro prodigio advierto, una figura
»Fluctuando en ella: me aproximo ansiosa;
»Pero apenas me inclino
»Para verla mejor, cuando al camino
»Me sale, y se me acerca presurosa:
»Con la misma atención ella me mira
»Que a ella yo, y si me aparto se retira.
»Cuando yo me estremezco, se estremece:
»Se espanta como yo; pero parece
»Que un móvil interior que yo no entiendo,
»La una hacia la otra nos está atrayendo.
»De volver a acercarnos encantadas,
»Nuestros ojos se buscan mutuamente
»Y mi crédulo amor, hasta el presente,
»Y el suyo, enajenadas
»Mirándonos una a otra nos tuviera,
»Si del espeso bosque no escuchara
»Una voz, que me habló de esta manera: »
Deja, Eva, tus delirios, y repara
Que lo que ves no es más que una figura,
Un traslado sutil, una pintura

De ti misma; que insana
Te apasionas por una sombra vana.
Sígueme, y verás pronto un nuevo objeto
No imaginario, sino que realmente
Existe y vive, digno de tu afecto,
Como del suyo tu; que prontamente
Con insolubles lazos a ti unido,
Con ternura será de ti querido:
Él con su ardiente amor te hará dichosa,
Y su suerte no menos venturosa
Será, con tu cariño inalterable.
De tu seno fecundo,
El humano linaje innumerable
Saldrá, que ha de poblar el vasto mundo.
Serás nombrada la universal madre
De los hombres, como él de todos padre.
»¿Qué debía yo hacer? Seguí obediente
»De aquella extraña voz el invisible
»Eco, hasta tanto que te hallé dormido
»A la sombra apacible
»De un plátano frondoso y eminente.
»No encontré en tu semblante aquel florido
»Tierno color, aquella gracia viva,
»Delicadas facciones, y atractiva
»Dulzura de la imagen encantada
»En que me había visto retratada.
»Aunque admiré tu varonil belleza.
»Y de tu augusto rostro la nobleza,
»Tímida huía ya, cuando tú abriste
»Los ojos, y a carrera me seguiste
»Gritando:-« ¡Vuelve, vuelve, Eva querida!
No temas; no huyas; mira que tu vida
De la mía ha salido;
Que de mí carne y huesos eres hecha.
Para que tú existieses, te he cedido
Una parte de mí, la más cercana
Al corazón, y de ella el amor mana
Que debe unirnos con la más estrecha
Inseparable liga. Mi porfía
No te espante en querer contigo unirme;
Pues que eres la mitad del alma mía,
De la cual yo no puedo dividirme.
No huyas, pues, de un amigo, de un hermano,
De un esposo.»-«A este punto me alcanzaste,
»Y cogiéndome tierno de la mano,
»Sobre tu corazón la colocaste.
»Cedí, y desde aquel día
»Conocí en tu hechicera compañía
»Cuánto mayor amor tu majestuosa
»Presencia varonil y tu juiciosa
»Prudencia inspiran, que mi delicada
»Belleza, que me tuvo alucinada
A estas palabras, mira cariñosa
A Adán, y reverente, de sus brazos
Le estrecha a medias en los castos lazos,
Apoyando el nevado y puro seno,
Que ocultan en gran parte sus dorados
Cabellos, cual madejas derramados,
Sobre su corazón. De pasmo lleno,
Al ver unido aquel, respeto raro,
Con tal cariño, en el objeto caro,
Adán a sus caricias amoroso
Responde; mas, sereno y majestuoso.
Aun su carácter superior demuestra
En medio del afecto que la muestra.
Así en las narraciones fabulosas

A Júpiter se pinta acariciando
A Juno, cuando el aire fecundando
Su unión sobre la tierra, la atmósfera
Llovió alegre los lirios y las rosas,
Y derramó la verde primavera.
De la más negra envidia consumido,
Observa sus caricias deliciosas,
Puras como sus almas virtuosas,
El perverso Demonio: enfurecido,
Con crueles ojos de través los mira,
Y de este modo suelta el freno a su ira:
» ¡Oh espectáculo horrible! ¡Oh nuevo Infierno,
» Mas insufrible aún que el que he dejado!
» Ellos, felices, del amor más tierno
» Mutuamente disfrutan. Han hallado
» En su sociedad dulce, en este hermoso
» Jardín, cuanto podía su ambicioso
» Corazón desear. ¡Desventurado
» Yo! ¡Al paso que ellos aman, aborrezco,
» Y cuando gozan, mísero padezco!
» ¡Para ellos es la dicha y la alegría!
» ¡EL infierno, las penas, la venganza,
» Siglos de padecer sin esperanza,
» Llanto y horror serán la suerte mía!
» Paz, gozo, dicha, amor, ¡jamás mi triste
» Corazón sentirá vuestra dulzura
» La desesperación, con su amargura
» Será en la eternidad mi única herencia.
» Pero ¿qué dices? ¡Oh infeliz! ¿No oíste
» El secreto importante que ha salido
» De su boca? Tal vez algún consuelo,
» Podrá proporcionarte esa imprudencia:
» En este fértil suelo,
» Según han dicho, se les ha prohibido
» La fruta que en el árbol de la ciencia
» Crece, como funesta al que la toca
» Vedar la ciencia, ¿no fuera una loca
» Manía, en Dios totalmente imposible?
» En esto es, pues, visible
» Que se oculta un secreto misterioso.
» ¿La ciencia será un crimen por ventura
» En ellos? ¿Estará acaso envidioso
» Dios de que ellos la adquieran? ¿O por suerte
» ¿Con la ignorancia, evitarán la muerte?
» No; lo más cierto es que será una pura
» Prueba que Dios habrá determinado
» Hacer de su obediencia
» Debida y su filial correspondencia.
» Si es así, ¡pobres de ellos! No pudiera
» Su altivo protector haber tomado
» Providencia que más facilitara
» Su ruina a un tiempo y mi venganza fiera.
» Parto; voy a pintarles el precepto
» De su Dios, que esa fruta, ha prohibido,
» Como extrañeza rara,
» Como de baja envidia puro efecto,
» Porque está firmemente persuadido
» Que si prueban del árbol de la ciencia
» La fruta, se abrirá su inteligencia;
» Y como él serán Dioses. Esta astuta
» Invención, y lo hermosa de la fruta,
» Sin duda excitarán, ya sus curiosos
» Deseos, ya sus humos ambiciosos.
» Si la comen, son muertos, y perdida
» Su raza, mi venganza está cumplida
» Pero nada omitamos; es factible

»Que algún Ángel descansa en la espesura,
»De este jardín, o goce la frescura
»De sus fuentes. Tal vez será posible
»Sacarle algún secreto conducente;
»Registrémoslo, pues, menudamente.
»Y vosotros, objetos tan odiosos
»Para mí, que os tenéis por venturosos,
»Aprovechad aprisa los momentos
»Breves que os quedan que gozar, en tanto,
» Que vuelto al reino del eterno llanto
»Os llevo a tener parte en. mis tormentos. »
Dicho esto, con escarnio, se endereza
Orgullosa a otra parte. Desconfiado
Registra el bosque, el llano, el monte, el prado,
Los frutales, las yerbas y aun abrojos,
Recorriéndolo todo pieza a pieza:
Nada se escapa a sus vivaces ojos.
Allá en donde la bóveda declina
Del Cielo y nuestra vista deslumbrada
Juzga que el horizonte se termina
Del mar en la llanura dilatada.
Remoto, con sus ondas confundido,
El Sol entre arreboles, encendido
De brillantes colores, se ponía
Y lentamente desaparecía,
Extendidos sus rayos luminosos
Al nivel de los campos deleitosos
Edén, que de oro y púrpura pintaban,
En su puerta oriental derechos daban;
Junto a ella, hasta los Cielos eminente
Un risco desigual, de refulgente
Alabastro elevarse se veía:
Entre sus rocas ásperas se abría
Un camino espacioso, que viniendo
Del llano, su cima, iba subiendo
En varias vueltas. Los demás costados
Derechos, escarpados,
Eran de todo punto inaccesibles.
Sentado con sus Ángeles, su altura
De puntas erizada,
De peñascos horribles,
Gabriel ocupa envuelto en una oscura
Nube, y en tanto que la noche viene,
A cuidadosas velas destinada,
En ver sus varios juegos se entretiene,
Juegos nobles, heroicos y cuales
A jóvenes convienen celestiales.
Para hacerlos estaban despojados
De atavíos guerreros. Esparcidas
Se ven por todas partes, suspendidas
Sobre las blancas rocas, las brillantes
Corazas, los morriones, los pesados
Broqueles, los escudos, los cimeros
De oro, ricos de perlas y diamantes;
De los dardos y lanzas los aceros
Tersos, que arrojan luz funesta y viva,
Completan la terrible perspectiva.
En esto, sobre un rayo vespertino
Del Sol, rápido Uriel, a la manera
Desciende de una exhalación ligera
Que en medio de una noche tempestuosa
Muestra al piloto trémulo el camino
Por donde se lo acerca la espantosa
tormenta, mientras triste y diligente
La brújula consulta inútilmente;
Al llegar dice: «Escucha, ¡oh generoso

»Gabriel! Puesto que el Todopoderoso
»La custodia de Edén te ha confiado,
»En torno de estos muros con cuidado
»Vela; que temo que hay algún precito
»Espíritu, que intenta en su distrito
»Introducirse. En este mismo día,
»Cuando mi astro mediaba su carrera,
»Un ser espiritual llegó a su esfera,
»Y se me presentó como un curioso
»Angel, que otro motivo no tenía
»De viajar que el de ver el milagroso
»Orden del mundo, y particularmente
»De admirar en el hombre la preciosa
»Y fiel imagen del, Omnipotente:
»Su aire divino, su presencia hermosa,
»Me engañaron al pronto; pero luego
»Que partió, con la vista le he seguido
»A esos montes al Norte colocados,
»Hasta que en su espesura le he perdido.
»Su oscuro ceño, su desasosiego
»Y sus ojos turbados,
»No obstante su disfraz, me han persuadido
»De que es sin duda una infernal espía.
»Y algún perverso intento aquí le guía.»
»Ilustre hijo del Cielo, le responde
»Gabriel, sé bien que de ese Sol brillante
»Que habitas, a tu vista penetrante,
»Del vasto espacio que con sus fogosos
»Rayos alumbra, nada se la esconde,
»Y me consta también que no ha llegado
»Aquí ninguno de nuestros gloriosos
»Ciudadanos celestes desde la hora
»Del mediodía, a no ser enviado
»Con órdenes del Cielo, pues que hasta ahora
»De la guardia ni un punto hemos faltado:
»Mas con todo, si alguna criatura
»De otra clase, cual dices, atrevida,
»Saltando de los muros la clausura
»Aquí se ha introducido,
»Lo que a un ser incorpóreo no podemos
»Impedir, aunque más esté escondida
» Antes que la Aurora haya aparecido
»Está seguro de que la hallaremos. »
Dijo: y a Uriel la punta, del dorado
Rayo del Sol que allí lo había traído,
Formando un arco, vuelve apresurado
A llevarlo a aquel astro que su ardiente
Rostro hacia las Azores ocultaba
Y su diaria carrera remataba,
O por mejor decir, rodar veía
Nuestra pequeña esfera diligente,
Que su órbita diurna concluía,
En tanto que él, inmóvil, majestuoso,
Envuelto en resplandores,
Cual de la Aurora, así del Occidente,
El velo de vapores nebuloso
Adornaba de mil vivos colores.
Pero la fresca noche ya ha tendido
Su oscuro manto: el pueblo de las flores
De su negra librea se ha vestido:
El silencio la sigue: se adormecen
Cada cual en su albergue o en su nido,
Los brutos y las aves,
Que al dulce viento plácidas se mecen
En el bosque distante:
Todo calla, a excepción del vigilante

Ruiseñor, que amoroso, con suaves
Notas en su variado canto gime,
Y a las sombras sus quejas tierno exprime
Los céfiros detienen sus alientos
Por oírle, y los ecos solamente
Envidiosos repiten sus acentos;
Entretanto la bóveda eminente
De los Cielos se cubra de zafiros
Centelleantes, que guía en la pomposa
Marcha admirable de sus varios giros
Héspero con su luz resplandeciente,
Hasta que en medio de la silenciosa
Turba se deja ver su majestuosa
Reina, todos sus brillos eclipsando,
Y desde su azul trono dilatando
El blando velo de su luz plateada
Sobre la tierra en sueño sepultada.
Adán entonces a su compañera
Dice así: «Ya ha empezado su carrera
»La noche. como ves: la paz amable
»La sigue: así el Señor, con admirable
»Orden, suceder hace al bullicioso
»Día el nocturno plácido reposo:
»De éste los vagabundos animales
»Disfrutan ahora sosegadamente,
»Sin dar cuenta a su Dios del precedente
»Tiempo, o reconocer sus celestiales
»Bondades; mas el hombre, que criado
»Fue libre, inteligente,
»Y a ser el Rey del mundo destinado,
»En espíritu y cuerpo dividido,
»Con el alma a su Dios agradecido
»Debe amar y alabar, y juntamente
»Servirle con sus fuerzas corporales,
»Empleándose en trabajos materiales,
»Para adornar la habitación hermosa,
»El jardín, que ha debido a su sagrada
»Dignación, y evitar la peligrosa
»Ociosidad, con una moderada
»Ocupación, que lejos de cansarle,
»El gozo y el placer sirva a aumentarle
»Retirémonos, pues, y disfrutemos
»Del sueño a que la noche nos convida,
»Y en la fresca mañana volveremos,
» A la rosada aurora adelantados,
»A dar a este jardín nuestras labores.
»Hay varias plantas cuya desmedida
»Lozanía de ramas y de flores
»Sofoca los retoños moderados
» De otras, y así cortar es necesario
»De sus brotes el lujo extraordinario,
»Que no es más que una estéril abundancia
» Del cenador en la agradable estancia
»Hay también porción de hojas marchitadas
»Y de ramas quebradas
»Que quitar: Pero es tarde ya. Durmamos,
» Y la naturaleza repongamos.
A estas palabras; el modelo hermoso
»De las mujeres, Eva, le replica:
»¡Oh tú, objeto querido de, mi ardiente
»Amor; tú, de mi vida cara fuente!
» ¡Con qué gusto me entrego a tu juicioso
»Dictamen en un todo! Dios se explica
»Por tu boca: esto basta: me someto;
»Tu sólo a Dios, yo a ti debo respeto
» Después de él. Tú en su nombre eres mi guía:

»Obedecerte es la obligación mía.
»Sí, caro esposo, en ti todos los dones
»Encuentro: disfrutando de tu trato,
»Los días, meses, años y estaciones
»Me parecerán sólo un breve rato:
»En todas me deleito Y soy dichosa:
»Que varíen o no, una misma cosa
»Son para mí, cuando te tengo al lado:
»Nada me causa enfado;
»Todo me hechiza en la naturaleza
»Contigo. me deleita la rosada
»Suave luz del alba y su frescura,
»El canto de las aves matutino:
»Del sol recién nacido la belleza,
»Cuándo su luz, a ríos derramada,
»Se abre, entre la espesura
»Del bosque más oscuro, ancho camino,
»Los montes y los valles alegrando,
»Y las flores y frutas coloreando:
»No menos el rocío me recrea,
»Cuando en lluvia del Cielo descendiendo
»Con sus trémulas gotas hermosa
» Y refresca las hierbas, esparciendo
»En el campo un aroma delicioso:
»También me gusta al fin de un día hermoso
»La tarde, que apacible sucediendo
»A sus vivos fulgores, nos convida
»A una distracción dulce y al reposo:
»Del tierno ruiseñor la repetida
»Canción, que siempre nueva me parece,
»En medio de la noche silenciosa,
»Mil delicias me ofrece
»Puras también: me encanta la plateada
»Luna, y esa preciosa pedrería
»Del Ciclo: esa brillante y numerosa
»Turba de estrellas de que va escoltada,
»Que sólo el que las hizo contaría.
»Mas todo cuanto en la naturaleza
»Me deleita; las rosas de la aurora,
»El cantó matutino de las aves,
»Del sol recién nacido la belleza,
»Sus luces con que el campo se colora.
»El rocío y sus perlas, la frescura
»Con que animan las hierbas, los suaves
»Aromas que despiden, la hermosura
»De la tarde apacible, el melodioso
»Trino del ruiseñor, el misterioso
»Silencio de la noche, y las legiones
»De estrellas que rodando en los distantes
»Celestes pabellones
»Relucen a manera de diamantes
»Y la luna, su reina majestuosa,
»¿Qué serían sin ti para tu esposa?
»Pero dime, ¿esos astros que iluminan
»El firmamento, cuando en un completo
»Letargo todo yace, a qué caminan,
»Y cuál es de sus luces el objeto? »
»¡Oh del hombre y de Dios hija admirable!
»La dice Adán; toda esa muchedumbre
»De globos, de que sólo una vislumbra
»Divisamos, con orden inmutable
»Comienzan y concluyen su camino
»Cada día, sin fin, con el destino
»De dar luz a otros Pueblos, o nacidos
»O por nacer, pero desconocidos,
»Por estar tan remotos de esta esfera

»De la tierra, que en orbes más cercanos
»Vivirán, como en éste los humanos.
»Sin esa población, la noche, todo
»Su imperio antiguo recobrado hubiera
»Su inmensa posesión, y dominando
»Cual despótica Reina, extendería
»Su manto tenebroso de tal modo,
»Que el universo rápida enlutando,
»La antorcha de la vida apagaría.
»Ahora, el fuego eficaz de esas lumbreras
»Todo lo anima, todo lo ilumina,
»Y no sólo fomenta las esferas
»Cercanas, más también veloz camina
»Por todo el universo, derramando
»El calor y la luz, comunicando
»A todas partes su vital aliento
»Todo lo templó. todo lo calienta,
»Todo lo adorna, todo lo alimenta
»Y cuanto cría, con su influjo lento
»Lo prepara en secreto a que reciba
»Del sol ardiente la impresión más viva,
»Y aunque para nosotros sean perdidos
»Por nuestra corta vista los lucidos
»Brillos de esas esferas, no pensemos
»Que esa obra prodigiosa
»La inmensidad que vemos pueble ociosa,
»Ni que falten tampoco espectadores
»Que admiren todo lo que no podemos
»Nosotros alcanzar, y adoradores
»Que alaben al Señor por su hermosura.
»Debes estar segura
»Que de noche y de día, aunque escondidos
»A nosotros, millares de millares
»De espíritus celestes, esparcidos
»Por todos lados, sin cesar velando.
»Admiran esos bellos luminares,
»Esos miles de mundos diferentes,
»A su hacedor benéfico ensalzando.
»¿Y cuántas noches, de la selva umbrosa,
» De los valles y montes eminentes.
»No nos repitió el eco la armoniosa
»Música de sus voces concertadas,
»Solas o en varios coros separadas?
»Cuando sus escuadrones diligentes
»Entre la oscura sombra están velando,
»O en sus nocturnas rondas caminando.
»Varias veces, cual yo, les has oído
»Acompañar sus voces deliciosas
»Con los ecos sonoros
»De sus arpas y liras melodiosas.
»Y el tiempo de la noche, dividido
»En varias velas, alternar sus coros.
»Llamando tiernos nuestros corazones
»A tributar a Dios adoraciones. »
Así acabó. Se sigue un amoroso
Silencio, y por la mano de su esposo,
Eva al lecho nupcial es conducida;
Lecho de la virtud y la inocencia
En que está toda la magnificencia
De la naturaleza resumida.
Por su mano el Señor plantado había
El bello cenador, en que existía.
Con el laurel, el mirto se hermanaba,
Para formar su techo y sus costados;
Entre sus verdes ramos enlazados,
Sus blancas flores el jazmín mezclaba;

Y el amaranto hermoso,
Circundado de un pueblo numeroso
De mil floridas plantas, se elevaba.
Allí con un desorden aparente
Se ven resplandecer confusamente
Los mosaicos Iris y las rosas,
Los cárdenos jacintos, olorosas
Violetas, y un sin fin de delicadas
Flores, tan vivamente coloreadas,
Que al rubí y al topacio oscurecieran
Si a su lado sus brillos se pusieran.
La ave, el insecto y aun el vagabundo
Cuadrúpedo, se guardan con respeto
De profanar osados el secreto
Asilo, reservado al Rey del mundo.
De la fábula el campo fértil, vario,
No presentó jamás antro, habitado
Por los Sátiros, Ninfas y Silvanos,
Más silencioso, oculto y retirado
Que lo era aquel refugio solitario,
Entre todas las Sombras señalado
Del Edén, Para ser de los humanos
La cuna. Con sus manos virginales
Eva hermoseado lo interior había,
Para aquel agradable y feliz día,
En, que de ambos los lazos inmortales
Debían estrecharse, en que del Cielo
La Sacra bendición los sellaría:
Rosas por lecho; la naturaleza
Por testigo; Por dote la belleza,
Y por gala nupcial el blanco velo
De la Pura inocencia: tales eran,
Las circunstancias, las solemnidades
De una boda que a todas de modelo
Servir debía, en las demás edades,
Si ambos fieles a Dios permanecieran.
¡Eva feliz, mil veces más hermosa
Que la bella Pandora fabulosa
Ojalá que tú al mundo las fatales
Desventuras no traigas y los males
Que a ella la antigüedad ha atribuido!
Ambos esposos, el, el escondido
Retiro entrando, adoran reverentes,
Por la abierta techumbre divisando
El Cielo, al que crió sus refulgentes
Bóvedas aire, tierra, y los lucidos
Orbes inmensos que a ésta están rodeando,
Para aclarar las sombras repartidos.
Unidos cantan este himno amoroso:
«Tú, ¡oh Dios! como la noche, hiciste el día;
»Para él descanso aquélla, éste al contrario,
»A fin de que un trabajo deleitoso,
»A la naturaleza necesario,
»Que un ocio continuado cansaría,
»Haga más dulce aquel mismo reposo
»¿Y a quién, Señor, sino es a ti, debemos
»Estas delicias, estos indecibles
»Ímpetus de amor tuyo con que ardemos
»Y los lazos estrechos y apacibles
»Del dulce afecto que nos profesamos
»El uno al otro, y que te consagramos?
»Este afecto inocente, inalterable,
»Entre tus dones es el más amable
»Adorarte, servirte,
»Y como a tierno padre bendecirte
»En un corazón sólo siempre unidos,

»Es nuestro único bien, nuestro desvelo.
»¿Y basta acaso el más ardiente celo
»Para corresponder agradecido!
»A tanto favor tuyo? Tu criaste
»Este jardín tan vasto y adornado
»Para nosotros solos demasiado
»Fecundo; y tierno nos aseguraste
»Que su feracidad y su grandeza,
»Necesitando brazos numerosos
»Para darle cultivo, y su belleza
»Testigos que la admiren, religiosos,
»De nuestra unión amable brotaría
»Una progenie de hombres abundantes,
»Que a nosotros en todo semejante.
»Sus frutos y sudor dividiría.
»¡Con qué delicia, cuando estén cumplidas
»Estas promesas tuyas, Cantaremos
»Juntos tu gloria, y te bendeciremos,
»Sea cuando la luz brillo del día,
»Sea cuando las sombras esparcidas
»De la noche nos llamen al tranquilo
»Sueño, en nuestro escondido y grato asilo!
Así los dos esposos acabaron
Su oración al Eterno; satisfecho
Este dulce deber, se retiraron
A su mullido y perfumado lecho,
Y en brazos de la paz y la inocencia
Al plácido descanso se entregaron.
Salve, ¡oh sacro Himeneo! ¡Feliz fuente
Del humano linaje! ¡Entonces puro
De todo impulso de concupiscencia,
De mano misma del Omnipotente
Saliste; y aunque luego el humo impuro
Del pecado algún tanto ha oscurecido
Tu lustre, siempre santo, protegido
Por la divina ley, eres fecundo
Manantial, destinado a dar al mundo
Desierto racionales moradores,
Y a su eterno Señor adoradores!
¡Tú, de esta corta vida en el camino,
Eres el general, útil destino
De los humanos, y si alguno tiene
Tal gracia del Señor, tal fortaleza,
Que imitando la angélica pureza
De tus consuelos lícitos se abstiene,
Hace a Dios el más grande sacrificio!
¡Salve pues, oh tú, origen de la humana
Sociedad! ¡Noble antídoto del vicio!
¡Única propiedad de la primera
Edad de la inocencia, en la cual era
Lo restante común! ¡De ti dimana
Todo lazo social, y por tu imperio
El hombre, a quien el Cielo tu sagrado
Yugo exclusivamente ha destinado,
Desterró el adulterio
Entre los brutos. Como los amores.
Vagos y de otros vicios la torpeza
Con todos sus horrores!
¡Sola tu unión es verdadera y pura!
La razón la asegura
Como la aprueba, la naturaleza.
¡Tú sólo, refrenando las pasiones
Estableces las dulces relaciones,
Los nombres caros entre los humanos
De esposos, padres, de hijos y de hermanos,
Lazos que a un tiempo el público bien hacen,

Y la privada dicha satisfacen!
¡Para ti únicamente
Sus flechas oro el casto amor reserva,
Y sus alas de púrpura conserva!
¡Para ti es de su antorcha el fuego ardiente,
No ya de los sentidos pasajera
Vislumbre, sino llama verdadera
Y pura de las almas! ¡Cuán distante
Está de aquel impuro
Fuego, tan sin razón amor nombrado,
Ya del vicio nacido, ya comprado,
Y de aquel otro afecto delirante,
Que disfrazado con el manto oscuro
De la noche hace dura centinela
A un balcón, y frenético respira,
Tiritando al compás de su arpa, o lira
La torpe seducción que le desvela!
Lejos de ti también las engañosas
Caricias, del desorden alimento,
Placeres, embriagueces de un momento,
Con que la loca juventud cebada,
Víctima de mil penas dolorosas
Y largas, se ve al fin sacrificada!
¡No eran tales los lazos que ceñían
La pareja inocente!
Del ruiseñor al canto melodioso
Arrullados, tranquilos, dulcemente
En su lecho dormían;
Su desnudez cubría el oloroso
Rocío de las flores que caían
Del techo, y la fatiga precedente
Desechando, sus fuerzas reparaban,
Que así diariamente renovaban.
¡Pareja amable, en dulce paz reposa!
Serás siempre dichosa,
Si con serlo, cual lo eres, te contentas,
Y saber más que sabes nunca intentas!
En esto, ya mediaba su carrera
La noche, y para hacer la acostumbrada
Ronda, los Querubines con ligera
Marcha, la puerta de marfil dejando,
Por el bello jardín van caminando.
Gabriel entonces, a su camarada,
Después de él entre todos el primero,
Vuelto, dice: ¡Oh magnánimo guerrero!
»Contigo la mitad de estas legiones
»Lleva; y con atención al Mediodía
»Corre el campo. Vosotros al contrario,
»Que velen vuestros fieles escuadrones
»A la parte del Norte es necesario.
»Por el camino que al Poniente guía
»Nosotros todo lo registraremos,
»Y a la mañana allí nos reuniremos.
La tropa se divide en el momento
En tres escuadras, cual la llama al viento.
A Cephón y a Ithuriel con otro fuerte
Cuerpo separa, y dice de esta suerte:
«Partid, volad ligeros al instante:
»Registrad con cuidado vigilante
»Todos los escondites misteriosos
»Del jardín; sobre todo, con curiosos
»Ojos, examinad el retirado
»Asilo en que descansa descuidado
»Adán con su mujer; pues ha venido,
»Esta tarde a la guardia un mensajero
»Celestial del ocaso, y he sabido

»Por el, que de el Infierno se ha escapado
»(¡Quién lo hubiera creído!) un prisionero
»De algún malvado intento conducido.
»Id, prendedle, y traedle a mi presencia. »
Esto dicho, camina en diligencia
Con, su fuerte escuadrón, cuya guerrera
Armadura en las sombras centelleando
Eclipsa a la brillante mensajera ando,
De la noche. Cephón y el de su mando,
Rápidos por su parte se enderezan
Al asilo en que ocultos descansad
Están ambos esposos, Y tropiezan
Con el cruel Satanás, que revestido
De la figura de un reptil pequeño,
De la esposa de Adán sitia el oído.
Con, su halito mortal durante el sueño
Una ilusión la inspira, con que en pena
Tiene su corazón, y la enajena
La razón, su veneno procurando
Difundir en los más Puros vapores
De la sangre, que a modo de ligera
Niebla que eleva de una clara fuente
El Sol, de vena en vena circulando
Todo lo Interior llena. Los horrores
Tira a infundirla de que su alma fiera
Toda rebosa, la ambición ardiente,
La curiosidad vana, la osadía,
La esperanza falaz, la rebeldía,
Y sobre todo la soberbia adusta,
Cuanto más bien tratada más injusta.
Mientras que a la inocente así provoca
Al mal Cephón ligeramente toca
Con la acerada punta de su lanza
Al, infernal reptil, que diligente,
Su venida advirtiendo. se ha escondido
Entre las flores. Nada a aquel temido
Contacto se resiste, hacia él se avanza
El feroz enemigo de repente,
De su disfraz desecha la impostura,
Y vuelto a su legítima figura.
Así como un depósito de inerte
Pólvora. de que nadie sospechara,
A no haberlo observado, que encerrara
La ruina y el horror, cuando por suerte
Una chispa la toca, con tremendo
Estampido el contorno estremeciendo
Aun a los más lejanos amedrenta,
Tal el Rey del Infierno se presenta
Delante de Cephón y sus guerreros,
Que al verle, al reparar su horrible gesto,
Cediendo del horror a los primeros
Impulsos, retroceden; pero presto
La ira ocupa el lugar de la sorpresa,
Y así Cephón su indignación le expresa
«¿Quién eres, atrevido?
»¿De dónde vienes? Di. ¿Cómo has podido
»En el jardín entrar? ¿Acaso no crees
»Uno de aquellos delincuentes seres
»Para siempre al Infierno condenados?
»¿Por qué, pues, de tu cárcel los candados
»Has roto? ¿Con qué intento
»En ese disfraz vil y sospechoso
»A turbar vienes a este sacro asiento
»De esos dos inocentes el reposo?»
«¡cómo! ¿No me conoces? le responde
»Satanás. No lo extraño: colocados

»Todos vosotros en los inferiores
»Puestos del Cielo como os corresponde
»Remotos de las clases superiores,
»Jamás la honra de serme presentados
»Tuvisteis, o si tu me has conocido
»En la corte de tu amo casualmente,
»Dime, plebeyo vil, ¿por qué has fingido,
»Ignorar quién soy yo?» Al insolente
Vuelve Cephón desprecio por desprecio.
»¡Oh ser tan orgulloso como necio!
»Lo dice, no es posible conocerte
»Habiendo así llegado a envilecerte
»Un Ángel busco aún en ese impuro
»Rostro, y no encuentro más que un ser perjuro.
»¿Te crees todavía en el estado
»En que te vi cuando resplandecías
»En tu celeste silla? Aquellos días
»¡Infeliz! para ti se han acabado.
»Perdiste la hermosura y la excelencia,
»Al punto que perdiste la inocencia!
»¡La venganza de Dios en tu horroroso
»Semblante está grabada,
»Ángel falso de luz, del tenebroso
»Dominio esclavo vil, de tu sagrada
»Patria deshonra! ven para entregarte
»Al Jefe de esta celestial milicia,
»Que de tu odio implacable y tu malicia
»Debe guardar esta feliz morada.
»Como mereces él sabrá tratarte.»
Así concluyo. Su serena frente
Y su belleza dan tal ascendiente
A su severidad, que sorprendido
Sé, turba Satanás. Desfallecido,
Reconoce la fuerza incontrastable
De la virtud, y sufre intolerable
Tormento al ver un bien que el ha perdido:
Pérdida que, a pesar de su violento
Furor, lo impide toda resistencia;
Pues su desmayo es pura consecuencia
De la vergüenza que su pecho oprime,
No de temor ni de arrepentimiento.
De no poder vencerla sólo gime
Su soberbia; con todo, exteriormente
Esta interior debilidad desmiente,
Y así a Cephón responde: «Estoy dispuesto
»A marchar; pero tú, ¡vil temerario,
»De un tirano del Ciclo secundario
»Ministro! a tu orgulloso Jefe envía
»A decir que le espero en este puesto,
»O si, no, armaos todos juntamente,
»Que juntos mi valor os desafía:
»Pues siendo en todo tan sobresaliente
»Sobre vosotros, fuera poca gloria,
»Venceros separados, y sí acaso
»Por un azar es vuestra la victoria,
»Tendré menos vergüenza en mi fracaso
»¡Ángel degenerado!-le responde
»Cephón, con una irónica amargura,
»Tu miedo, que a mis ojos no se esconde,
»Que no llegará el caso me asegura
»De un combate, en que el último guerrero
»De los que están aquí te vencería.»
Satanás no replica, y el ultraje
Devorando en silencio, prisionero,
Humillado, al paraje
Dispuesto, entro la guardia el paso guía.

Ardía de furor; pero no osaba
Ni huir ni batallar, porque una mano
Invisible de lo alto le abrumaba.
Su soberbia, ocultar procura en vano
La vergüenza interior que a su semblante
Se ve asomada. Tal un arrogante
Bridon tasca, espumando,
El duró freno que lo está domando.
Mas llegan a la puerta de Occidente,
Puesto asignado a la guerrera gente
Para su reunión. Allí se hallaban
Ya las otras escuadras y esperaban,
Formadas todas bajo sus banderas,
De su Jefe las órdenes postreras,
Cuando Gabriel exclama: «¡Camaradas!
»De gente que aquí viene oigo el ruido:
»Tened todos las armas preparadas:
»Mas ya a los resplandores del Ocaso
»Distingo que es el escuadrón guerrero
»Nuestro, a correr el centro dirigido
»Del jardín, y con él un extranjero
»Viene, que en su estatura, incierto paso,
»Vista amenazadora y ceño duro,
»Es algún potentado del oscuro
»Infernal reino. Cada cual atiende,
»Más aun que valeroso, a ser prudente,
»Pues que su gesto y su mirar ardiente
»Recelar me hacen una gran contienda. »
Llega en esto Cephón, y lo da cuenta
De cómo y en qué puesto hallado ha sido
Aquel rebelde, su disfraz fingido,
Sus palabras, sus miras y el exceso
De su rabia violenta,
Al verso por la fiel escuadra preso.
Gabriel entonces con semblante airado,
Áspero, así amenaza al monstruo osado:
«Habla, esclavo rebelde, ¿por qué vienes
»A corromper con el impuro aliento
»Del vicio a la virtud? ¿Qué quehacer tienes,
»Pérfida fiera, con los corazones
»Fieles, que nunca en tus conspiraciones
»Tuvieron parte? Y si tu atrevimiento
»Te ha podido sacar de tu terrible
»Cárcel, di: ¿cuáles son las intenciones
»Tuyas en afligir con esa horrible
»Presencia este Paraíso venturoso?»
Con desdén fríamente sonriendo,
Replica Satanás: «Yo no comprendo
»Tu delirio, oh Gabriel. Te reputaba,
»Cual todos en el Cielo, por juicioso;
»Pero o no eres el mismo, o me engañaba.
»Di: ¿qué cautivo no anhelará ansioso
»Quebrantar sus cadenas?
»¿Quién al placer preferirá las penas?
»Si tu mismo cautivo te encontraras,
»Tus hierros a romper no te esforzaras?
»Mas poco compadece ajenos males
»Aquel que no ha sentido, sus fatales
»Heridas, y Gabriel, siempre en el Cielo,
»De la desgracia ignora el desconsuelo.
»Mimado por la próspera fortuna,
»Del infeliz la queja le importuna.
»Dices que yo la ley he quebrantado
»Que tu amo me había impuesto;
»¿Y para qué las puertas me ha dejado
»Abiertas? Si no quiere estar expuesto

»A tales lances, que las asegure
»Con llaves y cerrojos, y procure
»Que las guarden mejor sus carceleros.
»Cuando me sorprendieron tus guerreros,
»Yo soy sincero, andaba paseando
»El jardín, sus bellezas disfrutando.
»¿Y en que a tu Rey ofende la inocencia
»De esta distracción mía? ¿Por ventura
»He cometido la menor violencia?
»¿Cuál es, pues, mi delito o mi impostura?»
Gabriel con risa amarga le replica.
«Conque ya la razón se ha despedido»
»Del Ciclo y sus oráculos explica
»En el Infierno, donde se ha acogido
»Con Satanás? ¿ Él es el que decide
»Del juicio ajeno, cuando el suyo mismo
»Se extravió, hasta arrojarle en el abismo?
»¿ y ahora de las sospechas cuenta pide
»Que de su negra trama hemos formado?
»Dices que es dulce el evitar los males;
»¿ Pues por qué provocar las inmortales
»Iras de tu Señor? ¡Vil fugitivo!
»¡Traidor a tu amo! Pronto su irritado
»Brazo, segunda vez a tu olvidada
»Cadena te pondrá, después de arado
»Tu cuerpo todo con azote vivo
» De llamas, con lo cual esa acendrada
»Razón tuya conozca cuán terribles
»Golpes da su venganza provocada.
»Y ahora dime: ¿por qué tus apacibles
»Compañeros, contigo no han salida
»De su oscura prisión? ¿ Es su tormento
»Menor que el tuyo, o tienen más aliento
»Que tú? Si es, gustoso te concedo
»Que con el mayor juicio ha procedido
»Su digno Jefe, que tan listo ha huido,
»Dejándolos; pues ya que de valiente
»Pruebas no ha dado, su oportuno miedo
» Le acredita a lo menos de prudente.»
Satanás le responde enfurecido:
«¿Quién puede proferir tan insolente
»Calumnia? ¡Yo cobarde! ¡Yo medroso!
»¡Ah! ¡No me han visto así los celestiales
»Campos, en que contigo combatiendo,
»Contigo, que estás ahora tan brioso,
»Nada de mi venganza te librara,
»De mis golpes seguros y mortales,
»Si tu amo, conociendo
»Cuánto a los míos eran desiguales
»Tus alientos, sus rayos no juntara
»A tus débiles tiros! Tu arrogante
»Discurso viene da tu inexperiencia,
»Y prueba que aun estás harto distante
»De saber lo quo exige la prudencia
»De un Jefe, y que éste debe no arrojarse
»A empresa alguna, sin asegurarse
»Por sí mismo de si es o no asequible.
»Esto es lo que he hecho yo. Habiendo tenido
»Noticia de esto mundo producido
»De nuevo penetrado de la horrible
»Situación en que estamos, descoso
»De aliviarla, intente ver si podría
»Establecer en este delicioso
»Vasto país ¡ni pueblo desgraciado!
»Para lograr la empresa, convenía
»Antes reconocerlo exactamente

»¿ Y este empeño difícil y arriesgado
»Acaso a los demás dejar debía?
»Lo emprendí: mil peligros he vencido:
»Con vuelo diligente,
»Ese desierto inmenso he conseguido
»Transitar solo, y veme aquí presente.
»Alaba un poco menos tus guerreros:
»Las delicias, los cultos lisonjeros
»Del Ciclo, con su gloria. Acostumbrados
»De la música y canto a la dulzura,
»Para esto esos pacíficos soldados
»Son propios, pero no para la dura
»Guerra: que sigan, pues, esa gloriosa
»Carrera, que su dueño les inspira:
»Que nos dejen la lanza belicosa,
»Y alegres vuelvan a tomar la lira. »
Con escarnio mirándole, le dice:
De este modo Gabriel: «¿Con tal torpeza
»Satanás a sí mismo contradice?
»Que fingieses creí, con más destreza:
»Aseguraste en tu anterior discurso
»Que era tu fuga el natural recurso
»De un cautivo infeliz que padecía
»Y salir de sus penas pretendía,
»Y actualmente confiesas que has venido
»A espiar; ¿ y te precias, ¡atrevido!
»De ser sincero y fiel? ¿Cómo profanas
»De la fidelidad el nombre santo?
»Si eres fiel, es para esas inhumanas
»Criaturas, que el Reino del espanto
»Contigo habitan; ¡bien digna gavilla
»Del Jefe digno que las acaudilla!
»Y tú, que ahora reclamas tu grandeza,
»Tu independencia, con altivo ceño,
»¿Quién de los Cielos al excelso dueño,
»Quién, ¡hipócrita vil! con más bajeza,
»si bajeza cupiera, en adorarle,
»Hizo que tú la corte, cuando estabas
»Con él, pensando insano en destronarle?
»Arrastrando, ser grande procurabas.
»Mas en tu corazón profundamente
»Graba lo que te digo: si insolente,
»Segunda vez volvieres a insultarle,
»Su sacra ley de nuevo quebrantares,
»Y a este lugar vedado penetrases,
»En el momento, ¡pérfido villano
»te agarrará mi poderosa mano,
»Y precipitaré tu ser impuro,
»Con vínculos de acero encadenado,
»Dentro del calabozo más oscuro,
»Más hondo del Infierno: allí encerrado
»Verás que sus prisiones abrasadas
»Sabén guardar las víctimas, confiadas
»Por Dios a su custodia. Intenta entonces
»De sus puertas falsear los duros bronces:
»Ven a decirnos que el Señor no vela
»En ellas con bastante diligencia;
»Que debía poner de centinela
»Carceleros que menos negligencia
»Tuviesen, y si acaso es necesario
»Que oponga otros cerrojos y prisiones
»Más fuertes al arrojo temerario
»Tuyo y de tus intrépidas legiones.»
A tales amenazas, con horrendo
Furor responde Satanás rugiendo:
«¡Cómo!... ¡Tu a mí prenderme! ¡Encadenarme!

» ¡Fanfarrón débil! ¿Sabes por ventura
» A quién insultas, tú, que ni a mirarme,
» Si supieras lo que haces, te atrevieras?
» ¿La protección de tu amo te asegura?
» Pues ya te apronto un golpe más pesado
» Que esas puertas de bronce ponderadas
» Del Infierno, y que todas sus barreras
» De hierro duplicado,
» Con candados de aceros reforzadas.
» Sí: aun cuando tu Dios mismo, congregando
» Todas vuestras milicias y vibrando
» Ardientes rayos, venga a defenderos
» En su carro de fuego, en que ligeros
» Le paseáis por el Cielo, como errados
» Viles siervos, al yugo acostumbrados,
» Temblad.» Calló, dicho esto, llamaradas
Arrojando de fuego sus miradas.
Una selva de dardos lo rodea,
Más numerosa que la mies que ondea
Cuando sus olas de oro un fiero viento
Arrancar amenaza de su asiento,
Mientras el labrador, mudo de espanto,
Observa con la vista las mudanzas,
Del tiempo, que según su movimiento
Varía sus inciertas esperanzas.
Inmóvil entre tanto,
Como de Athos el monte nebuloso,
Satanás se prepara a algún horrendo
Choque, que el mundo hubiera estremecido
Y el jardín delicioso
De Edén con él hubiera destruido,
Si el Todopoderoso, conociendo
El peligro, no hubiera suspendido
Su balanza celeste colocada
Entre los signos de Escorpión y Astrea,
Balanza en que la masa fue pesada
Del orbe, entonces en tinieblas ciego,
La tierra, el agua, el aire y aun el fuego.
Y que enorme, bruñida, centellea
Del sol en el camino refu1gente,
Con la que aun al presente,
Cuando irritado contra los mortales
Permite de la guerra los excesos,
Dios, en sus platos de oro, los fatales
Reveses contrapesa y los sucesos;
Y decide, librándola en la mano,
Las suertes todas del linaje humano.
En uno de ellos pone ti tenebroso
Satanás, en el otro al valeroso
Querubín: sube aquel al azul velo,
Y éste, al contrario, grave baja al suelo.
Gabriel lo ve gozoso, y con tonante
Voz a Satanás dice: «Ve delante
» De tus Ojos escrita tu sentencia:
» La ha dado la divina Omnipotencia:
» A ella nuestro poder todo debemos;
» Para pelear, ya arbitrio no tenemos;
» Sin esto, ¡Oh fermentido! yo te hubiera
» Hollado pronto esa cabeza fiera;
» Pero habló el Cielo, debo respetarle.
» Tú tiembla en adelante de agraviarle.
» Los ojos alza, advierte cuán ligera
» Es de peso tu suerte.» Ansioso mira
El monstruo a lo alto, y ve que su ominoso
Plato al Ciclo se eleva presuroso.
Aterrado, confuso, ardiendo en ira,

Huye dando bramidos: silenciosa
Huye con él la noche tenebrosa.

LIBRO QUINTO.

SUMARIO

Cuenta Eva por la mañana el sueño que la ha turbado durante la noche a Adán, que procura consolarla. Salen para cuidar del jardín. Su cántico al Eterno para consagrarla el día. Dios, para hacer al hombre inexcusable, envía a Rafael a advertirle que no se aparte de su obediencia, que ese bien de su libertad, y que se guarde de su enemigo. Encarga al Arcángel que descubra a Adán cuál es aquel enemigo, la causa de su aborrecimiento, y todo lo que pueda serle útil. Aparición de Rafael en el Paraíso. Adán le sale al encuentro, le conduce a su morada, y la convida a su rústica mesa. Sus coloquios durante todo el día; Rafael cumple con su comisión, instruye a Adán de quien es su enemigo, de su envidia y del motivo de ella. Lo expone el principio y los progresos de la rebelión acaecida en el cielo; cómo sedujo Satanás una multitud de Ángeles los llevó hacia el Norte, y logró hacer rebelar contra Dios a todos ellos, excepto a Abdiel, Serafín celoso que se le opone con firmeza y por último le abandona.

Ya la rosada aurora se asomaba.
Pródiga a manos llenas derramando
Los rubíes y perlas del Oriente
Sobre la fresca tierra, que ostentando
Su ropaje de flores demostraba
Su alegría de verla nuevamente,
Cuando despertó Adán de su apacible
Sueño, que como fruto de un sencillo
Sano alimento, no necesitaba
De otro despertador que del visible
Fulgor de la mañana, del acento
Temprano de algún tierno pajarillo
Entre las ramas oculto, del murmullo
De las fuentes, o bien del nuevo arrullo
De las hojas, que pone en movimiento
Del alba precursor el dulce viento;
Se admira al ver que duerme todavía.
Eva. Un vivo encarnado que teñía
Su tersa y blanca tez, una penosa
Respiración, y su desordenado
Cabello, todo anuncia que ha pasado
Una noche turbada y trabajosa.
Sobre el lecho de rosa
Adán en el momento incorporado,
Contempla aquel Objeto de su ardiente
Amor, siempre a Sus ojos delicioso,
Sea que, enajenada, del reposo
Disfrute, o que despierta, tiernamente
Hable con él: la mano suavemente
Pone sobre la suya cariñoso
Y con tono más dulce que el ligero
Céfiro que a las flores enamora,
Cuando el fulgor del alba las colora,
La despierta diciéndola: «¡Oh querida
»Esposa mía! ¡Hechizo lisonjero
»De mi alma! ¡Mitad cara de mi vida!
»Eva! ¡Tú, de quien sola una mirada
»Hace ver la existencia
»De un Dios criador y su beneficencia!
»¡Tú, su más bello don, su obra postrera
»La frescura, del alba derramada
»Ya la luz, nos convida placentera
»A despedir el satisfecho sueño
»Y acudir del cultivo al desempeño;
»Y la naturaleza en este instante,
»Renaciendo más bella y más brillante
»Este grato convite
»Por boca de las aves nos repite.

»No malogremos, pues, estas preciosas
»Horas de ir a admirar las tiernas flores
»Que adelantadas se abren, los rosados
»Matices de la aurora, y las hermosas
»Varias figuras con que los vapores,
»De púrpura teñidos, en nublados
»Se elevan hacia el Cielo condenados.
»El azahar nos prodiga sus olores,
»La mirra sus aromas, y el lloroso
»Bálsamo su perfume delicioso.
»¿Oyes cantar las aves, las abejas
»Obsequiar susurrando las bermejas
»Flores, y sacar de ellas su sabroso
»Tesoro? ¿Todo el orbe ha revivido,
»Y todavía el hombre está dormido? »
A estas palabras, del penoso sueño
Despierta Eva encendida y asustada,
Y así responde, a su querido dueño
Tiernamente abrazada:
«¡Oh tú, en quien sólo encuentra su reposo
»Mi corazón! ¡La gloria, el ornamento,
»Como el consuelo de la vida mía!
»¡Cuánto no es mi contento,
»De volver a mirar ese amoroso
»Rostro, y a un tiempo el resplandor del día
»¡Bien lo necesitaba! ¡Qué insufrible
»Noche he pasado! ¡El Ciclo no permita
»Que otra vez igual noche se repita!
»¡Un sueño, una ilusión la más horrible
»Me ha agitado! En lugar de presentarme,
»Cual siempre me sucede, tu adorada
»Imagen, o pasearme
»Contigo en la llanura matizada
»De flores y rodeada de agradables
»Frutales, sólo ideas espantables
»De turbación, de ofensas y de penas,
»De mi ánimo hasta entonces bien ajenas,
»A mis tímidos ojos ofrecía,
»Cuando una voz, que tuya parecía,
»Tal era de su tono la dulzura:
«¡Despierta, Eva! me dijo la hermosura
De la noche más bella, el apacible
Silencio, de las ondas la frescura,
El ruiseñor, que el corazón, sensible
Al amor, desahoga enternecido
Con su variado músico quejido.
Y la luna en su trono ya subida,
Que reviste de plata la extendida
Llanura entre los, bosques penetrando
Y el terreno a sus sombras disputando,
Todo a una grata admiración convida:
Mas ¿de qué sirve toda esta belleza
Sin testigos? Ven, pues, Eva dichosa,
Con tu presencia hermosa
A darla nuevo encanto! Esas distantes
Estrellas, que a pesar de su grandeza
Parecen chispas, ojos son brillantes,
Con, los que el Cielo tu hermosura mira,
Y su obra misma embelesado admira»-
»Me levanto, creyendo
»Que era tu voz; pero te busco en vano:
»Extraviada me veo recorriendo
»Un árido desierto, y en presencia
»Poco después del árbol de la ciencia.
»Jamás lo había visto tan lozano
»Y bello: mientras tanto que curiosa

»Considerando estoy su fruta hermosa,
»Al pié del tronco un ser desconocido
»Veo, que nada de mortal ofrece
»En su traza: en sus alas y figura
»A un celestial espíritu parece,
»De aquellos que otras veces han tenido
»Del Cielo a visitarnos: la dulzura
»En sus ojos brillaba: su dorado
»Cabello espeso, con primor trenzado,
»Sobre la espalda jugueteando ondeaba,
»Y la ambrosía en perlas derramaba:
»Ansioso mira a aquel árbol vedado,
»Y en vivo tono exclama: »¡Árbol precioso!
¿No hay en este jardín algún viviente,
Hombre o Deidad, que de tu delicioso.
Peso te alivie, y pruebe tu excelente
Celestial fruta? ¿Conque, sin aprecio,
De ti pendiente, la divina ciencia,
Por un capricho de la envidia necio,
No será más que inútil apariencia?
¿Y qué amo tan injusto y tan avaro
Es el que guarda ese tesoro raro,
Que con tanto primor ha producido
Para sí solo? Cumpla su temido
Mandamiento quien quiera: yo pretendo?
Que la útil fruta que me está ofreciendo,
No me la ofrezca en vano.
»Al decir esto, audaz echa la mano
»A la fruta, la admira, se recrea
»Con su aroma, la come y saborea.
»Sus blasfemias, su arrojo temerario,
»Me llenaron de horror; él al contrario
»Gritaba, enajenado de alegría:
«¡Oh fruta celestial y deliciosa!
Hasta ahora tu valor no conocía:
Vedada por la envidia caprichosa,
La prohibición misma me ha tentado,
Y me hace hallar en ti mayor dulzura
Tu sabor corresponde a tu hermosura:
No hay que dudar, si el Cielo el ser te ha dado
Sólo para los Dioses te ha criado.
Mas el hombre tal vez llegar pudiera
A ser también un Dios, si te comiera.
¿Y por qué esta esperanza no tendría?
El bien, a proporción que cunde, crece
Y Dios, cuanto más da, más se enriquece
De su bondad divina desconfía
El que no goza de lo que, ha formado,
¡Tú pues, objeto del amor del Cielo
En la tierra adorado!
Eva, desde hoy eleva mas el vuelo:
Una suerte te espera más gloriosa
Come conmigo de esta milagrosa
Fruta, y ¡pueda algún día grandeza
Igualar a tu gracia y tu, belleza!
Esa prisión estrecha, es por ventura
Digna de tan perfecta criatura?
Da un más vasto horizonte al pensamiento:
Llévalo más allá del firmamento,
Al Empíreo mismo. Allí, gloriosa
Serás, entre los Dioses colocada;
Y de eternas delicias embriagada
También, cual lo son ellos, serás Diosa.»
»Dice así: de la boca me aproxima
»La fruta, y casi en ella la introduce:
»Su perfume, su vivo color de oro

»Me hechizan; su belleza me seduce:
»Él insiste y me anima.
»Vencida en fin, la tomo y la devoro.
»Al instante, en mí misma experimento
»Mil nuevas sensaciones deliciosas,
»Y por los aires rápida me siento
»Eleva. Este mundo a mis pies veo,
»Montes, ríos, llanuras espaciosas,
»Todo lo advierto, en todo me, recreo;
»Pero el prodigio de que más me admiro
»Soy yo misma, que atónita me miro,
»Sin poder comprender de qué manera
»Feliz me hallo en aquella nueva esfera.
»Desaparece en esto de repente
»Mi guía: desde el Cielo hasta este hermoso
»Cenador caigo, mucho más ligera
»Que subí, y nuevamente
»A mi anterior reposo
»Vuelvo. Al fin, con el día he sacudido
»La espantosa ilusión que ha producido
»La noche, y con, tu, vista, del recelo
»Y pena que he tenido consuelo. »
Acaba así la relación funesta,
Y Adán más triste que Eva, la contesta:
»¡Oh imagen, oh mitad alma mía
»¡cuánto no compadezco tu agonía
»De esta cruel noche ¡En todo ese conjunto
»De ideas y de especies tan extraño
»Quizá el Ángel del mal, que en nuestro daño
»Vela (no hay que dudarle), tiene parte:
»Lo temo; mas con todo, en este punto
»¿Por qué debo asustarme ni asustarte?
»Eva, tu corazón celeste y puro
»De los choques del mal está seguro:
Morar en ti no puede, pues depende
De ti el que se introduzca. Pero aprende,
Para tranquilizarte, de qué modo
El Dios que nos dio el ser nos ha formado.
Por los sentidos solos entra todo
A nuestras almas: nuestra fantasía,
De todas las especies diferentes
Que por aquellas puertas la han llegado,
»Imágenes se forma, que reúne,
»Descompone o varía,
»Cual ficticias que son y dependientes
»De su arbitrio; mas éste, dominado
»Por la razón, las junta, las desune,
»O su orden cambia, exacto obedeciendo
»Sus decretos supremos, y eligiendo
»Lo que ella, a la verdad siempre arreglada,
»Justa le dicta; pero apenas llega
»La noche, y en el sueño sepultada
»La razón calla, cuando sacudiendo
»La libre y caprichosa fantasía
»De esta rival el yugo, usurpa, ciega
»De ambición, el imperio que tenía.
»Su móvil veleidad desarreglada
»Lo trueca, lo confunde y desordena
»Todo, mientras el sueño encadenada
»Tiene nuestra razón; necia nos llena
»De pinturas informes y ficciones:
»Las especies, los actos y expresiones
»Nos representa de los precedentes
»Tiempos, y mil objetos, mil asuntos,
»Tan opuestos reúne y diferentes,
»Que ellos mismos se admiran de estar juntos.

»Así a la más perfecta criatura
»El mal puede acercarse, por su loco
»Influjo, Eva querida; pero poco
»En nosotros subsiste su impostura
»Despierta la razón y la deshace,
»Antes que llegue su fatal aliento
»A empañar la pureza
»De nuestros corazones, o que abrace
»Error alguno nuestro entendimiento.
»Así, aunque en sueños ceda tu flaqueza,
»Despierta tienes toda la entereza
»De la virtud. Deshechos los vapores
»De la ilusión, desprecia sus horrores
»Soñados, Eva amada, y nuevamente
»Vuelva a tus ojos su resplandeciente
»Brillo celeste, en que mi dicha mora
»Y que excede a los rayos de la aurora.
»Ven a nuestro vergel, a las orillas:
»De nuestras cristalinas fuentesillas,
»A recobrar tu dulce paz turbada,
»Con el placer de la labor usada.
»La noche sus delicias suspendiendo,
»Las acrecienta. Ve esas tiernas flores,
»Que para ti sus cálices abriendo,
»Ostentan los colores, la frescura
»Que las dan de la aurora los albores:
»Ven pues, Eva, a gozar de su hermosura. »
Así a la esposa trémula consueta
Con tierna voz Adán, y la asegura.
Ella, se le sonrío; pero vierte
Tal cual lágrima aún, que se desvela
En ocultar a Adán. Este lo advierte,
Y las enjuga él mismo cariñoso,
No obstante que ella del cabello hermoso,
Pañuelo para el mismo fin hacía:
¡Lágrimas dulces de arrepentimiento,
Propias de un alma cándida y sublime,
Que aunque ningún delito la extravía,
Siente las puntas del remordimiento,
Y aun de una culpa imaginaria gime!
Ambos del cenador salen gozosos:
Admiran, al nacer del claro día,
Cómo el sol, en los senos espumosos
Del vasto mar aun medio sumergido,
Asoma su lucido
Carro, y sus vivos rayos, resbalando
Sobre la superficie de la tierra,
Sus montes poco a poco van dorando,
Y cual la sombra tímida se encierra
En los antros y bosques más poblados
Ambos concordemente arrodillados,
Cómo acostumbran, a su Dios adoran.
Y su benigna protección imploran;
Justo tributo que diariamente
Le pagan, concluyendo con un tierno
Himno, que llega hasta su trono eterno.
Canto que une lo dulce a lo sublime,
Que sin orden, sin arte, de su ardiente
Y puro amor los ímpetus exprime
Que a manera de fuego, en los estrechos
Límites no cabiendo de sus pechos,
Al Cielo se remonta en llama viva.
Para que éste gustoso lo reciba,
No ha menester del acompañamiento
De la arpa, o de la lira melodiosa,
Y así comienza su amoroso acento:

»Toda esta obra, tan bella y majestuosa,
»Tú la hiciste, oh Dios omnipotente,
»De todo bien, perenne, única fuente!
»En ella está tu imagen delineada,
»A más de ser por sí tan prodigiosa.
»¿Mas qué es en tu presencia sino nada?
»Nunca te admiro, ¡oh Ser eterno y santo!
»Sin que me oprima un religioso espanto.
»¿Y a quien será posible
»Formar de ti la más confusa idea?
»¡Tu, que solo a ti mismo comprensible,
»Remoto de nosotros, en la altura
»Del Cielo de los Cielos elevado
»Resides sólo! En vano centellea
»En la vasta extensión de la visible,
»De cuando en cuando, por la sombra oscura
»De nuestra limitada inteligencia,
»Algún débil fulgor, proporcionado
»A sus alcances, de tu sacra esencia,
»Que, al mismo tiempo tu bondad divina
»Demuestra y a adorarla nos inclina;
»¡Siempre acerca de ti nuestro concepto
»Es, cual nosotros mismos, imperfecto!
»Vosotros, sí, podéis, Ángeles santos,
»Algún bosquejo hacer más semejante
»Vosotros, que asistís a su brillante
»Trono durante un día interminable
»Sin noche, ensalza, pues, con dulces cantos
»Su bondad, su grandeza imponderable!
»Cielos, tierra, alabad al venturoso
»Dueño; principio y fin de cuanto existe!
»¡Y tú, claro lucero matutino.
»Que el último en salir y el más hermoso,
»Cierras la marcha silenciosa y triste
»Del nocturno escuadrón de las estrellas,
»Precediendo a la aurora en su camino,
»Celebra del Criador el amoroso
»Esmero que te dio luces tan bellas!
»¡Tu también, alma a un tiempo y refulgente
»Farol del mundo, sea que tu ardiente
»Carro asome del fondo de los mares,
»Sea que al alto Cielo ya subido,
»Con tus fulgores hayas extinguido
»El brillo de los otros luminares,
»O que ya desmayado, sus fogosas
»Ruedas de nuevo entro las procelosas
»Ondas baños, oh sol, que en la belleza
»Y de tu resplandor en la viveza
»Eres su imagen, sigue diligente,
»Sin parar, de la aurora al occidente,
»Y de éste hasta la aurora, tu carrera
»Veloz y eterna, a voces ensalzando
»Su nombre, y sus grandezas publicando
»¡Y tú, de aquel luciente astro del día
»Blanca y modesta hermana, que su esfera
»Teniendo en tu breve órbita por guía,
»Parece que deseas acercarte
»A él, y por turno a veces separarte,
»Como vosotros orbes encendidos,
»Que sobre vuestros ejes sostenidos
»Siempre en un mismo puesto estáis rodando
»Y vosotros errantes
»Mundos, por el espacio repartidos,
»Que os movéis a compás, y las brillantes
»Órbitas unas a otras enlazando,
»Mil prodigiosas y arregladas danzas

»Formáis; a la suprema inteligencia.
»A que el orden debéis y la existencia,
»Entonad incesantes alabanzas!
»¡Vosotros, hermanados elementos
»De la naturaleza primitivas
»Producciones, que libres divagando,
»Con varios combinados movimientos
»Sin cesar vuestros átomos mezclando.
»Sus vastas obras entretenéis vivas,
»A su inmutable ser adoraciones
»Nuevas rendid con vuestras variaciones!
»¡Vapores, nieblas densas elevadas
»De los montes, los ríos y lagunas,
»Sea que en negras nubes transformadas
»Refrigeréis con lluvias oportunas
»Nuestros áridos campos, o cubriendo
»El Cielo, por los rayos coloreadas
»Del Sol, con estupendo
»Velo de oro y de púrpura templados
»Hagáis llegar sus brillos a nosotros,
»Naced, subid, caed, y acordemente
»Alabad al Criador omnipotente!
»¡Aquilones helados,
»Huracanes furiosos, y vosotros
»Céfiros blandos, a quienes confía
»De la extensión del aire el vasto imperio,
»Id, llenad de su nombre el hemisferio!
»¡Selvas incultas, bosques, a porfía
»Doblad delante de él vuestras frondosas
»Copas! ¡Cedros inmensos, adoradle!
»¡Torrentes, vuestras ondas presurosas
»Detened a su nombre, y tributadle
»Humilde vasallaje! ¡Claros fuentes,
»Cristalinos arroyos, que corriendo,
»Vuestras ondas lo vayan bendiciendo
»Con sus gratos murmullos! ¡Entonadle,
»Vosotras, oh vivientes
»Liras, pintadas, tiernas avecillas,
»Al despertaros, cuando a la ventana
»Del Oriente se asoma la mañana,
»Alegres, vuestras dulces cancioncillas!
»¡Que los coros del aire repartidos
»Lleven sus alabanzas inmortales
»Sobre sus alas hasta los subidos
»Palacios celestiales!
»Huéspedes de las selvas y espesuras,
»De los ásperos; montes y llanuras,
»Del aire, mar y tierra habitadores,
»Que de tantas figuras y colores
»Voláis, nadáis, andáis, o lentamente
»Arrastráis por el suelo,
»Sed testigos del puro y vivo celo
»Con que mañana y tarde acordemente
»Humildes y afectuosos le alabamos,
»Y a que nos imitéis os convidamos!
»¿Y quién, oyendo tan maravilloso
»Concierto universal de sus criaturas,
»Podría mantenerse silencioso?
»A ensalzarle enseñamos
»Nosotros, como más favorecidos
»Por su excelsa bondad, a las oscuras
»Cuevas, los duros riscos, extendidos
»Llanos fecundos, y empinados montes,
»Cotos de nuestros vastos horizontes.
»¡Salve, pues, ser divino, soberano
»Del Universo! ¡Se nuestro benigno

»Protector! ¡Haz que el hombre sea digno
»De haber sido formado por tu mano!
»Ella nos hizo, ¡guárdanos piadoso
»Y si tal vez el Ángel inhumano
»Del mal, de las tinieblas guarecido
»De la noche, algún lazo ha prevenido,
»Destruyelo! ¡Disipa poderoso
»Las vanas nieblas que en la fantasía
»Nuestra hubiere esparcido,
»Cuál disipa las sombras ahora el día! »
Los dos esposos juntos así oraron,
Y su calma ordinaria recobraron.
La mañana, los llama a sus labores;
A través de una multitud de flores
Que ha abierto de la aurora la frescura,
De rocío los blancos pies bailando,
Cada uno alegre por llegar se apura
Al punto en que su mano esta esperando,
Ya la madura fruta, ya la hermosa
Flor. Todo lo recorren: enderezan
Allí un torcido arbusto: allá tropiezan
Con una rama inútil, lujuriosa
En demasía, y sin piedad la cortan
Cual los retoños lánguidos que abortan
Las plantas, por sobrada lozanía.
En otra parte casan la viciosa
Parra, que en vano sus renuevos gula,
Buscando apoyos con algún robusto
Álamo, en cuyas ramas a su gusto
Se enlacen; los racimos su precioso
Dote forman, y mezclan sus morados
Visos con la hoja estéril del frondoso
Árbol hasta su cima encaramados.
Mira el Eterno su trabajo agreste,
Y llama a Rafael, que después vino
Con el tiempo a la tierra, cual celeste
Viajero, a conducir en su camino
Al buen Tobías, y con la virtuosa
Sara, que siete esposos por la odiosa
Rabia había perdido de un Demonio,
Unirle en casto, y santo matrimonio.
«Rafael, le dice Dios, tú ya has sabido
»Que por su encono horrible conducido,
»En esta noche el infernal Tirano
»De entrar en el paraíso la insolencia
»Ha tenido, y tentar con sugerencias
»De esos tiernos esposos la inocencia:
»Conozco todo su proyecto insano:
»Su ira aprovechará las ocasiones
»De perderlos, con todo su linaje.
»Parte, y escoge para tu mensaje
»El oportuno instante en que, cansado
»Adán, huyendo el sol del mediodía,
»Se haya ya retirado a la sombría
»Espesura, y respire sosegado,
»Después de haber en dulce paz comido,
»O con un breve sueño despedido
»La fatiga. Precave con juiciosos
»Avisos su desgracia. Con él pasa
»Como entre dos amigos cariñosos
»Toda la tarde, hasta que ya la escasa
»Luz anuncia la noche; con dulzura
»Exponle todas sus obligaciones
»Para conmigo, su dichosa suerte
»Y tanto como debe a mi ternura:
»Que no de oídos a las tentaciones,

»Y no fie de sí, cauto le advierte.
»Sino de mis auxilios Yo le he dado
»Cuantos, ha menester para guardarse;
»Está, pues en su mano conservarse
»Fiel y dichoso, cual lo esta igualmente
»Si quiere, el ser infiel y desgraciado.
»Le crié libre y obra libremente
»Mas temo que la misma circunstancia
»De ser libre produzca su inconstancia,
»Y que en solas sus fuerzas descuidado,
»Halle en su pecho abrigo
»Algún ardid fatal de su enemigo.
»Prevenle, pues de todo que recelo
»Sus artificios más que su violencia
»De esta le guardaré con mi asistencia,
»Mas de los otros no será posible
»Que Satanás le engañe: así, que cele
»Sobre sí mismo y sobre su invisible
»Cruel adversario, que en extremo astuto,
»Puede su dicha convertir en luto.
»Si ya por ti avisado se perdiere.
»Cúlpese a si del mal que le viniere.»
Tal fue de Dios el inmortal decreto.
Rafael se le inclina, con respeto
Profundo. En el momento los ardores
Que engolfado en presencia le tenían
De Dios, deja; las alas desplegando
Que de aquellos eternos resplandores
Sus ojos deslumbrados defendían,
Y entre la muchedumbre va pasando
De espíritus celestes, que ligera
Se abre para que siga su carrera.
Llega pronto a las puertas relucientes
Del Cielo: con presteza ambos batientes
Sobre sus goznes rápidos volviendo
Por sí solos abiertos, libre paso
Le dan: ¡tal era el arte milagroso
Con que los fabricó su autor divino!
Sin detenerse, Rafael saliendo
De la aurora al ocaso,
Recorre de una ojeada el espacioso
Éter por donde lleva su camino
Ni nube ni astro estorba que su viva
Vista penetre la extensión inmensa
De aquella prodigiosa, perspectiva,
Cubierta de brillante niebla densa,
Por los rayos del sol iluminada.
Distingue claramente la apartada
Tierra, como una esfera reducida,
Mas con todo a las otras parecida,
Que aquel espacio pueblan numerosas
Del fresco Edén las sombras deleitosas
Divisa, cuya cima coronada
De verdes cedros, vastos horizontes
Descubre, en majestad sobrepujando
A los más altos y frondosos montes.
Tal, remota del mar en la azulada
Y líquida llanura,
La verde isla, de Delos dominando
Las aguas, como un punto, nebuloso
Divisa el desvelado navegante,
O la encumbrada altura
De ida fabuloso.
Entre las ondas líquidas del viento
Se lanza el Seralín, que una brillante
Figura de ave toma de repente

Y con arrebatado movimiento
Entre los soles nada, o atraviesa
Los varios mundos; ya rápidamente
Por el Aquilón fiero conducido.
Con vuelo igual resbala,
Ya sobre el aire con esfuerzo pesa,
Y azota con sus alas duramente
Sus blandas olas, o con sostenido
Sesgo las equilibra y las iguala.
Prosigue y toca al término del Cielo,
Adonde subir puede el alto vuelo
De la águila ambiciosa, cuando gira
Más remota del mundo. A su llegada
El pueblo de las aves sorprendido
Al extranjero admira:
Créelo el Fénix, ave celebrada
Por su hermosura, que la vista hechiza;
Maravilla del mundo, que nacido
De si mismo, hijo y padre juntamente
A los thebanos campos acogido
De su misma ceniza,
Después que hecha una ardiente
Pira en su voraz llama se ha abrasado,
Vuelve a vivir de nuevo y se eterniza.
Sólo entre los vivientes, la fortuna
Hace para él de su sepulcro cuna.
Así, siguiendo el mensajero alado
Su viaje, llega cerca del frondoso
Edén, se para y vuelve a su primera
Figura natural resplandeciente,
Con seis alas, que forman el glorioso
Atributo asignado a su eminente
Dignidad, se presenta: a la manera
De un manto real de púrpura, nacidas
Dos de los hombros, sirven extendidas
Para volar: las otras. En figura
De una celeste, zona rutilante,
Le rodean y ocultan su cintura,
De donde salen: sirve el par restante,
Compuesto de las plumas más ligeras,
De formarle brillantes taloneras.
Su plumaje de mil varios colores
Centellea una viva y pura llama,
Y esparce preciosísimos olores,
Con que en torno los aires embalsama.
Los Ángeles que a Edén están guardando,
Desde muy lejos, de que es el no dudan,
Y con respeto, alegres lo saludan.
Corresponde, y su campo, atravesando,
A los vergeles llega, en que se miran
Crecer el nardo y el incienso unidos
Con la mirra, y el ámbar, y respiran
Un aroma que encanta los sentidos:
Profusión de los dones más preciosos
De la naturaleza,
Que el juvenil vigor y la entereza
Virginal, en aquellos venturosos
Tiempos, intacta y pura conservaba,
Y liberal, cual rica presentaba
Por todos lados una lozanía.
Sin aparato ni arte, que decía,
Caprichosa y ligera,
Que estaba, en su florida primavera.
Mientras que iba así solo transitando
El llano, Adán de lejos le divisa.
Era la hora precisa

En que el sol, su carrera equilibrando,
Del mar y de la tierra, fulminando,
Los senos penetraba. En la sombría
Espesura de un fresco bosquecillo
Eva ya la comida prevenía;
No menos saludable que sencillo.
El banquete agradable consistía
En leche y varias frutas delicadas,
Por la alegre inocencia sazonadas.
»¡Acude, grita Adán, Eva querida!
»Un ilustre extranjero hacia aquí viene
»Por el Oriente. Tal belleza tiene
»En su semblante, a tanta gracia unida,
»Tan puro resplandor le condecora,
»Que creo al mediodía ver la aurora.
»Es, no hay ya que dudarlo, algún enviado
»Del Señor. ¡Quiera el Cielo que logremos
»La dicha de hospedarle! ¡Ve, prepara,
»Eva mía, cuanto hayas conservado
»De fruta más sabrosa, bella y rara
»Es preciso que honremos
»En él a nuestro Dios, y que volvamos
»A su bondad divina alguna parte
»De los dones que de ella disfrutamos,
»¿Y puedo, cara esposa, idea darte
»De lo que de su mano recibimos?
»Cuanto más le pedimos,
»Mas nos da, nuestros votos excediendo;
»Los tesoros que vamos consumiendo.
»Sin cesar nos renueva.
»Si una flor se marchita, salen ciento;
»Si una fruta se pierde, en el momento
»Brotan una multitud de fruta nueva.
»Pues nos prodiga bienes tan preciosos,
»Seamos a su ejemplo generoso.
»¡Oh tú, le responde Eva, que formado
»Fuiste por el Eterno del más puro
»Barro! Oprimidos crujen los hermosos
»Árboles bajo el fruto ya maduro,
»Que los carga: también he reservado
»De aquellas frutas que imperfectas nacen
»Y agrias, una porción, depositadas
»En un paraje cómodo y seguro,
»Para lo venidero destinada,
»Pues sé que a fuerza de guardarlas se hacen
»Perfectas: de ellas, parte servir puede,
»Y añadiré cuanto el vergel contenga
»De mejor, y en el orden que convenga
»Para que el huésped satisfecho quede;
»El jugoso melón, la mantecosa
»Pera, la uva morada y la olorosa
»Ananá. Que se admire ese elevado
»Ángel, al ver que vuestro fértil suelo,
»Por nuestras mismas manos cultivado,
»Es en las frutas el rival del Cielo.
Dice, y a escoger corre apresurada
Cuando puedo adornar su agreste mesa;
De procurar no cesa
Que a un mismo tiempo hechice delicada,
Con su orden natural sencillo y grato,
El paladar la vista y el olfato:
Que con tal proporción las escogidas
Frutas estén allí distribuidas,
Que por grados creciendo
En sabor y belleza,
Del lánguido apetito la pereza

Despierten. Su tesoro recogiendo
Anda, cual las abejas, afanada,
Y el jardín y el vergel de, su sabrosa
Carga despoja, que hacia su morada,
Ligera lleva. Entonces abundosa
Madre, por si la tierra producía
Todos los frutos que ahora repartidos
Están en varios climas, y ofrecía,
Dentro de aquel recinto reunidos.
Cuanto la Europa y la África presentan,
Cuanto ambas Indias de precioso ostentan
Las frutas que de Alcino el huerto daba,
Que con sus reales manos cultivaba,
Todo en aquel vergel rico florece:
Junto al oro la púrpura se ofrece
En esta fruta: aquélla la blandura
Del algodón más fino muestra al lado
De otra que en su corteza áspera y dura
Encierra el dulce zumo máspreciado:
Erizada de espinas se defiende
Otra de aquella mano que pretende
Su tesoro arrancarla, y cada una
Por su olor y sabor, a competencia,
En el puesto pretendo preferencia.
El buen gusto decide su importuna
Disputa. Eva contenta, amontonada
En pirámides bella, y ordenada
A su placer la admira. Una bebida
Grata forma después, de la jugosa
Uva, en sus propias manos exprimida,
Que excite espirituosa y moderada,
La inocente alegría, y la gustosa
Leche de las almendras extraída,
Corona el lujo con que está dispuesta
Aquella natural solemne fiesta,
En que de vasos sirven las más bellas
Cortezas, de ornamento, delicadas
Flores las más balsámicas, y entre ellas
Con profusión las rosas derramadas.
Adán vuela a encontrar a su importante
Huésped, que viene sin la pompa vana
Que acompaña constante
La majestad terrible
De aquellos Reyes, que su soberana
Persona hacen al pueblo inaccesible.
¡Locos! Por la soberbia alucinados,
Piensan que serán de él más respetados
Por sus carrozas de oro y su opulencia,
Que por su amor y su beneficencia:
El noble Serafín no trae más corte
Que sus virtudes y celeste porte:
En esto sólo cifra sus honores,
No en una turba vil de aduladores.
Saludándole, hacia él Adán se avanza,
Y al respeto juntando la confianza,
Así lo dice: «¡Oh Principio del Cielo!
»Pues tal tu noble aspecto te declara
»Ya que una feliz suerte nos depara
»Que a este jardín, dejando tu alta silla,
»Te hayas dignado dirigir el vuelo,
»Haznos aun otra gracia, que te pido;
»Divida con nosotros la sencilla
»Habitación que aquí hemos adornado,
»En cuanto a nuestra industria ha sido dable,
»Hasta que el sol, de lo alto descendido,
»Su ardor haya templado.

»Goza en paz con nosotros la agradable
»Sombra, y las frutas frescas y sabrosas
»De este huerto encantado.
»Solos en él nuestra mansión hacemos.
»Nuestro Señor, y tuyo, nos ha dado
»En propiedad sus tierras abundosas,
»Y así contigo lo bendeciremos.
»El Arcángel responde: » Este precioso
»Jardín y el que lo habita
»Merecen bien de un Ángel la visita:
»Esperaré con gusto en consecuencia,
»En su recinto umbroso,
»Que el sol haya templado su violencia. »
Dicho esto, del abrigo campesino
Alegres ambos toman el camino,
Asilo grato, cuya arquitectura
Simple consiste en varias ensaladas
Plantas y hermosas flores perfumadas,
Que conservan la sombra y la frescura.
Eva allí los espera: la bella Eva,
A quien sin duda París en la prueba
De la hermosura, hubiera preferido
A cuantas Diosas se la disputaban,
A la gracia hechicera en ella unido
El candor se veía: la inocencia
Y la bondad brillaban
En su celeste rastro a competencia,
Y con su velo sonrosado y puro,
La modestia vestía
La casta desnudez que descubría.
«¡Salve! le dice el Ángel» venturosa
Palabra, que ha de ser en lo futuro
A otra Eva, a la purísima María
Repetida, y con suerte más dichosa;
Pues que esta divina Eva la cabeza
Quebrantará de la infernal serpiente,
Y la esposa de Adán, por su flaqueza,
Será engañada lastimosamente.
«¡Salve! le dice pues, ¡oh tú fecunda
»Madre de los humanos, destinada
»A poblar esta esfera dilatada!
»La multitud de perlas con que inunda
»Sus campiñas la aurora, y las estrellas
»Innumerables cuyas luces bellas,
»El Cielo alumbran a tu descendencia
»En numero darán la preeminencia. »
A una mesa de céspedes formada
Se sientan, esto dicho, circundada
De naturales sillas
De lo mismo: un tapiz de hierbecillas
Verde cubre la mesa y los asientos.
En lugar de compuestos alimentos,
Ofrece aquélla cuantas excelentes
Frutas producir puede la florida
Primavera, al otoño reunida;
Se dan la mano entrambas estaciones,
Juntando sus magníficos presentes
Para obsequiar al huésped soberano.
«Dígnate de probar mis pobres dones,
»Le dice el padre del linaje humano
»Esas frutas que ves, un delicioso
»Regalo son de aquel Dios poderoso
»A quien el ser debemos, que previene
»Nuestros deseos y necesidades,
»Y aun de nuestros placeres cuenta tiene.
»¡Tales son con los hombres sus bondades

»Es verdad que tal vez estas agrestes
»Frutas, para nosotros tan sabrosas,
»Mérito no tendrán para celestes
»Seres, cual tu, mas vienen de la mano
»De nuestro común Dueño soberano:
»Esto es bastante para que preciosas
»Las juzgues, y te dignes recibirlas. »
»Bendigamos al ser que os las ha dado,
»Responde Rafael: en admitirlas
»Tengo el mayor placer; pues a mi agosto
»Dios, que las ha criado,
»Muestro humilde mi aprecio y mi respeto,
»Y al mismo tiempo correspondo justo
»A la expresión sencilla del afecto
»Que me mostráis. Es cierto, como dices,
»Que una esencia incorpórea no tiene,
»Necesidad de vuestros materiales
»Alimentos. Allá, en nuestras felices
»Moradas; se mantiene
»Nuestro ser de alimentos celestiales
»Incorpóreos, al hombre, incomprensibles
»Mientras la tierra habite; mas podemos,
»Como de Dios la voluntad hacemos
»En mostrarnos visibles,
»En ocasión como esta acompañaros,
»Y tomar parte en vuestros inocentes
»Convites, igualmente que ayudaros
»A agradecer sus dones excelentes.
»Vosotros, que aunque sois espirituales,
»Estáis ligados a unos materiales
»Cuerpos íntimamente, de tal modo
»Que con ellos formáis un solo todo,
»A la necesidad estáis sujetos
»De hacer uso de viandas corporales,
»Necesidad que a todos los objetos
»Corpóreos comprende. Así repara
»Cómo se dan los mismos elementos
»Liberales uno a otro los sustentos:
»Al agua nutro el aire y refrigera:
»A éste el fuego abrasara,
»Si en sus densos vapores no le diera
»El agua nutrimento que calmase
»El ardor y sus fuerzas reparase,
»Cual la tierra sin duda pereciera,
»Si el agua, el aire y fuego no tuviesen
»Cuidado de nutrirla, introducidos
»En sus poros: sin esto, desunidos
»Sus cuerpos todos, fuera. Indispensable
»Que en átomos al fin se disolviesen,
»Por otra parte, el fuego formidable
»Privado de ejercicio dormiría,
»O del todo tal vez se extinguiría
»Si el aire con su aliento
»Y la tierra con sólido alimento
»De su letargo, no le despertaran
»Y su apetito horrible no saciaran.
»Esos astros que alumbran y calientan
»El Universo, todos igualmente
»Del éter y del fuego se apacientan,
»Y el mismo sol que, ves, calma su ardiente
»Sed, los cristales de la mar bebiendo
»Y los preciosos jugos extrayendo
»De la tierra, a la cual también él cuenta
»Que su fuego benéfico sustenta.
»A ejemplo de los entes materiales
»También nuestras sustancias celestiales

»De espirituales dones se mantienen,
»Y en disfrutarlos su delicia tienen.
»Ved en esta, admirable providencia
»De nuestro dueño la beneficencia.
»En esta mutua unión de las criaturas
»Materiales, nos hace ver las puras
»Llamas de amor. Que deben inmortales
»Unir a él, y entre sí, las racionales.
»De esta precisión misma un placer hace:
»Al paso que la fuerza se rehace
»Con el sustento, halláis en él un vivo
»Deleite; al; cual. no obstante, un excesivo
»Apego no tengáis, pues que os espera
»Otro indecible en la celeste esfera,
»Cuando sirviendo a Dios aquí leales,
»Os lleve, a sus vergeles inmortales.
»Agradeced, en tanto, estos hermosos
»Frutos conmigo, como la figura
»De aquella dicha deliciosa y pura
»Que con, nosotros gozaréis gloriosos. »
Acabó, y comenzaron su comida,
Gustosa y limpia, con candor servida
Por la bella Eva, que con la dulzura
De su conversación los animaba,
Y del gozo común participaba.
El festín moderado y saludable
Concluyó y disfrutando la frescura
De las opacas sombras deleitable
Adán que hacía tiempo deseaba
Curioso conocer las ignoradas
Costumbres, de los seres escogidos
Que del Cielo habitando las moradas
Del majestuoso resplandor vestidos
De Dios, eran imágenes sagradas
De su grandeza la obra prodigiosa
De sus manos, ministros que leales
Deben velar con ansia cariñosa
En guardar a los frágiles mortales
De todo mal, al Ángel se dirige,
Y así rodeando, que se explique exige:
»¡Hijo del Cielo cuanto no debemos
»A tus bondades! ¡Cuanta honra tenemos
»En ver huésped tan grande colocado
»A nuestra mesa! Tu que en el celeste
»Alcázar estás hecho cada día
»A saciarte de néctar y ambrosía,
»De la pobreza no te has desdeñado
»Tan diferente, de un festín como éste.
»Adán, responde el Ángel, ha llegado
»El tiempo de que tengas mas idea
»¡De nosotros, del mundo, de ti mismo,
»Y en cuanto dable sea
»A tu débil alcance, de ese abismo
»De perfecciones, Dios, que por si existe,
»Y por quien sólo lo demás subsiste.
»En él somos, vivimos, nos movemos;
»De él nacidos, si el mal nuestra carrera
»En su origen no altera,
»A él, como a nuestra fuente, volveremos;
»Jamás de ésta ha salido cosa impura.
»Él es el que los seres diferentes
»Ha formado, y en clases, ya eminentes,
»Ya medianas, ya bajas, dividido;
»Y él es el que sus rangos asegura.
»Cuanto más cerca están de su presencia,
»Mayor es su pureza y su excelencia,

»Y tanto más su grado distinguido.
»Según su inclinación, según su estado
»O su naturaleza, cada día
»Hacia la perfección, grado por grado,
»Caminan todos ellos, y a porfía
»A su Hacedor se esfuerzan a acercarse.
»Observa el Universo con cuidado,
»Y verás esta ley verificarse:
»Repara la recién nacida planta;
»Apenas brota, cuando desplegando
»Sus tallitos, se empina, se levanta
»Por los aires, sus hojas arrojando
»Con la dirección misma: ya frondosa
»Y cubierta de flores, más hermosa
»Cada instante, con todo no contenta,
»Poco después su rico fruto ostenta,
»Y éste levanta, a ejemplo de las flores,
»Hacia el Cielo aromáticos vapores.
»Entre la multitud de materiales
»Seres, en clase y orden desiguales,
»Todo a subir, a mejorar aspira:
»A ser un vegetal la piedra tira:
»La planta a ser se acerca, en lo posible,
»Un animal sensible:
»El animal procura aproximarse
»Naturalmente al hombre, que quisiera
»Por su parte ser Ángel, de manera
»Que todos desearían despojarse
»De su cuerpo mortal, y que su esencia
»A ser llegase pura inteligencia.
»Vosotros, oprimidos
»Bajo la esclavitud de los sentidos
»No podéis discurrir con la presteza,
»Ni la extensión, que la naturaleza
»Angélica: nosotros claramente
»Vemos, cuando vosotros, al contrario,
»Solo pensáis confusa y lentamente,
»Y aun os es, para hacerlo, necesario
»Que sea en una especie limitada,
»Cuando nosotros, de una sola ojeada,
»Una infinidad de ellas abrazamos,
»Y como son en sí las conocemos.
»Pero por más que estéis ahora distantes,
»De los excelsos dones que gozamos
»Los que del Cielo somos habitantes,
»Un día llegará en que, como hacemos,
»Nosotros, a las bóvedas eternas
»El alto vuelo dirijáis gloriosos,
»Y habitéis sus palacios venturosos.
»Responded gratos a las miras tiernas
»Del Señor, que os ha dado la existencia:
»La dicha mereced con la obediencia:
»Conservad la inocencia con cuidado,
»Y del bien que os prodiga satisfechos,
»No lo perdáis, abriendo vuestros pechos
»A la ambición de verlo acrecentado.»
«¡Qué dulce claridad has esparcido,
»Responde Adán, en nuestro entendimiento!
»¡Con qué facilidad he comprendido
»La inmensa escala de las criaturas,
»Y por ellas subido hasta el asiento
»De la Divinidad! Pero ¿a qué vienen
»Los consejos, que tanto has repetido,
»De obediencia y afecto? Son seguras
»Muestras de desconfianza. ¿Acaso tienen
»Tanta dificultad? ¿Sería dable

»Que el hombre a un ser no amase tan amable?
 »¡Y qué ingratos no fueran
 »Hijos que a un padre, a un Dios no obedecieran,
 »Que de un vil barro, con sus generosas
 »Manos, dos criaturas tan dichosas
 »Hizo, y que aun nos ofrece la esperanza
 »De otra más grande bienaventuranza! »
 Replica Rafael: «¡Oh hijo del Cielo
 »Y de la tierra! tu dichosa suerte
 »Del Todopoderoso se origina:
 »El conservar la es obra de tu celo:
 »De tu fidelidad penderá verte
 »Cada vez más feliz; agradecido
 »Responde siempre a su bondad Divina,
 »Y ella te sostendrá. Te ha concedido
 »Un ser perfecto, pero no inmutable,
 »Bueno, más libre. Puedes igualmente,
 »Continuar en ser justo, o ser culpable:
 »En ti sólo consiste, único dueño
 »De tu voluntad eres: el empeño
 »De todo lo criado, el más ardiente,
 »Fuera para forzarla insuficiente.
 »Del hado aun tiene menos dependencia,
 »Pues no hay otro hado que la Providencia,
 »Y de ésta los decretos inmortales
 »Nunca violentan a los racionales.
 »¿Y qué valor tendría una forzada
 »Docilidad debida a la impotencia?
 »Jamás adora meritoriamente
 »A Dios el que no puede libremente
 »Ofenderle: de modo que arriesgada
 »Está siempre a pecar la criatura,
 »Hasta que habiendo el premio merecido,
 »En el tiempo por Dios establecido,
 »Sea en eterna gracia confirmada.
 »Tal es tu suerte actual, tal la futura,
 »Y el decreto del Cielo, y tal ha sido
 »La nuestra: aunque nacimos en la altura
 »De los Cielos, igual prueba pasamos,
 »Antes de estar seguros, como estamos.
 »¡Y cuántos de los nuestros no perdieron
 »Su dicha, por el mal uso que hicieron
 »De aquella libertad! Alucinados
 »Por su orgullo, pudiendo ser leales,
 »Fueron rebeldes; y precipitados
 »En un abismo de perpetuos males,
 »Gimen. ¡Oh desgraciada rebeldía!
 »¡Cuán distinto destino hubiera sido
 »El suyo, si no hubieran delinquido!
 »Aprende de su suerte desgraciada;
 »Imítanos, no imites su osadía. »
 »¡Hijo del Cielo, dice reverente
 »El padre de los hombres; de qué ardiente
 »Fervor el alma siento penetrada
 »Al oír de tu boca esa sagrada
 »Instrucción! ¡Con qué gusto la recibo!
 »No experimenté nunca otro tan vivo,
 »Aun cuando en medio de la silenciosa
 »Noche, llegó a mi oído la armoniosa
 »Música de los coros celestiales.
 »Sabía las verdades principales
 »Que me has dicho; mas ¡Cuánto no ha aclarado
 »Tu explicación divina lo que había
 »De oscuro en mis ideas, y movía
 »Mil interiores dudas! Enterado
 »Quedo, pues, de que obramos libremente

»En todo cuanto hacemos o deseamos;
»Y por lo mismo que nos encontramos
»En esta situación independiente
»Y feliz, ¿no es muy justo que observemos
»La ley del Dios a quien se la debemos?
»Sí: me ofrezco a observarla exactamente;
»Mas la noticia de esa rebeldía,
»Sucedida en el Cielo, me ha inquietado,
»Y si a bien lo tuvieses, desearía
»Con detalle saber lo que ha pasado;
»Quiénes han delinquido,
»Cuáles sus culpas y castigo han sido.
»Tiempo hay, porque del sol la ardiente esfera
»Poco hace que ha mediado su carrera.
»Dígnate, pues, benigno, de informarnos
»De lo que tanto debe interesarnos. »
Rafael a esta súplica, un instante
Suspense, de este modo le contesta:
»¡Oh padre de los hombres! ¡Qué funesta
Memoria me propones que renueve!
»¿Cómo de tal asunto, tan distante,
»De vuestro corto alcance, podré daros
»Aun la menor idea, aunque me pruebe
»A acomodarle a vuestras corporales
Imágenes, o cómo he de explicaros
Las discordias crueles, las horribles
Batallas de los campos eternos,
A la imaginación incomprensibles?
»¿Y podré acaso, sin dolor, contaros
»La súbita caída lamentable
»De aquella muchedumbre innumerable
»De Ángeles, antes puros y gloriosos?
»¿Me será permitido
»Sacar de las tinieblas del profundo
»Secreto los sucesos prodigiosos
»De un invisible mundo,
»Para vosotros aun, desconocido?
»Si: todo ceder debe a vuestra urgente
»Utilidad. Sabréis, por lo que os cuente,
»Lo que es la ira de Dios; y los pecados
»Del Cielo justamente castigados
»Serán una lección muy conducente
»Para vosotros. No extrañéis, os ruego,
»Que al pintaros, un cuadro de la guerra
»De los Cielos, me valga desde luego
»De colores tomados de la tierra:
»Además de que no fuera posible
»Que con otros os fuese inteligible,
»Sabed que en muchas cosas vuestro suelo
»Es una imagen material del Cielo.
»Dios no había criado todavía
»Este mundo que veis; el caos horrendo,
»De la fúnebre noche en compañía,
»Cual Monarca supremo poseyendo
»Estaba este lugar, en que ahora vemos
»Los orbes todos rápidos rodando,
»Y en el éter su peso equilibrando;
»Cuando un día... (En el Cielo conocemos
»También la distinción de cada día,
»Sino que al anual curso le arreglamos
»De las estrellas, y un día llamamos
»Al año vuestro.) En el que yo os decía,
»Por orden del Eterno, con pomposa,
»Marcha desde los cuatro cardinales,
»Puntos del orbe, a su presencia vienen,
»Por la extensión del éter espaciosa,

»Formadas las milicias celestiales
»En apretadas filas y en hileras
»Sin término: sus Jefes, según tienen
»El grado, de su mando las señales
»Ostentan. Los pendones, las banderas,
»Los estandartes por el aire ondeando,
»Y entre selvas de picas dominando,
»En su color diverso, y sus empresas,
»El número, la clase y distinciones
»Designan de los varios batallones.
»Las pruebas de lealtad también impresas
»Se ven en ellas, que cada uno ha dado,
»Emblemas que interpretan, elocuentes
»En su mudo lenguaje, los ardientes
»Afectos de sus puros corazones
»Para el Criador, que así los ha ensalzando,
»Alrededor del trono majestuoso
»De su Dios, con respeto silencioso,
»Se apiñan los inmensos escuadrones,
»Círculo sobre círculo formando,
»En uno incalculable terminando.
»Sentado está a su diestra su glorioso
»Hijo en el mismo trono, cuyo vivo
»Resplandor, fulminando cara a cara,
»El celeste concurso no pudiera
»Sufrir sin perecer, si su excesivo
»Brillo el Monarca eterno no cubriera
»De un velo que su efecto moderara:
»Desde aquel invisible monte ardiente
»Así se oyó su voz omnipotente:
«¡Ángeles, hijos del resplandor puro
De los Cielos, Virtudes, Potestades,
Tronos, Dominaciones, herederos
De mis felicidades,
Oíd! ¡Escuchad todo lo que juro,
Mi irrevocable ley, y los primeros
Sed en obedecerla! Hoy ha nacido,
En este día eterno, este glorioso
Hijo de mí: es el único: es mi ungido
Divino Verbo Todopoderoso.
Yo, yo mismo el diadema en su cabeza
Colocando, proclamo su grandeza.
Quiero que a mi derecha, en mi real silla,
Todo el Cielo le doble la rodilla,
Que como a mí le adore y le respete.
Los que le sirvan, súbditos leales,
Gozarán mis favores inmortales;
Mas todo el que a esta ley no se sujete,
Me ultraja, es un rebelde declarado,
Perturbador del Cielo, y enemigo
De mi Imperio sagrado:
Como a tal le maldigo;
Por la eternidad toda le destierro
De esta mansión augusta, deliciosa,
De la dicha y la paz: precipitado
De ella, caerá al momento en el encierro
Más negro del abismo, en donde sea
Víctima de mi eterna y espantosa
Venganza, y de su pena el fin no vea.
»Al oír estas solemnes
»Palabras, Querubines, Serafines,
»Todos llenos de gozo, en los confines
»Del Cielo, con perennes
»Hosannas, al Rey nuevo celebraron.
»Mas por desgracia algunos no faltaron
»Que, soberbios, de envidia consumidos,

»Se dieron entre sí por ofendidos:
»No obstante, en lo exterior disimularon.
»Y todo aquel festivo y fausto día,
»Con general concordia y armonía,
»En dulces cantos, en alegres danzas
»Y en conciertos pasó, como acaece
»Cuando una real celebridad se ofrece:
»Las agradables rápidas mudanzas
»De aquellos bailes, aunque con distinto
»Mérito superior, eran iguales,
»En el enlace vario, al laberinto
»Majestuoso que forman enredadas
»Entre sí las esferas celestiales,
»Que unidas o apartadas,
»Sin arreglo ninguno en la apariencia,
»Subiendo sin cesar o descendiendo,
»Rectas marchando o círculos haciendo;
»Fieles al orden que la providencia
»Divina ha establecido en su carrera,
»Al que el fin de sus giros considera
»Profundamente, de tan ordenado
»Bello desorden dejan hechizado.
»Concierto eterno que el respeto inspira,
»Y el pasmo para el ser de cuya ciencia
»Tiene su origen tal magnificencia,
»Y que su mismo autor con placer mira.
»Llegó la noche; (que también los Cielos
»Ven extenderse sus oscuros velos
»Por turno, y no carecen de su aurora:
»No porque allí esta varía
»Revolución nos sea necesaria,
»Sino por disfrutar la encantadora
»Pompa del espectáculo movable,
»Prodigioso de todo lo visible.)
»Aquella noche, pues, un delicioso
»Banquete reunió todo el numeroso
»Concurso: en platos de oro la ambrosía
»Por las suntuosas mesas discurría,
»Y el néctar en rubíes rutilante
»Espumaba en los vasos de diamante.
»Con la copa en la mano, coronados
»De flores, sobre flores recostados,
»Todos en amorosa compañía,
»Beben la eterna vida y la alegría.
»Dios mismo de su gozo participa,
»Y pródigo a inundarlos se anticipa
»De un placer, tanto más puro y perfecto,
»Cuanto exceso no admite, ni defecto.
»Pero ya en esto, de la excelsa altura
»De aquel divino monte, que derrama
»La luz del día, cual la sombra oscura,
»El crepúsculo suave va cubriendo
»La fulminante llama,
»Y sus sombríos tintes esparciendo;
»Velo ligero que en aquel hermoso
»País la noche aclara,
»De tal modo, que casi se dudara
»Si aun es de día. Bajo aquel umbroso
»Y plácido vapor, su soporoso
»Bálsamo, el blando sueño introducía
»En nuestros ojos. Todo se dormía,
»Excepto aquel de cuya vigilante
»Vista depende el orbe en todo instante.
»Al pie del monte santo, una llanura
»Inmensa corre, que aunque se extendiera
»A nivel aplanada, vuestra esfera

»No igualaría: en ella la frescura
»Mantiene siempre el río de la vida:
»Que la atraviesa. Sobre su florida
»Dilatada ribera,
»Por orden los diversos batallones,
»Para pasar la noche, desplegaron
»Soberbias tiendas, ricos pabellones:
»Dentro de ellos, sirviéndoles de arrullo
»De los céfiros suaves el murmullo,
»Del sueño al dulce olvido se entregaron.
»Sólo aquellos velando se quedaron
»Que al pie del trono del Eterno hacían
»Guardia incesante, atentos esperando
»Sus órdenes, y alegres repartían
»La noche en varios coros divididos;
»Sus pechos encendidos,
»Con amorosos himnos desahogando.
»¡Bien distinta es la causa del desvelo
»Del fiero Satanás! (que ya en el Cielo
»No se le da otro nombre desde el día
»En que cayó, y de Dios en la presencia,
»Jamás el primer nombre que tenía
»Pronunciar se permite.) ¡Cuán diverso
»Objeto lo despierta, y cuán perverso!
»Contra aquel lugar santo, una violencia
»Atroz fragua en su pecho rencoroso.
»Hasta entonces del Todopoderoso
»Favorito, la envidia lo consume
»Secretamente al ver su Hijo divino,
»A quien profesa un odio el más ferino,
»Elevado sobre él. Loco, presume
»Que a él solo el alto trono se debía,
»Y a cada honor con que el Señor decora
»Al heredero de su monarquía,
»La rabia cruel su corazón devora.
»Por último resuelve, aprovechando
»De la noche el silencio, retirarse
»Con todas las escuadras de su mando,
»Y otras que recogiese astutamente,
»A un paraje remoto, y ocuparse
»En seducirlas, e interinamente
»Desairar al Señor con una ausencia
»Que aguaba la alegría de la fiesta,
»Y mostrar a su nuevo Soberano
»Su desprecio, hasta tanto que dispuesta
»La turba, que trajera a su obediencia,
»Estuviese a abrazar su empeño, insano.
»Con este intento astuto se endereza
»Al subalterno superior en grado
»Que se le sigue, y tienta su flaqueza.
«¿Duermes, le dice, camarada amado?
¿Ignoras el dolor que al despertarte
De ese cobarde sueño ha de asaltarte?
¿Duermes? ¿Olvidas ese vergonzoso
Decreto que dio ayer el poderoso
Rey del Cielo, del cual fuisteis testigo,
Decreto en que nos cabe tanta parte
A nosotros? Tu bien sabes que un amigo
En mi has tenido siempre, que igualmente
Te he abierto los secretos de mi mente
Con la propia amistad, y que con celo
Por ti me he desvelado muchas veces,
Y con todo ¿te entregas sin recelo
Al sueño en este lance, y no te ofreces
Con tus sabios consejos a ayudarme?
Puesto que nuevas leyes nos imponen,

¿No es justo examinar si éstas se oponen
A los derechos que hemos poseído
Siempre? Fuera imprudencia el explicarme
Más claro en un asunto decidido,
Y en un puesto como éste. Ve al momento:
A los jefes despierta: mis guerreras
Huestes recoge bajo sus banderas:
Diles que orden de Dios he recibido
Que nos manda poner en movimiento
Para el campo del Norte: allí debemos
Estar mañana, para cuando venga
Ese Hijo suyo, que con cetro en mano
Quiere hacer ver su nuevo Soberano,
A nuestras tropas. Luego que lleguemos,
Podremos disponer lo que convenga,
Para que en su triunfal marcha gloriosa
Se le hagan los honores que merece.
»Apenas acabó, desaparece
»El subalterno Jefe, seducido
»Por su pérfida arenga sediciosa,
»Volando a trasladar lo prevenido
»De uno a otro Jefe, a los que comunica
»La orden, sus reflexiones añadiendo
»Malignas, con que astutamente indica
»Su segunda intención, y recorriendo
»El celestial ejército, se aplica
»A despertar la envidia y el encono
»En unos; a otros, con soberbio tono
»A la venganza incita de su herida
»Dignidad, de éste excita la mudanza,
»Inspirándole miedo y desconfianza;
»De aquel, alienta la ambición dormida.
»Y logra al fin con sus falaces artes
»Se agreguen muchos a los estandartes
»Reales de Satanás, cuyo famoso
»Nombre, universalmente respetado,
»Ayuda, más que todo, a aquel odioso
»Proyecto. Su valor acreditado,
»De su celeste empleo la grandeza,
»Y su radiante rostro, que en belleza
»Al astro hermoso precursor del día,
»Y en brillo superaba, los tenía
»A todos hechizados, ¡Miserable!
»De aquel mismo lucero,
»De los nocturnos astros el primero,
»Que en resplandor a todos excedía,
»El nombre tuvo, hasta la lamentable
»Época en que perdió toda su dicha.
»Tal impresión sus artes, por desdicha,
»En los guerreros crédulos hicieron,
»Que una tercera parte sedujeron
»Del celestial ejército. Validos
»De la noche, con él se desertaron.
»Mas, aunque de las sombras protegidos,
»Su vergonzosa fuga no ocultaron
»A aquel Dios cuya vista penetrante,
»Claro u oscuro, próximo o distante,
»Todo lo abraza, y lee abiertamente,
»En lo más interior de toda mente.
»Del Monte sacro que entre resplandores
»Habita, en que de noche, suspendidas
»Las lámparas eternas, sus fulgores
»Clarísimos esparcen encendidas,
»Sin que las necesite, ha distinguido
»La fuga: los intentos que ha tenido
»Cada uno en ella: el norte rebelado;

»Y el brillante hemisferio
»Del Oriente con ligas infestado.
»Y con dulce sonrisa, dirigido
»A su Hijo, dice: «¡Apoyo de mi Imperio!
¡Tú, en quien yo resplandezco enteramente!
Tú, el heredero eterno de mi trono
Antiguo, es tiempo de que castigemos
Esa turba insolente,
Y la quietud del Cielo aseguremos.
Satanás, arrastrado de su encono
Y ambición inhumana,
Pretende, hollando nuestra soberana
Majestad, elevar independiente
Su solio a par del nuestro, en la eminente
Montaña, en que un palacio ya ha erigido.
Tomemos pues, contra ese temerario
Las medidas que exige su atrevido
Proyecto: defendamos el santuario,
Nuestros derechos, esa bienhadada
Tierra, a los escogidos destinada,
Y el mismo augusto monte, en que te he ungido. »
»Sosegado, sereno, rebosando
»Resplandores divinos, cual glorioso
»Triunfador que de lauro belicoso
»Está ya la victoria coronando,
»El Hijo Eterno al Padre así responde:
«¡Cuán bien el desdén tuyo corresponda
Al endeble enemigo que se atreve
A ofendernos! A mí, su saña fiera,
Me abre una nobilísima carrera.
Yo haré, que sepa en breve
Como de su Señor la fortaleza
Abate del soberbio la braveza,
Cómo reprimir sabe los malvados
Intentos de unos viles coligados,
Y si tu Hijo divino su luciente
Trono debe ceder a un insolente. »
»Entretanto, que esto dice, el furibundo
»General de las ordas rebeladas,
»Rápido va volando al infecundo
»Suelo que el Septentrión con sus heladas
»Manos siembra de nieves eternas.
»Con igual rapidez, los desleales
»Escuadrones le siguen, excediendo
»Mil veces su indecible muchedumbre
»A la de las estrellas cuya lumbre
»El firmamento aclara, a las arenas
»Que términos del mar su hervor horrendo
»Contienen, y al aljófár que la aurora
»Sobre la tierra compasiva llora,
»La aridez refrescando de sus venas.
»Atraviesa veloz con sus legiones,
»Mil estados diversos, mil regiones,
»En que reinan Monarcas poderosos,
»Príncipes, Potentados numerosos,
»Provincias de los Cielos dependientes;
»Con las cuales, vuestro orbe celebrado
»Y sus remotos climas diferentes
»Cotejados, serían lo que fuera
»El jardín en que estamos, limitado,
»Con la espaciosa esfera
»De todo lo visible comparado.
»Al polo llega al fin, de su potencia
»El centro. Allí, con toda la pomposa
»Ostentación de Real magnificencia,
»Cual un monte sobre otro establecido,

»Hacia el Cielo la cumbre alza orgullosa
»El enorme edificio construido
»Por Satanás, con sus piramidales
»Soberbias torres, que la nebulosa
»Altura dominando, y el espacio
»Inmenso del contorno, cual rivales
»De las que ostenta el celestial palacio
»Del Eterno, a distancia prodigiosa
»Se descubren, vestidas de brillantes
»Rubíes, esmeraldas y diamantes.
»Del orgullo funesto monumento,
»Lo había fabricado su insolencia,
»Por competir en la magnificencia
»Con aquel en que Dios tiene su asiento,
»La corte de su excelsa monarquía,
»En donde a su Hijo coronado había.
»Satanás, reunido su consejo,
»Con él consulta, al parecer perplejo.
»Ya sobre resolver a qué paraje
»Saldrán a recibir al Soberano
»Nuevo, ya sobre el culto y homenaje
»Que se le ha de rendir. Lo viene a mano
»Este pretexto, para dar un tiento
»Sobre su empresa a aquel ayuntamiento.
«¡Príncipes, dice, Tronos, Potestades!
Si estos dictados ya no son ociosos
Títulos, gracias a las novedades
Que ocurren desde la época en que, hollados
Nuestros fueros preciosos,
Nuestros justos derechos, y eclipsados,
Todos nuestros honores, ha subido
Al trono de los Cielos ese ungido
Hijo de Dios Eterno, ese perfecto
Ser, a quien todo debe estar sujeto:
De su severo Padre una imperiosa
Orden súbita, aquí nos ha traído,
Cansados en la noche tenebrosa,
¿Y a qué fin? A que alegres preparemos
La entrada a ese otro Rey que ya tenemos,
A aprontar el tributo que a su viaje
Aquí debe pagárselo, y rendirlo,
Cuando llegue, el usado vasallaje.
¡Dichosos si al salir a recibirle;
Al tributario humildes esos pechos
De invención nueva, contra los derechos.
Innatos, que tenemos; al postrarnos
A sus plantas, se digna de mirarnos!»
¿De dos cetros a un tiempo, en adelante
El peso sufriremos? ¿No es bastante
El que ya nos oprime? Levantaos
Contra tan inauditas novedades,
Nobles hijos del Cielo, y acordaos
Que, aunque en poder y rango diferentes,
También vosotros sois divinidades
Que todos los derechos consiguientes
A la Deidad, con Dios os son comunes,
Y por naturaleza estáis inmunes
De todo yugo duro o vergonzoso.
La noble libertad tolerar puede
De títulos y honores la existencia,
Y aun de algún Jefe la útil preeminencia,
Indispensable a un pueblo numeroso;
Pero, a un poder injusto jamás cede,
Y arde de indignación cuando la oprime
Un igual, o pretende sujetarla.
Fiel a un gobierno recto y moderado,

Sobre la igualdad pública fundado,
Con un esfuerzo intrépido se exime
Del déspota que intenta esclavizarla.
»Sus decretos opone ese tirano
A los derechos nuestros; ¿y que fuerza
Deben hacer a los que el juicio sano
Tienen como nosotros? No contento
Con usurpar el trono, ahora se esfuerza,
Persuadido de nuestro desaliento,
A que en su Hijo su imagen adoremos
Y otro nuevo tirano toleremos.
No será así verá con pesadumbre
Que estos vasallos a quienes intenta
Imponer una nueva servidumbre,
Nacidos para el mando, no hacen cuenta
De amenazas, y nunca envilecidos
Serán, o a un servil yugo reducidos.»
»Así habló Satanás, sin que allí hubiese,
»Quien a sacar la cara se atreviese,
»O a vengar a su Dios: todos callaron
»Y cobardes su causa abandonaron.
»Abdiel tan sólo, súbdito celoso,
»Defendió ardiente al Todopoderoso.
»Alzase, y con los ojos inflamados
»De una ira justa, a los degenerados
»Ángeles, y a aquel monstruo que enajena
»De Dios sus corazones, así truena:
«¡Oh maldad! ¡Oh blasfemia nunca, oída
En el Cielo! ¡Atentado parricida
De un ingrato, un traidor contra un piadoso
Señor, que de su excelso trono al lado,
Sin: mérito ninguno, le ha elevado!
¿Por dónde, de tu Dios, a ti te toca,
Pérfido sedicioso,
Tomar las sacras órdenes en boca?,
Si a su Hijo único manda que adoremos,
¿A gran dicha tenerlo no debemos?
¿No es Dios como su Padre? ¿Acaso piensas
Que a un igual tuyo, al darle culto, inciensas?
¡Insensato!... ¡Igual tuyo!... Ten sabido,
Que eres vasallo suyo, dependiente,
Y le debes servir rendidamente.
¿O habrás en tu soberbia presumido
Hacer vano el solemne juramento
Con que su Padre por tu rey le ha ungido,
Del Cielo y de ti mismo en la presencia?
¿Y cómo, tienes el atrevimiento
De meterte a juzgar de la sagrada
Autoridad de un Dios que la existencia
Te dio, y que sacó el Cielo de la nada;
Que para nuestro bien, a la manera
De un padre, en tales términos modera
Su gobierno, que al paso que gocemos
Nuestros derechos, de ellos no abusemos?
»¿Y a quién sino a él, delicias, dignidades,
Y toda especie de felicidades
Debemos? Lejos de que su grandeza
Se abata hasta ultrajarnos, se complace
En colmarnos de bienes y de honores.
Y liberal, participarnos hace
De su misma nobleza,
De sus propios divinos resplandores.
Y aun cuando cierto fuera,
Como afirmas con tanto magisterio,
Que nadie de un igual sufre el imperio,
¿Es tal de tu soberbia la ceguera,

Que a pesar de los títulos gloriosos
Que te ha dado el Señor pródigamente,
Y debieran saciar los ambiciosos
Deseos tuyos, llegue a lisonjearte
De que al Hijo de Dios omnipotente
Puedes de modo alguno compararte,
Cuanto más ser su igual? ¿A aquel sagrado
Verbo, por quien el Cielo fue criado
Con sólo una palabra; a quien debiste,
Como todos, el ser; en quien consiste,
Con otra, aniquilar cuanto ha formado?
Ángeles, tronos, todos lo debemos
Cuanto somos: ¿no es justo que alabemos
Su infinita bondad agradecidos?
Pues a esto se reducen los rendidos
Cultos que exige: en suma, a que le amemos;
Y lejos de ser esto una penosa
Esclavitud, ¿habrá otra más gloriosa
Felicidad? Por ella disfrutamos
De su misma grandeza: generoso
Divide con nosotros el gobierno,
Los bienes todos de su Imperio eterno,
De su mismo, poder participamos.
Dirían que no juzga ser dichoso,
Si con él a su lado no reinamos.
»Así el fiel Ángel, sin ningún recelo
»Los reprendió; pero su santo celo
»Nadie imita: los más, por el contrario,
»Le llaman indiscreto y temerario.
»En fin, Satanás triunfa, y con desprecio
»Así replica: «¡Ese esclavo vil y necio!
¿Conque fuimos criados, y el encargo
De criarnos fue dado a ese famoso
Hijo? ¡Descubrimiento bien precioso,
Por cierto! Pero dinos, sin embargo:
¿Por dónde de ese celestial secreto
Has logrado instruirte? ¿Con qué objeto,
Cuándo. Y por qué capricho, la potencia
De ese Dios nos ha dado la existencia?
Tú bien te acordarás; mas por mi parte,
No puedo yo dejar de asegurarte
Que ignoro que en el tiempo precedente
A nosotros, hubiese un ser viviente.
No es razón que con ese error desdores
A nuestros celestiales moradores.
Coetáneos de Dios, no le debimos,
El ser, y por nosotros existimos.
Cuándo hubo el fatal círculo acabado
De la suerte, y el punto destinado
Para nuestra existencia hubo, venido,
Con él nacimos. Celestiales entes,
Por nosotros los hemos adquirido
Los dotes que tenemos eminentes,
Y pronto haremos ver a esos rivales
Soberbios, si les somos desiguales
En valor, o si un amo conocemos.
Tú mismo, tu verás si nos valemos
De ruegos, para que ese Dios temible
Se aplaque, y si a pedirlo gracia vamos.
A su palacio, o bien de él lo arrancamos.
Llévale esta noticia, que sensible
Será a tu celo, y marcha presuroso,
Que estarte aquí sería peligroso.»
»Dice, y por todas partes un estruendo,
Suena confuso, cual de las airadas
»Olas contra las peñas estrelladas,

»El discurso sacrilegio aplaudiendo.
»Oye bramar Abdiel, sin alterarse,
»El ejército inmenso alborotado,
»Y aunque de todo el mundo amenazado,
»En ira ardiendo, así vuelve a explicarse:
«¡Oh corazón, que Dios ha maldecido,
Duro, cerrado ya al remordimiento,
A su justa sentencia presta oído!
Por mi boca se explica: ya el momento
Llega de tu castigo irremediable,
En que toda esa turba miserable,
Por tus viles astucias seducida,
Como cómplice, envuelta en tu caída,
Será al mismo suplicio condenada:
No te inquietes, cobarde sedicioso,
Del rango que en el Cielo ha de tocarte
Que nunca será aquélla tu morada.
Te quejabas de que un yugo penoso
Esa cerviz indómita oprimía;
Seguro está que vuelvas a quejarte
De él, que otro más terrible está dispuesto
Para que agobie tu cabeza impía.
En lugar de esa suerte que lamentas,
Cual velo sobre ti penden funesto
De una venganza eterna las tormentas.»
Sabes cómo Dios ama, sabrás presto
Cómo aborrece. ¡Tiembla! Su decoro
Le ha obligado a dejar el cetro de oro,
Y a tomar el de hierro. No paciente
Para sufrir, como hasta aquí ha sufrido,
Tanto insulto, que no se le ha escondido,
De tu audacia y de toda esta insolente
Turba, sí para hollar esa cabeza
Tuya obstinada, y quebrantar tu frente.
Mas sigo tu consejo: con presteza
Parto: no porque tema esa canalla
Revoltosa, ya a punto de batalla,
Sino porque los fuegos vengadores
Del Cielo, si llovieran de repente,
No me confundan con el delincuente.
¡Tiembla! ya Dios el rayo esta vibrando:
A soltar va la rienda a sus furioses,
Y el corazón a la piedad cerrando,
Os hará ver, si no pudo criaros,
Como os jactáis, que puede aniquilaros. »
»Así habló Abdiel, entre la inicua gente
»Él sólo puro, el único inocente.
»Lleno de un valor noble y religioso,
»Atraviesa del pueblo sedicioso
»Las filas. Sus bravatas, su algazara,
»O desprecia sereno, o no repara,
»Y otras veces se vuelve, lastimado
»De su delirio, a ver si ya las fieras
»Llamas del Cielo, tiendas y banderas,
»Y el campo, a devorar han comenzado. »

LIBRO SEXTO.

SUMARIO.

CONTINÚA Rafael su narración. Refiere a Adán cómo Miguel y Gabriel tuvieron orden de marchar el frente de los Ángeles buenos contra las legiones rebeldes. Descripción del primer combate en el Cielo. Satanás y sus legiones se retiran al favor de la noche. Junta éste un consejo, inventa máquinas infernales, que en el combate siguiente causan algún desorden en el ejército de Miguel, pero al fin los Ángeles buenos arrancan y arrojan sobre ellas montes y riscos que las sepultan. Aumentándose más y más el desorden, el Eterno envía a su Hijo, a quien estaba reservado el honor de aquella victoria. Llega al campo de batalla, vestido del poder de su Padre, y prohibiendo a sus Ángeles que tomen parte en ella, avanza él sólo sobre su carro y se precipita, con el rayo en la mano, sobre las legiones enemigas, que, desordena y destroza en el momento; las persigue hasta la extremidad del Cielo y las precipita en el fondo del abismo, que su Divina justicia les había preparado. Después de éste triunfo vuelve el Mesías a su Padre.

«Por la espaciosa etérea llanura
»Siguíó toda la noche su camino
»El intrépido Abdiel, raudo volando,
»Sin que intentase el enemigo bando
»Estorbarle. Por grados, ya la oscura
»Sombra al albor cedía matutino
»De la aurora, que abría presurosa,
»Con sus dedos de rosa,
»Al sol las puertas de oro del oriente.
»En el monte de Dios, una honda cueva
»Hay, cerca de su trono, desde donde,
»Alternativamente
»La noche sale, sin parar, o el día.
»Este esparce gozoso su luz nueva,
»Cuando la noche tímida se esconde
»En su seno, y la noche, cuando él entra,
»Por los aires su negro carro guía.
»Jamás el día con la noche encuentra,
»Al entrar ni al salir, pues sus dos puertas,
»Cuidan las Horas de tener abiertas,
»Y al paso que uno de ellos sale fuera
»Por la una, por la opuesta entra a carrera
»Huyendo su contrario. De este modo,
»La hermosa variedad completa todo
»El deleite del Cielo. Mas, ya ahora
»Con la temprana luz, que el Cielo dora,
»Ve Abdiel cubiertas todas las distantes
»Empíreas llanuras de banderas,
»Caballos, carros y armas fulminantes,
»Y reconoce al punto las guerreras
»Milicias celestiales ordenadas,
»Que vestidas de acero cristalino,
»Despedían centellas inflamadas,
»Relámpagos y fuegos, deslumbrando
»La vista, un mar de luz representando,
»Llegado aquel guerrero peregrino
»Al campo, como Dios todo sabía,
»De las noticias que él darle podía,
»Entre los Serafines se coloca,
»Puesto que en el ejército le toca,
»Allí, con entusiasmo recibido,
»Todos le aplauden, todos le rodean,
»De cerca al noble siervo ver desean
»Que fiel a su Señor, con encendido
»Celo, tales peligros ha arrostrado.
»Por un impulso general llevado
»Ante el Eterno trono, entre festivas
»Aclamaciones y gozosos vivas,

»Triunfante se presenta a su adorado
»Rey divino, y de en medio de la densa,
»Nube de oro, que templa de su inmensa,
»Luz los fulgores, una majestuosa
»Voz de este modo le habla cariñosa:
»¡Animo, amigo fiel de tu alto Dueño,
Animo! que has salido de tu empeño
De modo, que equivale a una victoria
Ilustre lo que has hecho. ¡Con qué aliento
No has sostenido mi Divina gloria!
Tu conducta ha de ser un monumento,
De tu constancia, eterno. Tú has sabido
Ser aun más que valiente;
A mil afrentas viles hacer frente,
Sin alterarte; afrentas tan crueles,
Que al tormento más duro han excedido,
Con mi aprobación sola satisfecho,
A los ultrajes has opuesto el pecho.
¡Ve pues, ahora, seguido de mis fieles
Guerreros, ve a domar esos furores
Que con tanta nobleza despreciaste,
De una turba de esclavos, conjurada
Contra su dueño! ¡ Lleva los terrores
Adónde los insultos encontraste!
¡Duro, la rebelión castiga osada
De esos ingratos, que mis sacras leyes
Desprecian, y no quieren por sus Reyes
Ni A mi Verbo, ni a mí! ¡Parte volando
También, bravo Miguel! ¡Tú, que constante
Con tal celo me sirves, toma el mando
De mis tropas, y oprime esa arrogante
Plebe! ¡La irresistible fuerza acabe
Lo que indultar en la bondad no cabe!
Y tú, Gabriel amado, a mis soldados
Haz que estas nuevas órdenes conozcan,
Y a Miguel por su Jefe reconozcan.
¡Id, por mi justa cólera guiados,
¡No haya paz, no haya tregua, ni indulgencia
Para esos fementidos conjurados
¡Castigad, confundid sus delincuentes
Tramas, armad los brazos vengadores
De fuego y hierro! ¡todos los rigores
Prueben de mi justicia, la violencia
De un Dios airado, ya que mis clementes
Bondades despreciaron! ¡Arrojadlos
De los fines del Cielo! ¡Despojadlos
De la felicidad Ya la sentencia
Se ha pronunciada. El Caos tiene abierta
Para admitirlos, sus eternas puertas,
Y el Infierno sus bocas insaciables,
Aguardando esas víctimas culpables. »
»Apenas habla, nubes tenebrosas
»El santo monte esconden, torbellinos
»Furiosos braman, y columnas de humo,
»Mezcladas con ardientes remolinos
»De llamas, lo rodean. Espantosas
»Señales de que la ira del Dios sumo
»Se ha despertado. No menos horrible,
»Atruenan los contornos invisible
»La etérea trompeta. A sus acentos,
»Y al compás de celestes instrumentos,
»Del eterno los fieros escuadrones,
»Ordenados siguiendo sus pendones,
»En silencio profundo van marchando,
»La guerra y la venganza respirando.
»Los Jefes, por las filas discurriendo,

»Con el desnudo acero dirigiendo
»La concertada marcha, en la brillante
»Armadura, en el aire y fulminante
»Vista, parecen Dioses que han tomado
»Las armas por un Dios mas elevado:
»¡Por el Mesías! Nada su divino,
»Ardor puede estorbar en el camino.
»Montes, peñascos, ríos, encrespadas
»Olas del vasto mar alborotado,
»Simas profundas, selvas dilatadas,
»Mundos enteros, todo lo superan,
»Nada rompe sus filas arregladas.
»Ni el viento ni el relámpago pudieran
»La presteza igualar del fiero vuelo
»Con que se avanzan, sin tocar al suelo
»Tal, para darte idea, los alados
»Pueblos en escuadrones separados,
»A tu presencia el vuelo dirigieron,
»Cuando a que los nombrases acudieron.
»Conforme del Empíreo se alejan,
»Con vuelo infatigable
»Los celestes guerreros, atrás dejan,
»Una multitud varia, innumerable,
»De provincias, de reinos y de estados,
»Que si con vuestra tierra comparados
»Fuesen, ésta con toda su atmósfera,
»Junto al menor, pequeña pareciera.
»En fin al horizonte, ven delante,
»Por la parte del norte, una llanura,
»Que a lo lejos figura
»Un vasto mar de fuego coruscante.
»Conforme se aproximan, admirados
»Ven una mies de hierro de afilados
»Dardos, un bosque inmenso entretejido,
»De banderas, escudos y morriones,
»Cuyo vario grabado colorido
»Mostraba del orgullo los blasones.
»A Satanás, al enemigo osado
»De Dios conocen, que con su malvado,
»Ejército a ellos viene dirigido,
»Proyectando asaltar el mismo día
»El monte santo, y a su Eterno dueño
»Usurparla celeste monarquía:
»Tal de aquel temerario era el empeño.
»¡Proyecto vano! Presto a sus expensas
»Reconocieron el y sus inmensas
»Legiones que era un necio infausto sueño.
»Nosotros, por el pronto penetrados
»De honor profundo, el paso detuvimos,
»Al ver contra el Señor el detestable
»Delirio de aquel pueblo innumerable,
»Los Ángeles contra Ángeles armados,
»El Cielo contra el Cielo: los que fuimos,
»Hasta entonces hermanos, reputados
»Hijos de un común padre, que dichosos,
»De unos mismos derechos disfrutando,
»En un mismo banquete, la ambrosía
»Y el néctar, embriagados de alegría,
»Saboreamos unidos, amorosos,
»Y fraternales himnos acordando
»Con las sonoras liras, ensalzando
»Al Dios, que nos hacía venturosos,
»¡Divididos, armados, implacables,
»Hacernos guerra! ¡Pero se ha acabada
»Aquel tiempo feliz! Ahora, con vario
»Horrendo tono, gritos espantables,

»De rabia suenan de uno y otro lado.
 »Al centro del ejército contrario,
 »Sobre un carro que al sol en lo brillante
 »Disputa, con terrible y majestuosa
 »Presencia, en pie aparece el arrogante
 »Satanás: una nube luminosa
 »De fieros Querubines le rodea,
 »Que armada de oro puro, centellea.
 »Al suelo salta furibundo al vernos,
 »Y ordena todo para acometernos.
 »Ambas huestes están ya cara a cara,
 »Un estrecho intervalo las separa:
 »¡Intervalo terrible,
 »Que hace el próximo encuentro más horrible
 »A la imaginación. Entrambas frentes
 »En líneas sin término seguidas,
 »A modo de dos muros relucientes,
 »El Cielo inmenso ocupan extendidas,
 »Los aceros calando,
 »Y una a otra con la vista amenazando.
 »Antes que la señal de la batalla
 »Se dé, cual torre enorme que a un violento
 »Terremoto con torpe movimiento
 »Se agita, Satanás se avanza al frente
 »De sus legiones. Una fina malla
 »Le cubre todo, de resplandeciente
 »Oro, topacios, perlas, encarnados
 »Rubíes, y diamantes, hermanados
 »Con arte primoroso.
 »Sufrir no puede Abdiel el orgulloso
 »Aire de su rival. Hacia él se avanza,
 »Blandiendo fiero la acerada lanza,
 »Y a pesar suyo, al ver su majestuoso
 »Semblante, sorprendido,
 »De esta manera exclama enfurecido:
 »¡Qué es lo que veo, Dios eterno y justo?
 »¡Cómo puede aun brillar tu sello augusto
 En esa frente, en donde la insolencia
 Ha ocupado el lugar de la inocencia!
 »¡Cómo puede el delito revestirse
 De ese porte divino!
 Pero de esas reliquias del destino,
 Que antes gozó, no tiene que aplaudirse.
 En vano su soberbia endurecida
 Le hace alzar tan osado la cabeza.
 Ya que de él la razón no ha sido oída,
 De mi brazo, tal vez, la fortaleza
 Le hará otro efecto. Tengo de mi parte
 La justicia, ¡oh mi Dios! y has de dignarte
 También de concederme la victoria.
 Con ambas cosas, es cierta mi gloria,
 Y el temerario, por mis pies hollado,
 Conocerá, de rabia devorado,
 Lo que es la fuerza, a la justicia unida. »
 »Esto dicho al Arcángel, que al mirarle,
 »Renovando la furia concebida
 »En la anterior disputa, va a encontrarle,
 »Se acerca, y de este modo le provoca:
 »¡Conque te vuelvo a hallar, vil sedicioso!
 En vano, alucinado por tu loca
 Presunción, en tus fuerzas confiabas,
 Y en tu elocuencia: en vano esperanzabas
 Al Cielo seducir con tu engañoso
 Proyecto, o de tu Dios hollar la corte
 Indefensa. ¿Pensabas que en el Norte
 Sin saberlo él, tus tramas urdirías,

Y fácilmente le sorprenderías?
¡Estúpido! ¿Y a quién? A aquel terrible
Dios, a quien ocultarse es imposible,
A quien todo lo ve, lo considera,
Que es dueño en un momento, según quiera,
De producir ejércitos enteros
En número mayor que los guerreros
Que tú cuentas, o de una sola ojeada,
Si por sí se bajase a combatirte,
Cual te sacó primero de la nada,
A la nada de nuevo reducirte,
A ti, tus armas, carros, y bridones,
Banderas, y soberbios escuadrones,
O sepultaros en la noche eterna.
Ya ves que seducir no has conseguido
A todos: que no falta quien discierna,
No obstante tu malvada hipocresía,
Tus funestas astucias: que ha tenido
Tu Dios vasallos nobles que fielmente
Su causa abracen. Poco lo creía
Esa orgullosa turba de villanos,
De su número ufanos,
Ni tú el primero, cuando con ardiente
Celo, solo y sin miedo, os hice frente.
La época de cumplirse ya ha llegado
Los males que yo os he pronosticado,
Y en que vas, aunque tarde, a costa tuya
A aprender, sin que el día se concluya,
Que el sabio a la razón debe agregarse,
Aunque a la multitud vea extraviarse.
Está bien, ¡Serafín desconocido!
¡Pero infeliz de ti!, -replica fiero
Satanás: -estoy muy agradecido
A tu vuelta: con eso, tú el primero
Espiarás tu audacia; tú que, fuiste
El que en aquel senado majestuoso
De tantos Dioses, solo te atreviste
A levantar el grito sedicioso.
¿A qué hablas de amos ni de omnipotentes?
Tales bajezas no reconocemos
Mis guerreros ni yo: como valientes
Nuestros sacros derechos sostendremos:
Sí: contra vuestro Dios, contra vosotros.
Mas celebro, repito, que a nosotros
Vuelvas: una esperanza, según veo,
Lisonjera, tu aliento ha despertado.
Sin duda habrás contado
Conseguir de mis ruinas un trofeo.
Acércate, cobarde fugitivo,
Acércate; que sepan mis rivales
Por ti, con qué agasajo a sus iguales
En mi campo recibo.
Antes, con todo, porque no se queje,
Ni tú, ni otro cual tú, de que te deje
Sin respuesta formal, por un momento
Dilato el castigar tu atrevimiento.
Lo confieso, hasta ahora yo creía,
Perdona mi altivez, que consistía
En la libertad sola nuestra dicha
Celeste; pero veo, por desdicha,
Que ese Dios sujetar ha conseguido
A una esclavitud dura y vergonzosa
La parte, a la verdad, más numerosa,
Mas también la más vil, de todo el Cielo.
Rebaño a la bajeza reducido,
¿Qué premio os da por vuestro humilde celo?

Insípidos placeres, y canciones,
Son vuestra ocupación, vuestras virtudes;
El manejo de liras y laúdes,
Vuestras evoluciones
Militares. Así tiene pagado
Un ejército entero de cantores,
O por mejor decir, de aduladores
Eternos, a ensalzarle destinado
Ven, pues, con esa valerosa gente
A embestirnos; verás cómo mis bravos
Guerreros os enseñan prontamente
La diferencia que hay de los esclavos
De un déspota, al aliento belicoso
De un pueblo libre, fiero y generoso.
-Tú sí, responde Abdiel, -tú sí que debes
Avergonzarte de la vil cadena
Que arrastras: tú, que de la odiosa,
Soberbia eres esclavo, y que te atreves
De bajeza a graduar la más gloriosa
Obligación. Tu injuria, a boca llena,
Como, por Dios, también es rechazada
Por la naturaleza horrorizada:
Ambos dicen que debe estar sujeto
Todo viviente al ser el más perfecto,
Y obedeciendo a la naturaleza,
Sé que a Dios obedezco. La grandeza
De Dios y su bondad son imperiosos
Títulos, que el respeto
Y la obediencia exigen; aunque fuera
Un hado ciego, como blasfemaste,
Yo sus decretos todopoderosos,
El que a todos nosotros el ser diera,
Aquel Dios, y no el hado que inventaste,
Siendo el primero en la sabiduría,
También en el poder serlo debía
«¡Hablas de servidumbre! ¿Y quién es siervo,
Sino el que escoge un amo tan protervo
Cómo él? ¿El que desleal, abandonando
A su dueño, insultando
A su bondad, emplea aquel talento
Que le debe, cual lo haces tú al presente,
En ser de la maldad el instrumento?
¿Que eres tu mismo mas que un miserable
Esclavo de la envidia detestable
Que el bien que perder te hizo tu insolente
Soberbia en tu interior ha producido?
¡Calumniador blasfemo! de esa fiera
Lengua infernal los ímpetus modera:
Ve a reinar al abismo: él es tu nido.
El Cielo es para Dios, y su divina
Protección basta para que triunfemos,
Y a ti, y toda esa turba sujetemos
A las duras cadenas que os destina.
Para Satanás son, como el glorioso
Imperio para el Todopoderoso.
Cobarde fugitivo me has llamado,
Dándome de valor sabias lecciones;
Aprovecharlas quiero, y de contado
A mi maestro traigo apuestos dones.»
»Al decir esto, su terrible espada
»Cae cual rayo sobre el reluciente
»Morrión de Satanás rápidamente,
»Y junta al pecho su cabeza osada.
»Ni la vista, ni el mismo pensamiento,
»Aun menos el broquel, podido hubiera
»Precaver la presteza del violento

»Golpe, que le aturdió de tal manera,
»Que después que diez pasos sin sentido,
»Retrocedió, en el suelo arrodillado,
»Cayera totalmente, sí en su lanza
»Enorme no se hubiera sostenido.
»Tal un erguido monte, a la pujanza
»De un terremoto súbito, que un lado
»De sus hondos cimientos ha arrancado,
»Cae hacia, aquella parte con estruendo,
»A medias en sus ruinas envolviendo
»Los árboles robustos, que poblaban
»Sus faldas, y su cumbre coronaban.
»Los rebeldes se turban al mirarle
»De aquel modo; mas luego aquella afrenta
»Del Jefe principal, su rabia aumenta,
»Y acuden presurosos a librarle.
»De los nuestros se ven en los semblantes,
»En el aire, y los ojos fulminantes,
»Los ardientes deseos de la gloria,
»La ansia de combatir: presto el gozoso
»Clamor de la esperanza belicoso,
»Pronóstico infalible de victoria
»La señal pide: la trompeta suena
»Por orden de Miguel, y el aire atruena
»El hosanna triunfal de boca en boca.
»Con el mismo valor, pero espantando
»Con su tristeza y su mirar furioso
»El enemigo ejército, cortando,
»Rápido el aire, con el nuestro choca.
»Retumba el vasto espacio al tumultuoso
»Combate, con clamores formidables,
»Con estruendo cual nunca se había oído
»En los campos del Cielo deleitables,
»Hasta aquel día, y tiembla estremecido
»El universo todo. A la manera
»De un fuego subterráneo, que escondido,
»A un tiempo dos volcanes encendiera,
»Un furor mismo inflama
»Entrambos campos, con horrible llama;
»Densas nubes de flechas abrasadas
»Silbando suben rápidas, y luego,
»Sobre los combatientes apiñadas
»Lloviendo, forman sobre su cabeza
»Una horrorosa bóveda de fuego
»Trémula gime la naturaleza,
»Y con sordo bramido,
»Responde el hondo abismo conmovido,
»Si vuestra tierra entonces existiera,
»Al eco solo, perecido hubiera.
»¿Y habría de esto que admirarse acaso,
»Al encuentro, al horrísono fracaso
»De miles de millones de furiosos
»Ángeles entre sí, tan poderosos,
»Que uno solo bastaba, si quisiese,
»Para arrojar veloz del firmamento
»Cualquiera de esos orbes luminosos,
»Con tan fácil impulso por el viento,
»Cual si una leve piedra o dardo fuese?
»¿Y qué destrozo, en la naturaleza
»Ya turbada, no hubiera producido
»Al cabo, del combate la braveza?
»¡Qué desorden, qué horribles convulsiones
»No hubieran agitado, aun las regiones
»Del Cielo, si el Señor compadecido,
»A tal horror un término no diera!
»¿Y quién sino él ponérselo pudiera?

»Cada escuadra es allí una innumerable
»Hueste: equivale a un escuadrón entero
»Cada Jefe: cada ínfimo guerrero
»Es un Jefe completo: es suficiente
»Cualquiera a gobernar con admirable
»Ciencia las maniobras complicadas
»De un ejército inmenso; sabiamente
»Formar, o desplegar las apretadas
»Y móviles columnas, de mil modos;
»Abrir, cerrar, o dilatar ligeras,
»Con táctica acertada, las hileras,
»Y dirigir los movimientos todos,
»Necesarios al arte de la guerra.
»Una alma, un solo espíritu se encierra
»En cada cual de entrambos belicosos
»Ejércitos, un solo y mismo aliento:
»Cada uno arregla, y pone en movimiento
»Ordenado sus cuerpos numerosos.
»En ellos, el terror no halla cabida
»Ni el cobarde abatido pensamiento.
»Firme en su puesto, cada cual olvida
»Intrépido el peligro, y no dejara
»De sostenerlo, aunque se desplomara
»Sobre él el orbe, cual si consistiera
»Sólo en su esfuerzo la batalla fiera
»¡Cuántas hazañas, dignas de memoria
»Eterna, en aquel campo se perdieron,
»Entre la muchedumbre confundidas!
»Ni de aquellas que más sobresalieron:
»Te hará yo ahora la prolija historia.
»Te dije en general, que enardecidas
»Las tropas, ya estribando
»En el sólido suelo, combatían
»De pie firme; ya rápidas volando
»Al través de los aires cristalinos, :
»Oscuras como negros torbellinos,
»O espantosas tormentas, se embestían
»Con fuerza imponderable.
»Al oír el ruido horrible, a la implacable
»Rabia de ambos ejércitos, dirían
»Que la mitad del universo ardiendo,
»A la otra media, igualmente abrasada.
»Estaba con furor acometiendo.
»Fluctuaba, en la batalla encarnizada,
»Aun la victoria, cuando el orgulloso
»Satanás, que se había señalado
»Con hechos a cual más maravilloso,
»Sin que hasta entonces nadie a su pujanza
»Hubiese resistido, ve admirado,
»En medio de sus tropas, un guerrero
»Que, haciendo en ellas un estrago fiero,
»Ancha calle se abría. Hacia él se avanza:
»Era Miguel, que con furor horrendo,
»Con la misma presteza
»Que un rayo, baja, sube, deshaciendo
»A cada golpe de su enorme lanza
»Un batallón, entero.
»A ella, Satanás cauto, la firmeza
»Opone de su escudo fulminante,
»Tres veces guarnecido de diamante.
»Miguel a su llegada, su guerrero
»Furor suspende. A un golpe solo espera
»Aquella guerra concluir, hollando
»El fiero Jefe del contrario bando,
»Y de cualquier manera
»Encadenarle, con lo que tendrían

»Fin los males que al Cielo destruían
»Dándole, pues, una siniestra ojeada,
»Así confunde su soberbia osada:
«¡Ángel del mal, autor de una sangrienta
Guerra que nunca ha sido conocida
De la paz sempiterna en la morada;
Guerra funesta al Cielo, a Dios odiosa,
Cuyos males, que ya no tienen cuenta,
Todos caerán sobre tu fementida
Cabeza! Sólo tú, la deliciosa
Tranquilidad de nuestra venturosa
Patria con tus infamias has turbado.
Tú, la naturaleza has afligido,
Y en su inocente seno has derramado,
Un enjambre mortífero de males.
Tú, un número infinito de leales
Siervos, a tu Señor desconocido,
En enemigos suyos has trocado,
Sus corazones de pureza llenos
Inficionando atroz, con los venenos
De la malicia que en el tuyo anida.
»¡Parte! En vano quisieras en el Cielo,
Ver la fraternal guerra repetida.
Dios, para siempre, de sus apacibles
Regiones te destierra, de este suelo,
Que habitan la concordia y el consuelo,
Y contigo destierra la furiosa
Discordia, las horribles
Y sordas tramas, las conspiraciones,
Y hasta el rastro menor de tus traiciones.
¡Parte! ¡Lleva contigo a tu espantosa
Cárcel todos los malos y delitos,
Y esa inmensa familia de proscritos!
El Infierno está pronto a recogeros.
¡Corre! Allá, entre sus llamas y terrores,
Podréis a vuestro espacio entreteneros
En oír los formidables
Gritos de la discordia, y los furores
Para vuestros oídos agradables.
¡Marcha! antes que de un bote de mi lanza
Te destroce, o que Dios, cuya venganza
Es lenta, pero cierta, la adelante,
Y a todos os sepulte en el instante
En tal sima de males, que su fuerte
Brazo invoquéis, para que os dé la muerte.
-Vano es, replica Satanás, tu intento
De infundir miedo al que en valor te excede,
Con amenazas que se lleva el viento.
Quien a tu Dios no teme, ¿cómo puede
Temerte a ti? ¿Has logrado por ventura,
Con todas tus bravatas, que espantado
De tu furia, haya huido ni un soldado?
¿No ha sostenido cada cual su puesto,
En la refriega dura,
Con el mayor valor? Y si ha caído
Por un azar funesto,
¿No ha caído con gloria? Has pretendido,
Que me armo yo por una causa injusta.
Los intereses de esta causa augusta
(Así la de unos héroes llamarse,
Merece) creo deben arreglarse
Por las armas, y no por parlerías,
Con que has juzgado nos asustarías
Sí: por sola la fuerza triunfaremos,
O pronto de ese Cielo deleitoso
Un nuevo Infierno haremos.

Si no reinare, en el imperio odioso
Del abismo a lo menos tendré el gusto
De no ser un esclavo; la sublime
Libertad gozaré, sin que el injusto
Tirano la envilezca, que os oprime.
Y me será mi suerte tolerable.
Tu entre tanto, ¡enemigo despreciable!
Ven, une a tu valor la fortaleza
De ese a quien llamas Todopoderoso;
Sabe que lejos de sentir flaqueza,
Lejos de huir, de hallaros deseoso
Aquí vine, y después de derrotados,
Si de la fuga os salva la presteza,
Hasta el pie de su trono irá a buscaros.»
»Cesan de hablar, y empieza la espantosa
»Contienda; pero daros no es posible
»A vosotros, humanos, una idea
»De aquellos altos hechos, que no sea
»Muy remota. Su historia prodigiosa,
»Que aun en nuestro lenguaje es indecible,
»¿Cuál lo será en el vuestro? ¿Y a qué objeto
»Terreno acudirá, que comparable
»Ser pueda a aquella escena formidable,
»Y de ella os haga hacer algún concepto?
»¿Cómo, en fin, elevar la torpe, oscura
»Inteligencia humana a tal altura?
»En las armas, el aire y la grandeza,
»Dos Dioses belicosos parecían,
»A decidir entre ellos destinados
»La causa de los Cielos encontrados.
»A un tiempo entrambos, que en la fortaleza
»A solo Dios cedían,
»Círculos de relámpagos formando
»Vastos, con los aceros ya desnudos
»En los aires, se acercan cautamente,
»Poniendo freno a su ímpetu valiente,
»Horribles resplandores fulminando.
»Dos anchos soles llevan por escudos,
»Que el uno contra el otro reflejando,
»El horizonte inflaman; sus fulgores
»Llenan de espanto a los espectadores,
»Que rápidos en círculo se alejan,
»Y campo espaciosísimo les dejan,
»De la conmoción misma temerosos
»Del aire: pues si pueden a menores
»Objetos compararse sus furiosos
»Choques, al referirlo se diría
»Que otro trastorno igual no se vería,
»Aun cuando en guerra la naturaleza,
»Dos astros enemigos, que viniesen
»De dos puntos opuestos, se embistiesen
»Con horrenda fiereza,
»En medio de los aires encendidos,
»Al fuerte estruendo de sus repetidos
»Choques, el orbe todo amedrentando,
»Y aun al remoto Cielo amenazando.
»Ya levantado el brazo, cuya horrible
»Fuerza no tiene par en lo visible,
»Inferior a aquel sólo
»Que del Cielo estrellado
»La bóveda encorvó de polo a polo,
»Cada uno de ellos, que a acabar aspira
»De un golpe solo la sangrienta guerra,
»Mide de arriba abajo con cuidado
»Al terrible enemigo, y diestro gira
»Antes de herir la formidable espada,

»Que ya cruzando, a la enemiga cierra
»El paso, ya de punta prolongada,
»La hace también cruzar: rápidamente,
»Se embisten, se retiran: el ardiente
»Furor por puntos crece: el ruido aterra
»Al inquieto concurso: la esperanza
»De uno y otro partido está en balanza,
»Y algún tiempo indecisa la victoria.
»De Miguel al acero, al fin la gloria
»De lograrla se debe: a aquella espada
»De la armería celestial sacada.
»Satanás le dirige ya impaciente
»Una estocada tal, que su pujante
»Fuerza horadara el peto relumbrante
»De Miguel; mas la para diligente,
»Y al golpe dado por su fuerza inmensa,
»Hecha pedazos, salta centelleando
»De aquel monstruo la espada: en el instante
»Miguel la suya tiende, y penetrando
»El broquel, sin que sirva de defensa
»Todo el triple refuerzo de diamante,
»Y la dura coraza guarnecida,
»De fuerte malla, una profunda herida
»En el costado le abre. Da un bramido
»Satanás, que jamás había sentido
»Dolor igual al que el divino acero
»Le ha causado, que aturde al campo entero
»Por más que está impaciente de vengarse.
»No pudiendo del suelo levantarse
»Se revuelca en el polvo, blasfemando
»Sobrevive, con todo, al golpe fiero,
»Tal es de nuestros seres celestiales
»El privilegio: cual los materiales,
»Aunque una etérea esencia disfrutando
»Heridos pueden ser, mas no morir.
»Su espíritu vital, que siempre dura,
»Los vivifica, su interior fomenta,
»Hace que vuelvan pronto a reunirse
»Las fibras divididas, y los cura.
»Mas el primer dolor aun atormenta
»A Satanás, que está desfallecido;
»Tanta es la copia de la sangre pura,
»Que sus celestes venas han perdido.
»Por todas partes, sus soldados fieles
»Corren a socorrerle: en sus broqueles
»Le levantan, al carro reluciente,
»Sangre aun en abundancia derramando,
»Afligidos le llevan prontamente,
»Y el campo de la gloria abandonando,
»En paraje seguro y solitario
»El reposo le dejan necesario
»De vergüenza y de rabia consumido,
»Despedazado de remordimientos,
»Disfrutar el descanso no podía.
»Se indigna al verse hollado, envilecido,
»Avergonzado, y crecen sus tormentos
»Considerando que ha sido vencido
»Por un siervo del Dios a quien quería
»Igualarse, y soberbio despreciaba.
»La batalla entretanto continuando,
»Más de un guerrero fiel se señalaba
»En nuestra sacra hueste. Allí tronando
»Gabriel delante de sus estandartes
»Derramaba el terror: por todas partes
»El enemigo atropellado huía.
»Feroz, Moloch entonces se presenta,

»Y con sus mismas tropas se ensangrienta,
»Para estorbar su fuga: pretendía
»Nada menos el bárbaro orgulloso
»Que vencer a Gabriel, aprisionarle,
»Y en su triunfo pomposo,
»A su brillante carro encadenarle,
»A vista del Monarca sanguinario.
»Gabriel airado venga prontamente
»Las, blasfemias de aquel fiero adversario
»De todo bien, contra el Omnipotente.
»Un tajo tan horrible le asegura,
»Que parte de la frente a la cintura,
»Su vasto cuerpo. El monstruo dolorido,
»Sus miembros destrozados arrastrando,
»Huye, y levanta al Cielo el alarido,
»Hecho la burla de los que insultaba.
»A una ala del ejército peleando
»Uriel, a Rafael acompañaba:
»Ambos eterna gloria consiguieron
»Contra dos tronos del contrario bando,
»Cubiertos de armaduras de diamante,
»Adremelech, con Asmodeo unido,
»A entrambos a sus pies los abatieron.
»Atravesó el acero fulminante
»De Uriel a Adremelech; y un fuerte tajo
»De Rafael, a Asmodeo dirigido,
»El hombro y diestro brazo le echó abajo.
»Los dos rebeldes, que con arrogancia
»Se jactaron de ser a Dios iguales,
»Rabiosos reconocen la distancia
»Que hay de él a unos vasallos desleales
»¡Cuántas hazañas, cuántos prodigiosos
»Sucesos, dignos de inmortal memoria,
»Y cuántos nombres de héroes famosos
»Referiría! Pero ¿qué interesa
»Del Cielo a los felices moradores
»El aura vana de una frágil gloria?
»Llenos de los magníficos honores
»De que su Dios no cesa
»Un punto de colmarlos, no desean
»Otros. Tampoco ceden los rivales
»Nuestros en la batalla, porque sean
»Menos valientes, sino porque armados
»Por una mala causa, son privados
»Del favor que dispensa a sus leales
»Guerreros la Divina Providencia.
»Con todo, hacen terrible resistencia;
»Pero ya está borrada su memoria
»De los fastos del Cielo; así en mi historia.
»Sus nombres callar. Los ha perdido
»Su soberbia, castíguela el olvido;
»Que nunca puede hallar la gloria entrada
»En donde la injusticia está alojada.
»Ahora, por todas partes dispersados,
»Huyen sus batallones consternados.
»No se halla ya en el campo el belicoso
»Aparato: por todo su espacioso
»Ámbito no se ven más que tendidos
»Guerreros, armas rotas, destrozados
»Carros, dardos, caballos esparcidos;
»Todo huye, todo cede a la terrible
»Mano que cae sobre ellos invisible.
»Sembraron la discordia con denuedo,
»Y ahora recogen la vergüenza y miedo.
»No así aquellos soldados valerosos
»Del Monarca del Cielo: victoriosos

»Y alegres, con un orden admirable,
»Rauda avanza su hueste incontrastable,
»De sus brillantes armas arrojando
»Llamas, los enemigos ahuyentando:
»Como en sus pechos la virtud habita,
»Aunque al cansancio cedan un momento
»Algunos de ellos, su valor excita,
»Y vuelven a seguir con nuevo aliento.
»Mas, ya de aquel teatro lastimoso
»Horrorizado el Sol, a su morada
»Huye: viene la Noche acompañada
»Del Silencio, y aplaca el belicoso
»Alboroto, cubriendo a los furores
»Con su venda, la vista encarnizada
»En su sombra, vencidos, vencedores,
»Campo y sangrientas ruinas envolviendo
»La tímida Quietud la va siguiendo,
»Y a su apacible aliento todo calla,
»En medio de despojos, que sangrientos
»Son de su inmortal gloria monumentos,
»Los nuestros sobre, el campo de batalla
»Hacen alto. Cercanas y distantes
»Disponen centinelas vigilantes,
»Y guardias que aseguren el reposo
»A sus, cansados miembros. Entre tanto,
»Satanás, recobrado de su herida,
»Sus fugitivas tropas, del espanto
»Poseídas, reuniendo presuroso,
»Con ellas marcha a su anterior guarida.
»De vergüenza, de rabia devorado,
»El descanso y el sueño echa en olvido.
»Entre las sombras, junta su escogido
»Consejo, y ocultando con cuidado
»Su profundo dolor, de esta manera
»Habla: «¡Guerreros! esta memorable
Batalla, haya sido como se quiera
Su éxito, es una prueba, incontestable
De lo que pueden vuestros valerosos
Ánimos. Defensores generosos
De vuestra libertad, podéis gloriaros
De que vuestros tiranos no han podido,
A pesar de su número crecido,
A su yugo insufrible sujetaros.
Pero no es esta dicha únicamente
El objeto a que aspiro. Aunque apreciemos
El honor, olvidarnos no debemos
Del imperio: sin éste, inútilmente
El otro conservar procuraremos;
Pues que el honor, unido a la flaqueza,
Poco tiempo sostiene su entereza.»
Este día ha empezado la gloriosa
Carrera vuestra. En él habéis sabido
Adónde llega vuestra prodigiosa
Fuerza, como también que en adelante
Siempre podréis lo que hoy habéis podido,
Y aun quizá más, pues que es ya hecho constante
Que ese Dios orgulloso, imaginario,
Que tanto ha deseado a su arbitrario
Dominio reducirnos, todo el resto
De su poder ha echado en este día,
Por conseguir el triunfo; que ha supuesto
Por cierto que su empeño lograría,
Y que no lo ha logrado: así, es visible
Que no es tan infalible,
Como antes lo creímos, su presciencia,
Y que ha agotado, sin lograr su intento,

Toda su decantada omnipotencia.
Verdades ambas que el mayor aliento
Han de infundirnos para lo futuro.
Es cierto, no lo niego, que en apuro
Fin la batalla de hoy hemos estado.
¿Pero qué hay que extrañarlo, en un momento
En que desprevenido y mal armado
El ejército nuestro se encontraba,
Y al enemigo todo le sobraba?
»Hemos visto hoy que, es ese Dios falible.
Otro día veremos que es vencible;
También hemos sacado otra preciosa
Ventaja, y es, saber que nuestra vida
Es inmortal, y que ninguna herida
Puede privarnos de ella, por furiosa
Que sea: aunque pedazos nos hiciera,
Nuestra naturaleza los juntara
Al punto, y el vigor nos restaurara.
Por lo que nuestra pérdida es ligera,
Y si algunos dolores toleramos,
Como antes de pelear ya nos hallamos.
Busquemos, pues, ahora la manera
De tener armas que proporcionadas
Sean al valor nuestro, y en fin cuales
Convienen a unos seres inmortales,
Dejando las inútiles, usadas,
De flechas, dardos y otras; que con esto,
Mejor suerte quizá tendremos presto.
Sobre todo, sepamos si el astuto
Enemigo, de algunas ignoradas
Armas puede servirse, averiguando
Cuáles son, y robarle procurando
El secreto de hacerlas. Grande fruto
Conseguiremos, sólo con habernos
Enterado bien de ellas; pues siquiera
Cuando nuestro arte hacerlas no pudiera,
De su efecto podremos precavernos.
Extiéndase también nuestra consulta,
A investigar si alguna causa oculta,
A la pérdida que hoy hemos sufrido,
No obstante el valor nuestro, ha concurrido.
En fin, todo el talento que tenemos,
Como hace el enemigo, aprovechemos,
Bien persuadidos de que en su alto trono
Le obligaremos a mudar de tono.
Explique, pues, cada uno libremente
Lo que sobre esto juzgue conveniente.»
»Acabó, y un celeste Potentado
»Se levanta del medio del senado.
»Mesiroch es su nombre, y su figura
»Sangrienta y maltratada, manifiesta
»Por sí sola el rigor de la funesta
»Batalla; destrozada la armadura,
»Roto el morrión, la cara desmayada
»Y a fuerza de aflicción desencajada,
»Dan a entender lo mucho que ha sufrido:
» Mas se esfuerza con todo, y dirigido
»A Satanás, con un suspiro ardiente
»Y débil voz le dice lo siguiente:
»¡Magnánimo guerrero! ¡Incontrastable
Apoyo del legítimo derecho
Que tenemos al título glorioso
De Dioses, y a rehusar un yugo odioso;
Que el primero, contra ese formidable
Tirano que nos pone en tan estrecho
Apuro, nos sostienes animoso!

No es dable que con armas desiguales
Podamos resistir a esos mortales
Enemigos: nosotros padecemos
De las heridas: ellos protegidos
Por un encanto, de que no tenemos
Idea, nuestros golpes escarnecen,
Conservan su vigor y no padecen.
Por más que seamos Dioses, oprimidos
De dolores, no es dable hagamos frente,
Largo tiempo a guerreros impasibles
Aun los más fuertes, necesariamente
Serán por los más débiles vencidos.
Puede uno resistir a los sensibles
Ímpetus de placer; de ellos privarse.
Por cierto tiempo; y aún eternamente
Tal vez, de sus encantos separarse,
Pues sin ellos, en una dulce calma
Que su viveza turba, queda el alma:
Mas vivir con dolores insufrible.
Entre todos los males
Es el único mal, el más terrible:
Toda constancia cede, a sus fatales
Embates; presto su ímpetu violento
Se nos lleva las fuerzas y el aliento.
Aquel, pues, que ingenioso un medio inventa,
Para poder vencer nuestros rivales,
Llegándolos a herir, como el valiente
Caudillo a quien la libertad debemos,
Merecerá que todos le ensalcemos
Con elogios y honores inmortales.
-Tienes razón, -»responde con modesto
Rostro el infernal Jefe; -pero admira
Que esa invención difícil que has propuesto
Digna del celo ardiente que te inspira,
Descubierta la tengo,
Y a daros cuenta del hallazgo vengo:
¿Quién aquí podrá haber tan distraído,
Que al ver el suelo etéreo en que estamos,
De tanto don precioso enriquecido,
De tantas plantas, flores de ambrosía,
De oro brillante y fina pedrería,
Que a nuestros pies a cada paso huyamos,
No conozca que de esta tierra el seno
Ha de estar necesariamente lleno
De materias sutiles, inflamables,
Que bien que a nuestros ojos invisibles,
Por un elemental fuego movidas,
En secreto, estos frutos elaboran,
Les dan su consistencia y los coloran?
Cuando aquellas materias que comprime
La tierra, en sus entrañas escondidas,
De la mansión oscura
Al aire exterior salen, es segura
Su inflamación, al punto que se arrime
Una chispa tan sola, y encendidas,
Es tan súbita y grande su violencia,
Que nada puede hacerlas resistencia,
Como que son de aquel material mismo
Que alimenta las llamas del abismo.
»Esta materia, en granos trabajada,
Y en tubos de metal bien apretada,
Puesto un sólido globo a la salida
Del tubo, en que se encuentra comprimida,
Aplicado, por un respiradero,
El fuego a la materia combustible,
El globo arrojará. con tan horrible

Fuerza, que barra un escuadrón. Entero.
¿Qué digo? Si en un risco tropezara,
Como un débil cristal lo destrozara.
Tan formidable trueno a la terrible
Explosión acompaña, que el desnudo.
Del más bravo convierte en torpe miedo.
Prevenámonos, pues, de estas fatales
Armas, que harán creer al orgulloso
Enemigo que al Todopoderoso
Hemos robado el rayo, el que confieso
Es la sola arma que, por sus mortales
Furiosas llamas, con razón ha impreso
En nosotros temor. Pues que destreza
No nos falta, y tenemos materiales,
En esta invención útil trabajemos,
Y el rayo con ventaja supliremos.
»Mas nos es necesaria la presteza;
La obra no es larga, y antes que mañana
De la aurora veáis la luz temprana,
Acabada estará, y todo dispuesto
Para que haga el efecto más funesto,
Y quede nuestra pérdida vengada.
Desechad pues, alegres, los temores:
Pronto del nuevo invento artificioso,
A costa de esa gente escarmentada,
Os pasmará el estrago prodigioso.
Creed que seréis siempre vencedores,
Mientras a Satanás tengáis al frente.
Recobrad el aliento y la esperanza,
Y vamos a enseñar a ese potente
Amo de todo el orbe, sin tardanza,
Que con armas iguales,
Somos, como él, Deidades celestiales,
Y que no saldrá siempre victorioso.»
»Así habló Satanás, introduciendo
»Del nuevo rayo el uso pernicioso:
»¡Arma pérfida, horrenda, que a la muerte
» De alas de fuego rápidas vistiendo, más imprevisto y fuerte,
»Y más inevitable hace su daño!
»¡Invento aborrecible! ¡No es extraño
»Que Satanás te hallara,
»Y que con tanto ardor te propagara!
»El mismo Dios ahogó en su nacimiento
»Este invento malvado,
»Y si lo toleró posteriormente,
»Fue para que sirviese de instrumento
»A su justa venganza, ya cansado
»De las maldades con que el insolente
»Linaje de los hombres inundaba
»El mundo, y su bondad menospreciaba
»Desde entonces, cual nueva y atroz peste,
»Efecto de la cólera celeste,
»Aquel rayo informal en las batallas
»Destrozó los guerreros, las murallas
»Hizo volar, y fuegos abrasados
»Llovió sobre los pueblos consternados.
»Desde entonces, el hombre delincuente,
»Que los rayos del cielo solamente
»Temía, sufre en la sangrienta guerra
»Otros hartos más crueles de la tierra.
»En fin, Satanás triunfa, todo el mundo
»Se anima, y un feliz suceso espera.
»Admiran la invención, pero a primera
»Vista cada uno de ellos se figura
»Que, sin tener ingenio tan fecundo
»Como su Jefe, en ella dado hubiera.

»Así nuestro amor propio nos engaña,
»De modo que la cosa más oscura
»Nos parece, después que se ha inventado,
» Tan clara, que juzgamos cosa extraña
»Que a nuestro vivo ingenio haya escapado.
»Todos salen, y la orden ejecutan:
»El trabajo gozosos se disputan,
»Innumerables brazos empleando
»Y el suelo de alto a bajo trastornando;
»Encorvados arrancan de la tierra,
»Cuanta materia conducente encierra,
»Una sustancia informe aun y grosera;
»De una costra espumosa a la manera,
El salitre y el nitro humedecidos,
De los cuales del arte la destreza
Templa con calor lento la crudeza,
»Y que después a polvos reducidos,
»Con azufre y carbón amalgamados,
»Y en granos muy menudos convertidos,
»Al uso horrible quedan preparados.
»En tanto, otros, de rocas y metales,
»Los globos, de tamaños desiguales,
»Labran que han de barrer con fuerte trueno
»Y de ruinas sembrar todo el terreno
»Por donde pasen; o hacen los fatales
»Tubos de duro bronce, que a la fiera
»Muerte deben abrir larga carrera.
»Otro escuadrón también vuela ligero
»Por el campo, y el seco junco encuentra,
»Que en lo interior por el respiradero
»Del tubo, en él el fuego reconcentra.
»Todos se mueven: todos afanados
»Trabajan, y la noche silenciosa
»Con su sombra los cubre cuidadosa,
»Para que ser no puedan espiados.
»En fin, sus obras todas concluidas
»Están antes que brillen los albores
»De la aurora, y las armas prevenidas
»Son a sus esperanzas superiores.
»Apenas entre tanto el matutino
»Fulgor de lo visible abre la escena,
»Cuando la celestial trompeta suena,
»Y convoca a las armas al divino
»Ejército: cada uno por su parte
»Armado, forma bajo su estandarte,
»De ardor lleno. A las luces que aparecen
»Del sol, ya las alturas coloreando,
»Las tersas armas de oro reflejando,
»Como un incendio inmenso resplandecen.
»Una porción de aquellos más ligeros
»Ángeles, a distancia los primeros
»Avanzan, de las cumbres registrando
»De los montes si acaso aparecía
»El enemigo, que aun no se veía
»En la vasta llanura, deseosos
»De averiguar sus miras, intenciones,
»Pasos y belicosas prevenciones,
»Si huye, vuelve o adónde se retira:
»Mientras que por los campos espaciosos,
»Ansioso cada cual los ojos gira,
»Ven ondear a lo lejos sus banderas,
»Y hacia ellos dirigirse sus guerreras
»Legiones. Uno de los más veloces.
»Zophiel, el aire corta, y dando voces:
»A las armas, exclama, compañeros!
Ahí está el enemigo. Hemos creído

Que huía, y vele que a embestirnos viene:
Gana de ahorrarnos una marcha tiene.
Mirad de su vanguardia los primeros
Escuadrones: notad el atrevido
Aire con que se acercan: al instante
Vestid vuestras corazas de diamante,
Vuestros morriones: empuñad las fieles
Espadas, y reunidos los broqueles
De oro, formad impenetrable muro;
Que si yo no me engaño, ha de ser duro
Y sangriento el combate de este día,
No una lluvia ligera de perdidos
Tiros, sino un granizo de, encendidos
Dardos, una tormenta abrasadora:
El riesgo es digno de la valentía
Vuestra: ¡á las armas pues, esta es la hora!»
»Así el celeste joven les advierte,
»Y aun más les dice su corazón fuerte.
»Todo se mueve, todo en apretados
»Batallones avanza diligente.
»A la vista se muestran de repente
»Los fieros enemigos, que callados,
»Formando un cuadro espeso, a paso lento
»A ellos vienen marchando,
»El tren entre sus filas arrastrando,
»Con pesado y oculto movimiento,
»De aquellos nuevos rayos espantosos,
»Que esconden en el centro cuidadosos.
»Estando ya ambas haces en presencia,
»Hacen alto un instante;
»Entonces, Satanás sale delante
»De las filas, y dice a sus legiones:
«¡Camaradas! ¡con cuánta complacencia
Os anuncio que ya ha llegado el día
Feliz en que las crueles dimensiones,
Que tanto agitan vuestra patria y mía,
Se terminen! Abrid vuestras hileras:
Que el Cielo sea testigo
De nuestras amorosas y sinceras
Disposiciones a una paz estable:
Que las vea al momento el enemigo:
No se aguarda sin duda a nuestro amable
Recibimiento. Prono un amistoso
Tratado nos traerá, a más del reposo,
La dicha, con la guerra incompatible.
Generosos en tanto, aunque rivales,
Abridles vuestros brazos fraternales,
Y anunciadles a gritos la plausible
Noticia de la paz que proponemos,
Y con qué condiciones la queremos,
Que todos las perciban claramente. »
»Dichas en alta voz estas dolosas,
»Palabras, se abre el espacioso frente
»Del cuadro, y ordenados,
»Su van doblando todos a ambos lados.
»Al formar las dos alas espaciosas,
»Dejan un gran vacío, en que extendida
»La vista, descubrimos sorprendidos
»Tres órdenes de tubos: suspendidos
»Sobre movibles ruedas, presentaban
»La boca hacia nosotros dirigida,
»Horizontal, aquellos desmedidos
»Tubos, y oscuros, nos amenazaban.
»A cada uno cercano,
»La señal aguardando, se veía
»Un Ángel vigilante, en cuya mano

»Derecha un junco por la punta ardía.
»Nosotros, ignorantes del engaño,
»Estábamos! mirando atentamente,
»Con diversión, el aparato extraño,
»Cuando del mudo bronce, interrumpiendo
»El silencio, a una seña, con la ardiente
»Vara cada Ángel a un oído toca,
»A un extremo del tubo practicado
»Y en el momento, con horrible estruendo,
»Cada una arroja por la fiera boca
»El rayo que en su seno está encerrado,
»Con relámpago vivo, y negra nube
»De humo, que dilatada al Cielo sube.
»Parten al mismo tiempo, destrozando
»Las entrañas de aquellos encendidos
»Tubos, miles de globos escondidos
»De hierro, cual granizo temeroso
»De vivo fuego, rápidos silbando,
»La espantosa batalla comenzando.
»De aquella atroz tormenta a la violencia,
»Con estrago horroroso,
»Sobre el Arcángel el Querubín rueda,
»El Ángel sobre el Ángel: nadie queda
»En pie no hay o su furia resistencia
»De nada les valió, aquella pujante
»Firmeza, a la de un monte semejante,
»Que por naturaleza disfrutaban.
»¡Ah! La fuerte armadura que llevaban,
»En lugar de servirles de segura
»Defensa, fue un fatal impedimento.
»A no haberse encontrado embarazados
»Con sus arneses ricos y pesados,
»A su arbitrio, mudando de figura
»Sus esencias, sutiles más que el viento,
»Cual átomos, con pronto movimiento
»Hubieran evitado fácilmente
»Los estragos de aquel granizo ardiente;
»Pero en fin, todo cede a su braveza:
»En vano separarse, y abrir paso
»Procuran: de los globos la presteza
»Lo estorba, y amenaza otro fracaso
»Nuevo la doble fila, que preñada
»De otra nube de rayos, preparada
»A vomitarlos, a una seña espera.
»Con todo, su valor aun no tolera
»Ni la idea de fuga, y en pie puestos
»Los más de ellos, no obstante sus heridas,
»A aguardar la tormenta están dispuestos.
»Satanás, que supone ya vencidas
»Nuestras tropas, su ruina escarneciendo,
»A sus soldados dice: -»Esos famosos
Guerreros, que hacia aquí con tal coraje
Venían, ya parece que del viaje
Se van arrepintiendo,
O al ver la paz tan próxima gozosos,
Como tan diestros en ligeras danzas,
Esos pasos extraños y mudanzas!
Nuevas para esta fiesta han discurrido;
Pues aunque en su aire tímido dirían
Que de nuestro agasajo desconfían,
Con tal franqueza y con tan encendido
Amor aquí los hemos recibido,
Que una injusticia inverosímil fuera
Que tal recelo en ellos existiera;
Mas con todo, por sí estos pensamientos
Los acongojan, creo conveniente

Que las proposiciones repitamos,
Y él son de nuestros dulces instrumentos
Les anuncie de nuevo el impaciente
Ardor con que abrazarles deseamos:
Que bien seguro estoy de que ni en danza
Ni en fuga pensarán, y su confianza
Volviéndonos, tranquilos a los lazos
No se negarán ya de nuestros, brazos. »
»Con la misma ironía le contesta
»Belial: -«No extraño que a la desconfianza
Y al temor esa gente este dispuesta.
Ella es ligera y débil, y el tratado
Que les han presentado
Artículos tenía de tal peso,
Y cláusulas también en tanto exceso
Duras, que no era dable, que a primera
Prueba, su vanidad las digiriera:
Mas, como están ya de ellas instruidos,
Y han podido a su gusto examinarlas,
A su repetición darán oídos,
Y no se negaran quizá a aceptarlas;
»Así sus dos cabezas orgullosas,
»De su primer derrota la memoria
»Olvidan, y con sátiras jocosas
»Cantan antes de tiempo la victoria;
»Mas no fue su delirio duradero:
»Pronto, el vigor perdido recobrando
»Los nuestros, y venganza respirando,
»Van a buscar dispersos, con ligero
»Vuelo, por todas partes, armas tales
»Que puedan destruir las infernales
»Máquinas, y su rabia en el momento
»Se las da: arrancan de su firme asiento
»Enormes riscos, elevadas peñas,
»Vastos montes enteros con sus breñas,
»Bosques y ríos: rápidos volando
»Con ellos en la mano hasta una altura
»Inmensa y sobre el campo balanceando,
»De allí con fiero impulso, y con segura
»Mira, los lanzan sobre el tren horrendo,
»En una misma ruina confundiendo
»Las huestes enemigas aterradas.
»Porque debo advertirte que en el Cielo,
»Así como sucede en vuestro suelo,
»Dios, para que aumentara su belleza
»La variedad, llanuras dilatadas
»Dispuso, corno bosques deliciosos,
»Montes, fuentes y ríos caudalosos,
»Y cuanto adorna la naturaleza.
»¿Pero cómo graduaros el espanto
»De las tropas contrarias, cuando vieron
»Nuestros guerreros, de los cuales tanto
»Se burlaron, cubrir los horizontes
»Con tal furia, y las cumbres de los montes
»Vueltas de arriba abajo descubrieron
»Que sobre sus cabezas suspendidas,
»Iban a despeñarse? Consternados
»Los ven caer sobre ellos, sin que puedan
»Estorbarlo. En sus ruinas sepultados,
»Con sus máquinas fieras destruidas,
»En un momento muchos de ellos quedan.
»Todo lo arrasa aquella lluvia horrible
»De enormes masas que, cual nieve espesa,
»El vasto campo de inundar no cesa.
»Arrojadas con ímpetu indecible,
»Todo lo cubren: no se oye otra cosa

»Que clamores penados y gemidos
»De los que bajo de ellas oprimidos
»A librarse se esfuerzan vanamente:
»Sin fruto, a la tormenta procelosa
»Los escudos oponen y armaduras;
»Hechas pedazos, sus abolladuras
»Mismas hieren cruelmente
»A sus míseros dueños: cada instante
»Con más furor la tempestad se cierra.
»Las máquinas, las tiendas, los guerreros,
»Cuanto encuentra delante,
»Tanto bajo su peso horrendo entierra.
»En fin, los que han logrado con ligeros
»Vuelos de ella esquivarse,
»O que, heridos, aun pueden manejarse,
»Imitan nuestro ejemplo: por el viento,
»Montes con montes rápidos chocando,
»Bosques con bosques vuelan al momento,
»Una lóbrega bóveda formando
»Sobre el campo, que todo lo oscurece.
»Con las tinieblas la batalla crece,
»La vasta confusión, los gritos fieros,
»Los ayes y quejidos lastimeros.
»Consigo mismo en guerra parecía:
»Que el Caos obstinado combatía;
»Ruina con ruina, horrores con horrores,
»Espanto con espanto, batallaban.
»Y a la naturaleza sus furores
»De total destrucción amenazaban.
»La patria misma nuestra, el alto Cielo,
»Que ya temblaba se viniera al suelo,
»Si el Padre celestial, que deseoso
»De señalar su amor a su querido
»Hijo y de darle el triunfo más glorioso.
»Aquel estrago había permitido,
»Seguro de que al punto que quisiera
»Haría que cesase, no se hubiera
»Resuelto a terminarlo. Desde el trono
»En que reside, envuelto en resplandores,
»Quiere colmar de su Hijo los honores,
»Y al rival, que conspira con encono
»Implacable contra él, hacer patente
»Que con él parte toda su eminente
»Autoridad, derechos y grandeza,
»Como de su poder la fortaleza,
»Y a su diestra volviendo el majestuoso
»Rostro, así dice a su Hijo venturoso:»
¡Noble imagen, descanso y gloria mía,
Cuyo brillo invisible
Mi resplandor divino hace visible!
¡Tú, mi Hijo Eterno, mi sabiduría!
Ya dos de nuestros días celestiales
Llevan de duración esas fatales
Discordias, esas lides tan crueles
Que sostiene Miguel con nuestros fieles
Soldados: tú conoces los primeros
Héroes de esos choques lastimeros,
Miguel y Satanás, ambos rivales
El nacimiento, y en valor iguales,
Excepto la notable diferencia
Que en favor de Miguel, la inobediencia
De aquél hace: pelear los he dejado,
El rigor de mis leyes suspendiendo,
Y a Satanás, cual si inocente fuera,
Como a todo su ejército malvado,
Casi en su vigor todo manteniendo,

Porque a nuestra grandeza convenía
Que esta guerra espantosa ver hiciera
Adónde llega su soberbia impía,
Como la fe sincera.
De Miguel y los suyos: sobre todo,
Para glorificarte de este modo,
Haciendo que tu brazo omnipotente
Abata solo a todo ese insolente
Ejército, y mostrar así que nada
Resistir puede a tu justicia airada.
Ves a qué extremo llega ya su furia:
Esa lluvia de montes arrancados,
De ríos, y de bosques encontrados,
Que hacen temblar aun la celeste curia.
»Ya este desorden, si se prolongara,
El universo todo devastara:
Es tiempo de cortarlo; te he escogido
Para que aplaques la fatal tormenta
De estos dos tristes días: el tercero
Es tuyo. De mi fuerza revestido,
Marcha; a esos sediciosos escarmienta.
Imponles el severo
Castigo merecido: que, de susto
Y de rabia temblando,
Sepan que están debajo de tu mando;
Que eres su Dios, su Rey, su Juez augusto.
Lleva contigo todo mi guerrero
Equipaje, mis flechas afiladas,
Mi temeroso acero,
Mis rayos y centellas abrasadas:
Sube sobre mi carro formidable,
Que hace de horror estremecer el Cielo:
Ve con rápido vuelo,
Sigue, hiera, confunde esa culpable
Raza: a ninguno tu furor perdone,
Que estas felices playas abandone:
Que aprendan, en la noche sempiterna
El respeto que, deben a mi eterna
Palabra, y los perpetuos dolores
Con que sé castigaré los traidores. »-
»Dice, y del Hijo excelso la divina
»Claridad con sus brillos ilumina,
»Uno en otro su imagen reflejando,
»Y de luces los Cielos inundando.
»El Hijo entonces, a su Padre Eterno
»Contesta así, con el amor más tierno:
«¡Oh fuente de mi ser incomparable!
¡Tú, supremo poder de los poderes,
El primero, el mayor, más excelente
Más santo, como el único adorable
Entre todos los seres,
Ante el cual humillada toda frente
Se inclina!, Tú a mí me has comunicado
La gloria, y como a ti me has ensalzado,
Yo con igual amor corresponderte
Sé, y es toda mi dicha complacerte.
Pues que tú depositas en mi mano
Tus rayos, ya a mi sólo pertenece
Ejecutar tus voluntades santas,
La victoria verás presto a tus plantas.
Agradarte es mi gozo soberano:
¡Feliz en la ocasión que se me ofrece,
Si al paso que a la fácil guerra vuelo
Por ti, algún riesgo hiciera ver mi celo!
Tomo, pues, el poder que tú has querido,
Darme, mas solamente

Para defensa tuya; complacido
En recibirlo, aun más en devolverlo
Lo estaré, cuando tú quieras tenerlo,
Y yo en tu seno de él eternamente
Disfrute, sin hallarnos precisados
A castigar con él otros malvados.»
Tu resplandor, tu gloria, en mí resaltan.
Lo que amas amo: lo que tú aborreces
Odio; y a mi respeto aquellos faltan
Que no te rinden todo el que mereces.
Es deber mío y bienaventuranza,
Como a tu amor, servir a tu venganza,
Tu hijo ha de ser tu imagen acabada.
Parto: de tu poder mi diestra armada,
Presto echará del Cielo esos ingratos,
Contra quienes tus justas leyes claman,
Que con impíos fementidos tratos
Han turbado su paz, a las funestas
Cadenas del Infierno, que dispuestas
A oprimirles, sus víctimas reclaman.
Ellos, que tú asociaste a tus supremas
Felicidades y que de diademas
Celestes coronaste, que dichosos
Fueran permaneciendo virtuosos,
Y el peso de sentir van de tus mortales
Iras, que con audacia han provocado:
Una vez su delito castigado,
No tendrás sino súbditos leales
Que te amen y te adoren, y el primero
De ejemplo servirá a su amor sincero.»
»Esto diciendo, del derecho lado
»Del Padre se levanta, y le saluda,
»Inclinando su cetro, cariñoso.
»Apenas ahuyentada la sombría
»Noche, el remoto Oriente el color muda,
»Al brillo de la aurora, el tercer día,
»Cuando terrible, a un huracán furioso
»En el rápido estruendo semejante,
»Sale el paternal carro fulminante,
»Vencedor siempre y de la gloria ansioso,
»Por sí solo impelido,
»Sin que le tiren: un poder secreto
»En su interior produce el mismo efecto.
»De cuatro Querubines precedido,
»Vuela; cada uno cuatro luminosas
»Caras tiene, y sus alas inflamadas
»Están todas sembradas
»De ojos que en resplandor a las estrellas
»Vencen. Con otros brillan las fogosas
»Ruedas: ondea, en ellos reflejando,
»La luz del sol celeste, confundiendo
»La vista, y al correr, vivas centellas
»Y torrentes de llamas despidiendo
»Van, todo cuanto encuentran abrasando.
»Del magnífico carro el vasto asiento,
»Más limpio que el cristal, y transparente,
»En hermosura excede al firmamento.
»Encima de él un trono está eminente
»En que el zafiro celestial, mezclado:
»Con el ámbar más puro, resplandece,
»Y los vivos colores oscurecen
»De que el iris soberbio está adornado.
»El Hijo del Eterno, revestido
»De armas aun más brillantes, más hermosas,
»De las armas que el Padre le ha cedido,
»Y en que el Cielo agotó sus milagrosas

»Artes, sube en el carro poderoso.
»Con las ardientes alas extendidas
»Con que el águila cierne su orgulloso
»Vuelo. sobre las nubes levantado,
»La Victoria está atenta en pie a su lado:
»De flechas guarnecidas
»De triple horrendo trueno,
»El carcaj y trisulcos rayos, lleno,
»Del hombro, del Señor esta pendiente,
»Revuelto en llama ardiente
»Y funesta, un espeso torbellino
»De humo oculta con noche tenebrosa
»El semblante divino,
»Relámpagos horribles despidiendo
»Y negros surcos en el aire abriendo.
»A una enorme distancia, la espantosa
»Venida de aquel carro formidable
»Se divisa, que siguen presurosos
»Diez mil y diez mil carros belicosos
»Con orden admirable,
»Hacia uno y otro lado divididos.
»Aun el trono celeste y azulado
»En que aquel triunfador viene sentado
»Chispea al fiero ardor de su implacable
»Ira. Los Querubines encendidos
»En sus veloces alas lo sostienen
»Y del Señor las órdenes previenen,
»Con indecible rapidez volando,
»El pensamiento mismo atrás dejando
»Llega: apenas su ejército percibe
»El resplandor lejano, conociendo
»A su dueño, embriagado de alegría,
»Su tristeza pasada despidiendo,
»Un nuevo ser recibe
»Y todos los peligros desafía.
»Ya del Mesías brilla el victorioso
»Estandarte, en el éter desenvuelto
»A la voz de Miguel; el prodigioso
»Número de escuadrones, que revuelto
»Y disperso cubría el espacioso
»Campo, se ordena: un regocijo santo,
»Inefable. Sucede al negro espanto.
»De Dios a la presencia, a sus asientos,
»Vuelven los montes de ellos, arrancados,
»Los bosques y campiñas reverdecen,
»Dan saltos de alegría los collados:
»Se coloran, y esparcen sus alientos
»Balsámicos las flores: aterrados,
»El Desorden y Horror desaparecen:
»Se calman los turbados elementos,
»Y a los pies del Autor de su belleza,
»Dulce sonrío la naturaleza.
»Al ver aquel poder, estremecidos
»Los enemigos tiemblan, mas no obstante.
»No se dan por vencidos.
»A los riesgos que tienen por delante
»Su desesperación sola los lanza,
»En ella cifran toda su esperanza:
»Las reliquias reúnen de su gente,
»Y a su flor rebeldes hacen frente.
»Así de la soberbia los venenos
»Los hacen delirar, de juicio ajenos.
»¡Soberbia cruel, que nunca ser domada
»Puede, y que contra Dios ahora enconada,
»Unida con la envidia, los devora,
»Al ver que, a excepción de ellos, todo adora

»Su excelsa majestad! Empedernidos,
»Los prodigios que ven, lejos de hacerles
»Fuerza, no sirven más que a endurecerlos
»De nuevo: piensan sólo, embravecidos.
»En arrancar el cetro de su mano,
»O si la adversa suerte hiciese vano
»Su esfuerzo furibundo,
»En las ruinas del mundo,
»Por su furor deshecho, sepultarse.
»Nadie piensa en huir, ni en humillarse;
»O reinar, o morir, a una voz claman.
»Entre tanto; el Señor a sus queridos
»Guerreros, que a ambos lados extendidos,
»Con aplausos vivísimos le aclaman,
»A una seria callados,
»Dirige estas palabras:
«¡Oh soldados
Leales! descansad de la fatiga
Habéis con valor noble defendido
Mis derechos; el Cielo ha recibido
Con placer vuestro obsequio: ese glorioso
Valor debisteis a su mano
Mas a él fielmente habéis correspondido.
Basta con ese esfuerzo generoso
Que habéis hecho: entregaos al reposo:
Aunque es preciso que esos delincuentes
Sean, como merecen, castigados,
Y esos combates queden terminados,
No quiero el Cielo ya vuestros valientes
Brazos emplear en esto:
A hacerlo por sí mismo está dispuesto.
Dios solo debe su desobediencia
Castigar, pues que a él sólo han ofendido,
Y ninguna asistencia
Su brazo omnipotente necesita:
Estad tranquilos, pues; si su precita
Soberbia a Dios así ha desconocido,
Dios mismo hará visible,
Castigándola, el peso inconcebible
De su justicia. A su Hijo han ultrajado,
Y por mí mismo deba ser vengado.»
La envidia con que miran mi grandeza
Es la que ha dado causa a sus traiciones:
Sé todas sus perversas intenciones,
Y hasta qué extremo llega su vileza.
De mi celeste Padre los favores,
El trono que conmigo ha dividido,
Y el supremo poder que me ha cedido
Sobre ellos, su soberbia han humillado
De modo, que han querido a los horrores
De la guerra exponerse, antes que darme
El culto que debían tributarme,
Y contra mi concordese han armado.
Ya, pues, mi tolerancia se ha acabado:
Verán a quién la gloria pertenece.
Y el poder. Puesto que su audacia crece
Con la indulgencia, y que tan sólo cuentan
Con la fuerza y poder, que su malicia
No aprecia la virtud ni la justicia,
Yo haré que de su Dios el poder sientan,
Y conozcan también adónde alcanza
Su fuerza y el terror de su venganza,
Cuando ya a la bondad la puerta cierra.
Pues quieren que la suerte de la guerra
Sea de sus derechos la medida,
Sea ella sola la que los decida.»

»A estas palabras su furor se enciende;
»Relámpagos arrojan sus miradas.
»Parten los Querubines al momento,
»Cubriendo con las alas levantadas
»La deslumbrada vista: el carro hiende
»Rápido el aire: tiembla el firmamento
»Conmovido al impulso temeroso:
»Todos volando van. El impetuoso
»Bramido de uno y otro opuesto viento,
»Ni el choque de dos huestes disputando
»El campo, ensangrentadas batallando,
»Ni el fragor de un volcán, cuando la llama
»Su seno rompe, igualan al estruendo
»Con que el carro veloz corre, se inflama,
»Sobre las ruedas rápidas rugiendo:
»Semejante a la noche tenebrosa,
»En su horror más profundo,
»El Señor precipita furibundo
»El carro fiero de la prodigiosa
»Altura, adonde está más apiñado
»El enemigo. Cual devastadora
»Llama, todo lo asuela y lo devora.
»Bajo el eje abrasado,
»Y las enormes ruedas centelleantes,
»Se estremecen del éter las distantes
»Playas, el orbe y el profundo Infierno:
»Todo, menos el trono del Eterno.
»Para empezar la guerra, a su llegada
»Mil dardos, o mejor diré, mil rayos
»Arroja de una vez su diestra armada,
»Y otros tras de ellos de romper no cesan,
»Cuyas ardientes puntas atraviesan
»Los corazones, lánguidos desmayos
»E indecibles dolores produciendo
»En los que toca el fuego venenoso.
»El enemigo aquel estrago viendo,
»Aterrado las armas arrojando,
»Por todas partes huye presuroso,
»Un asilo buscando.
»Serafines, Arcángeles, pendones,
»Caballos, carros, armas, y morriones
»Destroza el carro, con furor rodando,
»Bajo su peso. -«¡Cese esa espantosa
Tormenta! ¡Caed, montes, sepultados!
¡De su vista furiosa
En las entrañas vuestras ocultadnos!»
»Claman los que huyen sin parar corriendo.
»Con no menos ardor, los van siguiendo
»Los cuatro Querubines, que al triunfante
»Carro abren paso rápidos delante.
»Del sinnúmero de ojos esparcidos
»En sus alas, de aquellos extendidos
»Por las ruedas del carro fulgurante,
»Diluvian llamas: es cada, uno horrible
»Viva fuente de fuego inextinguible
»Con su Eterno Señor de inteligencia
»Parece que dividen su pujanza
»Como también su cólera y venganza.
»Los guerreros contrarios se retraen,
»Confundidos, de toda resistencia
»Lánguidos, totalmente acobardados
»Las armas de las manos se les caen:
»Perecieran bien, presto aniquilados
»Si de orden del Señor lo detuviera
»La Victoria su vuelo y suspendiera
»Los rayos que en las manos ya tenía

»Para dar fin de aquella raza impía
»Su dueño Eterno no quiere acabarlos
»Sino de las mansiones celestiales
»De la paz, al abismo desterrarlos:
»Indemnes pues, así, de los mortales
»Últimos tiros de sus rayos fieros,
»Cual tímido ganado huyen ligeros,
»Procurando ganar la delantera
»Al veloz carro, hasta que a la frontera
»Del Cielo llegan. Mas el espanto
»Les da; pero a sus pies ven de repente
»Un inmenso, profundo y temeroso
»Abismo, en cuyo centro tenebroso,
»Divisan tristes la mansión del llanto,
»El Infierno voraz: la fugaz gente
»Retrocede al instante horrorizada.
»El formidable abismo tiene al frente,
»A espaldas de su Dios la diestra armada,
»Ya adelante, ya atrás, de terror llenos
»Fluctúan, sin saber determinarse:
»El rayo los rechaza a la ribera,
»Y los precisa al fin a despeñarse.
»Con los ojos cerrados, en los senos
»Insondables de aquella sima fiera,
»Del Cielo caen, de una horrenda altura,
»Y aun cayendo, terrible los apura
»Con sus rayos la mano inexorable
»De Dios, sin dejar tregua a su execrable
»Casta. Aun allí los sigue sin sosiego,
»Con sus dardos horrísonos de fuego.
»Tiembla el abismo a aquel tumulto horrible:
»Se conmueve hasta el centro más profundo,
»Al arrojarse en él todo aquel mundo
»De víctimas y de armas, imposible
»De numerar, a cuyos alaridos
»Responden de sus ecos los gemidos.
»Juzga que el Cielo se halla en tal. trabajo,
»Que arruinado sobre él se viene abajo,
»Y, él mismo con el, susto repentino,
»Sin duda huido hubiera, si el destino
»Sus cimientos no hubiese allí clavado,
»Y sobre él todo el orbe fabricado.
»Nueve días enteros, a millones,
»Y nueve noches, sin cesar rodaron
»Revueltas las atónitas legiones.
»Al alboroto, tímidas temblaron
»Del Caos insensible las regiones;
»Pero al fin, del Infierno la espantable
»Sima, su digno asilo, la insaciable
»Boca abriendo, los traga, y rechinando,
»Vuelve a cerrarse sobre su cabeza.
»Con eterna tormenta está bramando,
»Un mar de fuego oscuro, que circunda
»Toda la redondez de la profunda
»Cárcel, horror de la naturaleza,
»En que tiene el Dolor establecida
»Su silla, y con la noche tenebrosa,
»La Desesperación aun más odiosa,
»Y a todos lados cierra la salida.
»No estaba así la patria que perdieron:
»¡El Cielo! Libre de la escandalosa
»Guerra que en él movieron,
»En dulce paz, ya exentos sus confines
»De rebeldes, los himnos, los festines
»Y la pompa renacen. La dulzura
»Crece de su éter es su luz más pura,

»Y su techo divino
»Recobra su azul suave y cristalino.
»Vuelve entonces el Hijo del Eterno,
»Vencedor de la liga del Infierno,
»Glorioso a los palacios celestiales;
»Vuela el carro, y los Ángeles en coros
»Le acompañan alegres, con sonoros
»Aplausos y con cánticos triunfales.
»El triunfo es sólo de su Soberano;
»Mas de su Rey la gloria dividiendo,
»Su palma celestial lleva en la mano
»Cada uno, y en el próspero camino,
»Llenos de resplandor van repitiendo:
»¡Bendito seas, triunfador Divino,
Rey de Reyes, Señor de los Señores,
Hijo de Dios; a ti son los loores!
¡Oh Príncipes, abrid las, eternas
Puertas de las mansiones inmortales!»
»A ellas llega, rodeado de luz viva,
»Con toda la brillante comitiva
»El Señor, al compás de los cantares
»Celestes de millares de millares
»De Espíritus, que vuelan diligentes
»A su encuentro. De par en par patentes
»Las puertas de oro se abren. Majestuoso
»Entrando, va a sentarse al diestro lado,
»En el trono del Todopoderoso:
»Sus rayos le devuelve, y de su amado
»Padre gozando todos los honores,
»Divide sus eternos resplandores.
»Ya ves que, como dije, me he servido,
»En mi historia, de símiles terrenos,
»Bien que de aquellos hechos muy ajenos;
»Sin ellos, no me hubieras entendido
»De Dios te he relatado la victoria,
»Sobre unos seres de ingratitude llenos.
»¡Adán! para bien tuyo en la memoria
»Tenla siempre presente.
»Satanás, con la envidia más ardiente,
»Os mira, y aliviado se creyera
»De su mal, si en su ruina os envolviera.
»Con ansia anhela de su Dios vengarse:
»Quisiera a sus secuaces dar consuelo,
»Colmando de desgracias vuestro suelo:
»Nada menos pretende que saciarse
»De afrontar al Señor, y a aquel inmundo
»Funesto abismo trasladar el mundo:
»De su furor es menester guardarse:
»Témele. Advierte que es imponderable
»La astucia de ese bárbaro enemigo,
»Y su ira con vosotros implacable.
»Prevenlo a tu mujer: sirve de abrigo
»A ¡su flaqueza: Dios ha castigado
»Los soberbios rebeldes, que han faltado
»A sus leyes; su ejemplo considera
»Y de, tu Dios las órdenes venera. »

LIBRO SÉPTIMO

SUMARIO

RAFAEL explica a Adán cómo y para qué, se ha criado el mundo. Le dice como Dios, después de haber echado del Cielo a Satanás y a sus Ángeles, declaró el designio que tenía de producir otro mundo, y otras criaturas para habitarlo. Refiere que Dios envió a su hijo para hacer la obra de los seis días, y como los Espíritus celestes celebraron su creación, y acompañaron el triunfo del Hijo de Dios al volver al Cielo.

¡Baja, inmortal Urania, benigna
Del alto Cielo! ¡Inspira a mi sonora
Lira una melodía de ti digna!
Llega apenas tu voz a mis oídos,
Cuando un sublime raptó mis sentidos
Enajena: me arrojo adonde hasta ahora
El famoso caballo del Parnaso
Jamás osó elevar su noble vuelo.
Y si tu me proteges, ¿qué recelo
Puedo tener de un mísero fracaso?
¿Eres tú, sacra Musa, por ventura
Un nombre vano, fabulosa hechura
De la imaginación, como lo fueron
Aquellas nueve hermanas que tuvieron
Su templo de Helicón en la pendiente
Cumbre, y bebiendo en la Castalia fuente
Con dulces sueños nos entretuvieron?
¡No, hija ilustre del Cielo, no naciste
En poéticas selvas sus variados
Delirios y ficciones precediste.
Antes que ellos naciesen, ¡cuánto hacía
Que tú, a tu hermana la sabiduría,
Con tus acentos tiernos y sagrados,
Dulcemente hechizabas,
Y aun al Eterno mismo deleitabas!
¡Vuelve, pues, hacia mí! ¡Si con osado
Vuelo, subir me hiciste al elevado
Empíreo, aunque mortal, y recrearme
Con su éter claro, ayuda ahora a bajarme
Desde aquellas alturas celestiales
A mis remotos campos paternos!
¡Tú en todos los peligros me serviste
De guía y de broquel, y me trajiste
Salvo hasta aquí, después de haber bebido
Del Cielo que he corrido
El sacro fuego en su primer origen!
Mis vuelos al presente se dirigen,
Yo ya a aquellas regiones apartadas,
De los pies de los hombres nunca holladas,
Sino a esfera más baja y más segura
De transitar que aquella enorme altura;
A esta tierra a que el sol en su carrera
Diaría da una corta vuelta entera;
Mas, a su estrecho círculo ceñido,
No por eso será menos ardiente
Mí canto, ni de menos armonía,
Antes entre las sombras escondido,
Mucho más tierno mi melancolía
Lo hará en un tiempo en que mí patria gente
A la fiera discordia está entregada.
¡Siglo de disensiones y sangrientos
Combates! ¡Quizá yo con mis lamentos
Dulces suspenderé tu arrebatada
Furia algún breve rato, o cuando menos,

Conseguiré dar tregua a la tristeza
De mi cruel ceguera, los fatales
Gritos adormecer de mis rivales,
Y mi asilo librar de los venenos
Que en él verter intenta su fiereza!
Mi asilo solitario. en que privado
De la luz grata vivo... Mas ¿qué he hablado?
¡Solitario!... ¿No me haces compañía,
Divina Urania, Tú mí inteligencia
Inspiras con tu plácida presencia,
Sea cuando la noche al mundo arrulla
Sea cuando su luz derrama el día
Y al silencio sucede ya la bulla
En el despierto mundo: ¡tu asistencia
Imploro! Anima con tu noble encanto
El débil tono de mi helado canto.
A mi humilde retiro
Trae los pocos amigos que aún el giro
De los años voraz y los diversos
Azares de mi vida me han dejado,
Y que siempre con gusto oyen mis versos
Pues todo lo demás me ha abandonado,
Sé todo el mundo para mí piadosa;
Pero lejos de mí la bulliciosa
Alegría, los juegos insultantes
Y la embriaguez torpe y turbulenta
De las modernas turbas de Bacantes.
Las del antiguo tiempo, con sangrienta
Rabia, del triste Orico sofocaron
En los Rifeos montes los acentos;
De aquella dulce voz, a que pararon
Silenciosos los vientos,
Que los raudos torrentes escucharon
Y atrajeron las fieras y las breñas.
Su último canto enterneció las peñas,
Al paso que Calíope, gimiendo,
Salvar no pudo a su hijo del horrendo
Furor de aquella tropa delirante.
Mas tú que no eres un fingido sueño
Como ella, oh Musa, baja en este instante
Del alto Cielo: acude prontamente
A sostenerme en este nuevo empeño:
¡Dime lo acaecido en el siguiente
Tiempo, después que aquel Ángel afable,
Rafael, al primer padre provino
Del pecado, y castigo irrevocable
De Satanás, y de que igual destino
Terrible al mismo Adán le amenazaba,
Si en medio de las frutas excelentes,
Tan exquisitas como diferentes,
Que hervían en aquel jardín precioso,
La del árbol fatal probar osaba;
Y no sólo a él, sino es al numeroso
Pueblo de sus futuros descendientes,
Al que en su culpa y pena envolverla!
Sentado al lado de Eva, Adán oía
La interesante historia,
Que exacta se grababa en su memoria,
Y con el pensamiento recorría
Todos aquellos hechos milagrosos,
Los reveses terribles sucedidos,
Del Cielo los secretos misteriosos,
Y concebir al cabo no podía
De qué modo en el Cielo, en la morada
De la paz, la discordia, los reñidos
Debates, y el mortal y negro encono,

Hasta el pie mismo del Eterno trono
Habían conseguido abrirse entrada;
Pero el castigo de los fementidos
Ángeles, repentino y espantoso,
Y sus ligas y guerras concluidas,
Cómo al Cielo, así a su alma perturbada
Volvieron la alegría y el reposo:
Con todo, las noticias adquiridas
No le bastaban: más y más ansioso
De sabor, especialmente quería
Averiguar el modo con que habla
Sido criado el orbe, con qué intento,
Su época, la del vasto firmamento;
Cuánto su vida había precedido
En el Edén y en todo el extendido
Universo, y al fin, todo cuanto era
Conexo con su suerte venidera.
Cuanto más oye, tanto más anhelo
Tiene de oír. Así en el verde suelo,
por donde culebrea un cristalino
Arroyuelo, rendido del camino
El viajero, y de sed acongojado,
Sobre sus puras aguas inclinado,
Después que a medias aplacó su ardiente
Aridez, encantado considera
Los dulces juegos con que su corriente
Por las guijas resbala con gracioso
Murmullo, y de sus ondas codicioso,
Cuanto más bebe, más beber quisiera;
Tal a Adán la encendida sed aflige
De saber, y al Arcángel se dirige,
Así diciendo, en tono agradecido
y respetuoso: «¡Cuán sublime y nuevo
»Es lo que tu hasta aquí me has referido?
»Tal es el gusto que en oírte pruebo,
»La admiración, que estoy enajenado.
»¿Qué fuera, pues, si, el velo levantases
»A tanto alto secreto sepultado
»En tu celeste pecho, que aun ignoro,
»Y todas mis tinieblas disipases?
»Para este objeto, tu bondad imploro,
»Oh de mi, Eterno Dios fiel mensajero,
»Que has venido a advertirnos del odioso
»Lazo de ese enemigo artificioso.
»Cuando Dios nos dio el ser, su verdadero
»Único fin sin duda no habrá sido
»Otro, que el de que fieles le adoremos,
»Y como a proporción que claramente
»Le conozcamos crecerá el ardiente
»Amor nuestro, y mayor será el rendido
»Culto que a su grandeza tributemos,
»No extrañes que desee conocerle,
»Y los bienes que de Él he recibido
»Saber, para poder agradecido
»Cada día más fiel corresponderle.
»Ya, pues, que con tan gran benevolencia
»En nosotros y en nuestra descendencia
»No te desdeñas de prestarte grato,
»Atiende a nuestros votos respetuosos.
»Habla, acaba, descubre á, los terrenos
»Sentidos nuestros esos prodigiosos
»Misterios que no menos
»Que a vosotros, tal vez a los humanos
»Importan: dime, ¿qué arte ha construido
»Esa bóveda arqueada del lucido
»Inmenso firmamento?

»¿Qué fuegos esos son que, tan lejanos
»De nosotros, circulan apacibles,
»De los cuales los hay casi invisibles
»A nuestros ojos, y quizá sin cuento;
»Otros que, no brillando aun en la oscura
»Noche, son a su alcance imperceptibles?
»Explícame, ¿cómo es que una aura pura
»Por todo el vasto espacio derramada
»Y a los Cielos y esferas abrazada,
»Circundando, a pesar de su blandura.
»Los sostiene en su asiento y asegura?
»¿Por qué el Señor, dejando su reposo
»Eterno, hizo salir del tenebroso,
»Caos tan tarde el orbe? Dime el punto,
»En fin, en que dio el ser a este conjunto
»De maravillas, si es que Dios consiente
»Que llegue a nuestros débiles oídos
»¡La relación de asuntos tan subidos.
»No pretendo sondear con imprudente
»Anhelo sus decretos reservados.
»Y augustos, sino sólo que me instruyas
»De algunas admirables obras tuyas,
»Y de aquellos secretos ignorados,
»Que me puedas decir; sin otro objeto
»Que el de rendirle culto más perfecto.
»Aun queda largo rato,
»Antes que el Sol remate su carrera.
»En el Ocaso, y aunque ya estuviera
»Para apagar su luz, a tu mandato
»En los aires su carro pararía,
»Y atento referir te escucharía
»Cómo él mismo, saliendo de repente
»De las tinieblas, se quedó admirado,
»De ver su resplandor y hallarse al frente,
»Del reciente universo colocado;
»Y aun cuando por oírte apresurara
»La Noche su carrera, y se asomara,
»Curiosa con su corte refulgente,
»La luna a los balcones del Oriente,
»El silencio y el sueño velarían,
»Y hechizados te oirían
»Contar cómo del fondo de la nada
»Fue producida la naturaleza;
»De sus términos cuál es la grandeza.
»Y el tiempo y fin con que ha sido criada
»La aurora llegará, y embebecidos.
»De tu boca pendientes estaremos:
»Concluirás, y engañados aun creeremos,
»Oír de tu voz los plácidos sonidos. »
Así al celeste huésped suplicaba
Adán, y aquél diciendo contestaba:
»Gustoso a tu modesto ruego cedo
»Mas ¿cómo de las obras portentosas
»Del Rey del Cielo darte una luz puedo?
»Su gloria al hombre oprime,
»Y aun la lengua seráfica sublime,
»Por más que de expresiones majestuosos
»Use, de ella, no da cabal idea:
»Con todo, te diré lo que me sea
»Permitido y a ti pueda servirte
»De utilidad: misterios prodigiosos
»Que su bondad se digna descubrirte,
»Para ti y tu linaje provechosos.
»De su gloria eternal en las brillantes
»Sombras ocultos duermen los restantes.
»Allí, depositada la futura

»Serie de los sucesos, invisible
»Hasta su tiempo a toda criatura,
»Sólo para sus ojos es visible.
»Intento vano fuera y temerario
»El de sondear aquel celeste abismo.
»Para nada tampoco es necesario,
»Pues que sin riesgo alguno, el fruto mismo
»Te ofrece el vasto cuadro que patento
»La tierra está a tus ojos ostentando
»Al paso que juicioso examinando
»Vayas sus maravillas, más ardiente
»Será tu amor a su Hacedor divino.
»Es preciso que el alma se alimente
»Como el cuerpo, no obstante que es diverso
»El sustento, según es el destino
»Vario que tienen en el universo:
»Mas con todo, igualmente moderado
»Debe ser para entrambos, arreglado
»Por la razón; pues si es beneficioso
»Su uso, es siempre su abuso peligroso.
»Oye ahora: después que aquel impuro
»Arcángel (Lucifer era nombrado
»Cuando en el Cielo, refulgente y puro
»Entre todos los Ángeles brillaba,
»Y como el sol, el resplandor oscuro
»De los astros sus luces eclipsaba);
»Después que Satanás (así nombrarle
»Debo ahora) hubo arrastrado en su caída
»A la rebelde turba seducida
»Que se atrevió en su culpa a acompañarle,
»Que quedó en el Infierno sepultado,
»Y el Hijo del Eterno remontado
»En triunfo al Cielo, de laurel ceñido,
»Con inmortales himnos recibido,
»El asiento glorioso hubo ocupado;
»Al ver llegar su Padre sus guerreras
»Tropas en orden, bajo sus banderas.
»Vuelto a él, le dice:» «Ya el justo castigo
Se ha impuesto a ese enemigo:
Se lisonjeó que con su hueste impía
La montaña del sacro testamento,
Donde está de mis rayos el asiento,
Y mi cetro y corona usurparía.
El suceso ha salido muy distinto
De lo que se jactaba su osadía:
El Cielo vomitó de su recinto
Los rebeldes, y nunca a su dichosa
Morada volverán. Más numerosa
Es aún la muchedumbre de leales
Servidores que parte no han tenido
En sus tramas fatales,
Y celosos en todas ocasiones
A nuestras leyes han obedecido.»
Tenemos pues, vasallos a millares,
Que nos respeten, y en nuestros altares
Nos inciensen y den adoraciones;
Con todo, el enemigo, que de cierto
Los que perdimos sabe, estará ufano
De que ha dejado este lugar desierto.
Quiero privar aun de este timbre vano
A ese pueblo perverso:
Criaré de una vez otro universo,
Que poblará de innumerables gentes,
Todas de un solo padre descendientes;
Gozosas vivirán en aquel suelo,
Y su fe y su obediencia a mi sagrada

Ley, con el tiempo la feliz entrada
Les abrirá del Cielo.
»Así la tierra con indisolubles
Lazos se unirá al Cielo, y los volubles
Tiempos del mismo modo a la inmóvil
Eternidad. Yo el Padre y Soberano
Seré de todos, y mis principales
Vasallos seréis siempre, oh mis leales
Ángeles, que dejando esta apacible
Mansión, con tal valor al inhumano
Enemigo en el campo combatisteis.
El Cielo es vuestro: bien lo merecisteis.
Tú, Hijo mío, mi verbo, mi traslado,
Quiero que el nuevo plan ejecutado
Sea por ti: ¡ve, pues! ¡Que a tu imperante
Voz sola a la luz salga en el instante!
Para esto te he infundido mi Divino
Poder: toma hacia el Caos tu camino
Pon fin a su incesante antigua guerra:
De una palabra, el Cielo de la tierra
Separa. Hasta ahora, nada limitaba
Del vacío el abismo incalculable,
Y mi inmensidad sola lo llenaba.
Yo soy: nadie es sin mí: solo, dispongo
De todo: hago: destruyo: quito y pongo:
Sujeto el azar mismo a orden estable:
Contengo lo posible, y no hay otro hado,
Que aquello que yo tengo decretado.»
»Habla el Padre, y el Hijo presuroso
»Ejecuta. El reflejo luminoso
»Del relámpago, el rápida torrente,
»La ligereza del airado viento,
»De los veloces tiempos la corriente,
»Y aun en su esencia, el mismo movimiento,
»Son nada, con la fuerza y la presteza
»De su palabra: manda, y ya está hecho.
»¿Pero cómo es posible que tu estrecho
»Alcance entender pueda la grandeza
»De aquellas obras tan maravillosas?
»Apenas el decreto se había oído
»Del Cielo en las moradas venturosas,
»Cuando todo él, de este himno repetido
»Resonó: «Gloria a Dios en las alturas,
Y paz inalterable a las futuras
Generaciones del linaje humano.
Gloria a nuestro Monarca soberano,
Cuya ira poderosa, a los injustos
Rebeldes arrojó de su presencia,
De la mansión eterna de los justos
Y abatió su sacrilega insolencia.
Gloria al Señor, cuya sabiduría
Benigna saca bienes de los males,
Y que en lugar de aquella turba impía,
Va a criar otros seres racionales
Que merezcan las sillas que ha perdido.
Gloria al fecundo Dios, que en sus oscuras
Cunas prepara para las futuras
Edades otros mundos a millones,
Que acrecienten sin fin el escogido
Pueblo que le tributa adoraciones.
»Entre tanto que el Cielo así cantaba,
»La obra maravillosa comenzaba:
»Dios viene armado de su Omnipotencia
»La majestad en su Divina frente
»Brilla, unida a la calma inalterable,
»De la sabiduría inseparable:

»Del amor puro la benevolencia,
»En él luce también, dulce y ardiente.
»El Padre celestial se ve admirado,
»Todo entero en sus ojos retratado.
»Alrededor del Hijo, presurosos
»Espíritus sin número volaban,
»Arcángeles, Virtudes, Querubines,
»Tronos y Serafines;
»Todos halados: miles de fogosos
»Carros, también con alas, lo escoltaban,
»Que entre montes de bronce, reservados
»Para tales funciones, se guardaban:
»Tren celestial, cuya magnificencia
»No hallaba, en cuanto existe, competencia.
»De un interior espíritu animados,
»Ellos por sí, la augusta seña viendo,
»Vuelan sobre sus ejes abrasados,
»Al triunfal carro del Señor siguiendo.
»A la marcha pomposa,
»Abre el Cielo sus puertas, que volviendo
»Sobre sus goznes de oro,
»Producen una música armoniosa,
»Digna de oírse en el celeste coro.
»Sale el Señor con toda su brillante
»Comitiva por ellas, y constante,
»Todos sus pasos sigue apresurada
»La Gloria. Ya el espíritu Divino,
»Para sacar el orbe de la nada,
»Ha preparado el próspero camino:
»A los fines del Cielo al fin llegado,
»Para el carro. A su vista, el dilatado
»Caos está sin fondo:
»Desde allí, de una ojeada a lo más hondo
»Penetra, en tanto que su comitiva,
»Fija en la altura, ve con la más viva.
»Admiración aquella sima fiera,
»Océano espantable sin ribera,
»En tinieblas sumido,
»De perpetuas tormentas conmovido,
»Y cuyas olas, sin cesar bramando,
»Como horribles montañas elevadas,
»A los muros del Cielo encaramadas,
»Los están sediciosas asaltando.
«¡Silencio, olas furiosas! ¡Parad, viento!
»Les dice la palabra Omnipotente:
»Ya está todo callado y obediente:
»El abismo detiene aún sus alientos.
»Sobre las alas de los Serafines
»Sentado entonces, rápido desciende
»De su extensión a recorrer los fines,
»Y el Caos diligente y respetuoso
»Le abre al punto su seno tenebroso.
»Su séquito con él las sombras hiende,
»Deseoso de ver dar la existencia
»Al orbe y de admirar la Omnipotencia
»De su Dios en aquella obra pasmosa.
»Para la marcha, y en la poderosa
»Mano toma el compás, que se conserva
»En el tesoro eterno, y se reserva
»Sólo para medir, en ocasiones
»Iguales, del espacio las regiones
»Una punta de aquel compás brillante
»De oro, en el punto céntrico asegura,
»Y el otro inmenso brazo, en el distante
»Vacío circulando, la figura
»Del nuevo mundo en sus tinieblas graba.

»Apenas de trazar su vuelta acaba:
»Existe, ¡oh mundo, dice, limitados
Al círculo que yo te he señalado!
¡Sus términos ocupa exactamente,
Sin pasar de ellos! » «Instantáneamente,
»A su voz nace todo este visible
»Universo, los Cielos y la tierra
»Materiales, y todo cuanto encierra
»Su ámbito; pero todo en una horrible
»Mezcla confuso; sólo era una enorme
»Masa indigesta, informe,
»Que con lóbregas olas enlutaba
»Un tenebroso mar, en que fluctuaba.
»Mas ya el Divino espíritu, tendidas
»Sus criadoras alas encendidas
En su seno la vida, y fecundando
»El Caos. Brota la naturaleza:
»En orden, poco a poco su belleza
»Asoma: se segrega todo impuro
»Germen, todo mortífero, indigesto,
»Principio, y va a parar al fondo oscuro
»Del abismo: colocase en su puesto.
»Cada cosa: atraídos mutuamente,
»El ser se junta al ser, la simpatía
»Los une, al paso que con excelente
»Orden los hace huir la antipatía
»Uno de otro, en el todo resultando
»Que sus partes se vayan arreglando.
»Vuela el fuego: ligero sube el viento:
»Y el orbe de la tierra más pesado,
»Cual si fuera en un sólido cimiento,
»En su azul extensión queda fijado.
»Dijo el Eterno entonces a la nada:
»¡Haya luz!» y la luz quedó criada.
»¡Tu, oh luz, del éter puro quinta esencia!
»¡Tú, la hija primogénita preciosa
»De toda la existencia!
»¡Tú, de que es Dios la sacra única fuente,
»¡Que de rayos ceñida
»Con tu presencia hermosa,
»Al universo, aun muerto, dando vida,
»Al punto de las puertas del Oriente,
»Tú gozosa carrera comenzaste,
»Seguida, hasta que al Sol, que todavía
»En la nada yacía,
»Con tus dorados brillos adornaste!
»Dios te vio, te aplaudió, y de la enlutada,
»Sombra mandó que fueses separada.
»A aquélla nombró Noche, y a ti Día.
»¡Tú, con gratos fulgores,
»Y la Noche con fúnebres vapores,
»Cumplíais ambos vuestro ministerio,
»Uno y otro hemisferio
»Con periódico turno visitando
»Así del Día nuevo las primicias
»Brillaron, y aun el Cielo sus delicias
»A la tierra envidió, mientras gozosos
»Los Ángeles, sus himnos entonando
»Triunfales y armoniosos
»En honra del Criador, cuya sencilla
»Voz brotar hizo tanta maravilla,
»La niñez de los siglos admiraban,
»Y el joven Universo ponderaban.
»Dijo entretanto el Hacedor divino,
«¡Sepárense del húmedo elemento
Las ondas, unas de otras! ¡Su camino

Eleve parte de ellas a la altura
Del aire, y salga a luz un firmamento
Que de las inferiores las divida!»
»De una bóveda vasta en la figura,
»El firmamento de éter transparente
»Cerca toda la tierra de repente,
»Y en dos mares el agua repartida,
»Sobre él, ligero el uno se sostiene,
»Y a manera de azul líquido velo,
»Sirve para templar la luz del Cielo,
»Como el otro en la tierra se mantiene
»A leyes inmutables los sujeta
»Dios, y a un tiempo completa
»Con ellos la firmeza del reciente
»Edificio del mundo. Al tempestuoso
»Abismo, que aunque entonces en reposo
»Por su orden especial, en adelante,
»Vuelto a su alteración, naturalmente
»Podía ser vecino peligroso,
»Lo trasladó del mundo muy distante.
»Al Cielo dio de Firmamento el nombre,
»Y en coro el día y noche, que del hombre,
»Las futuras edades comenzaron,
»Su segundo periodo cantaron.
»El orbe de la tierra hecho ya estaba,
»Mas, cual débil embrión, aun vegetaba
»De las entrañas, escondido,
»Por ondas prolíficas nutrido,
»Cuando dijo el Criador con imperiosa
»Voz: -«¡Reuníos, ondas! ¡Id corriendo
A la madre espaciosa
Preparada, y descúbrase la tierra!»
»El mar en el instante huye, y se encierra
»En su profunda madre, descubriendo
»Sus calvas frentes los excelsos montes:
»Rodeados de vapores nebulosos,
»A los celajes suben orgullosos,
»Dominando los claros horizontes:,
»Al paso que ellos hacia el Cielo ascienden,
»Los huecos valles rápidos descienden
»A lo profundo, madres dilatadas
»Procurando a las aguas, que encantadas
»De hallar aquel abrigo, a reunirse
»Corren en él: al pronto, débilmente,
»Como las gruesas gotas que en la ardiente
»Canícula derrama algún nublado,
»Y en el polvo no tardan en sumirse,
»Pero dentro de poco, reforzado
»Su número, a la voz del poderoso
»Hacedor, a su puesto señalado
»Cada cual rueda, hasta que al fin unidas,
»En grande cantidad, formando erguidas
»Y líquidas montañas, con furioso
»Ímpetu caminando apresuradas,
»Unas a otras se siguen ordenadas
»¡Como aquellos celestes escuadrones
»De que hice la pintura, refiriendo
»De la angélica guerra las acciones,
»Que al son de la trompeta, en apretadas
»Hileras uno al otro iban siguiendo.
»Así en fila, en arroyos o en torrentes,
»Con murmullo incesante o con estruendo,
»Las cristalinas huestes diligentes
»Vienen, unas tras de otras, caminando,
»Las ondas a las ondas empujando.
»Otras fuentes también precipitadas

»Caen de un alto risco a una profunda
»Sima con ruido horrible;
»Su onda en el hueco rebosando, inunda
»Los contornos; llanuras dilatadas
»Por un canal que se abre, en apacible
»Arroyuelo trocada, culebreando
»Recorre, enriquecerse procurando
»Con otros arroyuelos que un destino
»Igual hace le salgan al camino.
»En vano las montañas y los duros
»Riscos se oponen a que sus corrientes
»Se incorporen; el uno, en sus oscuros
»Cimientos introduce sus hirvientes
»Ondas, y con empeño tal los mina,
»Que al cabo de algún tiempo los arruina
»El otro, más soberbio y caudaloso,
»Amontona sus aguas de manera,
»Que embistiendo con ímpetu furioso
»Rompe o derriba todo, y su carrera
»Sigue, sin encontrar ya resistencia
»Forma de estos arroyos la afluencia
»Ríos que en vastas madres, con pomposa
»Marcha, conducen por la polvorosa
»Tierra sus aguas, y que acrecentando
»Su caudal sin cesar, con abundantes
»Fuentes o arroyos, que se les agregan,
»Por ignorados reinos transitando,
»De su nativo suelo al fin distantes,
»A sumergirse en el abismo llegan
»A las agua del globo destinado,
»Que mar por el Eterno fue nombrado.
»Continuó Dios diciendo: -«¡Verde hierba,
Cubre la tierra! ¡Alegres praderas,
Frutales abundantes y sombrías
Selvas, brotad! ¡Que tenga de reserva,
Cada árbol, cada planta, su simiente
En si misma!» »A esta voz, la dilatada
»Superficie del globo, anteriormente,
»Infecunda, desierta, despojada
»De adornos, se presenta de repente
»De nueva y rica gala revestida.
»La verde hierba cubre la extendida
»Llanura, el hondo valle, el empinado
»Monte: en el vasto campo perfumado.
»El arbusto hace alarde del pomposo
»Recién nacido lujo, desplegando,
»Sus hojas y sus flores,
»Y con primor, hermana sus colores:
»La hiedra aprieta al álamo frondoso
»Con millares de brazos: arrastrando
»Por el suelo la parra, va buscando
»Igual apoyo; cuando en él tropieza
»Con sus corvos zarcillos agarrada,
»Hasta la espesa copa se endereza,
»Y entre las verdes hojas, sus pendientes
»Y morados racimos, orgullosa
»A los ojos ostenta: la dorada
»Espiga sus inmensos batallones,
»Erizados de picas relucientes,
»Ordena presurosa:
»Se arman, por otra parte, la enredada,
»Zarza y el duro espino de aguijones,
»Al paso que los árboles gigantes
»Las faldas de los montes arrogantes,
»Dominan, encumbrados en la altura,
»Esparcen con su sombra la frescura.

»Más humildes los árboles frutales,
»Bañados por los húmedos cristales
»De un arroyuelo, pueblan la llanura,
»Y ciñen de los ríos las undosas
»Riberas, ofreciendo liberales
»Al alcance del hombre sus sabrosas
»Frutas. Así la tierra, de los Cielos
»Hecha la imagen, ocasiona celos
»A su belleza, y es vuestra morada
»Digna de ser con ellos comparada:
»Mas las nubes no habían aun llovido,
»Ni la tierra, aun inculta, conocía
»La labor; el rocío las suplía,
»Con fecunda humedad, del encendido
»Suelo las venas áridas templando,
»Las hierbas, cual las plantas, refrescando,
»Y las semillas tiernas encerradas
»En él, por mano del Señor criadas,
»Que el tercer día entonces terminando
»Vio, y aprobó las obras que hecho había.
»El cuarto no fue menos prodigioso:
«¡Existid, dijo, turba innumerable
De astros! ¡Diferenciad, con inmutable
Período alternado, el claro día
De la, noche! ¡El calor beneficioso
Derramad sobre el mundo, y de señales
Para medir los tiempos y los años,
Servid perpetuamente a los mortales!»
»Varios en brillos como en los tamaños
»Y en las distancias, nacen al momento,
»Y pueblan el desierto firmamento.
»Dos de ellos, para el globo más brillantes,
»Y grandes por estar menos distantes,
»Abren, del veloz tiempo la carrera,
»De la Corte magnífica escoltados
»De todos los restantes, que ordenados
»Los siguen por el éter. Cada esfera
»De aquellas tiene su distinto nombre,
»Que sólo sabe Dios; mas para el hombre
»Impuso en general a todas ellas
»El mismo nombre que les dais de Estrellas.
»La Noche se admiró al ver su enlutado
»Velo de tantas luces salpicado,
»Que por turno sobre él resplandecían,
»O en sus fúnebres pliegues se escondían,
»A su dominio términos poniendo,
»Y también los del día reduciendo.
»Dios las vio, y mereció su complacencia
»De aquel adorno la magnificencia.
»¿Y qué obra material hay más hermosa,
»Entre las que su mano poderosa
»Hizo, que el Sol? Este astro, que radiante
»Eclipsa con su viva eterna lumbre
»Toda la incalculable muchedumbre
»De esferas inflamadas,
»Por mano del Señor en el distante
»Inmenso campo de la luz sembradas
»Como polvo menudo,
»Al principio fue un globo tenebroso,
»Enorme en el tamaño, y esponjoso,
»Mas, del Oriente apenas la luz pudo
»Romper las puertas, e inundar el orbe.
»Cuando la mayor parte de ella absorbe
»Por sus poros el astro, y penetrada
»Su enorme masa, queda transformada
»En un globo de fuego refulgente,

»En el cual la luz toda recogida
»Al fin tiene su silla establecida:
»Es su templo sagrado, su eminente
»Soberbio alcázar, su perenne fuente
»Apresurados, con sus urnas de oro,
»Sus vasallos brillantes, a ella corren
»A llenarlas del líquido tesoro
»De sus lucientes fuegos. Aun aquellos
»Globos que inmensas órbitas recorren
»De él tan remotos, que un punto invisible
»Parecen en el Cielo, los destellos
»De sus vivos fulgores a porfía
»Se reparten, no obstante su indecible
»Distancia, y cada cual nutre su esfera.
»Él, soberbio, impaciente, la barrera
»Rompió el primero del alegre día,
»Y de su ardiente trono de topacio
»Por la extensión inmensa del espacio
»Del Cielo, hasta los fines apartados,
»Arrojó de su disco fulminante
»Mares de resplandores abrasados.
»Las Pléyadas abrían su triunfante
»Marcha, y la blanca Aurora desplegab
»De sus plateados velos la hermosura.
»Ver a la parte opuesta se dejaba,
»Vivo espejo del Sol, la Luna llena,
»Resplandeciendo con la luz ajena
»De aquel astro, y aprisa tras la oscura
»Noche al otro hemisferio se ausentaba.
»Á, su carro de nácar majestuoso
»Seguía un pueblo de Astros numeroso.
»Con ella la Quietud y el Sueño huían
»Del Bullicio y Afán, que al matutino
»Albor apresurados acudían.
»Mas, cuando terminado su camino,
»Con sus últimos rayos el Sol dora
»El Poniente, la plácida lumbrera
»Con la Noche de nuevo sale fuera,
»Y tras de ésta la turba encantadora
»De Estrellas, que brillantes
»Llenan su oscuro seno de diamantes,
»Al paso que, su sombra protectora
»Aprovechando, al mundo silencioso
»Vuelven de nuevo el Sueño y el Reposo
»Así entonces la Tarde y la Mañana,
»Con nuevas galas cada cual ufana,
»Su belleza hechizadas admiraron,
»Y la cuarta jornada terminaron
»Mas, de Dios la palabra el mar profundo
»Hace ya con sus órdenes fecundo:
«¡Poblad, peces, el húmedo elemento!
¡Naced de él, aves, y habitad el viento!
¡Vivid, reptiles! dijo.» Las pintadas
»Aves cortan ya el aire, y las pesadas
»Ballenas bogan por las espumosas
»Ondas, entre bandadas numerosas
»De peces de mil géneros distintos,
»Que brotan de sus hondos laberintos.
»Dios los ve, los aprueba y los bendice:
»¡Creced, multiplicad, ¡oh peces! dice:
¡Los reptiles, las aves igualmente
Crezcan, y multipliquen en la tierra!»
»Para este fin tenía preparados
»En el vasto recinto que el mar cierras
»A más del alimento competente,
»Golfos, islas, estrechos y bahías,

»Y otros puestos, los más proporcionados,
»A fin de que del mar los moradores,
»Sus infinitas crías
»Hacer pudiesen sin que los furios
»De todas las tormentas lo estorbasen.
»Y así sin fin su especie perpetuasen.
»Apenas, con efecto, la extendida
»Capacidad del mar contener puede
»La multitud que habita desmedida
»De pueblos escamosos en su seno,
»Variados con los más bellos colores,
»Que a la que hay en el aire y tierra excede
»Por todas partes se presenta lleno
»De diestros o incansables nadadores.
»Unos, hábiles buzos, zambullidos
»Pasean sus arenas esparcidos;
»Otros, formando huestes numerosas,
»Giran sobre sus ondas populosas,
»Surcándolas con rumbos diferentes:
»Estos, pacen ansiosos las recientes
»Marinas plantas; otros, con joviales
»Retozos, entre selvas de corales
»Corren, o bien del sol al encendido
»Rayo, avivan su hermoso colorido:
»Aquellos, adornados de brillantes
»Perlas, la agua del mar en sus flotantes
»Conchas beben: alguno, su pequeña
»Góndola; cual piloto diestro, guía
»Bajo el abrigo de una enorme pena:
»Otros, juntos formando una viviente
»Cadena, con paciencia noche y día
»Aguardan que a su alcance, la encrespada
»Ola traiga la presa, deseada:
»Allá se ven saltar ligeramente
»En tropas los delfines, encovados
»De los líquidos montes en las cumbres.
»Las vagabundas focas sus costumbres.
»A pesar de su lerdia corpulencia.
»Imitan con retozos continuados
»Y alegres brincos, sobre la eminencia
»De las ondas, y más cuando se aumenta
»Su hervor con una próxima tormenta.
»El Rey del mar, el animal gigante,
»La Ballena, entre todos dominante
»Por su grandeza, el Leviatán horrendo,
»Ya en las olas de espaldas extendiendo
»Su longitud, parece un elevado
»Promontorio de lejos; ya una inmensa
»Aleta desplegando a cada lado,
»Que es una isla flotante se diría.
»Tiene por boca un antro, cuya densa
»Profundidad no deja entrar el día
»Aunque la tenga abierta, totalmente,
»Y al paso que ella sorbe la onda amarga.
»Cada ventana, en saltadora fuente
»Convertida, hacia el Cielo la descarga.
»Las lagunas, las aguas pantanosas
»Tienen también familias bulliciosas
»Que las habiten y que con viviente
»Aliento las animen. Sus riberas
»Hormiguean de pueblos de ligeras
»Avecillas que, rotas ya las duras
»Cáscaras de los huevos en que estaban
»Mientras sus tiernas madres empollaban,
»Han logrado salir de sus oscuras
»Cárceles; al principio despojados

»De plumas, y aun endeables, en sus nidos
»Los pajarillos, para el alimento
»Al paternal cariño están fiados
»Mas, de brillantes alas revestidos,
»Dentro de poco cortarán el viento
»A bandadas su patria abandonando,
»Y el sol, cual vastas nubes enlutando.
»De tales suciedades desdeñosa,
»Sobre alguna alta y solitaria peña
»Anida siempre la Águila orgullosa,
»Y de un aislado cedro la alta mole
»Ofrece a la pacífica Cigüeña
»Cómoda habitación para su prole.
»Hay también otras aves que las olas
»Del éter acostumbran surcar solas;
»Pero las hay que al barruntar la fría
»Estación del invierno, en compañía
»Numerosa reunidas anualmente,
»Formadas en triángulo volando,
»Del aire cortan las regiones vanas
»En busca de otra tierra más caliente;
»Dividiendo el cansancio, mutuamente
»Se ayudan las etéreas caravanas,
»Vastos mares y montes transitando
»Hasta llegar al término del viaje.
»Así en negras escuadras, asombrando
»El cielo a su pasaje,
»Más allá de las nubes, las ligeras
»Grullas volando van a otras riberas
»Remotas a apearse con estruendo,
»Mientras que los frondosos bosquecillos
»De un pueblo innumerable están hirviendo
»De inquietos y graciosos pajarillos
»Que de una en otra rama en incesante
»Movimiento con cantos diferentes
»Y alegres interrumpen su constante
»Silencio, los colores relucientes
»De sus hermosas plumas ostentando,
»Y el verdor de los árboles variando.
»Apenas callan, cuando el tenebroso
»Bosque resuena con el doloroso
»Quejido de la tierna Filomena,
»Que el sueño deja por cantar su pena:
»El astro de la noche, con oído ,
»Atento, para al canto melodioso,
»Y su dolor divide enternecido.
»Fomentando también las productoras;
»Semillas, brota el húmedo elemento
»Una multitud de aves nadadoras,
»A que da la morada y el sustento;
»En los azules lagos y en las fuentes,
»Y arroyuelos la blanda pluma bañan
»De sus regazos, y el cristal empañan
»De las ondas, buscando diligentes
»Alimento en su fondo cenagoso.
»Al frente de estas aves, majestuoso
»Boga el Cisne, sirviéndole, extendidos
»En el agua, de remos
»Los dedos de los pies, entre sí unidos
»Con unas fuertes y flexibles telas
»De piel, y haciendo de sus alas velas,
»Muchas veces del aire a los extremos
»Fines con vuelo poderoso sube,
»Sus húmedas moradas desdeñando,
»Y la remota tierra atrás dejando,
»Se confunde con una blanca nube.

»Otros, a aquellos elevados puestos
»Prefieren, con deseos más modestos,
»Habitar en la tierra sosegados:
»El Gallo entre ellos majestuoso luce
»Cierto de su valor y su belleza,
»Garboso, levantada la cabeza,
»Que coronan penachos matizados,
»Entre los que purpúrea reluce
»Su diadema real, lento pasea,
»Y sobre el cuello erguido, el oro ondea.
»De su pluma, en madejas extendida;
»De sus altivos ojos despedida
»Al mirar, viva luz relampaguea:
»Cual sonoro clarín la voz exhala
»Que las horas pacíficas señala
»De la nocturna sombra, y de la aurora
»Es sabida puntual despertadora,
»Del día anuncio, canto de victoria.
»Y grito del amor y de la gloria.
»El solo, junta en sí la gallardía,
»El valor, la hermosura y la viveza.
»Nada de más completo, hasta aquel día.
»Respiró en toda la naturaleza.
»Con todo, envanecido pretendía
»El Pavo real en punto a la belleza
»Excederle, los ojos rutilantes
»De su azulada cola desplegado,
»Que adornan los colores relumbrantes
»Del Iris. En aquellos reflejando.
»El Sol mismo, envidioso, la hermosura
»Ve retratarse de su luz más pura,
»Y juntar las estrellas sus fulgores
»A los vivos matices de las flores
»De la tierra, en la rueda milagrosa.
»De esta manera, el agua y sus orillas
»Se animan, y su vuelta luminosa
»El quinto día acaba,
»Que vio nacer tan grandes maravillas,
»Al comenzar el sexto, resonaba
»El Cielo con armónicos loores
»De todos sus gloriosos moradores,
»Al Eterno Señor, que de este modo
»Dijo: -«¡Oh tierra! ¡fecúndese tu lodo,
Y produzca vivientes
Animales, de especies diferentes!»
»La tierra oye su voz: ya se preparan
»Sus escondidos senos: de animados
»Cuerpos se cubre, cual si despertaran
»De un sueño en que estuviesen sepultados:
»Gozando de repente del aliento,
»Por todas partes bullen al momento
»Perfectos, y en los sexos apareados:
»Se organiza la tierra, y se fecunda
»El polvo: el bosque umbroso, la profunda
»Cueva, producen hijos: y sin cuento
»Otros de los zarzales y las breñas,
»Como de las montañas y las peñas,
»Saltan: hierven los valles y collados
»De habitantes: cúbrese los prados.
»De animales, que pacen la florida
»Yerba, en verdes tapices extendida,
»O andan errantes junto a las corrientes.
»Ondas de los arroyos y las fuentes.
»Los hay que a toda sociedad contrarios,
»Viven generalmente solitarios,
»Al paso que otros, por naturaleza

»Menos silvestres, la aman, y constantes
»Gozan unidos con sus semejantes
»De la dulzura de su compañía.
»Cada instante del suelo se endereza
»Una nueva familia, que yacía
»Informe: el Lince, el Lobo, y el manchado
»Tigre, ya de su cuna polvorosa
»Totalmente formados van saliendo:
»El subterráneo Topo, revolviendo
»La tierra en que ha nacido, ya ha elevado
»A orillas de su cueva tenebrosa,
»Montoncillos de aquella que ha excavado
»El pecho, la cabeza, y las terribles
»Zarpas saca el León sobre la tierra:
»Las corvas uñas con furor afierra
»En ella, y hace esfuerzos increíbles:
»Al fin, despedazando el suelo duro,
»Fuera se lanza, así como un cautivo
»Que forzar logra el calabazo oscuro,
»Por largo tiempo su sepulcro vivo,
»Y huye al desierto rápido, rugiendo,
»La empolvada melena sacudiendo
»De un salto, el listo Gamo sale fuera,
»Y el Ciervo, coronado de ramaje
»De agudas puntas, toma la carrera,
»Apenas ha nacido, a aquel paraje
»En que más de algún bosque la espesura
»De un sosegado asilo lo asegura.
»Entre tanto, en la tierra sumergido
»El animal terrestre más pesado,
»El macizo Elefante, torpemente
»Se agita por sacar su desmedido
»Coloso, y con los miembros que ha librado,
»Levantando una espesa polvareda,
»Consigue finalmente
»Abrir el paso franco a lo que queda.
»Cual las yerbas del campo numerosos,
»Los ganados inundan los umbrosos
»Valles y las colinas, revestidos
»De sus útiles lanas, resonando
»Por los lejanos ecos sus balidos.
»Aquella servil vida despreciando
»La montés Cabra, busca el eminente
»Risco, y sobre su cima está pendiente.
»De la tierra y del agua a competencia
»Oriundo, el espantoso Cocodrilo,
»Entre uno y otro asilo,
»Duda a cuál ha de dar la preferencia.
»Por un rasgo aun más sabio y admirable
»De prodigalidad y omnipotencia,
»Por todas partes nace, brota, inunda
»La tierra, como el agua, la fecunda
»Familia innumerable
»De diversos insectos y gusanos.
»Dios, del barro más fino, con sus manos
»Divinas fabricó las delicadas
»Fibras de sus endebles cuerpecillos:
»Unos, apenas de sus huevecillos
»Salen, de alas provistos matizadas,
»Vivientes flores por el aire giran,
»Los colores, los visos que se admiran
»En el Iris, brillando en miniatura
»Sobre ellos, acrecientan su hermosura.
»No es tan bella la misma primavera,
»Cuando en sus atavíos más se esmera.
»Otros, nacen desnudos, y con pena

»En tortuosos dobleces, por la arena
»Arrastran lentamente,
»Mientras que el Dragón fiero y la Serpiente
»Monstruosa desenvuelven, con horrendo
»Ímpetu, de sus cuerpos los enormes
»Círculos, por el suelo resbalando,
»O tendidas al aire las disformes
»Alas, van con estruendo
»Por sus llanuras líquidas saltando.
»¿Y cómo, ¡oh parco insecto! he de olvidarte,
»Tú, que de un antro oscuro, y de un sustento,
»Común y corto, sabes contentarte,
»¡Próvida Hormiga! que con fundamento
»Puedes servir de regla y de dechado
»Para dar leyes a cualquier Estado?
»¡Tu que en tu pueblo tienes repartida
»La autoridad entre tus numerosos
»Ciudadanos, que simples y juiciosos.
»Sin peligro disfrutan la cumplida
»Dulzura del poder, que la severa
»Igualdad hace conservar entera!
»De ellos tal vez, vuestras generaciones
»Humanas, entre sus vicisitudes,
»Sacarán utilísimas lecciones.
»Con que aprendan las públicas virtudes
»A luz salen también las laboriosas
»Abejas, feliz pueblo, que en espacios
»Ceñidos sabe fabricar hermosas
»Ciudades, y magníficos palacios,
»Como si fueran de materia dura,
»De blanda cera, y abundantes fuentes
»De miel dorada y pura;
»Al paso que los Zánganos ociosos,
»Sólo para el regalo diligentes,
»El Estado empobrecen, devorando
»Lo que ellas, con penosos
»E incesantes afanes, van ganando.
»¿Mas por qué he de seguir la inagotable
»Descripción, si me consta que a tu vista
»Con orden, admirable
»Todos los animales su revista
»Pasaron; que sus clases estudiaste,
»Y por sus propiedades los nombraste?
»Entre ellos conociste a la Serpiente,
»Y sus mañas notaste exactamente:
»No hay animal quizá más peligroso
»Por su astucia, que indica su tortuoso
»Modo de andar: se irrita con frecuencia
»A su amo mismo no perdona su ira
»Furiosa, y los ardientes ojos gira;
»Mas presto se apacigua, o con prudencia
»Disimulando, su furor esconde,
»Y a su voz obediente corresponde.
»Con todo, será fiel a tu mandato,
»Mientras no seas a tu Dios ingrato.
»Aun brillaba del día la belleza,
»Y aplaudían los Cielos la grandeza
»De su, alto Dueño: las recién nacidas
»Esferas, por su brazo Omnipotente
»Una vez impelidas,
»Por la órbita a cada una señalada
»Volaban todas incesantemente:
»La tierra, enamorada
»De su propia hermosura,
»Dulce se sonreía,
»Y el mundo, al ver la multitud viviente,

»De su fecundidad se sorprendía:
»El agua, el aire, el monte y la llanura,
»Todo es fértil. Cuadrúpedos, reptiles,
»Peces, aves, insectos los más viles,
»Andan, nadan, el aire con su vuelo
»Surcan, o arrastran lentos por el suelo;
»Pero aun esta obra grande está incompleta
»Un ser la falta para ser perfecta,
»Un ser cuyas facciones ilumine
»Una vislumbre de su Autor augusto,
»Que racional a los demás domine,
»Y que intérprete sacro de la muda
»Naturaleza, a tributar acuda,
»De respeto y de amor, el culto justo,
»A él, en nombre de todos adorando,
»Y nuevos beneficios impetrando.
»El Padre Eterno entonces, al querido
»Hijo amorosamente dirigido,
»Y al Espíritu Santo, dice: -«Hagamos
El hombre a nuestra imagen, que presida
A cuanto existe en la recién nacida
Tierra.» Es inútil que nos detengamos
»En esta narración: tú en fin naciste.
»El mismo, complacido, en tu figura
»Trasladó, al Vivo su Divina hechura,
»Solo entonces te viste;
»Mas tardó poco su paternal mano
»El extraer de ti otro ser humano,
»Esa fiel y amorosa compañera,
»Y después os habló de esta manera:
¡Vivid, creced, multiplicad, oh esposos
Felices! ¡Dominad sobre la tierra!
Peces, aves y bestias, cuanto encierra
Os doy: ¡pobladla de hijos numerosos!»
»Sea el lugar cual fuera en que criado
»Fuiste, puesto que entonces todavía
»Nombre a lugar ninguno se había dado,
»Te acordarás, Adán, que el mismo día
»En mis brazos te traje a este admirable
»Jardín, en que compiten la agradable
»Muchedumbre de flores olorosas.
»Y la de frutas varias y sabrosas
»Pues de esas flores todas, de esa fruta.
»A tu arbitrio disfruta,
»Su benéfico dueño te lo ha dado
»Todo; pero ten cuenta que ha exceptuado
»El árbol pernicioso
»Del bien y el mal. Por él, fuera el odioso
»Imperio de la muerte introducido:
»Es su fruta mortal: del Cielo la ira
»Se atrae el que atrevido
»La toca: el que la come, al punto espira
»Sé, pues, en tus deseos contenido.
»Por último, el Señor sus obras viendo,
»En ellas su belleza propia admira,
»Y aquella sexta tarde concluyendo,
»Como la sexta aurora,
»Las celebra con música sonora.
»Completo el edificio milagroso,
»Destina el día séptimo al reposo
»El Hijo Eterno, no cual necesario
»Para él, pues sin cansarse, hacer pudiera
»Millares de Universos, si quisiera,
»Sino como un efecto misterioso
»De su grandeza, y hacia su santuario
»Celeste vuelve. Desde aquel distante

»Paraje, quiere ver su obra flamante,
»En que nada hay aun que no sea digno
»De que la mire plácido y benigno,
»Y contemplar su imperio, acrecentado
»Con la nueva provincia que ha criado.
»Al Cielo, pues, triunfante el carro sube
»Con toda la gloriosa comitiva,
»Que detrás de él, vestida de luz viva.
»Parece una brillante inmensa nube.
»A lo lejos, se escuchan los acentos
»De innumerables voces e instrumentos
»Celestes, con que aplauden el hermoso
»Nuevo dominio de su Rey glorioso.
»El universal himno (que tú oíste
»Sin duda) aquella marcha acompañaba.
»Y la naturaleza lo entonaba.
»También precisamente percibiste
»Del espacio la dulce melodía,
»Que a los coros del Cielo respondía;
»Los soles en el éter se pararon,
»Y atónitos la música escucharon.
«Vele aquí, vele, el Criador potente
Cantaba cuanto existe, acordemente
Que ha dado el ser a la naturaleza.
¡Puertas del Cielo, abrios con presteza!
¡Recibid al Señor, que ya ha cumplido
Su decreto inmortal, que el día sexto
La fábrica del mundo ha concluido,
Y vuelve en triunfo a su elevado puesto
¡Fije en él todo ser sus esperanzas,
Y cántele perennes alabanzas!
¡Bendiga todo su magnificencia,
Igual a su poder e inteligencia!
El, es de nuestra dicha única fuente
Inmortal, gloria de sus escogidos:
En su presencia somos admitidos
Cual si un hermano nuestro sólo fuera,
Él mismo, su morada permanente
Hacer entro sus Angeles se digna:
Nuestro interés cual suyo considera:
A toda hora podremos su benigna
Gracia implorar, llevar a los humanos
Los bienes y los dones de sus manos,
Y traerle, en cambio, sus agradecidas
Alabanzas, sus súplicas rendidas,
Con los inciensos que le den leales.
¡Abríos, pues, oh puertas eternas!
¡Unid con tiernos lazos invisibles,
A los Cielos la tierra, a Dios el hombre!
¡Que el universo atónito se asombre,
Y aplauda estos prodigios ¡indecibles!»
»Así del Caos vencido celebraban
»La fiesta, y de su excelso Rey cantaban
»El triunfo, los celestes habitantes.
»Se acerca, y por sí solas las brillantes
»Puertas eternas de las venturosas
»Mansiones se abren, y huyen temerosas
»A una mirada suya a cada lado.
»A su entrada, espacioso,
»Un camino de estrellas empedrado,
»De polvo de oro, cual si fuera arena,
»Cubierto, se presenta luminoso.
»Tal en noche serena
»Admiras encantado la extendida
»Láctea vía, de astros embutida,
»Que cual chispas movibles,

»Apenas a tus ojos perceptibles
»En número infinito resplandecen,
»Y confundidos a la vista ofrecen
»Una brillante faja prolongada,
»De polvos menudísimos sembrada
»De plata reluciente:
»Entra la comitiva finalmente,
»Acompañando al vencedor Divino,
»Hollando aquel magnífico camino.
»Mas la séptima tarde ya despliega
»Sus sombras sobre Edén: se desvanece
»La luz por grados: hacia el mar undoso
»Vuelve a bajar el carro majestuoso
»Del Sol, y anuncia ya la Noche ciega
»El Oriente, que aprisa se oscurece.
»En aquel punto llega,
»El Hijo del Eterno a la invisible
»Cima del Monte santo,
»Que de rayos, relámpagos y densa
»Oscuridad cercada, hasta una inmensa
»Altura sube, y es la inaccesible
»Basa del trono excelso: en él, al canto
»De su Divino Padre, toma asiento
»El Vencedor glorioso. El Padre había
»A su Hijo en la grande obra acompañado,
»Sin hacer movimiento
»Del santuario en que siempre residía.
»Tal es el privilegio reservado
»A solo Dios, que se halla sin moverse
»En todas partes, y sin extenderse
»Llena todo, o mejor diré, contiene
»El universo entero, y lo sostiene:
»Como que es el autor y el fin de todo,
»Con su Hijo resolvió la forma y modo
»Con que habla de dar el ser al mundo.
»Después que hubo en seis días concluido
»Sus obras, volvió el séptimo al profundo
»Feliz reposo nunca interrumpido
»Hasta entonces, y quiso que aquel día
»En adelante fuese consagrado
»A su culto, y por todos celebrado.
»Con efecto, el descanso y la alegría
»Vueltos al Cielo, todo ya respira
»Un nuevo ser. Los Ángeles dichosos
»Disfrutaban de sus ocios deleitosos:
»Las voluptuosas cuerdas de la lira,
»Las cítaras, los órganos sonoros,
»Y del dulce laúd la melodía,
»Acompañando a los celestes coros,
»Derramaban torrentes de armonía.
»De balsámicas flores inundadas,
»Esparcen las regiones encantadas
»Del Cielo deliciosos y vitales
»Aromas, dignos de los inmortales:
»Humean los inciensos, y el sagrado
»Monte rodeando, forman un nublado
»Que cándido se eleva y oloroso
»Hasta los pies del Todopoderoso.
«¡Salve, oh Jehová! cantaba el Cielo unido
¡Más grande vuelves que cuando vencido
El rebelde, su turba sumergiste
En el abismo! ¡Entonces destruiste,
Y ahora has producido!
Si términos no tiene tu potencia,
No los conoce tu beneficencia.
¡Contra tus enemigos la primera

Usaste! ¿Y cómo resistir pudiera
Su audacia a un rayo tuyo, a un a mirada?
¿De qué le sirvió, pues, su sediciosa
Liga, por su soberbia lisonjeada?
Seducir a tus siervos esperaron,
Y en su mente ambiciosa,
Tu imperio despoblar se figuraron.
¡Esperanza engañosa!
Airado de tu asiento te levantas,
Y ya están aterrados a tus plantas
Con el luciente solio que perece,
De cada uno, tu trono se engrandece.
¡Mas tú, Señor, del mal el bien sacaste
¡Tú ese globo criaste,
De un bello y cristalino mar cercado
Para mansión del hombre deleitosa.
Cercano al Cielo! ¡En su ámbito grabaste
Tu Omnipotencia! ¡Cuánto has dilatado
La extensión de su esfera, y qué abundosa
La superficie has hecho! El que lo vea
Con tal gracia en los aires suspendido,
No ignorará la mano a que ha debido
Su ser. ¡Qué luz tan clara le rodea!
¡Tú de sus resplandores le vestiste,
Y de un diadema de astros le ceñiste!
Si desiertos aun tienes otros mundos
Por miras que postrados adoramos,
Algún día, por seres que ignoramos,
Los veremos poblados y fecundos.
Por ti, perpetuos viajes repitiendo,
Se van la noche y día sucediendo.
¡Tú prodigaste dones a millares
A ese mundo reciente,
Que a más de un vasto y fértil continente.
Tiene su sol, sus islas y sus mares!
El es el digno imperio, noble herencia
Del hombre, en quien tu suma inteligencia
Grabó su imagen, y cuyo destino
Es el de honrar a su Hacedor divino,
Amarle, corno es justo,
Y obedecerle cual Monarca augusto;
Sujetar a su mano
La tierra, el mar, el aire, el encendido
Fuego, súbdito suyo ser rendido,
Y del orbe Monarca soberano.
A su ejemplo, sus nobles descendientes,
Prolongada su casta en las edades,
Irán a tus altares, reverentes,
A tributarte inciensos, tus bondades
Loando. ¡Cuán feliz será su suerte,
Si saben fieles siempre obedecerte!
»Así cantaban, y los numerosos
»Vastos ecos, los cantos venturosos
»Repitiendo a porfía,
»Los aplausos doblaban de aquel día,
»Al descanso del Cielo destinado.
»Los prodigios de Dios te he relatado:
»De este reciente mundo, de su gloria
»Monumento, una breve y fiel historia,
»Y cuanto precedió vuestra existencia
»Por su turno sabrá la descendencia
»Vuestra, de padres a hijos trasladada,
»La narración que tengo ya acabada;
»Pero a ti, Adán, si más saber quisieres,
»Te instruiré de cuanto tú pudieres
»Comprender, y decir permita el Cielo

»De sus secretos, Para tu consuelo.»

LIBRO OCTAVO.

SUMARIO

ADÁN hace a Rafael diversas preguntas sobre los movimientos de los cuerpos celestes. Recibe una respuesta ambigua, y una exhortación para que prefiera instruirse de cosas que puedan serle más útiles. Conviene en ello, y para detener a Rafael, le cuenta sus primeras ideas después de su creación, el modo con que fue trasladado al Paraíso terrenal, y su conversación con Dios acerca de su soledad. Cómo consiguió una compañera. Cuál fue su gozo al verla. Rafael le da sobre esto una lección útil, y se vuelve al Cielo.

Así a Adán el Arcángel instruía:
Acabó, y a su voz aun atendía.
Vuelto en sí al fin, cual de un sueño agradable,
Le dice: «¿Qué favor hay comparable,
»¡Oh Espíritu celeste, al que me has hecho?
»Han llenado mi pecho,
»Las grandes maravillas que has contado,
»De gozo y gratitud. ¡Qué ansia tenía
»De oírlas! Hasta ahora no me había
»Hecho cargo de cuánto debe el Cielo,
»La tierra y yo al Señor, que nos ha dado
»La existencia. Ya gracias a tu celo,
»Estoy de sus bondades penetrado.
»Con todo, hay una cosa que aun ignoro,
»Sobre la cual tu explicación imploro.
»Al ver esta obra digna del divino
»Arquitecto, ese mundo que comprende
»Los cielos y la tierra, si examino
»De ésta el tamaño, que es casi invisible
»Respecto a la grandeza inconcebible
»Del firmamento, mi razón no entiendo,
»Cómo existiendo en la naturaleza
»¡Orden tan admirable, se ha podido
»Destinar ese número pasmoso
»De estrellas, de un tamaño desmedido,
»En que está derramada la belleza,
»Sólo a dar luz al globo tenebroso
»En que habitamos: a un grano de arena.
»¿Merecía la pena
»Objeto semejante
»De que para él se hiciese esa brillante
»Bóveda inmensa, y que una vuelta diera
»Tan rápida y enorme, cada día?
»Cuando en su interior mi alma considera
»La sabia economía
»Con que obra la suprema inteligencia,
»Aunque no opuesta a su magnificencia,
»No puede concebir que haya querido
»Prodigar tal grandeza y movimiento,
»Sólo con el intento
»De alumbrar este globo reducido.
»¿Necesitaba el Todopoderoso
»De ese exceso de lujo, tan ocioso
»Al parecer, para que se admirara,
»O en el debido aprecio se tuviera
»Su poder? ¿No es acaso la más rara
»Desproporción, la de que nuestra esfera
»Terrestre y chica, inmóvil y orgullosa,
»Vea ocuparse toda esa espantosa
»Muchedumbre de estrellas en rodearla,
»Cual si fuera su reina, y obsequiarla,
»Sus días y sus noches arreglando;
»Ellas que, en tanto grado aventajando

»A la tierra, parece que debieran
»Aun de su servidumbre desdeñarse?
»¿Y no pudiera aquélla procurarse,
»Sin que la imponderable vuelta dieran,
»Con más facilidad la necesaria
»Claridad, y su varia
»Temperatura, una órbita corriendo
»Pequeña, y sobre su eje revolviendo?
»¿Cuánto más natural, menos extraño
»Esto sería, que esa perdurable
»Revolución de globos de un tamaño
»Tan grande, por un átomo impalpable?»
Así habló Adán, y al ver que iba a tratarse
De asuntos tan sublimes, la modesta
Eva juzga del caso retirarse,
Y antes que el Ángel diese, su respuesta
Parte: encanta su gracia y hermosura,
Y aun más encanta su alma casta y pura.
Va a ver sus frescas flores y arbolitos,
A cuidar de sus plantas y exquisitos
Frutos, que a colorearse han comenzado.
Todo lo mira y lo visita ansiosa.
A su llegada, el bosque, el verde prado
Se alegran; cada flor se abre gozosa:
Sus verdes hojas mueven los lozanos
Árboles, adivinan su presencia,
Y susurrando esperan ya sus manos.
No carecía de la inteligencia
Que la era necesaria
Para ser, como Adán, depositarla
De los altos secretos celestiales,
Pues, aunque en el carácter desiguales.
Eva ingenio y razón como él tenía,
Y no menos un ánimo curioso;
Mas su corazón tierno prefería
Saberlos por la boca de su esposo,
A que el Arcángel de ellos la instruyera.
Por más vivo placer con que lo oyera.
El amor que a su esposo profesaba,
Su familiaridad y su ternura,
La sincera confianza, y la dulzura
De sus conversaciones,
La atraían de modo, que aguardaba
Ansiosa semejantes ocasiones
De hablar con él, pues que satisfacía
Su cariño, y a un tiempo conseguía
Saber lo que impaciente deseaba,
Y en su instrucción, mezclada de caricias
Inocentes, tenía sus delicias.
¡Edad feliz! ¡En dónde está al presente
Aquel cariño tan leal y puro,
La confianza inocente
Y mutua, que formaba el más seguro
Lazo entre los esposos! ¡Han volado
Con la casta inocencia,
Y en ficciones y celos se han trocado!
Eva, entonces feliz, con su presencia
Augusta los jardines adornaba,
toda su extensión la tributaba,
Como a su reina, humilde vasallaje:
Sediento en tanto de saber, oía
Su esposo a Rafael, que así decía:
«¿Conque quieres, Adán, hacer un viaje
»Mental al Cielo, y de sus admirables
»Misterios instruirte? Son laudables
»Y justos tus deseos, pues que es cierto

»Que Dios mismo aquel grande libro ha abierto,
»Para que cual lucientes y sencillas
»Letras, los astros, en sus azuladas
»Páginas, cuenten de sus maravillas
»La historia, y que los seres racionales,
»Siempre que al Cielo eleven sus miradas,
»La lean, y con ella los cabales
»Cálculos de los tiempos, variaciones
»De los días, los años y estaciones,
»Y de su pompa, para en adelante,
»El retorno periódico y constante.
»Pero en cuanto a saber si el sol circunda
»Con su órbita a la tierra, y ésta queda
»Se está, o si él no se mueve, y ella rueda
»En torno de él, ¿a ti que te interesa?
»Créeme, deja estar en su profunda,
»Noche aquello que el Cielo no te expresa,
»De modo que tú puedas comprenderlo.
»Es prueba que no quiere, que a entenderlo
»Llegues: a ti te toca únicamente
»Adorar sus secretos reverente,
»Y no inquirir lo que él se ha retenido
»Ríe el Señor de los esfuerzos vanos
»Que han de hacer con el tiempo los humanos
»Para saber lo que él les ha escondido.
»Ve en lo futuro mil imitadores
»Necios de su poder y de su ciencia
»Divina, que metidos a criadores,
»A varios nuevos mundos la existencia
»Darán en su extraviada fantasía,
»Y a los astros querrán servir de guía,
»Sus giros con el dedo señalando,
»Sus propiedades y usos arreglando.
»Cada uno, satisfecho,
»Construirá, destruirá el celeste techo,
»Enredará las órbitas cruzadas,
»Las desenredará con ordenadas
»Suposiciones, y su movimiento
»Pretendiendo explicar, dará tormento
»A los Cielos y tierra con arrojo,
»Para hacer que caminen a su antojo,
»Mientras que sabia la Naturaleza
»Su curso continuando, al atrevido
»Astrónomo, y al plan que ha discurrido,
»Los arrebató con igual presteza.
»Tu curiosidad sola bastaría
»Para inferir la de tus descendientes.
»Ves con admiración que cada día
»Esas masas de luz a tu morada
»Dan una vuelta entera diligentes
»Y que ella se mantiene sosegada:
»Pues advierte que no por la grandeza
»Se mide de los cuerpos la nobleza:
»Este globo terrestre en que tú habitas,
»Fecundo, lleno de tan exquisitas
»Producciones, aunque es tan reducido
»En cotejo del sol que le ilumina,
»Debe en nobleza serie preferido,
»Pues que este astro no es más que un cuerpo,
»De fuego, tan estéril como inmenso: denso
»Y si a ti quien el uso se destina
»De aquel gran luminar principalmente,
»Se compara, ¿que son sus materiales
»Brillos, respecto de las celestiales,
»Luces de tu inmortal y pura mente?
»Y en cuanto a ese edificio ilimitado

»De los Cielos, si tal extensión tiene
»Y es tanta su belleza,
»No es solamente porque así conviene
»A la magnificencia del que ha dado
»El ser a toda la naturaleza,
»Sino para que el hombre se persuada
»Que vive en casa ajena, en la que nada
»Puede ocupar sino un alojamiento,
»Pequeño, aunque disfrute de su hermosa
»Vista y de su influencia provechosa,
»Y de esto infiera que ese firmamento
»Brillante, y las esferas esparcidas
»En sus vastos confines,
»Se habrán hecho también para otros fines,
»Y con miras para él desconocidas.
»Alaba, pues, ¡oh bóveda suntuosa,
»Que en tu circunferencia
»Abrazas de los aires la espaciosa
»Inmensidad, la inconcebible ciencia
»Y el poder sumo de tu Autor divino!
»Y tú, ¡oh ser racional! que peregrino
»Vives en esta habitación terrena,
»Al ver esa extensión del Cielo, llena
»De maravilla tanta,
»La vista respetuosa a Dios levanta:
»Agradece, y adora,
»Y lo que Él de ti esconde, humilde ignora
»Todas esas estrellas, que rodean
»Con vuelo incalculable, en solo un día,
»Tu pequeña y terrestre monarquía,
»Y a distancia infinita centellean,
»Dios es quien las dirige y las gobierna
»Y el que las hace, siendo materiales,
»En su rápida marcha casi iguales
»A nosotros. Yo mismo, de la eterna
»Mansión del Cielo cuando amanecía
»Salí, y a este jardín al mediodía
»Solo llegué: es verdad que del divino
»Palacio media mucho más camino
»Que, el que en mil siglos puede hacer el cielo
»Alrededor de vuestro estrecho suelo.
»Tampoco has de pensar que es imposible
»Que den los astros esa inconcebible
»Vuelta, pues Dios su omnipotencia extienda
»A lo que, fuera de Él, nadie comprende.
»En lo demás, todo esto es un secreto
»Que se reserva: debes con respeto
»Admirarlo, adorarlo,
»Pero nunca atrevido investigarlo.
»Quizá ese Sol que con su fluido inunda
»Los aires, está inmóvil en el centro
»Del mundo, y todo cuanto le circunda
»Hace mover en torno de él volando,
»Atrayendo a su encuentro
»Y alternativamente rechazando
»Esos globos oscuros, en grandeza
»Varios, como en distancia y ligereza,
»Que remotos a veces distinguimos
»De su disco, y a veces advertimos
»Cercanos, que nadando, suben, bajan,
»Y sin jamás cansarse,
»En huir lejos de él, o en acercarse,
»Por turnos fijos, sin cesar trabajan.
»Seis desde aquí divisas de diverso
»Tamaño, que sus luces de él reciben
»Y con su influjo continuado viven.

»Y si para explicar del universo
»El plan, supones que se está en su asiento
»Quieto, cual digo, el Sol, y que al contrario
»Des a la Tierra un triple movimiento,
»A saber: sobre su eje uno diario,
»Otro anual, a aquel astro circundando,
»Y otro de aspecto, oblicua cambiando,
»Nada entonces tendrá de embarazoso
»Aquel orden: el astro luminoso
»Del día, inmóvil se ahorrará tan grande
»Viaje, y el estrellado firmamento,
»Quieto sobre su firme fundamento,
»No será menester suponer que ande
»Una órbita tan vasta cada día,
»Incomprensible a vuestra fantasía.
»Esta suposición, los fenómenos
»Explicará del Cielo claramente
»Y todos los planetas que de ajenos
»Resplandores se alumbran, igualmente
»Sobre su eje volteando,
»Y hacia el sol cada día ambas mitades
»Por turno presentando,
»Harán cesar cuantas dificultades
»De la sombra y la luz las variaciones
»Causan, como el periódico camino
»De los diversos tiempos y estaciones.
»Por lo que toca al singular destino
»De cada esfera, fuera del que tiene
»Conexión con el vuestro, no conviene
»Revelároslo. Dios os lo ha ocultado
»Por causas que sin duda ha reservado,
»Y de nada saberlo os serviría
»Sino de contentar una vacía
»Curiosidad. Quizá las ha poblado
»De remotos vivientes
»De millares de clases diferentes.
»De las que no formáis siquiera idea;
»Pero sea cual sea,
»Estad seguros que, aunque de animales
»Estén aquellos mundos habitados,
»Siempre habrá entre ellos entes racionales
»Que dominen, y a quienes destinados
»Estén, y que éstos, sean los que fueren,
»Serán según y como procedieren
»Tratados. Si a Dios, justos, adoraren
»Y obedecieren, vivirán dichosos;
»Pero si sus preceptos quebrantaren,
»Padecerán castigos rigurosos;
»Pues todo ser que tenga inteligencia
»Debe a Dios de su amor y su obediencia
»Dar pruebas, y criarle no ha podido
»Sino a fin que le dé culto rendido;
»Pues de su alta grandeza desdijera
»Que para otro que él mismo los hiciera.
»Mas, sea que el brillante
»Astro del día inmóvil se mantenga;
»Sea que en torno de la tierra tenga
»Que andar volteando, sin cesar errante;
»Sea que todo el Cielo este en reposo,
»Y que desde el Oriente presuroso
»Al Occidente ruede, sin pararse,
»Vuestro mundo, cercando la abrasada
»Masa del Sol, volviendo a comenzarse
»Cada año, la grande órbita, asignada
»A su camino, que con él llevados
»Sin sentirlo seguís arrebatados;

»Sea cual fuere, en fin, lo que sobre esto
»El eterno Hacedor haya dispuesto,
»Trata tú solamente de adorarle,
»Admirar sus prodigios, y dejarle
»Que disponga del orbe como quiera,
»Sin salir atrevido de tu esfera.
»Conténtate con esta deliciosa
»Mansión, con esas frutas y esas flores,
»Y con tu Eva querida, aun más hermosa
»Ese es tu mundo. En cuanto a los lejanos
»Astros, planetas, y sus moradores,
»Si los hay, su gobierno y sus costumbres,
»Fíalos a las manos
»Del Señor, que sin ti sabrá regirlos
»Y como más convenga dirigirlos:
»Abandónale humilde las techumbres
»Celestes, y disfruta de los bienes
»Que de sus manos recibidos tienes. »
Dijo. Refrena Adán juiciosamente
De vana ciencia la codicia ardiente,
Y así contesta: -«¡Intérprete del Cielo!
»¡Cuánto placer me ha dado la dulzura
»De tu discurso! ¡A cuánto prodigioso
»Misterio, de que yo ni aun conjetura
»Tenía, te has dignado alzar el velo,
»Para saciar mi entendimiento ansioso
»Con lo que puede serle provechoso!
»De una frívola ciencia el arrojado
»Ímprobo anhelo, de mi venturosa
»Vida tal vez hubiera perturbado
»La quietud deliciosa,
»Si yo de el seducirme me dejara;
»De esa fuente de error, de incertidumbre
»Y de inquietudes, se dignó, apiadado,
»Ahorrarnos el Señor la pesadumbre,
»Si el término que de ella nos separa
»Nuestra curiosidad respetar sabe,
»Y no vuela a buscarla a aquel funesto
»Remotísimo asilo en que la ha puesto.
»Mas, ¡cuán difícil es que el hombre acaba
»De reprimir esta pasión inquieta!
»Serán pocos aquellos que sujeta
»La tengan; los demás, sus temerarios
»Ímpetus seguirán, escudriñando
»Mas allá de los términos debidos
»Los misterios, para ellos escondidos,
»Hasta que por sus varios
»Errores finalmente escarmentando,
»De la vida en la escuela dolorosa,
»Desgraciados aprendan cuán dañosa
»Es la ansia de saber lo que supera
»De la humana razón la estrecha esfera,
»Y a sí mismos se digan: no hay más ciencia
»Verdadera, que amar a Dios, sin verle,
»Adorarle, y gozar lo que debemos
»A su beneficencia:
»Nuestro deber, escrito ya tenemos
»De la vida en el libro: de leerlo
»Tratemos solamente: y si logramos
»Esto, de lo demás caso no hagamos.
»¡Triste del que pasar más adelante
»En el saber, pretenda! Lo restante
»No es para el hombre más que un vano sueño,
»Un delirio engañoso,
»Impracticable y temerario empeño,
»De un orgullo tan necio como ocioso,

»Una ambición fatal, una locura,
»Que para los oficios de la vida
»Le inutiliza, haciendo que prefiera
»Una sombra de gloria, una fingida
»Instrucción, a la dicha más segura
»Que Dios le proporciona en su carrera.
»Dígnate, pues, bajar, Ángel piadoso,
»Del tema celestial e incomprensible
»Para mí, que ha propuesto mi ambicioso
»Anhelo, a lo que me es inteligible,
»Y útil a un tiempo: tú me has referido
»Cuanto mi nacimiento ha precedido,
»Los combates del Cielo, las gloriosas
»Victorias de las huestes valerosas;
»¿Podré yo lisonjearme, por mi parte,
»De que mi propia historia a interesarte
»Llegue, si tú la ignoras? En tal caso,
»Como el sol no ha llegado aun al ocaso,
»Contártela podré, y de esta manera
»Prolongaré tu sociedad amable.
»Tú reparas sin duda que, quisiera
»Aquí tenerte siempre. Es indudable
»Que tal es mi deseo. Se diría
»Que mientras que tu dulce compañía
»Gozo, estoy en los Cielos. El jugoso
»Fruto de la alta palma es a mi ardiente
»Y seco paladar menos sabroso,
»Cuando vuelvo del campo fatigado
»Y la hambre y sed aplaco juntamente
»Con su bálsamo grato, que el sonido
»De tu agradable voz lo es a mi oído.
»De aquel fruto estoy pronto fastidiado;
»Pero de tus discursos el consuelo,
»Cuanto más lo disfruto más lo anhele.
»¡Padre de los humanos!» Le responde
El Ángel, con aquel tono adorable
Que sólo a un ser del Cielo corresponde:
»Oírte discurrir es también gusto
»Para mi corazón muy apreciable.
»Dios ha grabado su retrato augusto
»En tu frente: se explica por tu boca:
»Sus celestes tesoros te Prodigas,
»Tanto por lo que toca
»Al cuerpo, como al alma: se ha esmerado
»Con el mayor primor su mano amiga
»En darte, como a su obra predilecta,
»Según su ser, la perfección completa:
»Ama en ti su dechado,
»Y aunque el Cielo nosotros habitemos
»Y tú la Tierra, todos le debemos
»El mismo amor, la propia providencia.
»Somos en su servicio compañeros,
»Y os dotó con igual magnificencia,
»Aunque en nobleza somos los primeros,
»Cuéntame ahora tu historia, pues el día
»De, que tú a luz saliste, yo me hallaba
»Muy apartado del celeste coro,
»Y así el detalle de aquel hecho ignoro.
»De una celeste escolta en compañía,
»Remoto, en aquel tiempo visitaba.
»De orden de Dios, la cerca del horrendo
»Abismo del Infierno. Se temía
»Que aquella cárcel Satanás forzara
»Con sus rebeldes tropas, y saliendo
»A espiar el mundo que se estaba haciendo,
»La venganza divina provocara,

»Y el rayo desde el Cielo despedido,
»Entre sus ruinas el recién nacido
»Universo envolvese;
»No porque en realidad romper pudiese,
»Sin tolerancia oculto de Dios mismo,
»Las puertas de la cárcel del abismo,
»Sino por convenir a la grandeza.
»De Dios, para humillar al insolente
»Enemigo, que fuese su fiereza
»Reprimida por seres a él iguales,
»Ejecutores de sus celestiales
»Decretos, y no emplear su omnipotente
»Mano en aquella impura y débil gente.
»Marchábamos, y aun lejos de la puerta
»Todos nuestros sentidos desconcierta,
»El eco de los míseros gemidos,
»De tantos malhadados, consumidos
»En medio de las llamas vengadoras.
»¡Qué diferencia de sus lamentables
»Blasfemias, a los cantos deleitables
»La dulce paz en éstas, la alegría
»General e Inefable, presidía;
»Mas en aquel lugar desventurado
»Sólo se oye sonar el doloroso
»Quejido del delito castigado,
»Y el crujir del azote temeroso.
»Cumplida la orden, nos apresuramos
»A huir de tal horror, y a nuestro asiento
»Celeste regresamos
»La tarde de aquel día, que contento
»Con sus obras el Todopoderoso,
»Solemnemente consagró al reposo.
»Por esto no asistí a tu nacimiento;
»Mas referirlo tú me has prometido,
»Y con igual placer que me has oído
»Contar los hechos que lo precedieron,
»Oír aquellos que a ti te acaecieron.
»¿Cómo podré, responde, Adán, contarte
»De qué manera comenzó mi vida,
»Sí yo mismo lo ignoro? Mas, por darte
»Gusto, y por alargar la apetecida
»Sociedad tuya, te daré sincera
»Cuenta de lo que yo tengo presente
»En la memoria, de mi edad primera.
»Sin saber cómo, repentinamente,
»Como aquel que turbado, sin sentido
»Se despierta del sueño más profundo,
»Recién nacido me encontré en el mundo;
»Atónito los ojos entreabriendo,
»Sobre un prado florido
»Recostado me hallé, reconociendo
»Mi existencia, y en mi mismo fijado,
»Me examiné curioso y admirado:
»Pronto un blando vapor que me cubría
»Se fue, al calor del sol, desvaneciendo
»Miro en contorno relucir el día,
»Distingo el azul puro, la elevada
»Bóveda de los Cielos, el distante
»Astro, de donde nace la brillante
»Claridad, en los aires derramada.
»Levantarme deseo;
»Obedientes los miembros al instante
»Se mueven con extraño mecanismo,
»Y en flexibles columnas empinado,
»A mi arbitrio mi cuerpo balanceo,
»Por medios ignorados de mi mismo.

»Diviso entonces todo el dilatado
»Horizonte, los montes, las llanuras,
»Un sin fin de vivientes criaturas,
»Los árboles, las yerbas, y me abismo
»Lleno de gozo en nuevas reflexiones:
»Vuelvo la vista a mi naturaleza,
»Admiro las hermosas proporciones
»De mi cuerpo, su forma y ligereza:
»Ando, lo muevo todo con presteza.
»Voy, vengo, cada instante más suspenso.
»Pero ¿quién soy? ¿De dónde aquí he venido?
»El ser que tengo. ¿A quién se lo he debido?
»¡Más me confundo, cuanto más lo pienso!
»Al Cielo y a la tierra lo pregunto
»Nadie respondo: todo aquel conjunto
»De seres está mudo:
»Oigo el murmullo de una fuente, y dudo
»Si responde: me arrimo, no la entiendo:
»Percibo las sencillas
»Voces de las canoras avecillas,
»Y de otros animales los balidos,
»Pero yo su lenguaje no comprendo:
»Están para él cerrados mis oídos.
»Al paso que no pierdo una palabra.
»De las que mi flexible lengua labra
»Y con tal claridad, que me parece
»Que sólo con el nombre que me ofrece
»Se explica exactamente cada cosa.
»En tanto ella articula presurosa,
»Sin que yo sepa cómo, y con asombro
»Naturalmente cada cosa nombro.
»Los Cielos y la tierra, los cristales
»De las fuentes, los varios animales
»Que cubren las campiñas retozando,
»Los árboles frondosos balanceando
»Sus verdes copas, el sonoro acento
»De las aves y el dulce movimiento
»Vital de toda la naturaleza,
»Me tienen embargado de alegría.
»¡Oh sol exclamo, que la luz del día
»Benéfico derramas en el mundo,
»Que su extensión revistes de belleza,
»Y que la vida con calor fecundo
»Le repartes! ¡Oh tú, terrestre esfera,
»Mi morada risueña y hechicera,
»Espesos bosques, montes elevados,
»Pomposos ríos, deliciosos prados,
»Y tú también, oh turba alegre y lista
»De vivientes, que ocupas a mi vista
»Los campos, ya corriendo, ya volando,
»Del más puro deleite disfrutando!
»Decidme, os lo suplico, ¿por ventura
»Sabríaís quién aquí me ha colocado,
»A quién debo yo el ser? ¿Por conjetura
»Siquiera lo diréis? No me lo he dado
»Ciertamente a mí mismo. Es indudable
»Que hay algún ser supremo, a cuya amable
»Bondad le debo, y que de mí escondido,
»Quiere ser solamente conocido
»Por sus dones. ¿En dónde a ese piadoso
»Bienhechor podré hallar? Su poderoso
»Brazo me ha dado vida y movimiento:
»Por él escucho, veo, y de manera
»Desde el primer momento
»Me ha hecho feliz, que aun cuando yo tuviera
»Mil vidas que ofrecerle en sacrificio.

»No pagaría tanto beneficio.
»Decidme, pues, ¿adónde he de buscarle?
»Dónde lograré verle y adorarlo?
»Todo calla. Cansado finalmente
»De andar por el jardín vasto vagando.
»Mil remotos parajes registrando,
»Sobre la verde grama blandamente
»Me tiendo, bajo de la sombra oscura
»De un bosque, a disfrutar de la frescura.
»Acude allí a cerrar con delicada
»Mano, a la luz, mi vista fatigada
»El dulce sueño, por la vez primera,
»Por grados me enajeno, y mis sentidos
»Suave y lentamente adormecidos
»Se apagan, como si otra vez volviera
»A sumirme en la nada.
»Por más que interiormente lo percibo,
»Siento en aquella plácida violencia
»Tal placer, que no la hago resistencia.
»Mas pronto en mi delirio me apercibo
»En confuso que aun gozo de la vida.
»Se me presenta una desconocida
»Persona, de hermosísima figura:
»Mí alma, que al contemplarla se asegura
»De que existe, de gozo se estremece.
»Levántate me dice; tú, que un día
El padre debes ser de los humanos,
Ven; la felicidad misma te guía
A la mansión que a ti te pertenece.
El amor la hizo con sus propias manos:
Sus jardines, sus frutas, sus hermosas
Flores, aguardan tu llegada, ansiosas.»
»Apenas acabó, mi mano asiendo,
»Entrambos, en el aire sostenidos,
»Sus ondas sutilísimas hendiendo,
»Dulcemente volamos,
»Sin hollar en los campos extendidos,
»Por los cuales rasantes resbalamos,
»La tierna hierba, mas que una ligera
»Sombra, que sus extremos recorriera.
»En la alta cumbre de un monte me deja,
»Y de mí al punto rápido se aleja.
»Aquella cumbre admiro, coronada
»De una verde arboleda majestuosa.
»Alrededor de mí doy una ojeada,
»Y veo llena toda la espaciosa
»Tierra de flores, fruto, y verdura.
»Todo es risueño, alegre, delicioso;
»Todo fecundidad, todo frescura
»Respira, y cotejando a aquel precioso
»Jardín, que allí a los ojos se me ofrece
»Lo que antes vi, es un hórrido desierto.
»Avanzo en él: mi mano ya aparece,
»Ansiosa, apoderarse del tesoro,
»De mil pendientes bellas frutas de oro.
»Las va a coger, y en esto me despierto.
»¡Cuál es mi admiración cuando reparo,
»Que no ha sido ilusión el sueño raro,
»Sino un anuncio cierto, y que poseo
»Todo lo que ha pintado a mi deseo!
»A aquel vergel entonces me, encamino,
»Cuando, en el centro de su fresca sombra.
»Un resplandor. que brilla repentino
»A mis ojos, me asombra.
»Era Dios, sí: Dios mismo el que veía,
»El que benigno se me aparecía.

»Un dulce espanto de mi religioso
»Corazón se apodera: presuroso
»A sus plantas me postro, y reverente,
»De alegría y respeto penetrado,
»Le adoro. Por su mano prontamente
»Me siento levantar, y con agrado
»Inefable, me dice: »Aquel amigo
Que deseabas ver, está contigo.
Soy yo. Cuanto aquí ves, cuanta belleza
De este recinto encierra la grandeza,
Cuanto a tus pies florece,
Cuanto vegeta en él, respira y crece,
Te doy: es todo tuyo. El hemisferio
De la tierra será tu vasto imperio.
Cultiva esos vergeles: dispón de ellos
A tu gusto: disfruta de sus bellos
Y delicados frutos, sin recelo
De que los escasee el fértil suelo,
Cuya fecundidad maravillosa
Excederá tu voluntad ansiosa;
Mas repara que el árbol de la ciencia
Cerca está (allí lo ves) del de la vida.
Te prohíbo que pruebes su homicida
Fruta. Es la señal sola de obediencia,
La única muestra de agradecimiento
Que te impongo. Con ella me contenta
El precepto es bien fácil, y sería
La muerte el precio de tu rebeldía.
Tú, tus hijos, y todo tu linaje,
Desterrados, en pena del ultraje,
De este feliz jardín a una desierta
Ingrata tierra, vuestra triste vida
De penas y dolores afligida
Arrastraríais, hasta que la incierta
Hora de fallecer presta llegara,
Y el lóbrego sepulcro os reclamara.»
»Dice, y su ceño majestuoso, oscuro.
»Tal terror en mi imprime,
»Que sólo aquel recuerdo de horror llena
»Mi corazón, por más que estoy seguro
»Que a mi voluntad libre nada oprime,
»Y que a mi arbitrio evitaré la pena,
»Evitando el hacerme delincuente.
»Sucedió pronto, en su divina frente,
»Al tono formidable,
»A la serenidad, la encantadora
»Dulzura, y con bondad consoladora
»Siguió así: »Padre de un innumerable
Linaje, este recinto limitado
Yo es el Imperio sólo destinado
A obedeceros todo ese espacioso
Orbe que ha hecho mi brazo poderoso,
Y cuanto abarca su circunferencia,
La tierra, el agua, el aire, es vuestra herencia.
Para siempre os lo doy desde este día,
Y quiero que las aves y animales,
Que en él habitan, sean los leales
Súbditos de tu vasta monarquía,
Que como a Rey supremo, vasallaje
Te rindan, que ahora mismo a este paraje
Tengan, te reconozcan, y a cada uno
Des un nombre, a sus prendas oportuno;
Solos de la agua a los habitantes
Dispensó de que te hagan los honores.
»Dijo, y en el momento, circundado
»Me veo de una turba inconcebible

»De cuadrúpedos y aves, dividida
»En una multitud de diferentes
»Familias. En el suelo arrodillado
»Cada animal terrestre, con sensible
»Expresión me asegura su rendida
»Obediencia: las aves diligentes,
»Cerniéndose en los aires, ordenadas
»En señal de homenaje, las pintadas
»Alas alrededor de mí batiendo,
»Con un disorde bullicioso estruendo
»De cantos, de gorjeos, de distintos
»Gritos, por su Monarca me publican.
»Por sus clases atento discurriendo,
»A todas ellas doy nombres, que explican
»Sus diversas costumbres, sus instintos:
»Interiormente Dios me los dictaba:
»Un vacío con todo inexplicable,
»Mi corazón inquieto contristaba.
»Dueño de tanto bien inestimable,
»Alguna cosa para ser dichoso
»Me faltaba. Mi gozo, solitario,
»No era completo. Al fin, me determino
»A abrir mi pecho, a mi Hacedor divino.
«¡Oh Padre, exclamo, bienhechor piadoso
Perdona si descubro temerario
A tus ojos la pena que me aflige,
A pesar de los bienes que poseo,
Que tú con tal bondad me has prodigado,
Y que exceder debieran mi deseos:
Nada de ti mi corazón exige,
Sino que lo disculpes: tú me has dado
El ser, la vida: debo a tus bondades,
Nunca agotadas, mil felicidades.
¿Cómo mi gratitud he de explicarte?
Ignoro ya qué dulce nombre darte,
Para mi tierno amor y mi respeto,
Ninguno me parece suficiente
No obstante, a pesar mío es imperfecto
Todo mi gozo, si con un querido
Ser, semejante a mi, no lo divido:
En vano colmas generosamente
Mi corazón de tanto don precioso:
No puedo ser a solas venturoso.»
»A estas palabras mías, con dulzura
»Inefable me dice: «¿Qué? ¿te apura
El estar solo en medio de los bienes
Que a tu disposición sin tasa tienes?
¿No te basta esta tierra deliciosa,
Tan fecunda de flores y de frutos,
Y esa infinita variedad hermosa
De tantas aves y de tantos brutos,
Que vienen a obsequiarte reverentes,
Con sus alegres juegos inocentes,
Como a su Rey? Si no pueden hablarte
En tu lengua, sus gritos y balidos
Son un idioma para tus sentidos,
En que, si los atiendes, explicarte
Sus ideas podrán, y entretener te.
Entre su instinto y tu razón, se advierte
Esencial diferencia; mas con todo
El instinto la imita de algún modo,
Y cierta sociedad te proporciona.
Contento, pues, con tu agradable suerte,
Tus inquietos deseos abandona.
A tus sagradas leyes obediente,
En tus manos me pongo totalmente,

-Repliqué; -mas, pues toda mi esperanza
En tu amor paternal está cifrada,
Permíteme que imploro tu sagrada
Bondad de nuevo, con filial confianza.
De la tierra el imperio te he debido:
Por Rey supremo me has establecido
De todos los vivientes animales:
Mas, ¿podré hallar entre ellos por ventura
Siendo en naturaleza desiguales,
Un solo amigo? No: la amistad pide
La igualdad natural, la simpatía
En el pensar, recíproca ternura,
Un interés común que haga que olvide
Cada uno el suyo propio, analogía
En el placer y en las inclinaciones.
Busca cada animal, en consecuencia
Al que tiene con él correspondencia
Así, jamás unirse los leones
Se ver con las ovejas ni los peces
Con las cantoras aves ni el ligero
Corcillo con el lobo carnicero:
¿Cuánto menos el hombre, que mil veces
Es a ellos superior, hallar pudiera
Uno que digno de su amistad fuera?
-Ya veo, -me responde cariñoso,
Que sólo un ser, en todo semejante
A ti, puede llenar tu pecho amante.
Mas dime: ¿no me tienes por dichoso?
Yo lo soy: sin embargo, me mantengo
Solo en la eternidad; y jamás tengo,
Ni hallaré ser alguno que igualarse
Pueda a mí, ni a mi amor proporcionarse.
Cuanto existe, conmigo comparado,
Es, con una infinita diferencia,
Menos que un vil gusano, cotejado
Con la más superior inteligencia.
-¡Mi Dios! -le repliqué, -tus escondidos
Misterios adorando humildemente,
Nunca escudriñaré con atrevidos
Ojos lo que tú ocultas a mi mente:
Tú mismo, bien lo sabes, me inspiraste
La ambición generosa y permanente
De ser perfecto: la comunicaste
Sólo al hombre, pues todo otro viviente
De los que el mundo habitan, no podía
Ser capaz de ella, porque carecía
De la razón, y no siendo posible
Que aquella perfección, que es asequible
En su especie, consiga el hombre siendo
Solo, es preciso que en la compañía
De otro igual suyo viva, que sirviendo
De apoyo a su flaqueza,
De su ser desenvuelva la energía:
¡Tú solo a ti te bastas! Tu infinita
Perfección de crecer no necesita;
Mas no es lo mismo la naturaleza
Del hombre limitada,
Y débil, que acrecienta su existencia
Cuando la halla en otro hombre trasladada;
Fuera de sí saliendo, en él renace,
Y, en ver la imagen suya se complace.
Tú al contrario, que el último y primero
Has existido en las eternidades,
Solo y sin heredero,
Serás feliz en todas las edades.
Mas ¿cómo tus vasallos tu grandeza

Alcanzar pueden? Pues lo mismo digo
De los míos. ¿Acaso la pobreza
De su instinto permito que conmigo
Traten, como si fueran racionales?
¿Podré abatirme hasta sus materiales
Apetitos, que arrastran por el suelo?
Perdona, si por ti mismo colmado
De gracias, y a otras miras animado,
De mi ambición levanto más el vuelo.
-Esa ansia generosa de elevarte,
Yo mismo aplaudo, -dijo: -examinarte
He querido, por ver si conocías
Tu propia dignidad: aunque sabías
Apreciar esa turba de vivientes
Bestias, que yo te di por dependientes,
Era preciso que la inteligencia
Se extendiese a pesar la diferencia
Que hay entre ellos y tú: veo con gusto
Que tú te estimas en tu precio justo.
Esto me basta: tu razón no yerra:
Un intervalo inmenso, dividido
Te tiene de los seres que a la tierra
Un bajo instinto abate: tú has bebido
En mi pecho los rayos celestiales.
Una alma has recibido
Que mira todo con intelectuales
Ojos, y que no debe ser tratada
Como a la tierra sólo destinada:
Previne tus deseos. No he buscado
El objeto que tengo preparado,
A fin de que te sirva en esta vida
De consuelo, en la turba numerosa
De racionales, sólo producida
Para servir al hombre en la espaciosa
Redondez de este globo: yo he querido
Ver si sabrías estimar la hermosa
Criatura que había ya escogido
Para unirla contigo. Esta excelente
Compañera estará presto a tu lado,
Será tu mitad cara: dulce fuente
De gozo para ti: tu fiel traslado:
Después de mi, tu bien el más amable;
Sobre mis demás obras admirable.»
»Calló, y sus resplandores me oprimieron
»De, modo, que quedó desfallecido.
»Sus celestes palabras absorbieron
»Toda mi mortal fuerza, y sin sentido
»Me vi en el suelo. Mi naturaleza.
»De aquella suma gloria la grandeza
»Yo pudo resistir, y deslumbrada,
»Cedió al enorme peso desmayada.
»Fatigado, invoqué del dulce sueño,
»Para aliviarme, el eficaz beleño,
»Que cerrando mis ojos con oscuro
»Velo, me socorrió en aquel apuro:
»Mis ojos solos, pues que quedó abierto
»Ancho camino al ánimo despierto,
»Que aunque con el reposo se consuela.
»Del cuerpo, concentrado siempre vela.
»Se presenta ¡oh prodigio! de repente
»A mi vista, la misma misteriosa
»Figura que habla visto anteriormente
»En sueños, y con mano primorosa,
»Sin el menor dolor mi pecho abriendo,
»Me saca una costilla ensangrentada,
»Y con rara destreza, reuniendo

»Los labios de la herida dilatada,
»Sana la deja, cual si nunca hubiera
»Existido: después con la ligera
»Mano, de una costilla la transforma
»En un completo cuerpo, que en la forma.
»Total, al cuerpo mío se parece;
»Pero tan delicado y tan hermoso,
»Que lo visible todo en su espacioso
»Recinto, no me ofrece
»Cosa que pueda hacerle competencia.
»En el sexo también se diferencia
»Del mío: en su semblante peregrino
»Resalta un resplandor casi divino:
»Dirían, que en él toda su belleza
»Unió en pequeño la naturaleza.
»Vi aquella incomparable criatura;
»Sus ojos despedían una pura
»Llama, que inundó mi alma de alegría:
»Un mundo todo nuevo aparecía,
»A los míos: el suelo más florido;
»El aura, más suave y deliciosa.
»En esto, veo que huye presurosa;
»Me despierto, y exclamo, sorprendido
»Al ver realmente lo que había creído
»Sueño: «Detente: no huyas, ¡oh celeste
Maravilla! ¡De nuevo a presentarme
Vuelvo tu hermoso rostro, y consolarme!
¡Vuelve a mí, si no quieres que me cueste
Toda mi dicha! ¿Cómo la tendría,
Si una vez que te he visto, te perdía?
¿Y qué deleite disfrutar pudiera
Si de ti para siempre careciera?
¡Vuélvete! ¡Compadece mi quebranto!
¡No me abandones a un eterno llanto!»
»Vuelo entonces tras de ella con presteza:
»La alcanzo, y me parece su belleza,
»Despierto, tan perfecta cual brillaba
»Cuando en mi feliz sueño la admiraba:
»Toda cuanta hermosura está esparcida
»En las; demás criaturas, reunida
»Al lado de, la suya, se eclipsaba.
»Condesciende en volver. Interiormente
»El mismo Dios, el Todopoderoso
»(Su mucho amor vi entonces evidente)
»La mueve a que se venga con su esposo
»La da a entender lo que era la unión pura
»Del matrimonio, de sus dulces lazos
»Toda la fuerza y toda la ternura,
»Y que en mis castos brazos
»La dicha únicamente encontrarla.
»Yo entretanto, sirviéndola de gula,
»Apresuradamente
»Hacia mi alojamiento la llevaba,
»Y al ver belleza tal me enajenaba.
»El Cielo está en sus ojos: en su frente,
»Junto el candor con la inocencia habita.
»El menor movimiento de su airoso
»Cuerpo, la admiración más dulce excita,
»Desenvolviendo el talle majestuoso:
»Con semblante risueño
»Las gracias todas, y el amor volando
»Con el placer, la van acompañando,
»Y la forman un séquito brillante,
»Como a su Reina. Yo no soy ya dueño
»De mí mismo, y exclamo agradecido:
«¿Conque ya, ¡oh Dios benigno! está delante

De mi encantada vista aquel tesoro
Que tu bondad me había prometido?
Al verlo, mi perdón de nuevo imploro
Por la audacia de habértelo pedido;
Pues su riqueza mi esperanza excede,
Y mi corazón débil jamás puede
Corresponder a tu beneficencia.
¡Con qué ventajas y con qué indulgencia
Aquel triste momento has compensado
En que, severo, al parecer, conmigo,
Desatendiste a mi ruego osado
Y hablaste sólo de ira y de castigo!
Permite, pues, que explique en lo posible
Mi amor ardiente, mi agradecimiento
A ti ¡mi tierno Padre! que sin cuento
De bienes me llenaste, y que sensible
Por último a mi suplica rendida,
Me has dado, con mi esposa, nueva vida.
La llenaste de gracia y de hermosura:
No se halla otra tan bella criatura:
De mi propia sustancia la formaste,
Y mi imagen en ella retrataste:
Me amo a mí mismo en ella, y a ella quiero
En mí; pues su ser mío considero.
A su padre y su madre, el tierno esposo
Dejará en adelante, no dudoso,
Por su mujer: enajenado padre,
Adorará en sus hijos a su madre:
Ambos un corazón serán y una alma,
Con los lazos de amor encadenados,
Y gozarán en deliciosa calma
Una felicidad misma hermanados.»
»Eva oye estas palabras, y modesta,
»Como recién nacida y fresca rosa,
»Lejos de saborear con orgullosa
»Vanidad mis elogios, manifiesta
»Su obediencia, y responde con dulzura.
»Rendida y vergonzosa,
»A la dulce expresión de mi ternura.
»En presencia del Dueño Soberano
»De cuanto existe, con augusta forma,
»Yo la di, ella me dio su casta mano:
»Acto que deberá servir de norma
»A nuestros más remotos descendientes.
»Celebró toda la naturaleza
»Nuestra unión: cual testigos, los lucientes
»Astros brillaron con mayor viveza:
»Por presenciarla, el Cielo silencioso
»Suspendió un rato el curso majestuoso:
»El aura misma plácida y serena,
»En su lengua nos dio la enhorabuena:
»Los pájaros sus cantos duplicando,
»Las cristalinas aguas murmurando.
»El enlace aplaudieron,
»Y ejemplo a todos los, vivientes dieron.
»Los collados, los valles repetían
»De aquel festivo día los acentos:
»Los árboles con dulces movimientos
»Se inclinaban: las flores olorosas
»Sus coloridos senos descubrían:
»El Zéfiro, sus alas extendiendo
»Emulas de las rosas,
»Ansioso sus perfumes recogiendo
»De una en otra volaba,
»Y sus bellos matices avivaba.
»Cual nube densa, al estrellado techo

»Sube el precioso incienso reunido,
»De los olores del jardín florido,
»Y Dios mismo bendice el nupcial lecho
»Mientras con suave músico gorjeo
»El ruiseñor el himno de himeneo
»Canta, y vuela la estrella vespertina,
»Sus teas a encender con la divina
»Llama, con el sagrado
»Fuego, que puro por la vez primera
»Extrae de su esfera
»Brillante, a tales usos destinado.
»Mis riquezas, mi suerte venturosa
»Te he referido: ves cuán generosa
»La mano del Eterno me ha colmado
»De bienes, mis deseos previniendo.
»Con todo, lo que siento, francamente
»Te diré: los deleites terrenales
»Van para mí su mérito perdiendo
»Con el uso, exceptuando únicamente
»El tierno trato de mi esposa amada.
»Los restantes placeres, desiguales
»Son ya a la grande idea que formada
»Tenía de ellos: el suave canto
»De las pintadas aves, de las fuentes
»El susurro, el aroma delicioso
»De las llores, los jugos excelentes
»De las sabrosas frutas, que antes tanto
»Lisonjeaban mi gusto codicioso,
»Ya me fastidian: sólo mi querida
»Eva es siempre el deleite de mi vida.
»Ardí al ver su belleza casta y pura:
»Ardí al ver de sus ojos la hermosura:
»Ardo, cuando a mi vista se presenta;
»De los demás objetos no hago cuenta.
»¡Cual es, pues, el poder, cuál la ignorada
»Fuerza de una sonrisa, de una ojeada!
»Tal vez del cuerpo la delicadeza,
»Hará que ella no tenga la firmeza,
»La madurez que al hombre tocó en suerte.
»Quizá también ser algo menos fuerte.
»La idea, que en su pecho está grabada
»De la justicia y de la ley sagrada
»Que en mi imprimió
»El señor obediente profundamente,
»Pues que la destinó a ser dependiente
»De mí, y para una cándida obediencia,
»Ni mi carácter, ni mi inteligencia
»Tener necesitaba:
»Una clara razón, a una inocentes
»Docilidad, unida, la bastaba.
»Del Dios que a ambos nos hizo, con efecto,
»Sé que no es un retrato tan perfecto
»Como yo; no se ve en su rostro hermoso
»Aquel aire del hombre majestuoso,
»En que la seria autoridad respira:
»Mas, lo confieso, a fuerza de hermosura,
»Cuando hacia mí la amable vista gira,
»Mis sentidos deslumbro, de manera
»Que, casi sin dudar, dudar seme figura
»Que como es bella, así ha de ser juiciosa.
»Del imperio que ejerce en mí, segura,
»No abusa de él; mas siempre que cualquiera
»Ocasión se presenta, en que dudosa
»Mi razón titubea, su ingeniosa
»Idea sigo en todo, que hasta ahora
»Jamás encontré errada; ¿y quién pudiera

»No ceder a su gracia encantadora?
»Yo no sé en que consiste;
»Pero es cierto que nunca se resiste
»La más sana razón a la hechicera
»Viveza suya: todo lo domina
»Y lo subyuga: en vano determina
»Mi alma hacerse violencia,
»Y oponer una justa penitencia,
»Al atractivo que su fantasía
»Da a sus consejos: no hay sabiduría
»Que no quede vencida, por más grave
»Que se precava, a la elocuencia suave
»De aquella boca amable, cual facunda.
»En su debilidad, su imperio funda
»Sobre mi, y se asegura mi respeto.
»Con su timidez misma: ¡inconcebible
»Virtud de un atractivo irresistible!
»Así componen su pomposa corte,
»El poder y el temor, con que sujeto
»Tiene cuanto la cerca. El inocente
»Pudor la guarda, y su resplandeciente
»Séquito adornan, con brillante porte,
»Todas las gracias juntas: se diría
»Que el Cielo se ha esmerado
»En hacerla perfecta, y la ha criado,
»No para obedecer, cual yo creía,
»Sino para reinar. ¿Y acaso cabe
»El dominar a un ser que encantar sabe?»
A estas palabras, con severa frente
Responde Rafael: «Nunca imprudente
»De error al Cielo acuses,
»Que cuantas calidades necesitas
»Para tu noble fin, te ha concedido,
»El te prodigaré otras infinitas
»Gracias, con tal que de ellas tú no abuses.
»La razón, sobre todo, has recibido
»De su bondad, que fiel siempre a tu lado
»Te guarde y te dirija: si juicioso
»La obedeces, jamás abandonado
»De ella serás: el Todopoderoso
»A Eva dio la hermosura y halagüeño
»Rostro, a fin que el consuelo disfrutaras
»De su sociedad dulce, y la estimaras.
»De ella haz tu amiga; pero no tu dueño:
»Tu dignidad no olvides: tu sublime
»Rango conoce. Aquel que no se estimo
»En lo que vale, no debe quejarse
»De ver de sus derechos despojarse,
»Y de perder la ajena
»Estimación. Exige, pues, prudente,
»Sin rigor, el respeto que es debido
»A tu ser superior. Tu esposa es buena:
»Tus derechos sostén constantemente
»Y con dulzura: sacarás partido
»De su debilidad, y la cordura
»Vencedora será de la belleza.
»Podrás sin riesgo amarla con ternura,
»Y también complacerla sin flaqueza.
»Si al contrario, a tal punto te deslumbras.
»Dejándote arrastrar de su atractivo,
»Que a un vergonzoso mando la acostumbras,
»Serás, antes de mucho, ejemplo vivo
»De la vileza a que el error conduce.
»Y de los grandes males que produce.
»Ella de gobernarte se hará un juego
»Y tú, embriagado y ciego,

»Por sus ojos verás únicamente.
»¿Y se atreve a insinuar el aliciente
»De unos viles placeres sensuales,
»El Rey del mundo, de razón dotado?
»¿Acaso a los más torpes animales
»No se asemeja en ellos? ¿Degradado
»Estaría, de modo que pusiera
»Su dicha en tal bajeza, y prefiriera
»Esta a aquellos deleites inmortales
»A que está por su cuna destinado?
»¡En lo permita el Cielo!
»Que ella halle en ti su guía y su consuelo.
»Tu corazón domina, y totalmente
»Dominarás el suyo. Un inocente
»Y legítimo amor al hombre eleva,
»Y en lugar de abatirle, alto le lleva
»En sus alas de fuego desde el suelo
»De este globo hasta el Cielo,
»Y de las criaturas materiales,
»De Dios a los fulgores eternas.
»A esto Adán le contesta sonrojado:
«¿Crees que de Eva estoy enamorado
»Sólo por el placer que su belleza,
»Material me ocasiona? Tal bajeza
»Al nivel de los brutos me pondría.
»Sé que es, entre los hombres, más augusto
»Más noble, el casto lazo de himeneo;
»Más sagrados sus fines; sus deberes
»Más serios y más santos: que sería,
»Olvidarlo, el desorden más injusto.
»Mas lo que en Eva veo,
»Que más me hechiza, si sincero quieres
»Que te hable, son los dones admirables
»De que Dios la ha colmado: sus amables
»Gracias; de su candor la negligencia;
»De su voz el acento melodioso,
»Y su mismo silencio cariñoso;
»Su noble orgullo, y los inapreciables
»Encantos de su tierna complacencia:
»Nuestra dicha es común: en todo acordes
»Nuestros deseos; y en nuestras concordes
»Ocupaciones reina la armonía,
»La deliciosa paz y la alegría.
»¡Dulce acuerdo! ¡La música hechicera
»Del seráfico canto a los oídos
»Es menos lisonjera
»Que lo es tu suavidad a mis sentidos!
»Ya ves, oh Rafael, que la nobleza
»Sé unir con el amor. Eva me agrada.
»Es cierto; mas desdeño la bajeza
»De una alma, en servil lazo esclaviza:
»Sé conocer el bien y practicarlo:
»Lo es el amor, tú mismo de aprobarlo
»Te dignaste; tú propio este sistema
»Dijiste que guiaba a la suprema
»Felicidad, y me añadiste luego
»Que, en las alas de fuego
»Del amor ensalzada,
»Penetra el alma la inmortal morada;
»Pero rendido tu amistad imploro,
»Para que un breve rato aun sacrifiques,
»Y un secreto me expliques,
»Qué me importa saber, y qué aun ignoro.
»¿Se ama en el Cielo? ¿Cuáles los amores
»Son, en tal caso, de sus moradores
»¿Consisten en miradas cariñosas,

»En tiernas expresiones? ¿Mutuamente
»Os arrojáis de lejos amorosas
»Llamas, o bien un corazón ardiente
»Con otro une sus rayos luminosos,
»Y ambos uno a otro se hacen venturosos?»
Con aquel encarnado que colora
La rosa y que a los Cielos pertenece,
Rafael dice: «Tu humildad merece
»Que yo te explique lo que tu alma ignora
»En este punto. En el celeste asiento
»Todos somos felices. ¿Y podría
»Haber felicidad si amor no había?
»De nuestra dicha, pues, el fundamento
»Es el amor. Aun tus inclinaciones
»En la unión pura de los corazones
»Estriban; mas los lazos corporales,
»Que cual pesados hierros entorpecen
»Vuestras almas, nosotros no tenemos.
»Libres y totalmente espirituales,
»Estorbos tales no se nos ofrecen:
»En las llamas de un puro amor ardemos.
»Como un rayo de luz a otro se une,
»Con otro ser él nuestro se reúne,
»Y, en él con Dios, a cuya unión divina
»Toda otra pura unión nos encamina.
»En él unidos todos, embriagados
»De amor, vivimos bienaventurados.
»Vosotros, por el cuerpo comprimido.
»Jamás podéis pasar de los sentidos.
»Pero adiós; pues que ya la noche oscura,
»A extender sus chapuces se apresura.
»Ama a Dios: su ley guarda; sé juicioso,
»Y serás cada día más dichoso.
»Todos los ciudadanos inmortales
»Sus ojos sobre ti tienen abiertos.
»Tus virtudes, tus vicios, tus aciertos,
»O tus errores, cubrirán el Cielo
»De nuevos brillos o de los fatales
»Lutos del más amargo desconsuelo.
»Libre naciste, y tus descendientes
»Te deberán la dicha o desventura.
»Guárdate de seguir los perniciosos
»Consejos de algún pérfido enemigo;
»De la razón escucha los prudentes
»Dictámenes, y así tu alma, segura
» Y libre de los lazos peligrosos,
»Tendrá a Dios por su padre y por su amigo.»
Así acaba, y al verle levantado,
»¡Adiós, amigo celestial y amado,
-»Le dice Adán; -tú, a quien el Soberano
»Ha enviado hacia sus súbditos rendidos,
»Dile que le amaré siempre constante:
»Eva me imitará, y en adelante
»Tampoco olvidaré tu trato humano,
»Tu amable gracia en estos divertidos
»Discursos, y el insigne beneficio
»Que nos ha hecho en admitir benigno
»Hospedaje de ti tan poco digno.
»Puesto que vuelves a la eterna gloria,
»Sé nos siempre propicio,
»Y nuestros votos ten en la memoria.»
De hablar en este punto remataron,
Y uno y otro marcharon,
Adán hacia su verde alojamiento,
Rafael más allá del firmamento.

LIBRO NOVENO.

SUMARIO

SATANÁS habiendo recorrido la tierra, armado de nueva malicia, vuelve de noche al Paraíso. Se introduce en la serpiente. Adán y Eva salen, al romper el día, a sus ocupaciones ordinarias. Eva propone separarse de su marido para trabajar sin distraerse. Adán se opone a ello, por temor de que el enemigo se valga de su soledad para tentarla. Eva, sentida de aquella desconfianza en su virtud, insiste en la separación, y Adán cede. La serpiente encontrándola sola, la habla, y lisonjea su amor propio. Eva se admira de oírla hablar, y desea saber la causa: a lo que responde la serpiente, atribuyéndola a la virtud de una fruta del jardín, y conduce a Eva, a petición suya, hacia el árbol vedado, diciéndola que aquella es la fruta, e induciéndola a que la coma. Duda al pronto; pero al fin cae en la tentación. Va después a encontrar a Adán, llevándole un ramo cargado de la misma fruta. Adán a primera vista se horroriza; pero arrastrado por su excesivo amor, toma la resolución de perecer con Eva y la come. Efectos de este pecado. Procuran al pronto cubrir su desnudez; se introduce después la discordia entre ellos, y se culpan recíprocamente de aquel exceso.

¡Oh tierra desgraciada! ¡Oh deplorables
Mutaciones! ¡los días ya se acaban
En el mundo celestes mensajeros
Descendían, y al hombre las amables
Ordenes del Eterno declaraban:
En que el Ángel benigno, a los primeros
Padres, con trato familiar honrando,
Y en su rústica mesa acompañando,
Por su fruta sabrosa
Dejaba la ambrosía deliciosa,
El néctar de los Dioses! ¡Qué funesta
Mudanza va a cantar la lira mía,
En lugar de tan plácida armonía
Del Cielo con la tierra! ¡Cuánto cuesta
A su dulzura repetir la horrible
Ingratitud del hombre; su piadoso
Criador desconocido
Por él, y su poder sumo ofendido;
La culpa introduciendo la insensible
Muerte en el mundo, con el espantoso
Séquito innumerable de los males,
Justa venganza de los desleales,
Que el más suave precepto quebrantaron
Y contra su Hacedor se rebelaron!
¡Asunto lamentable;
Pero más elevado y admirable
Que Aquiles, arrastrando furibundo
Alrededor de Troya, el despojado
Cadáver de Héctor, en el polvo inmundo,
Por tres veces, al fiero carro atado:
Que, la lanza de Marte ensangrentada,
O el hórrido tridente de Neptuno:
Más que el hijo de Anquises, trasladada
Su fortuna con él, al floreciente
Latino reino, y que la fiera Juno,
De Ilión las reliquias persiguiendo
Por los mares, y a Turno protegiendo,
Para acabar con ellas duramente!
Dígnate, pues, ¡oh Musa! de inspirarme.
Tú eres mi protectora,
Y sueles con frecuencia visitarme.
Ven silenciosa, te lo pido, a la hora
En que el orbe descansa adormecido,
Y ennoblece los versos numerosos
Que de mi boca corren a raudales,
Desde que di principio al escogido
Tema sublime, cuyos poderoso a

Atractivos mi lengua han fecundado.
Otros, por largo tiempo las mortales
Contiendas, las hazañas han cantado
De uno y otro soñado caballero
De los remotos siglos, olvidando
Con ingrato silencio el verdadero
Mérito y la constancia que ilustrando
Están los fastos del valor guerrero.
Celebren, pues, con pluma aduladora
Las concurridas justas, los torneos.
Los lozanos bridones, los arreos,
El garbo y la belleza encantadora
De fingidas Princesas, los soñados
Golpes de espada y lanza agigantados;
Los altos hechos de armas, la pomposa
Púrpura de los mantos, los lucidos
Broqueles de oro fino en que esculpidos
Los sucesos se ven que lustre dieron
A sus dueños: alaben la preciosa
Riqueza y discreción de las empresas:
Dispongan los festines, y las mesas
Abundantes, que al mundo sorprendieron
La turba servicial y numerosa
De gigantes, de enanos, de escuderos,
De encantados palacios, hechiceros
Verjeles, y millares de patrañas,
Como de la verdad, del juicio extrañas,
A que el vulgo da asenso,
Y en que perder el tiempo nunca pienso,
Un tema más brillante,
Más nuevo objeto, más interesante
Al hombre, viene a despertar mi lira,
Si acaso el clima helado, que conspira
Con la torpe vejez, no apaga luego
Los tristes restos de mi sacro fuego,
O mi Musa, apiadada de mi vano
Esfuerzo, no me quita de la mano
El sonoro instrumento,
Y corta él vuelo a tan osado intento.
El sol ya remataba su carrera
Del mar en los cristales; la lumbrera
De Véspero dudosa, que del día
Participa y la noche, relucía
En la mitad del orbe; se asomaban
Las sombras, y el oriente ya enlutaban,
Cuando acabando el curso vagabundo,
Satanás, despreciando las terribles
Amenazas del Cielo, vuelve al mundo.
No menos fiero, pero más prudente,
Como ya escarmentado, los posibles
Medios discurre en sí, para meterse,
Sin que le vean, como anteriormente,
De Edén en el recinto y esconderse.
Fiel a su empresa odiosa,
Como huyó con la noche tenebrosa,
Con ella vuelve, pero con cautela
En espiarle todo se desvela
Para asaltar la cerca peligrosa,
Bien que resuelto a entrar, aunque le cuesta
Perecer. Desde la época en que visto
Fue por aquel espíritu celeste
Que el sol dirige, dentro de los muros
De Edén, y, echado de entre sus oscuros
Bosques, habla fugitivo y listo
Siete veces entera vuelta dado
A aquel inmenso círculo inflamado

Que de la luz y sombra exacto mide
La marcha y en sus turnos la divide.
Cautamente, a la negra noche iba siguiendo
En sus velos envuelto y siempre huyendo
De la luz, hasta tanto que en la octava
Tarde, cuando a extenderse comenzaba
Sobre Edén, de su sombra guarecido,
A ejecutar su plan llega atrevido;
Pero para evitar la vigilancia
De la guardia celeste, a gran distancia
Callado, al lado opuesto de la cerca,
Por sendas ocultísimas se acerca.
Entonces allí mismo un antro había
(Antes que por la cólera del Cielo
Se trastornase todo en aquel suelo),
En cuyo negro seno sumergido
El Tígo, de él de nuevo a luz salía
A seguir su camino interrumpido.
Por el jardín ameno discurriendo:
El enemigo aquella entrada viendo
Tan secreta y segura,
En sus ondas se arroja diligente:
Envuelto en ellas pasa aquella oscura
Cueva, y vuelve a salir con la corriente.
Para ocultar su marcha fraudulenta,
Al hollar el jardín, rodearse inventa
De un velo de vapores, recogido
Del agua misma por donde ha venido.
Resuelve al fin, para mejor cubrirse,
En un cuerpo viviente introducirse.
Durante el largo viaje ha examinado
La especie singular de cada bruto,
Sus costumbres e instinto, y reparado
Que entre ellos todos era el más astuto,
El más fino, la pérfida Serpiente,
En ella, él y su lazo juntamente
Determina ocultar, haciendo cuenta
De que si en una bestia se escondía
Que fuese un poco estúpida, daría,
Si del menor estratagema usara
O de la menor traza, una violenta
Sospecha de sus tramas infernales
Que el suceso esperado trastornara.
Sólo, entre los restantes animales,
Aquel, por su malicia, su tortuoso
Andar y por su instinto cauteloso,
Podía a su carácter fementido
Prestar un verosímil colorido.
Lo elige: mas primero, sollozando,
La pena exhala, que le está angustiando.
«¡Oh tierra! exclama (pues que así te nombras),
»Digna de ser por dioses habitada,
»¿Cómo no te avergüenzas y te asombras
» De verte por los hombres profanada?
»Tú, del brazo de Dios obra segunda,
» Mas primera en lo hermosa y lo fecunda.
»¡De qué luces tan bellas
»Te adornan, te coronan las estrellas!
»Para ti esas lumbreras se encendieron;
»Los Cielos mismos para ti se hicieron;
»Cada astro, de servirte envanecido,
»Se eleva, viaja, vuelve y sin reposo
»Alrededor de ti vuela gozoso
»A pagarte el tributo que es debido
»Como a Reina de fuegos, de colores,
»De estaciones y vivos resplandores.

»Como en el Cielo cada inteligencia
»Angélica, con ansia imponderable,
»Tira a acercarse a la divina esencia
»Cual a centro común, así se esfuerza
»Todo ese pueblo hermoso, innumerable
»De soles, a rodearte amontonado,
»Como a centro también, sin que extraviado
»Uno siquiera su carrera tuerza.
»Esos fuegos vitales son la fuente
»De todos tus tesoros y hermosura;
»Son los que vuelan con el aura pura
»Por las plantas, las frutas y las flores;
»Las forman, las elevan gradualmente
»Y la dan sus perfumes y sabores.
»Aun es mayor prodigio. A esos vivientes
»Pueblos de irracionales que renacen
»Sin cesar, dan la vida y los sentidos,
»Y con sus llamas más sutiles hacen
»En ellos los efectos aparentes
»De la razón, de modo que advertidos
»Y sagaces parecen cual si hubiera
»Ingenio en ellos que los dirigiera.,
»Estos, aunque en el rango desiguales
»Entro sí, se utilizan, y puntuales,
»Según sus clases, de diversos modos
»Al hombre sirven y obedecen todos.
»¡Oh tierra! ¡Qué pinturas primorosas
»Hermosean tus campos espaciosos!
»¡Oh alegres valles, montes orgullosos,
»Collados verdes, sombras deliciosas,
»Frescos antros, arbustos delicados,
»Árboles majestuosos,
»Audaces riscos y floridos prados,
»Ríos pomposos, rápidos torrentes,
»Arroyos, vastos lagos, claras fuentes.
»Oh cuánto vuestra vista deleitable
»Mi triste corazón encantaría,
»Si sentir el placer me fuera dable!
»¡Mas para él el placer y la alegría
»No existen ya! ¡La más negra tristeza,
»La desesperación, tienen fijada
»Dentro de él para siempre su morada!
»Para aliviar mi bárbaro tormento
»Producir debe la naturaleza
»Cómplices en mi encono y mis maldades.
»Penas que iguallen a las que yo siento,
»Impulsos de furor, atrocidades;
»El extremo del mal, al fin, que llene
»Este pecho, y de rabia lo enajene.
»Tal es el solo bien que, ansioso anhelo!
»¡Oh Infierno, huir en vano he procurado,
»Del fuego de tu océano abrasado!
»¡Otro infierno más cruel llevo conmigo!
»¡Me sigue inseparable en este suelo,
»Y aun del celeste alcázar al abrigo
»Con el mismo furor me acompañara
»Si a su déspota altivo no humillara!
»Pues que este mundo es su obra preferida,
»Y el hombre imagen suya, en lo más vivo!
»Le he de ofender sin duda si le privo
»Del gozo que ahora tiene en ver cumplida
»La intención noble con que le ha criado
»No siendo esto imposible, si se logra,
»El mundo como el hombre se malogra.
»Hagámosle este ultraje duplicado,
»Supuesto que en mi suerte desastrada

»Si no a ganar, no voy a perder nada.
»Satanás no es feliz si no es vengado.
»Si llego así a triunfar de mi enemigo
»Y mis tormentos dividir consigo,
»Que lluevan sobre mí calamidades,
»Que de ese Dios excedan las crueldades
»A mis delitos, nada ya recelo;
»En todas partes hallaré consuelo.
»Perezca el hombre; quede devastado
»El jardín que para él se ha fabricado.
»Sólo el mirar al mundo me importuna;
»Que siga de su dueño la fortuna.
»Mas no sacia aún su ruina mis deseos:
»¡Objetos de mi envidia y mis dolores,
»Cielo, tierra, hombre, Dios, desvaneceos,
»Pereced todos! Mi odio no os separa.
»La guerra a haceros va indistintamente!
»¡Pábulo a mis furores.
»Aniquilaos todos juntamente!
»Que su soberbia actual les cueste cara;
»Que prueben por su turno esas, divinas
»Esencias, esos seres, el tormento
»Que hace penar mi corazón sangriento.
»Que acabe todo, y que sobre las ruinas
»Del universo en pie Satanás quede.
»¡Satanás solo! Es lo único que puede
»Satisfacerme. Entonces, victorioso,
»Al Infierno volviendo, recibido
»Con delirio gozoso,
»Decir podré a aquel pueblo sorprendido:
»Aquí tenéis el vencedor glorioso
»Del decantado Dios omnipotente;
»Postraos a sus pies; el merecido
»Homenaje prestadle acordemente;
»He deshecho en un día
»Lo que su afán en seis criado había,
»Esa obra inmensa, ese orbe celebrado
»En que había agotado
»Su poder todo y su sabiduría,
»Objeto de su viva complacencia.
»Aunque era tan reciente en la apariencia,
»Me parece probable que previendo
»Que útil a su venganza ser debía,
»La estuvo largo tiempo previniendo.
»Así, aquella obra que bondad respira,
»Hija habrá sido de su fatal ira.
»Puede también que no la haya ideado
»Sino cuando del Cielo la tercera
»Parte de moradores que quisieron,
»Ser libres y su yugo sacudieron,
»Con imprudente furia arrojó airado.
»Apenas cesaría su primera
»Cólera al ver su reino despoblado,
»Quizás de su imprudencia arrepentido,
»Que volviera a poblarse deseando,
»Y a un tiempo la ocasión aprovechando
»De desahogar aún más su desmedido
»Odio contra nosotros, trataría
»De tomar algún medio. No alcanzando
»Tal vez ya su poder, desfallecido
»Con el uso, a criar otros iguales
»Ángeles a los que el perdido había
»(Si acaso nuestros seres inmortales
»A él debemos), y que de aplausos vanos
»Y serviles inciensos le colmaran,
»Dio el ser a los humanos,

»Para que nuestros tronos ocuparan
»En su corte: a ese pueblo vil y oscuro,
»Que rico a nuestra costa, envanecido
»Con nuestra ruina, vive persuadido
»De que se ha de elevar su cieno impuro
»A lo alto del Empíreo, a la grandeza
»De que se nos privó con tal dureza.
»Tal la intención de Dios sin duda ha sido,
»Y hasta ahora su proyecto
»En todo punto se ha llevado a efecto:
»Al hombre de la tierra ya ha formado,
»Sobre ella por su rey le ha entronizado.
»Le ha puesto por dosel el firmamento:
»Los astros en perpetuo movimiento
»Sirven para alumbrarle:
»Los Angeles son sólo diligentes
»Criados, destinados a cuidarle,
»Y a ser sus mensajeros: los ardientes
»Querubines la corte con bajeza
»Hacen a esa criatura miserable,
»Sumida de su lodo en la torpeza,
»Como si fuera al ser más respetable
»Su favor vergonzoso mendigando
»Y en su custodia sin cesar velando.
»Así el tirano el pundonor destierra
»Del Cielo, esclavizándolo a la tierra.
»Para evitar la vista penetrante
»De esos envilecidos
»Antiguos camaradas, ahora crueles
»Enemigos de todo su brillante
»Gremio, y al interés común infieles,
»He tenido que andar por escondidos
»Senderos y cubierto del oscuro
»Nocturno manto, a fin de introducirme
»Aquí ¡Feliz si encuentro más seguro
»Asilo, en que encubrirme
»Pueda a gusto, y librarme de su odioso
»Registro, refugiándome al obsceno
»Cuerpo de un reptil torpe adormecido,
»Y transformar en él el majestuoso
»Rostro del Jefe de los Serafines!
»¡Oh vergüenza! ¡Oh disfraz el más ajeno
»De un ser rival de Dios! ¡Yo que he podido
»Alborotar del Cielo los confines,
»Y hacer dudosa guerra abiertamente
»A ese señor del mundo,
»Reducido a esconderme en el inmundo
»Cuerpo de una serpiente,
»A arrastrar por el polvo, en sus tortuosos
»Pliegues, postrando mi soberbia frente!
»¡Oh infernales poderes orgullosos!
»Al mirarle abatido a tal extremo,
»¿Conoceréis a vuestro rey supremo?
»¡Hasta que sima tiene que bajarse
»La ambición, cuando trata de elevarse!
»Cuanto más alto pone el pensamiento,
»Tanto más ha de ser su abatimiento.
»¡Oh venganza! tú que has envenenado
»Mi triste corazón, ¡cuánta amargura
»Viene mezclada en tu falaz dulzura!
»Si algún consuelo me has proporcionado,
»¡Qué crueles consecuencias ha traído!
»No importa: ¡tronad, Cielos! La fiereza
»De vuestros rayos sobre mi cabeza
»Rebelde descargad, que conmovido
»No me veréis. ¡Oh suerte! Me contento

»Sólo con poder dar a ese envidioso
»Dios, mi enemigo, un golpe doloroso,
»O si a él no alcanza mi resentimiento,
»Vengarme sobre ese hijo que ha adoptado,
»Y que en su rabia al Cielo ha presentado.
»Ese Dios nuevo ha sido el que insolente
»Me ha insultado. Esto basta: mi abrasada
»Ira debe pagarle exactamente
»Odio por odio, ultraje por ultraje.»
Dichas estas palabras, concentrada
Su rabia, entre la zarza y el espino
Espesos, con silencio abre camino,
Y prosigue su viaje
A buscar la serpiente, que dormida
Encuentra, entre sus círculos metida
La lánguida cabeza blandamente.
No era entonces aquella bestia bruta.
De todo cuanto vive aborrecida,
Como ahora: era colérica y astuta;
Mas no cruel, ni pérfida: inocente,
En lugar de esconderse en la espesura,
O de los antros en la sombra oscura,
Como lo hace actualmente,
Sobre la tierna hierba se enroscaba,
Y a cielo abierto, quieta dormitaba,
En ella, Satanás con ligereza
Se mete, y en su pecho se introduce
Su instinto torpe, a obedecer reduce
De su inmortal razón a la viveza,
Y tranquilo en moverse no se afana,
Hasta tanto que llegue la mañana.
Ya el Oriente remoto se colora,
De la tierra el incienso matutino
Sube hacia Dios, al paso que la aurora
Comienza sonrosada su camino,
Y el Criador recibe con agrado
La adoración de la obra que ha criado.
Adán, en aquella hora ya despierto,
Con Eva el verde cenador dejaba,
Y con los coros mudos de concierto
De las demás criaturas, alababa
Al Señor, las primicias disfrutando
Del día; pero el tiempo iba avanzando
Su rústico trabajo los llamaba,
Y a los cuidados que el jardín pedía,
Bastar el afán de ambos no podía.
«Caro esposo, dice Eva: inútilmente
»Las fuerzas reunidas ocupamos
»De nuestros brazos, para dar salida
»A todo: el largo día en podar ramos
»Infructuosos se pasa, y al siguiente,
»Otra tal multitud vemos crecida,
»Que parece que nada hemos cortado.
»Si otras veces, las ramas, abrumadas
»Con el peso sobrado,
»Sobre fuertes horquillas sostenemos,
»Para cada una, mil aun más cargadas
»En una noche sola, por la fuerza
»Del fértil suelo, nuevamente crecen,
»Y a todas acudir nunca podemos.
»Para una que estorbamos que se tuerza.
»Las más hermosas y útiles perecen.
»¿Qué diré de las frutas y las flores?
»Todos nuestros sudores
»Para una corta parte no serían
»Bastantes, sólo de las que se crían

»Alrededor de nuestro alojamiento.
»Veamos si abreviar es asequible
»El ímprobo trabajo, de manera
»Que luzca más: quizá tu gran talento
»Hallará algún arbitrio: por mi parte
»Uno tengo pensado, que es sensible
»A mi tierno cariño, que quisiera
»De ti no separarse ni un momento;
»Pero sobre el es justo consultarte,
»Como que tienes más conocimiento,
»Puesto que me parece el más juicioso,
»Para hacer más ligero y más fructuoso
»Nuestro largo trabajo. Dividamos
»Nuestras tareas: tú, como el más fuerte,
»Podrás en el cultivo entretenerte
»De los árboles, ya uniendo al robusto
»Olmo la débil palma, ya en los ramos
»Del olivo enredando el oloroso
»Jazmín, o bien podando el lujurioso
»Nogal, según te lo dictare el gusto,
»Mientras yo en otra parte mis sudores
»Emplearé en las plantas y las flores;
»Porque, yo lo confieso, cuando unidos,
»Como sucede en todas ocasiones,
»En un mismo paraje cultivamos.
»Las plantas, casi nada trabajamos:
»En suaves caricias divertidos,
»O en dulces risas, o en conversaciones
»Mas serias comúnmente distraídos,
»Por nuestra utilidad, nos olvidamos
»De la de nuestros tiernos arbolitos,
»De la de nuestras rosas, y exquisitos
»Frutos, y luego, sin placer comemos
»Lo que sin pena alguna recogemos.»
Responde Adán: «¡Oh encanto de mi vida.
»A todas las criaturas preferida!
»Ese deseo de que apresuremos
»Nuestro trabajo agreste, aun más amable
»Te hace a mi corazón. ¡Que generoso
»Esfuerzo, en consentir sacrifiquemos
»Al interés común, el agradable
»Placer de nuestra dulce compañía!
»¡Cuanto no habrá costado a tu amoroso
»Corazón! Has pospuesto noblemente
»La excesiva alegría
»De un gusto vano, a las solicitudes
»Justas, a las domésticas virtudes;
»Mas Dios no trata tan severamente
»A sus hijos. Sus leyes con dulzura
»Templa; permite que, en nuestras faenas,
»De tiempo en tiempo con nuestras caricias
»Volvamos las fatigas en delicias:
»Quiere, si el apetito nos apura,
»Que un rústico festín a nuestras venas
»El vigor vuelva, y que con divertidos
»Coloquios se interrumpan los seguidos
»Afanos: que jamás nos excedamos
»De modo en trabajar, que nos rindamos:
»Que del trabajo a gusto se respire,
»Y que cual mera diversión se mire:
»Aun mucho más, aprueba que empleemos
»En amables discursos la preciosa
»Razón que nos ha dado; que expresemos
»El recíproco amor, el inocente
»Afecto que ha grabado su piadosa
»Mano profundamente

»En nuestros tiernos pechos, y que usemos,
»Del don de la palabra, que ha negado
»A todo otro animal, y al hombre ha dado.
»Esta inflama el amor que a sus bondades
»Debemos tributar, y nos levanta
»A él: que de todas las necesidades
»Nuestras, es la primera y la más santa,
»Y nuestra dulce unión también anima,
»Que más de aquel Señor nos aproxima.
»Él, mismo nuestras almas ha dispuesto
»Al amor, sin el cual triste y ocioso
»Ningún racional puede ser dichoso,
»Y cual dulce precepto nos lo ha impuesto.
»Ese gran Dios, cuya sabiduría
»A gozar nos convida, no ha querido
»Que el hombre de trabajos consumido
»Fuera: quiso que dulce sucediese
»El descanso, que fuera su fiel guía
»En esto su razón, los dirigiese
»Y de modo entre si los combinara,
»Que una vida feliz nos resultara.
»Cuidemos, pues, de nuestras arboledas
»Limpiemos reunidos las veredas
»Cerradas por la extrema lozanía,
»De las plantas, que al fin llegará el día
»En que de dulces hijos circundados,
»Más hermosos, más frescos que las flores,
»De sus jóvenes brazos ayudados,
»Demos abasto a todas las labores.
»Apoyos de sus padres, cual retoños
»De rosas, alrededor de nuestra amada
»Habitación su turba derramada,
»Hará, nuestra delicia. ¡Con qué gusto
»Iremos instruyendo sus bisoños
»Años de las grandezas del agosto
»Divino bienhechor, de la labranza
»Y de cuanto exigiere su enseñanza!
»Con todo, si algún rato, deseosa
»De variar, te cansare mi presencia,
»No te prohibo alguna breve ausencia;
»Pues gusto de que estés siempre gozosa.
»¡Feliz a la verdad aquel que, aislado
»De los demás, encuentra en su retiro
»La alegría! Cual solo no lo mira
»Mientras consigo no está fastidiado;
»¡Mas presto echará menos el abrigo
»Consolador del pecho de un amigo!
»En cuanto a ti, perdóname si temo
»Exponerte a algún riesgo, si apartada
»Te mantienes de mí. Bien enterada,
»Estás del odio extremo,
»De la sed de venganza que alimenta
»El fiero Satanás contra nosotros.
»Sus proyectos, lo sabes, no son otros
»Que el turbar nuestra paz inapreciable,
»Seducirnos, perdernos; que no intenta
»Menos que hacernos de su miserable
»Suerte participar, y separarnos
»De nuestro padre y nuestro agosto dueño.
»Este es ¡oh horrendo Satanás! tu empeño.
»¡Tu negro corazón ardiendo en ira
»Y en cruel envidia, anhela devorarnos!
»No dudes pues, cara Eva, que ese injusto
»Enemigo conspira
»Contra nosotros. Tierno te conjuro
»Que de mí no te apartes. De mi lado

»Por el Señor tu cuerpo fue formado;
»Será siempre tu asilo el más seguro:
»Tu puesto en cualquier lance peligroso
»Es el que está más cerca de tu esposo:
»Él sabrá libertarte,
»O si no, en tu desgracia acompañarte.»
A estas palabras, Eva prevenida
De su inocencia, y, de la desconfianza
Que Adán la muestra vivamente herida,
Así responde: « ¡Noble hijo del Cielo
»Y de la tierra! bien sé a lo que alcanza
»De Satanás la rabia y la malicia:
»Sé cuánto nuestra pérdida codicia,
»Pues que tu voz, y el admirable celo
»De Rafael de su furor ardiente
»Y de todas sus trazas, claramente
»Me han enterado. Ayer, cuando las flores
»Al llegar las tinieblas, sus olores,
»Ansiosas recogían, y el glorioso
»Arcángel ya de ti se despedía,
»Yo, vuelta del trabajo, disfrutando,
»En ese cenador, que está tocando
»A nuestro alojamiento, del reposo,
»Nada de cuanto hablabais perdía,
»Cuando de ese enemigo se trataba
»Y a evitar sus ardides te exhortaba.
»Evitémoslos, pues: lo mismo digo;
»Pero que yo, de cuya inalterable
»Fidelidad Dios mismo es el testigo,
»Por mi esposo me vea condenada,
»Sólo porque aquel ente detestable
»Nuestra ruina ha jurado, a ser guardada
»Con esa desconfianza, es una dura
»Pena, que me ha colmado de amargura.
»El Ángel tal sospecha no mostraba,
»Ni yo ella de tu parte me esperaba.
»¿Qué temes, caro Adán? ¿La fuerza abierta?
»¿Y no sabes, cual yo, por cosa cierta,
»Que nosotros, que somos inmortales,
»Estamos libres de ella? ¿Por ventura
»Temes del enemigo las fatales
»Tramas? ¿Sin duda a ti se te figura
»Que a pesar de mis firmes juramentos
»De lealtad y amor, quizá algún día
»Abusará de la flaqueza mía?
»¿Y cuáles son, oh Adán, los fundamentos,
»Que mi amoroso corazón ha dado
»Para ser tan cruelmente sospechado?
»¡Oh tú, obra del Eterno, milagrosa,
»Incomparable esposa,
»La dice Adán; que de su augusta mano
»Recibiste la vida y la inocencia!
»No te temo yo a ti: temo a tu ausencia:
»¿No es un arrojito peligroso y vano
»Presentarte tú sola al enemigo?
»¿Si pudo seducir los celestiales
»Seres, presumirá nuestra flaqueza.
»Evitar por sí sola sus mortales
»Lazos? Confiada, pues, en el amigo
»Que te dio el Cielo para protegerte,
»Duplica con su auxilio tu firmeza.
»Aun yo me siento mil veces más fuerte
»Que estando solo, cuando estoy contigo.
»A tu lado, ¿qué esfuerzo no sería
»El que yo hiciese? No me atrevería
»A faltar a tu vista: una mirada

»Tuya bastara para que, animada
»Mi alma, a todo enemigo resistiera.
»Nada cerca de ti me conmoviera.
»Tú conmigo también, ¡cuán diferente
»Fuerza tendrás! Seamos mutuamente
»Tino de otro el apoyo: sé tú el mío,
»Como yo seré el tuyo: así confío,
»Que burlemos las tramas infernales,
»Y si tú, valerosa, tus leales
»Afectos probar quieres combatiendo
»A campo abierto al adversario horrendo,
»No me opongo a que muestres tu osadía;
»Pero llévame a mí en tu compañía.
Inquieto Adán así la amonestaba,
Uniendo la prudencia a la ternura;
Pero Eva, persuadida que su dura
Sospecha interiormente aun conservaba,
Exhaló de este modo su tristeza:
«¡Conque aquí sin cesar nos amenazan
»Conjuradas la fuerza y la destreza!
»Si impunemente andar nos embarazan
»Un momento uno de otro divididos,
»Somos por cierto bien desventurados.
»¿En qué está nuestra dicha? La vergüenza
»Es hija del delito, y cuando heridos
»Por él no somos, nuestro honor no pende
»De ajenos atentados.
»Del enemigo atroz la desvergüenza
»Sobre él sólo recae. En vano atiende
»A mancharnos con ella. ¿Y qué tememos?
»Nadie sin riesgo consiguió la gloria;
»Cuanto es mayor, más noble es la victoria;
»Cuanto mejor hayamos combatido,
»Con tanto mayor gozo triunfaremos.
»Dios, de lo alto del Cielo
»A nuestro heroico arrojo agradecido,
»Aprobará nuestra virtud y celo.
»Y la virtud, ¿qué mérito tuviera
»Si en calma al vicio nunca frente hiciera,
»O si en el brazo ajeno se apoyase
»Y jamás por si sola trabajase?
»Confesar este grado de flaqueza,
»Para nosotros fuera vergonzoso
»Y para nuestro Dios mismo injurioso.
»¡Ah! si el Señor tan poca fortaleza
»Nos dio, de nuestro Edén la patria amada
»Por la felicidad no es habitada.
»Mujer, Adán replica con viveza,
»No te quejes de Dios; todo ha salido
»Completo de su mano; en cualquier obra
»Suya, jamás se ve falta ni sobra;
»Todo es cual debe ser, y por ventura
»El hombre, en quien su imagen ha esculpido,
»¿Será la única triste criatura,
»Que de él haya salido mal librada?
»¡Lejos de ti ocurrencia tan malvada!
»Libre en su dicha, debe cuidadoso
»Conservarla; en él sólo está el perderla,
»Y en él sólo también el retenerla,
»Puesto que a su albedrío está fiada.
»A él dio el Cielo las riendas, mas juicioso,
»Debe por la razón ser gobernado:
»También el Cielo la razón le ha dado,
»Y a ésta ha provisto de ojos inmortales
»Que distinguen los bienes de los males,
»Y en los bienes, aquel que es aparente,

»De los que son en todo verdaderos,
»A fin de seguir siempre los senderos
» Que el Cielo justamente
»En sus sagradas leyes ha trazado;
»Imposible es que nunca te extravíes,
»Si la obedeces. Ahora nuevamente
»Te pido que de mi no te desvíes
»Por el mero capricho aventurado
»De una empresa a lo menos muy dudosa.
»A no ser que con tu tierno esposo al lado
»No disputes la palma peligrosa.
»Demasiado cercanos
»Están los riesgos, aun los más lejanos;
»No vayas a buscarlos imprudente.
»Haz, pues, la ofrenda a Dios que más le agrada,
»Que es la docilidad. Luego, paciente,
»Una ocasión aguarda no buscada
»De mostrarle tu firme amor ardiente.
»El valor sin testigos, desmayado
»Y débil, está ya medio vencido;
»Mas si juzgas que es menos peligroso
»Ahora que está tu pecho enardecido
»Combatir sola al enemigo osado,
»Que aguardar a que en tiempo inesperado
»Embista a los dos juntos cauteloso,
»Parte, Eva, pues no te hace fuerza alguna
»Mi miedo, y mi consejo te importuna.
»De todos modos, aunque estés presente,
»Siendo esto de tu parte involuntario,
»Me afligirás aun más que estando ausente.
»Recoge, pues, para tu temerario,
»Hecho tu virtud toda y tu constancia;
»Dios sus dones te dio con abundancia;
»Hizo más que debía; haz por tu lado
»Lo que debes también. Pues te ha dotado
»De razón, úsala como él desea,
»Y que tu escudo inexpugnable sea.
»Con tono humilde, mas determinada
A llevar adelante su arriesgada
Empresa, Eva responde así a su esposo:
«Pues que tú lo permites y posible
»Juzgas, cual yo, que sea más temible
»Un ataque impensado a los dos hecho
»Que mi arrojo estudiado y animoso,
»Voy al peligro a presentar mi pecho.
»¿Mas te figuras tú que ese orgulloso
»Enemigo cometa la bajeza
»De emplear su furia contra la flaqueza
»De una mujer? ¡Sin gloria si vencía,
»Qué vergüenza sí el triunfo me cedía.»
Dice, y de mano de su fiel marido,
La suya, que aun tenía enternecido
Asida, saca, parte y a carrera
Por el campo se aleja, más ligera
Que nos pinta la fábula profana
A una Ninfa del bosque, y más hermosa
Que la misma Diana,
Cuando a cazar salía presurosa.
Mas en lugar de su arco y de su aljaba,
Rastrillo y podadera Eva llevaba,
Y eran un nuevo adorno a su belleza.
Aquellos instrumentos, la destreza
De Adán tal vez había construido,
O bien de ellos le había proveído
Algún Ángel. Adán la sigue ansioso
Con tristes ojos, y a que vuelva presto

La exhorta con la voz y con el gesto,
De su cada vez más receloso.
Su esposa, respondiendo a su impaciencia,
Le grita que será breve su ausencia;
Que antes que medie el sol su luminoso
Curso, estará de vuelta en el recinto
Del verde cenador, la agreste mesa
Preparando. ¡Qué dices!... ¡Qué promesa
Haces, Eva infeliz! ¡Oh qué distinto
Hado te espera! ¡Cómo tu inocencia,
Tu, dicha para siempre se ha acabado!
¡Ni la paz deliciosa, ni el tranquilo
Sueño habitarán ya tu alegre asilo!
El enemigo, ardiendo de impaciencia
De conseguir sus miras, diligente,
Contra uno y otro esposo desgraciado,
Viene, queriendo en su espantosa ruina
Su linaje envolver. Sí: en la serpiente
Metido, el jardín todo registrando,
El atroz Satanás cauto camina
Para hallarlos, su presa devorando
Ya en esperanzas. Su mayor fortuna
Sería encontrar a Eva separada
Del vigilante Adán, cuya importuna
Prudencia, de firmeza acompañada, .
Sobre todo temía,
Seguro de que no le engañaría.
Desde el amanecer, ocultamente
Por todo aquel jardín vasto arrastraba,
Del hermoso verjel a la florida
Pradera, de ésta al monte, a la extendida
Ribera del arroyo o de la fuente
Buscándolos, mas no se lisonjeaba
De encontrar a Eva sola, pues sabía
Que de su tierno esposo no se había
Separado hasta entonces un instante.
¿Cuál, pues, su gozo fue cuando delante
De sus ojos, rodeada de una nube
Cándida de balsámicos vapores,
La halló en un bosquecillo entre las flores?
Entre ellas todas descollada sube,
Como su reina, o tal vez inclinando
El bello cuerpo, a todas eclipsando,
Respira enajenada sus olores,
Ya sus desfallecidas
Ramas sobre horquillitas, sostenidas
Poniendo, ya sus guías extraviadas
Uniendo unas con otras enlazadas:
De aquella ocupación en la dulzura,
Olvidaba que a todas excedía,
Así como en nobleza, en hermosura.
Mas ¡ay, que lejos de su fiel esposo,
Sin el único apoyo que tenía,
Pronto sabrá, que entre su turba bella
Tampoco otra se ve más frágil que ella!
Llega ya el enemigo cauteloso,
Después de recorrer prolijamente
Una selva, en que el cedro poderoso
Y el pino al cielo suben hermanados
Cual verdes obeliscos elevados:
Ya a campo descubierto, la serpiente
Rápida se resbala entre la hierba,
O si ésta no la cubre, con reserva,
Agachada sus roscas desplegando,
A su víctima viene atalayando.
Entra, en fin, en el fresco bosquecillo

En donde la belleza su sencillo
Trabajo apresuraba codiciosa
Sin temer vecindad tan peligrosa.
Como el triste habitante
De alguna ciudad vasta, fastidiado
De estar siempre entre muros encerrado,
Que de la primavera una brillante
Mañana aprovechando, sale fuera
De sus puertas, y en vez de la estrechura
De las calles y casas, de la impura
Y cargada atmósfera,
De aquel estruendo incómodo, incesante
De millares de coches, artesanos,
Carros y bestias, que apiñados llenan
Su ámbito todo y el oído atruenan,
Mudando de teatro, en un instante
Comienza a respirar los aires sanos
Y suaves del campo delicioso,
A ver las quintas, huertas, fuentes, prados,
Las colinas cubiertas de ganados,
A oír cantar al labrador gozoso,
Que con su afán da al campo nueva vida,
Y sorprendido, una desconocida
Alegría, una dulce calma siente;
Pero si se presenta de repente
A su vista curiosa,
En la extensión de aquella perspectiva.
Una belleza joven y graciosa,
Su modesta hermosura
Los adornos del vasto cuadro aviva
Y del espectador, enajenado
De una nueva alegría, el pasmo apura:
Así el corazón negro y gangrenado
Del atroz Satanás, a la dulzura
Que le causa la vista deleitosa
De aquella tierra amena y venturosa
No puede resistir. Sobre todo Eva
Su involuntaria admiración se lleva.
Se para, juzga ver un ser del Cielo.
Con efecto es un Ángel, bajo el velo
De una mujer, sin otra diferencia
Que el dulce fuego que sus ojos lanzan
Haciendo a las estrellas competencia.
Su aire noble, su gracia, la pureza
De sus colores, a los que no alcanzan
La rosa ni el jazmín, la ligereza
Del majestuoso talle y su hechicero
Pudor, desarman por el pronto al fiero
Monstruo: la ejecución de sus fatales
Intenciones suspende,
Y el demonio del mal, aquel momento,
Parece que ha reñido con los males.
Más presto en su interior, aun más violento,
El usado infernal fuego se enciende
Que tiene siempre su alma devorada.
Si de bondad mostró alguna apariencia,
No fue más que una breve intermitencia
De su ferocidad, ocasionada
Por sola una sorpresa involuntaria,
Y pronto vence la pasión contraria.
Al ver a Eva feliz, arde su pecho
De venenosa envidia y de despecho;
No pudiéndolo ser, la dicha ajena
Es para él dura, intolerable pena,
De que a tomar venganza aspira ansioso:
Bendice aquel lugar que a su rabioso

Alcance trajo la anhelada presa,
Y su cruel gozo de este modo expresa:
»¡Adónde me ha extraviado el pensamiento!
»¿Cómo ha podido la falaz dulzura
»De una compasión fútil ni un momento
»Detener mi venganza? ¿Por ventura
»He venido yo aquí con el intento
»De tomar parte en los placeres de Eva
»Y de su esposo? Vengo a destruirlos:
»Es mi único deseo, esta oportuna
»Ocasión me presenta la fortuna:
»Voy, pues, a hacer de mi poder la prueba
»No me será difícil seducirlos:
»Corrompida la esposa, ha de ayudarme
»A perder al esposo: éste es más duro
»De vencer. Su constancia y su maduro
»Juicio temo: no puedo lisonjearme
»De engañarle, pues ha dotado el Cielo
»A su varonil sexo con largueza
»De talento, de ciencia y de firmeza,
»Y con razón recelo
»Si a él acometo, de quedar vencido.
»Con la inocencia es fuerte; yo he perdido
»Con ella mi valor: de mi pasado
»Resplandor sólo un rastro me ha quedado.
»Su esposa es en verdad encantadora,
»Y si pudiera una beldad terrena
»Para dioses, cual yo, ser tentadora,
»Ella lo fuera. ¡Qué armas tan mortales
»Son la hermosura y gracia! Si mis males
»No fuesen lo que son, no es tan ajena
»La ternura de mí, que su inocencia
»No excitase mi amor y mi indulgencia
»Mas sin quererla, puedo aparentarla
»Cariño, y estoy cierto de engañarla.
»Vamos, pues, ya la tengo el lazo armado.
»Y de su ruina estoy asegurado.
Su encono el seductor así exhalaba,
De la Sierpe los pliegues dirigiendo,
Y a la joven belleza se acercaba:
Yo como las culebras, que moviendo
En silencio sus círculos tortuosos,
Arrastran torpemente por el suelo:
Ésta, sobre su cola levantada,
Extiende sus anillos majestuosos;
Su cabeza la hierba sin recelo
Domina, de una cresta coronada
De oro y púrpura; el cuello, de brillantes
Topacios y esmeraldas esmaltado,
Reluce, y de sus ojos fulminantes
Llamas despide. Desde la cabeza
Hasta el medio va el cuerpo, en espirales
De diversos matices, elevado,
Resbala lo demás con ligereza
De colores iguales
Por la grama: dirían que el garboso
Reptil venía anclando presuroso
Sobre un trono magnífico y movable.
Ya cerca de su víctima inocente
Hace mil pruebas: viene oblicuamente
Hacia ella, astuto, el paso deteniendo;
Con progreso insensible
Su infernal artificio, previniendo
La ocasión, el instante favorable
Espía. Como el diestro cortesano
Calcula con paciencia la propicia

Hora en que espera que con su malicia
Deslumbrará al incauto soberano;
Y no menos el hábil navegante,
Siguiendo de los vientos la mudanza,
Parece que huye a veces del distante
Puerto, cuando al contrario, hacia el se avanza.
Según el aire sopla, ya rizando
Las velas, ya su dirección variando;
También la Sierpe así diestra bordea,
Sus círculos recoge o desenvuelve,
Los anuda de nuevo, los envuelve,
Sobre la blanda hierba culebrea,
Y de Eva, con sus flores ocupada
Jugando y retozando por el llano,
Tira a atraer los ojos, pero en vano
Por largo rato, pues está engolfada
En su labor; al fin siente un ruido
Entre las hojas Eva, mas su oído
No lo extraña, pues suelen comúnmente
Diversos animales acercarse
Y en carreras y luchas ocuparse,
Divirtiéndola así de su inocente
Trabajo; mas se anima la Serpiente,
Y sin que ella la llame se presenta.
De hito en hito a Eva mira,
Y en actitud rendida y bondadosa
A su modo el respeto la aparenta
Más profundo, y parece que la admira:
Unas veces su frente majestuosa
Inclina solamente, otras la erguida
Cabeza hasta sus plantas abatida
Humilde el polvo de sus huellas besa,
Y parece adorarla. Eva un momento
Sus raros gestos mira, con sorpresa
Y complacencia. Satanás, contento
Del primer paso, llega más osado
Y familiar; y sea que el usado
Órgano qué la Sierpe habilitara,
O que el aire por sí sólo vibrara
El traidor, a la víctima infelice
Estas palabras reverente dice:
«¡Oh tu, a quien por su mano ha coronado
»Dios, como reina de este delicioso
»Distrito, no te admires si hechizado
»Me ves da tu belleza! ¿Por ventura
»Una Deidad cual tú, que por lo hermoso
»Pasma al Cielo, ha de hallar de qué admirarse?
»No extrañes, te suplico, ni te ofenda
»El ver que una rendida criatura
»Cual yo, a tus pies deseosa de postrarse,
»A pesar del respeto que la infunde
»Tu real presencia, desahogar pretenda
»Su admiración y amor, y a esta secreta
»Soledad penetrar ose indiscreta
»¡Oh milagroso ser, con que confunde.
» Dios todas las ideas de grandeza
»Que alcanza nuestro ingenio, tu belleza
»De su excelsa hermosura es el espejo!
»Por contemplarla y adorarte, dejo
»De todos los restantes animales,
»A mi, aunque yo lo diga, desiguales,
»La sociedad yo sólo, y mi deseo
»Hallo, más justo cuanto más te veo.
»Todo debe vivir, para ensalzarte,
»Y ser todo sensible, para amarte.
»Pero ¡qué triste imperio te se ha dado!

»Para tal reina necesarios eran
»Otros vasallos que admirar supieran
»Su mérito, y servirla como el grado
»Suyo lo exige, y no esos animales
»Tan insensibles como irracionales,
»Guiados todos de un instinto ciego.
»El hombre sólo, de celeste fuego
»Animado, es capaz de hacer el justo
»Aprecio del prodigio más augusto
»Que ha formado la mano omnipotente.
»¿Mas acaso aun el hombre es suficiente?
»A tus Virtudes necesaria fuera
»Otra más vasta y más brillante esfera.
»Si: el Empíreo sólo merecía
»Ser tu palacio (a mi equidad perdona
»Si habla sincera): de astros tu corona,
»Y de ángeles tu corte ser debía.
El tentador así con cariñosa
Tímidas expresiones, animadas
Por las lisonjas más artificiosas,
Preparaba camino a sus malvadas
Ideas, su veneno gradualmente,
De Eva en el corazón introduciendo
Absorta a un animal hablar oyendo,
Le fija, y así exclama de repente:
«¡Qué es esto! ¡Un bruto articular sonidos,
»Hablar, usar las mismas expresiones,
»Que nosotros, mostrar nuestras pasiones!
»¿Es un sueño, o me engañan mis sentidos?
»Este don era al hombre reservado,
»Y hasta ahora nunca habían disfrutado
»Nuestros vasallos de él. Sólo un confuso
»Imperfecto murmullo concedía
»El Cielo a su bajeza hasta este día.
»¿De cuándo acá se habrá franqueado el uso
»De la lengua a esa muda muchedumbre,
»Y de nuestra razón la viva lumbre,
»Para poder hablar con tal cordura?
»Con todo, éste, en su gesto, en su figura,
»Un no se qué de grande y noble ofrece,
»Que celeste en sus ojos resplandece.»
Queda un rato suspensa, y nuevamente
Sigue así: «Pero dime tú, oh Serpiente:
»Bien me consta que el Cielo te ha dotado,
»De un instinto más vivo que a los otros
»Brutos; pero en verdad nunca he sabido
»Que el uso de la voz, como a nosotros
»Hombres, te hubiese dado.
»Dime, pues: ¿Cómo ha sido,
»Y por qué a tus iguales nunca he oído
»Ese lenguaje dulce y lisonjero?»
A esto responde el pérfido embustero:
«¡Oh hechizo de belleza sin segundo,
»Admiración, amor, reina del mundo!
»A ti, mandar te toca, obedecerte,
»A mí: has de saber, pues, que yo de suerte
»Totalmente he mudado: al pronto tuve,
»Tú pudiste observarlo, la rudeza
»Aneja a la animal naturaleza:
»Un vil y ciego instinto me guiaba
»Mientras en aquel torpe estado estuve,
»En lugar de razón: me alimentaba,
»Cual las demás culebras, de groseros
»Pastos: tenía sus inclinaciones
»Materiales, y todas mis acciones,
»Conformes a la tierra en que arrastraba,

»Eran terrenas: tal fue en mis primeros
»Tiempos mi vida, hasta que casualmente
»En este jardín bello andando errante,
»Un día... ¡feliz día! ¡el más brillante
»De mi existencia! repentinamente
»Vi delante de mí un árbol frondoso,
»Cuyas fecundas ramas sostenían
»Sus frutas, que a manera de lucidos
»Globos de oro, y de púrpura teñidos.
»En todo aquel contorno deleitoso
»Vapores celestiales esparcían.
»Ni la encendida rosa,
»La violeta olorosa,
»O el romero balsámico, el olfato
»Recrean, como el fruto milagroso.
»El olor de la leche, cuando viene
»Desde el prado abundoso
»Tu lozano rebaño, no es tan grato
»Como el que aquella fruta suave tierno.
»Por más que las ovejas, cariñosa
»Ordeñes por tu propia mano hermosa.
»No puedo contenerme: corro; vuelo
»Adonde mi apetito y sed ardiente,
»Por la fruta olorosa y excelente
»Irritados, me impelen: desde el suelo
»Me enlace con presteza a aquel robusto
»Árbol, y trepo por el tronco arriba.
»A proporción que subo, más a gusto
»Admiro, de la fruta la belleza,
»Y mi ansia de comerla más se aviva
»Junto a aquel árbol, sobre todo, viendo
»Mil animales, que a su vista ardiendo
»De sed inextinguible, con viveza
»Lo cercan afanados, procurando
»Alcanzarla, los cuerpos empinando,
»Pero en vano se esfuerzan: no pudiendo
»Cogerla, la devoran con la vista.
»Tanto del suelo dista,
»Que tú y tu esposo mismo, con trabajo
»A ella llegar podríais desde abajo.
»Veme, pues, ya en la altura, circundado
»De tesoros que exceden mi codicia,
»Coger, comerlas frutas afanado.
»Mas ¡qué sabor, oh Dioses! ¡qué delicia!
»La verde y fresca grama, el abundoso
»Prado florido al despertar la aurora,
»Que alegre baña una murmuradora
»Fuente, no exhalan tan maravilloso
»Aroma y no producen la agradable
»Sensación que aquel fruto inapreciable.
»Lleno en fin de su jugo delicioso,
»Un vigor celestial interiormente
»Siento, que anima toda mi existencia.
»Me reconozco: veo que una mente
»Racional en mí habita;
»Que mis sentidos despertando, excita
»Un íntimo deleite, una presciencia
»De la vida inmortal y venturosa,
»Más dulce que la miel, y más sabrosa
»Que la ambrosía, y que mi pensamiento
»Eleva más allá del firmamento
»Y aunque aquel rico fruto la figura
»Me dejó, en que me ves, que antes tenía,
»Disipó totalmente aquella oscura
»Noche que mis sentidos envolvía.
»Hablé como vosotros: desde luego

»Percibí, lleno de un celeste fuego,
»Que lo animal en mí, se convertía
»En un sutil espíritu divino:
»De par en par sus puertas la ignorancia
»Abrió a mi vista, y a una gran distancia,
»Libre prolongó ansiosa su camino
»Mi fantasía: pude ver sin velo
»La tierra toda; distinguir el Cielo,
»Y sentir lo que es bueno, lo que hermoso.
»En tu ser sólo, ¡objeto milagroso!
»Las dos prendas se encuentran hermanadas.
»Las bellezas celestes sonrojadas
»Te ceden de ambas el laurel glorioso;
»Y si todo tu mérito yo advierto,
»Sólo lo debo al fruto que me ha abierto
»Los ojos, antes ciegos. Él me alienta
»También a que quizá con indiscreto
»Celo me acerque a ti, sin hacer cuenta
»De la distancia a que tu ser perfecto
»Está del de este siervo, que venera
»En ti la augusta reina de esta esfera,
»La que es por sus virtudes acreedora
»Del Universo todo a ser señora.
Así con el disfraz de amor, hablaba
El odio que en su pecho se ocultaba.
«¡Oh Serpiente! replica Eva aun dudosa;
»Cuanto tú aplaudes más esa preciosa
»Fruta, para mí nueva,
»De cuyo raro efecto no hay más prueba
»Que tu aseveración, mas sospechosa
»Me debe parecer: mas dime, ¿el puesto
»En que ese árbol hallaste está distante
»De aquí? ¿Lo encontrarás, yendo delante,
»En la espesa arboleda que aquí abunda?
»A cada paso veo tal repuesto,
»De frutas, que la pródiga y fecunda,
»Naturaleza vierte a manos llenas
»Y con tan grande variedad, que apenas
»A una pequeña parte, todavía
»Podemos atender; mas vendrá día
»En que disfrutarán de esos pendientes
»Bienes mis numerosos descendientes.»
Del seductor el ánimo, levanta
Preludio tan feliz, y así responde:
«¡Oh Señora, oh beldad, que al Cielo encanta!
»No está lejos el árbol: tras de aquellos
»Floridos mirtos y rosales bellos,
»A nuestra vista desde aquí se esconde,
»Y en el llano, al bajar de la colina,
»A orillas de una fuente cristalina
»Se alza frondoso: allá un corto sendero
»Agradable conduce: yo el primero
»Yendo, para él te serviré de guía,
»Si honrarme quieres con tu compañía.
»Vamos.» dice Eva; y la maligna fiera,
Que vencedora ya se considera,
Rápida resbalando,
No arrastra, sino vuela, y culebreando
Aun el tránsito acorta. La esperanza
Brilla en sus ojos, y la cresta erguida,
Con súbita mudanza,
Aviva sus colores encendida.
Tal de alguna laguna cenagosa
El húmedo vapor suele, inflamado
En medio de la sombra tenebrosa
De la noche, lucir: el caminante,

Por el faro engañoso alucinado,
Sin el menor temor marcha adelante,
Fiándose de aquella luz funesta,
Por algún mal espíritu dispuesta
Para engañarle: sigue entre la oscura
Sombra aquel resplandor, que ya se ofrece
A su vista cercano, ya parece
Remoto: el infeliz el paso apura
Por llegar a él, hasta que por sí mismo
Cae en las ondas, o en algún abismo.
Del propio modo Satanás brillaba,
Y hacia el árbol fatal a Eva guiaba:
A aquel árbol, origen de los males,
¡Ay de mi! que sufrimos los mortales.
Eva lo ve, se para, y admirada,
«Serpiente, dice, guarda para tu uso
»Esa fruta tan bella y ponderada
»Que sublimó tu ser. Para mí, fuera
»Un delito tocarla, pues que impuso
»Dios al hombre por ley la más severa,
»Que de ella se abstuviese, y que gozara
»De toda la demás que se criara
»En el jardín. Como a él establecería,
»A nosotros nos toca obedecerla.
»¡Como! replica la Serpiente astuta,
»¿Hay en este jardín alguna fruta
»Que a los dueños del mundo haya vedado
»El mismo que para ellos la ha criado?
»Y bien, Eva replica, ¿qué extrañeza
»Hay en ese precepto, o qué dureza?
»Dios nos dio el libre goce de este hermoso
»Jardín, y de sus frutos exquisitos:
»A esto añadió otros dones infinitos:
»El de ese árbol tan sólo, cual dañoso
»A nuestra salud misma, ha prohibido,
»Diciéndonos: tened bien entendido,
»Que si alguno de entrambos se atreviere
»A tocar esa fruta, al punto muere.»
Su vil stratagemata disfrazando
Satanás, con el falso colorido
De amistad, expresiones exhalando
Compasivas, del hombre se lastima,
Y de que duramente se le oprima
Con ley tan caprichosa y tan severa.
Finge la noble indignación que un justo
Irritado sintiera,
Al ver un hecho irregular e injusto.
Sirviéndole de silla su tortuoso
Cuerpo, se sienta, y la soberbia frente
Llena de majestad alza eminente:
Su aire noble, su gesto, el generoso
Y vivo fuego que su vista exprime,
A su falaz discurso de sublime
Preludio sirve. Tal, en posteriores
Tiempos, fue el uso de los oradores
De la Grecia, y después de los Romanos
Célebres, cuando Roma a los humanos
Aun libre dominaba.
Del gesto y de los ojos la elocuencia
Muda, insensiblemente preparaba
De su diestro discurso la influencia.
El orador profundo, conmovido
De los grandes asuntos que tenía
Que tratar, un momento recogido,
Con el silencio mismo se atraía
Sus oyentes, logrando penetrarles

De la importancia de lo que iba a hablarles,
Con lo que estaban viendo
En su favor los oídos previniendo.
Comenzado el discurso, ya suave
Los corazones insensiblemente
Enternece, ya con tono grave
Su razón cautivaba: expresamente
Callaba algún momento;
Mas del gesto y la mano el movimiento
Locuaz la voz suplía: lentamente
Su Preludio unas veces detallaba;
Otras, los artificios desdeñando
De todo exordio, rápido arrostraba
La materia, tronando
Desde la alta tribuna, de manera
Que nadie a aquel impulso, resistiera.
Tal Satanás preludia, interrumpiendo
El silencio con toda la elocuencia
Que en su talento Angélico y su ciencia
Cabe, su arte infernal desenvolviendo:
«¡Oh árbol sagrado, dice, en que escondido
»Su germen tiene la sabiduría,
»De la experiencia mía
»El mundo todo aprenda sorprendido
»Tus divinas virtudes! ¡Tu rasgaste
»El velo que a mis ojos ocultaba
»Los misterios del mundo, y disipaste,
»La lóbreguez profunda que embargaba
»Mis sentidos! Por ti, de la belleza
»El precio inestimable he conocido,
»Y en la naturaleza
»Exacto el bien y el mal he distinguido.
»Mas tú, oh Reina del mundo, ¿de la muerte
»Tímida te recelas? ¿De qué suerte
»Herirte puede? ¿Acaso este alimento
»Celestial, esta fruta deleitable,
»Te la podrá causar? Está segura
»De que es, cual milagrosa, saludable,
»Llena de luces el entendimiento,
»Pule el ingenio y la razón madura.
»¿Temes tú que la cólera del Cielo
»Te devore? Hacia mi los ojos vuelve,
»Yo la he comido sin ningún recelo,
»Y no sólo mi ser no se disuelve,
»Sino que su vital jugo me ha dado
»Vida más noble, y me ha inmortalizado.
»¡Cómo! ¿El pródigo Dios su mano cierra
»Sólo para vosotros? ¿Es probable
»Que lo que ha concedido a un miserable
»Bruto, niegue a los reyes de la tierra?
»¿Acaso en la bondad suya cupiera
»Castigar cual delito la ligera
»Infracción de un precepto tan odioso?
»Antes es de pensar que, generoso
»Cual ser debe, el valor aplaudiría
»Del que, la cruda muerte despreciando,
»Todas sus amenazas olvidando,
»Sus magnánimas miras dirigía
»A una suerte más noble y más dichosa,
»Y a adquirir la preciosa
»Y necesaria ciencia
»Que enseña a conocer la diferencia
»Del bien y el mal, que darnos no ha querido.
»Sí: sin duda es razón que esté instruido
»De ella el hombre; del bien para gozarlo,
»E igualmente del mal para evitarlo.,

»Dios no os puede privar, si fuere justo,
»De, adquirirla; si lo hace será injusto,
»Y no será ya un Dios, ni un bondadoso
»Bienhechor, sino un déspota envidioso;
»En cuyo caso, lejos de humillaros
»De la ocasión debéis aprovecharos
»De sacudir su yugo. ¿Y por qué causa
»Te veo a su amenaza estremecida?
»Para los seres como tú, inmortales,
»No es más la muerte que una breve pausa,
»Un sueño, que les da una nueva vida
»En que son ya Deidades celestiales.
»¿Y por qué te parece que se opone
»A que comáis la fruta milagrosa?
»¿Por qué a inspiraros tira esos terrores,
»Sino por estar cierto que se expone
»A que, de la ignorancia y los errores
»Libres, si la coméis, su vergonzosa
»Tiranía, en deidades transformados,
»Teneros ya no pueda esclavizados?
»Y esta transformación es indudable
»Si coméis esa fruta inestimable;
»Pues si ha divinizado una serpiente,
»¿Cuánto efecto no hará en vuestra eminente
»Naturaleza? Dios para vosotros
»Es lo que sois respecto de nosotros.
»Y si a vosotros esa fruta iguales
»Nos hace, os debe de él hacer rivales.
»Subid, pues, de vasallos a ser reyes,
»Y de hombres a ser Dioses. Y en efecto,
»¿En qué os excede, sin con la preciosa
»Fruta vuestro ser llega a ser perfecto?
»Libres, independientes de sus leyes,
»Poderosos como él, y sublimados
»A, una vida celeste y venturosa,
»De néctar y ambrosía embriagados
»Por siglos eternas,
»¿Qué os falta para serle en todo iguales?
»Si a esos antiguos Dioses envidiosos
»De los hombres oímos, aseguran
»Que ellos los han criado, y que si duran,
»Es por que los sostienen cuidadosos.
»Con todo, no hay más prueba.
»De esto, que el ser vuestra existencia nueva,
»Y la suya anterior. Mas se figuran,
»Sin razón, que nosotros les creemos,
»Y Pues que la menor duda no tenemos,
»De que, ese activo sol que alumbra el mundo
»A todo cuanto existe
»Ha dado el ser con su calor fecundo,
»Y por él todo sin cesar subsiste.
»¿Y quién si no su influjo es el que ha dado
»La virtud a ese fruto delicioso
»Para que infunda la sabiduría
»Y divinice a aquel que lo ha probado?
»Dios temo que sepamos;
»Mas, si es cierto que es Todopoderoso,
»Si es nuestro Rey, ¿de qué temer podría?
»Si provendrá de envidia? ¿Y no es posible
»Que aun Dios la tenga ¿Qué necesitamos
»Más que esto para estar bien persuadidos
»De que esa fruta tan apetecible,
»Ese encanto del alma y los sentidos,
»Es tesoro de vida,
»De una ciencia divina y escondida,
»Fuente de nuestra dicha en esta esfera

»Y prenda de otra eterna y venidera,
»En la mansión del Cielo deliciosa?
»Extiende, pues, la mano, y serás Diosa.»
Dijo, y de sus palabras el veneno,
En el corazón de Eva introducido,
Lo trastornó. La vista fija ansiosa
En aquel fruto de atractivos lleno,
Que por sí suficiente hubiera sido
Para tentar a la sabiduría
Misma en persona. Escucha todavía
Aquella voz que en un anterior sueño
Exhortado la había con empeño
A que el rico tesoro recogiera.
Su vista ya vencida no podía
De la fruta apartarse, y el olfato
No era posible que se resistiera
Al balsámico y grato
Olor que en los contornos esparcía.
Un vivo ardor su pecho devoraba,
Y como, alto ya el sol, mediaba el día,
El apetito más lo acrecentaba,
Nuevo atractivo dando al excelente
Sustento que a su alcance está pendiente:
Apenas puede contener la mano;
La belleza, el color, la hora la incitan;
Mas con todo, el decreto soberano
De Dios aun la contiene; mil contrarias
Ideas, mil resoluciones varias
Un combate interior en ella excitan,
En el cual aun dudosa titubea,
Y mientras silenciosa se recrea,
La virtud de la fruta recordando,
Más en la tentación se va engolfando.
Al fin exclama: «¡Oh soberano fruto,
»Hasta ahora para el hombre prohibido,
»O por mejor decir, desconocido!
»Tu divino manjar ha hecho de un bruto
»Un racional que cual nosotros tiene
»El don de la palabra, y que ahora viene
»De ensayarlo, tu justo elogio haciendo;
»Mas ¿qué mucho, si el Dios que lo ha criado,
»Sin duda a sus virtudes aludiendo,
»Por su boca al vedarlo lo ha ensalzado,
»Diciendo que por él se aprendería
»Del bien y el mal a hacer la diferencia?
»¿Y ese árbol se pretende que sería
»Fatal para nosotros? El prohibirlo
»Por razón semejante,
»Es dar mayor realce a su excelencia.
»¿Quién puede hallar el bien, si está ignorante
»De lo que es, o no sabe distinguirlo
»Del mal? Y sin el bien, ¿quién es dichoso
»Ni sabio? En consecuencia,
»El que veda los medios de adquirirlo,
»En aquel hecho mismo caprichoso,
»Veda la dicha y la sabiduría:
»Y atender a esta ley injusta y dura,
»Más sería flaqueza que cordura.
»Se nos ha dicho que a la rebeldía
»Una muerte infalible seguiría;
»Mas si es así, ¿qué es de esa ponderada
»Libertad que por Dios ha sido dada
»A los hombres? ¡Y cuánto, más valiera
»Que prenda tan funesta no nos diera!
»Por otra parte, esta feliz Serpiente.
»Que antes, sin voz ni juicio, torpemente,

»Arrastraba, ha comido esta divina
»Fruta, y no solamente no se ha muerto,
»Sino, en un ser sublime transformada,
»Siente, piensa discurre, raciocina,
»Y está aun de mayor dicha asegurada.
»Bien extraño es por cierto
»Que Dios al hombre sólo haya proscrito
»Que se prive de un bien que se, concede
»A una culebra. ¿En el será un delito
»Lo que una bestia libremente puede?
»Aun ese temerario afortunado,
»Que el primero la fruta ha comenzado,
»La oferta generosa de partirla
»Con nosotros nos hace, y en mi juicio,
»No hay asomo de riesgo en admitirla:
»Nos demuestra cariño, y de artificio
»No parece capaz: si la comemos,
»El será autor del crimen: no seremos
»Mas que cómplices suyos: mas ¿qué digo?
»¡Un crimen! ¿Por ventura el crimen cabe
»En quien, como nosotros, aun no sabe
»Lo que es el bien, y el mal, lo que es castigo
»O premio, y casi no tiene noticia
»De Dios, de su justicia,
»Ni de la muerte con que nos espanta?
»¡Tú eres de todo mal, árbol divino,
»El remedio! ¡tú, oh fruto peregrino,
»Cuyo perfume celestial encanta
»Mis sentidos, que no menos sabroso
»Has de halagar el paladar ansioso,
»Tú esparcirás en mi alma la luz pura
»De la ciencia, elevándola a la altura
»Del Cielo! Fuera dudas: con aliento
»Usemos tan benéfico alimento.»
Dice, y en el instante, ¡oh lamentable
Ceguedad! a la fruta, la culpable
Mano intrépida alarga, y con presteza
La coge y la devora.
Apenas tal exceso ha cometido,
Cuando el mundo, de horror estremecido,
Tiembla. Afligida la naturaleza,
Su destrucción irremediable llora,
Y hasta los mismos astros enlutados,
Niegan al orbe sus acostumbrados
Resplandores. Contenta la Serpiente
Con su triunfo fatal, huye a ocultarse
En algún escondrijo tenebroso.
Eva entretanto, lejos de ocuparse
En otra cosa, admira con ardiente
Ambición su funesta
Conquista, y mira aquel día espantoso
Como el de la más grata, alegre fiesta.
Nunca habla probado,
En tantas frutas como el espacioso
Jardín poblaban, otra que tuviera
Un gusto tan suave y delicado.
Sea que con su néctar produjera
Un verdadero encanto en sus sentidos.
O que su ardor da poseer la ciencia,
Y los sublimes bienes prometidos,
Su alma de modo tal embriagara,
Que su natural gusto acrecentara.
En fin, de su apetito la violencia
La hizo comer la fruta, hasta saciarse,
Y en su interior su jugo circulando,
Las fuentes de la vida emponzoñando,

Lo desordenó todo. Delirante,
Por puntos esperaba transformarse
En Deidad: su soberbia cada instante
Crecía, y sueltas sus inclinaciones
Del saludable imperio que tenía
Sobre ellas la razón hasta aquel día,
Otras tantas indómitas pasiones.
Eran ya, que con furia la arrastraban,
Y de falaces gozos la inundaban.
Llena, pues, de esperanza y de alegría
«¡Árbol celeste, exclama, demasiado
»Desconocido hasta ahora! ¡tu sagrado
»Fruto no crió Dios inútilmente!
»¡Con todo, tu riqueza abandonada,
»De las ramas pendiente
»Ha estado largo tiempo, y detestada,
»Cual si un veneno fuese; mas te juro
»Que desde aquí adelante, cuidadosa,
»De tu carga preciosa
»Todos los días correré a aliviarte,
»Hasta el momento en que tu jugo puro,
»Divino, eleve mi naturaleza
»De una Deidad celeste a la grandeza?
»Parece que los Dioses, en guardarte
»Un gran cuidado ponen envidiosos.
»¡Ah, si un bien suyo privativo fueras,
»De que otros te gozaran recelosos,
»No dejaran que aquí al riesgo estuvieras!
»Oh benéfica y útil experiencia!
»¡Salve! ¡A ti debo todo: tu la ciencia
»Me has dado: has desterrado mi ignorancia
»Por otra parte, es tanta la distancia
»Que hay del Cielo a la tierra, que es posible
»Que a la vista mi acción se haya ocultado
»De aquellos inmortales moradores.
»Quizá ese Dios también, cuya terrible
»Vigilancia ha excitado mis terrores
»Vanos hasta este punto, incomodado
»De atender a la inmensa muchedumbre
»De objetos, descansando del trabajo,
»Vueltos los ojos a la azul techumbre
»Un momento, no mira hacia aquí abajo.
»¿Mas a la vuelta qué dirá mi esposo?
»¿Le he de dar parte de este venturoso
»Suceso, dividir con él mi nueva
»Suerte inmortal, o bien hacer la prueba
»De disfrutar Yo sola del precioso
»Don, sin decirle nada?
»Con esto quedará bien compensada
»La gran ventaja que su sexo lleva
»Al mío: me amará más que al presente,
»Y estará mucho más independiente
»De su apoyo: con él podré igualarme,
»Y aun quizá del dominio apoderarme
»Que ahora sobre mí tiene. Mas ¡qué digo?
»¡Adónde mi soberbia me extravía!
»¿Yo desobedecerte? ¡esposo amado,
»Mi único protector, mi tierno amigo!
»¿Por ventura olvidarme yo podría,
»Infidel, faltando a la obligación mía,
»Del respeto que amante te he jurado?
»¿Y si Eva ser pudiese tan culpable,
»No debía temer que la espantable
»Ira de Dios de vida la privara,
»Y otra nueva Eva para Adán criara?
»¡Oh dolor! Este solo pensamiento

»De que otra esposa pueda consolarte,
»¡Oh caro Adán! el más atroz tormenta
»Es para tu Eva. No has de separarte
»De mí: una misma suerte correremos.
»Y las dichas y penas partiremos.
»Todo eres para mí. Sin tu amorosa
»Compañía, no puedo ser dichosa.
»En nada hallo placer: nada alegría
»Me causa, si no gozas tú conmigo
»De lo que gozo, y un mal no sería
»El mismo mal, partiéndolo contigo:
»Mi dicha, de la tuya dependiente,
»Desaparece estando de ti ausente,
»Y así, mil veces más perder la vida
»Quisiera, que de ti estar dividida.»
Dicho esto, de ternura enajenada,
Ante el árbol funesto arrodillada,
Mirando aquella fruta encantadora,
A la Deidad da gracias, protectora,
Que oculta dentro de ella, se imagina
Ser la que causa su virtud divina.
Marcha después adonde Adán la espera.
Este, con impaciencia cariñosa,
Que volviese aguardaba,
Y divertido en tanto se ocupaba,
Para adornar la bella cabellera
De su adorada esposa,
En tejer de mil flores enlazada
Una guirnalda, con que a su llegada
Tierno su frente coronar quería,
En la que cual la rosa luciría,
Sobre las rubias mieses empinada.
¡Con qué placeres cuenta su impaciente
Cariño, y que aun serán más lisonjeros por el retardo!
Mas con todo, siente
Yo sé qué especie de terror extraño,
Que cual siniestro precursor del daño,
A pesar suyo le hace hacer agüeros
Funestos. Así, pues, de su tardanza
Inquieto, contenerse no pudiendo,
A encontrarla se avanza,
Aquel camino rápido siguiendo
Del bosquecillo, en que por la mañana
Su corazón de vista la ha perdido.
Eva, después de haberse despedido
Del fatal árbol, a su encuentro ufana
Entonces se venía, y olvidados
Los instrumentos de labor usados,
En lugar de ellos, ¡oh dolor! se espanta
Su esposo, al ver que trae un ramo verde,
Y de él pendientes las manzanas de oro,
Por muestras del mortífero tesoro,
Cuyo perfume ya su olfato encanta.
En conjeturas su ánimo se pierde
A cual más tristes; pero apresurada
Eva a su vista ya, con agraciada
Sonrisa, del retardo el perdón pido,
Y luego, superando en la dulzura
De su voz a la fuente que murmura
Entre las guijas, dice: «¡Adán querido!
»Ya mi pena a tu vista se despide:
»Muy grande con efecto la he tenido,
»Pensando en la aflicción que sufriría
»Tu corazón, al ver que no volvía.
»Y a mí, ¡cuán largo no me ha parecido
»El tiempo de tu ausencia! En adelante

»No hemos de separarnos un instante.
»Lánguida, triste, ya por experiencia
»Conozco que con sola tu presencia
»Vivo. No quiera el Cielo que yo deje
»Otra vez al amigo, al dulce esposo,
»Cuya sombra me alienta y me protege,
»Y a cuyo lado sólo hallo reposo.
»Mas te diré qué azar o qué portento,
»Porque lo es en verdad, ha ocasionado
»Que tanto en dar la vuelta haya tardado.
»Sabe que ese árbol que con mandamiento
»Expreso que toquemos se ha prohibido,
»Como funesto al mundo, no lo ha sido
»Ni lo es, antes su fruta saludable,
»En virtud como en gusto incomparable,
»Nuestras almas benéfica ilumina
»Y al cielo las eleva y encamina.
»Este descubrimiento a la Serpiente
»Se debe: sea error, sea osadía,
»A pesar de la muerte que imponía
»El Cielo al que a comerla se atreviera,
»Sin temor la comió, y no solamente
»No ha muerto, sino al punto transformada
»De un torpe bruto que era
»En un ser racional, y asegurada
»De una dicha inmortal, piensa, imagina,
»Y cual nosotros habla, y raciocina.
»De su experiencia la verdad constante.
»No me ha dejado sombra de recelo:
»He comido la fruta, y el consuelo
»Tengo de que un efecto semejante
»Ha hecho en mí: desde aquel feliz instante,
»Totalmente mudada,
»Veo todo más claro: es más valiente
»Mi razón: más hermosa y dilatada
»La esfera que distingo: más ardiente
»Mi amor, y más sublime mi esperanza:
»Libre mi ingenio, intrépido se lanza
»En la inmortalidad, como pudiera
»El de un Ángel: no encuentra impedimentos
»Que puedan detenerle en su carrera,
»Y de una Deidad son mis pensamientos.
»¿Mas todo esto de qué me serviría,
»Si con mi esposo no lo dividiera?
»Sus favores en vano agotaría,
»Oh Adán, la dicha en mí. Si no gozases
»De ella, serían para mi un tormento.
»Lo que amas amo: lo que sientes siento:
»Dejara de existir si me faltases:
»Aun los bienes que me ha proporcionado
»La fruta, para ti los he buscado.
»Toma, pues, de mi mano este precioso
»Manjar, y como yo, sé venturoso:
»Que una misma fortuna,
»Cual nos une el amor, siempre nos una:
»Que nuestros enlazados corazones
»Los mismos bienes, las inclinaciones
»Mismas tengan. La suerte más dichosa.
»La inmortalidad misma perdería
»Resignada y gozosa,
»Si mi amor para ti lo requería;
»Pero ya no soy dueña de mi suerte,
»Ya está fija. Ea, pues, sin detenerte
»En frívolos temores, mi ventura
»Con la tuya acrecienta y asegura.»
Así risueña, que es feliz exprime;

Mas ya el delito en su semblante imprime
Su sello: asoman ya los ven vengadores
Remordimientos, y en su hermosa frente
De la vergüenza encienden los colores.
¡Y qué efecto en Adán no hace el funesto
Discurso! Cual si un rayo de repente
Sobre él cayera, atónito, abismado,
Una estatua parece:
Procura en vano recoger el resto
De su vigor, al golpe aniquilado:
Se erizan sus cabellos, se estremece
Su cuerpo todo: se detiene helada
La sangre, y de su mano desmayada.
Caen las frescas rosas que tenía,
Que con otro destino
Más dulce abrió el rocío matutino
De aquel infausto día,
La corona de mirto, y las tejidas
Flores, como Eva bellas y escogidas,
Y como ella ¡ay! marchitas al presente.
Inmóvil, su semblante mudamente
Manifiesta su horror, la vista gira
Enajenada, y en la boca espira
Su moribunda voz. Al fin, rompiendo
Entre sollozos, estas lamentables
Palabras llega a pronunciar gimiendo
«¡Oh tu, conjunto el más maravilloso
»De cuantos beneficios inefables
»Reparte el Cielo! ¡Su última largueza
»Del mundo ornato: objeto el más hermoso,
»Que el divino poder ha producido,
»Para hechizar a la naturaleza!
»Cuanto el alma desea, cuanto agrada
»La vista: virtud, gracias, y divina
»Belleza, todo estaba reunido
»En ti sola. ¡Qué suerte desgraciada
»Sumergirte ha podido
»En tan horrenda irremediable ruina!
»Una sola mañana, un breve instante
»Para perderlo todo fue bastante!
»¡Todo faltó, faltando tu inocencia!
»¡Audaz! ¿cómo tuviste la imprudencia
»De quebrantar rebelde el mandamiento
»De tu Dios y Señor? ¿Qué malhadado
»Espíritu, contra ambos conjurado,
»Te inspiró tan infamo atrevimiento?
»Te perdiste, y contigo me has perdido,
»¡Cara Eva! pues que estoy ya decidido,
»Por más riesgo que pueda amenazarte,
»En tu suerte infeliz a acompañarte.
»Sabré morir por ti; mas no es posible
»Que sin ti viva. ¿Y qué vida sería
»La que gozase, si de tu apacible
»Dulce trato el destino me privara?
»Esta privación sola bastaría,
»Sin otro impulso, para que espirara.
»¿Cómo podré vivir sin la dulzura
»De tus miradas, con que a la ternura
»De las mías respondes? Los hermosos
»Vergeles, en que hasta ahora venturosos
»Hemos sido si yo solo quedase
»En ellos, y sin ti los habitase,
»No fueran para mí más que un desierto
»Solitario, en que todo estaba muerto,
»Donde presto el dolor me consumiera.
»¡Ah! por más que el Señor, en consolarme

»Empeñado, de mi mismo extrajera
»Otra Eva, destinada a acompañarme.
»¡Oh mitad de mi vida! ¿qué belleza
»De mi pecho la tuya borraría?
»No: mi amor vivirá perpetuamente,
»Aunque desde este día
»De una negra tristeza,
»Y de amargura sólo se alimente.
»Dios, de la sangre y la naturaleza,
»Nuestras dulces cadenas ha forjado:
»Ninguna fuerza puede su apretado
»Nudo romper. Si el Cielo te quitara
»La vida, y sin ti solo me dejara,
»Mayor que tu castigo el mío fuera.
»Arrostremos, pues, juntos su severa
»Justicia. Podrá, es cierto, destruirnos;
»Pero no uno del otro dividirnos.»
Dijo; pero apelando a la entereza
Que en un mal como aquel irremediable
En su carácter era indispensable,
A un tiempo con amor y con firmeza
Austera, sigue así: «¡Qué desastradas
»Consecuencias tendrá tu temerario
»Arrojo! Es tu delito imperdonable.
»Para, hacer un ultraje a las sagradas
»Leyes de Dios, aun no era necesario
»Lo que has hecho; bastaba que mirases
»Con codicia la fruta prohibida;
»Que sólo en tu interior la deseases.
»¿Pues qué será no sólo el alcanzarla,
»Sino en la rebeldía endurecida,
»Con sacrílega boca devorarla?
»Mas lo hecho ya es un mal irreparable,
»Aun para el mismo Dios irrevocable;
»Que no mueras mi amor con todo espera,
»Esa fruta, que a aquel que la comiera
»De muerte amenazaba, ya al presente
»Quizá no es tan dañosa, ni sagrada,
»Supuesto que no sólo impunemente
»Ese reptil dichoso la ha comido,
»Sino que, sublimada
»Su natural bajeza, ha conseguido
»Volverse en racional, y ahora contento
»Alaba su feliz atrevimiento.
»Y con efecto, ¿quién pensar podría
»Que ese Dios tan benigno y poderoso,
»Que nos cedió la vasta monarquía
»De este orbe nuevo, quiera caprichoso,
»Apenas lo ha criado,
»Volver a destruirlo, y juntamente
»Al hombre, en quien su imagen ha grabado?
»¿Criar y destruir con tal presteza,
»Yo sería para él un indecente
»Juego, que no cabría en su grandeza?
»El criar es de un Dios; mas de un demonio
»Es el destruir. ¡Con qué gozo el Infierno
»Triunfara, al ver tan claro testimonio
»De inconstancia en los actos del Eterno!
»Ve ahí, diría, ese Dios que apenas hace
»Una cosa, al instante la deshace:
»El Ángel pereció: se le ha seguido
»El hombre, y al momento ha periculado
»Como él: ¿Cuál será su obra duradera?
»Mas, en fin, sea de esto lo que quiera.
»Jamás Adán de ti ha de separarse:
»Contigo ha de acabar, o ha de salvarse.

»Que nos pierda tu culpa, o quede impune,
»Una misma fortuna a ambos nos une,
»Y nos envolverá, pues somos uno.
»Sí: cuando a ti, cara Eva, me reúno,
»Dijera que conmigo me reunía:
»Tu cuerpo de mi cuerpo ha procedido:
»Tu alma nació también del alma mía:
»Nunca de mí tú puedes desprenderte,
»Ni yo de ti: uno en otro confundido,
»Una es la vida, y lo ha de ser la muerte.
»¡Oh prodigio de amor y verdadera
»Amistad! dice su culpada esposa:
»¿Cómo pagaré yo la generosa
»Resolución con que sacrificarte
»Quieres conmigo? ¿Acaso yo pudiera
»En tal grandeza de ánimo igualarte?
»También tu ser es mucho más perfecto,
»Y cuanta gloria nuestro sexo tiene,
»Sólo del tuyo viene.
»Mas, ¡oh mi dulce apoyo, cuán completo
»Mi gozo ha sido, al ver con qué fineza
»De tu tierno cariño la grandeza
»Me has probado! ¡Qué idea del amable
»Lazo que a ambos nos uno inseparable,
»Formar me has hecho! ¡Cuál te has arrojado
»A dividir conmigo la amargura
»Del mal, como has gozado la dulzura
»De los bienes! ¡Con qué ansia cariñosa
»Mi culpa como tuya has adoptado,
»Si en comer esa fruta deleitosa
»Realmente he delinquido,
»Si es un mal el comerla! Mas si fuera
»Un mal, ¿bienes acaso produjera?
»¿Y cuántos para mí no ha producido?
»¿A qué sino a esa fruta difamada
»Del árbol de la ciencia
»Debo de todas mis felicidades
»La más preciosa, esas seguridades
»De ser por ti con tal constancia amada?
»Pero escucha. si acaso esa sentencia,
»Mortal fuere efectiva, he de deberte
»Que separes tu suerte de la mía.
»¿Tendré yo corazón para ofrecerte,
»Como segunda víctima, al airado
»Cielo, cuando yo sola le he irritado?
»Mil veces antes me aniquilaría.
»¿Pudiera, caro esposo, consolarme,
»Si a mis males injusta te asociara,
»Cuando de ti olvidado, a acompañarme
»Te ofreces con ternura nunca oída,
»Cuando tu ánimo noble no repara
»En abrazar a orillas del abismo
»A tu Eva y arrojarte en él tú mismo?
»No; no es tu esposa tan desconocida:
»Disponga, pues, como quisiere el Cielo
»De mi suerte y mi vida,
»Si eres feliz, de todo me consuelo.
»Pero, ¿qué digo? Lejos que la muerte
»Me amenace, de nueva fortaleza
»Siento llenarse mi naturaleza;
»Un oculto poder en ella vierte
»El bálsamo vital y la alegría;
»Mis ojos, que una niebla antes cubría,
»Se han abierto a la luz más admirable;
»Un torrente de gozo inagotable,
»Un mar de claridad inunda mi alma,

»Y la eterniza en hechicera calma:
»Justo es que en estos bienes que tu esposa
»Ha logrado, como ella tengas parte.
»Pierde, pues, la quimérica y odiosa
»Aprensión de morir, con que aterrarte
»La envidia ha pretendido,
»Y sé osado y feliz cual yo lo he sido.»
Calla dicho esto; pero bien segura
De su influjo, le abraza con ternura,
Lágrimas de alegría derramando,
Y en su interior se está congratulando
De un amor que hace frente
A la muerte y al mismo Omnipotente
Por ella. A Adán le da encantadora,
Cual premio de su vil condescendencia,
La fatal fruta, menos seductora,
Por más que sea hechicera,
Que una mirada suya lisonjera.
Vence su vergonzosa complacencia
Para su esposa sus remordimientos:
Toma y come la fruta ponzoñosa,
Se estremecen de nuevo los cimientos
Del orbe a aquella audacia sediciosa,
Y la naturaleza con gemidos
Lamentables explica su quebranto:
De uno a otro polo el espantoso trueno
Repite sus horribles estampidos:
Con todo, aunque de cólera encendidos,
Los Cielos mismos derramaron llanto.
Adán, no obstante, a aquel terror ajeno,
Como si el juicio ya perdido hubiera,
Por su esposa animado,
Prolonga alegre su festín vedado y duplica su ultraje.
Ya están fuera de sí uno y otro esposo,
Embriagados del zumo venenoso
De aquel manjar: soberbios delirando,
Mil planes ambiciosos proyectando,
La tierra con desprecio consideran,
Y al Cielo audaces remontarse esperan
Por sendas nuevas: piensan que del suelo
Ya las alas extienden para el vuelo.
¡El Cielo! ¡Ah desdichados! ¡sus moradas
Están para vosotros ya cerradas!
Aun vuestro mutuo amor, antes tan puro,
Ya ha tomado del vicio el tinte oscuro,
Y transformado en fuego lujurioso,
No es más que un torpe impulso vergonzoso.
Ellos, ciegos, no notan las mudanzas
En su ser corrompido acaecidas,
Y llenos de falaces esperanzas.
De sí se olvidan y de las temidas
Amenazas de Dios. Adán, perdido
Como Eva el juicio y el común sentido,
A ella su gratitud de esta manera
Explica: «¡Qué no debo, amada esposa,
»Al amor tuyo! Nunca me atreviera,
»Si no es por ti, a probar esa preciosa
»Fruta, que sólo siento haber tardado
»En conocer, por un temor soñado.
»¿Hasta que me ha infundido su divina
»Virtud, de tu hermosura peregrina
»El precio acaso supe? ¡Dulce encanto
»De que me habla privado un vano espanto,
»A ti sola consagro en adelante
»Todas las llamas de mi amor constante
»Jamás con este ardor has sido amada,

»O por mejor decir, idolatrada!
Así Adán a su esposa manifiesta,
No ya inocente amor, sino funesta
Y tirana pasión que le domina,
Que a sujetar con su razón no atina.
No menos extraviada y descompuesta
Eva, a sus expresiones corresponde:
La virtud huye, y el pudor se esconde:
Hija del crimen, con su velo espeso
La vergüenza servil los sustituye,
Y aun ésta no resiste a cruel exceso
Del vicio, que a ella misma la destruye.
Así arrastrados de un delirio insano,
Pasan los padres del linaje humano
Las horas presurosas, divertidos
En sus conversaciones
Locas, y exageradas expresiones,
Hasta que ya los velos extendidos
De la noche al retiro los llamaron,
Y a los brazos del sueño se entregaron:
¡Sueño cruel! que apagando los ardores
De la fiebre mortífera que su alma
En un delirio alegre entretenía,
Y a la razón volviendo alguna calma,
Les presentaba todos los horrores
De su culpa, el castigo que debía
Caer sobre ellos, y otras espantosas
Ideas, quizá menos dolorosas
Que las que al despertarse
Atónitos verían realizarse.
Apenas, en efecto, fatigados
De tan fieras imágenes, llamados
Por el diurno albor están despiertos,
Cuando ven el abismo en que sumidos
Por su culpa se encuentran, destruidos
Sus proyectos y dicha. Quedan yertos
De terror, y se miran tristemente.
¿Qué se hizo su virtud, y su inocente
Alegría anterior? Ambos maldicen
La luz, qué para hacerlos desgraciados
Viene a dar en sus ojos ofuscados,
Para que sus fulgores martiricen
Sus corazones, sus ocultos senos
Manifestando de malicia llenos.
De ellos habían desaparecido
La verdad, el candor y la dulzura,
La calma y la confianza firme y pura
Que da la rectitud de la conciencia;
Al mismo tiempo había perecido
Aquella sencillez, hija del Cielo,
Que sus desnudos cuerpos de decencia
Vestía, como un noble y casto velo;
La torpeza lo rasga, y los culpados
Notan su desnudez avergonzados.
A sí mismos quisieran ocultarla,
Cuanto más uno de otro reservarla:
¡Triste degradación de la inocencia!
Nada hizo Dios que no fuese decente,
Y lo es siempre por sí; pues la indecencia,
En el pecho del hombre delincuente,
Toda la forja la concupiscencia.
Así, de sus virtudes despojados,
Y de su propia estimación privados
Por su delito, mudos, temerosos,
Mirando al suelo, van ambos esposos
Vagando del jardín por la espesura,

No ya al dulce cultivo de costumbre,
Sino a buscar alguna sombra oscura
En que ocultarse a la importuna lumbre
Del Cielo, que hasta entonces los había
Con sus luces llenado de alegría.
Adán mismo, no menos confundido
Y amedrentado que Eva, un rato larga
Guarda silencio: al cabo sin embargo
Vuelto a sí mismo, en tono dolorido,
«¡Maldita, exclama, sea la Serpiente,
»Y la hora en que cediste imprudente
»A sus instigaciones! No comprendo
»Por qué prodigio ese reptil impuro
»Habla; mas, por desgracia, es bien seguro
»Que no erró en su pronóstico, diciendo
»Que del hombre la suerte mudaría
»Y que del bien el mal distinguiría.
»¡Ciencia terrible! ¡Distinción funesta!
»¡El bien se huyó y el mal sólo nos resta
»Si: para nuestra ruina se han abierto
»Nuestros ojos: en ellos luce, es cierto.
»Un nuevo día; pero solamente
»Para que nuestras pérdidas veamos;
»Para que claramente
»Y con mayor dolor reconozcamos
»Que están ya nuestras almas despojadas
»De la felicidad y la inocencia,
»De la virtud y paz de la conciencia,
»En fin, de cuantas nobles y sagradas
»Prendas celestes nos enriquecían,
»E hijos de Dios ¡ay tristes! nos hacían.
»¡Todo lo hemos perdido por un vano,
»Orgullo! Los deseos insolentes,
»De los torpes placeres el insano
»Fatal ardor, su sello ignominioso
»Para siempre han grabada en nuestras frentes,
»Y nuestros rostros con su ruboroso
»Color tiñendo, la vergüenza cierra
»La marcha de estas plagas de la tierra.
»¿Y, de hoy en adelante, de qué modo
»Al Señor presentarnos osaremos,
»Ni aun ¡avista de un Ángel sostendremos
»Ambos, cubiertos de este impuro lodo!
»Para nosotros ya finalizaron,
»Del Cielo las visitas deliciosas,
»Aquellas instrucciones amorosas
»Que hasta ahora nuestras almas encantaron.
»¿Y cómo nuestra vista enflaquecida
»Podría ya sufrir los resplandores
»De aquellos altos huéspedes? Rendida
»Al peso de su gloria, a los terrores,
»Que la causara sola su severa
»Presencia, desmayada pereciera.
»¿No hay desiertos, no hay bosques ignorados,
»No hay antros que me presten favorables
»Sombras en que esconderme, impenetrables?
»¡Vuelve, oh noche, a extender tus enlutados
»Eternos velos! ¡Que en tu horror profundo
»Este infeliz se abrigue
»De los ojos del mundo,
»De la venganza cruel que le persigue!
»¡Frondosos cedros, negras espesuras,
»Por piedad, amparadme!
»¡Redoblad, apiñad vuestras oscuras
»Sombras; formad un tenebroso abismo
»En que yo me refugie, y ocultadme

»Del resplandor del día, y de mi mismo!
»Veamos, a lo menos, si encontramos
»Algunas hojas grandes, que podamos
»Emplear en cubrir la ignominiosa
»Desnudez de estos cuerpos degradados.
»Evitemos con esto la penosa
»Fatiga de estar ambos sonrojados.»
Hacia el centro del bosque más espeso
Marchan entonces, y una grande higuera
Encuentran; no de aquellas que cualquiera
De nosotros conoce, que sabrosa
Fruta da, sino de otras con exceso
Mayores, y cuya hoja ancha y frondosa,
Es la más propia para aquel destino.
Corno todos, este árbol peregrino
Allí se hallaba, que ahora sólo crece
A la orilla del Ganges caudaloso.
Debajo de su sombra, un espacioso
Terreno contra el sol abrigo ofrece,
Formando con sus ramas extendidas
Verdes arcos doblados hasta el suelo,
Que aumentan cada día. pues prendidas
En el, ludas en árboles hermosos
Se vuelven, que ensanchando el denso velo,
Al viejo tronco cercan orgullosos.
Debajo de ellos, el pastor tostado
Del sol ardiente, que en aquella zona
Abrasa, encuentra para su persona,
Y no menos también para el ganado,
Un fresco y vasto asilo en que esconderse,
Mientras pasa el calor del mediodía,
Y tierna hierbecilla en que tenderse.
Allí al son del rabel, con armonía
Rústica, entona su sencillo canto,
O por entre las ramas, entre tanto
Que su ganado plácido sestea,
En mirarlo y contarle se recrea.
De aquellas hojas pues, que a los escudos
De que las Amazonas belicosas
Usaron, en tamaño disputaban,
Adán hizo cinturas, que oficiosas,
De sus cuerpos desnudos
A la decencia principal bastaban.
¡Dichosos si de su alma las impuras
Manchas del mismo modo consiguieran
Esconder! Mas en vano lo quisieran.
¡Infelices, habían ya perdido
Del candor y virtud las vestiduras
Preciosas que la gracia habla tejido!
Así cuando Colón con las hispanas
Naves descubrió osado las lejanas
Regiones de la América, se vieron
Los Indios, de cinturas emplumadas
Cubiertos, ocupar las dilatadas
Riberas de la mar, en que surgieron,
Y creyendo el vestido suficiente
Sin rubor recibir la extraña gente.
En ellos la ignorancia un suplemento
Era de la inocencia.
Dotados de mayor conocimiento,
Adán y Eva, de aquella indiferencia
No eran capaces. Ambos afligidos, .
Más su interior vergüenza lamentaban
Aún que la exterior, y no encontraban
Modo de remediarla.
Al fin, rendidos

De fatiga, en tierra se postraron,
Y con amargo llanto la regaron.
Tiemblan sintiendo sobre su cabeza
Bramar la tempestad; pero aun más dura
Es la que dentro de sus corazones
Les amenaza. Soplan con fiereza
Mil opuestas pasiones:
El pesar, las sospechas y la oscura
Desconfianza, el ardor desenfrenado
Del deleite, el temor desordenado,
El odio insano y el furor horrible,
Aquel asilo en que la paz moraba
Ocupan y revuelven a porfía.
Llega a un exceso tal su rebeldía
Contra el gobierno justo y apacible
De la recta razón que, antes reinaba
Sobre ellas, que en lugar de darlas leyes,
La tienen por su esclava,
Y todas ellas se han hecho sus reyes.
Al fin Adán, no aquel cuya alma pura
A su Eva prodigaba la ternura,
Sino Adán delincuente, Adán proscrito,
Así ahora la echa en cara su delito:
«¡Oh infiel mujer! ¿porqué no aprovechaste
»Mis consejos? ¿Por qué te separaste
»De mí? Si tu obstinada rebeldía,
»No te hubiera apartado de mis ojos,
»Nuestra felicidad existiría.
»Quien por vanos antojos,
»Como tú, a los peligros se aventura,
»Perece en ellos. Es una locura
»Propia de un temerario el provocarlos:
»El sabio hace su empeño de evitarlos.
»Así tu esposo te lo aconsejaba;
»Debías ciegameamente obedecerle.
»Dios mismo lo mandaba,
»Y sólo el exponerte era ofenderle.
»¡Por qué motivo -le replica airada
»Eva- me reconviene tan sangriento,
»Del error de un momento,
»De un crimen totalmente involuntario,
»Que aunque no hubiera estado separada
»De ti, quizá igualmente acaeciera,
»Y que tal vez mi esposo cometiera
»Como yo, sin que fuese necesario
»Que de mí se apartase, si le hubiese
»La suerte un igual lance presentado?
»Ningún motivo de odio habla yo dado
»Al seductor; y así ¿cómo podía
»Recelar que él a mí me aborreciese,
»Y que tramase la perdición mía?
»Por otra parte, ¿habrá el Señor querido
»Criar en mi una esclava, destinada
»A estar siempre a tu lado, condenada,
»Cual si un irracional hubiera sido,
»De tu capricho sólo dependiente,
»A no moverse sino de orden tuya
»Y a no hacer nunca la voluntad suya?
»Si he delinquido, tú principalmente,
»Tienes la culpa. ¿No era yo tu esposa?
»No estaba yo sujeta a tu obediencia?
»¿Pues por qué, si el peligro conociste,
»La autoridad de esposo no ejerciste
»Para impedir mi prueba perniciosa?
»¡Ahí! a no ser tanta tu condescendencia,
»Sabes que yo te hubiera obedecido.

»Era obligación mía:
»Esa flaqueza, pues, nos ha perdido:
»Sin ella nuestra dicha aun duraría.»
Estas duras palabras, en su esposo
Ocasionaron por la vez primera
La más ardiente cólera, y furioso
Dijo con bronca voz de esta manera:
»Autora de mi ruina y juntamente
»¡Ay triste! de la tuya, ¿es este el precio
»De mi amor? ¿Así pagas mi ternura?
»De tu extravío víctima inocente,
»Al extremo por ti precipitado
»De la desgracia, sin hacer aprecio
»De mi propia amargura,
»Tú lo sabes, de amor arrebatado,
»Por lograr de tus penas consolarte,
»Pudiendo continuar en ser dichoso.
»Inmortal, preferí el acompañarte
»En tu infidelidad, y al espantoso
»Abismo en que te habías sumergido
»Contigo me arrojé: la ira divina
»Por ti arrostré atrevido,
»¿Y, ahora, ¡ingrata! me imputas tu ruina?
»Dices que yo debiera haber hecho uso
»De aquella autoridad de que gozaba:
»¿Mas acaso el amor esa severa
»Opresión sufre? ¿Qué es lo que pudiera
»Hacer más que lo que hice,? No rehusó
»Ya que has dicho que no eres tú mi esclava,
»Tu mismo testimonio. ¿No te dije,
»Anuncié, repetí el riesgo inminente
»A que te conducía tu imprudente
»Capricho? ¿No predije
»Tu perdición? ¿Acaso yo debía
»Valerme contra ti de la violencia.
»Y aunque cedieses a mi tiranía,
»¿A los ojos del Cielo, la obediencia
»Sin libertad, qué vale? Dios te había
»Criado libre: lo eras, y en tu mano
»Tu suerte estaba. Si un antojo vano,
»Si una falsa virtud te han seducido,
»Quéjate de tu orgullo presumido.
»¡Temeraria! Creíste alcanzar gloria,
»El peligro arrostrando
»Y mis tiernas congojas despreciando:
»Tuviste por segura la victoria.
»Te engañaste: también yo me engañaba
»Cuando gozoso una virtud contaba,
»En cada rasgo de tu incomparable
»Belleza, y te creía inexpugnable.
»Me fié en tu constancia:
»Gradué de celo santo tu arrogancia,
»Y no dudé que tu alma generosa
»Volviere del combate más gloriosa.
»Si en esto he delinquido,
»El amor mi delito ha producido:
»Y con todo, ¿en lugar de consolarme
»Aun del tuyo te atreves a acusarme?
»¡Sexo ingrato! ¡Infeliz el que delire
»Contigo, y a ganar tu amor aspire,
»De su débil razón el soberano
»Cetro poniendo en tu ligera mano!
»Tu corazón, de ciego orgullo lleno,
»En el imperio no conoce freno,
»Y al tu empeño sale desgraciado,
»Lejos de confesar que eres culpado,

»El primero le achacas con dureza
»De habértelo cedido la flaqueza.»
Así los dos con rabia se acusaban,
Y a pagar su delito comenzaban.

LIBRO DÉCIMO

SUMARIO.

SABIDA la desobediencia del hombre, los Ángeles abandonan el paraíso. El hijo de Dios, enviado para juzgar los culpados baja, pronuncia la sentencia, y movido de compasión, viste su desnudez, después de lo cual vuelve a su Padre. El pecado y la Muerte, barruntando el suceso de Satanás, desertan de las puertas del Infierno, y vienen a buscarle a la tierra, construyendo un puente de comunicación entre el Infierno y la tierra. Al través del Caos. Encuentran al cabo a Satanás, y se congratulan mutuamente. Satanás vuelve a los Infiernos, y cuenta a la asamblea de los rebeldes su victoria sobre el hombre. En lugar de aplausos, transformados de repente en serpientes arrastran conforme a su sentencia, y le responden con silbidos. Se eleva cerca de ellos un bosque de frutales, de la misma especie que el vedado. Atormentados de hambre y de sed, acuden a comer la fruta, y se les convierte en la boca en polvo y ceniza amarga. El Pecado y la Muerte inficionan a la naturaleza. Dios pronostica que su Hijo destruirá algún día aquellos dos monstruos. Manda a sus Ángeles que hagan diversas alteraciones en los Cielos y en los elementos. Adán, conociendo cada vez mas la mutación de su estado, llora amargamente, y rechazan con dureza a Eva, que se esfuerza a consolarle. Al fin consigue apaciguarle, y propone dos medios violentos para impedir la propagación de sus desgracias en su posteridad. Adán los reprueba, manifiesta mejores esperanzas, la recuerda la promesa que se les ha hecho de que su linaje tomará venganza de la serpiente, la exhorta a unirse con él para aplacar con la penitencia y las oraciones a la Deidad ofendida.

Del Eterno la vista vigilante,
A que nada se esconde, del triunfante
Satanás ha advertido la malvada
Trama: la perdición de Eva engañada,
Y su débil marido
Por ella tristemente seducido.
Bueno, mas justo, permitió que fuera
Tentado el hombre, para que pudiera
Probar su lealtad. Libre, y armado
Por la sabiduría
De una voluntad recta y de un talento
Claro, por la razón encaminado.
Nada influía en su consentimiento:
El vencer de su arbitrio dependía,
El peligro evitando,
O al enemigo astuto rechazando,
Sea que de la fuerza abierta usara.
O que un pérfido afecto simulara.
Dios mismo les había prohibido
Por su boca la fruta envenenada
Del árbol de la ciencia.
Entrambos en la audaz desobediencia
Cómplices, del delito cometido,
Víctimas son de su justicia airada:
Nada puede salvarlos. De improviso
Abandonan a un tiempo el Paraíso
Las escuadras celestes, de tristeza
Mudas al ver del hombre, antes su amigo,
La desgraciada súbita flaqueza;
Y el degradado suelo
Dejan, tomando hacia el Empíreo el vuelo.
No conciben por qué arte el enemigo
Infernal ha podido introducirse
En Edén, y a sus guardias encubrirse.
En el Cielo, esta angélica milicia
Halla al llegar sembrada la noticia.
Aquellos ciudadanos celestiales
Lloraban ya del hombre las fatales
Miserias; mas no obstante,
No había marchitado su semblante
Aquel pesar, pues su naturaleza,
Incapaz de tristeza

Sino en cuanto su dicha permitía,
De un gozo celestial resplandecía.
Quisieran saber todos cómo ha sido
La perdición del hombre; lo acaecido
Entre él y Satanás: a los que vienen
Curiosos cercan; pero apresurados
Estos de presentarse a su divino
Señor, no se detienen,
Hasta que de su trono al pie postrados
Se presentan. Entonces de su altura.
A manera de trueno repentino,
Rompe por medio de la niebla oscura
Que la cerca, una voz, estremeciendo
El cielo todo, y clara, así diciendo:
»Espíritus celestes, ese llanto
»De vuestros corazones generosos
»Por la caída del hombre, al punto cese:
»No deben la tristeza ni el espanto
»Morar entre mis siervos venturosos.
»Mucho antes que este lance sucediese,
»El día mismo en que forzó el malvado
»Satanás el Infierno, fue anunciado
»Por mí el crimen del hombre deleznable:
»Se le advirtió del riesgo: si es culpable,
»A sí solo atribuya su caída:
»Crió a los hombres libres: por su gusto
»Han destruido el equilibrio justo
»Que puse en su razón: se han persuadido.
»Al ver por un momento suspendida
»Mi venganza, poder impunemente
»Echar mis amenazas en olvido,
»Reírse de mi cólera; mas presto,
»Ya que a vista del mundo fue ultrajada
»Mi piedad tan cruelmente.
»De él mi justicia volverá vengada.
»¡Oh hijo mío! que vayas he dispuesto
»A imponer el castigo a esos culpados.
»Cual los cielos, la tierra y los infiernos
»Obedezcan rendidos tus eternos
»Decretos, y a tus pies arrodillados
»Por su juez te conozcan; mas, del juicio
»Que hagas, templa el rigor por la clemencia
»Que el hombre reconozca un Dios propicio
»En su juez, que en él vea su divino
»Medianero futuro,
»Que, a pesar de su atroz desobediencia,
»De compasión movido le destino:
»Pues tú has de ser el que del yugo duro
»Le libre con el tiempo del pecado,
»Como a su redentor a ti te toca
»Suavizar la pena de su loca
»Transgresión: que el amor dulce modere
»El rigor justo que el exceso osado
»Por sí mismo requiere.»
A estas palabras, vuelto hacia su diestra,
Donde el Verbo divino está sentado,
En él su resplandor eterno muestra
Todo, y el Hijo, viva imagen suya,
Así responde con serena frente
A su celeste Padre: »A la orden tuya
»Parto a dar al instante cumplimiento.
»Juzgaré a ese linaje delincuente:
»Tu ira terrible quedará calmada:
»Mi gloria en complacerte está cifrada:
»Mas sabes que tengo hecho juramento
»Que cuando de los siglos la carrera

»El destinado tiempo haya traído,
»He de bajar a la terrestre esfera
»A sufrir lo que el hombre ha merecido.
»Reparador divino de la humana
»Naturaleza ser he prometido,
»Y mi promesa no debe ser vana:
»Holocausto sagrado
»Seré yo, y detendré tu brazo airado.
»A la piedad permite que propicia
»Temple la rigidez de la justicia:
»Que a la tormenta atroz de la venganza,
»Del perdón dulce siga la bonanza:
»Que en todo tu grandeza al mundo asombre,
»Y como tema, así aplauda tu nombre.
»Todos los hombres de hoy en adelante
»Deben hallar en mí amparo constante.
»En cuanto a esos esposos desgraciados,
»Antes que llegue el tiempo en que juzgados
»Hayan de ser por mí solemnemente,
»Los examinaré privadamente.
»Por lo que hace al autor de su caída,
»Su fuga y su maldad ya conocida
»La convencen. Que tiemble del terrible
»Castigo, que le espera. El insensible
»Reptil, que le ha servido de instrumento.
»No necesita de convencimiento. »

Dijo, y de la sagrada
Mansión de la deidad, en que radiante
De inmortal gloria, de su Padre al lado
Desde la eternidad está sentado,
Parte. Por la carrera dilatada
Por donde ha de pasar a la distante
Puerta que está del Cielo a los confines,
Arcángeles, Virtudes, Serafines,
Todo el celeste ejército reunido,
En filas ordenado, está tendido,
Pronto a seguirle; pero recibida
La orden, queda a las puertas detenida
Su inmensa multitud. De allí lejano
El Edén delicioso, del humano
Linaje habitación, se descubría.
Solo, sin compañía
Ni corte alguna, desde aquella altura
El Hijo del Eterno la onda pura
Del éter corta. En vano pretendiera
Un ingenio criado
Medir la rapidez con que a la esfera
Terrestre llega: aun antes que pensado.
Aquel viaje veloz está concluido.
Ya el sol, menos ardiente,
Su carrera inclinaba al Occidente;
Los céfiros suaves jugueteaban
Entre las plantas del Edén florido,
Y sus espesas hojas agitaban
Con murmullo, que el eco repetía,
Y como todo, a Adán estremecía.
Dios le llama de pronto.
Ambos esposos Infelices, turbados,
De su ira merecida temerosos,
Con que ya su conciencia los acosa,
Huyen a toda prisa, y emboscados
De una selva inmediata en la espesura,
Procuran ocultar su vergonzosa
Desnudez, y el rubor de su semblante,
De su culpa la prueba más segura.
Los distingue la vista penetrante

Del Señor, que visible a ellos se avanza,
Diciendo: «Por qué, Adán, de la presencia
»De tu Dios huyes? tú, que tal confianza
»Antes en mí tenías, que a mi encuentro
»Corrías con alegre diligencia
»A bendecirme, al punto que llegaba,
»Como Eva, que igualmente me adoraba,
»¿Por qué ahora amedrentados en el centro
»Del bosque, entre sus sombras un abrigo
»Buscáis, cual si llegara un enemigo?
»Aun este jardín bello que os he dado
»Para que su cultivo os divirtiera,
»Le veo enteramente descuidado.
»Esas graciosas flores, la primera
»Atención de Eva, lánguidas, caídas,
»Parece que me dicen afligidas
»Que el encargo que os di no habéis cumplido
»¿En qué consiste ese culpable olvido?
»¿Desconoces ya a tu amo?
»¿Por qué no venís ambos cuando os llamo?
»Ven.» Adán obedece: desconfiada
Eva lo sigue, no con el risueño
Gesto con que del crimen el empeño
Arrostrar se la vid: mas vergonzosa,
Detrás de su marido rezagada
Tirándose a ocultar. Ambos esposos,
Del delirio despiertos, la llorosa
Vista a alzar no se atreven, y parados
A una larga distancia, temerosos
Se humillan, en el polvo arrodillados.
Ni el amor a su Dios ni la ternura
Que debían tenerse mutuamente,
Se ve en su rostro como anteriormente.
Su áspero ceño, su mirada oscura,
El odio, la venganza y la tristeza,
Y de un vil egoísmo la dureza,
Juntos con el terror, sólo presentan,
Que aquellos corazones atormentan
Su indignidad forzados conociendo,
A su Dios no se atreven a acercarse:
Jamás ya volverán a renovarse
Los amables coloquios en que, abriendo
Su pecho a su Señor con dulce encanto.
Ardían en su amor sus corazones;
Hoy los abrasan solas las pasiones.
Adán responde al fin lleno de espanto
El eco de tu voz he percibido,
»Señor; pero desnudo, no he tenido
»Valor para llegar a tu presencia.
»¿Y a quién, le dice Dios, la inteligencia
»De que desnudo te hallas has debido?
»¿Cómo mi voz, que todo tu consuelo
»Antes era, te inspira ahora recelo?
»¿Desde cuándo la tornes desconfiado?
»Habla: ¿has tenido acaso la osadía
»De tocar a la fruta que he vedado
A esta tonante voz, más formidable
Para él que el rayo, exclama tristemente
Adán, que su sentencia en ella oía:
«¡Y qué haré en este lance, oh miserable!
»¿Qué partido tomar? ¡Tengo presente
»Mi juez! En este instante pavoroso,
»Es preciso, o que solo el riguroso
»Justo castigo sufra, o que a una esposa
»Que tiernamente quiero,
»Que es el único hechizo de mi vida,

»Por premio de su fe y su amor sincero,
»Acuse como autora de la odiosa
»Culpa. Quisiera más que tu encendida
»Ira sobre ni solo fulminara:
»La mitad de mi mismo al fin salvara.
»Mas tú, ¡oh Dios! ves mi suerte lamentable,
»Ves la pena interior que estoy sufriendo.
»Tu voz va a pronunciar mi irrevocable
»Sentencia. ¿Puedo yo ocultarte acaso
»La parte que ha tenido en mi fracaso?
»¿Como sufrir yo sólo el peso horrendo
»Del enojo de un Dios, el vergonzoso
»Rubor del crimen, tu severo juicio,
»Para mi aun más terrible que el suplicio?
»Y aun cuando yo mi cómplice quisiera
»Ocultar cuidadoso,
»¿A tu irritada vista se escondiera?
»Diré, pues, que aquel ser que me dijiste,
»Que me haría dichoso, aquel modelo
»De fe, amor y constancia, en el que uniste
»Con divino desvelo,
»Todas las gracias, toda la hermosura,
»Que a una peña forzara a la ternura;
»La esposa, en fin, que tu beneficencia
»Me dio, como un dechado de inocencia
»Y de virtud, la fruta que ha cogido
»Me ha presentado, y yo la he recibido
Entonces el Señor le manifiesta
Su Majestad visible, y le contesta:
»¡Ingrato! ¿Por ventura
»Tu esposa era tu Dios, para que hiciera
»Su voluntad, y a mí la prefirieras?
»¿Te la había yo dado por segura
»Norma de tu conducta? ¿La había hecho
»Arbitra de tu suerte? ¿Poseía
»Los dones con que yo te distinguía.
»Tus varoniles prendas, tu derecho
»Al mando, de tu sexo la firmeza,
»De tu razón la sólida cordura?
»La prodigué las gracias, la dulzura,
»El pudor, la inocencia y la belleza
»Mas no la autoridad. Era su suerte
»La de amarte leal, y obedecerte:
»En el segundo rango colocada,
»Libre, pero a tus leyes arreglada
»La tuya era andar. Tú envilecido
»Tu noble imperio echaste en olvido
»A su capricho frívolo, cediste,
»Y por no disgustarla, me ofendiste.
Dicho esto, a Eva pregunta brevemente;
«¿Cual fue la causa de que tú alcanzaras
»La fruta, y mí precepto quebrantarás?
Eva, bajando vergonzosamente
La vista al suelo, dice: «La Serpiente
»Me engañó: ponderó lo buena que era,
»Y al cabo consiguió que la comiera.
A estas palabras, el Señor, airado,
Castigar quiere a un tiempo a ambos esposos,
Y vengarlos de aquel ser depravado
Que los ha seducido.
A él, pues, primeramente dirigido:
«¡Oh tú, dice, que con tus maliciosos
»Artifícios al lazo has arrastrado
»Estas víctimas; órgano proscrito
»De la perfidia, origen del delito,
»Serpiente, autor de tan horribles males,

»Seas maldito entre los animales;
»Vilmente arrastres siempre por la tierra:
»Entre ti y la mujer, eterna guerra
»Haya, que dure entre sus descendientes
»Y los de tu ralea procedentes.
»Un día vendrá, un día, en que triunfante,
»Con sus pies te quebrante
»La orgullosa cabeza.
»En el punto en que logre tu fiereza
»Morderla en el talón. La has engañado,
»Pero serás por ella subyugado!»
Este oráculo santo, en los futuros
Siglos tuvo perfecto cumplimiento,
Cuando el Verbo divino el nacimiento
Tuvo en el mundo de otra Eva más pura.
Antes, su ira terrible en los oscuros
Calabozos y simas infernales
A Satanás con toda aquella impura
Turba de desleales
Secuaces arrojó precipitados;
Y aun más después, su orgullo confundiendo,
La tierra le vio hecho hombre; reviviendo
Del lóbrego sepulcro, quebrantados
Los cotos de la muerte y del Infierno,
Sobre sus ruinas un imperio eterno
Fundar, llevando por los aires, vivos,
Libres, en noble triunfo sus cautivos,
Y bienhechor del mundo, abrir la entrada
De los Cielos, al hombre antes cerrada.
Hoy, del Padre ejerciendo la severa
Justicia, pronunció de esta manera:
«Eva: con los trabajos más prolijos,
»Y dolores, darás a luz tus hijos,
»Y vivirás sujeta a tu marido
»Y tú, ¡hombre débil! que por complacencia
»Hacia ella, mi precepto has transgredido.
»Pagarás cara tu desobediencia.
»Ahora a tu vista la naturaleza
»Va a perder casi toda su belleza:
»Por tus miserias contarás tus días,
»¡Ingrato! Y el tributo voluntario
»Y rico que del campo recogías,
»Cesará: negará la avara tierra.
»A tu hambre los tesoros que en sí encierra
»Te será necesario
»Atormentarla con afán penoso,
»Y sin cesar, para que te alimente:
»Con sudor de tu rostro el doloroso
»Pan comerás: estéril, desolada,
»Sólo se mostrará espontáneamente
»De cardos y de espinos erizada.
»Polvo eres: de su seno producido,
»Volverás a ella en polvo convertido.
»Así aquel Dios, propicio y justiciero
A un tiempo, los estragos anunciaba
De la espantosa muerte, y moderaba
De su justicia eterna los terrores,
Dilatando hacia el tiempo venidero,
Y a una época distante,
Su amenaza y sus golpes vengadores.
Y en tanto su bondad, que en adelante
Su grandeza humillar tanto pensaba,
Que a sus caros discípulos sirviera
Como si el más rendido esclavo fuera,
Ya cariñosa se, ensayó aquel día;
Pues como la estación amenazaba

La próxima llegada del helado
Invierno, aquel Dios bueno, que aun quería
Mostrar su amor al hombre, aunque culpado
A los dos delincuentes, de la lana
Del ganado, les hizo, con humana
Comasión, ropas con que se vistiesen,
Y sus cuerpos del frío guareciesen:
¡Solicitud de un padre el más piadoso!
Mas no basta que el cuerpo esté vestido,
Supuesto que sus almas han perdido
La virtud, su ornamento el más precioso
Queriendo, pues, cubrir esta indecencia
A los ojos del Cielo, los reviste
De su propia inocencia.
Ya cumplido su encargo, de la triste
Pareja se separa, y vuelve, lleno
De gloria, de su Eterno padre al seno:
De lo hecho a darlo cuenta allí procede
Y piadoso intercede
Por aquellos esposos desleales;
Pero antes que el pecado
Del hombre el mundo hubiera profanado,
Cuando ya Satanás, las infernales
Puertas forzando, el vuelo a él dirigía,
La Culpa, de la Muerte acompañada,
Pensativa quedó en la abierta entrada.
Por la que un río rápido salía
De negras llamas, que en el caos horrendo
Se iban por todas partes extendiendo.
La Culpa al fin, se vuelve al hijo fiero,
Y así le dice: «Cuando considero
»Que por nosotros ahora mi querido
»Padre está mil peligros arrojando,
»En un desconocido
»Clima, tal vez osado conquistando
»Un mundo en que vivamos agradable,
»Me avergüenzo de ver que nos estemos
»Entregados a un ocio despreciable,
»Y su ambición gloriosa no imitemos.
»El sin duda ha salido victorioso;
»Si así no fuera, el brazo poderoso
»De Dios, segunda vez a este abrasado
»Pozo le hubiera ya precipitado;
»Pues ningún otro abismo hallar pudiera
»Más cruel, para saciar su saña fiera.
»Sí: veo nuestro imperio ya extendido:
»Mi interior me lo dicta: ya ha venido
»El tiempo en que podamos sin recelo
»A esas remotas playas nuestro vuelo
»Levantar. Un poder desconocido
»Alas parece darme, y me convida
»Con atractivo fuerte a que allí acuda,
»Como a mi cara patria, en que otra vida
»Mejor disfrute, y a que por la muda
»Región del Cielo tome mi camino,
»Para llegar a aquel feliz destino;
»Que para ello hallaré una regia vía
»En la bóveda inmensa que el profundo,
»Infierno une a la tierra,
»Atravesando por el infecundo
»Vacío que a ella en derechura guía:
»Esto me inspira, y mi terror destierra.
»Veo, en efecto, del sepulcro oscuro
»Que habitamos, abierto ya espacioso
»Paso a este nuevo mundo deleitoso,
»Digno en verdad de todo nuestro apuro.

»Yo a intentarlo estoy ya determinada.
»Ni trabajos, ni penas, ni el castigo
»Con que nos amenaza ese enemigo
»Que nos echó a esta cárcel desgraciada,
»Me detendrán; pues una vez abierta
»Por mi mano, no puedo ya agraviarlo
»Mas, y sería inútil contemplarle;
»Y, o por mí corazón soy engañada,
»O la fortuna de la empresa es cierta.
»Estoy pronto a seguirte, la responde
»El esqueleto negro y descarnado:
»Nada de cuanto hablaste se me esconde,
»Lo iba a decir, y te has anticipado:
»Partamos pues, unidos al momento:
»Precediéndome tú, estoy bien seguro
»De no errar el camino: además, siento,
»Sí no me engaño, que por el oscuro
»Caos difunden ya aquellas vitales
»Playas algunos hálitos mortales,
»Que hasta aquí llegan; vamos sin tardanza,
»Que aun ya la sangre misma y la matanza
»Percibo.» Al decir esto, el cruel olfato
Hacia la tierra vuelto, largo rato
En aspirar de lejos se recrea
El aire emponzoñado. Así ventea
El voraz buitres, en vísperas del día
Del combate, la atroz carnicería,
Y el olor de los tristes funerales,
Exacto a los ejércitos siguiendo;
Tal aquel monstruo, de las infernales
Puertas, de gozo insano, está ya oliendo
Su presa, lisonjeando su apetito
Con la idea del número infinito
De ruinas y cadáveres inmundos
Que le han de dar los asolados mundos.
Ambas pestes a un tiempo, con ruidoso
Vuelo el Infierno dejan, las regiones
Del caos proceloso
Cortando, como dos exhalaciones.
Nada detener puede su impetuosa
Rapidez, ni la lucha tumultuosa
De los más vastos cuerpos encontrados,
Ni el furor de los vientos desatados.
Brama el abismo. En vano a su camino
A cada paso opone un torbellino,
Un mar intransitable, una tormenta.
Todo lo arrollan con su turbulenta
Furia: todo lo vencen, su carrera
Siguiendo, cual si nada se opusiera.
Rugiendo así, dos vientos tempestuosos
Soplan sobre los mares dilatados
Del Norte, convirtiendo en prodigiosos
Témpanos, riscos, montes congelados
Sus ondas alteradas, y barriendo
Todo aquel vasto caos, que luciendo
con fosfórica lumbré, al navegante,
Que pretende pasar a la distante
Ribera del Catay, un invencible
Muro opone, en su empresa inasequible.
Mas la Muerte se arroja de repente
Sobre el abismo airado; y con su helada
Enorme maza, del fatal tridente
Émula, hiere, y liga aquella inmensa
Muchedumbre sembrada
En el caos, de cuerpos divididos,
De agigantados montes esparcidos,

Y en una sola masa los condensa,
Con pegajoso asfalto asegurada.
De su temido ceño a una mirada
Queda sin movimiento,
Sobre un profundo y sólido cimiento,
Formando un puente inmenso, que se aferra
Del Infierno en las puertas por un lado,
Y por el otro en la remota tierra.
El arco, sobre el caos colocado,
Coge todo el abismo tenebroso:
Iguala el puente en la excesiva anchura,
De la infernal entrada la abertura.
Bien puedes de terror estremecerte,
¡Oh desdichado mundo! Ese espantoso
Puente es el de la Muerte.
De tu recinto, en prolongada cuesta
Con rapidez desciende a la funesta
Profundidad de la infernal morada,
El camino. Por él, apresurada,
Unos tras de otros tus habitantes,
Así vencidos como vencedores,
Triunfante arrastrará de la apacible
Atmósfera vital a su antro horrible.
Así, si lo pequeño es comparable
Con lo grande, aquel puente formidable
De Jerjes desde el Asia se extendía
Hasta la opuesta Europa, y paso abría
A aquella multitud innumerable
De guerreros, que a hacer la Grecia esclava
El bárbaro Monarca destinaba.
El Helesponto airado,
Sus ondas reuniendo, aquel osado
Puente deshizo, y con locura rara,
Aquel Rey orgulloso
Mandó que como a esclavo revoltoso
Mar con azotes se le castigara.
Más sólida, al embate se resiste
Del abismo irritado que la embiste
Con espantosas olas, la obra fuerte
Construida por la Culpa y por la Muerte,
Sin fin el arco firme prolongando,
Y aquel mar insondable dominando;
Pero acabada la obra, la dañina
Pareja otra vez rápida camina;
A Satanás buscando cuidadosa,
Sigue puntual su rastro, y no reposa
Hasta llegar aquel mismo paraje
Del orbe de la tierra en que él su viaje
Primero terminó, Y en donde aliento
Tomó, ya vencedor, considerando
El transitado abismo, que bramando
Hervía con horrible movimiento.
También allí ambos monstruos se detienen
Y en afirmar el cabo se entretienen
Por donde el puente está a la tierra unido
Hecho esto, vuelven a tomar el vuelo,
Y después que la tierra han recorrido,
Y registrado con igual desvelo
Los confines celestes, hacia el lado
Izquierdo el negro tártaro dejado,
Se dirigen a Edén, cuando en la altura,
Del Zodiaco descubren de repente,
Allá entro el Escorpión y el Sagitario.
Al feroz Satanás, en la figura
De un Ángel refulgente.
A la sazón, en Aries su ordinario

Curso empezaba el Sol, y cauto huía
De su luz el Arcángel: aunque había
Aquel disfraz tomado, no tardaron,
En conocer al padre los monstruosos
Hijos, y prontamente caminaron
A su encuentro gozosos.
El que desde luego que a Eva hubo vencido.
Espantado y contento con su ruina,
Receloso, de Dios había huido,
A una selva vecina
A ocultarse; mas presto, diferente
Disfraz tornando, silenciosamente
Volvió al paraje en que Eva conversaba
Con Adán y a imitarla le tentaba.
Le vio en el cenador, flaco y caído,
Comer con ansia el fruto prohibido,
Y fui testigo de su vergonzoso
Rubor, cuando industrioso
Formo de hojas de higuera su vestido.
Satanás, en sí mismo de alegría,
Mirándole perdido, no cabía;
Pero al sentir que ya se aproximaba
Su señor y su juez, huyó temblando,
Algún asilo incógnito buscando;
¡Tanto temía al mismo que insultaba!
En fin, después de dada la sentencia,
La noche aprovechando, en diligencia
Volvió hacia los esposos a acercarse,
Y pérfido aplicando el fino oído,
Por sus conversaciones, enterarse
Logró de la sentencia pronunciada
Contra el mismo; mas viendo diferido
Su castigo hasta una época ignorada,
Alegre triunfa, y arde de impaciencia
De ir a dar al Infierno aquellas nuevas,
De su victoria imaginaria pruebas.
Hacia allá vuela, y ya llega a la entrada
Del vasto puente cuando en la presencia
Se encuentra de su prole detestable.
¡Cuánta fue de ambas partes la algazara,
Al reunirse la familia rara!
El, sobre todo, al ver el admirable
Puente, pasmado de aplaudir no cesa
La grandeza y suceso de la empresa.
De la suya después ufano trata,
Y sus gloriosos hechos les relata.
Ambos su triunfo ensalzan, y gozosa
La Culpa, así le dice: «¡Oh padre amado,
»En la obra de este puente milagrosa,
»Admira una obra tuya! Con efecto,
»A ti debe el Infierno este perfecto
»Monumento. Tú sabes, qué sagrado
»Lazo, qué amor, qué dulces relaciones,
»Qué justa obligación eternamente
»Reúnen nuestros fieles corazones.
»La cuna, el interés, la semejanza,
»Una fortuna misma, una esperanza.
»Cada momento mas estrechamente,
»Nos juntan. Así, estando separada
»De ti, por mil agüeros avisada
»Interiormente del feliz suceso
»De tu empresa, la fuerza poderosa
»De la sangre, la voz más imperiosa
»De la naturaleza, y el exceso
»De mi amor, a buscarte me llamaban.
»Vastos mundos en vano intermediaban.

»Nada bastó para que yo sufriese
»Vivir sin ti. Ni el Caos, ni el Erebo
»Pudieron estorbar que te siguiese.
»Cada peligro, lejos de arredrarme
»Para mi amor sin término era un nuevo
»Aliciente: nuestro hijo a acompañarme
»Con igual ardimiento se ofrecía.
»Cerrados tanto tiempo en las odiosas
»Prisiones, a tu noble valentía
»Debernos ambos el haber podido
»Salir de aquellas simas tenebrosas,
»Y a tu ejemplo, el habernos atrevido.
»Por tu influjo, han logrado nuestras manos
»Extender a estos términos lejanos
»Tu limitado imperio, y este puente
»Soberbio, que al horrendo caos espanta,
»Y sobre él dominando se levanta,
»Construir, cual lo miras, felizmente.
»Tu, triunfador de Dios, en su escogida
»Obra, solo, glorioso le humillaste,
»Y de nuestros reveses nos vengaste.
»Dueño por fin de toda esta florida
»Tierra por tu conquista, con tu celo
»Alivio en nuestros males nos has dado,
»Y a su inhumano autor escarmentado.
»Aquí reinas, servías en el Cielo.
»Deja, pues, que ese Rey tan poderoso,
»Por ahora a gusto goce de reposo
»En su remoto alcázar eminente,
»Pues así de la guerra la fortuna
»Lo ha dispuesto: a lo menos, actualmente
»Con su presencia no nos importuna.
»Tranquilo sucesor de este extendido,
»Reino, que él libremente te ha cedido;
»Pues no lo ha disputado a tus gloriosos
»Designios, se diría que conspira
»Su voluntad contigo, y que contento
»Te cede sus dominios, con la mira
»De huir de otros combates peligrosos.
»Lejos pues de arredrarte,
»Mucho mayor aliento
»Su triunfo precedente debe darte;
»Pues que si él conociera
»Su superioridad, no te temiera;
»Y mientras que nosotros preparemos
»Nuestras fuerzas, para ir a hacerle guerra,
»Si él la empieza, el poder enseñaremos
»Del Infierno, ligado con la tierra.»
Satanás, hechizado, le responde:
«Hija querida, y tú, que un doble nudo
»De estrecho parentesco une conmigo,
»Obráis como a mi sangre correspondo.
»El universo, de admiración mudo,
»No necesitará de otro testigo,
»Que de vuestras hazañas valerosas,
»Para saber que soy vuestro ascendiente.
»Cruel enemigo del Omnipotente
»(Y Satanás de serlo se gloria),
»A vuestras atenciones generosas,
»A vuestra extraordinaria valentía,
»En mis sucesos ¡cuánto no he debido!
»No os deben menos vuestros inmortales
»Amigos del Infierno. La indecible
»Industria vuestra, dos mundos rivales,
»Por medio de este puente, ha reunido
»Con lazo indestructible,

»En una patria misma, en un estado.
»Vuestros triunfos al Cielo han espantado,
»Y yo estoy con razón envanecido
»De haber tan nobles hijos producido.
»Id pues, y mientras yo por ese puente,
»De vuestro arte milagro permanente,
»Me dirijo a las playas infernales
»A contar vuestras glorias y las mías
»A mis pueblos leales,
»Dirigid vuestros pasos presurosos,
»De Edén a los jardines deleitosos:
»Gozad allí de más felices días,
»Que hasta aquí, y en aquella afortunada
»Región fijad desde hoy vuestra morada:
»De la paz dulce y del placer del mando
»En ella para siempre disfrutando,
»En los aires, los mares y el fecundo
»Suelo reinad. Tratad a ese vencido
»Hombre, que se intitula Rey del mundo
»Cual merece: cargadle de cadenas,
»Y colmadle de oprobios y de penas:
»Destruid de una vez vuestros rivales:
»Os fío mis derechos inmortales,
»Y mis poderes todos: en mi ausencia
»Haced que se me preste la obediencia
»Por todas partes, y reconocida
»Sea mi autoridad, la que deseo
»Ejercer con vosotros dividida:
»Nada aprecio en el trono que poseo,
»Sino que en él reinéis ambos conmigo.
»¿Y habrá algún enemigo
»De tales fuerzas, que si conspiramos
»Los tres contra él unidos, no vencamos,
»Y qué esplendor será el de este brillante,
»Imperio, con tal liga, en adelante?
»Id pues, asid audaces la fortuna:
»Mostraos dignos de vuestra alta cuna,
»Y cada cual de ser mi prole ufano,
»Servid a vuestro padre y soberano.»
Dice así, y raudos como dos centellas
Ambos volando, siguen un camino
Salpicado de estrellas:
Un lóbrego nublado los precede:
Horrorizado al verlos, retrocede
Pálido el sol, y de un vapor dañino
Queda aire a su tránsito infectado.
Hace entre tanto Satanás su viaje
Al Infierno, y el Caos, irritado
De ver en sus abismos un pasaje
Libre, rugiendo, el formidable puente
Con sus olas azota inútilmente:
Aunque unas a otras, fieras, se reemplazan,
Sus firmes fundamentos las rechazan.
Llega en fin Satanás a la ancha entrada
De su reino infernal. Abandonada
Por su guardia; su pueblo, descuidando
El custodiar muros y fronteras,
Ya en los soberbios pórticos vagando
De su palacio, en donde las primeras
Cabezas del estado consultando
Estaban. La inquietud y desconfianza
Reinaban en la junta, recelosa
De algún funesto azar, por la tardanza
De su monarca. Toda la curiosa
Muchedumbre impaciente
Que los vastos contornos ocupaba,

Y mil funestos cálculos formaba,
Con sus lamentos, más a aquel prudente,
Senado entristecía,
Que, conforme a las órdenes que había
Dejado su monarca, desde el punto
De su salida estaba siempre junto
En el vasto salón, de numerosa
Guardia cercado, que la tumultuosa
Plebe, de allí apartada detuviera,
A fin que sus sesiones no impidiera,
Y atender al gobierno del estado
Pudiese, a sus desvelos confiado.
Satanás llega: toma la figura
De un ángel de la clase más oscura;
Sin ser reconocido,
Con mafia en la gran sala Introducido,
Se hace invisible y el resplandeciente
Trono ocupa, de púrpura labrado
Y de piedras riquísimas bordado.
Sin ser visto, de allí con complacencia
Observa en sus vasallos la ansia ardiente
De volver a gozar de su presencia.
Y así como rompiendo alguna oscura
Nube, una estrella más brillante, y pura
Aparece a los ojos de repente;
Así toda su gloria desplegando,
A la vista de pronto se presenta,
A aquella muchedumbre deslumbrando
Con las reliquias de sus resplandores,
Que le quedaron en la atroz tormenta
De su antigua caída.
Llenos de gozo los espectadores,
Con aplausos y vivas, su venida
Celebran, apiñándose por verle
De cerca, y sus obsequios ofrecerle.
Los primeros los nobles senadores,
Columnas de su imperio, descendiendo
De sus tronos, le cercan respetuosos
Y le colman de aplausos afectuosos.
Les corresponde atento, y extendiendo
Con majestad la mano, les impone
Silencio, y sus sucesos así expone:
»Monarcas, Tronos y Dominaciones,
»A Poderes Celestiales,
»Ya no son vanas denominaciones
»Estos títulos: hoy son verdaderos
»Dictados vuestros, y atributos reales,
»Pues mis sucesos han sobrepujado
»Nuestros mismos proyectos lisonjeros.
»Si un envidioso Dios os ha encerrado.
»Dentro de estas prisiones espantosas,
»De vuestro Rey las manos victoriosas
»Vienen a abrirlas todas, y a volveros
»La dulce libertad, la luz del día:
»Al salir de estas llamas, os espera
»Un mundo delicioso, que podría
»Causar envidia a la celeste esfera;
»Feliz, en que la cuna habéis tenido:
»Hallar y conquistar he conseguido,
»¡Pero con cuántos riesgos y fatigas!
»Esos remotos reinos. Cada instante
»La dirección perdiendo, andaba errante
»Por el vacío inmenso y las regiones
»Del proceloso caos, enemigas
»De todo ser viviente: en ocasiones,
»Sin hallar nada en que estribar pudiese

»El pie, ni aun que mis alas sostuviese,
»Y otras veces, rompiendo las airadas
»Olas de un mar inmenso amontonadas.
»El furor de este al fin, un firme puente,
»Por la Muerte y la Culpa fabricado,
»Con milagrosa industria, ha sujetado,
»Y por él pasaréis cómodamente.
»No así yo, que el primero,
»Sin tal auxilio aquel abismo fiero
»Solo vencí, ya en simas espantables
»Sumergido hasta el fondo, ya luchando,
»Diestro piloto, con los insondables
»Pielagos y huracanes que, bramando,
»Con el Cielo sus olas confundían:
»Muchas veces mis alas fatigadas
»Mantenerme en el aire no podían.
»Entre las tempestades desatadas
»Y horribles torbellinos,
»Y apurado, variando de caminos,
»Iba formando surcos trabajosos
»Para romper los velos tenebrosos
»Del Caos y la eterna Noche, unidos
»Con liga poderosa,
»(Por que rebelde el Caos, y envidiosa
»La Noche, en ocultarme sus secretos.
»Recelando también ser comprendidos
»En mi suerte, se habían empeñado,
»Oponiéndome siempre los decretos
»Contrarios y fortísimos del Hado);
»Mas de ambos triunfe al fin, y felizmente
»Descubrí un nuevo mundo, que compuesto,
»De aire, de tierra y agua, está dispuesto
»Con tal primor, que en la naturaleza
»Quizá no hay otro más sobresaliente,
»Así en fecundidad como en belleza.
»El hombre únicamente allí reinaba:
»Pacífico y tranquilo, disfrutaba,
»Bajo el cielo más puro y más sereno,
»De un florido amenísimo terreno;
»De sus ricos tesoros las primicias,
»Feliz a arbitrio suyo saboreaba,
»Debiendo sólo a nuestra desventura
»El vivir y el gozar tales delicias:
»Su dicha puso el colmo a mi amargura:
»Le tenté con un fruto prohibido:
»Mi astucia y su flaqueza le han perdido.
»¿Mas quién lo que diré hubiera esperado?
»La ridícula ofensa de manera
»A su Hacedor ridículo ha irritado,
»Que aquellos favoritos, del hermoso
»Jardín, cuando a habitarlo han comenzado,
»Sin la menor piedad ha echado fuera,
»Y con ellos, y el mundo, en nuestras manos
»Lo abandona. Este triunfo venturoso
»No ha costado un combate, y poseemos
»Un mundo, cuyo precio aun no sabemos,
»Pero que es opulento con exceso.
»Mis afanes por fin no han sido vanos.
»¿Pero qué me diréis de la rareza
»Del juicio de ese Dios? De su ira el peso
»Sólo ha caído sobre la torpeza
»De un reptil infeliz, que de instrumento
»Ciego hice yo servir para mi intento.
»Mi suplicio, al contrario, ha diferido
»Para una época incierta, mas distante:
»Entre el hombre y mi raza ha establecido

»Eterna enemistad en adelante,
»Y contra mí, aunque ausente, dirigido,
«Llegará, ha dicho, día en que consigas,
Morderle en el talón; mas tu fiereza
Sujetará, y sus plantas enemigas
Quebrantarán entonces tu cabeza.»
»Reparad, pues, cuán poco me ha costado
»Conquistar ese mundo celebrado.
»Sus hermosos verjeles os aguardan:
»Id pues: la paz, la dicha allí se os guardan.»
A estas palabras calla, no dudoso
De que va oír mil vivas expresiones
De gozo y gratitud; aclamaciones
Que satisfagan su ánimo orgulloso.
¡Cuál es pues su dolor, cuál es su espanto
Cuando, en lugar de aplausos, de silbidos
Se estremece la sala, y revolviendo
Los ojos, ya en serpientes convertidos
Sus vasallos! Aumenta su quebranto
Y su vergüenza, comprimir sintiendo
Su misma cara y afilar su frente,
Prolongarse su cuerpo, y recogidos
En él brazos y piernas, en serpiente,
Como los circunstantes, transformarse
Furioso, ni un momento en arrojarse
Tarda del alto trono, blasfemando
En su interior, y arrastra torpemente
Por el suelo, su afrenta deplorando
En vano se resiste: en vano toma
Mil formas, sus anillos reduciendo,
O con fuerza sus roscas impeliendo:
El brazo del Señor le abate y doma.
Lo que sirvió a su triunfo de visible
Y pérfido instrumento,
Justamente ocasiona su tormento.
A hablar se esfuerza, y en lugar de lengua,
Tres dardos vibra, que con silbo horrible
La voz reemplazan. Para mayor mengua
En tanta confusión, ni aun su silbido
Es por las demás sierpes atendido,
Y se ve envuelto entro sus enroscadas
Colas, unas con otras enganchadas.
A cada instante la algazara crece,
Y el gran palacio sin cesar atruena.
El hondo Infierno de terror se llena,
Y la naturaleza se estremece:
La soberbia en el crimen los ha unido,
Y el Juez Eterno unirlos ha querido
En una misma pena.
No produjo la sangre venenosa
De la Górgona prole tan monstruosa.
Por medio de la turba al fin rompiendo
Satanás, aun soberbio, el cuello empina,
Y ya más sosegada la domina.
Presenta la figura de un horrendo
Dragón, más fiero aún, que el fabuloso
Pithón, que, según cuentan, producido
Fue del lodo de un lago cenagoso
Por los rayos del sol enardecido.
Tal Satanás feroz aun descollaba,
Y rastros de grandeza conservaba.
Como en la forma que le distinguía,
En valor a los otros excedía.
Ciegos como él de rabia, mudamente
Se la explican: él sale, y diligente
Toda la reptil turba va en seguida

De su Jefe, al paraje dirigida
En donde aquellos que ha exceptuado el Cielo
Hasta entonces del triste desconsuelo
De la transformación, la guardia hacían,
O en falanjes formados, divertían
El tiempo en ejercicios belicosos,
Aguardando impacientes que volviera
Su Rey de nueva gloria coronado,
La época anticipando con ansiosos
Votos. ¡Mas qué suceso desgraciado
Engañó esta esperanza lisonjera!
En lugar de sus huestes relucientes,
No se ve de repente en la llanura
Mas que una multitud inmensa, oscura,
De mil variadas hordas de serpientes.
Al ver sus transformados compañeros,
El contagio alcanzó a aquellos guerreros,
La sangre de sus venas congelando,
E igualmente sus cuerpos transformando
En sierpes: de las manos encogidas
Las armas se les caen, y oprimidas
Sus fauces, con silbidos lastimosos
A sus hermanos siguen arrastrando.
Como han sido unos mismos sus odiosos
Intentos, uno mismo es el castigo;
Un furor mutuo contra el enemigo,
Y el consuelo de ver al Jefe ausente,
Los dardos de sus lenguas juntamente
Hacen silbar, y atónitos, su aprecio
Explican con señales de desprecio.
Para agravar sus males, ha dispuesto
Dios elevar de pronto en aquel puesto
Un verjel abundante y deleitoso:
Ostenta en él cada árbol su precioso
Fruto, como en Edén, de oro brillante,
Y de púrpura viva coloreado,
En todo semejante
Al que en aquel recinto fue vedado.
Era tal su apariencia y su belleza,
Que aun tentaría de Eva la flaqueza.
En silencio le miran sorprendidos,
Y al ver la multitud de los frutales,
Y que en la especie, todos son iguales,
Sospechan afligidos,
Que es algún nuevo lazo; mas una hambre
Horrible, y una sed que los devora,
Los hacen arrojarse sin demora.
Hacia la fruta: un numeroso enjambre
Por cada tronco trepa, y se apresura
Para arrancar la fruta, que madura
Y jugosa convida. El que los viera
De las ramas pendientes,
Creería ver la horrenda cabellera
De Alecto. No eran más sobresalientes
A la vista, las frutas que crecían
Del lago de Sodoma en la ribera
Infame, y que de asfalto se nutrían.
Estas, los ojos solos engañaban,
Y todos los sentidos lisonjeaban
Juntos, las del Infierno; pero apenas
El fresco zumo de que estaban llenas
Bañaba el paladar, cuando una dura
Aspereza, una cáustica amargura,
En lugar de aquel néctar delicioso
Que prometía a su apetito ansioso,
A arrojar la ponzoña detestable

Los obligaba; mas la intolerable
Hambre y la sed ardiente
Hacían que los monstruos nuevamente
Volviesen a ensayarla: ¡ensayo vano!
Al quererla tragar, tan inhumano,
Tan áspero tormento
Sus fauces despedaza, que al momento
A despedirla vuelven blasfemando,
Mil Pruebas semejantes renovando.
Así ellos que sangrientos se burlaban
Del hombre, que una vez había comido
Un fruto delicioso, aunque prohibido,
En tan horrible apuro se veían,
Que aquella acre Ponzofia codiciaban,
Y aun de ella alimentarse no podían.
Después que este castigo padecieron
Algún tiempo, cesó aquella apariencia,
Y a cobrar su anterior forma volvieron.
Mas también ordenó la Providencia
Que en adelante cada año sufrieran,
Por tiempo señalado,
La misma pena, y que satisficieran
Con la vergüenza y rabia la insolencia
De haber el nuevo mundo desolado.
Entretanto, la Culpa y su homicida
Prole al hermoso Edén volando llegan,
En donde todo su furor desplagan.
La Culpa, en su recinto establecida,
Lo ocupa. Por primera diligencia,
Destierra de él la crédula inocencia;
Y a su hijo, que de cerca la ha seguido
Y el pálido caballo aun no ha traído
Para hacer su mortífera carrera,
Llena de alegre ardor, de esta manera
Le habla: «¿Qué te parece de este imperio
»Feliz y de lo poco que ha costado?
»¡Cuánto no hemos ganado
»En el cambio! Del bajo ministerio
»De alcaldes de las puertas infernales,
»Nada menos logramos que el precioso
»Cetro de este universo poderoso.
»Para mí son iguales,
»La responde aquel monstruo, los horribles
»Abismos, las mansiones apacibles
»Del Edén, como todo cuanto encierra
»La extensión de los Cielos y la tierra,
»Pues jamás reconozco por morada,
»Sino aquella en que puedo mi rabiosa
»Hambre satisfacer, y es poca cosa
»De este estrecho jardín la limitada
»Capacidad, para que yo consiga
»Aplacar un instante su enemiga
»Voracidad, que nunca estar contenta
»Puede con tan ruin cebo, y me atormenta,
»¿Pues por qué, le replica la precita
»Madre, si el apetito así te excita,
»No has comenzado ya a satisfacerte
»Con tantos bienes que tu feliz suerte
»Te presenta de frutos y pescados,
»De tantas aves, fieras y ganados?
»Sí: todo cuanto siegue codiciosa
»Tu hoz, y cuanto contiene esta espaciosa
»Tierra, es tuyo: tu madre te lo cede:
»Pero primero espera
»Que mis hechizos, a que nada puede
»Resistir, los espíritus seduzcan,

»Y a mi obediencia todo lo reduzcan;
»Que a tu hambre abrirá entonces la carrera
»De la naturaleza toda entera.»
Dicho esto, vuelan ambos por diverso
Camino, a inficionar con sus mortales
Venenos la extensión del universo,
Y a llenarlo de crímenes y males.
Se han soltado los frenos
A aquellos monstruos de piedad ajenos.
La tierra, el mar, los hombres y animales,
Libres a sus furoros se han dejado.
A ambos mira el Señor de su elevado
Trono, y dice a su corte circunstante:
»Observad esos monstruos que el distante
»Mundo devastan: ved con qué presteza
»Siegan a plenas manos
»Cuanto encuentran. Vigor, virtud, belleza,
»Todo espira a sus golpes inhumanos.
»No reconozco ya la desgraciada
»Tierra, por mi bondad abandonada,
»Y mi vista ofendida, y que yo hubiera
»Conservado, a no haber con su imprudencia
»Llamado el hombre a esa pareja fiera.
»Del Infierno y su Jefe la insolencia
»Ha llegado a decir que esta mudanza
»Es efecto de envidia y de venganza;
»Que por esto ese mundo les he dado,
»Y tan inocentes criaturas
»A su sangriento cetro abandonado.
»¡Cuán poco saben que de mis futuras
»Miras son sólo ciegos instrumentos!
»¡Que esos monstruos yo mismo he dirigido
»Al mundo, cierta tregua a sus tormentos,
»Dando, y que a él a otra cosa no han venido.
»¡Que a ser ejecutores
»De mis altos decretos, castigando
»Como merecen a los malhechores,
»De camino también purificando
»Las manchas que ellos y sus infernales
»Cómplices han causado en su recinto!
»Uso para mi gloria de su instinto
»Sanguinario: serán de los desleales,
»Humanos el azote, y a porfía
»De la inmundicia y la carnicería
»Se hartarán, hasta tanto,
»Que con dolor cruel y horrible espanto
»Rugiendo, tengan, ¡oh mi Hijo querido!
»Que entregar, precisados, en tus manos,
»La rica presa que de los humanos
»En muchos siglos hayan recogido
»Y que el sepulcro avaro haya escondido:
»Que vuelvas a enterrar esos inmundos
»Enemigos de nuevo en sus profundos
»Calabozos, y entonces con eterno
»Sello cierres las puertas del Infierno.
»Se verá al punto la naturaleza
»Vestirse de hermosura y de pureza,
»El Cielo renacer más luminoso,
»Y el mundo más alegre y abundoso;
»Pero mientras no llegue aquel momento,
»Los Cielos y la tierra profanados,
»Satisfarán con largo sufrimiento
»Las culpas por que han sido condenados.
Dice y el Cielo de repente encantan
Las arpas, y las liras armoniosas;
Los coros de los Angeles levantan

Las voces; aleluyas prolongados
Por los pórticos vastos y elevados
Del palacio divino, cual ruidosas
Olas de un proceloso mar resuenan.
«¡Salve, cantan, oh ser Eterno y justo?
»¡Nada resiste a tu poder augusto!»
Otro cántico nuevo luego estrenan,
Celebrando de su Hijo soberano
La bondad suma: del linaje humano
La regeneración: el Cielo y mundo,
Purgados ya de su contagio inmundo.
Llamando entonces el Omnipotente
Por sus nombres a aquellos principales
Ministros suyos, a su celo ardiente
Encarga que trastornen con fatales,
Perpetuas variaciones,
El orden de los días y estaciones.
El Sol debe el primero su carrera
Variar, y aun los influjos de su esfera,
De tal modo que a veces sus ardores
Al mundo abrasen, y otras, concentrando
Su fuego, en él ejerza sus rigores
La aspereza mortal del frío helado.
El Norte por su parte debe enviarle
Las escarchas, las nieblas y nevadas
Que cubran sus regiones dilatadas;
El mediodía en llamas abrasarle.
Un Angel, de la noche la lumbrera
Ya a guiar, y dirige el movimiento
De los otros planetas, de manera
Que se crucen sus rayos con violento
Orden, y para el mundo hagan maligno
Su aspecto, que antes era el más benigno.
Otro, va a gobernar los superiores
Astros, y a preparar de sus funestas
Luces el triste brillo, y los horrores
Que causan sus opuestas
Influencias: este, trae las tenebrosas
Tempestades, que al sol recién nacido
Tengan con densos velos escondido,
Hasta que con sus fuegos recogiendo
Sus vapores, se truequen en copiosas
Fuentes, de lo alto rápidas lloviendo:
Otros señalan a los furibundos
Vientos sus puntos, para que soplando,
Y unos contra otros con furor luchando,
Las nubes rasquen con horribles truenos,
Y con granizo y piedra los fecundos
Campos arrasen, cuando ya estén lleno.
De ricos frutos, y cuando madura
La cosecha, parezca más segura.
Fértil como el otoño, y más hermosa
Que el verano, reinaba aun la graciosa
Primavera; mas Dios, todavía airado,
Porque ya más el sol no la animara,
Mandó que, de sus polos desquiciado,
Al Ecuador el mundo se inclinara.
Los Angeles al punto el eje asieron,
Y con penoso esfuerzo lo torcieron,
O tal vez aquel astro luminoso,
A la voz del Eterno declinando,
Y al través el Zodiaco cortando,
Cambió las estaciones totalmente,
O cuando el hombre el fruto ponzoñoso
Comió, espantada la naturaleza
De manera tembló, que el refulgente

Astro de su equilibrio la firmeza
Perdió, y se separó de su camino.
Rápido entonces, el desorden vino
A confundirlo todo, ya en la altura
Del aire, ya del orbe en la llanura.
Nacida de la Culpa sin tardanza
La Discordia, acudió a los moradores
Del globo a infundir todos sus furores.
Todos se arman, de sangre y de matanza
Sedientos: hacen guerra mortalmente
Las aves a las aves por el viento,
Los peces en el húmedo elemento
A los peces: dejando el inocente
Pasto, hasta los ganados vagabundos
Unos tras otros se embisten iracundos.
Todos los animales el respeto
Pierden al hombre, a quien reconocían
Por su rey, y agradable corte hacían.
Uno, ya desconfiado huye a su aspecto;
Otro, al pasar con ojos encendidos
De furor, le amenaza, o con rugidos.
Consternado al mirar tan espantoso
Trastorno universal, Adán quisiera
Hallar un bosque espeso en que pudiera
Disfrutar un momento de reposo;
Pero en vano. Le cerca la tormenta
Por todas partes, y la que alimenta
Su corazón, cual buitre encarnizado,
Lo sigue sin cesar, y le devora.
Con gemidos su suerte cruel deplora,
Y el dolor que le tiene acongojado.
En amargos sollozos prorrumpiendo,
Se esfuerza en aliviar, así diciendo:
«¡Después de tantas dichas tales penas!
»Huid, memorias de mis anteriores
»Placeres, ahora de mi ser ajenas,
»Ya del mal entregado a los horrores.
»¿Y es este el mundo que antes disfrutaba
»Delicioso? ¿Yo mismo, soy el que era,
»Su Rey, el que su ornato completaba?
»El Cielo mismo, que antes me quería,
»Ha trocado su amor en saña fiera:
»Derramaba en mi entonces la alegría;
»Ahora me inunda sólo de amargura:
»Huyo del mismo Dios, cuya inefable
»Voz fue en esta morada deleitable
»Tantas veces mi encanto y mi ventura.
»Le ofendí: me aborrece: lo merezco:
»¿Y al nombre de la muerte aun me estremezco?
»Ven, al contrario, ¡oh muerte suspirada!
»Da fin a mi existencia desgraciada.
»Pero esa muerte grata y merecida
»¿Acabará también con la homicida
»Serie de males de mi descendencia?
»¡Ay de mí! ¡No hay para ellos indulgencia!
»¡Todos perpetuarán los miserables
»Rastros de mis desgracias lamentables!
»¡Oh palabras, que fuisteis algún día
»De tanto gozo para el alma mía,
»Creced, multiplicad, ya, ¡oh dura suerte!
»Vuestro fruto será para la muerte.
»Mis últimos retoños, herederos
»De mis miserias, de mis desventuras,
»Tristes blasfemarán de los primeros
»Autores de su vida, en las futuras
»Edades, y en lugar de bendiciones,

»Nos colmarán de acordes maldiciones.
»¡Oh dichas pasajeras, de tormentos
»Sin fin seguidas, cuánto más valiera
»Que Dios tales delicias no nos diera!
»¿Acaso las habíamos pedido?
»Señor, si tus intentos
»Eran de ver al hombre sumergido
»En la miseria, ¿a qué con tal franqueza
»Expende en nosotros la riqueza
»De tus dones? ¿Acaso porque fuese,
»Precipitados de tan grande altura,
»Nuestra caída más funesta y dura?
»¿Quisiste que tu imagen se imprimiese
»En el hombre, en el que es en la extendida
»Naturaleza tu obra preferida,
»Y te esmeraste en perfeccionarla
»Por el placer tan sólo de borrarla?
»¿En el cieno por qué no me dejaste?
»Renunciar puedo a lo que, me donaste
»Recobra, pues, tus bienes que detesto.
»¿Por qué con ese sueño tan funesto
»De la felicidad me has afligido?
»Si querías que yo la conservara,
»En lugar de dejarme a mi flaqueza,
»¿Qué te costaba haberme sostenido,
»Con tus auxilios? ¿Para tu grandeza
»No era bastante que se me quitara,
»Sin añadir un largo y cruel suplicio?
»Mas, ¿qué digo Infeliz? ¿qué atrevimiento
»Es el mío? ¡Citarte, a ti a mi juicio!
»¡Acusarte! Perdona esta momento
»De delirio. Si el ser a mi me diste,
»Fue con el pacto de que observaría
»La leve condición que me impusiste.
»Admití el beneficio: falté al trato;
»He merecido la desgracia mía.
»¿Podría existir un hijo tan ingrato
»Que se atreva a decir a su ofendido
»Padre; ¿Por qué a la vida me sacaste?
»Acaso alguna vez te lo he pedido?
»Y eso que al azar debe su existencia,
»No a elección de su padre: y yo al contrario,
»Yo a quien ¡oh Dios! con tal bondad criaste,
»La debo a tu elección y providencia.
»Sí: confieso que he sido un temerario,
»Un ingrato, un impío.
»De Dios fue el beneficio, el crimen mío.
»Y pues tan mal sus dones he pagado,
»Debo ser duramente castigado.
»¡Oh tierra, abre tu seno tenebroso
»Y sepúltame en él! ¡De su odio horrendo
»Líbrame! ¡Que a tu fondo descendiendo,
»Encuentre, en tus entrañas guarecido,
»De un sueño eterno el plácido reposo!
»¡Que no tema ya su ira en adelante,
»Ni el terrible estampido
»Vuelva a aterrarme de su voz tonante!
»¡Borra de mi memoria la doliente
»Serie de lo pasado, y mí presente
»Aflicción a la vista de las fieras
»Desgracias que extendido mi fecundo
»Contagio, causará por todo el mundo,
»Y en sus generaciones postrimeras
»Castigará a este padre malhadado!
»¡Ah, cuándo llegará mi deseado
»Último instante! ¡Oh vida interminable,

»Más que la misma muerte intolerable!
»¿Por que no acabas? ven, ¡muerte benigna!
»Tú sola de mis votos eres digna.
»Mas con todo, una duda, un cruel recelo
»Me acibara algún tanto tu consuelo.
»¿He de fenecer todo? ¿Estoy seguro
»De que este fuego intelectual y puro,
»Que el frágil barro de mi cuerpo anima,
»También se apagará en la negra sima
»Del sepulcro, hasta la última vislumbre,
»O no lo estoy? ¡Funesta incertidumbre!
»¡Qué turbación me causa! ¿con que puede
»Verificarse que mi cuerpo muera,
»Y que con todo viva mi alma quede?
»¿Qué será entonces de mi lisonjera
»Esperanza de un dulce acabamiento?
»Mas consultemos al remordimiento
»De mi conciencia: el alma únicamente.
»Y no el cuerpo ser puede delincuente;
»¿Pues por qué ella ha de ser privilegiada
»Para sobrevivir, siendo culpada,
»Al cuerpo, de sus faltas inocente?
»¿Y podrá ser tampoco un limitado
»Objeto corno el hombre, condenado
»A un suplicio sin fin? Si sucediera
»Esto, la misma muerte inmortal fuera
»Para vengar a Dios, y no es creíble
»Que tal contradicción sea posible.
»En vano el Ser eterno lo querría:
»De sus manos mi ser escaparía.
»Por su fragilidad: igual bajeza
»De su sabiduría y su grandeza
»Indigna fuera: se tendría a menos
»De perseguir, hasta en los negros senos
»De la honda huesa, mi ceniza helada:
»¿Querría acaso, de venganza hambriento,
»Vara saciar su cólera irritada,
»Eternizar en su resentimiento
»Sus víctimas? La bárbara fiereza
»De este encono, contra un ser pasajero,
»De Dios haría un monstruo carnicero:
»Fuera contrario a la naturaleza.
»Mas si, con todo, en mi concepto errase,
»Y ministro de su ira me aguardase
»La eternidad... ¡Eternidad terrible!
»¡Mis cabellos se erizan al nombrarte!
»¡Alrededor de mí, cual espantoso
»Trueno retumbas! ¿Y será factible,
»Que Dios me haya criado, para darte
»Perpetuo pasto, y que del tenebroso
»Sepulcro salgan cuerpo y alma unidos,
»De nuevo, a igual suplicio sometidos?
»¡Suerte fatal! ¿Aun a mi descendencia
»He de dejar la muerte por herencia?
»¡Ojalá que su copa en mi agotara
»Toda, y yo solo a un tiempo su postrera
»Víctima fuese, como la primera!
»Mi posteridad toda agradecida,
»Me bendijera entonces, y ensalzara.
»¿Pero, por que razón, siendo inocente,
»Ha de ser en mis penas comprendida?
»¡Ah! no: toda mi raza es delincuente.
»De mi crimen la horrible levadura
»Corrompió toda aquella masa pura.
»Su alma, su voluntad, su entendimiento,
»Son cada uno una fuente ya dañada,

»Desde su nacimiento.
»¿Conque, ¡oh Cielo! son justos tus rigores?
»Aun mi ciega razón, por extraviada
»Que esté, se ve obligada
»A confesarlo. Lo que mis mayores
»Angustias causa, es ver de mi futura
»Generación la larga desventura
»Ya que yo solo he sido el que he agraviado
»A Dios, si su venganza descargara
»Sobre mi solo, al fin me consolara.
»¿Qué dices, miserable? ¿Si ese osado
»Voto ¡tiembla de hacerlo! conseguieras,
»La ira toda de un Dios cómo pudieras
»Sostener solo? Esa ira, con exceso
»Más temible que el rayo, el torbellino;
»Esa ira insoportable, cuyo peso
»Al universo entero oprimiría,
»Aunque, compadeciendo tu destino,
»En llevar esa carga, compañía
»Te hiciese la mujer, ¡desventurados!
»Quedarais bajo de ella aniquilados.
»Así, pues, ¡oh dolor! ¡oh lamentable
»Suerte! mis votos, ruegos y esperanzas,
»Mis miedos de lo actual, mis desconfianzas
»De lo futuro, todo en formidable
»Liga, contra mí se arma juntamente.
»¡Oh colmo de desgracias sin ejemplo!
»¡Con qué dolor amargo te contemplo!
»¡Oh Adán! Satanás sólo, ese enemigo
»¡Tormento cruel! de todo ser viviente,
»En la maldad te iguala y el castigo.
»¡Conciencia inexorable! ¡juez terrible!
»Contra Dios, contra mí, me es imposible
»Defenderme. Contigo en un profundo
»Abismo tenebroso deseara
»Hundirme, y que sobre ambos, todo el mundo
»En ruinas de una vez se desplomara.
Así, en la calma de la noche oscura,
Adán, gimiendo, exhala su amargura:
Noche funesta, ¡ay Dios! bien diferente
De aquellas que pasaba,
Cuando el favor de su Señor gozaba,
Cuando un céfiro fresco dulcemente,
De la plateada luna en compañía,
Alentando inspiraba la alegría.
Su negra lóbreguez ahora acrecienta
La cruel aflicción que le atormenta.
Por sus remordimientos devorado,
En tierra, casi exánime, postrado,
Implora dolorido
El golpe tanto tiempo suspendido
Que ha de acabar sus males destruyendo
Su ser, su nacimiento maldiciendo.
«Tu ira, exclama, ¡oh Dios Todopoderoso!
»O antes bien tu bondad, me ha prometido,
»El golpe de la muerte temeroso;
»¿Habré esperado en vano aun este triste
»Don, que por pura compasión me hiciste?
»Mil veces a la muerte que viniera
»He suplicado, pero inútilmente:
»Sorda a mi voz, de mí huye diligente,
»Y con risa mis penas considera.
»¡Oh valles, bosques, fértiles, colinas,
»Arroyuelos y fuentes cristalinas!
»¿Que se hicieron aquellos deliciosos
»Acentos, que los ecos repitieron

»De las peñas y bóvedas sombrías?
»¡Se volvieron en ayes dolorosos!
»¡Ya no escucharéis más mi alegre canto!
»¡Ay de mí! ¡Para siempre fenecieron
»Aquellos breves y felices días,
»Y en aflicción se han vuelto y en espanto!»
Mientras que cedo Adán a la grandeza
De sus tormentos, Eva, que ocultaba
En lo interior del pecho su tristeza,
Y de lejos inquieta le observaba,
Al verlo en situación tan deplorable,
A ir a darlo consuelo se aventura:
Viéndola Adán, la grita con voz dura:
«¡Huye de aquí, serpiente detestable!
»Sí: ese nombre es el tuyo, lo mereces:
»Mis malos la serpiente ha producido,
»Mas en ellos su cómplice tú has sido.
»Y a ella en crueldad y astucia te pareces.
»¡Por qué no conocí yo cuán nocivos
»Eran tus engañosos atractivos!
»¡Ah! ¿por qué no tenías su figura,
»Como, has tenido su mortal veneno?
»A no ser ¡ay de mí! por tu hermosura,
»Tu hermosura divina,
»Antes mi dicha, y ahora mi ruina,
»De este mal estuviera bien ajeno:
»No cayera en tu lazo artificioso.
»¡Ojalá que lo hubiera antes, juicioso,
»Discernido, como ahora lo discierno!
»Sí está el Cielo en tus ojos, y el Infierno
»En tu pecho. ¡Beldad, beldad funesta,
»Que mi vista sedujo, y que detesta
»Mi corazón! Feliz hasta aquel día,
»Lo, fuera aún, si tu fatal porfía,
»Hija de tu ansia indócil o imprudente,
»De gozar de una libertad soñada
»Lejos de mí, vagando ociosamente,
»Y tu vanidad necia y obstinada,
»No hubiesen hecho que te desdeñases
»De seguir mis consejos acertados,
»Y rebelde cerrases
»Los oídos, a todos mis fundados
»Presentimientos, a los cariñosos
»Temores que mi pecho acongojaban.
»¿No te dije harto de los peligrosos
»Lazos del enemigo, y tu flaqueza,
»De los peligros que te amenazaban?
»¿No hice, yo cuanto pudo, por quitarte
»Tu capricho fatal de la cabeza?
»¡Inútil fue: triunfó tu rebeldía
»De mi ternura y mi sabiduría!
»¿Y quién sabe si tuvo también parte
»En el empeño insano,
»Algún deseo oculto como vano,
»De hacer ostentación de tu hermosura.
»A los ojos del fiero
»Satanás, o tal vez el lisonjero
»Ridículo proyecto de enredarle
»En tus lazos tú misma, y su impostura
»Burlando, a tu dominio sujetarlo?
»Fuese cual fuese el fin de aquella tema,
»De la serpiente el diestro stratagema
»Te hizo caer en su red, y yo, ¡marido
»Débil, te dejé sola y sin defensa,
»Por mi necia confianza seducido,
»Expuesta a toda la malicia intensa,

»Al poder de aquel monstruo formidable!
»Te creí más virtuosa y más prudente:
»Juzgué que triunfarías fácilmente
»De un riesgo tantas veces prevenido.
»¡Crédulo, no advertí cuán deleznable
»Tu virtud era! ¡tarde lo he sabido!
»¿Por qué tu sexo frágil, ignorado
»En los Cielos, aquí reina adorado?
»No pudo Dios, cual los espirituales
»Seres, haber con sus fecundas manos
»Propagado sin él a los humanos,
»Y así evitar tan espantosos males?
»¿Qué falta hacía en la naturaleza
»Ese sexo falaz, que si la adorna
»Con su rara hermosura, la trastorna
»Y la deshonra con su ligereza?
»¡Oh sexo peligroso que agradando
»Nos pierdes! ¡Qué desgracias espantosas
»Están por ti a la tierra amenazando!
»¡Qué cúmulo de males! ¡Las esposas
»Por un interés sórdido compradas:
»Los desiguales lazos: las odiosas
»Preferencias: las prendas malogradas.
»A ciegas, la fortuna reuniendo
»Los corazones: la discordia, abriendo
»La puerta a la traición: los orgullosos
»Desdenes: los caprichos enfadosos:
»La necia vanidad, y la locura:
»La hipocresía, hermana de la dura
»Acrimonia: la paz ya desterrada:
»La doméstica guerra declarada:
»Multitud de desgracias lastimera,
»Que tú has traído al mundo la primera!»
Dice, y se aparta airado. Eva, postrada
A sus pies, le detiene sollozando,
Abraza sus rodillas; y exhalando
En amargura le dice: «¡Adán amado!
»No me abandones, no, en este extremado
»Dolor. Al Cielo invoco por testigo
»Del amor que te tengo, y del respeto
»Que está grabado en mí para contigo.
»Mi crimen, más que un crimen, fue el efecto
»De un perdonable error, de una imprudencia,
»Que expía el torcedor de mi conciencia,
»Que me ha costado ya tanto gemido.
»Veme humilde, a tus plantas abrazada,
»Bañarlas con mis lágrimas ardientes.
»Hartos malos sobre ambos han caído;
»Su intolerable peso no acrecientas.
»No me niegues siquiera una mirada.
»De consuelo. No cierres el camino
»Al último recurso, que aunque avaro,
»Para aliviarnos nos dejó el destino.
»Mi eres mi única guía y solo amparo:
»De este mundo en el mísero desierto,
»Todo me tiene ya de miedo helada.
»Tú eres mi asilo, mi seguro puerto;
»¿Que haré, si de ti soy abandonada?
»No rechaces cruel a quien te adora,
»A quien, gimiendo, tu piedad implora!
»¿Y adónde huiría yo, si me impidiese
»Tu implacable rencor que te siguiese
»Quizás pocos momentos gozaremos
»A un de esta infeliz vida que nos queda.
»Al interés común tu enojo ceda:
»Nuestra dulce concordia renovemos,

»Y mutuamente nos consolaremos:
»Uno es el riesgo, y uno el enemigo:
»Para vencerlos, deja que contigo
»Me ligue: entre los dos, más fácilmente
»Lo lograremos, que si combatimos.
»Contra sus fuerzas separadamente.
»Caí lejos de ti; pero a tu lado
»Triunfaré. Con un peso duplicado,
»A mi, a pesar de que los dos sufrimos,
»Me tienen las desgracias oprimida:
»A un mismo tiempo, soy más delincuente,
»Y más digna de ser compadecida.
»Tú ofendiste a Dios únicamente:
»Yo ¡infeliz! he ofendido,
»Como a Dios, al esposo más querido.
»Iré, pues, del Eterno la clemencia,
»A implorar humillada,
»Al propio puesto en donde la sentencia,
»Fulminó: le diré que la culpada
»En provocar su cólera yo he sido,
»Y que sobre mi sola su encendido
»Enojo satisfaga. ¡Cuán dichoso
»Fin será el mío si, mi voto oyendo,
»A ti te perdonare, y yo muriendo,
»Salvándole mi amor pruebo a mi esposo!
Esto dice, y en lágrimas se ahoga.
Su humildad, sus desgracias, sus lamentos,
Su dolor vivo, sus remordimientos,
La franca confesión de su flaqueza,
Todo en el corazón de Adán aboga
En favor de su esposa arrepentida.
Viendo a sus plantas su mitad rendida,
Marchita la belleza
De aquella a la que había amado tanto,
Derramar afligida un mar de llanto
Y su amparo implorar, determinada
A morir, si ha de ser de él separada,
Su justo enojo poco a poco, espira:
En silencio la mira,
Y al fin la dice así, menos severo:
»¿Qué nuevo error, peor aún que el primero.
»¡Oh mujer imprudente!
»Viene ahora a deslumbrar tu débil mente?
»Sola a arrostrar te ofreces la tormenta,
»La ira horrenda del Todopoderoso,
»Tú, que aun no puedes con la de tu esposo?
»Con razón debes darte por contenta,
»Si sabes sostener tus solos males.
»Aun no has formado tú ideas cabales
»De nuestra desventura. Es un ensayo
»No más el que nos causa tal desmayo.
»Si yo esperanza la menor tuviera
»De doblar la severa
»Justicia del Señor, al punto iría
»A pedir que el castigo en mí agotase,
»Y a que a mi costa a ti te perdonase.
»Ante su tribunal precedería
»Tus pasos a exponerle la flaqueza
»De un sexo débil por naturaleza.
»De tu sexo, que puesto a mi cuidado,
»Jamás solo debiera haber dejado,
»Pero estas disensiones desterramos,
»Que hartas penas sin ellas padecemos.
»Levántate, Eva, y que desde este instante
»La dulce unión, la paz y el más constante
»Amor, sean de entrambos el consuelo:

»Uno al otro ayudémonos con celo
»A llevar nuestras penas. Persuadido,
»Por lo que en la sentencia hemos oído,
»Estoy de que la muerte que anhelamos.
»De nosotros aún no está cercana.
»Se viene a paso lento la inhumana,
»Para que nuestros males más sintamos.
»¡A qué subido precio de dolores
»Nos vende aun del sepulcro los horrores!
»¿Y está a las mismas penas condenada,
»Oh Dios, toda la prole que tengamos?
»¡Oh infeliz padre! ¡Oh prole desgraciada!»
A estos lamentos, Eva con modesta
Ternura de este modo lo contesta:
»La memoria fatal de mi extravío,
»Y de mí poco juicio la experiencia,
»Debieran imponerme, esposo mío,
»Un silencio perpetuo y ríguoso.
»Mas, puesto que a tus brazos, generoso,
»Movido de tu amor y tu indulgencia,
»Te has dignado volverme,
»¿Cómo he de poder yo desentenderme
»De exponer cuantos medios mi desvelo
»Discurrir pueda para tu consuelo?
»Permíteme, pues, que uno te presente,
»Para calmarte en parte, suficiente.
»Según te oigo, tu pena la más viva
»Es una inmensa y triste perspectiva
»De los males que nuestra inobediencia
»A nuestros nietos deja por herencia,
»Y cuya serie, larga cual la vida,
»La muerte sola acabará homicida.
»¡Qué pena no ha de darnos, en efecto,
»Ver que nuestro linaje está sujeto
»A una sentencia que hemos merecido
»Nosotros solos, y que en su carrera,
»De las mismas desgracias oprimido
»Ha de ser, hasta su hora postrimera!
»Pues de ti pende, Adán, el que libremos
»A nuestros nietos de esta infeliz suerte.
»Todavía no existen, y sabemos
»Que sólo goza el privilegio, ¡ay triste!
»De no padecer nada, el que no existe.
»No te costará más, que resolverte
»A no dar nunca el ser a esa perdida
»Raza, proscrita aun antes que nacida.
»Que la muerte voraz, chasqueada llora
»Tantas víctimas, ya que nos devore.
»Y si es que te parece cosa dura
»No gozar los derechos de un esposo,
»Ni del nombre de padre la ternura,
»En nuestra mano está el hallar reposo,
»Y acabar de sufrir, con pecho fuerte
»Llamemos juntos a esa misma muerte,
»Remedio de los males infalible:
»Y si sorda a las voces, o insensible,
»No acude, sin cansarnos más en vano,
»Que por su dardo supla nuestra mano.
»De todos modos, más vale buscarla,
»Que con tan largas penas aguardarla:
»Corramos, pues, a aquel tranquilo puerto
»De todas las tormentas de la vida.
»Para escapar de este hórrido desierto,
»La más pronta y más cómoda salida.
»Sin titubear tomemos,
»Y dulce fin a nuestros males demos,

»Que contigo, será para tu esposa
»Hasta la misma muerte deliciosa.
Dice y la muerte que ha invocado ardiente.
Su palidez ha impreso ya en su frente.
Adán, más resignado y más juicioso,
De este modo la anima cariñoso:
«¡Cara Eva! ese desprecio de la vida
»Y sus placeres, muestra que ya sabes
»Reprimir tus deseos, y las suaves
»Delicias del amor con generoso
»Corazón desdeñar; mas seducida
»Estás por tu pasión, si acaso esperas
»Eludir con la muerte los severos
»Justos decretos del Omnipotente.
»Anticipadamente
»Se burla, créeme, de esas quimeras,
»De tus vanos proyectos lisonjeros.
»La vida y muerte están a su obediencia:
»Teme irritarle más con tu impaciencia;
»Tiembla que agrave nuestra desventura,
»Que eternice la muerte, de manera
»Que nuestro ser, bajo su mano dura
»Esté siempre muriendo, y nunca muera.
»Pensemos, oh Eva, pues, con más cordura.
»Acuérdate de aquella misteriosa
»Expresión que Dios dijo:
»A la Serpiente cuando la maldijo:
»Que la mujer, bajo sus pies, un día
»Su cabeza orgullosa
»Con triunfante valor quebrantaría;
»¡Tarda venganza, pero inapreciable,
»Contra el autor de nuestra lamentable
»Ruina! ¿Y quién sabe si era la Serpiente
»Satanás mismo, que de su figura
»Se habría revestido astutamente,
»Para hacer nuestra pérdida segura?
»Si esto es así, cual yo me lo sospecho,
»Se daría tal vez por satisfecho
»Con su castigo el Cielo, y apiadado,
»Perdonaría al hombre su pecado.
»Y si nuestra impaciencia adelantara
»De nuestra vida el fin, o del fecundo
»Lecho los castos frutos estorbara,
»En que sus esperanzas tiene el mundo,
»Nuestra dicha tal vez no se cumpliera,
»Y la venganza justa se perdiera
»Del lloro Satanás: el triunfaría:
»Dios con mayor rigor nos trataría
»Cual súbditos soberbios y obstinados,
»Rebeldes a sus leyes nuevamente,
»Y seríamos más desventurados.
»Tú te acordarás, Eva, cuán elemento
»Su paternal piedad templó el severo
»Rigor de su justicia, en la sentencia
»Que dio contra nosotros: ni un ligero
»Ceño, ni una expresión amarga, o dura:
»Su ira el tono tomó de la indulgencia:
»Temíamos morir en el instante,
»Y dilató la muerte a una futura
»Época incierta, al parecer distante
»A ti te dio a entender que vivirías,
»Diciendo que tus hijos parirías,
»Con dolor. Tal fue todo tu castigo,
»Y la esperanza de esa prole amada,
»En aquel hecho mismo prometida,
»Te dejó de algún modo consolada.

»No menos compasión tuvo conmigo:
»Mi pena fue, volver la endurecida,
»Tierra fecunda a fuerza de labores.
»Y recoger el pan con mis sudores:
»Sentencia nada cruel, aunque severa,
»Pues más castigo la ociosidad fuera.
»Mis manos bastarán a alimentarnos
»Y Dios mismo, alabémosle, piadoso
»Nos ha vestido ya, para guardarnos
»Del calor, o del frío riguroso,
»Que desnudos podría incomodarnos.
»Con la oración, en fin, conseguiremos
»Enternecerle más. Si los horrores
»De la piedra y del hielo, o los ardores
»Del destemplado sol temer debemos,
»Dios nos enviará las industriosas
»Artes: con ellas nos defenderemos.
»Mas, de las altas cimas de los montes
»Descienden presurosas.
»Como ves, a cubrirlos horizontes
»Oscuras nieblas, y silbando el viento,
»Quiere arrancar los montes de su asiento:
»Busquemos un abrigo, y con destreza,
»Del sol amortiguado, reunidos
»En un foco los rayos esparcidos,
»Las secas hojas, de que la maleza
»Nos provee, encendamos, o ludiendo
»Unos cuerpos con otros, el ocioso
»Fuego en ellos oculto, conmoviendo,
»Inflamaremos aun más fácilmente
»La materia dispuesta, y con gozoso
»Placer, un calor dulce lograremos,
»Con que una noche cómoda pasemos,
»Sin que nos dañe el destemplado ambiente
»Así has visto, del aire en las llanuras,
»Chocar unas con otras las oscuras
»Nubes, hacer saltar el encendido
»Rayo, y con él ardiendo el pino
»Enviarnos un calor más agradable
»Que el del sol, y no menos saludable.
»Créeme, Eva querida, ha de mirarnos
»Dios con piedad: benigno ha de inspirarnos
»Artes, con que podamos los prolijos
»Trabajos abreviar, el duro suelo
»Fertilizar, y hallar consuelo
»En nuestros males, hasta que a sus hijos
»La tierra en sus entrañas cariñosa
»Guarda, tal vez para otra edad dichosa.
»Vamos al puesto en que con tal clemencia
»El Señor moderó nuestra sentencia:
»Allí, postrados ante su divino
»Acatamiento, humildes suplicando,
»Nuestra culpa sinceros detestando,
»A su bondad abramos el camino
»Con nuestro amargo llanto: deploremos,
»Oh Eva, con corazón arrepentido,
»La ingratitud en que hemos incurrido:
»A su trono eminente
»Nuestros tristes gemidos elevemos.
»Si hasta ahora ha sido sólo un indulgente
»Padre, y no un juez severo, cuando osados
»Excusábamos aún nuestros malvados
»Placeres, confiados esperemos
»Que, con nuestro dolor enternecido,
»Nos volverá su amor que hemos perdido.»
A estas palabras, en deshecho llanto

Ambos prorrumpen; lágrimas de un santo
Movimiento nacidas,
Que el mismo Dios a sus reconocidas
Almas infunde misericordioso.
Al puesto, pues, en que su riguroso
Fallo se dio caminan, y postrados,
Confiesan al Eterno sus pecados.
Amargamente su ingratitude, lloran.
Y humildes la bondad divina imploran.
Sus ardientes suspiros, sus gemidos,
Al trono eterno suben dirigidos;
De Dios desarman la ira,
Y con nueva piedad a entrambos mira.

LIBRO UNDÉCIMO.

SUMARIO

El hijo de Dios intercede por nuestros primeros padres, que confiesan su culpa; presenta sus oraciones a su Padre, que las oye, peor que declara que deben salir desterrados del Paraíso. Envía a Miguel, con una guardia de Querubines para echarlos de él, y se encarga que para su consuelo les revele su suerte futura y la de su descendencia. Adán, entre tanto, hace observar a Eva algunos signos funestos. Sale al encuentro de Miguel, que le anuncia su destierro. Lamentos de Eva con este motivo. Adán suplica su revocación, y al fin se somete. El Ángel le coloca sobre una altura del Paraíso, y le descubre en una visión lo que debe suceder hasta el diluvio.

Como el dulce rocío matutino
Por los áridos campos se derrama,
Así del seno del amor divino,
Suave desciende la celeste llama
De la gracia, a los pechos afligidos
De Adán y de su esposa,
Y sus remordimientos y gemidos
En consuelo convierte y esperanza.
Rendidos oran, y la poderosa
Oración, que acompañan la confianza
Y el sincero dolor, rápida vuela
Los vastos campos de la luz cortando.
En sus flamantes alas sostenida,
Al templo del Eterno dirigida:
De ser de él rechazada no recela,
Con la infalible protección contando
Del Pontífice Sumo que allí habita,
Hijo de Dios, y Dios y medianero
Entre el hombre y su Padre, que ejercita
Su sacerdocio eterno, intercediendo
Por el linaje humano, y ofreciendo
A su Padre los ruegos que sincero
Le dirige. Llevados por sus manos
A su Padre, aunque en sí ningún aprecio
Merezcan, a sus ojos soberanos
Al punto adquieren infinito precio.
Así la oración de uno y otro esposo,
Envuelta en aquel humo puro y denso
Que del altar eterno del incienso
Asciende, ofrece al Todopoderoso.
«¡Padre mío! le dice, tu propicia
»Vista sobre mí vuelve: la primicia
»Te ofrezco de tus gracias: el rendido
»Dolor de un corazón arrepentido:
»El propósito fiel: la fervorosa
»Oración confiada y respetuosa,
»Frutos divinos, aun más agradables
»A ti, que cuantas frutas admirables
»El Edén deleitoso producía,
»Que el hombre aun inocente te ofrecía.
»Han subido estos ruegos fervorosos,
»Del altar de oro entre los olorosos
»Sacros perfumes, y los he admitido
»Como un sincero fruto
»Del arrepentimiento, y un tributo
»De gloria que yo mismo he bendecido.
»Recibe, pues, del hombre las rendidas
»Oraciones, por tu Hijo conducidas.
»Pues que por los humanos ser, yo quiero
»Víctima, sacerdote y medianero,
»Les consagro desde hoy mi vida y muerte.
»Justos o delincuentes, de su suerte

»Yo me encargo; yo haré que sean puras
»Sus buenas obras, y de las impuras
»Satisfará mi sangre la indulgencia:
»El suplicio de un Dios, en los derechos
»Los restablecerá de la inocencia.
»Con todo, mientras duren los estrechos
»Límites puestos a su mortal vida,
»Se verán por los males angustiados.
»Que sufran el castigo resignados:
»Que mueran; pues que yo, de tu clemencia
»Nunca pretenderé sea abolida,
»Sino sólo aliviada, la sentencia.
»Pero llegará un día en que conmigo,
»Borrada de sus culpas la memoria,
»Unidos, como yo lo estoy contigo,
»A la dicha renazcan y a la gloria.
»Todo cuanto me pides, oh Hijo amado,
»Responde el Padre eterno, está otorgado.
»Mi justicia y mi piedad han decidido
»La suerte de los hombres; pero deben,
»¡Desterrados salir de ese florido
»Edén en que aun habitan; que se lleven
»Consigo su impureza y su quebranto,
»Pues ni culpas ni penas aquel santo
»Suelo permite. Sí: esos malhechores
»Habitar deben ya en otros lugares
»Menos puros; usar de otros manjares
»Más groseros, pues que ellos del inmundo
»Pecado han sido los introductores.
»Los que con él han contagiado el mundo,
»Que paguen de algún modo esos perjuicios
»El hombre recibió en su nacimiento
»De mí, entre otros, dos grandes beneficios,
»A saber, que feliz e inmortal fuera.
»Perdida ya su dicha, si siguiera
»Siendo inmortal, sería su tormento
»Interminable: así, por piedad pura,
»Le he señalado un término en que muera,
»Y breve: si él aprovecharlo sabe;
»Si a mis preceptos leal, triunfa glorioso
»En el combate cruel, está segura
»Su recompensa para cuando acabe.
»Al salir, como el oro refinado,
»Del crisol doloroso
»De las tribulaciones que ha pasado,
»Su alma sublime, suelta
»Del inocente barro en que está envuelta,
»Pasará a un lugar puro sin tardanza,
»Por la calma habitado y la esperanza,
»Hasta que llegue el venturoso día,
»En que mis numerosos escogidos
»Completen nuestra corte reunidos.
»El Cielo ha visto ya su rebeldía
»Castigada, y la tierra delincuente
»La pena ha de sufrir correspondiente.
»Este rigor hará que los humanos
»Observen mis preceptos soberanos.»
Dice, y su Hijo, inclinado, acatamiento
Le hace: al punto resuena
La celeste trompeta, cuyo acento
Sonoro el Cielo dilatado llena:
La misma es que después en la alta cumbre
Del Sina, envuelta en espantable lumbre,
Al bajar el Eterno, aterró tanto
De Israel acampado al pueblo santo,
Y la propia también que en lo futuro

Hará salir los muertos del oscuro
Sepulcro, cuando en llamas consumido
Exhale el mundo el último gemido.
Apenas del Señor ha publicado
El heraldo celeste con robusto
Pecho el decreto augusto,
Cuando de nuevo el Cielo se estremece
Al son de la trompeta replicado,
Que repetido por los ecos crece.
Los hijos de la luz, los deliciosos
Vergeles de amaranto presurosos
Dejando, y las orillas deleitables
Del río de la vida, en que bebiendo
El néctar puro, alegres disfrutaban
De la felicidad, vienen corriendo
Al templo eterno: sus innumerables
Turbas aquel vasto ámbito llenaban,
Y silencioso cada uno adorando
A Dios, su silla de aro iba ocupando.
De esta manera entonces, del divino
Eterno trono, de donde el destino
Del universo pende, a su luciente
Celeste corte habló el Omnipotente:
«¡Hijos míos! habéis visto que, ansioso
»De saber todo, el hombre ha pretendido
»De su alto Dueño conseguir la ciencia.
»Puede estar orgulloso
»De ese conocimiento que ha adquirido
»Del bien y el mal, con su desobediencia.
»¡Cuán cara ha de costarle esa soñada
»Ventaja! Más feliz hubiera sido
»El triste, en mantenerse en la ignorancia.
»Inevitable en su alma limitada,
»Que en dejarse cegar por su jactancia.
»Víctima al fin de los remordimientos,
»Desengañado ahora
»De su locura, mi piedad implora
»Con sincero dolor: si sus lamentos
»Compadeciendo, yo lo perdonara
»Desde luego, del árbol de la vida
»Quizá también el fruto le tentara,
»Y un fatal beneficio para él fuera
»Que, haciéndose inmortal, de su afligida
»Y miserable suerte la carrera
»Funesta para siempre prolongara.
»Toma, pues, oh Miguel, una escogida
»Hueste de Querubines:
»Con ellos ve, y que guarden vigilantes
»Del Edén en contorno los confines:
»No escuches la piedad: parte, y destierra
»A aquellos dos profanos habitantes
»De su sagrada y venturosa tierra;
»Pero no te armes de un ceño severo:
»Al paso que castigues al culpable,
»No agraves más su suerte miserable.
»Trátale en lo posible con dulzura:
»De sus remordimientos el sincero
»Clamor a mí ha llegado: si se humilla
»Su corazón, y observa con sencilla
»Obediencia mis leyes, su amargura
»Tira a suavizar, con la esperanza
»De una futura y próspera mudanza
»Indícales de lejos el sagrado
»Medianero, a salvarlos destinado.
»Ve, pues: cerca de guardias prontamente
»A Edén; desnuda tu resplandeciente

»Espada; que, centellas inflamadas ,
»Vibrando, cierre todas las entradas:
»Cuida que el Angel infernal astuto,
»De seducir al hombre no haga prueba
»Con ese otro ahora más funesto fruto,
»Y su hambre y sed sacrílega no mueva.
Así acaba, y Miguel en el instante,
Ordenada su escuadra fulminante,
Parte: cada guerrero cuatro frentes
Presenta, y en las alas relucientes,
Como en sus cuerpos, brillan encendidos
Miles de vivos ojos esparcidos,
Nunca cerrados, que con fácil vela
Hacen eterna, exacta centinela.
En esto, la mañana ya nacía,
Y perlas en las flores esparcía:
A los perfumes que éstas exhalaban,
Los de las oraciones se mezclaban
Que humilde Adán al Todopoderoso
Dirigía. Su pecho, desmayado
Hasta entonces, de un nuevo y vigoroso
Calor por grados siente ya animarse,
Y el gozo en su interior equilibrado
Con la tristeza, opone en la balanza
A su temor, un rayo de esperanza.
Más tranquilo, a su esposa así a explicarse
Comienza, y como bálsamo escogido
Su discurso conforta su afligido
Corazón: «¡Oh Eva, dice, cuántos bienes
»A la piedad de nuestro Dios debemos!
»Cuantos tiene tu esposo, cuantos tienes,
»Son suyos. ¿Y con que pagar podemos
»Tanta bondad? Mas ya que no alcanzamos
»A agradecerle como deseamos,
»Le aplacaremos con la fervorosa
»Oración, consagrándole rendidos
»Nuestros dos corazones afligidos.
»Una sincera lágrima es bastante
»Para apagar de pronto en su piadosa
»Mano la llama de su fulminante
»Rayo. Yo mismo soy de ello testigo;
»Cuando en tu compañía con mi ruego
»Busqué poco hace en su piedad abrigo,
»Notar me pareció que desde luego
»Aclaraba su ceño nebuloso
»Y se nos sonreía bondadoso.
»Me volvió desde entonces la esperanza,
»Y de la paz con ella la bonanza;
»Aun oigo la promesa milagrosa,
»Aquella su expresión consoladora:
«Una mujer será de la orgullosa
Serpiente con el tiempo vencedora.»
»Esta palabra, que en aquel momento
»Borró de mi memoria un miedo helado
»Propio de la ocasión, ahora, aliviado
»Mi corazón, de nuevo ya a mi oído
»Suenan. Aquel mismo débil instrumento,
»Por el que el hombre ha sido seducido,
»De su venganza servirá al intento.
»Temía antes la muerte, y ahora excita
»Mis esperanzas. ¡Tú, mi esposa amada,
»Eva, madre bendita
»Del humano linaje, destinada
»A restaurar el mundo, cuán gozoso
»Te doy de madre el título glorioso!»
Eva, bajos los ojos, con modesta

Expresión le responde: «¡Amado esposo!
»¿Cómo puedes tratar con tal ternura
»A la autora funesta
»De tu ruina, a la misma que nacida,
»Para hacerte feliz, por su locura
»Te puso en tan horrible desventura?
»Eva, que trajo al mundo la homicida
»Muerte, ¿es creíble que aun le de la vida?
»La ignominia era el único salario
»Competente a mi exceso temerario,
»No esos amables títulos honrosos:
»Pero de ese jardín en que dichosos
»Hasta ahora hemos vivido,
»Cuyo suelo, ya ingrato, endurecido
»Desde hoy, a fuerza sólo de sudores
»Corresponder podrá a nuestras labores,
»Es ya hora que cuidemos,
»Y qué día tan triste nos espera,
»Tras de una noche entera
»De desvelo cruel, en que no habemos
»Hecho más que llorar. Desentendida,
»Con todo de estas penas, ya la aurora,
»Exacta en despertarlos, viene ahora,
»Del bullicio seguida,
»A desterrar el Plácido reposo,
»La entrada abriendo al astro luminoso.
»Vamos, pues, Caro Adán, al olvidado
»Trabajo: en adelante, de tu lado
»Jamás me apartaré: en tu compañía
»La noche me verá, me verá el día.
»Y ahora, supuesto que el Señor tolera,
»Que este hermoso paraje aún habitemos,
»Por mucho, qué nos cueste, procuremos
»Que fructifique. Dios no nos hubiera
»Dejado en él si amor no nos tuviera.
»Perdimos otros bienes más preciosos,
»Mas contentos con éste, no amarguemos
»Su goce con recuerdos dolorosos.
Así Eva, humilde y tierna, discurría
Con Adán. Mas ¡cuál era la tristeza
De éste al ver toda la naturaleza
Mudada, y que a sus ojos no ofrecía
Mas que motivos de terror y duelo!
La alba apenas colora
Los campos con su luz alegre y pura,
Cuando asoma una nube asoladora
Que la oscurece con espeso velo;
Una águila feroz, desde la altura
Del inflamado y tenebroso Cielo
Se precipita sobre dos brillantes
Aves, que huyen al punto, y corta el viento
Tras de ellas. El león busca ya hambriento
La presa y deja los enmarañados
Bosques, al descubrir en los distantes
Campos dos cervatillos: aterrados
Con su vista, hacia Edén rápidamente
Huyen; pero el no menos diligente,
Corre tras de ellos, con furor rugiendo.
Con los ojos Adán los va siguiendo,
Y de aquellos agüeros afligido,
A su tímida esposa así se explica:
«Ya lo ves, Eva, el Cielo multiplica
»Las señales, de que aun está encendido
»Su enojo. Si el Eterno silencioso
»Se mantiene, repite el espacioso,
»Mundo alrededor nuestro, con gemido,

»El grito de la muerte, que en nuestra alma
»Penetra, y con terrores nos desvela.
»El Señor por ventura se recela,
»De que entregados a una falsa calma,
»De que hemos de morir nos olvidemos,
»Y con esto hace que lo recordemos.
»Por más que nuestra muerte se difiera,
»Del seno de la tierra producidos,
»Un día en el seremos recogidos:
»Esta suerte infalible nos espera.
»Mas ¿cuál será este día? ¿Que camino
»Conducirá, por la región desierta
»De la vida, a cada uno a aquel destino?
»Una lóbrega nube nos lo oculta,
»Y estos crueles objetos más abulta.
»Todo es dudoso; mas la muerte es cierta,
»Testigos esos tristes moradores
»De la tierra y del aire, cuya huida,
»Que has visto, a un mismo asilo dirigida,
»Tal vez no habrá evitado los furores,
»La rapidez de sus perseguidores.
»También lo es esa noche que oscurece
»La luz del día apenas aparece.
»Pero mira al ocaso: en este instante,
»¿Ves que la oscuridad de una brillante
»Luz se reviste, como el más hermoso
»Día, y en pompa dirigir parece
»Lentamente hacia aquí, en un luminoso
»Carro, algún diputado
»Celestial, a nosotros enviado?
No se engañaba: el escuadrón divino,
Luciente, se acercaba a su destino.
Al paso que se aleja
Del Cielo, un surco de resplandor deja
En los líquidos aires, hasta tanto
Que, de Edén para sobre el monte santo.
¡Cuán grata aquella escena hubiera sido
Para ti, Adán, si los remordimientos,
Las inquietudes y los sentimientos
De la vergüenza no hubieran roído
Tu corazón, tu vista amortecido!
No fue tan majestuosa
La visión de Jacob, cuando del Cielo
Vio pendiente la escala misteriosa,
Y bajar hasta el suelo
Las escuadras angélicas formadas,
De inmortales fulgores inflamados.
El Arcángel radiante,
Manda a su escolta cerque en el instante
Al Edén, y él, calando la espesura
Del monte, a Adán divisa en la llanura.
Adán le ve venir, y estremecido
De un terror santo, dice así a su esposa:
»Eva, prevénate a oír una embajada
»Celestial: estará determinada
»Nuestra suerte, o tal vez habrá querido
»De nuestro Dueño la bondad piadosa
»Darnos alguna tregua. Allá en la cima
»Del monte, advierte aquella nube de oro,
»Que a ella ha traído del celeste coro
»Una escuadra: repara
»Que solo hacia nosotros se aproxima
»Un guerrero, que de ella se separa.
»El aire noble, el majestuoso porte,
»Indican que algún grande potentado
»Es de la empírea corte.

»Nada noto en sus ojos que motivo
»Nos dé de recelar; mas su semblante,
»Sin embargo, no tiene aquel agrado
»De Rafael, aquel dulce atractivo
»Con que nos encantaba. Yo, adelante
»A recibirle voy, con el respeto
»Que se debe a su clase y a su aspecto:
»Tu aquí espera apartada.»
Se encamina, y el sacro mensajero,
En figura de un hombre, la elevada
Cuesta baja: a intimar viene el severo
Decreto del Señor; mas con dulzura
Su resplandor templando,
Porque Adán totalmente no se espanto.
De una fuerte y magnífica armadura
Guerrera está vestido, y su presencia
Es heroica: al viento van ondeando
De su manto de púrpura brillante
Los vastos pliegues. Ni remotamente
Competir pudo en la magnificencia
Con aquélla, la púrpura luciente
Que se labraba en la soberbia Tyro,
De aquel pez famosísimo extraída
Y hasta tres veces con primor teñida.
Ni tampoco en riqueza la igualaron
Los bellos trajes que en el vasto giro
Del Asia voluptuosa trabajaron
Para los reyes y los más famosos
Héroes, cuando de sus belicosos
Triunfos, brillando de esplendor y gloria,
En la paz celebraban la memoria.
Su varonil belleza, presentaba
La juventud florida,
A la prudencia de la edad unida:
En el hermoso tahalí brillaba
El celeste Zodiaco, y pendiente
De él traía el acero fulminante.
Terror del arrogante
Satanás, que cual viva llama ardía,
Y la terrible lanza en su valiente
Derecha mano rayos despedía.
Adán, ambas rodillas en el suelo
Hincadas, le saluda humildemente.
El ministro del Cielo,
Guardando su elevada jerarquía,
Sin volverle el saludo ni inclinarse,
De esta manera comenzó a explicarse:
«Tus oraciones la piedad divina
»Admitir se ha dignado. Dios pudiera
»Castigar sus derechos ofendidos
»Por medio de una muerte repentina,
»Agradécele, pues, que la difiera.
»De bondad lleno, tiempo quiere darte
»Para que con mil frutos escogidos
»De virtudes, redimas por tu parte
»El exceso fatal de haber probado
»Aquel que con rigor te habla vedado.
»A este precio te arranca del horrible
»Abismo del Infierno; mas desde ahora
»Jamás habitarás este apacible,
»Jardín, pues que el Señor de él te destierra.
»Obedece rendido sin demora:
»Parte lejos de aquí, por ese mundo
»Un asilo a buscan eterna guerra
»Haz a su vasto y árido terreno:
»Con tu sudor lo volverás fecundo:

»Naciste en él, y su maternal seno
»Te dará mientras vivas alimento,
»Y después de tu muerte alojamiento.
A este discurso, Adán, mudo de espanto,
Se siente helar la sangre. Eva, escondida
No muy lejos de allí, en lo más secreto
De un bosquecillo, oído este decreto
De su destierro, de un mortal quebranto
Al punto enajenada, su guarida
Descubre con sollozos y clamores,
Que aumentan de su esposo los dolores.
«¡Oh golpe para mi ánimo afligido,
»Gritaba Eva, más cruel que el de la muerte!
»¡Conque ya no hay recurso, he de perderte,
»Oh deliciosa tierra! ¡Edén querido,
»Felices campos en que yo he nacido,
»Envidiados del Cielo, he de dejaros!
»¡Ay triste! En medio de mis dolorosas
»Penas me lisonjeaba de habitaros,
»De haceros dividir mis lastimosas
»Quejas y mis lamentos,
»Y ahora, mi corazón desconsolado
»Llevará sólo los remordimientos,
»La memoria de haberos profanado
»¡Oh vosotras, objetos preferidos
»Por mi cariño, flores hechiceras,
»Adiós! no me veréis ya a las primeras
»Muestras del día, vuestros encogidos
»Cálices presentará los lucidos
»Rayos de un sol benigno; tiernamente
»Cultivar vuestra infancia; con frecuente
»Riego animar vuestros desfallecidos
»Retoños, y sembrar vuestra escogida
»Semilla, para daros nueva vida
»En una prole bella y numerosa.
»¿Quién desde aquí adelante sabrá diestra
»Dar el terreno a cada tribu vuestra
»Propio para criarla más hermosa?
»¿Quién nombres os dará, correspondientes
»A vuestras calidades diferentes?
»¿Quién os tendrá el amor que yo os tenía
»Cada mañana, con afán corría
»A cuidaros: la tarde me encontraba
»Con vosotras: la noche me privaba
.Sola de vuestra dulce compañía:
»Con las aguas de Eden de refrescaros
»Cuidaba: sólo puedo ya regaros
»Con lágrimas amargas de mis ojos.
»¡Adiós, pues, para siempre, amadas flores.
»Vuestros dulces perfumes y colores
»No hallaré en otra parte: una desierta
»Región sí, que de espinas y de abrojos,
»Como mi corazón, esté cubierta.
»Y tú, que de guirnaldas me esmeraba
»En adornar, a cual más primorosa,
»¡Triste de mí! cuando aun era dichosa,
»¡Oh nupcial lecho! ¡cuán lejos estaba
»De pensar que jamás te dejaría!
»¡Adiós te queda! ¡Desgraciado día!
»¿A qué climas, qué yermos espantosos
»Iremos a extraviarnos?
»¿Acaso tierra habrá que pueda darnos
»Los frutos de este suelo deliciosos?
»¿Que alimentos ahora encontraremos
»Que puedan reemplazar los que perdemos?
»¡Adiós Edén! Un sueño lisonjero,

»Fue tu goce, tan poco duradero.»
Al oír de estas quejas la amargura,
Consolarla procura
El divino ministro, interrumpiendo
Sus dolorosos gritos, y diciendo:
«No llores, Eva; lleva con paciencia
»Las pérdidas que bien has merecido.
»No abandones con tanta renitencia
»Unos bienes que tuyos nunca han sido.
»Parte: sola no vas, sigue a tu esposo:
»Si amándole, con él dividir sabes
»Tus penas, serán mucho menos graves,
»Y tu destierro menos trabajoso:
»Con él encontrarás en cualquier suelo
»Tu patria, y de tus males el consuelo.
»Al oírlo, Adán se calma, y resignado
Así dice al celeste diputado:
«¡Oh tú, cualquier que seas, eminente
»Ciudadano del Cielo,
»Que das a conocer con tu presencia,
»De tu dignidad suma la excelencia,
»Cómo has sabido con bondad prudente,
»Al ejercer tu oficio riguroso,
»Suavizar bien su efecto doloroso!
»Si no hubieras tenido esa indulgencia,
»El decreto fatal que hemos oído
»El fin de nuestra vida hubiera sido.
»¿Y qué mayor desgracia era posible
»Nos sucediese? ¿Qué otro más terrible
»Golpe que ese destierro? ¡Desgraciados!
»A esta patria feliz acostumbrados,
»A estos campos celestes, su segura
»Posesión nuestras penas consolaba.
»En nuestra desventura,
»Era el único bien que nos quedaba.
»¡Y perderlo! ¡Y huir! ¿adónde iremos
»A dar con nuestros días lamentables?
»Fuera de este recinto, no hallaremos
»Otra cosa que yermos espantables,
»Extraños totalmente
»Para nosotros, como lo seremos
»Para ellos. ¡Ah! ¡Si yo esperar pudiera
»Que ese dueño, que adoro tan clemente.
»A mis humildes ruegos atendiera,
»Con qué ardor a sus plantas me postrara
»Y a implorarlo de nuevo me animara!
»Mas ¿qué harían mis súplicas rendidas?
»¡Ah! son ya tardas para ser oídas.
»Fuera sólo oponer mi flaco aliento
»Al fiero impulso de un deshecho viento;
»Y mis instancias, lejos de aplacarle,
»No harían, puede ser, mas que indignaría.
»Humilde, pues, la justa providencia.
»De mi Dios obedezco: lo que siento
»Más al dejar esta feliz morada,
»Esta mi patria amada,
»Es verme desterrar de su presencia
»Divina. Si a lo menos permitiese
»Que, para alivio de tan cruel ausencia,
»De tiempo en tiempo a este jardín volviese
»Su sacro suelo todo correría,
»Y en los lugares en que se ha dignado
»Dejarse ver de mí, con el agrado
»De un padre cariñoso,
»Con el mismo fervor le adoraría.
»Por todas partes buscaría ansioso

»Los rastros de los dones y favores
»Que me ha hecho, registrando los primores;
»De sus obras divinas, y podría
»A mis tiernos hijuelos, reunidos
»Alrededor de mí, que con delicia
»Me oirían, de, ellos dar la útil noticia,
»Y en sus pechos dejarlos esculpidos.
»Sobre esa excelsa cumbre, les dijera
»(Jamás se borrará de mi memoria),
»A, mí se apareció por la primera,
»Vez, con toda la pompa de su gloria.
»Entre esos verdes pinos, con frecuencia
»Su voz oí: gocé de su presencia
»En aquella arboleda: en la ribera
»De aquel arroyo, recibió benigno
»Mi humilde vasallaje.
»Delante de mis hijos alzaría
»Entonces un altar, en el paraje
»Mismo, que fuese un permanente signo
»De nuestro amor y humilde rendimiento
»De las piedras y céspedes haría
»Del mismo arroyo el sacro monumento
»Sobre aquella ara rústica, las flores
»Y la mirra escogida, sus olores
»Uniendo, un puro incienso a la grandeza
»De Dios daría la naturaleza.
»Mas, en esos desiertos nebulosos,
»En esos climas fríos que debemos
»Ir a habitar, ¿en dónde encontraremos
»De su augusta presencia los preciosos
»Vestigios, de sus dones los sagrados
»Recuerdos? De su vista desterrados,
»Objetos de su cólera seremos.
»Mas ¿qué digo? Algún rayo de alegría
»Templa al presente la tristeza mía:
»Dices que aun nos perdona, que difiera
»Nuestra muerte, que quiere
»Que en numerosos hijos renazcamos
»Si su ira justamente nos castiga,
»Su piedad con dulzura nos mitiga
»La pena. Aun de la dicha disfrutamos
»De poderle adorar, bien que remotos,
»Y de esperar que en los desiertos cotos
»De ese lóbrego mundo adonde vamos,
»De su benigna luz alguna pura
»Vislumbre aclare nuestra suerte oscura.
»Destierra un miedo que al Señor ofende,
»Le respondo Miguel: ¿piensas acaso
»Que su presencia augusta no se extiende
»Mas que al terreno escaso
»De ese jardín? Su inmensidad contiene
»Y llena el universo: el soberano
»Cetro del aire y de las hondas tiene.
»Y la terrestre esfera está en su mano:
»Por él respira el hombre: de él recibe
»Cuanto alienta, la vida, y en él vive.
»Si de Edén el imperio te ha entregado,
»¿Crearás que a él esté el suyo limitado?
»La capital del mundo hubiera sido
»Tu jardín, si no hubieras delinquido,
»Y tu noble y fecunda descendencia
»De innumerables pueblos, esparcida
»Por todo el mundo, hubiera concurrido
»Aquí, para prestarte la obediencia,
»Como a su padre y rey a ti debida.
»Tu crimen te privó de estos derechos,

»Y os debéis ahora dar por satisfechos
»De que tenga el Eterno la indulgencia
»De dejaros vivir tranquilamente
»En un terreno en que, aunque menos puro,
»Hallaréis alimento suficiente
»Para vosotros y vuestro futuro
»Linaje. Sobre todo, aunque invisible,
»Como en todo lugar, allí presente,
»Dios oirá vuestros ruegos bondadoso:
»Vuestra naturaleza corruptible
»Sostendrá, y os hará menos penoso
»El triste curso de la mortal vida.
»Ahora, para instruirte y libertarte,
»Antes de tu salida
»De aquí, de tus terrores infundados,
»De orden del Cielo voy a revelarte
»En perspectiva exacta, mas ligera,
»La suerte a que estáis tú y tu venidera,
»Raza, aun la más remota, destinados.
»Veras en ella unas vicisitudes
»Extrañas: una mezcla inconcebible
»De dichas y desgracias: levantadas
»A veces hasta el Cielo las virtudes.
»Las viciosas pasiones sepultadas
»Por su turno en el cieno más horrible:
»El bien cerca del mal, con indecible
»Confusa liga: el orbe gobernado
»En partes, por las leyes del Eterno,
»Y en otras, torpemente subyugado
»Bajo el tirano imperio del Infierno:
»Uno al otro la tierra disputando,
»Consiguiendo, o cediendo la victoria.
»Si todos estos cuadros registrando,
»Los imprimieres bien en tu memoria.
»Tu orgullo contendrán con provechoso
»Terror, y enseñarán a tu firmeza
»Varonil a que lleves moderado
»Los, bienes y los males sin flaqueza,
»Y de una incierta suerte con reposo
»Siguiendo el curso vario, el temeroso
»Ultimo día veas resignado.
»¿Ves aquel alto monte? Subiremos
»A su cumbre, y en tanto que tu esposa
»Se entrega al sueño, que mi cuidadora
»Mano sobre sus ojos ha vertido,
»En grueso, desde allí recorreremos
»Por todo el orbe, a nuestros pies tendido,
»La suerte que a los hombres se destina.
»Contigo voy adonde me encamina,
»Tu bondad, dice Adán: ya mi constante.
»Ánimo corre intrépido delante
»De todos cuantos malos conjetura:
»Sea cual sea su peso, los recibo,
»Y con valor trepando por la dura
»Senda que seguir debo mientras viva,
»Arribare, por mucho que trabaje,
»Con feliz calma al término del viaje.»
Entrambos van en el instante mismo
Adonde se ha de abrir el negro abismo
De lo futuro. Al fin de Edén estaba
La alta cumbre que al orbe dominaba,
Y una serenidad inalterable.
Y perpetua su asiento allí tenía.
No fue tan alto y claro aquel famoso
Monte adonde el tirano detestable
Del Infierno, con bárbara osadía,

Llevó a1 Hijo del Todopoderoso,
Y desde donde, sin saber quién
Le mostró toda la terrestre esfera.
Una por una cada monarquía;
Su poder y riqueza; y orgulloso
De seducirle con su ardid perverso,
Las ofreció al Señor del universo.
Adán de allí la vista ya extendía,
Un espacio infinito divisando;
Pero como debía ir registrando
Objetos más distantes y mayores,
Que habían de exigir ojos mejores
Que los suyos, Miguel su vista corta,
Por la terrestre niebla oscurecida,
Con un celeste bálsamo conforta,
Y después, con dos gotas de la clara
Agua del sacro río de la vida,
Como el cristal más puro se la aclara.
Una llama por ella de repente
Pasa, y su alma ilumina interiormente.
Mas tanta luz le deja deslumbrado,
Y su vigor de tal modo quebranta,
Que cae desmayado.
El Ángel de la mano le levanta,
Y su valor anima, así diciendo:
«Toda esa muchedumbre que estás viendo
»De infelices, de ti es originada
»Y por sola tu culpa condenada.
»Oh crimen contagioso cual fecundo,
»De cuántos otros llenarás el mundo.»
Adán en esto ve un campo espacioso,
Cubierto de un enjambre numeroso
De segadores: al opuesto lado
Un rebaño extendido por un prado,
Y cotos que las tierras dividían
Va que los varios dueños poseían.
En el campo feraz que se segaba,
Sobre la verde yerba se elevaba
En medio un altar rústico, y en su ara
Una porción de espigas, recogida
Sin elección alguna, y ofrecida
Como primicia por la mano avara
De un dueño escaso, que contra su gusto
Al Cielo paga aquel tributo justo.
Sus sudores el campo han fecundado,
Y aun de sudor su rostro está inundado.
En aquel mismo instante,
Con modesto semblante,
Está un pastor en otro altar cercano
Presentando al Eterno lo más sano
Y más lucido de su numeroso
Rebaño: sobre ramos inflamados
Arden los intestinos, y mezclados
El humo y el vapor del oloroso
Incienso, todo junto, como nube
Cándida, al Cielo sube.
Cae de pronto un rayo luminoso
Sobre el altar, e indica al inocente
Que ha recibido favorablemente
Su sacrificio el cielo.
El otro, menos digno igual consuelo
No dio al mezquino dueño, que rabioso
De envidia, un grueso canto arrebatando.
Corre, lo arroja contra el virtuoso
Pastor, y le abre una mortal herida.
Cae el justo, y si, sangre derramando,

Pierde con ella su inocente vida.
A esta desgracia, Adán, horrorizado,
Al Ángel dice: «¿Que furor malvado,
»Sin respetar las aras ni el augusto
»Dios que en ellas se adora, se ha atrevido
»A verter esa sangre santa y pura,
»A privar de la vida a ese hombre justo?
»Y es éste aquel amparo, por ventura,
»Que Dios a la virtud ha prometido?
»Su guía le responde tristemente:
»Hijos tuyos, oh Adán, esos rivales
»Son entrambos; mas ¡oh cuán diferente,
»De cada uno es la suerte! Ese piadoso
»Pastor, dotado de las celestiales
»Gracias, víctima muere del furioso
»Odio que le juró su mismo hermano.
»Devorado de envidia el inhumano,
»A1 verle por su Dios favorecido,
»Todo respeto y ley echó en olvido.
»De su delito pagará la pena
»A su tiempo ese cruel, al que enajena,
»Cual ves ya, el roedor remordimiento,
»Y le hace revolear en el sangriento
»Suelo, su horrible exceso deplorando
»Y de obtener perdón desesperando.
»Entonces podrá ver por experiencia
»Cómo venga un Dios justo la inocencia.
»¡Oh monstruo! exclama Adán, ¡rabia implacable,
»En la causa y efectos execrable!
»¡Conque, testigo de tan dura suerte,
»Sin sufrirla aun, sé ya lo que es la muerte!
»Este es, pues, el camino
»Que ha de pasar el hombre desgraciado
»Para volver a su primer destino.
»¡Oh muerte, que con sólo haber mirado
»Tu muestra me pareces tan horrible,
»Es preciso que seas insufrible!
»¡Oh desgraciada vida,
»Aun es más dolorosa tu salida!
»Destierra ese temor, cobra tu aliento,
»Le dice el Ángel; es lo que ahora viste
»De un fratricidio cruel la imagen triste:
»Te aterró el espectáculo sangriento;
»Mas no siempre la muerte tan terrible
»Aparato presenta a los vivientes:
»Todo hombre a parar va a su alojamiento
»Tenebroso; mas Dios por diferentes
»Sendas los lleva: lo que más sensible
»Se hace en aquella fúnebre morada,
»Es la tristeza y luto de su entrada;
»Mas para todos es un paradero
»Indispensable. El afilado acero,
»Del uno, antes del término debido,
»Corta la vital trama;
»Otro muere en las ondas sumergido;
»A aquél consume la encendida llama;
»A otros acaba la hambre; y la abundancia
»A muchos más, abriendo ancha carrera
»A la desenfrenada intemperancia,
»De la cual nacen casi cuantos males
»Son para los humanos tan fatales.
»Eva la abrió la entrada la primera
»Con su ejemplo y sus hijos desgraciados,
»Serán por ella misma castigados.
»Ven, registra ese asilo lamentable
»De los dolores: nota ese espantable

»Enjambre de variados y crueles
»Males, que en mil aspectos horrorosos
»Llenan, ministros de la muerte fieles,
»La gran capacidad de sus inmundos
»Muros, y con los mismos ponzoñosos
»Hálitos de los muertos, inficionan
»A un número mayor de moribundos.
»Dentro de esos dominios temerosos,
»Es donde se amontonan
»Cuantas penas padecen los humanos
»La rabia, con los ojos centelleantes.
»Del delirio los ímpetus insanos:
»La locura, variando por instantes
»Mil ideas extrañas:
»El cólico, torciendo las entrañas
»Doloridas: la piedra, atormentando
»Las úlceras roedoras, destrozando
»Los cuerpos a porfía:
»La amarilla vigilia, con hundidos
»Ojos: la tos ferina, los oídos
»Estremeciendo: la melancolía,
»Con lánguido mirar: al apurado
»Asma siempre alentando, y siempre ahogado.
»La hidrópica hinchazón: la consumida
»Tisis: el fiero hervor de la encendida
»Calentura: el catarro, encrudeciendo
»Los humores, y el pecho endureciendo
»De la acre gota los intolerables,
»Dolores; y entre tantas formidables
»Calamidades, la devastadora
»Peste, que sola más vidas devora
»En un breve momento,
»Que en muchos días su escuadrón sangriento.
»Mira los infelices, entregados
»A esos crueles verdugos, revolcarse,
»Torcerse de dolor desesperados:
»Repara que no cesan de quejarse,
»De gemir, de gritar continuamente:
»Cada sexo su clase diferente
»Tiene de males; las edades cuentan
»Los suyos, que a cada una la atormentan
»El terror, las angustias, y la loca
»Desesperación, corren presurosas
»De cama en cama, van de boca en boca
»Excitando las quejas lastimosas:
»La muerte cruel las sigue, y su homicida
»Arma vibrando, a veces suspendida
»La tiene, y sorda a todos los clamores,
»Cien veces, cual abrigo el más propicio,
»Por sus víctimas tristes invocada,
»De oírlos lamentar regocijada,
»A proporción que crecen sus dolores,
»En prolongar se esmera su suplicio.
»¡Ah! ¡Qué mortal feroz será al que tanto
»Colmo, de malos no derrita en llanto!..»
Al ver tales horrores,
Adán, por más que nada ha recibido
De la mujer, pues que es de Dios nacido,
Se siente desmayar, gime, suspira,
Y helado de terror al Cielo mira.
Un torrente de lágrimas inunda
Sus ojos, y con voz desfallecida,
A su aflicción profunda
Abre en estas palabras la salida.
«¡Oh suerte horrenda! ¡Oh raza desdichada!
»¡Parad, crueles tormentos!

»Ya que quiera el Señor que perezcamos,
»¿Por qué hacemos morir en tantas veces?
»¡Oh tú, con tales ansias invocada.
»Ven, Muerte, a socorrernos! Los momentos,
»Hasta verte llegar, tristes contamos.
»Si tu espantosa copa hasta las heces
»Ha de ser por los hombres consumida
»¿Para qué se nos dio, o se nos impuso,
»El yugo intolerable de esta vida?
»O darla de una vez, o en el confusa
»Abismo, de la nada,
»Dejar nuestra fatal casta olvidada.
»¿Formó Dios estos flacos edificios
»De nuestros cuerpos, para entretenerse
»En destruirlos a fuerza de suplicios?
»¿Ignora que por sí han de disolverse?
»¡Ah! Si el hombre previera,
»Al ser en este mundo introducido,
»Los males que le aguardan en la vida,
»De la cuna asustado atrás volviera.
»¡Oh Dios que le criaste! Por malvado
»Que sea, ¿cómo es dable hayas querido
»Borrar tu misma imagen, esculpida
»En su rostro? ¿Ese timbre le habrás dado
»Sólo por adornarle
»Cual víctima, y al fin sacrificarle?
»Adán, replica el Angel: engañado
»Habías, e injusto: el hombre delincuente,
»De su rango caído enteramente,
»Ya de Dios nada tiene. Cuando hollaste
»Su precepto, a los brutos te igualaste,
»Separándote de él. En aquel punto
»En que se entregó el hombre a su grosero
»Apetito, borrado el fiel trasunto,
»La imagen del Señor, a su torpeza
»Le abandonó, y así tu lastimero
»Dolor no desfigura
»Ya las facciones de su imagen pura,
»Sino sola tu vil naturaleza.
»Bien, dice Adán; ti Cielo me someto,
»Y a volver a la tierra me sujeto;
»¿Mas para qué esa muerte, cuyo horrible
»Ceño me atemoriza? ¿Faltaría,
»Para pasar a su morada fría,
»Otra senda más corta y apacible?
»¿No podía ella misma disfrazarse,
»Y menos espantosa presentarse?
»Pues sólo en ti consiste el despojarla,
»Replica el Angel, de ese fiero aspecto;
»Tu puedes fácilmente transformarla
»En un suave sueño: ten sujeto
»Tu apetito: disfruta parcamente
»De todo lo terreno: haz que presida
»La modesta templanza a tu comida:
»Que el comer y el beber, no a tu golosa
»Ansia se arreglen, sino solamente
»A tu necesidad, a una juiciosa
»Justa moderación: de esta manera,
»De la vida alargada la carrera,
»Cuando llegue tu día,
»Sin dolor, sin tormento, ni agonía
»Penosa, por la tierra reclamado
»Con la marca del Cielo,
»Será tu muerte un sueño sosegado.
»Cual la madura fruta cae al suelo
»En el otoño, o cede fácilmente

»A la mano al cogerla, dulcemente
»Caerás también, de días buenos lleno
»Tú, de la tierra en el maternal seno.
»Será después que la vejez helada
»Haya venido: ya tu frente arada
»De arrugas estará, y la tez oscura,
»De la juventud toda la frescura
»Florida habrá perdido:
»La cabeza nevada
»Blanqueará, y tu vigor desfallecido,
»Cual los mismos sentidos embotados,
»No podrán saborear ya los usados
»Placeres. Aun tu sangre empobrecida
»En las rígidas venas,
»Algunas gotas conservará apenas
»Del bálsamo suave de la vida.
»Árida el alma misma y abrumada,
»De la juventud pierde marchitada
»La alegría, y mirando cual quimera
»Lo actual, en lo futuro nada espera.
»Convengo, dijo Adán, pues me aseguras
»Que nos impone la naturaleza
»De esta pesada carga la dureza,
»Que en adelante, de mis amarguras
»No prolongará mi alma los sensibles
»Recuerdos, antes bien, su diligente
»Cuidado cifrará en hacer sufribles
»Las penas de esta vida dolorosa,
»Y en aguardar, lo más tranquilamente
»Que pueda, su catástrofe penosa.
»No debes con exceso amar la vida,
»Le responde Miguel, ni aborrecerla:
»Con tu odio, la tendrías oprimida:
»Mucho afecto, podría corromperla:
»¡Triste el que la detesta, y desgraciado
»El que a ella ciegamente está entregado!
»Mientras vivieres, virtuosamente
»Tira a vivir; esto es lo suficiente:
»Deja que el Cielo con lo demás cargue,
»Y que abrevio tu vida, o que la alargue:
»Pasemos ahora a más alegre escena.»
Dice: y a aquella vista dolorosa,
Otra sucede al punto deleitosa:
Se deja ver una campiña llena
De tiendas de campaña, de colores
Varios, y alrededor en las praderas,
Muchedumbre de ovejas, de terneras
Y de vacas lozanas, despuntando
La tierna hierba y olorosas flores:
Más cerca, los oídos encantando,
Sus acentos armónicos unían.
Oboes y laúdes melodiosos:
Otro mortal entre, ellos, se ocupaba
En recorrer con dedos primorosos
Un clave, cuyos ecos competían
Con los de una arpa, que otro manejaba,
De unas en otras rápido saltando
Las cuerdas. Entre todos, ya apurando
Las notas, ya con sabia y moderada
Lentitud arreglándose en los varios
Tonos, o concordantes o contrarios,
Ya con una reunión arrebatada
De sonidos distintos,
Forman mil agradables laberintos.
El fuego ruge allá en la fragua ardiente,
Y el pesado martillo sobre el duro

Yunque retumba, en que un ahumado herrero,
Con incansable apuro,
Doma el hierro rebelde. Diestramente
Pule otro el bronce, cual sí fuese acero,
Sea que aquel metal, un encendido
Fuego las densas selvas devorando,
En su mineral haya derretido,
Y sus negros conductos destrozando,
Este, por algún antro haya salido
Derramado, los campos abrasando,
Sea que los torrentes
Subterráneos, con rápidas corrientes,
Sus basas arrancando a las oscuras
Entrañas de los montes, esparcidas
Las hayan arrojado en las llanuras:
Lo cierto es que ya en hoyas prevenidas,
Por diversos canales
Corren hirviendo a hundirse los metales:
Enfriados en la tierra,
De su masa, el artífice industrioso
Forma el corte de una hacha, de una sierra
Los roedores dientes, o un arado,
A abrir profundos surcos destinado.
Otros, dan al macizo y luminoso
Material mil labores diferentes,
A otras obras más finas conducentes
Que trabajan con arte primorosa.
En esto, ven bajar de una elevada
Cumbre otra bella tribu numerosa
De hombres, que llenos de un ardiente celo,
Viene a propagar la ley sagrada
Del Señor, el amor a los humanos,
Y del culto de Dios los soberanos
Ritos, del orbe por el vasto suelo:
Adán los va siguiendo con la vista.
De las tiendas en esto, alegre y lista,
De jóvenes hermosas
Una turba escogida
Sale, de oro y de púrpura vestida.
Sus brillantes adornos, sus preciosas
Galas, ceden con todo a su belleza:
Forman diversos bailes, en que airoas
Lucen todo su garbo y ligereza:
Algunos cantan, o la dulce lira
Tañen. Aquellos sabios que aún admira
Adán, por sus encantos seducidos
Arden, y con los ojos encendidos
De impura llama, las están mirando,
La virtud y los Cielos olvidando.
Escoge al punto cada cual la dama
Cuyo atractivo más su pecho inflama:
Cada uno del deleite al aliciente
Su alma abandona, hasta que llega la hora,
En que caído el sol al occidente,
Resplandece la estrella protectora
De los amantes, y un pronto himeneo
Enlazándolos, colma su deseo:
El himeneo, que divinizado
En aquel tiempo antiguo, por primera
Vez, con cánticos sacros celebrado
Fue en aquella ocasión. La placentera
Solemnidad, banquetes abundantes,
Acompañados de la deliciosa
Música, que repiten los distantes
Ecos terminan. Todos la gloriosa
Tierna conquista aplauden, y acabada

La función general esta dispuesto
Por cada tienda, privativa fiesta,
En que es con igual gozo celebrada:
En todas, la algazara y la alegría
Sigue, de aquel solemne y fausto día.
Al ver tal diversión, tantos gozosos
Bailes, cantos, banquetes abundosos,
Tantas preciosas galas, tantas flores;
Tal es la fuerza de los seductores
Atractivos, que Adán alucinado
Los terrores de su alma ha desterrado.
»¡Oh Ángel, exclama, por quien yo he leído
»Los secretos del Cielo,
»Con que risueños cuadros el consuelo
»Has derramado en mi animo afligido!
»Mi corazón ya se abre a la esperanza
»No me habías mostrado todavía
»Si no objetos de horror y de venganza;
»Mas por fin, a mi vista has ofrecido
»Otros, que acuerdan, llenos de alegría,
»La dicha ya perdida al alma mía.»
El Ángel interrumpe, así diciendo:
»¡Oh tu, que, de tu culpa prescindiendo,
»Eres la obra sublime, el fiel traslado
»Humana del Señor que te ha criado!
»¡Teme, a esas apariencias atendiendo,
»Dejarte seducir! Esos asilos
»De los dulces delirios amorosos,
»De placeres y cantos voluptuosos,
»Al parecer felices y tranquilos,
»Serán del vicio y crimen madrigueras.
»Un día saldrán de ellos almas fieras
»Que mancharán sus violentas manos
»Con sangre de sus míseros hermanos
»A raudales vertida.
»Bien es verdad que de las industriosas,
»Artes, alivio de la humana vida,
»Serán los inventores
»Mas soberbios, ingratos, sus dichosas
»Invenciones, cual partos celebrando
»De su vivaz ingenio únicamente,
»¡Negarán al Eterno los loores
»Que por ellas le deben, e irritando
»Con tal deslealtad su enojo ardiente,
»Pagarán algún día
»Su negra ingratitud y su osadía
»Distinguirá, con todo, la hermosura
»Su descendencia. Esas mujeres que ahora,
»De tan bella figura
»Ves, cuya gracia es aun más seductora,
»De un himeneo casto las delicias
»Desdeñarán, y la alegría vana,
»La bulliciosa vanidad mundana,
»Al doméstico gozo prefiriendo,
»Se entregarán sin freno a las caricias
»Del vicio; y esos sabios distinguidos
»Con el nombre sagrado
»De hombres de Dios, en fuego impuro ardiendo
»Por ellas, como has visto pervertidos,
»Todo honroso pudor abandonado,
»A su atractivo inmolarán su gloria.
»Y esta indigna victoria
»Que sobre la virtud logre el inmundo
»Vicio, ¡qué males no acarreará al mundo!
Adán al oírle, llora amargamente,
Y el placer que ha gozado aquel momento,

De aumentar sirve su anterior tormento.
«¡Oh que ignominia, exclama: ¡los secuaces
»De la virtud dejarse torpemente,
»Y tan pronto, engañar por los falaces
»Atractivos del vicio, y olvidarla!
»¿Cómo es posible que dejar de amarla
»Pueda el que en algún tiempo la ha querido?
»¡Ah! lo veo; comió la seducida
»Mujer aquella fruta prohibida,
»Y de su ingratitud son las fatales
»Precisas consecuencias, el olvido
»De la virtud y todos esos males.
»No, no la acuses exclusivamente
»El Ángel le replica. ¿Por ventura
»El hombre indócil, que con tal flaqueza
»Su hecho imitó, fue menos delincuente?
»Como dotado de mayor cordura,
»Lejos de complacerla con bajeza
»Debió impedir que de él se separara,
»Y el precepto por sí guardar fielmente,
»Aunque ella a quebrantarlo se arrojara.
»Mas mira ahora una nueva perspectiva,
»Aun de más; extensión y más activa.»
Vastos dominios, campos cultivados
Se ven: la pompa de las populosas
Ciudades, templos, torres orgullosas,
Palacios de diversas estructuras,
Reyes, campeones, héroes armados,
A las sangrientas lides preparados:
Su talla gigantesca, su guerrero
Lujo y sus espantosas cataduras
Terror infunden: unos, afilados
Dardos arrojan, otros, con ligero
Articioso freno, los fogosos
Bridones guían por los polvorosos
Campos, y raudos al combate avanzan.
Los peones también a él se abalanzan:
Ambos campos están ya batallando,
La sangre humana a ríos derramando
A otro extremo, una tropa de feroces
Soldados Adán nota, que veloces,
Con horrible algazara,
De ovejas y de vacas numerosos
Rebaños, todos de belleza rara,
Consigno traen, que han sido robados
Por su violencia a los floridos prados.
Lejos ya de sus pastos deliciosos,
El dolor de dejarlos, con balidos
Tiernos explican o con sus bramidos;
Aterrados huyendo los pastores,
El campo con sus gritos y clamores
Atruenan: otra escuadra bien armada
A su socorro vuela en el momento:
Alcanzando a los fieros robadores,
Una batalla empeñan obstinada:
Se mezclan, se rechazan, un sangriento
Diluvio riega el prado en que pastaba
El ganado pacífico y que hollaba
Tranquilo: de cadáveres y heridos,
De armas rotas, de dardos esparcidos,
La tierra y verde yerba está cubierta,
Y a poco, el bello suelo sólo ofrece
A la llorosa vista una desierta
Tierra, que la sorprende y la entristece.
De un sitio el espectáculo espantable
Sucede a aquella serio temerosa

De combates. Se ve una populosa
Fuerte ciudad, cercada y embestida
Por una multitud innumerable
De feroces guerreros:
Los unos, la subida
Con escaleras a sus altos muros
Intentando, por ellas trepan fieros
Otros, de aquel terreno los oscuros
Senos, diestros mirando,
Se van a las murallas acercando:
Y otros, al descubierto, con los duros
Arietes, a sus masas embistiendo,
Ya las arruinan con horrible estruendo.
Con valor se defienden los sitiados:
Una tempestad ciega de apiñados
Dardos, flechas y piedras diligentes
Hacen llover sobre los sitiadores:
Acompañan sulfúreos torrentes
De fuego, que con furia despedidos,
Los devoran, sobre ellos dirigidos:
La discordia, la rabia, sus furores
Ejercen, precediendo a la homicida
Muerte, con el destrozo entretenida.
Unos graves heraldos entre tanto,
Por la cana vejez endurecidos,
Mas que, con todo, reprimir el llanto
Apenas pueden, con el cetro usado
En mano, a fuerza de sus repetidos
Ruegos, al fin reunir junto a las puertas
De la ciudad consiguen el senado:
A los viejos se agrega una guerrera
Turba, se habla, disputa y delibera:
Fluctúan aun inciertas
Las opiniones: brama enfurecido
El Pueblo, que quisiera de repente
Ver aquel grande asunto decidido:
Un sabio entonces cuya edad madura
Pasó su primavera, y al estío
Ya toca, se presenta entre la gente,
Y arrebatado por su celo pío,
Les habla con vigor y con dulzura
De virtudes, de leyes, de obediencia,
De un Dios justo, del crimen juez severo,
Apoyo y vengador de la inocencia.
Los oyentes, del último al primero,
Todos, jóvenes, viejos, desdeñosos
Lo escuchan, y por último rabiosos,
Arman contra el las homicidas manos:
Dios entonces de aquellos inhumanos
Le libra, enviando una encendida nube
Que por los aires le arrebatada, y sube:
Al verlo, el triste Adán llora y suspira:
«¿Qué mortales son esos, embriagados
»De sangre humana? dice ¿Quién inspira
»Tal furor en sus pechos obstinados?
»Son de la destrucción tal vez feroces
»Ministros, o no son sino es atroces
»Monstruos que han usurpado la figura
»Humana? ¡Cómo! ¿el hombre, esa criatura
»Nacida para el bien, es el villano
»Asesino ¡el hombre, y el hermano,
»Lo es del hermano ¡Oh crimen! ¡Oh sangriento
»Delirio! Mas quien es ese virtuoso
»Noble varón que el Todopoderoso
»De su furor libró con tal portento?
»Tu has visto, le responde el diputado

»Del Cielo, los fatales
»Lazos que a un pueblo impío han agregado
»Una tribu piadosa, al torpe vicio
»La virtud: de estos nudos desiguales,
»La discordia funesta es el monstruoso
»Fruto, y a un mismo tiempo es el suplicio.
»De ese enlace, tan raro corno odioso,
»Han nacido en el mundo unos mortales
»Bárbaros, que en la cuna se juraron
»Eterna enemistad: de ésta tomaron
»Principio la discordia turbulenta;
»La ambición insaciable,
»Seguida de la prole innumerable
»De males que produce; la sangrienta
»Victoria de la muerte precedida,
»Del triste luto y destrucción seguida;
»Y la rabia feroz encarnizada,
»Que del valor el nombre usurpa osada.
»Tales son los famosos vencedores,
»De los cuales al hijo embebecido
»El tierno padre contará la historia,
»Cual si la más gloriosa hubiera sido;
»Aquellos decantados triunfadores
»Que la lisonja al templo de memoria
»Destinara; los héroes famosos,
»De los míseros hombres sus hermanos
»Protectores potentes y gloriosos,
»Mejor diré, verdugos y tiranos!
»Yo ahí esos Dioses. Hijos de otros tales
»Dioses, a quienes cultos celestiales
»La ceguedad del hombre ha tributado.
»La sangre, los destrozos solos fueron
»Las causas que estas honras los trajeron;
»Y el hombre mismo, al fin desengañado,
»Su nombre, que duro algunas edades
»Con el rumor de sus atrocidades,
»En el desprecio dejará olvidado.
»Aquel varón que vistos, eminente
»En virtudes y celo, y que elocuente.
»A un pueblo injusto corregir quería.
»Es tu séptimo nieto, y un celoso
»Amigo de lo justo, el más virtuoso
»De su tiempo: es el solo que oponía
»Un muro firme a aquella raza impía.
»Por eso Dios, en un desconocido
»Paraíso lo tiene prevenido,
»Para que al fin del mundo, a penitencia
»Llame a tu pervertida descendencia.
»Así, cual viste, en una reluciente
»Nube, fue por los aires de repente
»A aquel lugar llevado,
»En donde vive bienaventurado,
»Interin llega el tiempo en que el segundo
»Destino ya cumplido que en el mundo
»Le espera, para siempre la presencia
»Goce de Dios: tal es de la inocencia:
»El premio, y ahora en otra escena observa,
»Cuál es el que al pecado se reserva.»
Mudada con efecto totalmente
Vuelve la escena de la paz brillante:
La fiera guerra, su espantosa frente
De bronce oculta y ya su voz tonante
A la tierra no tiene amedrentada:
Los bailes, los festines, las canciones,
A una loca alegría
Hacen por todas partes compañía,

Y a la disolución dan libre entrada:
Se desenfrenan todas las pasiones
Voluptuosas: los vicios más bestiales
La extensión de la tierra escandalizan,
Y cual virtudes ya se solemnizan:
Despreciados los sacros naturales
Lazos del matrimonio, sin misterio
A la lealtad insulta el adulterio:
La torpe embriaguez y la insaciable
Gula, de la lascivia el fuego inflaman.
En vano todos los derechos claman:
Se mira como objeto despreciable
La justicia, y al Cielo desafía
Con alta cara la blasfemia impía:
Entonces aparece un venerable
Varón anciano, que con voz austera,
Su moral santa opone por barrera,
De los vicios al rápido torrente:
A toda aquella corrompida gente
Manifiesta la cólera divina:
Les amenaza de una pronta ruina:
Les muestra el rayo, sobre su cabeza
Ya suspendido, pero inútilmente:
Lejos de corregirse, su impureza
Aumenta cada día. Al fin, perdida
La esperanza de ver tan obstinada
Generación perversa corregida,
Hacia una alta montaña se endereza,
De antiguos fuertes pinos coronada:
Se ocupa allí, con ánimo constante,
En hacer construir una flotante
Arca inmensa: prescribe su figura,
Su longitud, su latitud y altura:
La arca se eleva, y en sus divisiones,
Todos los frutos de las estaciones
Recoge a su designio conducentes.
Luego a su hueco oscuro y espacioso,
Por voluntad del Todopoderoso,
A la voz del anciano, diligentes
Un par de cada especie de viviente,
Animales, que el aire y tierra habitan,
Un refugio a buscar se precipitan.
El mismo, habiendo en vano
Anunciado a los pueblos las postreras
Amenazas del próximo castigo,
Escarnecido, cual si fuera insano,
De la arca al fin se recogió al abrigo,
Con su mujer, sus hijos y sus nueras,
Y cerró desde adentro toda entrada.
La atmósfera, hasta entonces sosegada,
Se turba por momentos:
Con furor silba el Austro, y cuantos vientos
Llovedores dormitan reservados,
Del Cielo en los terribles arsenales:
Se amontonan tormentas y nublados,
En los aires de denso vapor llenos:
Se inflama el horizonte con fatales
Meteoros, y aun tiempo oscurecido,
Queda en fúnebre noche convertido:
Por todas partes, formidables truenos
Retumban sin cesar: con ominosa
Luz, los vivos relámpagos descubren,
De un polo al otro, momentáneamente
Todo el horror que las tinieblas cubren:
Se precipita a ríos espantosa
La lluvia más espesa, interpolada

Con otra lluvia ardiente
De exhalaciones, rayos y centellas:
El vasto firmamento, interceptada
La claridad del sol y las estrellas,
No es ya más que una bóveda enlutada,
Un lóbrego desierto,
Que Cierra más la noche, y acrecienta
El horror de la lluvia y la tormenta.
El mar, al cual las puertas se han abierto
Saltando fiero desde su profunda
Sima, se arroja rápido, bramando,
Los valles con los montes igualando.
Por todas partes, la ancha tierra inunda
La agua devastadora: de su esfera
La superficie es ya sólo un inmenso
Piélago sin ribera:
El arca, encima de él, rompiendo el densa
Diluvio como cúspide elevada,
Por las olas en vano atormentada,
Firme, con arreglados movimientos,
Flota, y se ríe de ellas, y los vientos.
Entre tanto en la tierra sumergida
Nada queda con vida
De cuanto allí, respira: no han podido
Salvarse ni aun los hombres que han logrado
A algún excelso monte haber subido,
Pues las aguas los han sobrepujado
Todos, y muchos de ellos se han hundido;
En los palacios de los poderosos
Reyes, nadan ahora los marinos
Monstruos; sirven las calles y caminos
De sendas a los peces escamosos.
De un sepulcro común en los horrores.
Enterrando a los hombres, sus honores,
Sus placeres, su orgullo, sus riquezas,
Y de su enorme lujo las grandezas,
El agua lava, y purga desde luego,
Un mundo profanado;
Hasta que en lo futuro, por el fuego
Quede, cual debe estar, purificado.
Todo perece, pues, todo se arruina:
Sólo la débil arca, la esperanza
Del mundo, que gobierna la divina
Piedad, burla del agua la pujanza.
Al ver aquel desastre temeroso,
Oh Padre de los hombres, ¡qué penoso
Diluvio de amargura
Convirtió tu esperanza en noche oscura!
Al ver tu descendencia aniquilada
Con la tierra, en las hondas sepultada,
Se heló tu sangre, y el extremo espanta
Aun del alivio te privó del llanto.
¡Infeliz! de los males que veías
Que devastaban la naturaleza,
El peso todo sobre tu cabeza
Abrumada sentías.
Miguel con todo, con benigno celo,
Le levanta del suelo,
En que le ve caer desfallecido,
Y suavizar procura,
Con expresiones llenas de ternura,
Las horribles escenas que ha tenido
A su vista: consigue finalmente,
A fuerza de bondad, que su afligido
Hecho, desahogue así, con voz doliente:
»¿Por qué mostrarme, ¡oh Dios! ese futuro

»Tejido de desgracias indecible?
»¿Para qué haber rasgado el velo oscuro
»De mí ignorancia dulce y apacible?
»¿A qué mostrarme la desgracia ajena,
»La ruina de mi triste descendencia?
»¿No era bastante la desgracia mía?
»¡Suerte cruel! hasta ahora me reía
»El pecho tu memoria, mas tu pena
»¡Cuánto más crece con la, fatal ciencia
»De lo que han de sufrir mis desdichados
»Hijos, y del horrendo
»Medio con que han de ser aniquilados!
»¡Y quizá siglos estaré sufriendo
»Este tormento! ¡Adiós, dulce reposo,
»Suave sueño! ¡adiós todo consuelo!
»¡El fin de mi progenie doloroso
»Ha acabado de echaros de este suelo?
»¡Ve mi aflicción, Dios justo, a quien imploro
»Aun no existen los males que, yo lloro;
»Pero de ser no dejan efectivos,
»Pues han de ser en tiempos sucesivos,
»Sin haber de evitarlos esperanza:
»¡Infeliz el que alcanza
»A prever sus tormentos venideros!
»A sufrirlos comienza en el instante,
»Cual si ya entonces fuesen verdaderos.
»¡Funesta previsión, que únicamente
»Sirves de hacer sentir como presente
»El dolor de nosotros aun distante!
»Pero ¿qué digo? En la total ruina
»Del humano linaje, ¿a quién la triste
»Voz de mi desconsuelo se encamina?
»¡Todo habrá perecido! ¡Y si, aun resiste
»Alguno de los míos a la fiera
»Desolación, y se mantiene vivo
»En algún alto punto de la esfera,
»Con fatiga trepando fugitivo
»De risco en risco, o ya en algún oscuro
»Antro escondido, lejos que de apuro
»Salga, de hambre y de miedo consumido.
»Para muerte más cruel habrá vivido!
»¡Ah! yo me lisonjeaba que, apagado
»De la inhumana guerra el rayo horrendo.
»Para siempre la paz restableciendo,
»Del hombre el hombre amado existiría,
»Y el hombre, por el hombre consolado,
»De una vejez tranquila gozaría;
»Mas ¿cuánto en mi esperanza me he engañado?
»La misma paz, origen es fecundo
»De más sangrienta plaga para el mundo.
»La de la guerra, a algunos limitaba
»Su furor, y ésta a todos los acaba.
»Mas dime, oh santo guía, las fatales
»Causas de tantos y tan crueles males,
»Y si tan general su influjo ha sido,
»Que mi raza del todo se ha extinguida.
»Aprende, dice el Ángel, su futura
»Suerte. Aquellos intrépidos mortales
»De robusta estatura,
»De lujo y de deleites embriagados,
»Con su fortuna al parecer contentos,
»Que vistes al principio, y que sedientos
»De sangre, unos contra otros irritados,
»Después a hierro y fuego se envistieron
»Haciéndose una guerra carnífera,
»Eterno nombre conseguir creyeron

»Con sus hazañas; mas la verdadera
»Gloria estaba muy lejos de sus almas:
»De su victoria atroz eran las palmas
»Las muertes, los destrozos, los lamentos
»De los tristes vencidos los tormentos.
»De este honor engañoso
»Con todo satisfechos, no tardaron
»En trocar de su orgullo la fiereza,
»De la blanda molicie en la bajeza,
»Y no se avergonzaron
»De pasar desde el carro victorioso,
»Al lecho del deleite voluptuoso.
»Del ocio, de los vicios, prontamente
»Las envidias, las crueles disensiones,
»En medio de la misma paz nacieron,
»Y tras de ellas las más viles pasiones.
»Por Dios abandonados justamente,
»En una dura esclavitud cayeron,
»En la que, por el vicio embrutecidos
»Los opresores y los oprimidos,
»Cual sus costumbres, su valor perdieron;
»Estos, y aquella turba de tiranos
»Perversos, que de humanos
»Nada tenían sino la apariencia,
»Víctimas de la más brutal licencia,
»De Dios, de la virtud, de la justicia,
»Y de todas las leyes se olvidaron.
»Tales progresos hizo la malicia,
»Que hasta los mismos sabios se extraviaron.
»En esto, sobre aquella noche oscura
»De corrupción, descuella de repente
»Un hijo de la luz, una alma pura,
»Que la virtud predica al universo,
»Que solo, en medio de un pueblo perverso,
»Opone su firmeza a la corriente
»Del vicio; los placeres, los honores,
»La ignominia y las penas despreciando,
»Al crimen orgulloso avergonzando,
»Y haciendo guerra a todos los errores,
»Infunde en el impío un saludable
»Temor; demuestra a todos cuán amable
»Es la justicia; enseña aquella estrecha
»Senda que al Cielo mismo va derecha,
»Y que huellan en dulce compañía,
»La virtud, la inocencia, y la alegría;
»Pero la multitud proterva y necia
»Le insulta, le escarnece y le desprecia.
»Mas Dios, a cuya vista está patente
»El corazón del hombre, prontamente
»Al justo va a vengar de tanta ofensa:
»Le mandará construir un arca inmensa,
»Y cuando él con sus hijos, y elegidos
»Animales, que el mundo nuevamente
»Han de poblar, en ella estén metidos,
»El Cielo, ejecutor de la divina
»Venganza, los depósitos abriendo
»Inmensos de aguas que su cristalina
»Bóveda está en su espacio sosteniendo.
»Con el diluvio universal, que viste.
»Cubrirá el mundo y cuanto en él existe.
»A un Edén llevará el mismo camino:
»¡Adiós, jardín! ¡Adiós, monte divino!
»Su río manso, vuelto en turbulento
»Mar, los vergeles que antes fecundaba
»Con su corriente brava,
»Ahora, arrancados de su firme asiento.

»Arrastrará dispersos, en las cimas
»De sus soberbias olas, a otros climas,
»Dejando en su lugar una desierta
»Isla, de breñas ásperas cubierta,
»Cuyas riberas sirvan de moradas,
»De los monstruos del mar a las manadas,
»Mas, dejada, esta escena formidable,
»Vuelve la vista atenta
»A otra que sea menos lamentable.»
Ve en esto Adán calmarse la tormenta,
Cambiar los vientos, y las ondas fieras
Ir bajando del Cielo a sus riberas,
Las nubes huir del aquilón helado,
Y calmada su furia procelosa,
El mar ya por orillas circundado:
Sus olas se nivelan; su espaciosa
Superficie parece un claro espejo,
Y despide a lo lejos el reflejo
Del día; absorbe el sol con sus ardores
Gran parte de ella, en húmedos vapores.
Las esparcidas aguas, lentamente
Hacia el mar se retiran silenciosas:
La tierra disminuye la corriente
De sus arroyos, y las caudalosas
Ondas con que sus ríos se han hinchado,
Abriéndolas sus simas tenebrosas.
Todo calla. Ya el arca solitaria,
Largo tiempo juguete de la varia
Dirección de las olas, ha parado
En la cumbre del piélago, elevada
Sobre la cima de un excelso monte,
A un descollado risco asemejada
Del Althos, dominando el horizonte.
Las altas sierras, de los procelosos
Abismos sacan sus peladas frentes
Por grados, mas sus faldas, de frondosos
Bosques pobladas, en su fondo aun yacen.
Así en el mar, escollos eminentes,
Contra los que sus olas se deshacen,
Al aire elevan su penacho erguido
Y en ellas lo restante está escondido.
Los últimos torrentes precipitan,
Sus aguas ya en el mar, que, furibundo.
Las extranjeras ondas que le agitan,
De su seno sepulta en lo profundo.
De la arca entonces, el prudente anciano.
Para ver si la tierra el océano
Inunda aún, o está ya descubierta,
Suelta el cuervo el primero,
Y después la paloma, mensajero
Más fiel, que al pronto circular volando,
Intimidada, a descubrir no acierta
Dónde poner el pie; mas alargando
El vuelo, vuelve al fin a la querencia,
Y en el pico una verde fresca rama
De olivo trae, que la paz proclama
Del Cielo con la tierra Esta ha salido
Ya de las aguas: la arca en diligencia
Vuelve al mundo su huésped escogido
y todos sus vivientes refugiados.
El anciano y sus hijos, elevados
Los ojos y las manos hacia el Cielo,
Al Eterno dan gracias fervorosos;
Pronto el Señor aumenta su consuelo
Fijando en los celajes nebulosos
Ese arco inmenso que resplandeciente

El horizonte abraza, matizado
De los siete colores más preciosos:
La púrpura, el azul y el reluciente
Oro, entre ellos se ven. Lo ha destinado
Por prenda del perdón que al afligido
Mundo en lo venidero ha concedido
Al ver Adán el arco luminoso,
Adora alegre al Todopoderoso:
«Si creo al Cielo, exclama, viviremos
»En nuestra prole amada:
»Por ese justo, y cuanto se ha salvado,
»Restablecer veremos
»El mundo, a mejor suerte reservado,
»Y en él su noble raza perpetuada:
»Dios, como justo y bueno, a los humanos,
»Ha querido probar; a los profanos,
»De sus sagradas leyes transgresores,
»Ha envuelto del diluvio en los horrores
»Pero el justo respira;
»El ha podido solo aplacar su ira,
»Y su raza fecunda y mejorada
»Restaurará la tierra devastada:
»Mas dignate explicar menudamente
»Los misterios que en ese milagroso
»Arco ha ocultado el Todopoderoso,
»Si que lo sepa juzgas conveniente.
»Brilla en él toda su magnificencia
»Y su dulzura, y si mi inteligencia
»Débil consulto, al ver lo acaecido
»Antes en el diluvio, yo creyera
»Que indica que el Señor ha suspendido
»Aguas inmensas en la azul esfera.
»No te engañas, Adán, en tu supuesto,
»Le responde Miguel: Dios ha calmado
»De su furor el moribundo resto:
»Antes miró a la tierra: vio admirado
»Reinar con insolencia audaz el vicio,
»Y de arrepentimiento penetrado
»Asoló su magnífico edificio:
»Castigó a los perversos; mas, piadoso,
»Al justo protegió, y su temeroso
»Rayo apagó al instante,
»A fin de que en su prole reviviera:
»No, no se soltarán en adelante:
»Los torrentes del Cielo, ni otra fiera
»Lluvia devastará ese renacido
»Mundo, puesto que Dios lo ha prometido;
»Y así, cuando en los Cielos se presente
»Ese arco inmenso, aviva tu esperanza
»Y lee en su extensión resplandeciente
»Del Cielo con la tierra la alianza.
»Desde hoy ni un solo instante
»Dejarán de seguir su orden constante
»Los tiempos, días, años y estaciones,
»Y su curso apacible y arreglado
»Todas esas magníficas legiones
»De astros, hasta el momento señalado
»Para que el fuego de su oculta fuente
»Salga y devore al mundo en un ardiente
»Diluvio. Entonces, del sepulcro oscuro
»Dios sacará otro Cielo aún más puro,
»Y nueva tierra, en que sus escogidos
»Vivan eternamente reunidos.»

LIBRO DUODÉCIMO.

SUMARIO.

MIGUEL expone a Adán en una narración los sucesos posteriores al diluvio. Le anuncia el linaje particular de Abrahán como aquel ha de nacer el Redentor del linaje humano. Añade su encarnación, su muerte, y demás misterios, y el estado de la Iglesia hasta su segunda venida. Adán, consolado, da gracias a Miguel, y baja del monte en su compañía. Despierta Eva, que había dormido todo aquel tiempo, pero que había sido consolada también con sueños favorables. Miguel los coge a entrambos de la mano, y los conduce fuera del Paraíso. Ven detrás de ellos la espada de fuego fulminante, y los Querubines que rodean el Paraíso, para impedir su entrada.

Cual caminante que de su jornada
Suspende la fatiga cuando ardiente
El sol divide en dos partes el día;
Tal el Ángel suspende la empezada
Relación que hechizado Adán oía;
Y así después la sigue nuevamente:
«Viste salir un mundo de las manos
»Del Eterno; con todos sus insanos
»Habitantes le viste sumergido,
»Y después a su ser restituído,
»Ocupado por nuevos pobladores;
»Mas no lo has visto todo: los portentos
»Del Eterno, sus vivos resplandores,
»Tu limitada vista deslumbraron:
»Voy a decirte los acaecimientos
»Que tus ojos entonces no alcanzaron:
»Escucha, pues, su interesante historia.
»Y guárdala indeleble en tu memoria
»Mientras que esos segundos habitantes
»Del mundo, entre sepulcros y ruinas
»Aun en pequeño número, y errantes,
»Anduvieron, teniendo las divinas
»Venganzas a su vista, escarmentados,
»Adoraron a Dios, y le sirvieron;
»Sus descendientes, ya más numerosos.
»Como en las artes más adelantados,
»Cultivando terrenos abundosos,
»En paz, copiosas mieses recogieron:
»La parra por las uvas abrumada
»Se dobló, y al olivo la pesada
»Carga oprimió del fruto delicado
»Lo mejor del ganado,
»De las ricas cosechas lo escogido,
»Las puras y abundantes libaciones
»Las flores, los altares, el rendido
»Culto formaban con que al soberano
»Dueño adorando de las estaciones,
»Imploraban sus gracias y sus dones.
»En las varias familias el humano
»Linaje dividido, cultivaba
»Las virtudes, y sólo disfrutaba
»De placeres tan simples como puros
»En su mesa inocente,
»Ni embriaguez ni lujo se veían:
»Las armas y los muros
»Solo contra las fieras le servían:
»La paternal autoridad, la fuente.
»Era de las sencillas justas leyes.
»De todos los gobiernos eran fijos
»Los términos: los hijos
»Eran vasallos, y los padres reyes:
»Mas pronto mudó todo: un hombre fiero,

»Cazador atrevido, fue el primero
»Que, arrebatado de ambición insana.
»De otros hombres feroces sostenido,
»De la violencia y del terror valido,
»Bajo un yugo arbitrario y duradero
»Logró oprimir la sociedad humana:
»El dar la muerte fue para él un juego,
»Una víctima, el hombre que opusiera
»La menor resistencia a cualesquiera
»De sus caprichos: con el hierro en mano,
»La guerra ejecutando a sangre y fuego
»Estableció en el mundo aquel odioso
»Imperio, y en él fue el primer tirano
»Su loco orgullo, al Todopoderoso
»Insultó cara a cara, pretendiendo
»Ser también Dios: cual de una rebeldía
»Castigaba al que no le obedecía;
»Y a él, rebelde al Señor que le ha criado,
»Sobre el castigo que padece horrendo,
»En las historias, para lo futuro,
»El nombre de rebelde le ha quedado.
»Desde cerca de Edén, su victoriosa
»Potencia extenderá, hasta la espaciosa
»Occidental llanura, en donde oscuro
»Hay un profundo abismo, cuyo seno,
»Hasta la vasta boca hierve lleno
»De encendido betún: por el respira
»El Infierno, y un río caudaloso
»De aquella glutinosa horrible llama,
»Por las campiñas del contorno gira,
»Y cuanto encuentra en su carrera inflama,
»O en las honduras duerme con reposo;
»El material de allí saca abundante
»Para hacer una torre, que levante
»Y en las nubes esconda su orgullosa
»Cabeza: empieza al punto: consolida
»El betún, las arenas reuniendo
»Con fuerte trabazón, la mole erguida:
»Ya comienza a elevar su prodigiosa
»Masa, a admirar al mundo destinada:
»La apresura el Rey bárbaro, queriendo
»Que su poder ostente, y su memoria
»Eternice: su fin sólo es la gloria;
»Que sea justa, o no, le importa nada.
»Tal es su intento: mas el invisible
»Dios, que ocultando al hombre su terrible
»Majestad, acostumbra a visitarle,
»Cuando la necia empresa considera
»Desde el Cielo, a que suba más no espera,
»La obra. No pueden menos de causarle
»Risa aquellos ridículos rivales
»De su poder, y conteniendo su ira,
»Como tenían todos los mortales.
»Sólo un idioma, de repente inspira
»Otro a cada familia diferente
»Su memoria trastorna de manera,
»Que olvidando del todo
»Su común lengua en la sustancia y modo,
»Cada uno de ellos juzga que realmente
»Se explica en ella, y no en otra extranjera.
»Se oye un murmullo de desconocidas
»Palabras, una jerga incomprensible
»De acentos y de voces confundidas;
»Nadie se entiende, todo el mundo clama,
»Y cuanto más se esfuerzan, más horrible
»Confusión se levanta, más se inflama

»La impaciencia de todos: si pretenden
»Entenderse por señas, se acrecienta
»El tumulto, y aun menos se comprenden:
»Por calmarlos en vano se porfía:
»Crece más la algazara y gritería.
»Cesa el trabajo, la discordia aumenta,
»En todas partes cunde,
»Y el desorden con ella se difunde:
»Toda la gente al fin desesperada,
»Abandona la torre decantada:
»Lo aplaude el Cielo, y en la humana historia
»Para eterna memoria,
»Torre de confusión será nombrada.»
Del paternal cariño arrebatado,
Exclama Adán entonces: »¡Oh execrable
»Opresor! ¡Oh tirano insoportable!
»¿Conque un déspota osado
»Bajo un yugo cruel tendrá licencia
»De oprimir a mí amada descendencia?
»¿Cuáles son sus derechos? Dios ha puesto
»Bajo el imperio de los racionales
»Las aves, los pescados y animales,
»Todo cuanto respira; mas por esto,
»No ha dado al hombre sobre sus hermanos
»Dominio alguno: iguales los humanos
»En todo, no conocen ni reciben
»Leyes sino del Ciclo, por quien viven.
»Sólo Dios es su Rey, y ese atrevido,
»Que una ambición inextinguible enciende,
»Y con cetro de bronce les oprime,
»Más que a ellos, a su eterno ducho ofende.
»Cuyo dominio usurpa fementido.
»Esa obra, para el hombre tan sublime,
»De su orgullo ridículo resulta,
»La frente osada al Cielo levantando,
»Las tormentas y truenos desafiando,
»A Dios en su palacio mismo insulta.
»Si, Miguel le responde; a ese insolente
»Opresor aborreces justamente;
»Él ha turbado de la paz amable
»La dulzura, y al hombre ha despojado
»De aquella libertad inestimable
»Que antes gozaba; mas cuando engañado
»Por la torpe ilusión de tus sentidos
»Faltaste tú el primero a los debidos
»Respetos, y a tu Dios no obedeciste,
»Aquella augusta libertad perdiste.
»Y contigo tus hijos la perdieron.
»Hija de la razón y la inocencia,
»Sus compañeros fieles, con su ausencia
»Huyó, y sus privilegios fenecieron,
»Pues sólo en su juiciosa compañía
»Aprovechar la libertad podía
»A los hombres, y de ella separada
»Fuera disolución desenfrenada:
»Así, cuando dejaron el gobierno
»Del hombre esclavo ya de sus pasiones.
»Determinó el Eterno
»Que una sujeción útil, y fundada
»Sobre leyes severas y prudentes,
»Que arreglase del hombre las acciones,
»Bajo una humana autoridad, hubiera,
»Que amparo fuese de los inocentes,
»Al paso que a los malos reprimiera.
»Tal fue el origen de las monarquías.
»Y otros muchos gobiernos, que en los días

»Posteriores los hombres adoptaron
»A proporción que se multiplicaron;
»Mas Dios a veces, cuando la malicia
»De los pueblos, sin freno abandonados
»A los vicios, provoca su justicia,
»Permite que en cruel opresión giman,
»A un tiránico yugo esclavizados.
»No extrañes, pues, que opriman
»A esos tus descendientes los injustos
»Caprichos de ese déspota orgulloso:
»No sucediera, si ellos fueran justos.
»La esclavitud comienza en el momento
»En que la virtud falta; es el tormento
»Que el Señor destinó al hombre vicioso,
»Pues a falta de déspotas humanos,
»En sus pasiones tiene sus tiranos.
»¿Quieres otros ejemplos? Cuidadoso
»Repara a ese hombre impío, que nacido
»Del que en el arca al mundo ha revivido,
»Echado atrás todo filial respeto,
»De su padre desnudo hizo el objeto
»De sus escarnios: él y su futura
»Prole, en castigo, esta sentencia dura
»Recibieron: »Seréis perpetuamente
»Siervos de siervos de vuestros hermanos.»
»Así la humana gente,
»Del viejo mundo la virtud perdiendo,
»Víctima de los vicios, y los vanos
»Errores, en excesos incurriendo,
»Mayores aun que los de sus abuelos,
»Cansará la paciencia de los Cielos,
»Y Dios la entregará a sus vergonzosos
»Deseos, apartando sus piadosos
»Ojos de aquellos hombres pervertidos,
»De aquellos hijos desagradecidos.
»Con todo, escoge un pueblo, descendiente
»Venidero de un justo, y le asegura
»Por medio de su padre su ternura.
»A orillas del Eufrates residía
»Este varón virtuoso, que un prudente.
»Juicio a las demás prendas reunía,
»En misterioso sueño, de repente,
»Dios sus altos intentos le revela:
»Deja, le dice, patria y parentela,
Y sígueme obediente a otras regiones:
Yo te liaré padre de un pueblo escogido,
En quien mi eterno amor he establecido,
Y de un número inmenso de naciones.
»Se levanta, se fía en su divina
»Guía: Dios mismo, sí, lo estoy mirando,
»Con su benigna mano le encamina:
»Cuanto en el mundo amaba abandonando,
»Con fe constante, al fin el delicioso
»País de Canaán huella, que tenía
»Contaminado ya la idolatría.
»De esta voz aun ignoras el sentido:
»Sabe, pues, que ha de ser tan horroroso,
»El extremo a que llegue en los humanos
»La malicia bestial, que prostituído
»De Dios el nombre, adoraran los frutos
»De la tierra, las piedras y los brutos,
»Y aun las más viles obras de sus manos:
»Mas el Santo viajero ha suspendido
»Ya su marcha prolija:
»Mira cuál de Siquem en la llanura,
»Junto a Amorek sus pabellones fija.

»Allí Dios le renueva su segura
»Promesa, y aun lo añade que habitantes,
»Serán de aquella tierra sus triunfantes
»Hijos. Pero tu mismo al Norte extiende
»La vista ahora, hacia Hemat, que allí situado,
»Limita a Canaán por aquel lado;
»Y para que te, enteres más, atiende
»A conocer los sitios por los nombres
»Que para entonces les darán los hombres,
»Al Mediodía tienes la espaciosa
»Región desierta, que la deleitosa
»Fértil tierra termina:
»Del monte Hermón los llanos al Oriente
»La limitan, y el mar al Occidente:
»¿Ves aquella alta cumbre? Es el Carmelo;
»Monte feliz, en donde la divina
»Fuente tiene el Jordán, que el rico suelo
»Fecundo riega, y sirve de barrera
»Contra toda invasión de la guerrera
»Gente oriental. Pues esa afortunada
»Región dominarán los descendientes
»De aquel grande varón, y dilatada
»Será su posesión en adelante,
»De Senir a las sierras eminentes:
»¡De aquel feliz Senir! (guarda constante
»Su nombre en tu memoria): allí el Eterno
»En tu linaje bendecirá al mundo:
»De él saldrá el Salvador, que Cielo y tierra
»Vengará del Infierno,
»Y hollará en la Serpiente aquel inmundo
»Espíritu que os hizo tan cruel guerra.
»Mas Dios estos sucesos misteriosos
»A tus ojos oculta todavía:
»Abrahán (que este es el nombre que tenía
»Aquel justo, por cuyos numerosos
»Nietos será esta tierra dominada)
»Establece ya en ella su morada.
»Del tiempo mismo las vicisitudes
»No borrarán allí de sus virtudes
»La bendita memoria.
»Su hijo y su nieto, ya por la firmeza
»De su fe, ya también por la pureza
»De su conducta, igualarán su gloria.
»Doce hijos contará su venturoso
»Nieto, que un día el suelo delicioso,
»De Canaán dejará, por la fecunda
»Tierra que el Nilo con arreglo inunda.
»Mira ese río allá, que con pomposo
»Curso, cubre de Egipto la llanura
»Inmensa, y con el cieno provechoso,
»Las más ricas cosechas la asegura:
»Regada así, lo que le queda de agua,
»Por siete bocas en el mar desagua.
»Viendo que una hambre general destruye
»El país en que habita, Jacob huye
»A refugiarse a su feliz ribera:
»Su hijo le llama allí, a quien su sincera
»Fe y su pureza, desde el cautiverio,
»Subieron al más alto ministerio
»De aquella poderosa monarquía.
»Establecido el padre en su terreno
»Con su prole, murió de días lleno:
»Su familia creciendo cada día,
»En pocos años fue tan numerosa,
»Que a un nuevo Rey llegó a ser sospechosa.
»Al temor dando oídos y a la envidia,

»La ley del hospedaje con perfidia
»Quebranta, de crueles vejaciones,
»De un cúmulo espantoso
»De trabajos los carga, y con horrible
»Crueldad condena a todos los varones
»Que nazcan de ellos a una irremisible
»Muerte. Entonces el Todopoderoso,
»Compasivo, suscita dos hermanos
»Para librarlos de tan inhumanos
»Perseguidores. Desde allí, cargado
»De los tesoros del amedrentado
»Egipto injusto, aquel pueblo escogido
»Marcha al país que Dios le ha prometido.
»Mas fue para este viaje necesario
»Que el Señor obligase al temerario
»Monarca, con su brazo omnipotente,
»A que al fin los dejase libremente
»Ir de aquel reino idólatra y profano.
»Moisés y su hermano,
»Destinados a ser sus salvadores,
»Fueron de orden de Dios de embajadores
»A persuadir primero a aquel insano
»Y obstinado Monarca a que dejara
»Que de Egipto su pueblo se ausentara:
»Nada hizo efecto en su corazón duro:
»Del poder del Eterno revestido,
»Manda Moisés, y toda la corriente
»Agua de Egipto, en sangre de repente
»Vuelve: el aire se cubre de un oscuro
»Nublado de mosquitos extendido:
»Hierve todo aquel suelo
»De animales inmundos, que ya a vuelo,
»Ya caminando, inundan a millares
»Las casas, los palacios, los lugares.
»Grazna el sapo asqueroso aun en la mesa
»Del Rey, y hasta en la púrpura el impuro
»Voraz insecto es un tormento duro,
»Cual para la soberbia vergonzoso.
»Por orden de Moisés, con todo, cesa
»En un día el conjunto temeroso
»De aquellas plagas; mas la misma muerte
»De tantos importunos animales,
»Es luego causa de otro mal más fuerte:
»Inficionan el aire sus fatales,
»Hálitos ponzoñosos, de tal modo,
»Y las aguas, que corren el reino todo
»Una peste cruel: de la murada
»Ciudad hasta la choza más aislada,
»Hiere sin distinción la plaga fiera,
»Que crece a proporción de su carrera,
»Los príncipes, los nobles, los villanos
»Los niños, los mancebos, los ancianos.
»A edad ninguna o condición perdona:
»La sangre, los humores inficiona,
»Con úlceras malignas devorando
»Las gangrenadas carnes, o elevando
»Encima de ellas lívidos tumores:
»Los cadáveres de hombres y ganados
»Yacen en confusión amontonados:
»La hambre la sigue: ya sus precursores,
»Granizos, piedras, fieros huracanes,
»Del labrador ansioso los afanes,
»Destruyendo, los campos han corrido.
»Vivas nubes de insectos voladores
»Aun lo que su furor no ha destruido
»Lo roen; frutos, plantas, verde yerba,

»Nada el voraz ejército reserva.
»Desaparece el día de repente:
»Opone el aire al sol nieblas impuras,
»Que pronto en condensadas en oscuras
»Nubes, enlutan su resplandeciente
»Luz, de manera que a la sombra dando
»Cuerpo, y toda la atmósfera ocupando,
»Cubren a los Egipcios de palpables
»Tinieblas. Un silencio temeroso,
»Vasto, cautiva todo el populoso
»Reino: pero es bien pronto interrumpido
»Por gritos, por clamores espantables,
»Sollozos y alaridos lastimeros,
»De todas las familias desoladas:
»El Ángel de la muerte cruel ha herido
»En una noche todos sus primeros
»Hijos: desde el palacio del malvado
»Monarca, hasta las chozas olvidadas,
»Todos, sin excepción, han perecido.
»Con tan horribles males consternado,
»La obstinación suspende el orgulloso
»Faraón, y consiente en su partida.
»Mas pronto en aquella alma endurecida
»El despecho renueva su furioso
»Empeño. Como el hielo que en el fuego
»Se derrite, si de él lo apartan, luego
»Su dureza recobra, así pasado
»El primer susto, aquel Rey obstinado
»A su malicia vuelve. Vuela al punto
»Con poderoso ejército, que junto
»Tiene ya, a perseguir al fugitivo
»Pueblo, para traerlo muerto o vivo.
»Del Hebreo a la marcha el mar se opone,
»Y va por sus espaldas se dispone
»Faraón a embestirle, cuando el Cielo
»Dividiendo sus aguas procelosas,
»En seco deja su profundo suelo:
»Por él sigue aquel pueblo su camino,
»Teniendo a cada lado un cristalino
»Y alto muro, que forman respetuosas
»Las ondas: a su espalda una brillante
»Columna de una condensada nube,
»Que interpuesta al Egipcio, al Cielo subo,
»De noche los alumbra; pero oscura
»De día, ya siguiéndolos constante,
»Ya de su multitud llevando el frente,
»Del amparo de Dios los asegura:
»También de pabellón contra el ardiente
»Sol, les sirvió, y de gula en la desierta
»Arabia, que a sus ojos ya está abierta.
»Dios, sobre la columna colocado
»Su trono, en aquel lance, al irritado
»Tirano opone el lado tenebroso
»De ella, y estorba con su impenetrable
»Noche, que a alcanzar lleno aquel medroso,
»Pueblo, a su esclavitud acostumbrado:
»Mas con todo, a pesar de la espantable
»Sombra, el Monarca huella sin recelo,
»Del dividido mar el seco suelo.
»Llegada el alba, el Dios de la victoria
»A él se vuelve, rodeado de su gloria:
»Mira al Egipcio: tiembla: un repentino
»Desorden, sus formados escuadrones,
»Jefes, guerreros, carros y bridones,
»Revuelve en un confuso remolino:
»Tiende entonces Moisés la milagrosa

»Vara, ¡oh terror! El mar, dando un bramido
»Horrísono, por uno y otro lado
»Vuelve con todo el peso suspendido
»De su onda procelosa :
»A dar sobre el ejército espantado:
»Sobre él se cierra, y en sus espumosos
»Líquidos montes, rápido envolviendo
»Al Monarca y sus trenes belicosos,
»Cual plomo, al fondo de su sima oscura
»Precipitados, hallan sepultura.
»Todo perece: el pueblo hebreo viendo,
»De la opuesta ribera aquella horrible
»Catástrofe, su grato culto ofrece
»Al Eterno, que así le favorece.
»Huella de Canaán el apacible
»Suelo al fin, y se cumple su deseo,
»Mas lo cuesta un larguísimo rodeo,
»Porque el prudente Jefe que guiaba
»Sus tribus, de exponerlas recelaba
»En el camino recto a los sangrientos
»Ataques de los pueblos que tenían,
»Que atravesar, y que en la guerra hacían
»Ventaja a sus Hebreos, que nacidos
»Esclavos de los amos mas violentos
»Además de faltarles la experiencia
»De las armas, en ánimo abatidos,
»No podían hacerles competencia.
»Sus manos a una vil cadena usadas,
»Manejar no sabían las espadas.
»A paso lento pues, y con incierto
»Rumbo, a atravesar tiran el desierto.
»Mas, ya arreglando el culto, y una santa
»Policía en su marcha, se levanta
»Su nuevo imperio: un número de ancianos
»Es por sus doce tribus escogido,
»Que forme su senado, y con sus sanos
»Consejos, a Moisés, en el temido
»Cargo de gobernar, constante asista:
»Dios, que sobre ellos su piadosa vista
»Tiene, es su Rey, legislador supremo,
»Y tal es su bondad y amor extremo,
»Que sus leyes por sí mismo establece:
»Bajo sus pies, la cumbre se estremece
»Del Sina, en medio de una densa nube
»De humo, que recto por los aires subo,
»Con relámpagos vivos centelleando,
»Y con estruendo horrísono tronando:
»De una trompeta el fúnebre sonido,
»El terror acrecienta repetido.
»El pueblo todo, alrededor postrado,
»Oír su voz espera amedrentado:
»El Señor, de aquel trono majestuoso
»Rodeado del nublado tenebroso,
»Como Dios les intima las sagradas
»Leyes, que como padre tiene dadas:
»Los derechos civiles establecen,
»Unas y otras al culto pertenecen.
»Mas su divina voz, y la grandeza
»De su gloria, no puede la flaqueza
»De aquel pueblo sufrir, y así, oprimido
»De terror, desde lejos con rendido
»Ruego a Dios pide que se digne hablarle,
»Por Moisés, que menos asustado
»Podrá oírle, y sus leyes trasladarlo.
»Todo en el mismo instante está calmado:
»Cesan los truenos, callan los sonidos

»De la trompeta. Dios únicamente
»Quiso enseñar a aquellos abatidos
»Seres, que es por sí el hombre insuficiente
»Para tratar con él; pero entre tanto
»Que venga el Medianero eterno y santo,
»Suple Moisés, y apoya los rendidos
»Votos, por los mortales exhalados;
»Anuncia su venida y su brillante
»Reino, que cantarán en adelante
»En sus sonoras liras los sagrados
»Profetas, de un santo estro penetrados;
»E1 establece en fin su culto y leyes,
»Y Dios es el primero de sus Reyes.
»De oro puro y de cedro construido,
»E1 santuario, a los ojos escondido
»Del pueblo, guarda la arca misteriosa
»Donde el solemne título reposa
»Del acto en que el Señor perpetuamente
»Hace alianza con la hebrea gente,
»Y está sellado por su propia mano.
»Dos Querubines, sobre el alto plano
»De la arca arrodillados, con respeto
»Profundo, adoran el sagrado objeto
»De que es figura. Al frente del tremendo
»Propiciatorio, en que el Señor reside,
»Siete lámparas siempre están ardiendo
»Por todo el rededor del dilatado,
»Tabernáculo, al arca destinado,
»Una nube se extiende, que despide
»Resplandecientes luces, mientras dura
»La noche, al paso que día oscura,
»Sirve de velo a aquel templo divino,
»A no ser cuando el pueblo su camino
»Sigue; que entonces, puesta al frente, guía
»La marcha de su campo noche y día.
»Pero ya llega al fin de sus deseos,
»A la tierra que Dios le ha prometido.
»¿Contaré sus combates, sus trofeos,
»Tanto, enemigo bárbaro vencido?
»Basta decir que de su Jefe al cielo
»Y viva fe, obedece el mismo Cielo.
»Manda parar la luna; en el instante
»Para. Detente, dice, ¡oh sol brillante!
»Se detiene, y testigo de su gloria,
»De alumbrar se envanece su victoria.
»Así será bendita
»La venturosa raza israelita,
»Que este nombre tendrá también la hebrea
»Nación, después que a Canaán posea.
»¡Oh intérprete del Cielo! ¡Qué bien sabe
»Tu bondad, dice Adán, en cuanto cabe,
»Calmar mis penas, con la lisonjera
»Vista de mejor suerte venidera
»Sobre todo, me anima esa dichosa
»Posteridad de Abraháán, de Dios querida,
»Que con tantos sucesos distinguida
»Del culto guardará la religiosa
»Tradicción: mas modera mi alegría
»Esta duda: el Señor no la daría,
»Tal ley, al parecer nimia y severa,
»Si en mil clases de culpa no incurriera;
»Y si así es, ¿cómo el Dios del universo
»Podrá habitar con pueblo tan perverso?
»Adán, responde el Ángel, tú pecaste,
»Y todo tu linaje contagiaste.
»A precaver los males destinada,

»Lo que prueba esa ley tan rigurosa
»Es el grado en que está desordenada
»Del hombre la razón: el mismo freno
»Duro que impone, muestra la espantosa
»Malicia, y variedades del veneno
»De la culpa: mas no da medio alguno
»Que para su expiación sea oportuno.
»En vano sacrificios de animales
»Para este fin prescribe a los mortales:
»Ni aquella sangre vil, aunque inocente,
»Ni la del hombre mismo delincuente,
»Basta a satisfacer solo un pecado.
»Siendo un Dios infinito el ultrajado,
»La malicia en la ofensa es infinita,
»Y así para soldarse, necesita
»De una infinita víctima que quiera
»Satisfacerla. Sí: es indispensable
»Que un ser eterno emprenda esta admirable
»Difícil obra, y por el mortal muera;
»Que por el vicio la virtud padezca;
»Que el bueno, por el malo a Dios se ofrezca,
»Y el justo, del injusto la injusticia
»Pague, y de toda culpa la malicia.
»Así, el hombre culpado
»Quedará en paz, absuelto y rescatado.
»Cuando en fin llegue el tiempo competente,
»Por la verdad, la sombra reemplazada.
»Será, y la oscuridad de los sentidos,
»Con abundantes rayos esparcidos
»De la fe por la antorcha refulgente.
»Se verá en un momento iluminada:
»De la noble virtud el amor puro
»Sucederá al impulso mal seguro
»Del servil miedo, y la filial ternura
»A la obediencia involuntaria y dura
»Que a la esclavitud sola pertenece.
»Tal será de los tiempos el futuro
»Orden. Esos tributos que ahora ofrece
»El hombre en expiación de sus defectos,
»Cual su culto simbólico imperfectos,
»Una preparación son solamente
»Para otra ley más suave y excelente
»Que anuncian, cual la aurora, el claro día
»Así, ese Jefe tan favorecido
»De Dios, y de su pueblo tan querido
»Moisés, con toda su sabiduría
»Y virtud, en la tierra Cananea
»No lo introducirá como desea:
»Esta satisfacción está guardada
»A Josué, figura del divino
»Jesús, que en los errores de esta vida,
»En los desiertos de esta desolada:
»Tierra, abrirá a los hombres el camino
»De la celeste patria, antes cerrado.
»A orillas del Jordán, en la extendida
»Feraz región que el Cielo le ha entregado,
»El Hebreo, del campo delicioso
»De mieses y de olivos coronado,
»De su parra a la sombra, con reposo
»Disfruta ya, y celebra las sagradas
»Fiestas, al santo culto destinadas,
»Hasta el día fatal en que ofendido
»El Cielo nuevamente, le abandone
»A las naciones que antes ha vencido;
»Mas pronto, arrepintiéndose sincero,
»Logrará que el Eterno le perdone.

»Su piedad le dará jueces primero,
»Y después reyes. De estos, el segundo,
»En toda clase de virtud fecundo,
» Religioso y guerrero,
»De la tierra temido, será amado
»Del Cielo. El Señor mismo lo ha jurado,
»Y le ha dicho: «El imperio que ahora fundo
»No acabará ni cuando acabe el mundo:
»Será eterno.» Describen la grandeza
»De aquel reino, y perpetua firmeza,
»Sin término ensalzando sus loores,
»Los sagrados cantores.
»Un hijo de David (y no te asombro
»Que Dios ya así, como mortal, le nombro)
»El mismo que el Señor ya te ha anunciado
»Que al universo todo ha de dar leyes,
»La esperanza del mundo, por los Reyes
»Acatado, y él mismo el más glorioso
»Monarca, como el último; que eterno,
»A ninguno otro dejará el gobierno
»Ni las insignias de su poderoso
»Reino, es el que, vertiendo su preciosa
»Sangre, inundará al hombre de consuelo,
»En unión amistosa
»Reconciliando con la tierra el Cielo.
»Antes que el reine, sucesivamente
»Habrá otros muchos reyes, de los cuales
»Uno, el más opulento y eminente
»En la sabiduría, a los mortales
»Monarcas dando ejemplo, a la sagrada
»Arca, en lugar de aquella dilatada
»Nube que en el desierto la escondía
»De la vista curiosa a la osadía,
»Es el que la construirá primero un templo
»De una magnificencia sin ejemplo:
»Sus sucesores, unos son virtuosos,
»Otros, del país tiranos voluptuosos,
»Profanan con orgullo temerario
»No sólo el trono, sino aun el santuario,
»Hasta que ya cansada la paciencia
»Del Señor, de los reyes las malvados
»Castigue, y de su pueblo la insolencia:
»Sus provincias entonces, sus ciudades,
»Sus reyes, sacerdotes y riqueza
»El juguete serán de la fiereza
»De la misma nación cuyos abuelos
»Quisieron elevar hasta los Cielos
»La ridícula torre, y confundidos,
»Fueron del mundo mismo escarnecido.
»Ellos el nombre, de la vergonzosa
»Confusión derivado, a la orgullosa
»Babilonia darán, de un formidable
»Imperio corte, en donde esclavizado
»Vivirá setenta años el culpable,
»Hebreo, de su patria desterrado,
»Como sus sacerdotes y sus reyes
»Sin templo, y bajo de tiranas leyes.
»Entonces, el Señor les dará oído,
»Y de su situación compadecido,
»La fiera Babilonia, de la cumbre
»De su gloria sacrílega abatiendo,
»Y otro imperio sobre ella estableciendo,
»Los sacará de aquella servidumbre,
»Renovando con ellos el sagrado
»Pacto que había al Rey David jurado.
»Ya vueltos a sus campos paternas,

»Al Eterno con himnos de alegría
»Gracias dando, su templo restablecen,
»Y sus aras, sirviéndole leales.
»En su humilde pobreza, con su pía.
»Devoción sus virtudes permanecen;
»Pero, creciendo en número y riqueza,
»La ambición se despierta, y la torpeza
»Del vicio: la discordia se introduce,
»Y espantosos desórdenes produce:
»Los sacerdotes, que por los humanos
»Rogar debían y elevar sus manos
»Puras al Cielo, los ministros siendo
»De la paz, al contrario con horrendo
»Furor la guerra excitan: las sagradas
»Aras gimen, al verse ensangrentadas:
»El templo es profanado, es invadido
»El trono, y de David desconocido
»El real linaje. Así la Providencia
»Lo permitía, para que olvidada.
»Del ungido de Dios la descendencia
»Que de David traía, destinada
»A aquel trono, nacer pobre pudiera,
»Y oscuro cual si un niño vulgar fuera;
»Mas una nueva estrella en el Oriente
»Su excelsa curia anuncia refulgente:
»Del fin del mundo, a aquella luminosa
»Señal, corren los Magos a adorarle;
»Por Dios, por Rey, por hombre, a tributarlo
»En incienso, oro y mirra la preciosa
»Señal de su rendido vasallaje:
»Unieron los pastores inocentes
»Con los de aquellos reyes su homenaje.
»Eclipsando a los astros relucientes,
»Les anuncian los Ángeles del Cielo
»Que Dios, vestido de la carne el velo,
»En un pesebre mísero ha nacido.
»Todos ellos, gozosos,
»El himno natalicio en las alturas
»Celestes entonando, presurosos
»Los pastores acuden al sabido
»Paraje, aquel Dios niño celebrando
»Que de una Virgen las entrañas puras,
»Sin dejar de ser Virgen, han parido,
»Y en el establo pobre está llorando,
»De quien Dios es el Padre,
»Y una hija tuya inmaculada madre:
»Crece aquel niño, vive, al fin muriendo,
»Y al trono paternal después subiendo,
»En él de inmortal gloria coronado,
»Reinará eternamente, y su reinado,
»De vuestras dichas manantial fecundo,
»Comprenderá a los Cielos como al mundo.»
Así el Ángel benigno da consuelo
A Adán, que ya rasgado el denso velo
Que la futura suerte lo ocultaba
De su linaje, de admirar no acaba
De la piedad divina la grandeza,
Y así a exhalar su inmenso gozo empieza:
«¡Oh profeta de bienes indecibles!
»¡Qué no te debo! Me has hecho visibles
»Misterios que entender yo no podía
»Y en que la dicha está del mundo y mía.
»Salve, ¡oh Virgen sagrada y venturosa,
»Gloria de mi linaje, en quien reposa
»La esperanza del mundo! ¡Salve, oh santa
»Hija mía! ¡A tu Dios tu puro seno

»Digno hospedaje da de gracias lleno!
»Contendrás al que el Cielo no ha podido
»Contener! ¡Por ti sola se levanta
»Al Cielo mi linaje antes perdido!
»¡Al Hijo del Eterno tú has formado,
»Bajo el cual Satanás caerá aterrado!
»Mas, ¿con qué herida, cuándo y de qué modo?
»Es natural que tú lo sepas todo.
»Los combates que has visto, le respondo.
»Miguel, no han sido más que una figura,
»De otros combates de que ni aun una idea
»Puedes tener, y toda conjetura
»Que de éstos por aquellos te aventuras
»A hacer, es imposible que no sea
»Trocada; así, en formarla no te apures.
»Otra especie de lucha ese terrible
»Enemigo requiere, incomprensible,
»Para ti, superior a la flaqueza
»Del hombre. Reconoce su fiereza
»En que en el mismo tiempo en que arrojado
»Del Cielo fue, y al golpe desmayado,
»Le sobró fuerza aún para abatirte
»A sus plantas, vencido, y destruirte.
»El mismo a quien con tu desobediencia
»Ultrajaste, por más que esté ofendida
»Su Majestad, te curará la herida,
»Mas no aniquilará su omnipotencia.
»A Satanás, sí sólo los perjuicios
»Que causó al hombre con sus artificios,
»Y aun para esto es precisa una preciosa
»Víctima: pues que tú, ¡oh mortal! ¿quién eres
»Para dar el rescate desmedido
»Por el Rey de los reyes exigido
»Aun cuando con tu prole numerosa
»Mil veces, no una sola, perecieras?
»Sólo el hijo de Dios puede ese peso
»Soportar. El la muerte que tu exceso
»Merece sufrirá, y únicamente
»A ese precio podrá ser expiado
»Tu crimen, a tu prole trascendente.
»Por librarte, será Dios inmolado.
»Se vestirá de la naturaleza
»De hombre para sufrir tu merecido
»De pecados ajenos oprimido,
»Y cubierto de oprobios y bajeza,
»El juez del mundo se verá juzgado
»Por su pueblo homicida;
»Y cual facineroso sentenciado,
»En una infame cruz dará la vida.
»Tal será el inhumano, indigno trato
»Que hará a su Salvador el hombre ingrata
»A su último suspiro, correspondo
»La tierra con temblor, el Cielo esconde
»Su luz, se aplaca la ira del Eterno,
»Se confunde el monarca del Infierno:
»Cada gota de sangre que derrama,
»Es río inmenso de celeste llama
»Que el mundo de sus culpas purifica
»Y en él gracias divinas multiplica.
»Mas ya de consumir el sacrificio
»Llega el momento: al bárbaro suplicio
»Cede, agoniza, muere; mas la muerte
»Aquel cautivo fuerte
»No podrá largo tiempo en sus helados
»Brazos tener: apenas llega la hora
»En que comienza ya a asomar la aurora

»Del tercer día, cuando quebrantados
»Del lóbrego sepulcro los cerrojos,
»De él sale vivo, vencedor, triunfante,
»Mil veces más brillante
»Que el astro de la luz. Vibran sus ojos
»Y Rayos de pura llama. Al breve sueño
»Como hombre se entregó; de él se despierta
»Como Dios, cual supremo único dueño
»Del universo. Ocupa el negro espanto,
»Al verle entrar por la forzada puerta
»A toda la infernal mansión del llanto,
»Y le cede, temblando, los mortales
»Justos que en sus cadenas retenía.
»Tiembla la Muerte y suelta rechinando
»La presa que ya estaba devorando.
»Resuena el Cielo de himnos inmortales:
»El mundo todo inunda la alegría.
»Mas, antes de volver al trono eterno,
»Desea el vencedor, cual padre tierno,
»Ver aún a sus discípulos queridos
»Y enjugar de sus ojos afligidos
»Las lágrimas, dejándoles su gloria
»Para consuelo impresa en su memoria.
»Corno los compañeros voluntarios
»De sus penas, y ya depositarios
»De sus altos secretos, por su medio
»Quiere al mundo dictar, para remedio
»De sus males, sus leyes saludables.
»Que la tierra corriendo infatigables,
»Con sus santos ejemplos las prediquen,
»Con su voz las enseñen y publiquen
»Y con las sacras ondas del bautismo,
»Arrostrando como él a la homicida
»Muerte y a los furores del abismo,
»Laven el hombre, a expensas de su vida.
»No es sola de Abrahán la descendencia
»La que será a la salvación llamada,
»Pues que toda tu raza dilatada
»Gozará de la misma preeminencia.
»Por todos muerto el Cristo, del fecundo
»Manantial de su sangre, la sagrada
»Fe beber se podrá por todo el mundo,
»Y de su ley siguiendo los brillantes
»Fulgores, el camino de la vida
»Andarán las naciones más distantes
»Formando una familia reunida.
»A los Cielos al fin sube triunfando,
»Y al común enemigo, al tenebroso.
»Satanás en los aires encontrando
»Al momento le prende, le encadena,
»Trémulo, atado al carro victorioso
»Le arrastra. Sufre intolerable pena
»El orgulloso monstruo al verse expuesto
»A la vista del Cielo, en tan funesto
»Ignominioso estado.
»El triunfador, de gloria coronado,
»Con el cetro en la mano, al luminoso
»Trono del Padre Todopoderoso
»Sube, y en él, a su derecho lado,
»Da principio a su próspero reinado
»Un día vendrá, en fin, en que un horrendo
»Incendio el frágil mundo consumiendo,
»De lo alto de los aires, revestido
»De su justicia y de su omnipotencia,
»Dará, a vista del Cielo estremecido,
»A los vivos y muertos la sentencia,

»A los justos premiando,
»Y a los malos severo condenando.»
Pasmado Adán, y aun tiempo enternecido
Al oír tales prodigios, concluido
El discurso, a Miguel, así se exprime:
»¡Oh exceso de piedad el más sublime,
»Que hace nacer el bien del mismo centro
»Del crimen! ¡Cuánta más grandeza encuentro
»En esa obra de amor incomprensible,
»A un infinito Dios sólo posible,
»Que en la que hizo sacando de la oscura
»Noche, de una palabra, la luz pura!
»¿Debo llorar yo acaso mi delito
»Por el que mi linaje fue proscrito,
»O aplaudirme de un mal que ha producida
»Tanto bien, que con Dios ha reunido
»Por tan estrechos lazos los humanos,
»Y ha hecho llover los dones soberanos
»Con tal exceso sobre su flaqueza,
»Que ha deificado su naturaleza,
»Por el cual ha vencido
»La piedad del Señor a su justicia,
»Y su bondad divina a la malicia
»Del hombre en tantos grados ha excedido?
»Mas, si siempre han de ser menos los justos
»Escogidos respecto a los injustos,
»Cuando ese Salvador, en su eminente
»Trono, de nuestra tierra esté ya ausente,
»¿Quién los protegerá contra la impía
»Inmensa turba, llena de osadía,
»De los malvados? La doctrina pura
»De su maestro, llena de dulzura,
»Que al mal no opone más que la paciencia,
»¿No los entregará sin resistencia
»Como mansos corderos,
»A la crueldad de aquellos hombres fieros?
»Destierra, dice el Ángel, tu infundado
»Temor: es cierto que estarán expuestos
»Los buenos al furor y a los funestos
»Lazos de un mundo siempre conjurado
»Contra ellos; mas el Dios que los ampara
»Les dará los auxilios prometidos:
»Cuidará cual pastor de su grey cara.
»Su espíritu divino, a sus queridos
»Hijos enviará que les consuele,
»Y que en guardarlos poderoso velo,
»En sus pechos grabando
»Su ley santa, y sus almas inflamando
»Del fuego de su amor, de una admirable
»Y santa fortaleza,
»Al mundo y al Infierno formidable:
»Animado por él el hombre justo,
»Los peligros verá venir sin susto,
»Sufrirá los dolores sin flaqueza,
»Y sin horror la muerte. Ya estoy viendo
»Aquella multitud de generosos
»Mártires, que en amor divino ardiendo,
»Del mundo arrostrarán los más odiosos
»Baldones, el furor de los tiranos,
»De su valor sublime sorprendidos;
»Y todos sus tormentos inhumanos,
»A su constancia cederán vencidos:
»Una santa esperanza los alienta,
»Y así, por más que el cuerpo débil sienta
»Las torturas, sus almas, superiores
»A la fuerza, desprecian los dolores:

»Los verdugos, cansados,
»En silencio las víctimas admiran
»Que entre sus manos lentamente espiran,
»Y Dios benigno aplaude a sus soldados.
»El fuego que encendió en el escogido
»Gremio de sus Apóstoles amados,
»Será por todo el orbe difundido:
»Pasará de sus santos corazones,
»A las remotas bárbaras naciones:
»Sujetarán a Dios con el bautismo,
»A los que antes su nombre blasfemaban,
»A los que los tiranos del abismo
»Infernal a su arbitrio dominaban.
»Mas ¿qué mucho, si el sopro del Dios vivo,
»El Espíritu Santo, descendiendo
»En inflamadas lenguas, con su activo
»Fuego sus corazones encendiendo,
»Sobre el firme valor que les influye,
»Y el don de hacer prodigios, de repente
»De todos los idiomas les instruye?
»Corren el orbe de una en otra gente,
»Los milagros de Cristo predicando,
»Su verdad con los que hacen confirmando
»Los pueblos convencidos
»Abandonan gozosos las Deidades
»Falsas, que un largo número de edades
»Adoraron, y prestan sus rendidos
»Cultos a Jesucristo: no contentos
»Aquellos Apostólicos varones
»Con esto, duraderos monumentos
»De su predicación a las naciones
»Dejan en sus escritos. De esta suerte,
»La religión florece hasta su muerte.
»Entretanto que viven, los errores
»Intimidados callan; pero apenas:
»Fallecen, cuando brotan mil ajenas
»Y perversas doctrinas, mil horrores,
»Hijos de la viciada fantasía
»Del hombre, o de la impía
»Sugestión del Infierno: se oscurece
»La fe en algunas tierras, y padece
»Sus tormentas, mas poco duraderas,
»Las calma el mismo que las ondas fieras
»Del mar sujeta; pero cada día,
»Del mundo y sus ministros la porfía
»Debilita la fe, aunque no la apague;
»Hace que se propague
»El vicio; degeneran los humanos;
»Oprime a la inocencia la injusticia:
»A la virtud corrompe la malicia,
»Y aun los más que se alaban de cristianos
»Sólo el nombre conservan, y su vida
»Indica lo contrario, pervertida.
»En fin, el día llega temeroso
»En que el Hijo del Todopoderoso,
»En las alas del viento,
»De los buenos a hacer discernimiento
»Y de los malos, irritado vuelve:
»Arde el Cielo, y la tierra se disuelve
»En cenizas: en estas, al instante
»Que al malo ha sentenciado
»Y a los buenos su premio ha destinado
»Apaga para siempre el fulminante
»Rayo, y asienta sobre la firmeza
»De la eternidad misma, la dulzura
»De la felicidad y paz futura,

»Imperturbable como su grandeza.
»¡Oh! le replica Adán, celeste guía,
»¡Qué no te debo yo! ¡Con qué presteza
»Has mostrado a la torpe vista mía,
»Has abierto del tiempo venidero
»El curioso volumen todo entero!
»De los siglos el rápido torrente
»Delante de mis ojos ha corrido,
»Hasta el punto, feliz en que, concluido
»Su señalado curso, se presente
»La eternidad inmensa, las ruinas
»Del tiempo hollando. Allí veo espantado
»Un abismo, un espacio ilimitado
»Que mi ánimo confunde; mas no obstante,
»Gracias a tus divinas
»Instrucciones, en esa incomprensible
»Oscuridad, así de los humanos
»Como de Dios, sé de hoy en adelante
»Cuanto a un mortal ingenio es asequible,
»Y se que mi razón haría vanos
»Esfuerzos, si enterarse pretendiera
»De lo que no se incluye en esa esfera.
»Basta: desde hoy, ¡oh Dios omnipotente
»Mi oficio será amarte,
»Mi única ocupación la de adorarte
»Y de observar tu ley exactamente:
»¡Sé mi padre, mi guía y mi consuelo!
»Tu con tierno desvelo,
»Nos miras; nuestras súplicas previenes:
»A tus divinos ojos son iguales
»Todos tus hijos: haces que los bienes
»Al cabo siempre triunfen de los males:
»Cuando quieres, en fuerza la flaqueza
»Transformas, y conviertes en grandeza
»La pequeñez, en ciencia la ignorancia,
»Y en sólida firmeza la inconstancia,
»Tu ejemplo me ha enseñado
»Que en este mundo todo hombre es soldado
»Que sean cuales fueron del dudoso
»Combate el fin y el premio que le espera,
»Su obligación primera
»Es la de pelear siempre valeroso
»En los asaltos de esta desgraciada
»Vida, de tempestades agitada.
»Haz, pues, que en tu ley santa y viva muera
Así, por conclusión, Miguel responde:
»Temer a Dios, amarle y admirarlo,
»Es todo lo que a ti te corresponde
»Y en lo que pendo tu sabiduría.
»Aun cuando el Cielo examinar pudieras,
»Y a fuerza de estudiarle,
»Siendo tu ingenio igual a tu porfía,
»Estrella por estrella conocieras;
»Aunque el vasto y profundo mar midieses,
»Y cuanto en su escondido seno cría,
»O subiendo a la altura
»Del aire, sus espacios recorrieses,
»Explicases sus raros meteoros,
»O fuesen tuyos todos los tesoros
»Y cetros de los reyes, ¿por ventura
»Fueras en realidad más poderoso,
»Más sabio o más dichoso?
»De tu felicidad la rica herencia
»No adquirirás con una vana ciencia:
»En tu conducta sola se afianza,
»Y no consiste sino en las virtudes:

»Ten una fe la más constante y viva,
»Una firme esperanza,
»Acompañadas de la llama activa
»Del santo amor, que aun las solicitudes
»Terrenas purifique, adorno, anime,
»Y a Dios, tu sola bienaventuranza,
»Al Punto el vuelo elevarás sublime
»Con el deseo, en tanto que realmente
»Para siempre segura
»La goces más allá del firmamento.
»Mas llega la hora de que de esta altura
»Bajemos: en los aires ya impaciente
»Está el celeste campo en movimiento,
»Y la espada que al frente fuego lanza,
»De que nos retiremos sin tardanza
»Hace señal. Despierta ahora a tu esposa:
»Alegres sueños, mientras ha dormido
»La paz han vuelto a su ánimo afligido,
»Y con resignación su dolorosa
»Pena sabrá sufrir: dala tú parte
»De cuanto se ha dignado revelarte
»El Cielo: graba la feliz historia
»Del destino del hombre en su memoria:
»Dila que de una Virgen el fecundo
»Seno, el divino Redentor del mundo
»Dará a luz. Hasta el término apartado
»De vuestra mortal vida,
»Fidelidad guardaos mutuamente;
»Pues una misma suerte os ha juntado,
»Vivid, llorad la culpa cometida,
»Consolaos y amaos tiernamente.
»La dicha encontrareis al fin del duro
»Destierro tolerad, pues, lo presente,
»Y fijad la esperanza en lo futuro.
Dice, y del monte bajan al instante:
A despertar su esposa presuroso
Adán corre delante;
Pero ya de sus ojos el reposo
Lejos huido había,
Y al ver la alegre prisa que traía,
Que la confirme un sueño suyo espera,
Y se adelanta a hablar de esta manera:
«¡Amado esposo! Nuestro eterno dueño,
»A veces nos instruye aun en el sueño
»Desde que de mis ojos afligidos
»Se apoderó y de todos mis sentidos,
»En él se me ha mostrado nuestra suerte:
»Ven, pues, que pronta estoy a obedecerte,
»Y a seguirte fielmente a todas partes
»Contigo, ni la fuerza, ni las artes
»De Satanás recelo.
»¡Conque ya es nuestro el mundo y aun el Cielo,
»Conseguido el perdón de mi pecado!
»¡Triste de mí! por sola mi flaqueza
»Te perdiste; por ella, al doloroso
»Destierro te ves ahora condenado
»Del Edén venturoso,
»De una vida infeliz a la dureza.
»Con todo, en medio de los males crueles
»Que mi corazón tanto desconsuelan,
»De un Dios piadoso las promesas fieles,
»¡Con qué dulce esperanza le consuelan!
»El Salvador del mundo, ¡oh qué alegría!
»De nuestra raza nacerá algún día.»
No la responde Adán, porque ha perdido
La voz del nuevo gozo enternecido.

Mas ya habiendo bajado la colina
Los alcanza Miguel, y la divina
Guardia en el aire líquido estribando,
Sus puestos repartida ya ocupando.
Cual sobre una laguna algún ligero
Vapor, entre las sombras rutilante,
Dejando un solo rastro pasajero,
Sigue de noche al rústico viandante
Que hacia su techo vuelve apresurado,
De la labor del campo fatigado;
Tal cada Ángel de lejos aparece.
Y cortando los aires, resplandece:
Entre ellos brilla la terrible espada,
Que en las Celestes aguas fue templada,
Como el astro fatal cuya extendida,
Cola surca los Cielos encendida,:
De su rastro temido, reluciente,
El mal influjo todo el orbe siente.
La atmósfera inflamada
Se llena de mortíferos vapores,
Cuyo fuego no igualan los ardores
Del ecuador, en la África abrasada:
A Adán, de la triste Eva en compañía.
De la mano Miguel al muro guía
Del Oriente: a su puerta al alta los deja.
El vuelo torna, rápido se aleja, y se
Pierde de vista por el viento.
Quedados solos ya los dos esposos,
A mirar tristemente a los hermosos
Vergeles vuelven, que hasta aquel momento
Disfrutaron, y dan la última ojeada,
De dolor llenos, a su patria amada.
Mas, mientras se detienen dulcemente,
Reparan a la parte del Oriente,
Brillar por todas partes, no distantes,
Espadas, lanzas, armas fulminantes,
Que el aire cual meteoros encienden;
Que es ya hora de salir tristes comprenden,
De su querido Edén, y sollozando,
Su suelo delicioso abandonando,
Ya fuera de las puertas, la dulzura
De la esperanza viene a su amargura
A dar consuelo. Ya tienen delante,
A su elección patente el orbe entero:
Animosos, con paso más ligero
Se adelantan, por Dios mismo guiados:
Su bondad suma alienta, y su constante
Protección a los dos desventurados
Guarda de riesgos y los da consuelo:
Vueltos con todo al venturoso suelo,
De él se despiden aun, con dolorosos
Gemidos, pero al cabo, encaminados
Por la extensión inmensa, y apoyados
Uno al otro, se alejan silenciosos.